



Sabor crítico

Xabier Gutiérrez

DESTINO

Índice

[Portada](#)
[Sinopsis](#)
[Dedicatoria](#)
[Cita](#)
[Capítulo 0](#)
[Capítulo 1](#)
[Capítulo 2](#)
[Capítulo 3](#)
[Capítulo 4](#)
[Capítulo 5](#)
[Capítulo 6](#)
[Capítulo 7](#)
[Capítulo 8](#)
[Capítulo 9](#)
[Capítulo 10](#)
[Capítulo 11](#)
[Capítulo 12](#)
[Capítulo 13](#)
[Capítulo 14](#)
[Capítulo 15](#)
[Capítulo 16](#)
[Capítulo 17](#)
[Capítulo 18](#)
[Capítulo 19](#)
[Capítulo 20](#)
[Capítulo 21](#)
[Capítulo 22](#)
[Capítulo 23](#)
[Capítulo 24](#)
[Capítulo 25](#)
[Capítulo 26](#)
[Capítulo 27](#)
[Capítulo 28](#)
[Capítulo 29](#)
[Capítulo 30](#)
[Capítulo 31](#)

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)

Gracias por adquirir este eBook

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma de disfrutar de la lectura

¡Regístrate y accede a contenidos exclusivos!

Primeros capítulos

Fragmentos de próximas publicaciones

Clubs de lectura con los autores

Concursos, sorteos y promociones

Participa en presentaciones de libros

PlanetadeLibros

Comparte tu opinión en la ficha del libro
y en nuestras redes sociales:



SINOPSIS

Ha transcurrido un año desde que asesinaron a balazos a Ferdinand Cubillo, Ferni, un reputado crítico gastronómico del País Vasco. El subcomisario de la Ertzaintza Vicente Parra y su equipo se encargaron en su día de interrogar a quienes pudieran haber estado relacionados con el crimen. Pero la investigación ha resultado, hasta el momento, infructuosa. Aun así, Vicente Parra no cejará en su empeño por aclarar lo ocurrido en un caso que, más allá de la muerte de Ferni, está relacionado con el misterio que se cierne sobre unos acontecimientos ocurridos hace más de treinta años.

Parra quiere revitalizar el caso, y justo entonces se suceden otras muertes que parecen relacionadas con la de Ferdinand Cubillo. Por una parte, estos crímenes complican la investigación pero, por otra, pueden ayudar al subcomisario a resolver de una vez por todas la muerte de Ferdinand Cubillo y, sin proponérselo, a descubrir un misterio que había permanecido oculto durante casi cuarenta años.

Para Laurita, tan poco tiempo disfrutamos de tus miradas

Un lecho de hojas muertas, barro y ausencia tapaba la sombra del río.

El curso transparente de la regata asomaba a veces, enterrado bajo un manto de silencio y bruma espesa.

El alma del agua mala corretea todavía por su cauce.

0

*Lekunberri,
Navarra*

Ferdinand Cubillo, Ferni, colgó el teléfono móvil, miró el nombre de la persona que acababa de llamar y se quedó pensativo. Eructó dos veces sin hacer apenas ruido. Con exquisita educación, se secó los labios con la servilleta que tenía sobre las rodillas y la dejó, doblada por la mitad, sobre la mesa.

Hizo un gesto al camarero para que le preparase la cuenta y, mientras esperaba en la soledad de su mesa, anotó algunos detalles en su pequeña agenda. El mantel blanco aún estaba limpio. Algunas migas de pan salpicaban la superficie blanca como pequeñas motas doradas de trigo en un mar de nieve textil.

Apenas dos minutos después, el empleado se acercó y, con una sonrisa amable, le informó de que estaba invitado. Ferni le agradeció el detalle y, mientras se levantaba, dejó como propina un billete de diez euros medio oculto bajo la botella de vino vacía. Se despidió del camarero, que lo ayudó a ponerse el abrigo.

Nada más llegar a la puerta, cambió impresiones con José Ignacio, el dueño del restaurante Maskarada. Elogió su comida y su gran trabajo de recuperación de la raza de cerdo vasco. Le prometió que el próximo sábado lo sacaría en su página del periódico y que, al día siguiente, mandaría a alguien para que le hiciera unas fotos; con ellas ilustraría su artículo sobre el restaurante. Poco podían imaginar ambos que aquellas fotografías nunca llegarían a hacerse, o que Ferni jamás llegaría a escribir aquellas líneas.

Se despidió desde la distancia de Amaia, la mujer del dueño, alzando la mano.

Al salir al exterior, y con el aire frío de finales de invierno dándole en la cara, tuvo la sensación palpable de que la muerte estaba cerca. Intentó apartar aquel mal presagio de su imaginación. Respiró hondo en la puerta, se puso su inseparable sombrero de fieltro gris, que tenía un ribete negro muy fino, y comenzó a caminar hacia su coche. El atardecer se acercaba, y la luz tenue lo

llenaba de melancolía. Sacó el llavero y jugueteó con las llaves del coche. Dos personas lo observaban desde lejos. Una de ellas miraba a través del potente zoom de una cámara de fotos.

—¡Ahora sale, ya está! Por fin. Viene solo, ¿verdad?

—Sí.

—¿Viene en su coche?

—Sí, en el negro de siempre. Se acaba de montar.

—Tenemos todo listo, ¿verdad?

—Claro.

—Esta vez no podemos fallar. ¡Venga, sube!

*Carretera NA-1300, a lo largo del río Araxes.
A la altura de la regata de Txuskomuno.
Martes 26 de febrero de 2019. 17 horas
(unos minutos más tarde)*

La carretera serpenteaba siguiendo el cauce del río Araxes con la misma fidelidad con la que un amante rodea a su amada, ciñéndose a cada curva de su cintura. El coche negro giró hacia la derecha con calma. Ferni, su conductor, observó por el retrovisor un coche blanco que circulaba pegado a su rueda. No le prestó excesiva atención.

Nessun Dorma, interpretada por Josep Carreras, sonaba en el aparato de música. Esa aria le endulzaba el trayecto. Ferni acababa de comer copiosamente y se sentía bien. Por unos instantes, había olvidado sus preocupaciones. El paisaje pasaba a su lado a una velocidad mantenida y suave, con una lentitud plácida.

Todo se aceleró en unos instantes.

—¡Aquí mismo! ¡Adelántalo! ¡Adelántalo! —gritó el copiloto del coche blanco al conductor nada más terminar la curva.

Este hizo que su coche avanzara con rapidez por la izquierda y adelantara al coche negro a toda velocidad en la única recta que había en muchos kilómetros. Cuando se le cruzó delante, derrapando con violencia, el único ocupante del coche negro, el crítico gastronómico Ferdinand Cubillo, no tuvo más remedio que frenar de manera brusca.

—Maldito cabrón, ¿qué haces?

Esas fueron las últimas palabras que Ferni pronunció en su vida. Lo hizo tras dibujar con las ruedas en el asfalto dos líneas paralelas levemente curvas que simulaban de manera premonitoria un signo de interrogación. Le hubiera gustado elegir un epitafio mejor, más acorde con su exquisita educación, pero aquello fue lo que le había deparado el destino: un exabrupto. Su cara de sorpresa fue tan grande como el volantazo que había tenido que dar para evitar el choque. El motor se caló. El coche levantó una pequeña nube de polvo e invadió

la cuneta. En ese mismo momento, y con una mueca de espanto, Ferdinand Cubillo supo con certeza que había llegado su hora. El final estaba delante, y había llegado mucho antes de lo que él se había imaginado.

Los dos ocupantes del coche blanco se bajaron de él y, a cara descubierta, se acercaron corriendo hacia Ferni mientras sacaban con rapidez dos armas cortas. Todo pasó volando. La víctima trató, en un desesperado movimiento, de dar marcha atrás; hizo un vano intento por sacar el coche, pero había olvidado que el motor estaba calado. Sus atacantes, uno por cada lado, y sin mediar palabra, comenzaron a disparar. Más de ocho disparos por cada lado. Casi todos hicieron diana. Empezó a salirle sangre por la docena de orificios que acababan de hacerle en el pecho. Los casquillos tintinearón rítmicamente sobre el asfalto. Se oyó un eco extraño a lo largo de aquella carretera secundaria tapizada de árboles centenarios por donde ambos coches habían circulado hasta hacía unos segundos.

La violencia de los impactos provocó que el cuerpo de Ferni chocara contra el respaldo de su asiento de manera brusca. Soltó las manos del volante en un vano intento de protegerse con los antebrazos del mortífero ataque, pero aquello no sirvió de nada. Sintió un dolor extremo en el tórax. Los cristales de las ventanillas volaron hechos añicos por doquier, le rebotaron en el cuerpo alfombrando de un brillo estéril la cuneta. Las gafas de pasta que llevaba puestas salieron despedidas. Su sombrero cayó y quedó en el asiento trasero. Ferni intentó balbucear algo pero no pudo porque la sangre le corría por el esófago arriba buscando su salida natural. En un instante notó cómo el corazón le latía aceleradamente. La barba blanca se le inundó de saliva y sangre. Antes de morir, saboreó su último plato. Pero esta vez había una pequeña diferencia con la larga lista de platos sobre los que había escrito en el periódico donde trabajaba: este lo había preparado él con ayuda de los dos pinches desconocidos que lo habían atacado. Y sabía a sangre y al aroma del carbón donde habían asado la costilla de cerdo que hacía apenas dos horas había terminado de comer. Y también a muerte.

En un delirante momento, se trasladó a uno de los miles de restaurantes que había visitado en su dilatada vida profesional. Por un instante vio desfilar por su mente, de manera muy borrosa, innumerables caras de cocineros, camareras, enólogos, metes. Los vio en forma de pesadilla inconexa.

«Esto no puede estar pasando, es un mal sueño, una broma de mal gusto, quiero despertar», pensó. Pero la muerte no tiene sentido del humor; lo había llamado para quedarse con él. Su lengua inerte no supo degustar la fragancia de la parca que, inundándolo todo, habitaba en su interior desde hacía unos segundos.

Sus atacantes dejaron de disparar y se acercaron. La escena se había paralizado. El que estaba a la izquierda quiso cerciorarse de su muerte mirando de cerca el cadáver. A pesar de lo letal que había sido el ataque, metió la mano por una de las ventanillas con los cristales reventados y, acercando el cañón de su arma a menos de diez centímetros de su frente, le descerrajó un último disparo, a bocajarro, para asegurarse de que el trabajo estuviese bien hecho. El cuerpo apenas se inmutó. La bala le atravesó la cabeza con una sensación aburrida. La característica marca del fogonazo en la piel de su frente delató la cortísima distancia a la que se había ejecutado aquel disparo de gracia.

«No hubiera hecho falta», pensó su compañero. La práctica totalidad de los disparos había atravesado el tórax de la víctima y el cuerpo estaba tendido en un mar de sangre. Su cazadora gris clara, de Armani, se había convertido en un retrato amargo de muerte. Los sabores y aromas que tantas y tantas veces había analizado Ferni a lo largo de sus años como crítico gastronómico se habían reunido en un sabor póstumo en ese menú final.

—Asunto concluido de una puta vez —le espetó uno de ellos al cadáver caliente que yacía en el interior del coche—. Disfrútalo —agregó vocalizando mucho mientras sonreía al ver su obra.

—¡Cállate y vámonos, que estamos en mitad de la carretera! —le gritó su acompañante con voz aguda.

Pero el otro atacante parecía en trance, y miraba su macabra obra, en un ejercicio de frialdad y desprecio, con cierto orgullo, sin hacer caso a los avisos de su acompañante.

Cada segundo que transcurría, la posibilidad de que alguien los viera aumentaba exponencialmente.

—¡Déjalo ya! —le repitió alzando la voz.

Aquello era un plato efímero, como todos. Pero sus tres ingredientes —el sabor de la sangre, la saliva y el aroma de humo— habían saciado a su comensal de por vida.

Ambos atacantes se miraron con impunidad. Uno de ellos retrocedió unos metros mientras arrastraba a su compañero del brazo, que se había quedado absorto y paralizado por la escena.

—Parece que lo ha aparcado, tardarán aún más en encontrarlo —comentó este mismo, en tono jocoso, saliendo de su estado de sorpresa inicial.

—Yo no le veo la gracia. ¡Vámonos, joder!

Ambos se miraron con seriedad. Sin mediar palabra, regresaron con rapidez a su vehículo, que se mantenía con el motor encendido. Cerraron las puertas con decisión y se incorporaron a la carretera. Nada más hacerlo se cruzaron con un único coche. Ambos miraron para otro lado.

—Hostia, por poco nos pillan —dijo uno de ellos mirando el coche que se alejaba.

Comenzaron su camino: en dirección a Lizartza, primero, y a Tolosa más tarde. Pensaron que cuando llegasen a la autovía el tráfico sería más intenso.

El coche negro de Ferdinand daba la impresión de estar medio aparcado en mitad de la pequeña recta, justo en la muga entre las provincias de Navarra y Guipúzcoa, pero en el lado de esta última por apenas unos metros. La parte trasera sobresalía un poco. No demasiado. Era un escenario macabro rodeado de cristales hechos añicos a la espera de que alguien diera la señal de alarma. Además, el escaso tráfico de la vía aún les daba a los atacantes más margen para la huida.

El arbolado de encinas y robles sostuvo la respiración mientras observaba cómo el coche blanco se alejaba camino abajo. El ruido de las ramas mecidas por el viento daba un ritmo de interrogante misterioso al trágico suceso. Después de circular durante unos minutos, y de haber pasado por la cercana población de Lizartza, los agresores pararon el coche en un recodo del camino y limpiaron las armas con meticulosidad. Bajaron del vehículo y miraron alrededor para comprobar que no hubiera nadie observándolos desde las casas. Con total aplomo, y con las armas ocultas bajo los abrigos, simulaban que conversaban mientras esperaban a que pasaran dos coches que circulaban con lentitud.

—¡Ahora! —se dijeron mutuamente.

Las dos armas volaron erráticamente dando círculos sobre sí mismas en dirección al agua. El sonido sordo y casi simultáneo de ambas al caer al agua apenas fue audible. El río Araxes observó impasible cómo se sumergían con rapidez en una de las zonas más profundas de su cauce.

Los asesinos de Ferni tuvieron la frialdad de deleitarse con los pequeños rápidos que jalonaban esa zona del río. Cuando se montaron de nuevo en el coche, chocaron las manos mientras sonreían.

—Ha sido más fácil de lo que pensábamos —dijo uno de ellos mientras arrancaba el coche.

Se divisaba ya el comienzo del anochecer cuando el coche se incorporó de nuevo a la calzada y se perdió en dirección a Donostia.

*Donostia-San Sebastián. Un año después.
Principios de marzo de 2020*

—¿Por dónde vas a ir? —preguntó, susurrando y sin apenas vocalizar, su mujer, Françoise Clavert, desde la cama; estaba adormilada y ni siquiera abrió los ojos.

—Hacia la carretera del Leitzarán —mintió él.

—Ten cuidado con los coches.

—Lo tendré, aunque ese camino es solo para bicis y caminantes —respondió él mientras la besaba en la mejilla.

—Ah, sí —contestó dándose media vuelta y arropándose hasta casi desaparecer en el mar de sábanas azules donde se encontraba. Solo un mechón de su pelo castaño quedó visible.

Los pasos de su marido se alejaron. Se oyó la puerta del piso cerrarse. El ascensor lo dejó en el *parking*; durante unos minutos, el subcomisario se dedicó a prepararlo todo.

Vicente Parra, subcomisario de la Ertzaintza en la comisaría del barrio del Antiguo, comprobó que la bicicleta anclada en la parte posterior de su coche estuviera bien segura. Los arneses recogían el cuadro de manera segura pero, a pesar de ello, la zarandeo con las dos manos para asegurarse de que los pulpos extras la sujetaban bien. La carga permaneció inmóvil y sin holgura. El garaje estaba vacío, como todas las mañanas de domingo de invierno, y las plazas casi todas ocupadas. Se estiró la malla de ciclista y puso las zapatillas especiales, con el anclaje del calapié, en el asiento de atrás. Se sentó al volante y arrancó el motor. Miró el reloj del salpicadero. Las 8.05 horas de la mañana.

Cuando salió a la acera, volvió a mirar el cielo amenazador, escaso de luz y de un color gris muy oscuro. La carretera estaba mojada como consecuencia de una noche de lluvia constante. Aun así, las predicciones eran levemente optimistas para el festivo y anunciaban abundante nubosidad, pero sin precipitaciones cuantiosas. Tenía el *maillot* puesto y todo preparado y, aunque lloviera, no tenía pensado volver a casa antes de la hora de comer; pensó esto mientras se incorporaba a la calle vacía rumbo a la salida de la autopista.

El coche avanzó por la carretera entre un paisaje lleno de nubes oscuras y amenazantes. Al pasar por Andoain comenzó a llover, pero apenas duró unos minutos. Siguió hasta Tolosa y, al llegar a la salida en dirección a Lizartza, paró el coche en un aparcamiento cercano a un parque de reciente construcción. Allí mismo empezaba la carretera y, tras la nueva rotonda, a cierta distancia, se divisaba el desconchado edificio de una antigua papelera abandonada. A unos metros se podía oír el cauce muy crecido del río Araxes y también se podía imaginar cómo zigzagueaba rumbo a su desembocadura en el río Oria.

Soltó la bicicleta y se sentó en el asiento trasero de su automóvil. Se descalzó los zapatos negros y se puso las zapatillas. Caminar con ellas siempre le parecía ridículo, contra natura, con esa especie de tacón situado en la zona delantera del pie que hacía que esa parte subiera de manera grotesca.

Bajó la bicicleta y cerró el coche. Se ajustó el casco reflectante de color amarillo. Se guardó las llaves en el bolsillo trasero de la malla y se acomodó la pequeña mochila, en la que llevaba el bocadillo que Françoise le había preparado la noche anterior: pan integral sin bordes, dos hojas de lechuga con mostaza en grano de Dijon y finas láminas de pollo asado con trocitos de nueces hechas a la plancha. La bebida isotónica, de un extraño color azul, estaba todavía fría, y pensó que, con la temperatura que hacía, no llegaría a calentarse. Comprobó que el contador de pulsaciones que llevaba en la muñeca funcionara. No podía pasar de una cifra concreta. Un cálculo sencillo, no exacto, pero una buena aproximación: 220 menos su edad. Una sabia recomendación de su médico, recordó.

Se cerró el *maillot* hasta arriba y se ajustó los guantes, finos al tacto pero que protegían del frío. Sintió que cada cosa estaba en su sitio, como a él le gustaba, y pedaleó medio centenar de metros hasta llegar al comienzo de la carretera. Miró a ambos lados, dejó pasar un coche de color plateado y se incorporó por la derecha. Ancló la zapatilla del lado izquierdo en el calapié y se levantó sobre el sillín para coger velocidad. Giró a la derecha delante de la fábrica papelera del Araxes. Sus paredes ruinosas daban un toque dramático de arqueología industrial, tan tétrico como sugerente, al paisaje. Cambió de plato, del pequeño al mediano, y mantuvo el piñón del medio. Un desarrollo con el que movía la bicicleta sin grandes esfuerzos. El ronroneo de la cadena era constante, metálico y acompasado. Sintió cómo el vaho de su aliento se esfumaba con rapidez, pero no con la suficiente como para no verlo. El frío era considerable, pero pensó que, en cuanto llevase un rato pedaleando y entrase en calor, desaparecería. Sus guantes sujetaron con fuerza el manillar, y el paisaje pasó con la misma celeridad que su pensamiento. Aquel instante —el que tardó en llegar a la muga con la provincia de Navarra— le pareció especialmente corto. Pensó en

no parar pero no pudo. Algo lo retuvo. Como había ocurrido la mayoría de las incontables veces que había pasado por ese lugar desde que ocurrió.

Algo en su interior lo hacía detenerse.

No había tardado ni veinte minutos en llegar. Redujo la velocidad utilizando el freno de la rueda trasera, que apenas protestó por el roce, con exquisita dulzura. Bajó de la bicicleta, la apoyó, y miró la barandilla gruesa de piedra del lado del río. Observó el lugar girando lentamente sobre sí mismo y, mientras recuperaba el resuello, se percató de la música acuática del lugar, la del rumor constante y relajante del agua corriendo cauce abajo. Hasta las copas de los árboles permanecían inmóviles. El lugar rezumaba la quietud y la calma de los lugares religiosos, donde se hace palpable una comunión entre el entorno y tu propia presencia.

Miró hacia ambos lados de la carretera y cruzó con parsimonia los dos carriles hasta llegar al lugar.

Había dos coches aparcados en la cuneta y, delante de una valla, justo al borde de la carretera y atado con cinta americana, un ramo de flores grande que comenzaba a marchitarse. Pensó que debía de llevar allí por lo menos una semana. Se acercó hasta él. Tenía algo escrito en el celofán que lo rodeaba, pero estaba casi borrado por completo, desteñido por las constantes lluvias. Lo cogió con ambas manos y lo estiró. Entonces sí pudo leerlo. El nombre de Ferni Cubillo, escrito en mayúsculas, se veía con cierta claridad. El agua caída durante los últimos días hacía ininteligible el resto de la frase. La última palabra tal vez fuera «cariño», aunque no lo podía asegurar. Pensó que sería de su mujer, Leire Urtubi, porque no era la primera vez que veía flores en el lugar del asesinato, que por estas fechas cumplía ya un año. Y sabía, porque ella misma se lo había contado en alguna ocasión, que llevar flores al lugar donde cayó asesinado su marido la hacía sentirse bien.

Vicente dejó el ramo como estaba. Creía que, de seguir la lluvia cayendo como hasta ahora, le quedaba poco para resistir atado a la valla. Sintió un pequeño escalofrío de soledad cuando las gotas de agua fría del ramo le resbalaron por la mano. Y también de desamparo. Un monólogo de rabia lo acechaba cada instante que pasaba sin llegar al final del camino negro, denso y plagado de decepciones en el que se había convertido aquel caso.

Volvió la vista hacia el asfalto mojado. Aún se podían vislumbrar en la carretera las marcas de las ruedas del frenazo, que terminaban en la cuneta. Estaban muy difuminadas pero, aun así, resistían.

«Ha pasado un año y todavía se pueden notar —pensó el subcomisario con cara seria—. Por mucho que investigamos, no hemos sido capaces de sacar nada en claro —repitió su mente echándose en cara—. Nada de nada. Se llegó

incluso a analizar el caucho de los neumáticos que había en el asfalto pero no llevó a ningún sitio. Los casquillos que usaron los asesinos están en las dependencias de la Ertzaintza esperando a que un buen día aparezcan las malditas armas.» Y todavía tenía en la mente la hipótesis de trabajo que le comentó su ayudante, el oficial Jon Ander. Este opinaba que tal vez no fuese casualidad que el cadáver se hallara en la muga entre las dos provincias cuando lo encontraron. También recordaba que lo habló en su momento con compañeros de la Policía Foral de Navarra. Pero en una conversación con Amaia Salazar, una de sus mandos, lo descartó.

La imagen del barbudo y controvertido crítico Ferdinand Cubillo, Ferni, como le gustaba que lo llamasen, se le volvió a aparecer en lo que él creyó que era un nuevo reproche venido del más allá. Aquella figura enjuta, con una sonrisa de medio lado y su sempiterno sombrero de fieltro, habitual en los medios informativos, no pudo contrarrestar la fuerza tremenda de la última imagen que conservaba de él, tirado en el interior de su coche con la boca y los ojos muy abiertos, bañado por completo en un mar de sangre y con la expresión paralizada en una mueca de terror.

El subcomisario se quedó quieto mirando el entorno.

El silencio era húmedo, de agua recién nacida borboteando por doquier; y el sirimiri se quiso unir a él. Cada diez minutos pasaba un coche. Algún conductor volvía la cabeza y se quedaba mirando la veterana figura, delgada y alta, del ciclista al lado del ramo de flores, y concluía que este, sencillamente, hacía un alto en el camino.

Pero no era así. A pesar de ser festivo, su meticulosidad hacía que se olvidara de todo lo que no fuera su obsesión por resolver un caso que se le había atravesado y que, a día de hoy, un año después del asesinato, presagiaba un tiempo de espera demasiado dilatado para resolverlo.

Y la luz de la resolución de este túnel no terminaba de asomar. El subcomisario había empezado a tomar pastillas para dormir desde el inicio de la investigación para que el caso no pasase de su ámbito profesional al personal. A pesar de ello, no lo estaba consiguiendo, y se acordó de la última bronca con su mujer por este tema. No fue gorda, pero sí contundente.

—Tu vida está fuera de tu trabajo. No debes dejar que atraviese esa frontera —le había dicho su Françoise de muy malas maneras hacía solo unos días. Su mente se quedó unos instantes en blanco ante tal recuerdo. Pero enseguida volvió a la carga.

«Examinar bien el lugar del crimen es un paso crucial para averiguar más cosas. Lo digo a menudo en mis charlas de criminología», pensó el subcomisario. Y eso estaba haciendo. Como si él fuera el asesino, volvía una y

otra vez al lugar donde todo empezó. Aquel imponente y hermoso paisaje, mezcla de verde rebosante de agua y asfalto, unión de gris y vegetación tupida, alianza frondosa entre el rojo negruzco de sangre seca y los árboles, se negaba a darle respuestas.

Aquella muga era la frontera hasta donde había podido llegar Vicente. El sitio exacto donde termina Navarra y comienza Guipúzcoa era la linde entre varias teorías vacías.

No sabían nada de lo que paso allí, aparte de lo que resultaba evidente. La figura de Ferni no supo dejarles nada más. Tanta había sido la rabia de uno de los asesinos que se detuvo para rematarlo con un tiro de gracia. Aquello lo impresionó. «Suponemos que cuando lo hizo el hombre estaba ya muerto, igual no», dudó en su recuerdo mientras no dejaba de mirar el lugar exacto donde se había encontrado el coche gracias al aviso de una de las personas que habitualmente trabajan en las pequeñas huertas que están cerca. Un sitio donde normalmente hay coches. Casi siempre, menos ese día.

Lo que más le llamaba la atención era la impunidad con la que habían actuado los asesinos. No podían ser de muy lejos. Debían de ser personas del entorno que conocían muy bien el lugar. Además, tuvieron una suerte fuera de lo habitual. Cómo pudo no verlos nadie. Apenas un único testigo; una mujer que, de vuelta del trabajo, pasaba por el lugar conduciendo su automóvil en dirección a su casa. Ella recordó en sus declaraciones, con pulcra exactitud, un coche blanco saliendo del lugar la tarde del día de autos. «No acertó a decir nada más. Por mucho que insistimos y hablamos con ella, no logró darnos ningún detalle más. Un fugaz encuentro con la situación que no condujo a nada. Buscar un coche blanco —pensó el subcomisario de nuevo—. Uno entre varios millones. No supo darnos nada más.»

«Un coche blanco y grande», repitió la mujer, que acudió a la comisaría de forma voluntaria respondiendo a la llamada pública que había hecho la Ertzaintza para recabar datos sobre lo sucedido aquella fatídica tarde. Y la policía intentó de muchas maneras que aquella mujer, Conchi Iruzubieta, vecina del cercano pueblo de Errazkin, recordase algún detalle más. A pesar de que había colaborado espontáneamente con ellos, no supo decir más. Fueron más las ganas de querer sumar algo que lo que de verdad aportó a la investigación. Un coche blanco y grande. No hubo manera siquiera de que pudiera aclarar a qué se refería cuando hablaba de «coche grande». Ni una marca ni ningún otro detalle.

Vicente volvió a mirar el escenario del crimen, pero pensó que lo mejor era proseguir el camino hasta la falda del puerto de Azpirotz y hacer la segunda parada en las fuentes del río Araxes. «La del bocadillo», concluyó.

Se alejó del lugar como llegó, pensativo. No podía dejar de darle vueltas a

aquel asunto. Por primera vez, recordó que su prestigio, adquirido especialmente durante los últimos años gracias a las brillantes resoluciones de casos tan complejos como el de la modista Elena Castaño o el de la enóloga Esperanza Moreno, se estaba esfumando a causa de la actual situación de estancamiento del caso del crítico gastronómico Ferdinand Cubillo. O eso era lo que, cada vez con más frecuencia, pensaba el subcomisario de sí mismo.

Bajó la mirada hacia el asfalto y pedaleó con rabia, apretando los dientes a cada pedalada hasta coger una velocidad considerable. Cuando llegó a las primeras rampas del puerto de montaña, puso el plato pequeño y el piñón grande y cambió de opinión: decidió escalar hasta lo más alto. Poniéndose de pie, sin apoyarse en el sillín y con suavidad —con ritmo sostenido—, ascendió las empinadas cuestas de la montaña. Cuando llegó a la cima, estaba exhausto. Respiraba deprisa y su corazón latía con rapidez aunque dentro de los límites. Se subió la cremallera del *maillot* —que se había abierto levemente para la ascensión— y, a pesar de que sus visitas al lugar eran bastante frecuentes, volvió a dejarse maravillar por el paisaje de montes escarpados que rodeaban la cima del puerto de Azpirotz. Durante unos segundos no existió para él nada más que aquel circo de altas montañas repleto de piedra y verde. El cielo encapotado y gris daba majestuosidad al escenario. El sirimiri había parado. Algunas amplias zonas de nieve en la cima del monte Irumugarrieta eran claramente visibles.

Se quitó el casco y se secó el sudor de la frente con una pequeña toallita que llevaba en la mochila. Se volvió a atar la protección de la cabeza y se dispuso a descender. El frío lo refrescó levemente mientras descendía las rampas medio mojadas que hacía unos minutos acababa de subir. Una pequeña estela de agua salía de su rueda trasera y mojaba con timidez la espalda del policía. Tuvo que apretar los frenos con fuerza para no salirse de la carretera en las dos pronunciadas paellas que salpicaban la mitad del recorrido. Cuando llegó a la base del puerto, vio las fuentes del Araxes y, en un recodo del camino preparado a tal efecto, justo delante, se detuvo. Apoyó la bicicleta al lado de los siete caños gruesos de los que manaba agua constantemente y que conformaban el nacimiento del río.

Se sentó en una piedra cercana mientras el sonido del agua repiqueteaba dando al momento una música serena y relajante. Recuperado por completo del esfuerzo de la subida, comenzó a respirar por la nariz y abrió la pequeña mochila para sacar el bocadillo.

Estuvo casi cinco minutos comiendo con lentitud y deleitándose con cada uno de los bocados de aquel sencillo bocadillo sin que pasara ningún coche. El tránsito era escaso desde que se decidió, hace más de dos décadas, construir la autovía entre Donostia y Pamplona. Recordó que, antes, andar en bici por esa

carretera era un suicidio. El primer vehículo que rompió la calma del momento fue una furgoneta de reparto de pan. Vio cómo tomaba la curva moviendo la cabeza a su compás, pero sin prestarle excesiva atención. El siguiente vehículo tardó más de cinco minutos en aparecer. Era un coche rojo al que seguían, casi pegadas a su rueda, dos motos que tomaron la curva a la izquierda a gran velocidad, tumbándose sobre la carretera de una forma que al policía le pareció inadecuada para el estado de la calzada.

Cuando terminó el bocadillo, guardó el papel de plata en su mochila, bebió un poco de la bebida isotónica —notó cómo su cerúleo dulzor le inundaba la lengua— y se subió a la bicicleta. Miró con deleite la zona, que desprendía aquella tranquilidad que al policía le gustaba para reflexionar. Se ciñó el calapié derecho haciendo un pequeño giro lateral y se dio impulso para comenzar la marcha, pero frenó enseguida con brusquedad para dejar pasar a un coche que parecía haber salido de la nada antes de incorporarse a la calzada. El automóvil levantó algo de gravilla al pasar. Nada más hacerlo, comenzó a pedalear tras él. Aún dispuso de unos pocos segundos para ver la parte trasera del coche. A través de la luna posterior, se apreciaba la figura corpulenta del conductor.

El coche, blanco y grande, que iba a mucha velocidad, desapareció de su vista en plena curva.

3

El mercado de la Brecha estaba abarrotado de personas que deambulaban de un sitio para otro. Casi todas llevaban bolsas blancas, y su carga tiraba de ellas obligándolas a mantener los brazos extrañamente rectos. El exterior olía al puerro joven y a las cebolletas de los puestos de las caseras, cuyos aromas se mezclaban con el de los quesos ahumados y las zanahorias, y con el olor denso a fritanga de un bar cercano. Enfrente había una pescadería en la que se amontonaban todo tipo de colores, pescados, hielo, aromas y mariscos.

Iñigo Altuna observó desde fuera con la mirada perdida intentando encontrar algo, pero no sabía muy bien el qué. Decidió bajar las escaleras automáticas y adentrarse en el microcosmos del mercado. Estaba abarrotado. El rojo de la carne resaltaba gracias a las luces fluorescentes, levemente azuladas. El color de las verduras era más intenso. El granate de los tomates y el verde de los puerros recién cortados estallaban entre las manzanas y las fresas, que comenzaban ya la temporada.

«Primero tengo que encontrar la materia prima con la que hacer el menú — se dijo a sí mismo—. Después pensaré cómo lo voy a preparar. Y esa intuyo que la encontraré en la pescadería», concluyó. Se dirigió hacia el olor más marcado de todos, el del mundo marino. Los puestos del pescado estaban a la izquierda, y para llegar a ellos había que atravesar un gran pasillo repleto de mostradores de charcutería y carnicería.

Se adentró avanzando a grandes pasos, acordes con su gran estatura y sus maneras. Enseguida aminoró la marcha y comenzó a deleitarse con la variedad de pescados que se alineaban por donde pasaba. Se cambió de mano la bolsa que traía con las compras que ya había hecho, que pesaba considerablemente. Se frotó los dedos marcados por el peso del bulto sin perderse nada del espectáculo que se producía ante sus ojos.

Las merluzas, reviradas sobre sí mismas, dejaban enseñar las agallas como símbolo cromático de su frescura. A su lado, la piel de los chipirones de anzuelo aún cambiaba de color. Había mejillones, berberechos y alguna ostra. Entre las fanecas se divisaba un par de *txangurros* vivos. Casi ocultos por algunas ramas de perejil, había langostinos frescos. Sobre camas de hielo, se veían varias lubinas aún con el anzuelo clavado en una esquina de la boca. Dos rapes muy

grandes, con su aspecto nada amable, yacían con unas grandes bocas desafiantes. Y, más adelante, los rodaballos, todos iguales. Pensó con recelo que serían de piscifactoría al ver su uniformidad. Se acercó y vio su precio, lo que le hizo confirmar sus sospechas. «Voy a comprar aquí», pensó.

Decidió el menú nada más ver el gran San Pedro, que se encontraba en uno de los lados del mostrador. Debía de pesar por lo menos dos kilos y, aunque se desperdiciaría bastante a causa de su gran cabeza, creyó que sería más que suficiente para los cuatro comensales que habían asegurado su presencia en ese extraño día.

Iban a celebrar la muerte de su amigo Ferni como él siempre dijo en vida que deberían recordarlo: con una buena cena. Mientras la pescadera se lo limpiaba, pudo observar cómo el agua fría, al pasar por la piel del pescado, dejaba brillante la tremenda mancha negra natural que el pescado tenía en los laterales.

—Te lo dejo entero, ¿verdad?

Iñigo asintió mientras observaba cómo la mujer se lo envolvía en el papel.

—¿Algo más? —preguntó la pescadera.

—Sí, ponme almeja, de la salvaje —dijo estirando el cuello para confirmar su procedencia.

—¿Cuánta?

—Como un kilo.

La mujer que lo atendía pesó las almejas y les añadió perejil en rama. Lo metió todo en una gran bolsa de plástico y se la acercó. Iñigo pagó y salió. Se dio cuenta de lo que pesaban el enorme San Pedro y las almejas, así que imaginó que las asas de plástico le dejarían de nuevo la mano marcada. Aunque la sociedad gastronómica donde iba a cocinar estaba muy cerca y tal vez no diese tiempo a que eso sucediera. Subió las escaleras mecánicas, bien equilibrado entre los dos pesados bultos, y dejó atrás el mercado. Se adentró por la calle de San Lorenzo, y torció por Narrika hasta su confluencia con la calle 31 de agosto. Su destino final, justo en mitad de la calle.

Vio de lejos a uno de los socios, que en ese mismo instante estaba abriendo la puerta, y aceleró el paso para no tener que sacar sus llaves.

—Manu, Manu —gritó. El presidente de la sociedad se dio la vuelta y lo esperó sujetando la enorme puerta de madera de acceso al local—. Gracias, *eskerrik asko*, que vengo cargado. —Cerró la puerta tras de sí—. Es que tengo que hacer la compra y dejar algo avanzado para la cena de la noche. Me largo en cuanto acabe, que tengo currelo.

—¿Entre semana y andas de cena? —le preguntó Manu con una sonrisa.

—Sí, ahora te cuento —contestó mientras se internaba hasta la cocina, que

se encontraba al fondo del local.

Manu, el eterno presidente de la sociedad Izkiñetan —ninguno de los socios recordaba desde cuándo ejercía el cargo—, avanzó renqueando con su cojera por el enorme espacio del local y encendió las luces centrales del fondo para acceder a la despensa. La claridad de la luz artificial dejó paso a la cocina, que relucía a pesar de que los socios la utilizaban con frecuencia.

—¿Qué has comprado? —preguntó.

—Nada, un pescado y algo muy especial. Mira, mira.

El presidente se acercó con curiosidad. Iñigo sonrió al enseñarle la bolsa llena de guisantes lágrima, pequeños, enanos. Apenas medio kilo.

—Serán los primeros de la temporada —dijo con cara de satisfacción—. Te habrán costado una fortuna.

—Pues sí, no han sido baratos; y he tenido que comprar más de cuatro kilos para que me saliera esta bolsa. Ayer tuve que poner a uno de mis cocineros a pelarlos.

Manu cogió la bolsa con una mano y se la acercó a los ojos mientras con la otra mano se bajaba las gafas. Su mirada de anciano se detuvo en aquellos guisantes como si fuera la primera vez que los veía.

—Son pequeñísimos —insistió.

—Los voy a acompañar con unas setitas... con perrechicos, nada menos; también los primeros de la temporada. Y, para serlo, no han sido caros. Mira qué bonitos están —añadió. Abrió la bolsa de la tienda Aitor Lasa.

—¡Cómo huelen, por favor, qué aroma! —exclamó Manu con deleite—. ¿Qué celebráis?

—La semana pasada hizo un año —dijo sin mirarlo.

El presidente de Izkiñetan, una de las sociedades gastronómicas más antiguas de San Sebastián, lo miró con un gesto interrogativo, pero enseguida se dio cuenta a qué se refería.

—¿Hace ya un año?

—Sí, y siempre dijo que lo recordáramos de esta manera. Nosotros éramos sus amigos y él era un fijo en muchas de las celebraciones que hicimos en esta casa —agregó con cara de circunstancias—. Era un buen compañero.

Manu no contestó. Se quedó mirando cómo Iñigo terminaba de colocar el resto de productos sobre la mesa de trabajo. Envolvió con un trapo muy húmedo el pescado y lo metió en el frigorífico dejando un letrero visible encima: IÑIGO ALTUNA. Cuando terminó de guardarlo todo, vio como el presidente seguía allí rumiando sobre lo que acababa de escuchar y se acercó a él.

—En los últimos tiempos, antes de que lo mataran, Ferni hablaba mucho de la muerte —dijo el sidrero lacónicamente—. Y siempre decía lo mismo:

«Cuando yo me muera, si a mí me pasa algo... celebradlo de tal manera cuando yo falte...». Y nunca le hicimos caso.

Manu lo miró y asintió.

—Te he oído contarle alguna vez. Yo tampoco traté mucho con él. Solo las veces que coincidió que estabais comiendo y yo venía por aquí. Estaría amenazado.

—¿Por quién? Nos lo hubiera contado —respondió Iñigo.

—Muchas veces los amenazados no lo cuentan por no preocupar a su entorno. Es duro hacer público que tienes la espada de Damocles sobre tu cabeza. Lo cuentan los mismos que han estado en situaciones así. Mi cuñado lo estuvo mientras fue concejal de esta ciudad. Fue una pesadilla para la familia —dijo el presidente.

—Nosotros éramos sus amigos más íntimos. Nos lo hubiera dicho. No podía estar amenazado. Más bien parecía como si presintiera la muerte. Y siendo aún joven y estando sano era, cuando menos, extraño.

—Con la barbita casi blanca parecía que tenía más —sonrió Manu.

Iñigo asintió con media sonrisa. Limpió el enorme cebollero que tenía entre las manos y se puso a trocear la calabaza que traía en una de las bolsas. Los pequeños trozos, marcadamente naranjas, de aquella hortaliza inundaron de color durante unos instantes la tabla de cortar.

—¿Para qué es esa calabaza?

—Para hacer una salsa muy estirada para el pescado. La voy a dejar preparada y así, para cuando vuelva a la noche, no tengo más que calentarla. La salsa de los guisantitos la he traído ya preparada en un táper. La hice ayer en la sidrería con las peladuras de su propia vaina, ya sabes.

Manu asintió. Iñigo terminó de picar la calabaza. Hizo lo mismo con unas cuantas cebolletas jóvenes, que puso a dorar en una gran cazuela, y, cuando estaban doraditas, añadió la calabaza y las tapó. A su vez, dejó hirviendo un instante, en una cazuela de acero inoxidable, la salsa de los guisantes con los propios guisantes. Manu se había ido a su despacho, que estaba al fondo, en un recodo de la cocina. La sociedad se encontraba vacía aquella mañana. Al rato volvió.

—¿Quiénes venís a cenar? —preguntó el presidente.

Iñigo alzó la vista sin dejar de remover la calabaza, que ya estaba soltando agua.

—Los de siempre. Los que más andábamos con él en el colegio. El profe, el sacerdote, el escultor y yo. Cuatro.

—¿Qué escultor?

—Sí, Antonio José Martos, el famoso escultor. Igual no lo conoces porque

no suele venir mucho. Es un buen amigo; si puede, no se pierde una.

—Sí, sí, el escultor que sale en un montón de revistas... es que tengo una cabeza... —se disculpó el presidente frotándose la calva.

Manu desvió la mirada hacia la comida.

—Pues os vais a poner las botas... —sonrió.

El sidrero le devolvió la sonrisa sin dejar de trabajar.

—No se sabe nada de él, ¿verdad? —Manu mezcló la pregunta con la afirmación anterior como si fueran ingredientes. Iñigo y Manu se miraron; Iñigo negó con la cabeza—. Es la hostia —añadió—. Alguien acribilla a balazos a una persona y nadie es capaz de averiguar quién ha sido.

—Así es —contestó lacónico—. Y si no lo han pillado es que no saben nada de nada. No sé qué cojones está haciendo la Ertzaintza.

—Va a ser una celebración muy triste.

—Él nos lo dijo en más de una ocasión, que lo recordáramos así; y a nosotros una disculpa para hacer una cena no nos hace falta... —añadió intentando quitar hierro a la situación.

Manu se alejó de nuevo sin decir nada, pensativo. Se sentó en su mesita del fondo y comenzó a leer el periódico del día. Se lo solía dejar la señora de la limpieza, la única mujer que podía entrar en la sociedad.

Cuando el sidrero terminó de prepararlo todo, era casi mediodía. Limpió la superficie de trabajo y observó cómo algunos socios más ya habían llegado y comenzaban a cocinar una tortilla de bacalao para el *hamaiketako*. Los saludó con amabilidad. Se acercó a la oficina y cogió el papel de pedidos. Anotó lo que había utilizado: tres botellitas de aceite de oliva y un botellín de coñac. Firmó y envolvió el dinero correspondiente en el propio papel de las cuentas; como siempre, redondeó al alza imaginando que pronto se instalaría el sistema de pago por tarjeta como ya se había llevado a cabo en todas las demás sociedades. Lo dejó en la caja y se despidió de Manu levantando la mano. Salió y se encaminó al *parking* para coger el coche y llegar a su sidrería. Calculó que en quince minutos estaría allí.

Al volante, recordó la figura de su amigo Ferni. Esta se hizo más patente en su memoria. «La amistad no muere con la muerte», se dijo a sí mismo en voz baja.

El cauce del río Leitzaran dibujaba una curva ancha, dulce, sensual y simétrica a la entrada de Andoain. El lugar, envuelto por coníferas erguidas y orgullosas de sí mismas, parecía un túnel recóndito que se perdía en un horizonte inexistente y negaba la luz a un suelo fértil y húmedo. Oleadas de hojas colgadas desde sus ramas dejaban, mecidas por la brisa, su poso de presencia entre la tierra y el cielo abierto.

El estudio de trabajo del escultor Antonio José Martos se encontraba en una casa de dos plantas parecida a un caserío justo a la entrada del valle; estaba situado a una altura considerable, suficiente para observar aquel espectáculo como si fuera la balconada de un teatro donde se representara la naturaleza viva. Un gran ventanal se ceñía al borde del río desde una pequeña atalaya. A sus pies, en el fondo del valle, estaba el lugar donde se hallaban las antiguas piscifactorías —desaparecidas hacía pocos años—, que lindaba a su vez con las ruinas de Olaberria, la antigua herrería, que cerró a finales del siglo xix.

En el interior de la casa, la madera alfombraba los suelos y constituía vigas y paredes; era un espacio diáfano y transparente, repleto de todo tipo de instrumentos y herramientas para elaborar sus esculturas.

A pesar de la perspectiva que el artista disfrutaba sin salir de su estudio, Martos necesitaba pasear al amanecer por la parte principal del río para inspirarse. Salir cuando la oscuridad era casi completa lo motivaba para plasmar sus pensamientos en las esculturas. Tenía la impresión de controlar el día si lo veía nacer. Y eso le gustaba mucho.

Aquella mañana, se dispuso a salir calzado con sus ajadas deportivas de siempre, que tenían algún resto de barro del día anterior; antes, quiso asegurarse de dejar cubierta con una enorme sábana blanca la escultura en la que estaba trabajando. Un tronco de manzano de gran diámetro reinaba en el centro de su lugar de trabajo. Estaba apoyado sobre una robusta mesa baja que dejaba la escultura a una altura cómoda. Se podían apreciar unas incipientes muescas que parecían escarbadas en su superficie. Había acariciado la escultura con ambas manos, repasando cada uno de sus recovecos. Todas las mañanas, con el abrigo ya puesto, repetía ese gesto antes de salir a caminar como quien se despide con un beso de su compañero de alcoba antes de ir a trabajar. Gubias, mazas, limas y

azuelas de distintos calibres quedaron en la mesa de al lado, mudas tras el trabajo del día anterior. El desorden imperaba sin llegar al caos.

Cerró con llave la puerta del estudio y bajó hasta la acera. A pesar de que la primavera estaba ya muy cercana, el frío y la humedad de aquella temprana hora de la mañana era considerable. La bruma se disipaba con lentitud. Se ató el abrigo hasta arriba y, sin atisbo alguno del amanecer en el horizonte, comenzó a caminar por la acera que daba acceso al camino del antiguo paso del ferrocarril. El valle del Leitzarán se fue cerrando y abriendo tenuemente ante él a medida que avanzaba. El trazado del antiguo tren del Plazaola era un lugar de una belleza íntima y seductora, sensual y placentera. Aquella vía férrea, que en un principio dio servicio a las minas de Bizkotx, sirvió más tarde como transporte de pasajeros y mercancías. Lo llamaban «el tren del amor» por los innumerables túneles que jalonaban su recorrido, que daban tiempo más que suficiente a las parejas para poder besarse sin pudor en una época donde hacerlo podía resultar un escándalo.

Hacía ya mucho tiempo que aquel tren había desaparecido, e incluso hacía unos años que la vía se había cerrado al tráfico de coches. Ahora servía exclusivamente como paso de recreo para ciclistas y peatones. El camino serpenteaba, en ausencia de asfalto, durante más de cuarenta y dos kilómetros de falso llano en una cuesta arriba constante hasta la población de Leiza, en la provincia de Navarra. Y el río subía y bajaba entre riscos jalonando el camino — a veces muy lejano, a veces más cercano— de pequeños y sonoros saltos de agua y de remansos de una quietud enternecedora. En varios tramos todavía se podían ver las traviesas del trazado. En alguna esquina del suelo, medio tapadas por el olvido y la tierra, afloraban esos fragmentos del pasado, salpicados de bordas, minas, canales, presas, restos prehistóricos, túneles, regatas, fauna y flora abundante.

La belleza de ese lugar lo inspiraba, lo había dicho en sus entrevistas. Pero la parte más entretenida eran los innumerables túneles construidos para facilitar el paso del convoy. Daban a la vereda un tono de oscuridad misteriosa. Los robles, hayas y abedules hacían más angosto el camino, al ceñir, con su presencia, el entorno y hacerlo todo más oculto. Desde que se había inaugurado la denominada Vía Verde del Plazaola, muchas de las galerías tenían luz y el recorrido se había hecho más acogedor. Sin embargo, y dependiendo del tiempo, esto había hecho aumentar el tráfico de personas, tanto de viandantes como de ciclistas de montaña. A pesar de eso, salvo algún domingo especial, era un recorrido que se mantenía alejado de aglomeraciones incómodas. Pasear por él era un remanso para el que quisiera buscar la calma.

«Solo pensar en este lugar es un ejercicio de contacto con la naturaleza, de

diálogo con ella», pensó el escultor mientras caminaba con paso decidido por su ladera.

Aquella mañana, el ritual de caminar a buen ritmo por aquel paraje antes de empezar a trabajar en las esculturas que tenía entre manos debía repetirse, como todos los días que trabajaba en ellas. Para que las musas le trajeran ideas y ganas a partes iguales. Había tardado tanto en amanecer que, por un momento, Antonio pensó que no lo haría nunca. Cuando por fin divisó las primeras luces del alba, el cielo estaba plomizo y él ya casi había llegado a su punto de retorno. Su lugar favorito. Una esquina detrás de uno de los túneles. Había completado una hora de ida por un trazado que conocía a la perfección.

El amanecer en ese lugar le daba la fuerza necesaria para estar el resto del día en el estudio dialogando con sus materiales preferidos. La dura madera de haya o metales como el hierro o el acero Cor-ten.

Respiró profundamente la humedad, y el aire se mantuvo quieto en su esquina preferida. Las aguas en ese punto eran profundas y el cauce del río se mostraba manso. Se veían pequeñas zonas de bruma. Era la zona del río Leitzaran que más se parecía a un lago. El silencio era muy sonoro. Se podían observar algunas burbujas de fermentación si se detenía la mirada en la superficie. También a través de sus transparentes aguas, alguna trucha sigilosa y algún martín pescador revoloteando silencioso. El amanecer ya iluminaba por completo la escena. Encendió un cigarro y se apoyó en un pequeño pretil durante más de cinco minutos. En todo el recorrido no se había encontrado con nadie. Comenzó el camino de vuelta.

Aquella mañana dejó que su imaginación lo llevara hasta la cena a la que debía acudir por la noche. Para un hombre solitario como él, actos de ese tipo lo obligaban a prepararse mentalmente antes. Eso era lo que de alguna manera estaba haciendo. Sabía que no podía decir que no. Ferni había sido amigo suyo, y conmemorar su terrible muerte no era un asunto opcional. Era una de las pocas citas a las que no podía faltar. Y, aunque ya hacía un año que se había ido, no dejaba de pensar en él. Sobre todo, en las fotografías que le había enseñado el ertzaina Arkaitz, uno de los policías que había llevado el caso, en las que la cara desencajada y salpicada de balazos de Ferni, su amigo de la infancia, inundaba la imagen y, ahora, también sus recuerdos. Enseñar aquellas fotografías era algo inusual. Pero él mismo se lo había pedido al policía. Una mezcla de morbosidad y curiosidad. Al principio se lo negaron. No era algo que pudiera interesarle, le había dicho el policía. Pero después de sopesarlo, Arkaitz, en un ejercicio de desesperación, y sin muchas pistas de las que tirar, finalmente se las enseñó. Y no supo muy bien por qué lo había hecho. Había hecho una excepción que podía costarle cara. Desde luego, le pidió a Martos que no se lo dijera a nadie. Era algo

difícil de olvidar; pero era su amigo y tenía derecho, le había dicho con extrañeza al ertzaina.

Algunos días no dejaba de pensar en los ratos que pasaron juntos en el estudio. Ferni, además de amigo, era un buen cliente. Frecuentemente, discutían sobre el aspecto de muchos de sus bocetos y tallas, y Ferni trasladaba sus conocimientos gastronómicos a los de la escultura, y debatían sobre qué quería decir él con sus obras. Gracias a su barbudo amigo logró que muchas de sus esculturas se dieran a conocer en círculos relacionados con el mundo donde aquel se movía. Solía venir alguna que otra tarde a su estudio, casi siempre después de haber comido en algún restaurante de la zona, y se quedaba con él, sentado en el pequeño sofá que había al fondo, mudo, a sus espaldas, viendo cómo el artista golpeaba la madera con dureza y suavidad al mismo tiempo. Era la única persona a la que dejaba hacer eso. Ni siquiera a su novia le permitía esa licencia. Sus esculturas eran algo muy privado; y su creación, aún más. Y recordó, con una media sonrisa, lo que contestó en una ocasión, en una entrevista con un conocido periodista en la televisión local, cuando este le preguntó por qué.

—Tú, cuando haces el amor con tu pareja, ¿hay alguien más en la habitación?

—¿Cómo?

—No, ¿verdad? Pues a mí me pasa lo mismo. Esculpir es algo tan íntimo como el sexo. Solo me interesa a mí. Ya habrá tiempo para enseñar el fruto del trabajo —había sentenciado ante la risa desconcertada del presentador.

Necesitaba soledad para hablar con la escultura, para que esta lo guiase, para descubrir lo que había encerrado en sus tallas. Las pocas fotos que existían de Antonio trabajando se las había hecho a hurtadillas el propio Ferni; se lo veía de pie, con las herramientas en la mano, silueteado sobre el gran ventanal y con los árboles como telón de fondo.

Cuando dejó de fumar, comenzó el camino de vuelta. Notó que el móvil le vibraba en el interior del abrigo. Lo cogió y, sin dejar de andar, apretó la pantalla. Esta reaccionó iluminándose y mostrando dos mensajes nuevos en una esquina. Se detuvo al ver de quién eran. Pulsó una tecla para leer los mensajes:

¿Te acuerdas de que esta noche tenemos cena en la sociedad? Irás, ¿verdad? Daniel Garrido.

Leyó el segundo mensaje:

Amor, ¿quedamos esta noche para cenar?

Varias caritas sonrientes con un corazón en rojo adornaban el escueto mensaje.

«Vaya, qué pasa, ¿hoy todo el mundo está hablando de cenar?», pensó con media sonrisa. Anduvo varios metros pensando en la contestación. Se volvió a detener y comenzó a escribir:

Hola, Paz. No puedo, tengo cena en la sociedad. Tengo que ir. Te llamo mañana.

Dio a la tecla de enviar. El teléfono vibró. Volvió al mensaje anterior y tecleó la respuesta:

Sí, ya me había avisado Iñigo. Allí estaré. Sobre las nueve, ¿no?

Esperó una contestación inmediata. Conociendo al sacerdote, sabía que sería así. Y no se equivocó. Solo tardó diez segundos en responder:

Sí, a las nueve. Iñigo lo ha preparado todo. Daniel.

Antonio respondió con un conciso «ok», puso el móvil en silencio y anduvo a paso ligero. Se cruzó con dos ciclistas a los que saludó con la mano. La luz, cada vez más fuerte, lo trasladó de vuelta a su casa. Las gubias lo esperaban.

Aquella misma mañana decidió que debía poner título a la escultura de madera de manzano que estaba empezando a abocetar. Lo había dudado mucho y todavía lo seguía haciendo. Aquella iba a ser la escultura de su amigo y solo se podía titular de dos maneras: *Ferni* o *Amistad*.

El sacerdote Daniel Garrido se santiguó delante de la puerta de su casa. Antes de abrirla, se palpó el sobre que llevaba en la parte interna de la chaqueta y cerró la cremallera del bolsillo. Llegó a la calle casi sin darse cuenta, envuelto en sus pensamientos.

Callejeó durante más de media hora hasta llegar al barrio de Amara. El frío de la mañana le había despejado el ánimo. Su cara delgada y su físico enjuto habían atravesado, a paso muy ligero, la ciudad de San Sebastián en un santiamén.

Llegó al portal al que se había dirigido y notó que un poco de sudor le asomaba por la parte alta de la frente. Se lo secó con un pañuelo. Miró la hora. Las diez de la mañana. El timbre del portero automático sonó sin querer hacer ruido, con mansedumbre. No tardaron en contestar.

—Soy el padre Daniel. ¿Me abres?

La puerta cedió de manera muy pausada. Los goznes se relamieron contra las bisagras y cantaron de manera acompasada. El viaje en ascensor fue corto. El cura llegó al rellano. El hombre lo esperaba con la puerta abierta. La luz del pasillo iluminaba parte del descansillo. El hombre se sorprendió.

—Padre Daniel, qué gusto verlo —exclamó su anfitrión—. Pase, pase.

—Solo te robo unos minutos —dijo el cura.

—Iba a salir de casa ahora mismo, pero claro, claro —añadió de manera casi automática—. ¿Quiere un café?

—No, gracias, acabo de desayunar.

Ambos avanzaron hasta la pequeña sala.

—Siéntese, por favor.

Una mesa de madera ajada por el tiempo y vestida con un hule aún más gastado separaba a ambos contertulios.

—¿Qué le trae por aquí? Ha sido una sorpresa.

El cura resopló varias veces antes de comenzar. Su anfitrión lo miró con preocupación.

—Mira, nos conocemos de hace mucho tiempo y lo que me contaste hace dos meses me ha preocupado mucho. ¿Sigues sin trabajo?

El hombre afirmó con la cabeza.

—Ahora iba a salir a seguir buscando. Pero para un hombre como yo, sin mucha cualificación y con cerca de sesenta años, no es fácil.

—Bien. Te conozco desde hace mucho tiempo y siempre has estado cerca de la parroquia y sé que lo estás pasando muy mal. Primero con el divorcio y luego con el asunto de tu trabajo. Tu hija sigue estudiando, ¿verdad?

—Sí. Eso es sagrado. Me quito de cualquier cosa para que a ella no le falte el dinero para terminar la carrera. Hay veces que no sé ni cómo lo hago.

—Bien —contestó el cura abriéndose el abrigo—. Esto que te traigo es para que tu hija pueda seguir estudiando.

Un sobre marrón quedó sobre la mesa. El sacerdote observó cómo lo abría.

—Pero esto no puede ser —exclamó con convencimiento—. ¿Qué es esto?

—Son nueve mil euros. Unos ahorros de mi madre y míos.

—Hace unos meses le conté el asunto. Sin embargo, nunca pensé en pedirle dinero...

—Lo sé, lo sé. Y es verdad, no me lo has pedido. Lo he traído yo. Te has quedado sin trabajo y ese dinero es para que tu hija se pueda licenciar sin problemas.

El silencio entre los dos se hizo tenso.

—Cuando se lo conté usted me dijo que debía rezar para que las cosas se arreglasen. Y lo estoy haciendo.

—Pues mira, ha funcionado —ironizó el cura—. Ya sabes, a Dios rogando y con el mazo dando. Yo soy de otra escuela. La religión cristiana es la mejor, no tengo duda, es la mía y la llevo muy dentro, pero yo la entiendo de manera distinta. Estoy convencido de que Jesucristo ahora no sería católico, ni siquiera cristiano —añadió con simpatía.

El hombre sonrió con cara de sorpresa.

—Se lo devolveré. Se lo juro.

—Estate tranquilo. No tienes que hacerlo. Lo más importante es que ese dinero sirva para que tu hija se haga médico. Ahora eso es la clave. Considéralo ayuda de Dios y humana. No hay cosa más divina que la propia vida humana. Y ya verás como encuentras trabajo. Seguro.

Su anfitrión lo miró con respeto. El fajo de billetes estaba en su mano.

—A mis feligreses intento que no les falte de nada. Es mi manera de entender la religión —insistió.

—No sé qué decir.

—No hace falta que digas nada. Ojalá un día tenga que ir al médico y me atienda tu hija —añadió con una sonrisa mientras se levantaba de la mesa. Se despidió con un abrazo sincero.

El cura cruzó las calles más pensativo de lo que había llegado. La sensación

en su cabeza era más lógica que placentera. Nada más llegar a su casa, miró en el móvil, de reojo, la contestación de su amigo el escultor Antonio José Martos para la cena de esta noche: un escueto «ok».

6

—Sí, a lo largo de la mañana, cuando puedas. Que no se te pase. Y si es a primera hora, mejor —afirmó con seriedad y con voz profunda el subcomisario Vicente Parra.

La oficial instructora de la Ertzaintza, Jaione Egia, con la legaña aún colgada de uno de los ojos, cortó la comunicación de su teléfono móvil y lo miró entornando la mirada con cara de perplejidad. Las siete de la mañana. A pesar de conocerlo bien, era demasiado pronto para que su imprevisible jefe, Vicente Parra, la llamara. Pero no era la primera vez que lo hacía a esas horas, recordó.

Salió de la ducha y se fue secando el pelo hasta llegar a la cocina. Después terminó el escaso y, al mismo tiempo, sabroso chocolate caliente que acababa de prepararse. Todavía humeaba en la taza. Lo había bebido a sorbos sonoros, soplando para bajar la temperatura. Después peló con habilidad una de las manzanas de Errezil que había recogido de uno de los seis manzanos que rodeaban su caserío. «Las pillamos al principio de la temporada. Estas manzanas aguantan muy bien —pensó—. Son feas y oscuras pero muy sabrosas.»

Antes de abandonar la casa, observó desde el pasillo, durante unos segundos, a su marido, Pello, que aún dormía; sin hacer ruido, entornó la puerta de su dormitorio. Luego, abrió la puerta de la habitación de su hijo y contempló su postura imposible. Se había destapado. Se acercó con sigilo y lo arropó con la colcha que tenía a un lado. Bajó las escaleras del caserío, que compartía con su hermana. Era un gran edificio de dos plantas dividido de manera muy sutil para que ambas familias pudieran tener la intimidad que necesitaban.

Cogió las llaves de la Yamaha Fazer 1000 y bajó con sigilo hasta el garaje. En una esquina se encontraba la ranchera Ford granate de su marido y, al otro lado, todo lo que su flamante moto necesitaba. Muchas de esas cosas estaban colgadas y ordenadas en el interior de un gran armario donde había cascos, guantes, zamarras con protecciones, fajas, trajes de agua, espalderas e incluso alguna pieza de repuesto.

Se ciñó los guantes, que eran de espesor mediano. La temperatura de esos días no era excesivamente baja. Pronto llegaría la primavera, una estación que le gustaba especialmente. Se ajustó el casco con la visera levantada. Subió la puerta del garaje. A su ronroneo suave lo acompañó el encendido del motor de su moto.

Cuando salió al porche, observó las luces de la casa de su hermana. Las de la cocina estaban encendidas. Como muchas mañanas, se asomó tras las cortinas y la saludó con la mano. Jaione correspondió con la cabeza sin poder soltar las manos del manillar de la moto. Mientras esperaba a que la puerta del garaje se cerrara, acarició en su mente el aroma del café recién hecho, que muchas veces se colaba de una casa a otra. Ella no era muy aficionada a los grandes desayunos. Su hermana, sí. A pesar de eso, le gustaba el olor cariñoso y zalamero del café por la mañana. Un producto del que estaba enamorada; pero solo de su aroma, no de su sabor. Una contradicción que le resultaba curiosa.

Mantuvo esa reflexión mientras bajaba por la estrecha carretera, sin asfaltar, aunque cuidada y bien lisa, de acceso a su caserío, que se encontraba a las afueras de Andoain; y ese pensamiento le duró en la mente un buen rato, mientras esquivaba el terrible tráfico de la N-I —que da acceso a Donostia— a esas horas. Prácticamente no se lo quitó de la cabeza hasta que se bajó de la moto delante de la comisaría. Cuando entró en ese edificio cambió de registro y se acordó de la llamada intempestiva de su jefe, Vicente.

La comisaría de la Ertzaintza del barrio donostiarra del Antiguo parecía un barco. Se alzaba, con la proa desafiante, mirando, en dirección paralela, a la muy cercana bahía de la Concha.

Aparcó la moto y se fue directa a su pequeño despacho. Vio luz en el despacho de Vicente y se imaginó que lo mejor sería hacerle una visita cuanto antes, a pesar del trabajo que tenía acumulado encima de la mesa. Nada más dejar el casco en un armarito, se sentó. Casi al instante, sonó una llamada interna.

—*Kaixo*, Jaione, he oído llegar tu moto... ¿tienes un momento ahora?

«Vicente, déjame respirar», se dijo a sí misma la oficial.

—Sí, voy ahora, dame un minuto —contestó con sobriedad.

La puerta del despacho de Vicente Parra sonó. Jaione pedía permiso para entrar, pero no esperó la contestación de su jefe.

—Siéntate, por favor.

El policía levantó la mirada. Observó el pelo negro de Jaione, recogido con un coiletero, su figura delgada envuelta en un jersey de cuello alto, con los brazos cruzados, su nariz ligeramente respingona y, sobre todo, sus ojos, grandes y azules, que le preguntaron inquisitivos qué pasaba sin articular palabra. Él sonrió.

—No pasa nada, Jaione.

Ella se apoyó en el respaldo sin dejar de mirarlo. «Menos mal que no pasa nada, que, si llega a pasar, no sé a qué hora me habría sacado de la cama», pensó la mujer.

—Voy a ir al grano —comenzó el subcomisario—. Ya conoces el caso de Ferdinand Cubillo, ¿verdad?

—Sí, pero yo no he tocado nada de él —respondió la mujer inmediatamente—. Alguna cosa que me comentaste en su día. Nada más.

—Lo sé, lo sé. Este caso lo estaba llevando yo con la colaboración del oficial instructor Jon Ander y con el pobre Arkaitz. Los conoces, ¿verdad?

—Sí, a veces pienso que no ha pasado nada y que Arkaitz todavía trabaja aquí con nosotros —dijo la policía con cierta melancolía. La mujer miraba al subcomisario a los ojos sin perder detalle—. De eso hace ya unos meses, ¿no?

—Pues sí, hará dos meses, sí —contestó su jefe pensativo—. Pero eso no tiene remedio, y tenemos que ser fuertes y seguir con la investigación aunque él ya no esté. Y además, su figura, desde el más allá, estoy seguro de que nos estará ayudando —añadió escuetamente.

—Yo no lo conocí mucho, pero, lo poco que traté con él, demostró ser buena persona.

—Sí, Jaione, así era, una persona muy cercana. Aunque lo que ocurrió ya no se puede cambiar —añadió de nuevo entornando los ojos.

El subcomisario hizo una breve pausa y cogió aire.

—Quiero que te unas a este caso.

La mujer asintió en silencio y con cara de seriedad.

—Sabes que el asunto está casi en punto muerto, nunca mejor dicho, porque llevamos un año y no hemos avanzado mucho. Para serte sincero, muy poco. He estado revisando todo con Jon Ander y hemos coincidido en pensar que tú nos puedes ayudar.

—¿En algo en especial? —preguntó Jaione.

—Creo que sí... tú, además, eres psicóloga, ¿verdad? Y también tienes un máster en criminología.

Ella asintió y abrió sin querer los ojos algo más, lo que hizo que estos brillasen.

—Te resumo la situación. El asesinato de Ferdinand pasó hace ya un año y seguimos sin tener pistas sobre los que lo perpetraron. Es una situación que, a pesar del resultado óptimo para los que lo hicieron, se podría decir que fue una pura chapuza. Tú no puedes parar un coche en mitad de una carretera, acribillar a balazos a una persona y largarte sin dejar huella. Sin que nadie te vea. Hacerlo así significa sensación de impunidad o inconsciencia o una suerte del carajo, porque la posibilidad de que te atrapen es muy alta. Bueno, pues, a pesar de eso, los tipos que lo hicieron, a día de hoy, se han librado.

Jaione no apartaba la mirada de su jefe.

—Estate segura de que no por mucho tiempo —añadió el subcomisario

intentando provocar el *feedback* necesario para que su subordinada se implicara en el asunto. Aunque no era necesario. La mujer escuchaba con extrema atención a Vicente.

—Tiene que haber algo en algún sitio que se nos haya pasado; y tenemos que averiguar cuanto antes lo que es. Yo, a pesar del tiempo transcurrido, estoy animado, y sé que por algún lado encontraremos algo.

—¿Tienes algo en concreto por donde tirar ahora? —preguntó la policía.

—Sí y no. Lo llevo pensando toda la semana. A ver qué te parece. Tenemos una mujer que se presentó cuando se pidió ayuda ciudadana. Una señora pequeña con el pelo teñido y rozando los sesenta años. Se llama Conchi Iruzubieta. Nos dijo que era de la zona. Creo que vive en un pueblo de al lado y que aquel día pasó por la carretera del río Araxes a la hora en la que ocurrió el asesinato. Están todos los datos en el informe.

—Sí, me acuerdo de que me lo comentó Jon Ander. No me dijo nada más.

—La mujer se portó muy bien, pero lo que nos facilitó no sirvió de nada. Lo único que nos dijo fue que en la zona de huertas donde encontramos el coche con el cadáver se cruzó con un coche grande de color blanco. Que, como siempre, había muy poco tráfico por la zona; pero no supo decirnos nada más.

El subcomisario se levantó y recogió el archivo con los datos del caso. Un gran portafolio. Lo depositó sobre la mesa y se lo acercó a Jaione.

—Te pasaré más cosas que faltan. Las tengo en un *pendrive*.

La mujer abrió la carpeta y comenzó a pasar las hojas sin pararse en ninguna. Sin embargo, le dio tiempo suficiente para ver las anotaciones hechas a mano con la letra de su compañero Arkaitz. Y sintió respeto por él y, a la vez, un estado de ánimo alto al ver que su jefe había confiado en ella para que formase parte del equipo en un caso tan complicado como aquel.

—Leer y asimilar esto me va a llevar unos días. No te preocupes, lo haré en el menor tiempo posible. ¿Por dónde quieres que empiece?

—En este momento lo que más me interesa es que analices el expediente en general por si ves algo en lo que yo no he reparado. Pero, sobre todo, que te detengas en la única persona que estuvo cerca en el momento de los hechos, que es la tal Conchi.

—¿Quién estuvo hablando con ella la primera vez?

—Pues precisamente fui yo.

La mujer levantó la mirada.

—¿Quieres que vuelva a hablar con ella? —añadió.

Vicente asintió. En su mirada no se pudo adivinar del todo lo que pretendía decir con su respuesta.

—Jaione, ¿tú conoces las técnicas de la hipnosis?

—¿Eso te dijo?

—Y con cara un poquito como de perdonarme la vida.

—Me dejas sin habla —añadió el profesor de repostería Sergio Fuertes resoplando ante el chaparrón que le estaba arreciando por teléfono sin saber muy bien qué contestar. Su interlocutor no dejaba de apretar continuando con un discurso duro y áspero.

—Sí, es verdad que eso es una anécdota que no dice mucho en su favor, pero sin más. A los veintiocho años se hacen esas cosas y peores. Lo que más me fastidia es el asunto de la cocina.

—Era un buen cocinero, con un nivel de conocimientos por encima de la media.

—Es que de la base no tiene ni puta idea. Te lo digo yo. Eso de ahí arriba es la teoría. Esto de aquí abajo es la vida real, que por lo general es bastante más cabrona. El otro día me dijo que para el cambio de carta necesitaba más tiempo. Que en ese momento se encontraba bloqueado, en blanco. Que le pago casi tres mil euros... y a los tres meses mal contados me empieza a decir que no está del todo centrado y que los platos nuevos tendrán que esperar.

Sergio Fuertes seguía al otro lado de la línea telefónica quieto y con cara de preocupación.

—Y además, otra cosa. La manera como lleva la cocina no me gusta un pelo. Le he tenido que llamar la atención varias veces porque así no se habla a compañeros de trabajo, por mucho que él sea el jefe de cocina. Aquí ya sabes que el respeto es fundamental. Y se lo dije en la entrevista que tuvimos nada más empezar. Respeto. Los gritos no hacen que el servicio vaya mejor, lo tengo comprobado. A más gritos, más nerviosismo, y los platos salen tensos.

Se oyó la respiración del profesor sin articular palabra.

—Y porque tú y yo tenemos mucha amistad desde hace un montón de años y siempre me mandas gente buena... pero menudo petardo que es el tipo en cuestión.

—Aquí no dio ningún problema —insistió el profesor—. ¿Qué hacemos?

—No sé, no sé.

Tomando la iniciativa, el mismo Sergio Fuertes se respondió.

—Voy a hablar con él, no te preocupes. Aquí se portó bien pero también es verdad que dio un curso de tres meses y no muchas horas. No pasó nada digno de mención. Traía buenas referencias.

—Ya lo siento, Sergio. Tenía que desahogarme contigo.

—Venga, va, no te preocupes; estas cosas a veces pasan.

—Estamos a comienzos de marzo, y, como no dé un giro radical, lo echo a la calle y en abril meto a otro y tan felices. Me fastidia porque llegará agosto y me hubiera gustado que el que venga nuevo estuviera más rodado. No sé.

—No te preocupes —insistió Sergio—. Voy a hablar con él en seguida. Tengo aquí encima de la mesa su teléfono.

Un momento de silencio se cruzó entre ambos.

—Ya lo siento, montarte este numerito, pero somos amigos —repitió— y no podía dejar pasar esto por alto. Es la primera vez que pasa. En todos estos años me has mandado mucha gente, y muy buena, y te lo agradezco de veras, pero lo de este chaval es una cosa muy distinta.

—Has hecho bien en decírmelo —contestó Sergio—. No te preocupes, que si esto no sale tengo otro cocinero que está pensando en pasar aquí dos años y que puede encajar.

—Pues mira, no lo descartes.

—Venga, estamos en contacto —se despidió el profesor.

—Vale, un abrazo —contestó el cocinero cerrando la comunicación.

Sergio se quedó quieto, con el móvil en la mano, delante de su mesa de trabajo. Sus ojos dejaron de parpadear mientras miraba absorto la pantalla del ordenador con el pensamiento muy alejado de su puesto, que se hallaba en una esquina de la sala de profesores del Food University Donostia, que compartía con sus compañeros de trabajo. En aquel momento estaban casi todos en clase. Solo el panadero se encontraba en el otro extremo de la salita pasando a limpio evaluaciones de alumnos.

Lo miró desde la distancia, y quiso preguntarle a su compañero sobre el alumno en cuestión, pero en el último momento se contuvo. «Vamos a hacer las cosas con lógica», se convenció a sí mismo. «Primero hablaré con él. Como buen juez, oiremos a ambas partes». El veredicto, después de haber oído a una de ellas, estaba casi cantado. El dueño del restaurante era amigo suyo desde hacía muchos años y estaba seguro de que la versión del chaval le iba a chirriar. «Pero no vaya a ser que el alumno en cuestión nos dé algún dato de mi amigo o, mejor aún, del funcionamiento de su restaurante que ignoraba —pensó—. Pero no creo que sea así. Es un restaurante con mucha historia, y no creo en absoluto que me dé ninguna sorpresa. Y, además, a él le creo. Así de sencillo.»

Cerró el ordenador y pensó en llamar al alumno al día siguiente,

coincidiendo con su día de fiesta. Salió, con el delantal en la mano, despidiéndose de su solitario compañero de sala. Se ciñó las tiras del delantal alrededor de la cintura escaleras abajo mientras no dejaba de pensar en la conversación con su amigo el cocinero: «Es un lío mandar a alguien a casa de un amigo. De vez en cuando pasa, y es una mierda. Una persona que va en tu nombre y te hace esto.»

Su figura se mimetizó con los pasillos blancos del enorme edificio mientras caminaba por ellos. El FUD se había inaugurado hacía ya casi veinte años y, a pesar de eso, conservaba su aspecto impoluto. Se ajustó el botón superior de la chaquetilla cuando entró en el aula de cocina. Varias mesas de mármol ocupaban la mayor parte de la estancia. Al fondo, y separados por una cristalera, dos hornos y varios fuegos eléctricos, doce alumnos recogían los bártulos que habían utilizado para la elaboración de bombones. Cada uno había dejado los suyos en una cámara especial que mantenía la temperatura a diecisiete grados. Los chavales la llamaban, a secas, «la diecisiete».

—Quiero que todo quede limpio e impoluto —dijo en voz alta uno de los profesores que estaba al cargo. Sergio se acercó a él.

—No te preocupes, me quedo yo hasta que acaben. Vete ya.

Su compañero asintió y salió por la puerta del fondo. Al cabo de media hora, el acero inoxidable del aula de cocina brillaba pulcro. Un olor suave a detergente se le insinuó desde la pila de limpieza de las bayetas. Abrió la ventana exterior, que daba al jardín de las especias, y esperó ingenuamente unos instantes a que los efluvios aromáticos del tomillo, la mejorana o la albahaca recién plantada sustituyeran el olor del detergente, pero estaban demasiado lejos para dejarse notar. El último de los alumnos se despidió y el silencio del final de la tarde se apoderó de la estancia.

Apagó las luces del fondo y dejó solo las de dos fluorescentes cercanos a las cámaras. Estas iluminaron la estancia tenuemente. Desde la ventana de al lado se podía oír con claridad cómo los jóvenes iban arrancando sus motos. Entre conversaciones en voz alta y palabras de despedida, se fue haciendo el silencio casi a la vez que el final del atardecer mandaba su mensaje de oscuridad al entorno. Esperó un poco más, simulando que leía distraído las recetas de pastelería sobre las que habían trabajado. Se mantuvo en esa posición pasando distraídamente las hojas un par de minutos más.

Se acercó a la puerta exterior del aula y la cerró por dentro. Miró a través del ventanuco para cerciorarse de que no hubiera quedado nadie en el pasillo exterior. Se guardó las llaves en el bolsillo del pantalón y se sintió un poco más seguro. Nadie lo iba a interrumpir.

El sonido barrió el silencio con un eco contenido. El motor de encendido

del mantenimiento de la temperatura de la diecisiete le hizo volver la cabeza con un leve sobresalto. «Date prisa», se dijo a sí mismo. Sin perder un instante, se acercó a la cámara y la abrió con sigilo. El olor a chocolate fue un estallido de realidad dulce. La luz interior de la cámara se encendió nada más abrir la puerta. Dentro, veinte bandejas de bombones de todo tipo se almacenaban ordenadas en bandejas con el nombre de cada alumno. La superficie del chocolate recién atemperado reflejaba, brillando con suavidad, su dura coraza, y escondía su cremosidad interior.

Salió de la cámara un instante manteniendo la puerta abierta. De la balda exterior, recogió un cartón plano con tapa. Volvió a la diecisiete y, con ayuda de unas pinzas, para no estropear la brillante superficie con la grasa y el calor de sus dedos, fue cogiendo dos bombones de cada una de las bandejas y los ordenó en el cartón que había cogido: crema de calabaza, *ganache* de tonka, Coco López, *mousse* de hierbaluisa. Los cuatro tipos de bombones que habían hecho los alumnos aquella tarde.

Cuando vio que los cuarenta bombones no le iban a caber en una caja, cogió otra y los reubicó con cuidado para dejar ambos recipientes perfectamente repletos de dulces. Pensó que eran demasiados, pero al final rechazó la idea de llevarse menos. Siempre que se los llevaba se acercaba alguien a pedirle y terminaba ofreciendo a todos los que estaban cerca. Nunca duraban más de un envite.

Desordenó un poco los bombones que habían quedado en las bandejas originales para que no se notara su paso por ellas y cerró la cámara. Se acercó al congelador y lo abrió. Cogió una pequeña tarta congelada de pistacho y chocolate blanco. La metió en otra caja de cartón un poco más grande que la de los bombones y, a su vez, la introdujo en el fondo de la mochila que había dejado allí mismo por la mañana, preparada al efecto y escondida bajo una mesa. Encima, las dos cajas de bombones. Se cambió de ropa. La metió encima del todo y la aplanó con suavidad para que las tres cajitas quedaran bien ocultas. Cerró la mochila con cuidado y apagó las luces del aula. Los diminutos puntos de luz roja de los relés despidieron al profesor.

Cuando pasó por recepción, se detuvo y rescató del panel su tarjeta de identificación y la introdujo en la máquina de fichar. La hora de su salida quedó registrada. Imaginó que ese mes llevaba unas cuantas horas extras. Se despidió con una mano de la encargada. Eukene lo saludó con la mano en alto y una sonrisa.

El postre para la cena de esa noche en la sociedad en honor a su amigo Ferni estaba preparado. Llevaba el olor a chocolate en la ropa.

El hombre apagó el cigarrillo y lo dejó en un cenicero desmenuzándolo con un automatismo nervioso. Ya era el quinto en apenas una hora. El salón estaba tan vacío como su alma. Los armarios, la mesita con mantel y el resto de objetos que lo llenaban parecían mantenerse ajenos a todo. Él se sentía de una forma parecida a ellos. Se mantuvo quieto en el sofá que había en el borde del ventanal de la sala sin hacer el menor ruido. Tenía la mirada perdida, ajena a las órdenes de su cerebro. Incómoda con sus pensamientos. Una sensación desagradable recorría su interior desde hacía ya un par de años y no se había atrevido a afrontarla. La luz de la calle se había evaporado y las farolas se encargaban tímidamente de sustituirla. El tráfico exterior de coches y de personas era denso, el habitual del barrio de Gros a última hora de la tarde entre semana. Sonoramente fluido entre cláxones.

Había anochecido, pero él no sabía muy bien si lo que estaba ocurriendo iba a ser, por el contrario, un amanecer. Lo había pensado mucho. Jugueteeó con el bolígrafo que había encima de la mesa y, con la mirada vacía, miró la foto que presidía el salón de casa. Un escalofrío le recorrió el cuerpo y lo despertó del estado de trance en el que se encontraba. Se convenció a sí mismo de que ese era el momento. Se levantó con cierta ansiedad y miró la hora. Las ocho y media de la tarde. «Tiene que ser ahora —pensó—, no puedo esperar a mañana. Lo acabo de decidir. Será ahora. No puedo demorarme más.»

Sus gruesos zapatos sonaron con dureza sobre el parqué. Chirriaron con cordura y acompañaron a su dueño hasta la puerta de la habitación. La abrió despacio, y el silencio y la ausencia de luz del interior de la estancia se hicieron más patentes. Extendió el brazo y encendió la luz del pasillo, que iluminó el cuarto tenuemente y de refilón.

Solo se podía intuir el ritmo lento de la respiración de la mujer postrada en una de las dos camas de la habitación. Su propia respiración se hizo más profunda para darse el valor que en ese momento necesitaba. Se acercó al lecho con paso muy lento y volvió a mirar la hora. Solo habían pasado un par de minutos desde la última vez que lo había hecho. El tiempo se estaba deteniendo y haciendo espeso, cada vez más lento y cargado de segundos. Se mantuvo allí de pie durante un buen rato; sin embargo, no sintió que pasase instante alguno.

Agarró el enorme almohadón anaranjado que estaba en la cama de al lado y lo sujetó con firmeza con ambas manos calibrando con frialdad la situación. Lo dejó delante de él, en el borde de la cama que ocupaba la mujer, y esperó con paciencia a que los ojos se le acostumbraran a la oscuridad que reinaba en el interior de la habitación. Escuchó de nuevo la respiración muy pausada de la mujer y destapó con suavidad la manta y la sábana que le cubrían la mitad de la cabeza. Observó el comienzo de su camisión rosa con cuello liso, que contrastaba con la textura de su piel. Su pelo corto delataba un pelo teñido de color caoba. Las raíces, muy blancas, asomaban. El resplandor que venía de la luz del pasillo era demasiado débil como para apreciar más rasgos. Eso iba a facilitar la acción, pensó.

La miró por última vez como quien mira a una desconocida. No podía ser de otra manera si quería hacerlo. Volvió a agarrar el almohadón, pero esta vez con más delicadeza.

Con la misma con la que un verdugo coloca la soga.

Lo acercó a la cara de la mujer dejándolo a escasos centímetros de su rostro. Se detuvo de nuevo unos instantes. La suerte estaba echada. Susurró, entre dientes, unas palabras apenas audibles: «Que Dios me perdone.»

En un movimiento que pareció lento, tapó con el almohadón la cara de la mujer, que al principio no reaccionó. Apretó encima de su rostro para que no pasase ni una brizna de aire que le diese alguna oportunidad a la vida. La mujer, en un gesto instintivo, reaccionó y levantó los brazos en un intento de zafarse del ataque. El hombre notó cómo se agarraba desesperada a sus antebrazos y arañaba, sin apenas fuerza, el jersey granate que ella misma le había comprado hacía ya muchos años. Sus rodillas se arquearon sobre las sábanas, se oyeron sonidos incompresibles, pero él mantuvo la presión del almohadón sobre su cara sin dejar que se moviera.

Notó que la tensión y la resistencia sobre sus antebrazos habían disminuido casi al instante y se sintió aliviado cuando, después de unos escasos segundos, la mujer dejó de moverse. A pesar de ello, mantuvo la posición. No sería capaz de repetir el proceso si, cuando interrumpiese la presión, ella siguiera con vida. Retiró de su cara el almohadón. La mujer tenía la cara desencajada y eso le impresionó. Volvió a repetir la oración.

—Dios mío, perdóname por lo que estoy haciendo.

Se inclinó sobre ella para asegurarse de que la mujer no respiraba. Acercó su mano al rostro de ella y, en un mismo gesto, cerró los párpados abiertos y la boca de su víctima. La besó en la frente y le metió las manos dentro de las sábanas. La arropó hasta la barbilla. Se separó un instante del cuerpo inerte y sintió miedo. Sus ojos se habían acostumbrado a la penumbra y la visión del

cadáver le hizo sentir, por igual, alivio y desasosiego.

Cuando salió de la habitación, cerró la puerta sin hacer ruido y volvió a la sala de estar. Respiró con calma mientras se acomodaba en el sillón. Con las manos en la cara, lloró amargamente durante un tiempo que no hubiera sabido determinar. Comenzaba a notar el equilibrio en su alma e imaginó que, pasado ese momento, solo quedaba contárselo a su amigo, el médico.

El timbre del portero automático lo hizo volver a la realidad de manera brusca. Se secó las lágrimas y se arregló en el baño mientras esperaba la llegada de la visita. Se miró en el espejo y no se reconoció. Su rostro era la viva imagen de la pesadumbre. «Tienes que tranquilizarte», se dijo a sí mismo. Cuando abrió la puerta, su aspecto denotaba una tranquilidad fingida.

—Hola, padre Daniel.

—Buenas noches, Estefanía, pasa —contestó el hombre con una sonrisa forzada.

Ambos avanzaron hasta llegar a la cocina.

—Ya le he dado de cenar. Ahora está durmiendo —dijo el sacerdote—. No la molestes. Cuando te vayas a la cama, dejás, como siempre, las puertas de las dos habitaciones un poco abiertas por si necesitara algo. ¿Has cenado? —preguntó con extrema frialdad.

—Sí, me he preparado un bocadillo de pollo en casa. Yo suelo cenar muy pronto. Lo hago con la *ama*.

—Bien, yo me voy, que tengo una cena en una sociedad de aquí al lado. Celebramos el aniversario de la muerte de mi amigo Ferni.

—Sí, ya me lo dijo ayer —contestó la joven.

—Yo, mañana, vendré aquí pronto. Si no se ha despertado, déjala dormir —mintió el cura—. Ya le daré yo el desayuno cuando llegue.

—No es molestia. Ya se lo doy yo, porque a veces se suele despertar pronto.

—Esta vez no creo. La he notado muy cansada. Apenas me ha reconocido y ha comido muy poco.

—No me importa hacerlo. Yo entro en la universidad a las nueve. —Insistió la joven.

—Que no, en serio. Yo llegaré aquí a las siete y ya me ocuparé yo.

—Como quiera —contestó la joven—. Por cierto, pronto es su cumpleaños. Eso lo descentró un poco. Pero supo reaccionar con rapidez.

—Sí, tienes razón. Dentro de una semana. El sábado.

—¿Y cuántos cumple? Un montón, ¿verdad? —sonrió Estefanía.

—Pues sí, noventa y siete.

—Esa nos va a enterrar a todos —sonrió la joven.

—No creo —matizó, escueto, el sacerdote.

—Por cierto —dijo la joven—, su amigo ya no está en la habitación del fondo. Ayer entré porque necesitaba una toalla y ya no están sus cosas.

—No, se fue hace unos días, se me olvidó decírtelo.

—Pero llevaba aquí un montón, ¿no?

—Pues más de un año —dijo sin darle importancia—, desde el asunto de su desahucio. Los bancos le quitaron el piso donde vivía. Ahora está mejor, con una novia nueva que se ha echado... y también en el trabajo: le han hecho fijo. Han alquilado un piso cerca.

—¡Es usted la caña! —exclamó la joven—. Ya sabe que mi madre le quiere un montón. Y además dice que es el cura más enrollado que conoce —añadió mientras el sacerdote empezaba a alejarse con una media sonrisa dibujada en la cara. En mitad del pasillo, y antes de empezar a bajar las escaleras, este le dio el último aviso:

—Si pasa algo, ya sabes dónde localizarme, en el móvil.

—No se preocupe, padre, lo tengo aquí apuntado.

Estefanía cerró la puerta con delicadeza y el sacerdote, según comenzaba a bajar las escaleras, tuvo la sensación de que las lágrimas volvían a aflorar. Se detuvo en uno de los descansillos y respiró con profundidad mientras su mente, en un ejercicio desmesurado de memoria, se acordó de su madre cuando él era pequeño; sintió las manos de ella acariciándole el pelo mientras lo vestía con un jersey de cuello alto para que no se enfriara. «Que siempre estás con catarro», le repetía con atención a su único hijo.

También se acordó de tantas y tantas tardes en que ella lo había acompañado a la escuela y, en ese mismo instante, también le volvieron a la mente los días de colegio y, sobre todo, el momento en que su madre se acercaba a su cama y le daba el beso de buenas noches mientras lo arropaba. «Igual que he hecho yo ahora con ella», pensó. Y voló unos años al pasado, cuando él le dijo que se iba a ir al seminario a estudiar para sacerdote. Ella le recriminó que, siendo su único hijo, la condenara a no tener nietos. Aquella frase recriminatoria no le hizo cambiar de opinión, pero se le grabó a fuego en la memoria.

Se quedó quieto en medio de un descansillo. Parecía en trance. Su niñez tiraba con fuerza de su colección de recuerdos. Sobre todo, la imagen de su madre cuando lo acostaba. Notó su alma en un puño. A pesar de verla cansada, él siempre le exigía que le contara un cuento, y ella accedía con cariño. ¿Y cuando lo cogió de la mano para llevarlo al cine a ver *Dumbo*? Cuántas veces lo llevó al cine Trueba... pero él no se acordaba más que de aquella. Y también recordaba cuando su madre se sentaba en los bancos del parque de la plaza de Cataluña mientras él se peleaba por los columpios con otros niños. Y, en casa, la

de veces que le recordó lo que había sido y era su padre. Un pescador de primera. En un barco pequeño muy manejable. Iba en busca de merluzas de pincho a no muchas millas de la costa.

Y se acordaba del día que su madre le dijo, con una edad que él nunca consideró suficiente, que un día su padre se había quedado a vivir en el mar y que ya no vendría más. Sorprendió a su joven madre llorando en el cuarto de baño nada más contarle la trágica historia de su padre. Se acordaba con exactitud del barco. Tenía la línea de flotación pintada en verde con una franja roja. Su padre lo solía llevar a verlo y le enseñaba el interior del pequeño buque y los aperos de pesca. Y no lo dejaba tocar los anzuelos. Y también recordaba la foto del barco que salió en el periódico de la época con un escueto «Desaparecido el pesquero *Aita Mari II* con sus cinco tripulantes a bordo».

Por eso él, desde hacía ya muchos años, desde que estaba en la iglesia de San Vicente —en medio de la parte vieja—, siempre miraba al mar antes de officiar las misas. Ante la escollera cercana, respiraba el salitre y el aroma del mar Cantábrico y así sabía que su padre estaba enterrado allí, en algún lugar no muy lejano, bajo sus aguas tormentosas y bravas. Sobre la superficie de un mar gris y constantemente enojado se alojaba el alma de su padre, del que cada vez guardaba menos recuerdos propios y más de los contados por su madre: apenas aquellos que ella se empeñó en mantener en la mente de su hijo a base de historias mitad reales, mitad inventadas. Como la imagen de su padre con una barba equilibrada entre cana y negra y su olor a pez y a mar llegando a casa, siempre con algo de pescado entre las manos. Anchoas, verdeles o alguna merluza; de vez en cuando, carioquillas o sardinas y, en alguna que otra ocasión, algún chicharro hermoso. Y siempre asociado con el sonido de la lavadora con su ropa girando y con la voz de su padre implorando que se retirara de aquella ropa su perfume de sal y de sudor. A veces recordaba haber ido a despedirlo a la dársena del puerto de Donostia donde tenían base. Siempre de la mano de su madre. Y a partir del último viaje de su padre, la única que volvió a coger.

La misma mano que lo había sujetado sin apenas fuerza ni sentido hacía escasamente un cuarto de hora. No se creyó del todo lo que acababa de hacer y menos aún que, justo después, se hubiera ido de cena a una sociedad a celebrar el aniversario de la desaparición de su fiel amigo Ferni. Le pareció increíble. La muerte de su madre se juntaba con la fiesta de celebración de la desaparición de su amigo, y en su imaginación jugaban a rivalizar entre el terror y la bondad.

Cuando bajó al portal, la calle estaba inundada de sirimiri y de paraguas. Pensó en volver a casa de su madre a por uno, pero no tuvo ánimo.

Jaione Egia pasó el resto del día leyendo parte del historial que su jefe le había dejado sobre la mesa. Había en él fotografías del difunto, Ferdinand Cubillo, datos de la autopsia... Ocho disparos. Más un tiro de gracia a quemarropa sobre la cabeza del desdichado. La silueta dibujada en el papel reflejaba las partes del cuerpo donde habían impactado los proyectiles. La hora aproximada de la muerte. El análisis de la sangre encontrada en el interior del vehículo, por si entre el mar que bañaba el escenario del crimen pudiera haber restos de la sangre de alguno de sus atacantes.

Miró el análisis y observó que se habían recogido muestras de distintas partes del vehículo. Cada una de ellas estaba con su analítica y se acompañaba de una fotografía con buena definición del lugar exacto donde se recogió — algunas del suelo de la parte posterior e incluso del reposacabezas trasero—. El análisis no reveló ninguna sustancia extraña, como sedantes, ni ningún parámetro que hiciera sospechar nada. Tampoco el análisis del interior del estómago de la víctima dijo nada especial. Vino, carne, algo de pan. Coincidió con el menú del restaurante en el que acababa de comer.

Pasó las hojas con rapidez.

Se había registrado el maletero y no se había encontrado tampoco nada reseñable. Varias guías gastronómicas del año anterior que él mismo había editado. Una de ellas dedicada al dueño del restaurante al que se dirigía a cenar la noche del asesinato y al que nunca llegó. Un paraguas. Un chubasquero del que se confirmó, gracias al análisis del ADN extraído de la saliva del cuello alto de la prenda que llevaba Ferdinand Cubillo, que le pertenecía o, por lo menos, lo había usado. Papeles escritos a mano, sacados de una carpeta que estaba abierta, con anotaciones de platos y comidas por todos los lados. Seguramente se habrían salido por culpa del frenazo, pensó la oficial.

Una pequeña cajita con seis tarjetas de visita —de cinco restaurantes y de una sociedad gastronómica—. El informe del registro interior del vehículo se acompañaba con lo que se encontró en los asientos traseros del coche: un pañuelo usado en el cenicero situado en la parte posterior derecha de la puerta trasera, un palo de chupachups con restos de un caramelo de color anaranjado y pegado a un papel. «Con análisis de ADN desconocido por ahora», decía la letra

del policía que había realizado el informe.

«Qué profesional era Arkaitz», pensó Jaione mientras se acercaba el folio para leerlo mejor. A pesar de haber tratado muy pocas veces con él, la mujer se estaba haciendo un retrato exacto de su compañero, el ertzaina muerto hacía unos meses. Meticuloso. Bajó la vista, pensativa, y siguió leyendo.

El coche del crítico era un BMW 523i de 1996 de color negro que funcionaba con gasolina. No tenía ningún rasguño digno de mención. Las fotografías del vehículo lo mostraban en la posición en la que lo habían encontrado y en el depósito de automóviles de la policía con las puertas abiertas. También cuando estaban cargando el coche para llevárselo, montado ya en la grúa. Las imágenes del vehículo se completaban con unas fotografías de los bajos del vehículo que no aportaban nada en particular. Datos de su matrícula, del número de serie del motor. Todo en orden. En el momento del asesinato, la ITV estaba pasada hasta diciembre. El color negro de la esquina trasera derecha estaba levemente saltado, y tenía restos de una pintura que, según se comprobó, era del garaje de su propiedad. Se confirmó que había una rozadura de ese color en una columna del garaje, pero muy leve. Se podía observar solo si te fijabas muy de cerca. En la plaza donde Cubillo aparcaba tampoco se encontró nada significativo.

«El negro y el blanco», pensó la oficial. La víctima, de negro y el asesino, posiblemente, de blanco.

Pasó varias hojas y se detuvo en el análisis de las huellas dejadas por las ruedas del otro coche al derrapar para, previsiblemente, detener el vehículo donde viajaba la víctima. El análisis daba datos técnicos de composición del caucho utilizado. Resumía que no era posible identificar una clase de composición en concreto que hiciera posible una identificación. Eran compuestos de caucho como los que llevaban la mayoría de los miles de vehículos que circulaban por la zona. Incluía dibujos, croquis con las hipótesis de trabajo y fotografías de situación, la mayoría sacadas con *flash*, ya que cuando se descubrió el cadáver era de noche. Otras, del día siguiente, estaban matizadas por la lluvia que caía a esa hora de la mañana.

La oficial seguía de cerca el informe, que creaba en su interior un interés mayor cuanto más ahondaba en su lectura. Se sintió a gusto al saber que su jefe había pensado en ella. «Es que, además, tuvieron una suerte increíble porque a escasamente un metro de donde se detuvo el coche atacante hay una zona con barro que hubiera sido ideal para que el neumático dejase huella», pensó la oficial después de ver detalles de la fotografía. «No. Tuvo que detenerse unos centímetros antes, en una zona de grava donde el neumático no podía dejar ninguna huella. Solo podemos saber lo que nos dejó la marca gris oscura sobre el

asfalto. Y además, justo en la muga con Navarra. Un par de metros antes y el caso lo tendrían que llevar los forales.» Se alegró de que no fuera así.

Dio varias vueltas a la fotografía de la parte superior de la carretera, que se había sacado con un dron, y encontró belleza en las marcas del vehículo que dibujaban una línea curva que moría en la cuneta de la zona guipuzcoana. Se veía la carretera rodeada de árboles frondosos y, en medio, el asfalto con las marcas del frenazo. «Digna de ampliar», pensó; «la belleza de un asesinato», masculló. Y era curioso observar cómo la derrapada comenzaba en territorio foral y terminaba fuera de la muga, donde se detuvo el vehículo. «Si lo haces adrede, no te hubiera salido», pensó.

El informe decía que, gracias al rastro de las huellas del caucho, se podía saber a qué velocidad circulaba el vehículo. Aproximadamente, entre 95 y 100 kilómetros por hora. «Una velocidad muy elevada —pensó la mujer—. Y, con el coche tan potente que tenía la víctima, si se hubiese olido algo, podría haberlo dejado atrás con relativa facilidad; aunque eso depende también del coche del atacante y de los conductores, que a día de hoy desconocemos, claro.»

Era evidente que la víctima no sospechaba nada; en los kilómetros anteriores, no se veían indicios que hicieran sospechar lo contrario. Que hubieran intentado sacarlo de la carretera a base de empujones, por ejemplo, o que hubieran intentado echarlo al margen contrario para que cayera al río Araxes. El coche no presentaba ningún rasponazo exterior. Solo las dos ventanillas rotas en mil pedazos por la acción de las balas. Había orificios de salida de los proyectiles en la parte posterior de la carrocería.

El plano de la zona que rodeaba el lugar donde se encontró el cadáver estaba sacado de Google Earth y era bastante preciso. Una pequeña recta de apenas cuatrocientos metros a la que se accedía después de una pronunciada curva ciega de derechas ceñida a un desmonte sin visibilidad. Los detalles del informe, firmado por sus compañeros, el oficial instructor Jon Ander Etxeberria y el difunto Arkaitz Urdampilleta eran claros y precisos.

«A esa curva no se puede entrar a mucha velocidad —pensó la mujer—, y menos salir. Es muy cerrada, ciega y de casi ciento ochenta grados. Debía de ser un coche potente para hacer lo que hizo. Pero no significativamente —se contradijo—. Yo creo que cualquier vehículo de hoy en día puede hacer ese adelantamiento si el conductor reduce marchas y acelera a fondo. Este dato no nos dice nada», concluyó en su mente. «Tenemos las huellas del coche atacante, pero sin aportar datos a primera vista», terminaba el informe. El coche de la víctima también dejó marcas intermitentes en el asfalto, causadas por el sistema antibloqueo de ruedas ABS.

La oficial de la Ertzaintza se levantó resoplando. Se tocó la melena y

comprobó que el coiletero estaba bien prieto y no dejaba escapar un pelo. A pesar de estarlo, se soltó la goma como un autómata y se la volvió a colocar dándole una vuelta más. Miró desde la ventana de su despacho con cara de preocupación. Hasta ahora el informe no estaba diciendo una mierda de por dónde tirar. «Vaya caso más complicado en el que me ha metido Vicente», pensó mientras jugueteaba con el té casi frío que hacía un rato había sacado de la máquina del pasillo central de la comisaría. Pero en su interior, a pesar del cansancio, el caso la estaba motivando por momentos. Y eso la hizo sentir a gusto y se volvió a sentar delante del informe. Con el anochecer a las puertas, asomándose por las rendijas de las ventanas del despacho de la comisaría, se sumergió en él como si lo sucedido reviviera ante sus ojos.

Las luces giratorias, rojas y azules, daban vueltas alocadamente. La bruma las estilizaba aún más. Cuando Vicente se acercó al cadáver, este estaba bañado en sangre. Dos coches de patrulla de la Ertzaintza se encontraban parados junto a la escena del crimen. Un poco más adelante, dos patrullas de la Policía Foral de Navarra compartían el escenario. Todavía no sabían quién era. Todo parecía indicar que el propietario del coche era el propio conductor. Cuando Arkaitz se acercó a Vicente, se lo confirmó.

—Vicente, me acaban de pasar los datos del propietario del vehículo y es posible que sea la misma persona. A veces salía en los periódicos, Ferdinand Cubillo. Un periodista. Creo que un crítico gastronómico y colaborador en algunas revistas. Habrá que ver si alguien reconoce el cadáver. Creo recordar su cara, aunque eso ahora es difícil de saber.

Jon Ander se acercó por detrás con la cartera del cadáver en la mano.

—La tenía en el bolsillo izquierdo del abrigo —dijo el oficial—. La he puesto en un plástico —añadió enseñándola—. Pero simplemente abriéndola se puede ver el DNI: Ferdinand Cubillo.

—Ten cuidado no vaya a haber huellas que nos interesen —afirmó el subcomisario.

Vicente rodeó el coche pisando los cristales que había desperdigados alrededor del vehículo y volvió a acercarse al cadáver. Lo iluminó con su linterna. Era difícil ver algo entre tanta sangre, pero como el cuerpo estaba sentado y medio apoyado en el reposabrazos central, la parte de la cabeza había quedado algo más limpia que el resto. Solo era la mitad izquierda. El orificio de entrada en la cabeza era apenas un punto. El de salida era casi del tamaño de una pelota de tenis, y, a partir de él, se podían apreciar los restos de masa encefálica repartida por el reposabrazos central e, incluso, la luna de la puerta trasera.

Había un hedor a sangre y a humedad muy acentuados. La posición en que había quedado la cabeza tras el único disparo que había recibido en esta dejaba a la vista el cuello y la camisa. Se podía apreciar en la piel el fogonazo del disparo de gracia. Fue entonces cuando le llamó la atención una mancha en el cuello de su camisa. Le pareció saliva medio seca y muy densa.

—¡Kai! —gritó.

La figura delgada del oficial Arkaitz apareció en unos segundos a su lado.

—¿Qué pasa?

—Coge una muestra de la mancha esta que tiene en la solapa de la camisa —dijo señalándola con el lápiz que tenía en la mano. El oficial instructor se acercó con curiosidad y la iluminó con su propia linterna. El cuello de la víctima brillaba entre un mar de colores acris y secos. En el ambiente había olores de sangre; una mezcla de sorpresa, rabia y estupor.

—¿Qué te parece? —preguntó el subcomisario.

—No sé, parece una mancha pero, ahora que lo dices, podría ser...

Vicente asintió con la cabeza.

—Algo de saliva. ¿Un escupitajo?

—Podría ser. Recoge la muestra porque será fácil saber si es suya o no.

Arkaitz recogió la muestra y la introdujo en un pequeño recipiente de plástico. Lo cerró herméticamente y lo clasificó.

—Mañana, cuando se haga de día, habrá que volver para tomar fotografías del entorno. Díselo a Jon Ander.

—De acuerdo.

El cielo parecía querer empezar a descargar. El subcomisario respiró alejándose del vehículo con paso muy lento. La carretera estaba cortada en algunos tramos, y los agentes obligaban a los coches que circulaban en ambos sentidos de la vía a ralentizar la marcha para darles paso alternativamente. Los ocupantes de los pocos coches que pasaban miraban curiosos pensando que había sido un accidente. En medio de la noche, el baile de las linternas de los policías tenía cierto toque de plasticidad. Las siluetas trabajando parecían tramoyistas intentando dar forma a algo que no lo tenía.

Vicente se despidió de sus compañeros forales, que en un principio los ayudaron por la extraña situación geográfica del cadáver. Cuando se reunió con sus oficiales, los conminó a que se fueran.

—Mañana, a primera hora, en mi despacho.

Lo repitió, pero ninguno de ellos obedeció. Los tres esperaron a ver cómo llegaba el juez y levantaba el cadáver y, más tarde, el vehículo en una grúa. La zona quedó bajo vigilancia hasta la mañana siguiente. Un coche patrulla con dos agentes permaneció en el lugar hasta que a la mañana siguiente la claridad del

alba iluminó el río Araxes.

La oficial Jaione volvió a pasar las hojas tras haberse imaginado el escenario del crimen con exquisita pulcritud mientras leía el puntilloso informe de su jefe. Respiró hondo y bebió lo que quedaba del té que aún tenía, ya completamente frío en el vaso de plástico. El dato de la saliva le seguía llamando la atención. E imaginó a alguien no muy lógico. ¿Escupir al cadáver después de matarlo? Increíble. Era la parte más interesante y atípica del informe, y se quedó clavada delante del análisis de ADN, con sus cifras y datos desconocidos. El epígrafe del propietario de la saliva era tajante: sin coincidencias.

Se cotejó el resultado con la base de datos de delincuentes habituales de la policía, pero no hubo resultados positivos. No se podían utilizar menos palabras para darse cuenta del pantano con fango donde se encontraban.

La oficial pasó más hojas con datos que no creyó relevantes hasta llegar a los interrogatorios y conversaciones con la gente más allegada a la víctima. La primera era Leire, su exmujer.

A pesar de estar divorciados, rompió a llorar varias veces cuando se enteró. Vicente fue el que se lo comunicó en su casa. El matrimonio no tenía hijos y su mujer se empeñó en decir que no tenían enemigos conocidos. Se rebuscó en la vida de ella. Trabajaba como propietaria en una tienda de zapatos y complementos. No tenía seguro de vida. Nada que pudiera hacer sospechar. Seguía trabajando en la misma tienda según datos de hacía unos meses. Amistades, tenía varias y se interrogó, más bien se habló, con todas ellas. Amigos del colegio, gente de restaurantes... y, aunque se recabaron muchas opiniones, ninguna digna de mención, salvo una crítica horrible a un afamado cocinero llamado Virgilio. No pasaba de ser una anécdota —en principio sin trascendencia—, según comentarios del propio Kai. Del resto de cocineros, se podía decir que con todos tenía un trato amable y todos a los que se preguntó coincidieron en decir que era una persona cordial que no hacía crónicas excesivamente hirientes y se llevaba bien con casi todo el mundo. Ferdinand Cubillo trabajaba en la crítica de restaurantes clásicos y modernos.

Sus amigos más cercanos, según testimonio de su exmujer, eran Daniel Garrido, uno de los sacerdotes de la iglesia de San Vicente; Iñigo Altuna, propietario de una sidrería en Astigarraga, y un profesor de repostería que trabajaba en el FUD, Sergio Fuertes. Al final se hacía referencia a un escultor, Antonio José Martos, como la persona con la que más se relacionaba fuera del ámbito gastronómico. Este tenía un estudio en Andoain, y era muy conocido por su trabajo. Todos ellos coincidieron en el mismo colegio de pequeños.

—Sí, ya sé quién es. No vive lejos de donde vivo yo —murmuró para sí misma la oficial.

Sus nombres y conversaciones estaban escritos con pulcritud. Las anotaciones incluían las fechas y un código de las grabaciones. Después, había una lista más extensa, pero de personas que habían tratado de refilón con él. Jaione lo incluyó en la lista de posibles cosas a revisar que, con ayuda de su inseparable lápiz, iba anotando.

Luego se detuvo en la conversación que Ferni mantuvo con el propietario del restaurante donde comió el fatídico día una hora antes de caer asesinado:

—Me contó que había hecho una de las mejores comidas de su vida. Mezcla sabia de modernidad y producto —contó a su vez el propietario del restaurante Maskarada, situado a las afueras de Lekunberri, al subcomisario Vicente Parra en su momento—. Y que me sacaría en el periódico del domingo. La reseña nunca llegó —se lamentó el cocinero, que parecía muy afectado por lo sucedido.

El dueño detalló el menú que le había ofrecido a Ferni con pulcritud y se explayó hablando del último tema de conversación que habían tenido: la idea de poner una brasa distinta, en vertical, como hacían los argentinos, lo que hizo que el crítico se interesara.

Jaione pensó en qué le gustaría comer si supiera que le quedaban apenas dos horas de vida. Si algún descerebrado se hubiese fijado en ella como la siguiente víctima. No supo qué responder ante tal suposición. Solo se acordó de su bebé jugando en la alfombra de la sala central del caserío donde vivían. Intentó centrarse de nuevo en los papeles. La ertzaina siguió pasando folios.

Las hojas dedicadas a los casquillos repetían machaconamente que se trataba de dos armas distintas. Armas cortas que no habían aparecido por ningún lado. Incluso se había rastreado la zona cercana al cauce del río Araxes, donde ocurrió el asesinato, por si pudieran estar en algún recodo, pero sin resultado positivo.

La oficial pasó más páginas y encontró la conversación con la testigo que acudió al cabo de un mes a hablar con la Ertzaintza a un requerimiento público de esta: «Un coche blanco y grande —repitió hasta la saciedad—. Yo vivo en un pueblo más adelante. A veces se conduce de forma automática, señor Vicente», le dijo con respeto. Una señora muy emotiva y muy colaboradora, Conchi Iruzubieta, que rompió a llorar en una ocasión cuando imaginó lo que estaría pasando la mujer de la víctima. Conchi era una señora mayor que vendía productos de su huerta en el mercado de Tolosa. Muy entrañable.

Jaione anotó a su vez este extremo en su propia agenda, y se imaginó intentando llevar a cabo con ella una sesión de hipnosis.

«Pero la hipnosis tiene mucho de literatura y poco de verdad —pensó levantando los ojos hacia el techo—. Hay muchos mitos respecto a eso y poca ciencia, pero también es verdad que lo que se llama hipnosis no es más que un estado de relajación, inducido por un terapeuta, donde la persona, haciendo un ejercicio de introspección, podría llegar a acordarse de sucesos que de otra manera no... En caso de ser un recuerdo concreto lo que buscamos. Nada más.»

Se acordó de que durante su graduación en la facultad de psicología de Madrid aplicó técnicas de relajación, basadas en PNL, como ayuda a personas que acudían a los centros de dolor para paliar dolencias crónicas de mucho sufrimiento: «Y funcionaba. No siempre, es verdad, pero si la persona era fácilmente sugestionable y el terapeuta muy bueno, el milagro ocurría. Difícil de demostrar con ciencia —imaginó—. Subestimamos mucho el poder de nuestro cerebro. Y no es peligroso. —Sonrió para sí misma—. Del estado de trance nunca se queda uno colgado. Leyendas urbanas de películas de miedo. La hipnosis puede ser efectiva en algunos casos.» Recordó incluso que había leído estudios que afirmaban que el tiempo de hospitalización se reducía en pacientes en postoperatorios tratados con hipnosis para acelerar su recuperación. No era absoluto, pero en determinadas personas funcionaba bien. «Pero esta mujer no se encuentra en este supuesto. ¿Qué narices voy a hacer con ella? —pensó la policía—. Nunca hubiera imaginado que el pragmático de Vicente me propusiera algo así. También es verdad que, desde su exquisita educación, solo me lo ha sugerido. Pero a mí me ha parecido más que una sugerencia. Las órdenes las disfrazas de recomendaciones», concluyó.

La ertzaina sintió un revulsivo en la mente y, aunque tenía los estudios un poco olvidados, sintió en su interior que no podía dejar pasar la oportunidad que su jefe le había brindado. Se estaba haciendo de noche. Llevaba absorta leyendo el informe todo el día. Solo había parado un instante para comer, y ni siquiera había salido del despacho. Su compañero Jon Ander le había traído un sándwich de jamón y queso y un refresco. Había comido sin dejar de mirar los datos que se le apelotonaban en la enorme carpeta de Ferni. Siguió pasando hojas con cautela para que no se le pasase ningún dato. Alguien llamó a la puerta; era el subcomisario.

—¿Qué tal vas, Jaione? —dijo desde la puerta sin entrar.

La mujer resopló sin contestar.

—Tranquila, ya sé que son muchos folios. Cuando termines, nos volvemos a reunir y hablamos, ¿vale?

—Me estoy empapando de todo. Hay muchas hojas y muchos datos. Es interesante... y difícil.

—Eso ya lo sé —contestó lacónico Vicente—. Me voy a casa, y te

recomiendo que hagas lo mismo —añadió mientras entornaba la puerta—. Hasta mañana.

Justo antes de cerrar, volvió a la carga.

—Cuando acabes de leerlo piensa en lo que te he dicho esta mañana.

—Lo haré —le contestó ella.

Nada más acabar de leerlo, mientras recogía las cosas, pensó que se había equivocado. Salió al exterior de la comisaría y tomó una gran bocanada de aire fresco. Se abrigó y se dispuso a coger la motocicleta. Esta rugió con un sonido maravillosamente denso. En su interior, el interés del caso que la había abducido durante las últimas diez horas se mezcló con el cansancio.

Aislada por el casco, pensó que era la propia motocicleta la que, con mansedumbre y potencia, la llevaba de vuelta a su casa de Andoain. Su marido Pello habría ido a buscar a su hijo a la guardería y que ahora estaría empezando a darle de cenar. También se imaginó contándole un cuento a su hijo. La criatura metida en la cama y ella sentada a su vera. Y que le compraba un juguete para su cumpleaños, que era dentro de apenas quince días. Este domingo a lo mejor vamos a pasear por la orilla del río Leitzaran que se encuentra a dos pasos de casa. A mi hijo le gusta. Dice que va a coger setas, sonrió para sí misma. Empezó a hablar hace un par de meses, recordó, y una de las primeras palabras que aprendió aparte de *aita* y *ama* era esa en concreto, seta.

Espero llegar a casa antes de que se duerma. No hay cosa que más me reviente, pensó, que una jornada sin ver a mi hijo despierto en todo el día. Aunque sea solo unos minutos. La moto aceleró ante tal pensamiento por la salida de San Sebastián; mientras, en su cabeza se mezclaban la imagen del río Leitzaran con la del Araxes —paralelo y muy cercano al suyo—, que contaba con un muerto en su lecho que ya olía como tal. Y desde hacía un año. Un pensamiento amargo.

En ese momento, la imagen de su hijo, jugando por los pasillos de casa con el balón que su padre le había regalado, se le hizo dulce.

Iñigo Altuna había terminado el servicio, y el silencio de la cocina solo lo interrumpía el crepitar de la brasa encendida, de baja intensidad. Los rescoldos daban el calor suficiente para, si fuera necesario, cocinar alguna chuleta más de algún tragaldabas que considerase que la comida no había sido suficientemente abundante. En el comedor, las voces provenían de los clientes de las últimas mesas, que se mezclaban entre el laberinto de barricas; se habían levantado para rellenar con sidra sus vasos y apurar así los postres. El hombre miraba hacia el comedor mientras extendía con el hierro los rescoldos rojizos que quedaban. Los colores brillantes se mezclaron. Llevaba un buen rato sin añadir más carbón.

El dueño no necesitaba estar en el servicio, pero a Iñigo le gustaba estar delante de la brasa de vez en cuando para no perder mano y hacer con mimo el estrecho y jugoso menú de sidrería, que casi nunca cambiaba. Tortilla de bacalao, bacalao frito con pimientos verdes fritos en tiras y chuleta. De postre, queso idiazábal ahumado y alguna nuez de la zona, de sabor concentrado y rinconera, de las que, para extraer el fruto, había que andar hurgando en su interior con la punta de un cuchillo. Por supuesto, cuando era la temporada, cuajada, que él mismo elaboraba al estilo tradicional, con piedras candentes. A veces, algún cogote de merluza, aunque, desde que los anisakis habían invadido la parte delantera del pescado, la gente lo pedía menos. Eso no le preocupaba mucho porque en época de verano lo había sustituido por un atún hecho a la brasa que se había convertido en una seña de identidad que lo distinguía de las demás sidrerías.

Hasta no hace mucho, si alguien le pedía agua, él lo miraba torciendo el gesto y le traía agua del grifo. Su mujer lo convenció de que tenía que tener agua embotellada. Él siempre decía que lo suyo era vender sidra; que en su casa se bebiera otra cosa que no fuera el *zum de manzana*, no lo seducía, aunque ahora, con el tiempo, lo estaba permitiendo. Los manzanos que rodeaban la sidrería eran un homenaje visual a tan antigua bebida. Manzanas ácidas, feas y oscuras, que oxidan enseguida, y, a la vez, de una belleza sujeta con fuerza a la tradición. Las manzanas de Errezil y las Goikoetxe eran sus clases preferidas. Últimamente había introducido también las tejas y los cigarrillos de Tolosa, pero no los elaboraba él mismo, y a menudo decía que aún tenía que descubrir ese postre

que pudiera distinguir su sidrería de las demás. Y sabía que ese cambio sería, posiblemente, el primero desde que su abuelo inauguró la sidrería después de la guerra. Algo estaba cambiando en el interior de Iñigo.

Había una idea que le había gustado mucho cuando su amigo, el profesor de pastelería, se la explicó. La manzana cuadrada. Todo un homenaje a su amigo Ferni. En una sidrería tan antigua como la suya, sería algo fantástico. La sidrería iba a cumplir cien años de existencia. Delante de la brasa, se acordó de las historias que su padre le había contado sobre los inicios del lugar donde se encontraba. No había sillas ni bancos y la gente comía de pie. Esa era la tradición. Ellos fueron de los primeros que introdujeron los taburetes y los bancos corridos sin respaldo; poco a poco, fueron acondicionando el lugar hasta darle el aspecto que tenía ahora: sobrio, y con madera de roble y haya por todos los rincones. Después compraron el terreno colindante y ampliaron el comedor y el depósito donde almacenaban la sidra. Hacía cinco años, en la última reforma, habían añadido aún más *kupelas* de sidra, esta vez de acero inoxidable. Pero estas últimas estaban bajo llave, y solo podían abrirlas él mismo o alguien de su familia. Su sidra estaba bien considerada.

La dinámica para comer en su casa era la misma que en casi todas las demás sidrerías. Según llegabas al lugar, cogías un vaso grande de cristal fino de una gran estantería y te ibas a la mesa, que era de madera gruesa y sin mantel. En ella, todo lo que te ibas a encontrar era una barra de pan y los cubiertos envueltos en una servilleta a cuadros rojos y blancos. Te cogían la comanda y, mientras esperabas, te levantabas con tu vaso al grito de *txotx*, proferido por algún lugareño, y tú mismo ibas hasta el lugar donde se encontraban las *kupelas*. Allí, si no estaba el guardián de las *kupelas*, el que controlaba el *txotx*, tú mismo abrías el pequeño grifo de alguna de las que lo tuvieran. Y había que ponerse en la cola cuando la sidra comenzaba a salir con presión para irse sirviendo uno mismo. Eso era ahora, antes ni siquiera había grifos, y solo había una pequeña esquirra, el *txotx* —al principio de madera y después de plástico—, que tapaba el orificio de salida, así que había que andar fino al volver a cerrarla para que no saliese más sidra de la necesaria. Y la degustación era inmediata: había que beberse el culín de sidra de un trago, con el carbónico todavía chispeando en el vaso, y lo que sobraba —si es que sobraba—, al suelo. Algún extranjero se llevaba el vaso lleno de sidra a la mesa, pero esa no era la manera de hacerlo. Se debía beber allí, recién escanciada con la *txinparta*, el gas, haciéndote cosquillas en el paladar. Y, si querías beber más, repetías la operación hasta cansarte. Siempre con el zumo de manzana recién llegado al vaso, para poder apreciar esa débil burbuja característica de la sidra.

Los pasillos donde se guardaban las gigantescas barricas de más de veinte

mil litros, siempre frescos, eran laberintos de relaciones sociales donde te encontrabas a gente de otras mesas degustando la sidra de distintas *kupelas* y opinando sobre sus diferentes sabores. Ese fue el origen de las sidrerías, la cata de las barricas entre proveedores, restaurantes y distribuidores. Por eso aún era la zona más importante de la sidrería, no las mesas del comedor. Hacía tiempo que los pasillos de la *kupelas* eran los protagonistas de estos lugares tan particulares. Lugar de encuentro con las demás personas que compartían contigo el comedor. El lugar más cercano. Allí comenzabas a hablar con los demás y, según ibas catando la sidra, la lengua y la timidez se iban desatando y diluyendo un poco más. Después, de vuelta a la mesa con rapidez, porque la tortilla de bacalao ya debía de estar sobre la mesa. Se comía sin plato a no ser que lo pidieras. Atacabas la fuente con el tenedor y tu trozo de pan haciendo de base. A la hora de la chuleta, siempre estaba el enrollado del grupo que la troceaba sobre la misma bandeja para que todos cogieran de allí. Esa era la magia de la sidrería. Algo extremadamente informal.

La herencia de su abuelo había marcado su vida. Desde que era pequeño, aquello era lo que más le gustaba, salsear en el fuego; lo hacía desde que tenía uso de razón. Estudió lo justo, porque pronto comprendió que su vida eran la brasa, el fuego y el carbón. Pero, sobre todo, el zumo de manzana.

—Terminad de recoger y largaos —dijo Iñigo a su jefe de cocina y a sus ayudantes sin ni siquiera mirarlos.

Apagaron el fuego pequeño de gas que tenían para hacer las tortillas y se despidieron con un escueto «*agur*, hasta la noche».

—Hoy tengo cena en la sociedad y acuérdate de que no voy a estar. —Su jefe de cocina asintió con la cabeza sin preocuparle lo más mínimo su comentario. Él sabía cómo manejarse sin ayuda del dueño. Entre él y los demás eran capaces de dar todo el servicio.

Iñigo abandonó la cocina cuando vio que las brasas estaban a punto de apagarse. Se despidió de la señora de la limpieza y salió al *parking* de su enorme establecimiento. Observó los coches de los clientes que todavía quedaban en el lugar y, desde allí, miró hacia el pequeño caserío donde vivía, que estaba apenas a un centenar de metros de su lugar de trabajo. En el *parking* de su casa solo estaba su coche. Su mujer todavía no había llegado. Eran las cuatro de la tarde cuando miró el reloj.

Se acercó andando a la casa y abrió la puerta sin dejar de mirar el camino que daba acceso al caserío para intentar divisar el coche de Ruth. Gritó el nombre de su mujer por si estuviera en casa, pero solo encontró silencio. Subió hasta la habitación de matrimonio y buscó en la mesilla de Ruth. Allí estaba el móvil de ella, estático y encendido. Tecleó el código de desbloqueo, y enseguida

aparecieron las tres llamadas que él mismo le había hecho. Su mirada y su cara expresaron crispación. Salió de la habitación y fue a la pequeña salita que había nada más salir.

Una vez allí, encendió el ordenador de su mujer. Mientras el aparato se cargaba, miró nervioso por la ventanita lateral para asegurarse de que el coche de su mujer no se acercara en ese momento. Cuando oyó el sonido de la computadora avisando de que estaba lista, marcó el número secreto y accedió al ordenador. La página de entrada se iluminó con un azul anodino. Tecleó la cuenta de correo de Ruth e introdujo la contraseña de cinco números y tres letras. El listado en la carpeta de entrada era extenso. Sentado en la silla, se acomodó para ver con quién se relacionaba su mujer. Desde ayer, la última vez que había entrado, había seis correos nuevos. Cinco eran del estudio donde trabajaba, pero había uno que le resultó desconocido. Era de un tal Matías. Lo abrió. Después de hablar de cosas que creyó del trabajo, se despedía con un *beso gordo*. Y el nombre de la persona que firmaba no le sonaba de nada.

Se quedó pensativo durante más de un minuto con aquel texto atravesado entre los ojos. ¿De quién era aquel último mensaje? Volvió a revisar los correos anteriores, pero el tal Matías no aparecía por ningún lado. Volvió al primero y lo leyó de nuevo. Cuando acabó, rebuscó en la papelera de reciclaje y en los mensajes eliminados. No encontró nada más de aquel remitente. Se levantó y volvió a coger el teléfono móvil de Ruth. Nada. También intentó averiguar cómo se había vestido esa mañana. No fue capaz de descubrirlo después de rebuscar a fondo en el armario. Miró con detenimiento el cajón de su ropa interior intentando descubrir qué llevaría puesto hoy, pero al final desistió ante la cantidad de opciones posibles.

Su corazón estaba algo acelerado ante la impotencia de no saber dónde y sobre todo con quién estaría su mujer. Apagó el ordenador y lo cerró dejando todo en su sitio para que no hubiese constancia de su paso. Arregló el armario mientras maldecía entre dientes. Bajó a la sala central de la casa y se dejó caer sobre el sofá. Volvió a mirar el reloj. Apenas habían pasado treinta minutos desde la última vez que lo había mirado. Encendió el televisor y empezó a respirar con profundidad para intentar calmarse. No le fue fácil pero al final lo consiguió. El programa de animales de la 2 logró que se relajara. Aun así, le costó un buen rato hacerlo. Puso los pies encima de la mesa. La monotonía de la suave voz televisiva contando la vida y milagros de los búhos lo ayudó a calmarse, pero sin llegar a quitarle la idea de que su mujer estaba con otro. Diez minutos más tarde, se quedó dormido arrullado por aquella voz. Sus ojos y los del búho se cerraron casi a la vez.

Se despertó cuando el ruido del coche de su mujer llegó hasta sus oídos. No

hizo nada. Solo abrió los ojos y esperó a que Ruth lo encontrara de esa manera, fingidamente despreocupado. Antes de hablar, miró la hora. Las seis y media de la tarde. La luz del atardecer se colaba por la ventana inundando de tonos suaves la estancia.

—¿Dónde has estado? —preguntó Iñigo.

Aquella frase hecha resonó como si la hubiera repetido miles de veces.

—Hola —respondió evasiva su mujer.

Iñigo se levantó del sofá con cara de circunstancias, esperando una respuesta a su pregunta.

—He estado trabajando, pero luego me he encontrado con una amiga y he comido con ella. Hacía mucho que no la veía.

—Te has olvidado el teléfono otra vez —contestó el hombre con dureza.

Ruth no se inmutó.

—Sí, qué pasa, ¿tú no te lo olvidas de vez en cuando?

—Siempre que vas a comer, coincide que te dejas el teléfono.

La mujer dejó la carpeta encima de la mesa de trabajo, cogió su móvil y se puso a mirarlo distraída. La pantalla del móvil era grande y, al acercársela, le reflejó su rostro y los labios pintados.

—¿Dónde has estado comiendo?

—En un sitio de menú. Hemos comido muy bien.

—¿Lo conozco?

—No sé, a mí me han llevado. Está en Anoeta, cerca del estadio de fútbol. Un menú de quince euros.

El hombre permaneció callado y con cara seria. Ella se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—Tengo que recoger la ropa de la tintorería. Me doy una ducha y me vuelvo a ir. Y con el teléfono en el bolsillo... —le dijo con una sonrisa mientras lo agitaba con cierto descaro.

—Yo tengo cena en la sociedad y vendré tarde. Es la cena en homenaje a Forni.

—Vale, yo tengo que trabajar. Estamos diseñando unos interiores para el salón de una casa que es una pasada; tengo que rehacer los dibujos en el ordenador porque al dueño le ha parecido que debían ser de otro color... solo por ese cambio hay que rehacer gran parte del proyecto —contestó casi desde su habitación.

El sidrero se acercó a la puerta de la salita mientras veía cómo su mujer encendía el ordenador. La mujer se dio la vuelta y lo vio en el quicio de la puerta.

—Miro una cosa y me voy —dijo la mujer metiéndose hacia dentro.

Él hizo ademán de volver a la sala pero se detuvo, sin dar un paso, bajo el dintel de la puerta. Quieto. Sin dejar de pensar en su mujer. A través del ángulo del espejo del vestidor que conectaba con su dormitorio, Iñigo observó cómo su mujer se desnudaba. Llevaba puesto un sujetador de encaje de color rojo intenso a juego con un tanga muy *sexy*. Y las medias con ligero; hacía mucho que no se las veía puestas. Su melena desordenada tapó casi la mitad de su espalda. Sus piernas depiladas, muy delgadas y proporcionadas, acababan en unos zapatos de tacón que al hombre le parecieron más altos de lo que en realidad eran. Ruth guardó la ropa desapareciendo de su campo visual y dejó en el respaldo de una silla los pantalones vaqueros que se iba a poner después de ducharse. Su figura se difuminó tanto en la mente de Iñigo que le pareció otra persona. Vio como ella terminaba de elegir la camisa para después y entraba en su campo visual directo totalmente desnuda, pero ella no se percató de ello mientras se sentaba en la mesita del ordenador y terminaba de revisar la pantalla.

Iñigo se enojó por haber hecho de mirón con su mujer, así que renunció a seguir observándola a escondidas y se retiró hacia la sala. Intentó recordar cuándo había sido la última vez que habían hecho el amor pero no lo logró. El sexo con su mujer se había transformado en una quimera desde que había empezado ese año. La necesidad de saber qué hacía su mujer se iba enquistando en su interior y se hacía cada vez más enfermiza. Él siempre había sido obsesivo, pero no iba a permitir que la cosa se alargase en exceso. «Esta todavía no sabe quién soy yo», pensó, con la mirada perdida delante de la pantalla del televisor apagada, mientras jugueteaba con un bolígrafo.

«Las mujeres no se ponen un tanga para ir a trabajar. ¿O sí? ¿Por qué se ha vestido así?» Su lado más racional le devolvía las preguntas transformadas en respuestas: «¿Por qué no va a llevar esa ropa interior? Tú qué sabes lo que pasa por la mente de una mujer cuando decide ponerse determinada ropa, incluida la interior; que le apetece, aunque a ti no te cuadre. La mente de una mujer es bastante más compleja que la de un tío, eso ya se lo he oído a más de uno —pensó—. El lado lúdico de una mujer cuando se viste tiene un millón más de matices que cuando lo hace un hombre. Su vestuario guarda mucha más relación con su estado de ánimo que cuando lo hace un tío, pero eso no quiere decir que signifique nada más que eso, sentirse bien consigo misma. Igual no significa nada —se repitió a sí mismo—. ¿Tú sabes qué ropa interior llevan tus camareras? ¿Te lo has preguntado alguna vez? —pensó con los ojos muy abiertos—. No tengo muchas referencias —se respondió—, a lo mejor en verano, con los vestidos más ligeros, se puede intuir.»

Su lado obsesivo volvió a la carga: «Está enrollada con alguien. Lo sé. Lo sé. Lo sé. Y no es la primera vez. Desde hace ya tiempo. No sé muy bien qué

sucede —pensó—, tiene que ser eso. Tengo que hablar con ella pero no sé cómo. Nadie se despide en un *e-mail* con un beso a no ser que...» Los minutos pasaron sin que pensara en nada. Oyó cómo el húmedo sonido de la ducha cesaba. Unos instantes más tarde, vio a Ruth marcharse con el pelo a medio secar. Se despidió con un escueto beso enviado desde la distancia y un «no vengas tarde esta noche». La mirada de Iñigo se vació al verla alejarse.

Oyó como salía el coche de debajo de casa. Iñigo se asomó a la ventana y lo observó alejarse mientras las luces de su sidrería, que ya estaban encendidas, actuaban como telón de fondo y recibían el atardecer, que venía con antelación y escoltado por unas nubes tan densas y negras como sus constantes pensamientos. Volvió a su habitación y observó que el ordenador portátil de su mujer estaba encendido. Tecleó su número secreto y observó de nuevo el correo electrónico, pero se dio cuenta de que no había novedades en su bandeja de entrada. Ni en la de salida. Cuando bajó al piso de debajo de la villa, conectó su propio ordenador. Google le preguntó qué quería hacer. Tecleó con seguridad cuatro palabras: «detectives privados en Donostia».

En la calle 31 de agosto ya no quedaba mucha gente. El tiempo, frío y desapacible a pesar de que no lloviera, había convencido a casi todos de que el día no daba para más. A pesar de esto, algunos bares mantenían cierta actividad.

Cuando Iñigo Altuna llegó a la sociedad Izkiñetan, eran las ocho y media de la tarde. Entró dejando en la puerta sus pensamientos, y el recinto le pareció amable, pero a la vez distinto de como lo había dejado por la mañana. La diferencia era el olor al bacalao con tomate del que estaban dando buena cuenta en la única mesa de tres que había al lado de la suya. Esto lo hizo despertar del todo. Saludó a los comensales y se dirigió a la cocina. El presidente también andaba por la sociedad. Llevaba el abrigo puesto y tenía un gesto que le pareció de despedida.

—Manu, ¿acabas de llegar o te vas?

—Me voy, me voy, que llevo aquí más tiempo que la hostia. La parienta me va a echar de casa. —Sonrió—. El otro día me dijo que pasaba más tiempo aquí que en casa. Que cualquier día iba a venir a sacarme de la oreja.

—Eso seguro que es cierto —contestó Iñigo en tono jocoso—. Pero dile a tu mujer que ande con ojo, que aquí las mujeres están muy mal vistas y que algunos socios son muy beligerantes.

—Ya se cuidará de hacerlo. Las normas son las normas —se explayó—. Las sociedades gastronómicas son de hombres. Siempre ha sido así. Ya sé que ahora algunas nuevas sí dejan entrar a las mujeres, pero esto es una sociedad con más de cien años; y, mientras todos los socios estemos de acuerdo, no se dejará entrar a las mujeres nunca. Además, tú eres socio Iñigo, ¿no estás de acuerdo?

—Que sí, presi, que sí. Ahora déjame, que tengo que empezar a calentar la comida.

«Qué horror, con lo que se enrolla el presi no tendría que haberle dicho nada», imaginó. El anciano presidente no quiso percatarse de que Iñigo quería dar por terminada la charla e insistió.

—Que las mujeres hagan sus propias sociedades y tan amigos. —El presidente siguió con sus teorías—. Y que no se quejen —añadió alzando ligeramente la voz—, que aquí el día de San Sebastián sí se les deja entrar porque es tradición. Las tradiciones están para eso, para ser respetadas.

—Venga no te alteres, presi —sentenció Iñigo—. Pero habrá un momento en que serán ellas mismas las que ni siquiera ese día quieran venir —dijo mientras ponía a calentar la salsa anaranjada de calabaza sobre uno de los fuegos—. Además, la palabra tradición tiene oculta la palabra traición —añadió ocurrente.

El presidente calló ante su comentario y se quedó un rato en silencio rumiando sobre lo que acababa de oír.

—Hoy tenéis la sociedad casi para vosotros solos —añadió Manu, señalando las dos mesas que había reservadas para esa noche—. Y estos están terminando ya —dijo señalando a los que estaban a su espalda—. Vais a estar solos en media hora. Se han preparado unos lomos de bacalao increíbles —agregó bajando aún más la voz—. Gordos y jugosos. Yo no había visto nunca algo así. El muy cabrón no dice nunca de dónde los saca. Dice que es secreto. Cualquiera día le voy a poner un detective privado para averiguarlo —añadió casi riendo.

Iñigo levantó la cabeza al oír lo que había dicho el presidente de la sociedad y paró durante unos segundos de mover la cazuela; por un momento, se le ocurrió que sus pensamientos se estaban entremezclando con los del presidente. Miró con detenimiento a la cazuela ajeno a donde se encontraba.

—La salsa de tomate la he probado y estaba dulce y cremosa. Este de aquí cocina como los ángeles.

—Sí —contestó el sidrero volviendo a la conversación—, lo sé, lo conozco bien.

—Por cierto, se te ha olvidado reservar en el tablón tu mesa —dijo el presi.

—Esta mañana he pensado en hacerlo y luego se me ha olvidado y me he acordado en la sidrería, pero he pensado que no habría nadie.

—Ya lo he visto, Iñigo, y me ha extrañado después de verte cocinar por la mañana. En el tablón de reservas no había más que esta mesa —dijo señalando a la otra—, y me he imaginado que te habías olvidado; ya sabes que estos días entre semana no hay mucho movimiento. Pero nunca se sabe. El fin de semana está casi lleno. Todas las plazas están ocupadas. Y hay casi cien. Bueno, me marchó. No te doy más la brasa, que tú de eso sabes mucho —dijo Manu.

—Estoy todo el día con ella —sonrió abiertamente el sidrero.

Manu avanzó hasta la puerta de la calle abrochándose los botones del abrigo. Fue entonces cuando llegaron el resto de los comensales de la mesa de Iñigo. Estos lo saludaron mientras, a su vez, avanzaban por el pasillo de mesas vacías hasta la cocina.

—Aúpa a todos —dijo Iñigo Altuna a sus compañeros de mesa mientras se ataba el delantal. ¿Todos juntos?

—Nos hemos encontrado en la puerta —contestó el profesor, Sergio Fuertes.

—¡Qué bien huele! —exclamó Daniel Garrido, el sacerdote.

—Y nosotros dos —dijo el escultor Antonio José Martos señalando al cura — nos hemos encontrado en el bulevar.

Los tres dejaron sus abrigos en los percheros y se arremolinaron en torno a la cocina. La cazuela de guisantes estaba calentándose, pero todavía no hervía. Y el horno aún se calentaba. Las setas despedían un intenso aroma solo con acercarse a ellas. La primera pregunta del sidrero fue obligada.

—Sergio, el postre... ¿no te habrás olvidado?

—Aquí, está aquí —contestó señalando la bolsa con la tarta y los bombones —. Voy a dejarlo todo fuera del *frigo* porque necesita atemperarse.

—Tráeme el pescado, que ya está preparado —dijo Iñigo dirigiéndose a Antonio.

Este se acercó a las cámaras frigoríficas. Eran dos armarios enormes, pues tenían que tener espacio para el género de los fines de semana, cuando la sociedad se llenaba sin esfuerzo.

—Vaya pescado más espectacular —dijo el artista señalando la bandeja que había en el frigorífico—. ¿Cuánto pesa?

—Por muy poco no llegaba a los dos kilos.

Más de cerca, pudo ver cómo la tersa piel del San Pedro brillaba y su enorme cabeza desproporcionada mantenía la boca abierta. Iñigo lo preparó entero sobre una base de patatas cortadas muy finas con algo de cebolla y varios ajos pelados y cortados por la mitad. Lo metió en el horno. Por un momento temió que con semejante tamaño no cupiera, pero entró justo en la bandeja.

Todos ayudaron a poner la mesa. Eran las nueve y cuarto cuando empezaron a comer. El local parecía más grande cuando las dos únicas mesas de aquella noche daban cuenta de sus viandas. La primera fue despidiéndose cuando ellos todavía estaban terminando de comer los guisantes e Iñigo salteaba las setas.

—*Agur*, que no se os quemé el pescado, que huele de maravilla —comentó uno de ellos mientras se ponía la cazadora sobre los hombros.

—No te preocupes, *agur bai* —contestó Iñigo

El portazo de los compañeros de la mesa contigua dio paso a la intimidad de los cuatro comensales en la mejor mesa. La más cercana a la cocina. La más caliente y la que más se demandaba. La sociedad se hizo más grande al estar los cuatro solos. El crepitar del horno se oía, pero muy débilmente. Las dos botellas de Icono Selección que el escultor había traído hicieron notar su presencia y la conversación se fue animando.

—El pescado está increíble, con un punto alucinante. Vamos a brindar por el cocinero —propuso Sergio alzando la copa. El segundo brindis no se hizo esperar. El cristal sonó agudo en memoria de Ferni.

El sacerdote elogió los guisantes mientras recogía los platos del pescado y el profe traía la tarta y los bombones surtidos. La tarta de pistacho, servida en platos de postre, se deshacía en la boca, mezclando la cremosidad grasa del fruto seco con la acidez de la lima: digna de elogio. El tono relajado dejó paso a los bombones. También a rebuscar en el interior de cada uno.

—¿Qué tal está la madre? —preguntó Iñigo.

El sacerdote tardó en contestar; aparentó que no lo había oído. Lo había escuchado desde el primer momento.

—Muy mayor —respondió lacónicamente mientras, en décimas de segundo, su mente lo transportaba a la imagen de los brazos de su madre agarrándolo sin sentido en un vano intento de mantener la vida que su hijo le estaba arrebatando. Eso le hizo mirar de manera automática el móvil; sintió alivio al ver que la pantalla estaba sin actividad. Ni llamadas perdidas, ni mensajes de WhatsApp.

—¿Cuántos años tiene?

—Cumplirá noventa y siete dentro de poco. Pero no se entera de nada desde hace más de uno. Ni siquiera me reconoce. Come porque le damos de comer. Está con la mirada perdida. A veces parece que tiene momentos de lucidez, pero cada vez menos. Hace tres meses que solo está postrada en la cama. Una persona la cuida cuando yo estoy fuera. Yo he pedido varias veces a Dios que se la lleve para que descansa de una vez por todas. Se me encoge el corazón de verla en ese estado.

La densidad de la conversación se palpó en el ambiente.

—Pero hasta hace unos años yo la veía pasear con su bastón, y parecía que disfrutaba haciendo la compra —afirmó el escultor.

—Tú lo has dicho, «hasta hace unos años»; dos, exactamente. Después empezó a deteriorarse por momentos. Ha sido muy triste. Y el último año ya no es nadie. Vive en algún sitio en el que no estoy muy seguro si sufre, disfruta o simplemente deja que el corazón le lata de manera absurda para mantener su cuerpo, porque su alma murió hace ya un tiempo.

El silencio se apoderó de la estancia. El repostero lo rompió.

—Pero está en su casa, no está en una residencia, ¿no?

—Está y lo estará. No puede ser de otra manera. Su casa fue la casa donde yo nací y en ella morirá. Con su edad, no dejaré que eso suceda en un hospital o en ningún otro sitio. Eso nunca.

—Bueno, la vida tiene fecha de caducidad —dijo el escultor con más

misterio que realidad.

—Depende de cómo veas la vida —rebatíó el sacerdote—. Para nosotros los cristianos, la vida sigue después. No hay mucha diferencia entre esta y la otra vida.

El silencio duró unos instantes. Se oía el rumor del masticar dulce de los bombones, que inundaba algo tan untuoso y profundo como aquella conversación. El chocolate se fundía e impregnaba de un sabor meloso toda la boca y, al mismo tiempo, los pensamientos de los cuatro comensales.

—Bueno, los bombones están de cine —interrumpió Iñigo, pero el cura volvió a la carga. El sabor del chocolate aguantaba en su boca endulzando artificialmente aquel momento amargo.

—Mi madre ha vivido —dijo casi susurrando—. Y lo ha hecho bien. No puede quejarse. Ahora habrá que esperar —dijo con increíble frialdad.

La botella de Málaga Virgen con la que acompañaban los postres dio un toque dulce aún más acentuado a la conversación. Brindaron con ella. Y el sacerdote continuó.

—Hace ya un tiempo que no es la misma.

Se hizo un silencio extraño en el ambiente. Los bombones de la caja disminuían, pero no tanto como el profesor había supuesto. Iñigo trajo los cafés y una pequeña jarrita de leche.

—¿Qué tal vas con los alumnos nuevos? —preguntó el escultor cambiando el tono de la conversación.

—Uf, ahora con más trabajo. Estoy un poco hasta las narices porque yo me fui a la enseñanza huyendo de la dureza de los servicios en la cocina y resulta que estoy metiendo más horas que antes.

—Ya será para menos, macho, tú siempre te estás quejando —argumentó el cura.

—Ya llevas más de dos años, ¿no? —preguntó Antonio.

—Tres. La verdad es que estoy a gusto. Y eso que este año el grupo que tengo en primero es complicado. Una hornada de alumnos bastante más beligerantes que los de años anteriores. Los típicos a los que sus padres han mandado por no verlos en casa sin hacer nada pero que tienen muy poca o nula afición... y eso en la cocina es inviable. Acabarán abandonando los estudios. Estoy empezando a sacar el látigo. —Sonrió—. No saben hacer ni un bizcocho. Vaya diferencia con los anteriores.

—No te veo a ti con el látigo. Pero mejor que cuando estabas trabajando en el restaurante, ¿no? —preguntó el sacerdote.

—Sí, creo que sí —contestó el profesor sin mucho convencimiento—. Aquel lo dejé porque metía demasiadas horas y no veía los fines de semana. Hay

veces que me acuerdo de él porque aquí, en el FUD, metemos más horas y pasamos mucho tiempo delante del ordenador; pero parece que esas horas no cuentan... hay semanas que llego a los días de fiesta agotado, hecho un trapo. La docencia es más jodida de lo que parece a primera vista. Entre el curso, los cursillos, los másters, los monográficos y los cocineros invitados, hay veces que no llego —concluyó Sergio.

—Venga, no te quejes, que aún recuerdo lo que decías cuando trabajabas en el restaurante —le conminó Iñigo—. Si hasta me llegaste a pedir trabajo en la sidrería para ver si podías trabajar menos horas.

—Sí, pues ahora casi trabajo más.

—Bueno, vamos a brindar por el trabajo de Sergio. Adiestrar a los cocineros y reposteros del mañana, los que se encargarán de mantener nuestra fama bien arriba —dijo Iñigo con una sonrisa.

—Este cava fue el último que me trajo Ferni un mes antes de morir —contó el escultor—. Me dijo que le habían mandado un par de botellas desde Sant Sadurní para probarlas. Para una ocasión especial. Nunca pude imaginar que la abriría para celebrar su memoria. Hace casi dos años que me las trajo y no me había atrevido a beberla.

Los cuatro juntaron las copas de cava Freixenet Reserva Real que acababan de abrir.

—Que su alma esté con nosotros —dijo el sacerdote.

El resto de integrantes miró al sacerdote con una mezcla de sorpresa y seriedad. Este se dio cuenta enseguida y rectificó:

—Por Ferni.

El tintineo de las copas produjo un sonido agudo; el cava burbujeaba en las copas y en las gargantas de los invitados.

—Antonio, ¿qué estás haciendo últimamente en el estudio?

—Sigo preparando la exposición de Madrid. En la galería Capa. Ya os lo conté. Es una recopilación de obras que tengo en el estudio. Se va a titular *Recuerdos inacabados*. Y son todas las obras que he realizado en los últimos diez años y que no he vendido porque no he querido. Algunas ya las conocéis.

—Ahora, ¿en cuál estás trabajando? —preguntó el cura.

Los tres esperaron la contestación del escultor intuyendo en su fuero interno que sería algo importante; pero, no por esperada, la respuesta fue menos sorprendente.

—En una dedicada a Ferni.

El silencio atravesó el local durante unos segundos.

—Me parece muy bien —contestó Iñigo—. ¿Es la que me vas a dejar para la entrada de la sidrería y que me llevas prometiendo desde hace ya un montón

de tiempo?

—No es esa. Pero pronto te daré una alegría. He estado trabajando en una para la entrada de tu sidrería desde hace unos meses. La he interrumpido porque algo dentro de mí me decía que tenía que hacer una en recuerdo de nuestro amigo.

—¿La de Ferni será en madera? —continuó Iñigo.

—Sí, de madera y de más cosas, era lo que más le gustaba —contestó Antonio mientras apuraba el coñac que acababa de servir Iñigo.

—¿Podremos ver cómo va? —preguntó Daniel—. Como sacerdote, podría bendecirla. —Sonrió casi por primera vez desde que la cena había comenzado.

—Igual, pero ya sabéis que no me gusta que nadie esté conmigo cuando trabajo.

—Ya, ya —sonrió Iñigo—, ya me acuerdo del símil que soltaste por la televisión sobre el sexo y tu trabajo.

Los cuatro rieron, y por momentos el ambiente se hizo más distendido.

—¿Os acordáis de la última cena que hicimos con Ferni aquí, en la sociedad?

—Sí, claro —contestó Daniel—, cómo lo iba a olvidar. Fue en esta misma mesa y celebramos su divorcio. Era un cachondo. Me dijo que tenía que ir yo obligatoriamente a la cena. Porque yo le había casado y debía acudir para divorciarle.

—Sí, era una persona con un sentido del humor socarrón. Y un estado de ánimo envidiable. Siempre con su sombrero.

Los cuatro sonrieron.

—Me acuerdo también de lo que comimos. Una lubina de segundo y, de primero, unas quisquillas fritas que pusiste con una ensalada —dijo Daniel señalando a Iñigo.

—Sí, las trajo él mismo; y me dijo que, en vez de hervirlas, las friera —añadió el sidrero—, que se las había dado un proveedor de esos a los que chantajeaba a cambio de género. Le prometió sacarle en alguno de los artículos del periódico como la mejor pescadería de Euskadi.

Todos rieron al unísono.

—Sí, y el vino que solía traer sería de la misma procedencia —añadió el profesor—, de alguna de las bodegas esas que visitaba; le llenaban el maletero del coche de Magnum a cambio de que la puntuación en las catas fuese alta y salir en las primeras páginas de su guía o de algún artículo de las revistas donde escribía. Era la hostia. ¿Os acordáis del día que vino a una de las cenas con aquel jamón que le habían mandado de no sé dónde para que lo incluyera entre los mejores del mundo? Y estuvo durante todo el mes mandándonos lomos que le

seguían llegando de la misma empresa. No sabía qué hacer con ellos. Y todo por una cata comparativa que salió para decidir el mejor jamón del mundo. Iba por la vida de sobrado. ¡Tenía una manera tan especial de ver las cosas!

—Sí, pero no os olvidéis que lo que probaba y escogía era de verdad el mejor producto que se podía encontrar en el mercado. Eso también era así, y tenía un mérito grande hacerlo —matizó el escultor.

—Eso que dices es cierto —apoyó el sidrero entre risas—. Podríamos volver a brindar por él —agregó en medio de las sonrisas.

—Ferni, donde quiera que estés, va por ti.

Las cuatro copas volvieron a sonar. Esta vez sonaron en un tono más bajo.

—¿Os acordáis del día que organizó la competición entre sidrerías?, la que armó. Logró lo que nadie había conseguido: enfrentarlas. Si sacaba partido, le importaba dos pimientos hacerlo. Decía que eso era sano. Que la competencia hacía que las bases de nuestra tradición mejoraran. Que la cocina se beneficiaba de esas cosas.

—Algo de razón sí tenía —contestó Daniel.

—Pero siempre si sacaba tela. En eso tenía algo de escocés —agregó Antonio.

—Eso es normal —añadió Sergio—. Todos hacemos lo mismo.

—Sí, y cuando enfrentas a la gente, aunque sea a esos niveles, creas rencillas y envidias —dijo el sacerdote mientras se metía en la boca otro bombón.

—Era una buena persona. Lo que hizo por la gastronomía de aquí fue muy importante, lo que pasa es que era tan tirado para delante en algunas cosas que podía dar lugar a ciertos celos. Y eso igual nunca nadie se lo agradeció. De hecho, si no fuera por cómo acabó, nadie hablaría de él.

—Sí, pero más de uno me vino a mí con cuentos extraños —dijo el sidrero—. Cuando estaban con lo de la famosa competición generó una crispación que no fue muy normal. Algo que nunca había sucedido antes entre sidrerías.

—Igual algo más de lo que nosotros conocemos. El odio sabemos cómo empieza. Nunca cómo puede llegar a acabar —concluyó el cura—. La gente es imprevisible en sus reacciones, y lo que a ti te parece una nimiedad a otro le parece una afrenta. ¿No te parece?

—¿Tú crees que alguien se la tenía guardada? —preguntó ingenuamente Sergio.

—No seas inocente —le espetó el escultor—. Por supuesto que sí. Alguien se la tenía bien guardada, sea de eso o de cualquiera de las cosas en las que él estaba metido y que nosotros desconocíamos. Y eran muchas. Eso es tan evidente como que estamos aquí. De eso no tengo duda. Un asesinato como el

que contaron los periódicos no es muy normal... a no ser que alguien te la tenga bien jurada.

—A nosotros nos contó alguna vez que notaba que le seguían, que estaban estudiando sus pasos.

—Si te refieres a la vez aquella en Tolosa, te recuerdo que lo dijo en mitad de una de sus épicas mangas. Cuando se pasaba con la bebida, las tonterías y las cosas de verdad se entremezclaban con un tono de descojono total, ¿o no te acuerdas? A veces bebía sin mesura. Yo, de hecho, cuando me enteré de que había muerto, lo primero que pensé era que iba mamado y se había metido una hostia con el coche —agregó Antonio con seriedad.

—Claro que era una buena persona, y los trapicheos que tenía no dejaban de ser tonterías —apoyó el sacerdote—. Y era muy cristiano.

—Venga, Daniel —respondió Antonio—. Eso te lo decía porque era lo que tú querías oír. Era buena persona, sí, pero también, cuando quería, era un embaucador y un zalamero. ¿O quieres que te recuerde todas las novias que tenía por todos los lados? Si una tía se le ponía a tiro, no lo dudaba. Eso me lo contaba a mí, a ti no. Yo era el que más lo conocía. Pregúntale a su ex, ya verás lo que te cuenta.

»Y ojo, no me malinterpretéis, que para mí era una persona muy especial —agregó Antonio—. La única a la que dejé que alguna vez estuviera en el estudio mientras trabajaba. Las historias de tías, a ti, Daniel, no te las contaba. Como sacerdote, te tenía mucho respeto. Y tú te enterabas, pero de otra manera.

—Directamente no, y no te creas que soy tonto. Me enteraba igual que vosotros.

—Claro, porque te las contábamos nosotros —añadió Iñigo.

—Tú y más gente.

—Cuando eres así, generas enemigos, eso está claro —sentenció el escultor—. El mundo de la gastronomía es así. Y el de la alta gastronomía, aún más.

—En todos los lados es igual. Y en todas las profesiones. En la tuya también, padre.

El cura lo miró de refilón y, con una media sonrisa, afirmó con la cabeza.

—Nadie conoce de verdad lo que hace el vecino hasta que no lo dice o alguien lo descubre. El mundo de la intimidad es complicado. Lo que podemos hacer cada uno cuando no nos ven es algo tan peliagudo que ninguno de los aquí presentes seríamos capaces de entenderlo —agregó el escultor.

—Pero hay algunas cosas que no se pueden hacer —dijo con pragmatismo el cura.

—Ya, claro. Si yo no justifico nada —apostilló Antonio.

De no ser por el murmullo de las máquinas frigoríficas, el silencio podría

haber sido absoluto. No tardó en romperse.

—La semana pasada estuve hablando con la policía.

El profesor, el sidrero y el religioso volvieron la cabeza hacia Antonio.

—¿Cuándo?

—Hace tres días.

—Siguen investigando... pensé que lo habrían dejado —dijo Sergio.

—No digas bobadas. Esos no lo dejan, qué te crees. Es una mancha en su expediente.

—¿Y con quién hablaste, con el tal Vicente?

—Sí, se presentó como subcomisario de la Ertzaintza —contestó Antonio—. Nunca había hablado con él. Yo hablé en su momento, cuando investigaron el asesinato de Ferni, con uno joven, muy amable; Arkaitz, creo que se llamaba.

—Vicente Parra, ya lo conozco, es un subcomisario de la sede de la Ertzaintza en el Antiguo. Ese habló conmigo, y varias veces —dijo Sergio.

—¿Qué quería?

—Me volvió a preguntar por las amistades de Ferni y varias cosas más.

—¿Fuiste a comisaría?

—No, no, apareció por el estudio. Casi no le abro. Cuando trabajo, no contesto al teléfono y a veces ni siquiera abro la puerta. Pero, cuando lo vi llegar, supe que era alguien de la policía. Me preguntó por la ex de Ferni y a ver si conocía a más gente con la que se relacionaba. También por vosotros tres. —Los tres miraron a los ojos del escultor—. Fue una cosa bastante extraña. Me preguntó si podía ver el estudio para hablar un momento conmigo.

—¿Lo dejaste pasar?

—Uy, qué iba a hacer. Me cogió desprevenido y en ese momento no estaba esculpiendo. Eran las diez de la mañana y me dijo que estaba investigando el asesinato de Ferni. Lo llamó así, por su apodo. Yo estaba, en ese mismo momento, preparándome un café...

—¿Quiere una taza de café, subcomisario?, hace un par de minutos que lo he preparado.

—Sí, por favor. Acabo de recordar que esta mañana no he desayunado, y las tripas me están haciendo ruido —sonrió el ertzaina mientras se adentraba en el estudio del escultor.

Antonio se acercó a la cocina abierta del enorme espacio y le ofreció una taza acompañada de un platito pequeño de pastas de la pastelería Gorrotxategi de Tolosa.

—Qué buena pinta tienen las pastas.

—Son las mejores, las suelo comprar siempre que paso por el local. Conozco al dueño.

Antonio sorbió de su taza. El subcomisario, soplando el borde de esta, se acercó al enorme ventanal que daba a la gran curva que describía el río Leitzaran y observó cómo las hojas de los árboles de la cercana primavera se afanaban en colorear de luz y color el entorno. La claridad que aportaba el ventanal daba al interior de la mansión vida y fuerza.

—La paz que se respira en este lugar podría inspirar a cualquiera — exclamó el subcomisario sin dejar de mirar a través de la enorme cristalera. Por el reflejo del cristal, vio acercarse al escultor con una taza de color rojo en la mano. Sin mirarlo volvió a elogiar el lugar—. Un sitio envidiable. ¿Siempre ha trabajado aquí?

—Desde hace casi veinte años. Antes lo hacía en mi casa de Donostia, pero es un apartamento muy pequeño y, literalmente, no tenía sitio para poder trabajar. Aquí encuentro la tranquilidad que necesito para poder esculpir.

—Pero su domicilio sigue estando en San Sebastián, ¿verdad? Lo digo porque allí al fondo veo una cama —añadió mientras se daba la vuelta.

—Sí, pero alguna vez me quedo a dormir aquí si no tengo ganas de volver a casa. En verano, sobre todo. Aquí el atardecer es un espectáculo de paz. En Donostia, en esa época, suele haber mucho ajeteo. Y comenzar la mañana paseando por la ruta del valle es muy motivador. A veces voy por el camino del tren del Plazaola y otras, bajo hasta el cauce del río y me siento en el puente de las Brujas. Dicen que en las rocas se ven dos cabezas de lamia. A mí, lo que me inspira es el entorno, y además me siento muy bien sentir el sonido del agua.

El ertzaina bebió de la taza sin dejar de observar el estudio. Ahora era el escultor el que miraba por el ventanal.

—¿El coche que veo abajo en la cuesta es el suyo? —preguntó Antonio.

—Sí.

—No, lo decía porque, como esto es el comienzo del biotopo del valle del Leitzaran, solo pueden circular vehículos autorizados. La policía de tráfico a veces suele pasar para encontrar a algún incauto que piensa que puede meterse con el coche por aquí y aparcarlo en cualquier lado. Tendría que haberlo subido por la cuesta hasta la puerta de la casa.

—No se preocupe. Lo tengo controlado. Yo suelo venir mucho por aquí.

—¿Ah, sí?

—Sí, dejo el coche aquí, más abajo, en el *parking* de visitantes, y me hago unos kilómetros con la bici de montaña. Por aquí y por la carretera del río Araxes. Son los dos sitios que más frecuento para andar con la bici. En la de Araxes hay tráfico y hay que ir con cuidado, pero en esta la tranquilidad es

absoluta. Me gustan las dos.

Antonio cortó con cierta brusquedad la conversación.

—Ha venido para hablar de Ferni, ¿no?

Ambos se volvieron y quedaron a contraluz. Ahora podían observar con nitidez todos los bocetos de esculturas y los distintos tipos de madera que había por todos los rincones.

—No quiero molestarlo, pero necesito recordar todo lo que hizo su amigo de nuevo porque hemos avanzado mucho en la investigación y creemos estar cerca de la persona que cometió el asesinato —dijo el subcomisario—. Vengo de hablar con Leire, su exmujer, y me ha dicho que, el día que ocurrió todo, había quedado con usted aquí. Esto no se lo contó al oficial instructor Arkaitz cuando le tomó declaración. ¿Por qué no lo hizo?

El escultor miró con aire escurridizo y cara de sorpresa.

—Es que eso no es así —contestó—. Yo no había quedado con él. Él era un buen amigo y, de vez en cuando, aparecía por aquí sin más, sin avisar. Yo desconocía que se dirigía hacia aquí. Su exmujer podría saber o no que él había decidido venir aquí después de la comida, pero eso no quiere decir que yo lo supiera. Además, dudo que le dijera a su ex lo que pensaba hacer... si ya estaban divorciados hacía un tiempo. O puede que por darle una disculpa a su exmujer le dijera que había quedado conmigo. Como verá, las opciones son variadas.

—En cambio, ella, Leire, su ex, le contó al oficial que Ferni le había comentado que tenía que hablar con usted *sin falta*. Son las palabras textuales que utilizó. ¿Usted sabe a qué se refería? —preguntó Vicente sin dejar de mirar distraído las esculturas que llenaban el lugar—. Se lo pregunto porque parte de esa información se perdió al morir el oficial Arkaitz. Y ella me lo ha recordado.

—Ni idea.

Ambos sorbieron de la taza al mismo tiempo, como un dúo de ballet acompasado. Pero la conversación, más bien, se parecía a un partido de tenis donde uno estaba al servicio y el otro al resto.

—No le haga mucho caso, su ex es una persona muy obsesiva. Yo la conocía poco, pero Ferni me comentó varias veces que no estaba a gusto con ella. Y eso, antes de separarse. Debía de ser muy celosa. Y eso, conociendo a Ferni, era un problema muy grave.

—Pero ella debía de estar muy enamorada de él, ¿no?

—Sí, creo que sí. No lo puedo asegurar. Mi amistad se ceñía a Ferni, y el arte era nuestro tema de conversación favorito.

—Vamos, no me irá usted a decir que, siendo tan amigos, no hablaban de esas cosas —preguntó Vicente con socarronería.

—No mucho —contestó con seriedad el escultor.

El silencio se hizo tenso y prolongado. Vicente decidió romperlo.

—Nos hemos fijado —argumentó el ertzaina— en que, desde que ocurrió el asesinato, nunca faltan flores en el lugar en que ocurrió, en mitad de la recta que separa Navarra y Guipúzcoa. Son pequeños ramos de claveles, siempre con algún letrero manuscrito, y a veces firmados por la propia Leire . Ya sé que no quiere decir nada, pero parece como que ella lo llevaba muy dentro a pesar del divorcio.

El escultor jugó con un lápiz mordisqueándolo mientras sopesaba la respuesta. Después, lo dejó sobre la mesa con seriedad.

—Ver a la persona que compartió tu vida durante tantos años acribillado a balazos, supongo que hará cambiar muchas percepciones. A pesar de que estés divorciada de él.

«Es un supuesto», pensó el policía.

El escultor lo miró fijamente dando a entender, con su expresión, lo lógica que le parecía su propia respuesta.

—Usted no imagina por qué quería venir a hablar con usted, ¿verdad? Algún asunto relacionado con su trabajo. Intente recordar. Algo que tuviera que ver con algún otro amigo. O de la gente de su cuadrilla. Algo que estaba esperando. No sé.

Antonio puso cara de extrañeza sin decir una palabra.

—La última vez que habló con usted, según le comentó a mi compañero Arkaitz en su momento, fue dos días antes de su asesinato. Este dato sí lo tenemos.

—Sí, eso creo recordar. Hace ya más de un año —contestó Martos con cara de circunstancias—. La memoria no es mi fuerte. Para crear esculturas nuevas, necesito olvidar lo que me ha llevado a crear las anteriores para no repetirlas. Es una metodología que siempre me ha funcionado.

—Se la refrescaré; hablaron sobre una escultura que tenía preparada para un restaurante y de un programa para la televisión que se podría titular algo así como *Esculpir los árboles y sus frutos* —dijo mirando su bloc de notas.

Antonio respiró con profundidad.

—Era una idea para hacer un corto, no un programa de cocina... aunque en un principio se pensó en la apuesta televisiva, luego se descartó. Se trataba de que un escultor y un cocinero llevaran a cabo apuestas paralelas. Sobre la madera de manzano. Una madera dura, y además es como la de cerezo, con un acabado muy bello. Querían hacerlo en la sidrería de nuestro amigo Iñigo, pero al final tuvo una bronca con él por algo que no recuerdo bien y no salió nada.

Vicente anotó algo con su inseparable lápiz.

—Fue entonces cuando comenzó a hablar con Iñigo Altuna, el dueño de la

sidrería Argia... En la lista de sus amigos figura como tal, ¿verdad?

—No, con Iñigo tengo relación de mucho antes. Nos conocemos desde que éramos críos, tenemos la misma edad. Íbamos al mismo colegio.

—¿Hay algún detalle anterior a su última conversación con Ferdinand que se le haya podido pasar? Y sobre todo, ¿tiene usted alguna intuición de por qué quería venir aquí después de haber comido en el restaurante de Lekunberri?

—Ya se lo he dicho antes. No, que yo recuerde.

El escultor siguió negando con la cabeza sin decir palabra. El subcomisario dejó la taza en una mesita blanca y baja, sobre la única esquina que dejaban libre las gubias, los martillos y algún que otro bote de ceras para maderas que ocupaban su superficie.

—No lo molesto más —dijo ofreciéndole la mano. Pero esta no iba vacía. Antonio alargó la suya y se detuvo al ver la tarjeta. La cogió con las dos manos. Un gesto que le recordó una exposición suya que se mantuvo durante más de tres meses en Japón, donde es símbolo de cortesía hacerlo de esa manera.

—Es por si recuerda algo —le dijo Vicente Parra con seriedad—. Puede llamarme a la hora que quiera. Es un teléfono especial.

El subcomisario caminó hasta la puerta de la calle y la abrió. Se despidió con un escueto «*agur*», pero en el momento de cerrar la puerta se volvió hacia su anfitrión, lo que hizo que él contuviera el ademán de cerrarla.

—Se me olvidaba un pequeño detalle. —Recordó—. El coche de la puerta es el suyo, ¿verdad?

—No, el mío está en el taller. El que tengo abajo es el de mi novia, que me lo ha prestado hasta que lo arreglen. ¿Por qué lo pregunta?

—Estoy deseando cambiar el mío y el color del que creí su coche me llamó la atención. Un rojo muy conseguido. Y, además, antes de venir leí sus datos y me pareció que el suyo era de otro color.

—Así es, subcomisario, y mañana se lo tendré que devolver. Espero que el mío esté arreglado.

—Que tenga un buen día.

—Igualmente.

El escultor cerró la puerta y caminó con paso acelerado hasta asomarse a una de las ventanas laterales pequeñas de su vivienda, desde las que se podía ver el pequeño *parking*. Vio al inspector pasar al lado de su vehículo y mirar de refilón sin pararse. Luego comenzó a bajar la pronunciada cuesta hasta su vehículo oficial camuflado. Abrió la puerta del copiloto y se metió dentro. El coche arrancó nada más hacerlo. Manióbró con habilidad por el estrecho camino y se alejó entre la hojarasca que alfombraba parte del recorrido. Antonio lo vio alejarse mientras sorbía de la taza los últimos aromas de café que aún seguían

encerrados en ella.

Sergio dejó la taza del café pensativo; mientras tanto, apuraba un bombón que, de manera casi involuntaria, se había metido en la boca. Se percató de que ya quedaban pocos.

—Ojalá descubran pronto a quien lo hizo —exclamó en voz baja el sacerdote—. La muerte no la puede manejar más que Dios.

—Pero si andan preguntando cosas sin sentido... me da que no tienen mucho —agregó el sidrero.

—El subcomisario me pareció un tipo muy meticuloso —añadió el escultor—, y dijo que estaban muy cerca. Igual mintió y no tienen nada más de lo que parece. Estos polis no sueltan prenda. No tenemos ni idea de lo que realmente saben.

—Eso lo dijo por decir, seguro, llevamos mucho tiempo y todavía no tienen nada —añadió Iñigo.

Los cuatro callaron.

—Son ya las doce —exclamó Sergio—. Yo os voy a dejar.

—Creo que nos vamos todos —añadió Daniel—. Mañana tengo que hacer un montón de cosas.

Los cuatro recogieron la mesa y apilaron los platos y la cacharrería en la fregadera. Hicieron las cuentas de lo que habían gastado, envolvieron el dinero en el propio papel de las cuentas y lo dejaron en la caja; como siempre, redondearon al alza.

Cuando salieron a la calle, la parte vieja donostiarra era un desierto donde las únicas sombras que circulaban eran las de los cuatro amigos. El suelo estaba mojado pero no había llovido. Al final de una de las calles se podía ver una máquina de limpieza que retiraba la suciedad a golpe de manguera. Los cuatro se despidieron con abrazos y se animaron a repetir la cena el año que viene.

—Cocinas de muerte —dijo el escultor despidiéndose del cocinero. Iñigo le restó importancia.

—Con buena materia prima, es fácil. Más difícil es lo de Sergio, que de harina y huevos saca unos postres de morirse —contestó.

El profesor intervino al sentirse aludido.

—Dejaos de historias, que yo mañana madrugo.

—Venga, venga, vámonos —dijo el sidrero—, que además acabo de acordarme de que la hostia de dinero que nos van a pegar en el *parking* para sacar el coche va a ser épica.

Cada uno cogió su camino desde el cruce del bulevar con la calle Narrika.

La noche estaba fresca y húmeda. Había empezado a bajar algo de bruma. El sacerdote se detuvo, miró el móvil y vio que la pantalla seguía azul y sin actividad. Respiró profundamente y comenzó a caminar en dirección a su casa. Pensó que mañana sería un día muy ajetreado.

12

Marimar llegó casi arrastrándose hasta lo que a ella le pareció su única salvación. Temblaba convulsivamente y su tez blanquecina daba a su rostro una imagen espectral. Manchada de barro y con las manos y el resto del cuerpo agarrotadas por el frío, se acercó a la luz parpadeante en mitad del bosque. Una casa de dos alturas cercana a un riachuelo. Solo en una de las ventanas se podía observar la luz oscilante de un fuego.

Pensó en llamar a la puerta, pero le pareció que estaba muy lejos y se convenció de que no llegaría. Cuando estuvo delante de una de las ventanas se levantó y, sacando fuerzas de donde no las tenía, golpeó una sola vez y de manera brusca el cristal, y a continuación se dejó caer sobre unos troncos que había en uno de los lados. Ahora solo dependía de que alguien la hubiera oído. Se convenció de que sería incapaz de volver a hacerlo. Esperó quieta. Ya no sentía frío. Se abandonó.

Oyó ruidos, pero no supo de dónde venían. Desde el suelo se percató, como en sueños, de que alguien preguntaba algo. No supo qué y menos aún identificarlos. Lo último que vio antes de desmayarse fue la imagen de dos personas, un hombre y una mujer que se le acercaban. No tuvo miedo, ya nada importaba, su suerte estaba echada. No sabía quiénes eran esas personas.

Cuando despertó, el crepitar amable y acogedor de dos troncos ardiendo en mitad de la chimenea temblaba sobre el rostro de la mujer. Un trozo de pan muy oscuro y algo de leche caliente reposaban cerca de ella. Una manta gruesa y áspera le tapaba el cuerpo por completo. Las miradas de dos personas sobre ella eran sinceras y cómplices.

—Date prisa. Si ya estás mejor ve al granero. Te dejaré comida, una manta y ropa. Tendrás que esperar unos días a que los hombres no anden por la zona —le dijo la mujer mientras su marido, en el fondo de la sala, guardaba la ropa con la que tendría que trabajar mañana. Tras ella, y oculta en parte, se podían ver los cañones de una escopeta de caza.

Los meses transcurrieron con una increíble facilidad para la situación de Marimar y llegó el momento de empezar su nueva vida lejos del horror.

Nunca llegó a olvidar el tiempo que pasó en casa de sus anónimos salvadores y...

El ruido de la puerta abriéndose hizo que el joven Alberto Parra levantara la cabeza. Cerró el libro y miró la portada. *El manto de la época*, de Fernando Carretero, un relato sobre la guerra civil española, una sabia novela, mezcla de horror y suerte.

El cliente que acababa de llegar a la LIBRE RÍA se metió por uno de los pasillos. Entonces se percató de quién era. Desde la distancia, lo saludó con una amplia sonrisa.

—Hola, abuelo. ¿Qué tal estás? —dijo al verlo llegar ayudado con un bastón de madera oscura.

—Achacoso y con taquicardias. Esta mierda que me han instalado se parece más a un transistor viejo que a un marcapasos. Hace ruidos por la noche —respondió Martín, su abuelo, haciendo una mueca simpática—. ¿Todo bien por

aquí? —dijo acercándose al mostrador. Su nieto le ofreció enseguida una silla y lo besó en la calva como le gustaba hacer. El anciano se sentó casi de inmediato —. Vaya mierda que es llegar a viejo. Me canso solo viniendo desde mi casa. ¿Qué tal?

—Vamos fenómeno. Subiendo de ventas —dijo su nieto con la boca pequeña.

—Alberto, soy tu abuelo y estoy hecho un cacharro, pero, por ahora, no soy gilipollas. ¡Si no hay nadie! —exclamó—. Deberías recuperar tu profesión de cocinero. Las librerías son una ruina. Ya nadie lee. Solo los románticos y los soñadores lo hacen, y no abundan.

Alberto lo miró de soslayo y resopló.

—Mira, *aitona*, no me toques la moral —respondió con una sonrisa—. Estoy encantado. Cada vez estoy viendo menos cine y leyendo más. He descubierto que genera más imaginación —dijo con vehemencia.

—Eres un encanto, Alberto, pero estás metiendo la pata. La tela se hace desde otros sitios.

En silencio, abuelo y nieto se cruzaron sendas miradas divertidas.

—¡Qué narices! Haces bien —añadió contradiciéndose—. Por la pasta no hay que preocuparse más que cuando falta —rio el anciano—. Creo que te dejaré mi piso en seguida. Lo tendrás que compartir con tu hermano, Pierre. A ver cómo os organizáis. Así no tendrás la obligación de pagar la mierda del alquiler.

—Deja de decir chorradas, *aitona*. Tus sustos son morrocotudos, pero por ahora tienes más vidas que un gato.

Martín lo miró condescendiente.

—Estoy empezando a darme cuenta de que la libertad es más valiosa que el dinero —dijo Alberto con decisión. La frase detuvo el pensamiento de su abuelo.

—Qué razón tienes —dijo entre dientes Martín.

La campana de la puerta de la calle sonó y ambos miraron hacia la puerta.

—Hola, *aita* —dijo Alberto abandonando el mostrador y dándole un beso en la mejilla a Vicente.

El subcomisario de la Ertzaintza respondió con una sonrisa.

—Últimamente vienes todas las semanas.

—Es una apuesta por los libros —contestó Vicente Parra—. Todos los compromisos de regalo que tengo van acompañados por un libro. ¿Qué tal, *aita*? —dijo dirigiéndose al anciano.

—Bien, visitando a Alberto para que no se desmadre.

—Me parece fenómeno. Promocionar la lectura es promocionar la imaginación —intervino el joven.

—¿Françoise ha vuelto?

—Todavía no. Creo que viene dentro de tres días.

—¿Qué tal va la semana?

—Bueno, no del todo mal. Me están pidiendo mucha novela negra, y estoy haciendo más hueco en las estanterías de la sección porque cada vez tengo más títulos. Tengo pensado ir a alguna de las semanas de novela negra que se celebran por ahí. A la de Barcelona o a la de Valencia, a ver qué se cuece. En Cartagena, en Tenerife y en Pamplona me han dicho que también hay una.

—Y de tu trabajo de cocinero, ¿qué?

—Tendrías que volver —apostilló el abuelo—. Esto no tiene futuro.

Alberto bajó la cabeza.

—He empezado a hacer extras en el hotel Astoria.

—Lo sé, lo sé. Te lo preguntaba porque me lo contó tu madre. Pero estás a gusto aquí, ¿no?

—Sí, sí, claro. Fue una idea muy buena la de jubilar forzosamente al abuelo.

—Sí, pero todavía estoy aquí —reclamó el anciano desde la silla.

—Eso son chorradas —le espetó el ertzaina—. Tú tienes que conseguir ser autónomo y hacer lo que te gusta. A mí no me pareció buena idea dejar la cocina, en el sitio en el que estabas, y de jefe de cocina y, además, con una estrella Michelin... y para ponerte al frente de la librería de tu abuelo...

—Pues estoy muy a gusto —le replicó su hijo—. Lo que pasa es que a veces echo de menos la movida de la cocina y el ajetreo. Pero ahora estoy más tiempo con mi novia y estoy más relajado. Y los extras se pagan bien. Mejor que si estás todo el día a jornada completa. Y entre esto y lo que saco del hotel casi estoy ganando lo mismo que antes.

—Aquí metes también muchas horas.

—Sí, pero es muy distinto. Aquí no hay estrés. No tiene nada que ver. Y, además, como el local es tuyo y no pago alquiler, las cuentas salen. Justas, pero salen.

—¿Seguro? —preguntó Martín desde atrás.

—Que sí, abuelo. De verdad.

El subcomisario miró a ambos y se percató de que su hijo hablaba con sinceridad, pero no dejó de apreciar cierto tono de tristeza.

—Además, he puesto una sección dedicada a los libros de cocina y, cuando no tengo mucho currelo, estoy leyéndolos; más que antes. Y estoy sacando muchas ideas. Bastantes más de las que tenía cuando estaba todo el día en la cocina. Digamos que estoy rehaciendo y profundizando a nivel teórico lo que muchas veces solo sabía a base de repetirlo en la práctica. Antes no tenía un momento para nada. Solo para sacar trabajo. No había tiempo para pensar. Eso

se había convertido en un lujo. Ahora que me acuerdo, no sé muy bien cómo era capaz de hacer platos nuevos en el restaurante —concluyó Alberto—. La tranquilidad fomenta la creatividad. Por estas fechas hará un año que dejé el restaurante y no me arrepiento. A pesar de la retahíla que tuve que oír del jefe, que se obsesionó con que me iba a la competencia. No se creía que simplemente me fuera. El hijoputa me llegó a ofrecer más dinero cuando le dije que me iba. Se acordó del dinero solo cuando vio que iba en serio. Cabrón. Ahora, según me han contado, anda como gato pisado intentando que la estrella no vuele.

—Ya me lo contaste —le dijo su padre con seriedad.

El abuelo escuchaba asintiendo.

—Los extras en el hotel los hago con otra perspectiva. Estoy deseando hacerlos, pero desde la tranquilidad de estar aquí. Es una cosa muy distinta. Eso sin contar que estoy descubriendo mundos nuevos en estos libros —dijo señalando las estanterías—. Ahora empiezo a entender lo que disfruta el abuelo Martín —añadió volviendo la cabeza—. Yo siempre te he contado que lo mío es el cine.

Martín asintió con la cabeza sin decir nada.

—Lo sigue siendo, pero de distinta manera. Estoy descubriendo que lo que provocan las palabras, a veces, es bastante más grande que una imagen. Eso que dicen de que una imagen vale más que mil palabras es una chorrada. Algunas veces sí, otras para nada. Y eso tiene una explicación muy fácil. La imagen limita tu imaginación a la propia fotografía o a lo que ves en la pantalla. Lo que está escrito es mucho más rico y, sobre todo, más sugerente. Está más abierto.

Su padre sonrió de medio lado.

—¿Amaia qué dice del cambio?

—Ella está encantada y me apoya, siempre lo hace; y, como es una devoradora de libros, eso de tener la LIBRE RÍA a su alcance es la bicoca, se está zampando casi dos libros al mes.

El policía afirmó con un leve movimiento de cabeza.

—A Amaia, en su currelo, le pasa lo mismo. Igual pide media jornada —añadió el chico—. El otro día me dijo una frase que había leído en no sé qué libro, algo así como «de qué sirve la vida si no la puedes vivir». Estuve todo el día pensando en ella. El oficio de camarera es casi peor. Entre semana vuelve a la una como pronto, y los fines de semana nunca antes de las dos de la madrugada.

El teléfono del subcomisario interrumpió la conversación de manera brusca. La pantalla iluminada, la vibración y el tono de llamada deshicieron el hilo entre padre, abuelo e hijo. Pensó que la intromisión del móvil era inoportuna, pues supuso que la llamada sería del trabajo. Pero no fue así.

—Es tu madre —le dijo mientras se apartaba.

Su hijo lo conminó, con gestos y en voz muy baja mientras lo sujetaba del antebrazo, a que le pasara el móvil cuando acabara de hablar:

—Luego me la pasas, *aita*.

El subcomisario se alejó afirmando con la cabeza. Alberto se puso a ordenar libros por las estanterías.

—¿Qué tal, Françoise? Estoy en la librería de nuestro hijo. Y tiene de ayudante a Martín. En cuanto puede, se descuelga por aquí.

Su mujer, al otro lado del teléfono, le contestó:

—Ah, sí. Pues yo, nada, estoy aquí en casa de mi hijo Pierre y me voy fuera a hacer compras. Ayer estuvimos todo el día en el Louvre y mañana tenemos que visitar Orsay. Lo echaba en falta. Es un lugar que tiene su propia magia. También para saludar a viejos compañeros de trabajo que todavía están en el museo. Orsay forma parte de mi vida, ya lo sabes, si paso más de un año sin venir, noto que me falta algo.

—Será más bien por ver a tu hijo —rió su marido.

—También, también. Por cierto, tu hijastro me presentó a su nueva novia. Una chavala de aquí, muy maja. Vas a flipar, pero trabaja en el mundo del arte. Me la presentó ayer. Muy mona y muy francesa. Llevan ya casi medio año saliendo.

Françoise escuchó la risa escueta de Vicente al otro lado de la línea.

—¿No será de arte mesoamericano como tú? Con una en la familia es suficiente.

—No, no, arte de los siglos xix y xx. De hecho, mañana vamos con ella a Orsay.

—¿Cuándo vuelves?

—Nada, en dos días. Para el domingo estoy ahí. Cojo el TGV desde la estación de Montparnasse que sale después de comer; me deja en Irún el domingo por la noche. Ya he cogido los billetes de vuelta. El lunes trabajo.

—Perfecto.

—¿Cómo van las cosas por ahí?

—Bien, con muchos follones.

—¿Estas más relajado? —preguntó su mujer.

—Hasta que no pillemos al del crítico gastronómico no creo que lo esté del todo —contestó taxativamente el ertzaina.

Pasaron un par de minutos más hablando hasta que, por fin, Vicente se acercó a su hijo.

—Te paso a Alberto, que quiere decirte algo. Un beso.

El policía le ofreció el móvil a su hijo mientras este se acercaba al

mostrador.

—*Ama*, ¿qué tal por tu tierra?

—Bien, bien, ya te contaré. ¿Qué tal estás, qué querías decirme?

—Nada, que he organizado una cena en nuestra casa para este lunes. Estarás de vuelta, ¿no?

—Sí, sí, pero, ¿en tu casa? No creo que quepamos —dijo su madre.

—Solo seremos los cinco. *Amaia* se ha empeñado. Ya nos apañaremos; y no seas exagerada, que es pequeña pero da para comer con comodidad.

—¿Por algo en especial? ¿Qué celebramos? ¿Es para que no pierdas la maña de la cocina?

—No, no —contestó su hijo con cierto tono entre divertido y adusto—. Sigo teniendo la mano de siempre. El lunes a la noche, en casa. ¿De acuerdo? El abuelo te echa besos.

—OK, devuélveselos —contestó *Françoise*—. Ah, en cuanto a lo del lunes... Una cena delante del mar no se puede rechazar. Vuelve a pasarme a tu padre.

El subcomisario frunció el ceño al oír la invitación. Cogió de nuevo el teléfono.

—Nada, que nos vemos el domingo a la noche. Dejé el coche en el *parking* de la estación o sea que, si llega puntual, que lo hará, en media hora estoy en Donostia. No te olvides: el lunes, cena en casa de Alberto y *Amaia*, ya lo has oído. ¿A qué vendrá esa cena?

—No sabía nada. Me acabo de enterar cuando te lo ha dicho a ti. A mí todavía no me había dicho nada.

—Tengo ganas de echarte un polvete. Y de alborotarte las canas. Llevo una semana sin tenerte entre mis piernas.

El inspector se alejó un poco del mostrador.

—Yo también —contestó—. Venga, un beso muy gordo.

La comunicación se cortó y el policía se mantuvo quieto con la delicada frase final convertida en imagen estática de su mujer, desnuda mientras hacían el amor como tantas veces antes había sucedido. Por unos instantes, la visión fue tan intensa que no recordó dónde se encontraba. La figura de su hijo mirándolo desde el mostrador le hizo sentir rubor. Se acercó hacia él.

—Yo no sabía nada de la cena... —dijo guardando el móvil en el bolsillo.

—Te lo iba a decir cuando ha llamado la *ama*. Cocinaré yo. Desde que estamos en casa, no habíamos hecho nunca una cena. Si no hace mucho frío podemos incluso hacerla en el balcón, que está cerrado y con una calefacción dentro se puede estar perfectamente. Pero bueno, dependerá del tiempo que haga.

—Recuerda que tu madre es muy friolera. Y tu abuelo no está para pillar frío.

—Ya les convenceré, no te preocupes. Las vistas de la playa de la Zurriola son alucinantes. Se suelen ver las líneas de olas entrando. He contado hasta nueve entrando a la vez. La casa esta tan cerca del mar que desde un cuarto piso te da la sensación de volar sobre las olas cuando rompen.

—Ya veo que la casa de los solteros te ha maravillado.

—Si fuera nuestra, sería la hostia. Se llama de los solteros, pero casi toda la vecindad está en pareja, no te creas —sonrió Alberto—. Se llama así porque son apartamentos pequeños. Nada más.

—Lo sé. —Su padre le devolvió la sonrisa.

—Por cierto, ¿para qué has venido a estas horas tan tempranas de la mañana? ¿No deberías estar trabajando?

—Lo estoy, lo estoy. —Necesito que me busques entre los legajos este libro —dijo el subcomisario mientras le acercaba un trozo de papel—. Y si no lo tienes, me lo pides.

Su hijo leyó el título con atención.

—*Hipnosis, ciencia o ficción.*

El coche se detuvo en el pequeño *parking* de entrada, al comienzo de la bocana del puerto de Pasajes, donde el final de la ría se asoma a mar abierto. La mujer cogió las llaves y miró el reloj con indiferencia, porque sabía, sin mirarlo, la hora del día. Hacía menos de una hora que había amanecido. La primavera estaba a las puertas y los días se estaban haciendo más largos y con más luz. El ánimo propio de esa estación estaba haciendo mella en la mujer.

El frío de primera hora de la mañana no era tan acentuado como la conversación que había mantenido con su compañero hacía un par de horas. Se habían cruzado, durante un desayuno taciturno, palabras densas y cortantes y unas cuantas preguntas en tono áspero sobre cosas sin sentido, ajenas a su verdadera preocupación. El hombre estaba siendo cada vez más agobiante y las salidas de ella para practicar su afición favorita, correr, estaban siendo cada vez más frecuentes para no tener que soportar la presencia de aquella persona. Todo había cambiado mucho desde que decidió irse a vivir con él. A su vez, los bares se estaban convirtiendo, cada vez más, en un refugio para él; pasaba en ellos más horas de las debidas. Y las que pasaban juntos, cada vez estaban más distantes.

«Parece que los dos nos rehuimos mutuamente —pensó—, o igual solo soy yo la que huyo —dudó—. Pero sé que la decisión que he tomado es la correcta. Tengo que apechugar con lo que hice. No me deja dormir. Esta situación debe terminar —se repitió a sí misma desde su interior—, ya lo he decidido. Hace mucho que no vivo y, aunque me pese, sé que tengo que contarlo. Ya lo tengo resuelto. Aunque él no lo entienda, lo haré. Él podrá huir donde quiera como lo ha hecho tantas veces, pero yo hace ya tiempo que soy prisionera de mis actos. Necesito pagar por ellos. Si no, no podré descansar nunca de verdad.

»No sé muy bien qué es lo que está pasando por su cabeza —pensó la mujer mientras cerraba el vehículo—. En mi interior, lo quiero, pero esta vida no puede continuar así. Mañana acabará todo. Me quitaré un peso de encima y todo habrá acabado. Sé que me voy a arrepentir, pero no hay marcha atrás. En estos dos últimos meses se lo he dicho mil veces, pero él no lo entiende o no quiere hacerlo.»

Guardó las llaves de casa en la guantera. La cerró. La única llave del coche que mantuvo en la mano era el mando a distancia para poder abrirlo cuando

regresara de correr. Metió el mando del coche en el bolsillo del chándal azul marino que llevaba puesto. Se subió la cremallera. Cuando lo hizo, se miró los dedos y apreció el esmalte azul claro de sus uñas, que brilló con suavidad con los primeros rayos del sol, y le gustó.

Empezó a saltar para calentar los músculos, pero se detuvo al ver que no se había colocado la cinta para que su melena morena no la molestara. Cuando lo hizo, observó, desde el mirador, situado debajo del faro de la Plata, cómo un enorme buque mercante entraba en el puerto escoltado por un remolcador. El mar estaba inusualmente en calma y el cielo estaba despejado de nubes, y enseguida pensó en igualar sus pensamientos oscuros a la claridad del día; y la mejor manera de hacerlo era corriendo.

No podía tener ese tipo de pensamientos en un paisaje como aquel. Percibía una sutil combinación de brisa y olor marino. El acantilado se veía muy lejano de la línea de un mar que, con delicadeza, rompía sobre la base de las rocas a casi cien metros de altura. No entendía cómo en un lugar como San Sebastián la gente corría sobre cintas sin fin en gimnasios cerrados entre paredes blancas. De nuevo pensó que le esperaba algo parecido desde mañana mismo, cuando se entregara a la policía: correr entre las paredes blancas y limitadas de una prisión. Ella nunca delataría a nadie. Intentó no pensar en ello.

Dejando la bocana a la derecha, se dirigió andando hasta el comienzo del camino de tierra que bordeaba el monte Ulía. Siguiendo ese camino podía llegar hasta la punta de Mompás, delante de la playa de la Zurriola. Pero estaba muy lejos, y ella solo disponía de una hora larga para sudar, así que pensó que, como casi todas las semanas, el recorrido se limitaría a un ir y venir hasta más o menos la mitad del recorrido. Miró hacia atrás y observó su coche solitario y pensó que los días entre semana aquello estaba demasiado aislado.

Comenzó a correr por el estrecho camino. A ritmo suave. La cinta de color rosa detenía sus pensamientos, que llegaban a su mente de manera inconexa. Los pinos escoltaban el solitario camino bordeando la majestuosidad del mar y honrando su presencia. Sus zapatillas de deporte blancas almohadillaban el sonido de su correr suave y preciso. El resuello de la mujer se hacía cada vez más sonoro. Una gota de sudor empezó a aparecerle por la frente. El tiempo se detenía mientras lo hacía. Los corredores de fondo soportan el sufrimiento evadiéndose mediante una mezcla de placer y dolor a cada paso que avanzan. Al cabo de unos minutos, abrió la boca requiriendo más oxígeno. Su pequeña figura se perdía entre la escasa maleza del lugar. Uno de sus refugios preferidos. Apenas un punto en la inmensidad de la ladera del monte de primeras horas de un día entre semana.

Llegó a una zona en la que el camino se estrechaba y aminoró el paso para

apartar algunas zarzas que el invierno había hecho crecer hasta invadir parte del sendero. Continuó por él. En ese momento el camino se volvía un poco cuesta arriba. Fue entonces cuando sintió un aire frío en la espalda que le hizo volver la cabeza con más temor que curiosidad. El solitario camino le devolvió la mirada con extrañeza.

Siguió corriendo sin darle importancia. Al llegar a la cima, el paisaje se volvía aún más espectacular. Todo el mar Cantábrico se encontraba misteriosamente quieto. La calma chicha se palpaba en el ambiente. El sonido de las gaviotas había cesado. Llevaba ya veinte minutos corriendo a buen paso. Oyó el crujir de una rama. Esta vez miró detrás de un matorral. No vio nada.

«Creo que es momento de volver. Hoy no estoy cómoda aquí. No sé qué me ocurre. Seré yo misma», imaginó.

Volvió la cabeza y comenzó a caminar de vuelta sin dejar de mirar el escenario natural. La extraña tranquilidad e inmensidad del océano hizo que volviera a detenerse para contemplarlo hasta donde la vista alcanzaba. A la derecha, el faro de la Plata ya se veía pequeño, instalado en el risco, presidiendo un paisaje muy similar a las Tierras Altas de Escocia. A su izquierda, la punta de Mompás, uno de los extremos de San Sebastián, se vislumbraba más cercana. Bajo sus pies, el acantilado bajaba más de un centenar de metros casi en línea recta hasta el nivel del mar.

Lo vio venir por detrás, y fue más fuerte el susto que el empujón que recibió. Este apenas le dio de refilón porque la mujer en el último instante se había movido. La embestida la hizo tambalearse. No logró derribarla. El hombre, en cambio, sí rodó por los suelos hasta quedar justo al borde del precipicio.

Cuando el encapuchado se levantó, los sonidos se volvieron sordos. Ella intentó correr todo lo que pudo, pero el camino era cuesta abajo y no se podía correr tan rápido como ella hubiera deseado. Tardó muy poco en sentir la sombra de su atacante a la espalda. Pensó en gritar pero, en un ejercicio de asombrosa calma, supo que no habría nadie alrededor que la pudiera ayudar.

Las piedras del sendero ayudaron a que perdiera el equilibrio. Tropezó con ellas y percibió cómo sus manos intentaban parar el golpe contra el suelo, y pudo distinguir cómo sus palmas se abrasaban contra el terreno. Los antebrazos de su chándal se rasgaron como consecuencia de la caída. Se golpeó las rodillas contra el suelo con dolor.

Sobre el angosto camino, y con las manos ensangrentadas y con restos de polvo, intentó incorporarse, pero el hombre estaba encima y notó que su rostro estaba muy cerca. Él la agarró desde atrás por la cintura con una fortaleza fuera de lo común. El cuerpo de ella, pequeño y ágil, pensó en cómo afrontar aquella situación. Todo ocurría tan deprisa que era incapaz de razonar.

En un intento ingenuo de salir de allí, dijo una frase de corrido con una increíble frialdad y parsimonia, y con grandes dosis de pragmatismo con la situación:

—¡No llevo dinero, haga lo que quiera conmigo pero no me mate! —La repitió por segunda vez aún más fuerte mientras se le quebraba la voz.

El hombre corpulento sin rostro no dijo nada, la siguió sujetando por la cintura de espaldas y la llevó en volandas de vuelta al lugar donde había intentado agredirla por primera vez. La mujer pataleaba histérica e intentaba separar aquellos brazos que la retenían contra el cuerpo de su agresor, pero no lo estaba consiguiendo. El atacante la arrastró quince metros más arriba. Al borde del acantilado.

Sujeta por la cintura, y de espaldas a él, la mujer pataleó y siguió chillando desesperadamente. Intentó golpearlo con las piernas. De nuevo, la corpulencia del hombre, injusta y desproporcionada, le daba a él toda la ventaja. La mujer se dio cuenta enseguida de las verdaderas intenciones que su anónimo agresor llevaba consigo. La situó con increíble facilidad de cara al mar, al borde del precipicio.

Ella notó que los pies no le tocaban el suelo; el borde del despeñadero la esperaba como las fauces abiertas de una alimaña hambrienta. También advirtió como el agresor separaba los pies para buscar más apoyo y así aligerar el peso que cargaba.

La soltó sobre el acantilado rocoso pero, nada más hacerlo, la mujer se volvió y lo agarró de la capucha, de manera que se la desplazó hacia un lado y dejó su rostro al aire. Su cara de sorpresa fue mayúscula cuando lo reconoció. Ya nada importaba. No había retorno. Era tarde para detener su muerte segura. Su cuerpo cogió velocidad y cayó al vacío sin retorno.

Pero también pudo ver, en la distancia, cómo había logrado desestabilizar al hombre y este se trastabillaba sobre las piedras sueltas y comenzaba a caer tras ella. Eso le dio una extraña sensación de felicidad. Había conseguido que su agresor corriera su misma suerte. Este pensamiento solo duró dos segundos. Los que tardó en estrellarse contra el primer saliente de rocas, que la mató casi al instante. Los más de una docena de golpes que recibió después, dando vueltas en su caída hasta el agua, no hubieran sido necesarios. Estaba muerta desde el primero. La pared del escarpado barranco quedó marcada por unas manchas de sangre que indicaron con hambre la dirección a su siguiente transeúnte.

El hombre se mantuvo unos instantes agarrado a una de las ramas del borde. Pero no pudo hacer nada para revertir la situación. Su peso lo vencía. Intentó desesperadamente agarrarse a algo más pero no lo consiguió. La tregua solo se alargó durante unos segundos más que, además, trascurrieron muy deprisa. La

rama terminó por lacerarle las palmas de las manos y su cuerpo cayó como un saco. Cogió velocidad de manera natural. El hombre apretó los dientes mientras caía al vacío.

Murió en el mismo saliente que la mujer. Su rastro recorrió el mismo camino que la de su víctima unos instantes antes, de forma que la sangre de ambos se juntó en una extraña confusión entre víctima y agresor, marcando cada saliente del acantilado camino del mar.

Ambos cadáveres yacían muy juntos al fondo del acantilado, flotando sobre un mar en calma. Las olas inusualmente pequeñas del Cantábrico mecían los cuerpos a un ritmo cansino. Al cabo de unos minutos, la marea los acercó a un saliente, donde quedaron varados entre dos rocas. Apenas cuatro metros separaban al uno del otro.

Las gaviotas que reinaban en la zona comenzaron a salir y observaron con indiferencia aquellos cuerpos tan cercanos. Al principio, ni siquiera se acercaron. El mar seguía en calma y se mantendría así bastantes días más.

La cocina siempre debería haber sido entendida como un arte. Desde que me dedico a esto, lo he defendido, y lo seguiré haciendo hasta el final de mis días con vehemencia. Un arte capaz de entusiasmar y de transmitir con tanta contundencia como lo hace una escultura o como lo hace una pintura. En suma, de aportar felicidad a quien lo contempla, a quien lo degusta. La gastronomía es y será el arte más íntimo que existe. No concibo nada igual. Atrás podrían quedar maravillosos lienzos de reconocidos pintores, limitados por su aspecto visual.

El erztaina Vicente Parra sorbió del vaso de agua muy fría que tenía al lado y siguió leyendo.

La cocina va mucho más lejos, vuelve a tu interior y se aloja dentro de ti queriendo no solo transmitirte magia, sino mantenerte vivo unas horas más a través del arte. Tiene algo de sensual, de sensitivo, de sexo íntimo. Solo ella entra en tu interior. Un arte que aporta sensaciones tanto visuales como sonoras. Lo mismo trabaja la nariz como el tacto o la lengua. Es arte, es como un *alma* que termina en tu interior en todos los sentidos. ¿Te imaginas que te pudieras comer la Piedad de Miguel Ángel? Por un momento, intenta imaginarte que pudieras lamer y degustar el cuadro de Picasso y encerrar todo el horror de su grandioso Guernica en leves masticaciones con destino a tu estómago. Arte global, en suma, capaz de originar en ti un estremecimiento que no podrás olvidar, cuyo resumen es una palabra tan manida como risueña. Arte.

Vicente sonrió ante aquella sesuda y curiosa reflexión. A pesar de haberla leído mil veces, le hizo parar la lectura por unos instantes y pensar en lo que acababa de leer.

Como tal la he tratado siempre, como una actividad del ser humano que atraviesa barreras —las de, en muchas ocasiones, por desgracia, no siempre, alimentar tu cerebro— y que te embelesa porque rompe los candados más férreos e inimaginables: los de mantenerte vivo. La cultura del comer no se puede definir de otra manera. Arte que te llega a donde las demás no lo hacen. Y, por ser tan efímero, tiene más mérito. Son experiencias volátiles y fugitivas, donde lo único que quedará son los recuerdos, a veces injustamente grandilocuentes, ampliados por tu percepción de un momento inolvidable que hará que este sea mágico. Parecido a un viaje. Miles de euros echados por la borda por mantenerte *en* un sitio, alejado de tu casa, experimentando lo que nunca antes habías podido vivir. Después, solo el recuerdo mantendrá en tu mente el hechizo.

Cuando reflexionamos de esta manera, no podemos más que ponernos un poco tristes al ver a un mago de los fogones, a un maestro, con una trayectoria impecable, perdido en un mar de dudas que se transmiten a una comida muy por debajo de sus expectativas. Es terrible ver cómo Virgilio Etxebeste, desde su atalaya del restaurante del mismo nombre, nos ofrece una colección de platos que no emocionan.

«Joder, y decían que no hacía crónicas hirientes», pensó el ertzaina. Prosiguió leyendo.

Lleva dos años así, y nos da pena acordarnos de aquel pichón a la cera perdida, mezcla de magia, humor y puesta en escena. De aquella sopa mutante que cambiaba de color delante de ti pero que, en nuestro interior, cambiaba mucho más, porque hacía desaparecer nuestra reticencia preliminar a un nombre tan extraño. Sí, Virgilio, nos da pena porque tú has sido algo muy importante y porque te queremos. Necesitamos con urgencia que vuelvas a ser esa persona que parece que te has obstinado en *no* volver a ser. Y, después de haber hablado contigo, espero que te des cuenta de que estás en un error; y, lo peor de todo, es que no lo quieres ver. Me lo demostraste con tus palabras en mi última visita, pero también lo hiciste con una lubina envuelta de manera absurda sobre dos guarniciones perdidas y sobre un bogavante cuyo único mérito era una frescura impecable.

Me gustaría haber tomado el túnel del tiempo y que este pudiera haberme trasladado a aquellos comienzos que supiste mantener durante unos largos diez años y olvidarme de la última cena que degusté en tu casa. Quiero que esos recuerdos se mantengan limpios y que esta comida no los enturbie. Sería muy injusto. No quiero que me cuentes que cada vez te ausentas más de casa por tus compromisos. Tu sitio es tu cocina. No esas asesorías que no hacen sino despistar tu verdadera esencia de artista, que —estoy completamente seguro— mantienes. Quiero que te encuentres a ti mismo y que vuelvas a situarte en ese sitio. El que de verdad te corresponde por méritos propios. Sería injusto contar cada uno de los diez platos que me ofreciste porque ninguno de ellos sería digno de mención. Virgilio, esperamos tu vuelta. Ojalá que sea pronto. Restaurante Virgilio. Carretera de Bergara s/n. Cierra domingos noche y lunes. Admite Visa y...

El subcomisario Vicente Parra levantó la vista al ver entrar a Jaione Egia por la puerta después de haber llamado con los nudillos.

—Jefe, te traigo algunas cosas que quiero hablar contigo mañana. Son acerca de la testigo del coche —dijo dejando una carpeta—. Yo me tengo que ir un poco antes porque tengo que llevar al niño al médico. Ya te avisé ayer —añadió dándose media vuelta mientras esperaba su consentimiento—. Después, igual voy a hablar con la viuda de Ferni. Con Leire Urtubi, vamos. No sé. Si no, lo dejaré para mañana.

—Si ves que puedes sacar algo, adelante. Mañana hablamos —contestó Vicente mientras se despedía.

El subcomisario vio como su figura se alejaba, con su coleta larga y bamboleante, prisionera injusta de un coletero sobre su espalda, casi rozando el pantalón negro. La puerta se cerró y el despacho volvió a quedar en silencio. La guía que tenía en la mano reclamó su atención. Ferdinand Cubillo pareció estar encerrado entre las letras de su última guía, que, curiosamente, se había vendido como nunca antes después de su trágico final. No hay nada como que un escritor muera para que pase a ser un *best seller*. «La muerte vende bastante más que la vida —pensó—. Se hubiera puesto contento de saberlo», ironizó.

«Si te hacen una crítica tan demoledora como esta, no me extraña que a

alguien le entren ganas de matarlo —pensó mientras recordaba la conversación que mantuvo con el tal Virgilio poco después de descubrir el cuerpo sin vida del crítico—. Pero eso pasó hace un tiempo, y el cocinero tenía una coartada: su mujer. Y aunque no la hubiera tenido, no me pareció el prototipo de asesino. Era una persona afable y cercana, y colaboró en todo lo que se le pidió. Eso me parece. No sé, cuando hablé con él tuve la sensación de que Ferni había sido muy injusto con lo que había escrito. Además, estaba tan asombrado como todos por la noticia. Pero seguro que, en el fondo, Virgilio pensó “el que la busca la encuentra, a todo cerdo le llega su San Martín”, solo que supo disimularlo. Eso no lo convierte en asesino. Simplemente en persona.»

Vicente buscó más páginas de la guía en las que las críticas de Ferni fueran demoledoras. Las había leído mil veces después de que lo asesinaran. No eran muchas. Apenas había un par de ellas más, pero ninguna tan perjudicial como la que le había hecho a Virgilio. El resto de opiniones y valoraciones eran muy positivas. Recordó haber hablado con los otros dos cocineros. No le pareció que el asunto fuera con ellos.

«No es fácil que nadie se arriesgue a una cosa semejante por una mala crítica, por muy negativa que sea. Y cuidado, que esta lo era. O igual sí», dudó. Parra se apoyó en el respaldo de la silla y abanicó la guía de su enquistado caso. Las páginas volaron sobre la imaginación del subcomisario. Algo le decía que el último escrito de Ferni, *Guía de restaurantes 2019*, podía encerrar algo más de lo que parecía a primera vista. Pero por ahora no lo veía.

La guía se publicó dos meses antes de su muerte. Tiempo suficiente para que alguien lo leyera y se enfadara mucho. También estaba convencido de que no podía tratarse de algo tan simple. Y lo peor era imaginarse que sí porque, de ser así, ya podía ponerse a leerla mil veces más hasta dar la vuelta a todas las fichas del puzle que tenía entre las manos; como solía decir él mismo, «las piezas del puzle siempre están ahí, solo hace falta darles la vuelta». Casarlas después era fácil. Cuestión de tiempo.

—Seta, *ama*, *aita*, *oso*, *esnea*, *ogia*.

—*Oso ondo*, *maitia* —dijo la oficial con una amplia sonrisa mientras miraba a su hijo.

La alfombra gruesa inundaba el suelo con su reconfortante pelo largo de color rojo apagado. Al bebé le encantaba revolcarse encima de ella. A veces, hasta se había quedado dormido. Jaione Egia, después de dejar encima de la mesa la taza de chocolate con leche que traía en las manos, se acercó a su hijo, se agachó y se tumbó en el suelo a su lado. Le acarició los pies, envueltos en unos calcetines de color blanco con dos setas de sombrero rojizo y puntas blancas. El niño volvió a la carga.

—Seta —dijo señalándose el pie. La mujer le frotó los pies y, después, el cuerpecillo. El niño empezó a reírse mientras las cosquillas le recorrían el cuerpo.

—Eres un sinvergüenza. Cómo puedes levantarte tan temprano —dijo Jaione sin dejar de pasarle la mano por la espalda. El niño se revolcaba sobre la alfombra sin parar de reír. Sus carcajadas eran contagiosas—. Son las siete de la mañana, cabroncete.

El niño cogió un piano de colores y empezó a aporrearlo. Las siete notas de sus teclas sonaron casi a la vez.

—No, no, suave, que despertamos al *aita* —dijo la mujer intentando que cambiara de juguete.

La mujer se levantó y dio un sorbo a su taza; miró por la ventana sin dejar de vigilar al niño. Las omnipresentes nubes de Andoain amenazaban lluvia, pero en la lejanía se podían apreciar claros. Después, se volvió a sentar junto al pequeño. Oyó a su marido salir de la habitación contigua. Pello se asomó por la puerta y los miró con cara de recién levantado: el pelo alborotado, los ojos entornados por la claridad y una camiseta ajada de color azul que le daba un aspecto muy *sexy*. La barba de dos días le oscurecía levemente el rostro y lo hacía más duro pero terriblemente atractivo. Llevaba un calzoncillo *boxer* negro con rayitas laterales de color naranja que, además, era una talla más pequeña de lo que debiera: un detalle que abultaba su aspecto y que a su mujer le gustaba mucho. Tenía el pelo —una mata de cabello negro donde era difícil localizar

alguna cana— extrañamente subido para arriba. Se lo intentó poner en orden, pero, al levantar el brazo, no hizo más que contribuir a la excitación de su mujer. Sus ojos, muy negros, conservaban todavía las pupilas contraídas del recién levantado. Sus labios eran delgados pero muy sugerentes. Sus pómulos, levemente marcados, y su barbilla, de modelo. Su torso se dejó entrever a través de la camiseta, que estaba cedida por el uso. El pelo negro y ensortijado del pecho asomó con timidez y recato por alguno de los descosidos de la prenda. A pesar de sus casi cuarenta años, tenía el vientre plano, sin barriga. Sus piernas estaban proporcionadas y caminaba descalzo sobre la madera. Saludó con la mano y echó un vistazo por la ventana del pasillo. Su espalda pareció más robusta de lo que en realidad era. La camiseta seguía, ignorante de su juego, provocando un apresurado juego erótico que se debatía entre enseñar y dejar entrever. Se apoyó en el quicio de la puerta con ambas manos y sus rasgos de pianista se hicieron patentes: dedos muy largos y proporcionados. Subió un poco más el brazo en el mismo quicio de la puerta. Las mangas de la camiseta bajaron torpemente y los bíceps le quedaron al descubierto. Parecía que lo hacía adrede.

A veces, la oficial pensaba cómo era posible enamorarse del interior de un hombre así cuando su exterior era tan apabullante. Lo había conocido hacía casi diez años durante un concierto de piano de la Orquesta de Euskadi, donde él trabajaba; una amiga en común fue suficiente para que su historia comenzara.

—El hombre tiene cola —le dijo su compañera.

—Eso espero —le contestó ella con una sonrisa maliciosa.

—Entiéndeme, cola de pretendientas —le matizó su amiga entre risas.

Jaione le recordó aquella anécdota a su amiga el día de su boda. Ella le contestó: «¡Qué cabezona que eres! Si ves algo que te interesa de verdad, es para ti. Me alegro mucho», le susurró en el oído. Era así, como lo había contado su amiga. Aplicó su determinación de agente de la ley y lo detuvo para sí misma. Lo recuerda así porque su personalidad no era, entonces, especialmente marcada. Una buena persona con un cuerpo espectacular. Algo parecido se podía decir de sus aficiones. El piano llenaba su vida. Era un hombre de muy pocas palabras. Se expresaba con bastante más convicción tocando con magia las teclas del piano. Las notas que salían de las cuerdas eran sus frases. Y la banqueta, delante del ordenado y blanquinegro marfil, su sofá preferido. De vez en cuando, Jaione pensaba que a veces resultaba demasiado místico. Sobre todo, cuando había que limpiar la casa.

Aún recuerda que la primera vez que hicieron el amor, cuando terminaron, se puso a tocar en el piano de pared que tenía en casa de sus padres una canción de George Winston, *Carol of the Bells*, de su disco *December*. Tiene esa música dulce y melancólica grabada a fuego en la memoria. A veces la suele tocar en el

piano que ahora tienen en casa. Uno de los mejores. Un Bechstein de cola entera en el que enterró, a pesar de ser de tercera mano, todos sus ahorros y parte de los de su padre. Hubo incluso que tirar una pared de la casa para que cupiera. Ocupaba casi más que el propio salón del caserío compartido.

Al principio ella le ocultó que era policía. No se atrevió a confesarlo. Eran otros tiempos y, en ciertos pueblos como el suyo, peor. Su marido era un soñador y, al principio, temió ahuyentarlo con el pragmatismo de su oficio. Pero desde que nació el bebé pareció cambiar y tomarle más apego a la tierra. Ahora era él quien le pedía con frecuencia aumentar la familia. «Solo uno más», le decía de vez en cuando.

La mujer recordó haberlo pillado varias veces intentando que el bebé, en la trona, escuchara sus composiciones al piano desde la gran habitación exclusiva que tenían para aquel enorme instrumento.

Cuando Jaione se acercó a darle un beso de despedida, apreció su aroma de recién levantado. Fuerte y poderosamente agradable. Le tocó el culo prieto con descaro y lo empujó hacia ella.

—Mantén este olor y este aspecto para cuando vuelva —le dijo casi al oído, mientras su hijo, ajeno a la situación, era testigo del encuentro desde el suelo de la alfombra. Su sonrisa dulce pareció bendecir el momento. Solo su «*aita*», pronunciado desde abajo, les hizo deshacerse de aquel abrazo suave de bienvenida matinal.

—He notado que dice bastante más *aita* que *ama* —dijo la mujer socarrona.

—Eso es por los conciertos de piano privados que le ofrezco.

Unió una sonrisa a un ligero beso.

—Tengo que irme a toda pastilla —dijo la mujer alejándose en dirección a su habitación.

—¿Y qué quieres que hagamos? —dijo el padre agachándose hacia el bebé con una enorme sonrisa—. ¿Cómo te puedes levantar tan temprano?

La mujer volvió a los cinco minutos y encontró a sus dos hombres sentados alrededor del piano de juguete y sus siete teclas. Besó a ambos y salió con su cazadora reforzada pensando en la hora a la que había quedado; gracias al madrugón de su hijo iba a poder circular con más calma y menos tráfico.

Se oyó el rugir de la moto. Saludó a su hermana, que estaba asomada a la ventana de la mitad contigua del caserío. Acababa de amanecer y el frío de la mañana y el casco hicieron que sintiera que sería posible sacar algo en claro de la entrevista. Leire, la exmujer de Ferni, tenía que darle la clave. Podía ser.

Un coche se le cruzó por delante y la ertzaina hizo sonar la bocina con enfado.

El sonido agudo del timbre hizo que Leire se levantara del sillón.

—Soy Jaione Egia, oficial de la Ertzaintza, he estado hablando con usted, ¿se acuerda? —dijo alargándole la mano—. ¿Me permite pasar?

Leire le ofreció una mano fría y lacia, y la policía tuvo la desagradable sensación de estrechársela a un muerto. La anfitriona la miró con una cara anodina y la invitó a pasar.

Llegaron a la sala de estar, que tenía un enorme ventanal con vistas al río Urumea. Enfrente, en la otra orilla, se podía ver el hotel María Cristina. A la derecha, el puente del Kursaal y parte de la nueva escollera que contenía el oleaje del mar en plena desembocadura. A la izquierda se podía observar el cauce y, al fondo del todo, el monte Adarra. No había cortinas y la luz entraba matizada por las nubes. «Cómo les gusta a los fotógrafos esto», pensó Jaione.

—Tiene usted una casa muy bonita —dijo la ertzaina intentando comenzar la conversación—. Las vistas son increíbles —añadió.

—Estoy un poco aburrida de esto. Al principio, sí las apreciaba. Ahora casi no las miro —dijo con desdén—. Pero sí, la casa es muy bonita.

—Comenzar el día viendo esto debe de ser reconfortante.

—Cuando en un sitio no hay cortinas, casi siempre se debe a que delante no hay nadie mirando —dijo Leire—. Tiene estores, pero solo los bajo si da mucho el sol. Y si usted es de aquí, sabrá que eso ocurre poco.

Jaione se animó al oír que su interlocutora estaba empezando a hablar después de un comienzo algo frío. «Igual sigo por ese lado», pensó volviéndose hacia ella.

—Sí, soy de aquí —contestó sonriendo—. Nací en Andoain, que tiene un microclima que detiene más las nubes y hace que el tiempo se acentúe. Si en Donostia llueve, allí más. Si la ola de calor es insoportable, allí aún peor. Se lo puedo asegurar.

Leire asintió y, en aquel momento, la oficial tuvo la sensación de que la mujer la estaba radiografiando desde la suela de los zapatos hasta la punta de la cabeza. Y con algo de descaro. Se sintió incómoda, pero también pensó que tenía que revertir aquella situación. Pero Leire se adelantó.

—¿Qué es lo que quiere? Se lo conté todo a un compañero suyo —dijo con acritud—. No recuerdo su nombre, uno alto.

—Bueno, yo colaboro en el caso desde hace unas semanas. Me gustaría cotejar algunas cosas. ¿Nos podemos sentar? —agregó señalando el sofá.

La mujer asintió sin decir palabra.

—Serán las mismas cosas que le conté a su compañero al principio —insistió tomando asiento.

Jaione pensó que debía cambiar la estrategia y atacar la línea más profunda

de esa mujer si quería conseguir algo.

—Mi compañero murió hace unos meses —agregó lacónicamente.

La mujer levantó la cabeza con extrañeza.

—Era muy joven —apuntó.

—En un accidente de tráfico.

—Dios mío —exclamó—. Era muy guapo y se lo veía tan joven y vital. Qué puta es la vida. —Leire se levantó y se acercó a la ventana dejando sola a la oficial.

—Estuvo varias veces sentado en el mismo sitio donde se encuentra usted ahora —le dijo desde la distancia—. Fue muy amable. Era muy guapo.

—Kai, perdón, Arkaitz, se salió de la calzada.

—Es terrible.

La mujer volvió al sofá pero, esta vez, se acercó un poco más a la oficial. Su rictus pareció ablandarse después de haber oído la noticia.

—¿Qué quiere saber?

Hubo un momento de silencio, pero aquello sonó al pistoletazo de salida de una competición.

—¿Vive sola?

—Desde que me divorcié. Antes vivíamos juntos en un piso, no muy lejos de aquí. Teníamos dos pisos; el arreglo fue fácil.

—¿Cuánto tiempo estuvieron casados? —preguntó recordando que eso ya estaba en el informe de su compañero Kai.

—Cinco años y unos cuantos meses.

Jaione notó cómo sus palabras eran densas y cortantes. Pensó que la única solución era atacar más fuerte con una pregunta completamente fuera del límite de sus competencias. Se arriesgó.

—¿Nunca pensaron en tener hijos?

Leire hizo ademán de protestar, pero se contuvo porque estaba cómoda y no le importó contestar.

—Él no podía tenerlos y nunca pensamos en una solución alternativa.

—¿Se veían después del divorcio?

—Nos vimos un par de veces. Cuando estábamos juntos, él estaba siempre de restaurantes y apenas comía en casa. Después, siéntate a escribir los artículos y todo eso. Supongo que seguiría haciendo lo mismo. Yo tengo horario de tienda y el suyo era el de las comidas y las cenas. Ni siquiera los fines de semana coincidíamos. Igual por eso duramos tanto tiempo.

—Los días antes de la muerte de Ferni, ¿coincidieron en algún sitio?

—La última vez que lo vi fue casi tres meses antes de que lo asesinaran. Fue para una tontería de unos papeles que tenían que estar en esta casa, porque

en la suya no los había encontrado. Los del divorcio ya estaban firmados.

La ertzaina anotó algunas cosas en su libreta. El lápiz se deslizó con mimo por el papel.

—Hemos visto que, a veces, hay pequeños ramos de flores firmados por usted allí, donde ocurrió, en el cauce del río Araxes, ¿verdad?

Leire bajó la cabeza pensativa. Jaione notó que la mujer se estaba abriendo a ella sin oposición.

—Yo estaba muy enamorada de él. Es mi manera de agradecerle los años que pasamos juntos. Y eso que, al final, las broncas no eran intensas, pero sí frecuentes. Todo eso ahora lo veo de otra manera. A pesar de que ya no estábamos juntos, echo en falta su manera de hacer las cosas. Era una persona entrañable —contó Leire—. Y muy servicial. Una persona de la que te enamoras.

Jaione la miraba sin decir nada, atenta a cualquier detalle.

—Me pidieron que identificara el cadáver. No puedo olvidar esa visión. Cómo puede alguien hacer una cosa así. Es demoledor. Era una buena persona. Cuando murió, me volví a enamorar de él. Al final de nuestro matrimonio, discutíamos por nimiedades. Me imagino que como muchas de las parejas que se separan. No pienso dejar nunca que pesen menos en mi memoria las mil cosas buenas que hicimos juntos que la media docena de discusiones por tonterías.

Jaione estuvo unos segundos pensando en aquella frase tan bonita y romántica que acababa de decir Leire. «Me volví a enamorar...» Pero enseguida volvió a la carga.

—¿Usted cree que alguien de su entorno cercano podría tener algo que ver en su muerte?

—No sé. Mi marido se dedicaba a la crítica y eso mucha gente no lo entiende. La crítica es periodismo y es necesaria. Somos gente civilizada y nadie se tiene que molestar por eso. Forma parte de la libertad de expresión. Pero amiga, eso, en determinados momentos, se vuelve peligroso. Yo puedo decir en público que algo no me gusta, pero eso no debería ser la causa de que alguien haga lo que hicieron con Ferni. Jamás. El hombre ha tardado en llegar a ser civilizado miles y miles de años; sin embargo, hay quien todavía está muy lejos de percibirlo.

Jaione asintió en silencio.

—Porque, claro, cuando el asunto es positivo, estos cocinerillos bien que recortan los periódicos y los enseñan hasta la saciedad. Los enmarcan y los cuelgan en las paredes de sus restaurantes. Qué orgullosos posan cuando el viento sopla a su favor. «Qué bien se come en esta casa.» Si el titular del periódico es así, va enmarcado en una de las paredes del restaurante. No lo dude.

Los criticados juegan a un juego que solo les vale si ganan. No si pierden. Bien que se aprovechan de las cosas cuando salen como ellos quieren. Ponen cara de amigos de toda la vida. Pero si es negativa. Ay, amiga, cuando alguien oye las verdades que no le gustan, las cosas cambian mucho. No se paran a pensar que lo que un crítico les dice puede ser verdad. Eso ni siquiera se lo plantean un segundo. ¡Qué equivocados están! Nos pasa a todos, qué duro es que te digan las verdades.

Jaione se recostó levemente en el sofá y empezó a sentirse más cómoda. Había encontrado el camino.

—Y les dicen «tú cómo puedes decir eso, hacer una crítica tan mala, si no sabes ni freír un huevo». «Me arruinarás el negocio», «de mi restaurante viven no sé cuántas familias», «eres un malnacido» y cosas peores tuvo que oír a veces mi Ferni.

La mujer respiró hondo varias veces con las manos entrelazadas.

—Qué ignorantes —continuó—. ¿Acaso hay que ser director de cine o saber componer música para poder criticar una película o una canción? Claro que no. Pero es que aquí, por estas tierras, somos todos muy especiales. Muy viscerales. O queremos a muerte u odiamos a muerte. Las dos opciones, con la parca en medio. Ya ve. Todo, en esencia, es una competición para decidir quién es mejor que quién. Todo se reduce a que una persona haga de juez. Y mi marido lo hacía porque, ¿sabe usted?, Ferni era un profesional, sabía comer y sabía lo que era el arte. Usted tiene aspecto de saber lo que eso significa. Básicamente, mucho trabajo. Sí, ¡a veces es tan fácil criticar una crítica! Un simple «¡qué sabrá ese desgraciado!» vale para echar por tierra todo el arduo trabajo de un crítico.

La erztaina asintió con la cabeza dejándola continuar.

—Yo prefiero que la crítica la haga un profesional que sabe de qué habla. Es como debe ser. Ahora hay algunas guías, esas de viajes, cuyos comentarios los puede hacer cualquiera. O peor aún, en cualquier blog o en cualquier foro de internet, la gente dice unas sandeces hirientes sin saber nada de nada. Incluso llegan a ser vengativas. Es terrible el tono de desprecio de algunas de ellas. Pero ¿qué es eso?, por favor. Cualquier indocumentado opinando de algo de lo que igual no tiene ni idea. Son unos ignorantes que juegan a ser profesionales. ¿Qué valor tienen esas guías y esos comentarios? Se lo diré yo. Ninguno. Los críticos sí saben de lo que hablan. Mi marido conocía el mundo de los restaurantes muy a fondo. Antes de hacer una crítica mala se lo pensaba mucho y analizaba todo en profundidad. Claro, es tan fácil criticar la última película de Spielberg... La puedes poner por los suelos sin problemas. El director no te va a venir a amenazar a tu casa. Pero aquí, sí. Todo el mundo sabe quién ha escrito eso y

saben dónde vives. Una vez le dije que no firmara los artículos. Que solo hablara de los restaurantes. Que la crítica fuera anónima. Se ofendió y me dijo que eso nunca lo haría.

La ertzaina la miró para animarla a que siguiera hablando. La mujer cogió aire.

—Ferni seguro que recibió amenazas. Una vez se lo insinué, pero me dijo que eran tonterías sin importancia.

Jaione se dio cuenta de la fuerza y la convicción de ella.

—¿No le dijo nada más sobre las amenazas?

La mujer negó con la cabeza

—Ni media palabra más. No quiso preocuparme, estoy segura. Mi Ferni era una buena persona —repitió—. El corto espacio de tiempo que pasó desde que nos divorciamos, me di cuenta de ello. Ahora le llevo flores a ese hermoso lugar del río Araxes porque la primera vez que estuvimos juntos comiendo, volvimos por esa carretera. Cuando me pidió que me casara con él, volvíamos de Pamplona por esa misma carretera, de hacer una crítica de un restaurante. Es un lugar mágico. La senda que bordea la carretera desprende tranquilidad. Ahora me cuesta apreciar esa belleza, aunque sé que la tiene.

Pareció que a la mujer se le cortaba la voz. La oficial se incorporó sobre su asiento y le extendió la mano, pero no llegó a tocársela.

—Tómese su tiempo —le dijo la policía—. Tranquila.

Leire tragó saliva y respiró hondo dos veces seguidas.

—Era mujeriego, ya sé. Pero no tanto como cuentan y además eso a mí no me importaba. Sabía todas sus historias. A veces hasta él mismo me las contaba. La gente le da demasiada importancia al sexo. Yo no. Si a mí me quieren, es suficiente. Me da igual lo que haga cuando no está conmigo. Y a mí, Ferni, me quería. Me lo demostraba muchas veces. Después, el amor se apagó —agregó con la voz entrecortada.

Jaione anotó mentalmente las últimas frases.

—¿Por qué se divorciaron?

—No lo sé muy bien. Fue idea suya. Cuando una persona te pide divorciarse, tú no puedes negárselo. El amor por obligación, la convivencia por decreto... eso sí que no funciona. Un día vino muy serio y me lo dijo. Empezó a hablar de cosas raras y me dijo que deberíamos estar cada uno por su lado. Llevaba ya unas semanas muy melancólico y hablando de la muerte con frecuencia. Yo no le di importancia. Ahora siento que fue una premonición. Tal vez se sentía amenazado y no me quiso decir nada. Igual fue una declaración más de su amor, el hecho de separarse de mí. Para que no me preocupara. Sentirse amenazado es un sinvivir. Estar prisionero de tu propia casa.

Condenado sin juicio. Y la amenaza es un sentirte vigilado todas las horas del día, desconfiar de todos. Una pesadilla en vida. Un no poder respirar. No se la deseo a nadie.

—Entonces, ¿usted está convencida de que alguien le podía haber amenazado?

—No lo sé. Es evidente que alguien estaba tras él. Sus amigos de la cuadrilla, igual.

La policía levantó la mirada con perplejidad.

—¿Por qué cree usted eso?

—Son muy especiales y se veían con frecuencia. Tuvimos alguna bronca por ello.

—¿Pero tiene usted algún dato que no sepamos?, ¿alguna amenaza, alguna anécdota que les haga ser sospechosos?

—No.

—¿Entonces?

—Solo un pálpito.

—¿Solo eso?

Leire asintió con la cabeza.

Jaione pensó en atacar más de frente abriendo la libreta.

—Si no tengo mal mis anotaciones, eran cinco amigos.

—Sí, pero el raro es el profesor que trabaja en el FUD —contestó Leire a bocajarro.

—Tendrá que darme más datos si los tiene. Dese cuenta de que, si nos ayuda, podremos resolver el caso y su marido, su ex, podrá tener justicia —dijo Jaione con extrema seriedad.

—Es solo una intuición —repitió—. Lo conozco bien. Estuvo saliendo durante una temporada con una empleada mía. Un tipo poco deseable. De los que va mendigando el amor. No hay nada más patético. De los que parece que, en vez de pedir, da. A veces venía acompañado por el tipo ese de la sidrería.

—¿Pasó algo en especial para decir lo que está diciendo?

—No. Estuvo saliendo con mi empleada, Bea. Hasta que ella se cansó. Era un baboso que suplicaba amor y que se obsesionó con ella, pero como Bea es una buenaza...

La ertzaina resopló por dentro sin dejar de mirarla. Insistió en la misma dirección, y Leire siguió contestando, pero con monosílabos. Al final, desistió. La línea entre las dos mujeres pareció haberse desconectado. Jaione anotó varias cosas más en su agenda. Después, levantó la vista y dejó que la mujer se desahogara contando alguna anécdota más sin importancia. El viento suave cerró de un pequeño golpe la ventana entreabierta del mirador, lo que dio por

concluida la conversación.

Se despidieron dándose la mano. Jaione Egia llegó a la calle y se montó en su moto. Bajó despacio la visera de su casco y arrancó. El recorrido hasta la comisaría se le hizo muy corto. Sus pensamientos, muy largos.

No fue necesario que el despertador sonara. El sacerdote llevaba sin dormir toda la noche en un insólito ejercicio de frialdad. Las horas habían pasado como si hubieran durado más de cien minutos cada una. Esa fue su sensación cuando por fin se decidió a incorporarse del lecho: un duermevela muy largo.

Se vistió y se asomó al balcón de su pequeño apartamento. Desde allí se podían divisar las luces encendidas de la iglesia de San Vicente, que desafiaban un día anodino que se iba a transformar, por momentos, en uno muy complicado. Ese color anaranjado sobre la fachada daba calor a una noche que carecía de ello. Desde el mismo lugar, rezó dos oraciones sin dejar de mirar hacia su lugar de trabajo. Recogió todo lo que le pareció necesario. Los óleos de extremaunción.

Respiró profundamente y bajó las escaleras hasta la calle desierta, que empezaba a ser poblada, con timidez, por algunas escasas personas madrugadoras. Miró el reloj. Las siete en punto. Anduvo durante diez minutos hasta llegar a casa de su madre, en pleno barrio de Gros. La calle Peña y Goñi, peatonal, seguía dormida. El amanecer se hacía de rogar.

No quiso coger el ascensor. Subió con lentitud por las escaleras, tal vez intentando retrasar el momento. El corazón se le aceleró en una mezcla de esfuerzo y nerviosismo. Sacó las llaves y el cerrojo cedió sin ofrecer resistencia. La claridad al final del pasillo lo avisó de que Estefanía estaba levantada. Avanzó hasta la esquina y se dio cuenta de que la luz provenía del baño. Escuchó una voz muy tenue que procedía de él.

—Padre, ¿es usted?

—Sí. Buenos días, Estefanía.

—Ahora salgo —contestó la joven.

Daniel Garrido avanzó un poco más y se asomó a la habitación de su madre. La oscuridad y el silencio reinaban ajenos a todo. Vio la figura de ella, muy tapada y en la misma postura en que la había dejado ayer. Eso le dio tranquilidad, y pensó que su inesperado plan había salido como debía. No sintió dolor, solo tranquilidad al verla descansar en paz. Estaba tan absorto en sus propias tinieblas que no oyó a la joven venir por detrás.

—Iba a despertarla para cambiarla.

—No, no, lo haré yo. Lo he hecho muchas veces. Tú vete a clase, que vas a llegar tarde.

—¿De verdad? Lo hago en un santiamén. Los pañales están aquí.

—No te preocupes. Yo me encargo.

—Ha pasado una noche muy tranquila. No me he tenido que levantar. Bueno, la verdad es que en los últimos dos meses no he tenido que hacerlo nunca. Duerme todo el día y toda la noche. No se entera de nada —agregó la joven con cara de pena—. Bueno, el otro día me pareció como que me entendía algo de lo que le decía. Insistí en hablarle durante un rato, pero al final, lo dejé. Pensé que, simplemente, no me estaba oyendo.

El sacerdote le sonrió con cara de circunstancias. La joven se metió en la habitación contigua y salió con el abrigo puesto y con su bolso, donde llevaba el portátil de la universidad.

—Mañana tengo examen —dijo señalándolo—, y esta noche he avanzado mucho —sonrió Estefanía desde sus veinte años.

El sacerdote la vio desplazarse por el pasillo, con su figura delgada y su melena recogida, mientras él, detrás de ella, la acompañaba a la puerta.

—¿Has desayunado?

—Sí. He tomado un par de magdalenas de las que tenía usted en el tarro grande y un vaso de Nesquik. Qué ricas son. Saben a vainilla. Si miras de cerca, se pueden ver los puntitos pequeños de vainilla. Es que, además, son muy ligeras. No soporto las pesadas. Mi madre también hace, pero no le salen tan ricas. ¿Las hace usted?, me tiene que dar la receta.

—No, no, yo sé cocinar muy poquito. Me las trae Sergio, un amigo de toda la vida que trabaja en el FUD. Es profesor de repostería y es un genio. De vez en cuando, me guarda algunas.

Estefanía bajó en el ascensor y el sacerdote esperó a que desapareciera. Cerró la puerta de la calle y volvió a la habitación de su madre. Encendió la luz y la claridad se hizo en la mente del sacerdote. El olor a cerrado del habitáculo era más acentuado aquella mañana. El cadáver blanquecino de su madre fue un bofetón de realidad que lo hizo reaccionar cuando le apartó la manta que le cubría la barbilla. La besó en la frente, que estaba muy fría. Pero no pudo retener las lágrimas al ver su cuerpo, casi totalmente tapado por un camisón rosa y blanco. Lloró amargamente sentado de refilón sobre el lecho de muerte amable de su madre. Estuvo un buen rato con el pañuelo tapándole el rostro. Notó su alma destrozada.

—Ya está. Descansa, *ama*.

Volvió a mirar la hora. Era el momento de empezar a actuar. Cogió el teléfono y llamó. Su interlocutor contestó enseguida. Las palabras que se

cruzaron fueron escuetas y con muchos monosílabos. Cuando colgó, el sacerdote se secó los restos de lágrimas de la cara y se acercó a la cocina. Sacó el tarro de las magdalenas y comió una distraídamente; aquel sabor tan acentuado hizo que su dolor se detuviera momentáneamente. Le produjo el placer justo para poder trasladarse a dentro de tres días, cuando todo hubiera acabado. Entierro, funeral, condolencias, pésames y lágrimas de todo tipo.

Durante la media hora siguiente, miró el amanecer de su nueva vida por el ventanal. Era el primer día que vivía sin su madre desde que nació. El sonido agudo del interfono atravesó sus pensamientos con aspereza. Su amigo el médico requirió que le abriera la puerta. «Comienza el espectáculo», pensó.

—Estuve hablando con la viuda de Ferni, Leire —le dijo Jaione a su jefe—. Me aportó datos que tengo que ordenar. En principio, nada reseñable. Igual, después de repasarlos, te digo algo distinto. Podría ser. Dame unos días... Bueno, sí, dijo algo que me llamó la atención.

Vicente frunció el ceño.

—Se permitió el lujo de decir que uno de los amigos de Ferni igual estaba implicado.

—También se lo dijo a Kai. El profesor, ¿no?

—Sí.

—Bueno, yo he estado hablando con el tal Sergio y, en principio, no tengo nada contra él. Una persona que no me pareció nada en especial. Muy retraído y un poco huraño, pero nada más.

—No hay que olvidarlo. Por ahora no tenemos nada que nos lo sitúe de sospechoso, ¿no?

—No, tiene una coartada sólida con dos personas más en la misma hora en que sucedió el asesinato de Ferni.

Jaione anotó el dato. Vicente asintió con la cabeza e intentó avanzar en el asunto.

—Pero, sí, tienes razón —contestó taxativamente su jefe—. Y el asunto de la testigo que supuestamente vio el coche, ¿cómo va?

—Bien, he estado hablando con ella y vive en Navarra, en un pueblo muy pequeño que está un poco apartado del cauce del río Araxes, donde se encontró a Ferni —dijo Jaione—. A poco más de tres kilómetros de la carretera. Está en la falda del Irumugarrieta.

—Sí, eso ya lo sabíamos. El pueblo se llama Errazkin. De hecho, ella iba a su casa cuando se cruzó con el famoso coche blanco —contestó Vicente mientras jugueteaba con un libro pequeño que tenía entre las manos.

—Es una persona mayor y ayer estuve un buen rato al teléfono con ella. Voy a la tarde a verla a su casa. Creo, analizando lo que me contó, que es una persona que puede darnos juego. Parece dócil y su tono de voz es muy amable. Puede que tengas razón y nos ayude.

—No será fácil, pero que hayáis quedado en su casa ya nos dice que tiene

predisposición a que podamos ahondar en el caso. No le habrás hablado de la hipnosis, ¿verdad?

—No, no —contestó la mujer—. Le he hablado de una sesión de relajación intensa que ayuda a la memoria. Y, en realidad, no le he mentado, es así. La hipnosis como la presentan en las películas no es más que una patraña. Existen personas más sugestionables que otras. Eso es verdad. Y, esa sugestión, la podemos utilizar en este caso a que ella profundice en su memoria. No es nada más que un problema de memoria, en este caso visual. También podría ser sonora u olfativa. Vete tú a saber. Lo que nos pueda decir la buena señora no es más que un pequeño y delicado hilo del que poder tirar. Además, es lo único que tenemos. Después de revisar el historial del caso, es así. No tenemos ni arma del crimen ni, sobre todo, móvil aparente. Las declaraciones de todos confirman que Ferdinand Cubillo era una persona bastante normal. Con sus cosas, como todos. Pero no como para llegar al extremo de acabar así. Es evidente que no lo conocemos todo.

—Se nos ha pasado algo —interrumpió Vicente, que seguía jugueteando con la guía de Ferni entre las manos.

—También me gustaría hablar con Virgilio, el cocinero, el de la crítica tan mala.

—Yo lo hice —respondió el subcomisario—. Si crees que se me puede haber escapado algo, adelante.

—No lo descarto —respondió la mujer.

La mirada de Jaione, con el pelo recogido y tensado sobre la frente, era delicada. No aparentaba ser policía. Por fuera, a pesar de ser cinturón negro tercer *dan*, engañaba. Pero bajo su uniforme se escondía un cuerpo más musculoso de lo que podía imaginarse, pensó Vicente. De tantas veces como los había escuchado a lo largo del último año, los detalles del asesinato de Ferni empezaban a cansarlo. Los conocía de memoria. Aquello no duró ni un segundo. Su pragmatismo lo devolvió a la realidad con rapidez.

La mujer terminó de relatar datos sobre el caso mientras Vicente no dejaba de jugar con el libro sobre la hipnosis que había conseguido a través de la librería de su hijo Alberto y oía, pero no escuchaba, lo que no dejaba de ser para él una voz en *off* a la que no prestaba atención. Llegó a pensar en lo cabrona que era la suerte... «Si el cadáver hubiera aparecido apenas tres metros más allá, serían los de la Policía Foral los que tendrían el muerto en sus archivos... y quién sabe si el caso ya resuelto. Es como la bola que, por pocos centímetros, cae a un lado o a otro de la red.»

A un policía como él no le gustó ese pensamiento de derrota. Era lo más bajo que había caído en el caso de Ferni. Se persuadió de que hasta ahí había

llegado la cosa. Iba a pasar algo y sería en breve, «hoy mismo, tal vez», pensó. Fue un aire de esperanza sin una base fundada, pero de una convicción muy profunda. «A veces funciona», pensó mientras oía la voz muda de su ayudante aportando detalles que conocía a la perfección.

El subcomisario se imaginó que, en realidad, su compañera, Jaione Egia, ya había recorrido el cauce del maldito río Araxes y había llegado a casa de Conchi.

Olía a hierba recién segada. Jaione Egia apagó el motor de su Yamaha; se agradeció el silencio. El sonido ronco de la moto dejó paso a la calma del pequeño pueblo de Errazkin en Navarra. Apenas ochenta habitantes censados, recordó haber leído en internet antes de ir. Varios caseríos y casas solariegas componían la calle principal, a la sombra del monte Irumugarrieta. Miró de reojo el antirrobo amarillo anclado en el reposapiés trasero. Rehusó ponérselo al disco de freno. Se quitó el casco y lo dejó atado a la parte posterior del asiento trasero. Se atusó el pelo y transformó su braga, subiéndola desde el cuello hasta la cabeza, en una improvisada cinta para el pelo. Guardó la llave de contacto en el bolsillo de la chupa, reforzada en hombros y codos, mientras se bajaba la cremallera y dejaba ver su grueso jersey de color granate de cuello alto. Se ajustó la mochila y se acercó a la puerta del caserío. Vio a un hombre al fondo que retiraba malas hierbas de una huerta cercana y lo relacionó con el olor del principio. Volvió la cabeza a derecha e izquierda y tuvo la sensación de ser observada, un pálpito habitual cuando llegas a un sitio así. Atravesó el camino hasta la puerta de gruesa madera maciza que daba entrada al hermoso caserío.

El olor de la hierba recién segada se cruzó con el que provenía de la huerta. Antes de llamar a la puerta, observó lo bien cuidada que estaba. Hizo ademán de llamar, pero en ese mismo momento se abrió la puerta. La mujer apareció delante de ella.

Vestía una camisa de cuadros más parecida a un abrigo y un pantalón con algún resto de barro. Su pelo era corto, algo cano y estaba recogido por una cinta gruesa de color marrón. Su estatura pequeña y su mirada entre dulce y risueña daban a su figura una expresión de sinceridad entrañable. Se quitó las gafas que llevaba puestas y la interrogó con los ojos y media sonrisa.

—Buenas tardes, usted...

—Soy Jaione, oficial instructor de la Ertzaintza de San Sebastián. Usted es Conchi, ¿verdad?

—Conchi Iruzubieta —interrumpió ella secándose las manos con un trapo que traía agarrado por una punta—. La estaba esperando —añadió.

Ambas mujeres se dieron la mano.

—Pase, por favor, pase. Perdona mi aspecto, estaba terminando de trabajar.

—No se preocupe.

La sala principal se abrió ante ella. Había una chimenea al fondo y una gruesa columna de madera en medio. Varias cajas de verdura vacías se apilaban a un lado. El olor imperante era parecido al de una tienda de frutas y verduras. Algo más fuerte. Con toda seguridad, provenía de la ventana trasera abierta que daba a la parte posterior del caserío, desde la cual se podían divisar una docena de gallinas correteando por el corral. Conchi se dio cuenta de la dirección de su mirada.

—Cuando mi marido vivía teníamos vacas también, pero yo ya no podía ocuparme de ellas. Ahora, con las gallinas, me arreglo mejor. Y no me dan tanto trabajo. No es lo mismo recoger huevos que ordeñar todos los días media docena de vacas.

La policía sonrió sin dejar de observar el entorno.

—Si no le importa, voy a cambiarme de ropa, que acabo de llegar de ordenar un poco la huerta —repitió—. Tengo ya los guisantes preparados para recogerlos. Calculo que para el mes que viene estarán listos. Creo que vienen muy bien este año y, con el precio que han cogido, desde que los pusieron de moda en los restaurantes, he ampliado la zona de cultivo. Bueno, en realidad siempre han sido muy apreciados, y ahora más. Son rentables. También tengo tomates, que los acabo de plantar. Para agosto, si hace buen tiempo, los podré recoger. En esta zona me salen feos y arrugados pero muy sabrosos. Son semillas auténticas de aquí y me funcionan muy bien. Y también tengo guindillas para el verano. Ya sabe, estamos en primavera, la estación del despertar —dijo mientras se alejaba escaleras arriba—. ¿Le apetece un café, oficial?

—No, no, gracias, no se preocupe.

—Lo digo porque yo me voy a tomar uno —se oyó desde la lejanía del piso superior.

—De acuerdo, tomaré uno —contestó, alzando la voz, la oficial; a pesar de que solo le gustaba su aroma, pensaba que para conseguir algo de esta mujer era primordial lograr un ambiente distendido y agradable.

La ertzaina observó dos fotografías sobre una cómoda. Una de un hombre grande y corpulento sujetando una vaca por el cuello. Sonreía en un día muy luminoso. La otra fotografía era de una mujer muy joven rodeando con los brazos al que parecía el mismo individuo de la anterior. Se los veía en la entrada de la casa, y también había mucha luz.

—Son mi marido y mi hija —dijo mientras bajaba las escaleras—. Mi hija trabaja en Madrid, es farmacéutica, y en esa foto está guapísima.

Jaione se alejó de la cómoda y observó como la mujer bajaba las escaleras

con un aspecto arreglado. Una camisa rosa rodeaba su escueto cuerpo acompañada de un pantalón negro. Se había quitado la cinta del pelo y su cara reflejaba su edad, pero a la vez mucha fuerza interior. Desapareció en la cocina y, al rato, volvió con dos tazas blancas de café.

—Siéntese, por favor —le conminó con educación mientras le ofrecía la bebida.

La policía miró la taza, muy blanca, y su interior, tan negro, y aquello le pareció un buen presagio del motivo de su visita. Tenía que descubrir algo blanco que había rodeado a algo negro. Los colores antagónicos de los dos coches protagonistas del caso parecieron guiñarle un ojo en sus pensamientos.

Las dos mujeres se miraron desde los dos pequeños sofás enfrentados. La policía bebió un sorbo disipando antes el vapor que salía de su taza. Notó un extremo calor que casi le quema la lengua.

—A mí me gusta muy caliente —dijo Conchi mientras observaba cómo la visitante soplabla sobre la superficie—. ¿Quiere que le cambie la taza?

—No, no se preocupe, está bien, a mí también me gusta así. Tiene un caserío muy bonito —comenzó la policía notando a la vez una comodidad que la estaba envolviendo y hacía que se sintiera bien.

—Sí, era de mi marido, pero ahora no tengo a nadie que quiera estar aquí cuando yo ya no esté, y eso me entristece. Es demasiado grande para mi sola. Mi hija tiene trabajo y marido, allí en la capital, y se la ve muy feliz. Vienen siempre por Navidades. Igual mis nietos quieran venir algún día, y eso en caso de que mi hija en algún momento se decida a hacerme abuela. Y por ahora ni intención tiene —rio la mujer—. El tiempo es inexorable, ¿verdad? —añadió—. Todo cambia a nuestro alrededor porque nosotros también cambiamos. Yo hace unos años compartía mi vida con mi marido. Él murió y la soledad es ahora mi única compañía. Todo cambia. Hace unos años, por ejemplo, no hubiera imaginado una mujer policía y menos tan guapa como usted. Tiene un aire a mi hija.

—¿Usted está casada? —preguntó la mujer; pero ella misma se contestó—. Lo siento, lo siento. Por un momento he olvidado quién es usted.

La ertzaina esperaba preguntas parecidas y había sopesado que la entrevista iba a ser algo muy especial, así que había decidido de antemano que tampoco importaba mucho la contestación. Jaione se había concienciado de que iba a tener que dar para recibir. Que esto era algo fuera de lo normal y lo tenía que hacer. Le vinieron a la cabeza la imagen de su jefe, el subcomisario Vicente, y la frase que le dijo al marcharse de la oficina, que se le había quedado grabada y volvió a aflorar: «Consigue como te dé la gana que esa mujer te diga algo, por poco que sea.»

Por un momento se olvidó de que era policía. No le importó contar algo de su vida privada.

—No se preocupe, no importa. Sí lo estoy, y además tengo un niño de dos años; rubito, y eso que su padre es moreno.

La mujer se incorporó en el sofá al ver la química que se estaba formando.

—Uy, esa edad es maravillosa, me acuerdo de mi hija como si fuera ayer. La mía ya había empezado a hablar y le gustaba corretear por la huerta diciendo palabras sin sentido que había aprendido.

Jaione sonrió. Las dos mujeres fueron rompiendo el hielo durante cinco minutos más hasta que la policía entró en materia.

—¿Usted se encuentra a gusto aquí, en esta sala? ¿Es el lugar preferido de su casa?

Conchi tardó en contestar un poco sorprendida por la pregunta.

—Sí, esta es mi casa —dijo con naturalidad—. Desde que me casé, he vivido en ella y ella me da cobijo y también trabajo para sobrevivir —añadió señalando la huerta—. Es mi pequeño mundo. Y en ella voy a morir, eso lo sé seguro. Cada rincón es para mí un compañero inseparable.

—Sí, claro, pero me refiero a algún sitio en especial donde igual pasa más horas, o no sé, quizá...

—Sí —interrumpió.

Jaione la miró complacida al haber sentido que había acertado en sus suposiciones.

—Tengo una salita al lado de mi dormitorio, en el piso de arriba, donde pasaba horas cosiendo y desde donde se ve todo el monte de al lado. Ese es mi sitio preferido. El más íntimo. Ahí nació mi hija.

La policía se sorprendió ante la respuesta y la miró interrogante, pero al mismo tiempo le gustó.

—¿No fue a un hospital?

—No, no, preferí hacerlo aquí. Ese lugar me da buenas vibraciones. Y no me equivoqué —dijo señalando la foto—. Mire qué guapa y lista resultó. Eso que cuando se lo conté a mi marido tuve pelotera, pero luego lo entendió. Él fue siempre una persona que me entendió. Un hospital no era el sitio para hacerlo. El lugar era este. Lo hablé con mi amiga comadrona, Carmen, y ella me apoyó con su presencia a pesar de no estar convencida.

—¿Preferiría estar allí o está a gusto aquí? —preguntó la policía.

La mujer tardó unos segundos en contestar, y lo hizo con seguridad.

—Si tiene que salir algo, será desde allí; eso lo sé, seguro —dijo señalando el piso superior.

Jaione la miró a los ojos y sonrió.

—Pues cuando esté lista, subimos y vemos qué puede recordar, ¿qué le parece?

La mujer asintió con la cabeza, sorbió lo que le quedaba de café y la conminó a subir. Mientras subían por la escalera, la policía notó que el *feeling* con la mujer era bueno y pensó que igual podría sacar algo en claro. «Un lugar que genera vida puede ayudar a esclarecer una muerte», pensó mientras llegaba a la parte superior de la vivienda. Ambas mujeres recorrieron un pasillo corto y enseguida accedieron al lugar. Era una habitación pequeña con un sofá de dos piezas y un televisor antiguo en un lado. La ventana con cortinas ocultaba la claridad del monte, pero la vista se intuía preciosa.

La dueña corrió los visillos y la luz del atardecer entró iluminando la estancia con delicadeza.

—No me extraña que sea su sitio preferido —dijo la policía.

—¿Le gusta? Aquí, a veces, me suelo echar la siesta si tengo tiempo —contestó señalando el sofá.

«Perfecto», pensó Jaione.

Conchi se sentó en medio del sofá y apartó algunos cojines. La ertzaina acercó una silla y se sentó cerca de ella, pero manteniendo a la vez cierta distancia que la hiciera controlar la situación.

—He leído cosas sobre la hipnosis —dijo Conchi de repente con cierta cara de preocupación—. En algunos sitios dicen que te puedes quedar colgado en el trance. Y en otros que...

—No —contestó Jaione con seriedad—, eso es mentira, y aquí no vamos a hacer nada relacionado con la hipnosis. Yo nunca le he hablado de esa palabra. Hay que tener cuidado con las informaciones que circulan por ahí. Muchas son mentiras. Esté tranquila, de verdad, porque nada de eso va a suceder. Se lo garantizo. Nadie se queda colgado. Solo vamos a volar en el tiempo y rebuscar en sus recuerdos por si pudiéramos encontrar algo nuevo que nos interese. Para eso necesito mucha relajación. Un relax absoluto y que usted se encuentre cómoda conmigo.

—Lo estoy. De verdad que lo estoy.

—Perfecto, qué le parece si se tumba como cuando se echa la siesta, ¿le parece?

—Bien, suelo usar esta manta pequeña para no enfriarme y ese cojín con dibujos de almohada.

—Bien. Como usted se encuentre más cómoda —insistió la ertzaina.

La mujer se tumbó en el sofá y se tapó con la manta. Jaione acercó un poquito más la silla hasta su cabecera. Notó la calefacción del radiador más cerca y eso la hizo sentirse aún más comfortable. Sacó de su mochila un cuaderno

de notas y un lápiz. Ambas mujeres se cruzaron una última mirada. La policía le sonrió y Conchi le devolvió la sonrisa. Jaione olvidó por completo la tercera persona y comenzó a tutearla.

—Conchi, escúchame bien, vas a coger aire por la nariz despacio y lo vas a expulsar por la boca lentamente.

—Vale.

—Y lo vas a repetir varias veces.

—De acuerdo.

El sonido del aire expirado invadió la habitación con más intensidad e importancia que ningún otro. Incluso el ulular de las ramas exteriores bajó de intensidad esperando, sin saberlo, algo importante. Durante más de un minuto se repitió la secuencia.

—Ahora cierra los ojos, por favor. Será como un juego. Nos lo vamos a pasar bien. Como tantas veces lo has hecho antes, vámonos a la carretera del río Araxes —dijo con una voz muy sugerente y persuasiva.

Los párpados de la mujer se abatieron sumisos.

El sacerdote abrió la puerta con el interfono y esperó en el descansillo de la puerta de la casa de su madre. Notó como se le aceleraba el corazón al oír como el ascensor subía hasta el cuarto piso. Respiró hondo varias veces y esperó delante de la misma puerta.

—Buenos días, Isaías.

—Buenos días, padre Daniel. —Ambos se abrazaron con sinceridad.

—He venido en cuanto he podido. Hay un tráfico horrible y aparcar en Gros es imposible. He metido el coche en el *parking*.

—No te preocupes. No hay prisa.

Las miradas de los dos hombres se cruzaron con extrema seriedad. Ambos avanzaron por el pasillo tras cerrar la puerta de la calle.

—Está en su habitación, ¿verdad? —preguntó el médico.

—Sí.

Las luces estaban encendidas y la habitación olía a una mezcla de perfume y muerte. El doctor se acercó al cadáver de su madre y comenzó a mirarlo con detenimiento. Al cabo de unos instantes, el doctor se volvió hacia su amigo con cara de circunstancias.

—No creo que haya nada que hacer —dijo mirando al sacerdote mientras comenzaba a retirar por completo las sábanas y mantas que la cubrían.

—Lleva ya muerta unas horas. El color de su tez lo delata, y está fría —dijo mientras no hacía nada más que mirar el cadáver por todos los ángulos. Se acercó a su cara y notó la frialdad del cadáver. Tocó la frente de la anciana con la palma de la mano.

—No puedo hacer nada que no sea certificar su muerte —dijo el médico.

—Eso era lo único que quería que hicieses —contestó Daniel.

—Es increíble cómo se había deteriorado últimamente. Hace poco más de un año estuvimos paseando con ella por la escollera del mar, ¿te acuerdas? Con la chica que la cuidaba, ¿cómo se llama?

—Estefanía.

—Sí, esa. La agarraba del brazo. Había empezado a cuidarla. Y a ella se la veía contenta.

El sacerdote afirmó con la cabeza.

—Lo siento, Daniel. No puedo hacer otra cosa. Te doy mi más sincero pésame.

Él no contestó, solo agachó la cabeza. El médico sacó unos papeles de su maletín y comenzó a rellenar el parte de defunción.

—Pondré que la muerte se produjo a primera hora del día de hoy. Hacia las doce.

El sacerdote levantó la cabeza más rápido de lo que hubiese deseado.

—Tú has dormido hoy aquí, ¿no? ¿No has oído nada durante la noche?

—No, no, yo ayer tenía cena y estuve en la sociedad con los amigos hasta tarde.

—Pero no estaría sola... habría alguien en la casa, ¿no?

—Sí, claro, estaba con la de siempre, con Estefanía. Hace un par de horas que se ha marchado.

—¿Ella no sabe nada?

—Nada, esto ha sido cuando yo he llegado; iba a cambiarla y a curarle las llagas de la espalda y la he notado muy fría.

—Pues por lo visto creo que lleva toda la noche muerta. No se habrá enterado de nada. La sensación habrá sido que se quedaba dormida.

—Eso espero —contestó el cura.

El médico comenzó a rellenar el parte de defunción.

—¿Quieres que llame yo a los de la funeraria? ¿Te encuentras bien? ¿Quieres que te dé alguna pastilla?

—No, tranquilo, estoy bien.

—Tu madre fue una persona buena y ha vivido hasta una edad muy por encima de la media —dijo el médico tapando con cuidado la mitad del cadáver de la mujer.

El sacerdote se quedó mirando desde la puerta cómo procedía el médico, pero cuando este llegó a la altura de la cabeza se detuvo. Daniel observó como Isaías miraba con extremo detenimiento la cabeza de la anciana acercándose a su cara hasta casi tocarla. Se bajó las gafas y utilizó la mirada de lupa de los miopes. Tocó la nariz de la anciana con suma delicadeza y la movió de un lado para otro.

El silencio se podía palpar en la densidad de aquella atmósfera detenida en el tiempo.

El cuerpo del propio médico dificultaba la visión de lo que estaba haciendo exactamente sobre la cabeza del cadáver y eso hizo que Daniel se acercara por detrás. Pero, en ese mismo momento, Isaías tapó por completo con las sábanas todo el cadáver. Se dio media vuelta y se dirigió al lavabo. Sin cerrar la puerta, comenzó a lavarse las manos con abundante jabón. El sacerdote apareció por el

alféizar de la puerta cuando se aclaraba y le ofreció una toalla. Ambos se miraron con seriedad.

—¿Ocurre algo?

—Nada —contestó el médico.

Comenzó a secarse las manos frotándoselas con la toalla.

—Tenía briznas de pelusa en la lengua. Me ha parecido que eran de la almohada rosa que tenía al lado.

El silencio y las miradas entre los dos se volvieron muy densos.

—Tendría que mirarlo con detenimiento, y probablemente sin una radiografía no lo sabríamos seguro, pero, con mi experiencia, apostaría mi carrera de medicina a que tiene el tabique nasal roto.

Se oyó un claxon desde la calle, agudo e irreverente para el momento. El médico preguntó sabiendo la respuesta.

—¿Quién ha pasado la noche aquí? ¿La chavala de siempre?

—Sí, Estefanía.

—La carretera del Araxes la hago casi todos los días —contó Conchi tumbada en su sofá preferido. Con los ojos cerrados, y extremadamente relajada, su tono de voz parecía un susurro.

La policía Jaione no perdía ripo de sus palabras.

—A veces pienso que el coche circula solo —continuó—. Cada día llevo al mercado de Tolosa puerros, y también zanahorias y patatas. En invierno, coliflores y berzas. A veces, acelgas y lechugas. En verano, guindillas y pimientos verdes. De todo siempre muy poco. Mi huerta es pequeña pero es mi vida, y la gente del mercado lo sabe apreciar. No abono mi huerta si no es con estiércol, y lo que da es por puro mérito de la propia tierra. Y si no da cosecha, no pasa nada, mi marido me dejó muy bien de dinero. Apenas tengo necesidades aparte de mi pequeño orgullo de hacer las cosas como aprendí de él. Selecciono lo mejor y lo que no está tan bonito me lo preparo yo para la comida del día siguiente. Pero a veces ni siquiera eso. Es tan difícil cocinar para uno solo.

Jaione escuchaba con atención, con el lápiz rozando con sigilo el papel y apuntando cosas que en principio no parecían relevantes. Extremó su capacidad de escucha del relato de la mujer.

—Me conozco cada curva del trazado, cada recta, cada bache. Sé dónde la pintura está saltada por el paso de los coches. Formo parte de esa tierra. Sé dónde puedo ir un poco más rápido y dónde tengo que bajar de velocidad porque a veces hay ovejas cruzadas en la calzada. Me sé de memoria cada esquina del río y sé dónde se asoma formando pequeñas cascadas, sobre todo cuando vengo de vuelta a casa y la visión por mi lado es más cercana. Conozco dónde, cuando llueve mucho, se forman torrenceras y dónde estas atraviesan la calzada con brusquedad. No dudo en entrar con cuidado en los dos túneles que tengo que atravesar porque el suelo está mojado incluso en verano. Al atravesar Lizartza tengo que ir muy despacio y muchas veces saludo a los jubilados del bar José Mari, que suelen estar sentados al solecito cuando este se digna en salir. Me son familiares cada uno de los árboles que jalonan la carretera. También noto el cambio de asfalto cuando cruzo la muga entre Guipúzcoa y Navarra. Lo he hecho millones de veces. Antes, cuando iba con mi marido, me fijaba más en el paisaje; pero desde que él murió tengo que conducir sola y me fijo solo en el

asfalto.

Cuando terminó de hablar, abrió los ojos y miró por primera vez a la ertzaina.

—No, no abras los ojos, por favor, vuelve a cerrarlos —le pidió con una gran sonrisa.

Ella se disculpó y devolvió la oscuridad a su interior.

—Vamos a imaginarnos que hemos terminado de vender en el mercado de Tolosa y vuelves desde allí —dijo la ertzaina—. Deja volar tu imaginación y trasládate fuera, a esa carretera que tan bien conoces. No hoy, sino la tarde del 27 de febrero del año pasado. Sé que no va a ser fácil, pero vamos a viajar tú y yo en esa pequeña furgoneta donde llevas las cajas de verdura de vuelta aquí, a tu casa. Vas a conducir tú y yo voy a estar a tu lado, de copiloto. Relájate y déjate llevar —le conminó con el tono de voz más sugerente que Jaione supo poner—. Fue hace más de un año, pero imagínate que fue ayer. Sobre todo, no abras los ojos. Lo que estás viendo en este momento es el coche ya cargado con las cajas vacías ordenadas en la parte posterior de la furgo. Métete en él. Ya estamos dentro. Acabamos de cerrar las puertas. Estás lista, ¿verdad?

Conchi no contestó.

—¿Quieres arrancar el coche? —preguntó la ertzaina sin dejar de mirar el cuerpo tumbado de la mujer en el sofá.

No respondió. Jaione pensó que iba a ser muy difícil conseguir algo de ella. Pero se estaba equivocando. El sonido de su respiración volvió a ser profundo y dio la impresión de que la mente de Conchi bullía.

—Hablar con ella nos ha hecho retrasarnos. Nos va a coger la noche.

—¿Con quién has estado hablando? —preguntó la ertzaina.

—Con quién va a ser, con mi vecina de puesto. Nos conocemos de siempre. Es una charlatana. No toda la verdura que trae es de calidad. Utiliza pesticidas. —Sonrió—. A ver si por lo menos no llueve. Conducir de noche y con lluvia es una combinación muy desagradable.

—Todavía hay luz, ¿verdad?

—Sí, y parece que por ahí está clareando —dijo levantando levemente la mano sobre la colcha.

—Ya estamos en la carretera, ¿verdad? —preguntó la oficial

—Sí, acabamos de atravesar la rotonda nueva de entrada a la carretera, ya tenemos el río Araxes al lado derecho. Acabamos de pasar la papelera del Araxes, lleva abandonada varios años. El río está bajo, no ha llovido mucho este invierno. A la mañana casi siempre hay bruma. Hoy no he vendido todo. A veces, los miércoles baja un poco la venta. Voy a poner un poco la calefacción. Después de estar vendiendo suelo quedarme destemplada. Es buena, la de la

furgo. Se calienta enseguida.

—Estamos muy cómodas. Hay una buena temperatura —afirmó la policía.

—Voy a tomármelo con calma. No veo nada. No tengo visibilidad. Hasta que no pasemos el pueblo no puedo.

—¿Qué es lo que no puedes?

La mujer tardó en contestar, y la policía la miró con recelo.

—Adelantar. Tienen la planta embotelladora más adelante. Irá a descargar allí. Antes de hacer la autovía había muchos más camiones. Ahora solo los que van cargados de troncos que trabajan por la zona y los de agua Insalus. Conozco a algunos de los conductores, a veces me suelen comprar. Muchos son del mismo Tolosa.

—¿Adelantamos al camión? —preguntó Jaione

—No, se apartará al llegar a su base. Es un manantial con un agua muy pura. El Araxes tiene un agua muy buena.

La mujer respiró sonoramente introduciéndose un poco más en esa vuelta al recuerdo de aquella tarde de hacía más de un año.

—Ves como tenía razón. Ahora ya tenemos el camino despejado. No hay nadie. No sé qué voy a cenar esta noche. La lechuga que me ha sobrado y a lo mejor algo de sopa que me hice ayer. Cocinar para uno es un engorro. Congelo a veces. Vivir solo es caro.

Jaione intentó que no se saliera de la carretera.

—Por dónde vamos, ¿hemos llegado ya a los túneles? —preguntó la policía.

—No, todavía nos queda un trozo. Estamos todavía en Guipúzcoa. Pero no queda mucho para llegar a la muga con Navarra.

La ertzaina se incorporó al oír esas palabras y aguzó el oído para que no se le escapara detalle. Notó la carne de gallina al oírla decir que estaban a pocos metros de donde ocurrió el asesinato, así que había que mirar muy bien. No volverían a tener una oportunidad semejante.

—Me relaja mucho hacer la vuelta por mi carretera después de trabajar. Conduzco de manera automática.

—Fíjate en los detalles —insistió Jaione.

—Está todo como siempre. El asfalto está seco, pero las zonas umbrías, en invierno, es normal que estén húmedas todo el día. ¿Ves esa de ahí? Esa curva siempre lo está.

—Sí que lo está —repitió la ertzaina—. Habrá que ir despacio.

—Siempre voy así, a veces me adelantan motos que van a más del triple de lo que voy yo.

—No nos estamos cruzando con ningún coche, ¿verdad?

—Antes con uno. Este es el tráfico habitual. Escaso, solo el de los pueblos de la zona.

—La carretera está bien.

—Pero mejor la zona nuestra. Hace unas semanas pusieron asfalto en algún bache de esta curva. De las últimas de la zona guipuzcoana. Apenas dos curvas y entramos en Navarra.

La mujer calló durante un rato.

—¿Por dónde vamos?

—Ya hemos pasado la muga.

Mierda, pensó la policía.

—¿Había coches aparcados en las huertas?

—No.

—Siempre suele haber, ¿no?

—Casi siempre. Suelen dejarlos aparcados en el borde mismo de la carretera. Hoy había un coche saliendo, pero no lo había visto nunca antes. Hoy no estaban ni el coche azul ni el granate que suele haber habitualmente. ¿No lo has visto? —preguntó Conchi.

En ese momento, la ertzaina notó que estaba en el sitio exacto y que la mujer estaba allí con ella. Había logrado hacerla regresar al sitio y al momento en que se cruzó con el coche. «Pregunta por Dios, pregunta —se dijo a sí misma—. Síguete la corriente, tú también vas en ese coche, vamos, es ahora o nunca.»

—Yo no me he fijado, ¿un coche saliendo de las huertas?

La mujer calló durante unos instantes.

—No, había un coche negro aparcado. Y estaba con el culo un poco fuera, no me he fijado mucho. Me ha tapado un coche que estaba saliendo.

—Sí, eso es, había un coche negro que parecía aparcado, eso yo también lo he visto, pero no me he fijado en el otro —interpretó la ertzaina—. ¿De qué color era?

—Blanco —contestó Conchi.

—¿Y no te has fijado en algún detalle más?

—No, estaba como saliendo. No es un coche habitual de las huertas. Era grande.

«Hasta ahí ya lo sabíamos, por Dios, intenta recordar algo más», pensó la policía. En un ejercicio de desesperación, preguntó.

—Lo acabas de ver pasar, ¿quién iba al volante? Lo has tenido que ver.

El silencio que siguió a la pregunta fue tensamente largo.

—Alguien corpulento. No lo puedo asegurar.

La policía lo apuntó.

—Y el coche llevaba una matrícula con muchos ochos. O igual solo uno,

pero seguro que era el primero.

Aquello sí que sorprendió a Jaione. En un ejercicio suicida, la policía preguntó:

—¿Cómo te puedes haber fijado en eso?

La mujer seguía tumbada en el sofá de su casa, en su caserío de Errazkin, en su habitación preferida, donde había nacido su hija; y pareció, por unos segundos, que esta la estaba ayudando en el viaje virtual preparado por la mujer policía que la acompañaba.

—Es que mi hija tiene un coche parecido a ese y del mismo color, y siempre que me cruzo con uno parecido miro la matrícula. Echo más de menos a mi hija que a mi marido. Es increíble. Era un coche como el de mi hija. Igual hasta era el mismo modelo.

—¿La persona en la que te has fijado iba sola al volante?

—No sé.

—Lo acabas de ver pasar, intenta recordar —insistió la policía

—No sé.

Se hizo el silencio en la habitación. El viaje no se había detenido.

—Cuando hemos aparecido detrás de la curva, el coche blanco estaba haciendo una maniobra extraña. Me ha parecido como si estuviese saliendo de culo. Tú también los has tenido que ver —afirmó Conchi.

—Sí, claro —contestó siguiéndole la corriente, y pensó: Perfecto, ese es el coche.

—He tenido que disminuir la velocidad. Estaba invadiendo un poco nuestro carril. He tenido que apartarme un poco hacia el lado del río, por eso me he fijado. Estaba saliendo marcha atrás. Por eso me he fijado —repitió desde su ensoñación.

La mujer respiró tumbada en el sofá, y pareció caer en un estado de más profundidad de la que ya estaba.

—Empezaba por ocho, la matrícula. La de mi hija también empieza por la misma cifra. Y esta también empezaba por ocho. Me hubiera gustado que fuera el suyo. Siempre fantaseo con que lo es. Por eso me fijo en la numeración.

La policía terminó de anotar en su bloc y mordió el lápiz con cierto subidón de adrenalina recorriéndole el cuerpo. «Llegados a este momento, no me importa insistir», pensó. Pero antes de hacerlo, la mujer volvió a hablar.

—No me gusta el número ocho.

La ertzaina levantó la cabeza con el lápiz en la boca.

—¿Por qué no te gusta el ocho?

Hubo de nuevo un momento de silencio.

—Se murió ese día. Mi marido se marchó ese día. Y también fue el día que

mi hija se fue de aquí y empezó a estudiar en Madrid. Demasiadas coincidencias. No son casualidades. Los ochos me persiguen. No me gustan —repitió de manera automática—. Desde entonces estoy muy sola.

La voz de la mujer se había hecho muy densa y ya no viajaba en el coche. El hechizo se estaba diluyendo. «Hasta ahí he podido llegar», pensó la ertzaina. Conchi abrió los ojos y los entornó a pesar de la escasa luz que entraba por el ventanal.

—Fue como se lo he contado. Ha sido increíble. Como si estuviera allí. Es usted una persona muy especial.

—No, todo lo ha hecho usted. Yo solo la he ayudado —contestó la policía con media sonrisa—. Nuestro cerebro almacena más cosas de las que somos conscientes. Solo hay que buscar en él y, si se dan las circunstancias adecuadas, a veces puedes llegar al pasado con relativa facilidad.

Se sorprendió a sí misma diciendo esto, porque lo que acababa de decir era y no era verdad, dependía de tantas cosas que no se podía hacer esa afirmación de manera tajante y científica y, sobre todo, no sabía si lo que le había relatado la mujer sería verdad.

Conchi se incorporó sobre la cama y miró a la policía con cara de haber despertado de un viaje extraño. Vio cómo la ertzaina metía en su mochila el cuaderno de notas y el lápiz. Mientras lo hacía, Jaione se dio cuenta de que Conchi la miraba fijamente.

—¿Se encuentra bien?

La mujer afirmó con la cabeza sin decir palabra. Se le notaba la cara cansada, como si el ejercicio de memoria hubiese sido físico en vez de mental.

—Me ha ayudado mucho —dijo Jaione levantando la mirada—, y no quiero molestarla más. Lo que me ha contado podrá serme útil. Y si se nota cansada, es normal, no solo el trabajo físico cansa. Lo que usted ha hecho también. De nuevo, le doy las gracias.

La mujer sonrió condescendiente.

—Cuando pidieron colaboración ciudadana me acordé de la mujer de ese pobre desdichado y me imaginé lo que estaría pasando y por eso les llamé. En aquel momento no pude recordar nada más. Pensándolo ahora, igual lo olvidé porque cada vez que veo un coche parecido al suyo intento deshacerme involuntariamente de la imagen, del recuerdo de todos los episodios en los que aparece la posible presencia de mi hija. Ella es parte de mi vida y no llevo nada bien que viva tan lejos.

—No se preocupe, Conchi —dijo la ertzaina volviendo al lenguaje de la distancia.

La mujer hizo ademán de levantarse.

—No se levante. Esté tranquila aquí sentada.

—¿Servirá de algo? —preguntó la mujer.

—No lo sé, pero tengo la corazonada de que sí —mintió piadosamente.

—Nunca me hubiera imaginado que funcionaría.

—El cerebro es una parte de nuestro cuerpo que es mágica, muchas veces la infravaloramos.

—No sé si lo que le he contado será verdad. Lo he visto claro, como en un túnel pero nítido. Era un ocho.

La ertzaina se fijó en que su cara cambiaba de expresión.

—Yo soy algo supersticiosa con el número ocho. Me fijo a menudo cada vez que se me cruza en un letrero, en un precio. Es el culpable de mi soledad. Pero tampoco es verdad —se contradijo la mujer—. La única culpable de ello es la misma vida. Por eso hay que aprovechar cuando esta te ofrece compañías maravillosas, aprovecharlas a tope.

Jaione, aún sentada en la silla, sonrió asintiendo con la cabeza. Y, por un momento, se acordó de su jefe y de la conversación que tendría que tener con Vicente para informarle de este pequeñísimo avance —en caso de que lo fuera—. En el hipotético caso de que fuera un pequeño hilo del que tirar, y en este momento sentía que sí, también veía que era tan ínfimo que, después del subidón inicial, su pátina de pragmatismo pesimista le cubrió la mente. No dejó que su cara lo reflejara.

—Yo ya he terminado, la voy a dejar. Se encuentra bien, ¿verdad?

—Nunca he estado mejor. Parece como si me hubiese quitado un peso de encima.

Ambas mujeres se levantaron al unísono, salieron de la habitación y bajaron las escaleras hasta la puerta principal. Se dieron la mano ceremoniosamente mientras la dueña acompañaba a Jaione unos metros fuera de la casa.

—Si necesita volver a estar conmigo, no dude en llamarme.

—De verdad, espero que no sea necesario —contestó la policía—. Ha sido usted de gran ayuda.

—¿Ha venido usted en moto? —preguntó mirando hacia el fondo de la calle con cierta cara de sorpresa.

—Sí, la he dejado allí pensando, al principio, que su caserío era aquel del fondo.

—¿Y el casco?

—Allí, atado a la parte de atrás de la moto —sonrió Jaione.

—En moto... es usted una persona muy especial —repitió la mujer con parsimonia.

—¿Por venir en moto? —sonrió la oficial.

—Por eso y por cómo es usted. Algún día ya me gustaría conocer a su niño.

—Igual, algún día —contestó sacando las llaves de la Yamaha.

—Abríguese bien —le dijo mientras observaba cómo Jaione se ataba la chupa y comenzaba a alejarse calle abajo.

Conchi, mientras veía alejarse a la ertzaina enfundada en su cazadora —que la hacía más corpulenta—, notó que el olor de la primavera estaba llamando y que su huerta evidenciaba el comienzo de la nueva estación.

«Los polis no estamos acostumbrados a los halagos», pensó la policía mientras le sonreía y levantaba la mano. «Nunca antes me había visto en una situación tan extraña —pensó—. Ha sido cómoda, sí, pero extraña. No sé si al pragmático de mi jefe le gustará lo que le llevo.» Después de ponerse el casco, arrancó la moto. El sonido del vehículo atravesó con su ronquido la tranquilidad del pueblo de Errazkin. Aceleró y tomó la carretera del Araxes.

Cuando llegó a la muga entre las dos provincias, notó en la amortiguación el leve cambio del asfalto. Pensó que sería un símil. Viajar sobre asfalto nuevo en la investigación de un asesinato haría que esta rodara con más suavidad. Aceleró, tumbándose moderadamente por las curvas del río, y se perdió en dirección a la comisaría.

Jueves, 24 de octubre de 1974

El volumen de sus voces era apenas audible. Un hilo de sonido en forma de palabras era suficiente para mantener la conversación. A pesar de ello, el intercambio de información entre los niños era fluido.

—Que sí, que me lo ha dicho mi hermano el mayor. Que se chupan las lenguas —dijo Antonio José Martos mientras dibujaba con el lápiz unas rayas en forma de espiral en su cuaderno, dando así más énfasis a lo que estaba explicando—. Y se enredan entre ellas —dijo casi riendo.

—Eso es mentira, es una guarrada —contestó Sergio Fuertes.

—Que no, que me lo ha contado el otro día. Ha empezado a salir con una tía que estudia en el instituto y es verdad. Se chupan las lenguas cada vez que se dan un beso.

—Que no me lo creo. Eres un gilipollas.

A veces, la voz del profesor de ciencias naturales se alzaba tanto que los dos niños apenas se oían entre ellos.

—Los coleópteros están compuestos por cabeza, tórax y abdomen. Su reproducción es sexual —dijo el profesor.

La palabra clave hizo despertar a la mitad de la clase, que se encontraba medio dormida. Incluso Antonio y Sergio dejaron de hablar unos instantes, pero enseguida volvieron a lo suyo.

—Sí, y además me ha dicho que le muerde los labios y que el otro día en el portal de su casa casi le caza un vecino dándose un beso. De esos, de los de lengua.

—Las hembras liberan feromonas y a veces también emiten sonidos para atraer a los machos. El cortejo dura poco, y cuando el macho se acerca... —continuó el profesor.

—Eso no es verdad, le podrá morder los labios, pero chuparle la lengua, no. Eso no te lo creo.

—¡Que sí, joder, que es verdad!

—Y cuando la hembra está preparada, deja que el macho suba a la parte

posterior, o dorso de su cuerpo, y comienza la cópula. Después del acto, la hembra busca un lugar adecuado para depositar los huevos. Un espacio donde las larvas puedan tener comida.

—Y me ha dicho que el otro día le tocó las tetas.

—¿En serio?

—Sí, pero solo por encima de la ropa.

—¿Ves?, eso sí me lo creo. Lo de los besos, ni hablar.

—Los coleópteros presentan una serie de cambios o metamorfosis que se dividen en larva, pupa y adulto. Es entonces cuando el escarabajo se convierte en un individuo a su vez preparado para la reproducción. El ciclo de la vida comienza de nuevo —añadió el maestro centrando con disimulo los ojos en el origen del murmullo.

—Y también la besa en el cuello. Me ha dicho que le aparta el pelo y le da como un masaje con la lengua, y que el otro día le dejó marca pero que con la melena se la disimula.

—Qué gozada, ¿y tú has visto a la novia de tu hermano? Igual todo eso se lo ha inventado —añadió Sergio.

—Que no —respondió Antonio—. Que yo los he visto una vez a los dos juntos.

—Las larvas tienen, a modo de boca, piezas masticadoras y unos labios de pieza impar. Las larvas no presentan nunca rastro de genitalia.

—O sea que no tienen huevos —dijo Antonio sonriendo a su compañero Sergio y atendiendo al profesor por primera vez.

El borrador del profesor voló silbando y pasando a escasos centímetros de la cabeza de Antonio. Cuando rebotó en la pared, lo hizo con la parte de la madera y dejó una pequeña muesca en la pintura antes de aterrizar a trompicones sobre el suelo. El sonido ronco que el improvisado proyectil ocasionó al golpear la pared dejó paso a su presencia lacónica en mitad del pasillo de la fila de pupitres del lado derecho del aula. El silencio atravesó la mente de los niños con la misma violencia. Los más cercanos miraron el objeto volador —bien identificado—, inmóvil en mitad del pasillo, con pánico. Nadie quería ser el emisario que devolviera el objeto a la mano del profesor, desde la que había partido. Conocían de sobra lo que pasaba.

El profesor tardó un rato en decidir quién iba a ser el encargado.

—Antonio José Martos me va a traer el borrador, si es tan amable —dijo el profesor con ironía.

Todas las miradas se clavaron en él. Antonio sintió un repelús. Miró a su compañero de pupitre, Sergio Fuertes, que parecía esconderse detrás de la cabeza de su compañero de la fila de delante.

—Estoy esperando —insistió el profesor, de pie, junto a la gran mesa, en la parte delantera del aula, ante el enorme encerado.

El niño se levantó con la mirada inconscientemente divertida mientras acaparaba la atención de sus compañeros bastante mejor que su profesor. Se agachó y cogió el borrador con la mano izquierda y se lo acercó al maestro con enorme lentitud.

—A ese ritmo no va a llegar usted nunca —dijo el profesor con el mismo tono.

«Ojalá», pensó el alumno.

Se acercó hasta la pizarra y lo depositó en la barra de madera inferior destinada a ese uso.

—El borrador no estaba ahí —dijo el profesor dando un paso adelante y dejando atrás la silla por primera vez desde que había comenzado la clase al tiempo que estiraba la mano izquierda.

Antonio José lo miró como no podía ser de otra manera. En contrapicado. Se volvió y cogió de nuevo el borrador. Avanzó los dos pasos que lo separaban de la autoridad y se lo dio en la mano. Pero la cercanía era tal, que el peligro era evidente.

El bofetón, que lo hizo tambalearse hacia el lado contrario, fue tan rápido que Antonio ni siquiera fue capaz de ver acercarse la mano derecha de su profesor. La cabeza le tembló y la mejilla se le enrojeció casi al instante. Se tapó con la mano mientras regresaba a su asiento.

—Nadie le ha dado permiso para que vuelva a su pupitre.

Las miradas de los dos se volvieron a cruzar. El niño temió que la jugada se repitiera hasta que el profesor se cansara. En alguna ocasión ya había sucedido y eso era lo que estaba temiendo.

Toda la clase miró entre divertida, complaciente y expectante la resolución del incidente. El silencio era palpable. La curiosidad, también. Antonio tembló de miedo al verse tan indefenso. Sus pantalones cortos le hicieron sentirse aún más desprotegido.

—Ahora sí. Vuelva a su asiento.

Antonio José respiró con alivio, pero pensó que ahora empezaba el lado más humillante del incidente. Volver con la mano sobre su dolorida mejilla a lo largo del pasillo con la mirada clavada de sus compañeros de clase, que lo miraban entretenidos sin un ápice de solidaridad.

Cuando llegó, Sergio lo miró con cara asustada.

—¡Cómo duele! —Fue lo único que acertó a decir el chaval.

—Es el primer regalo de cumpleaños —dijo Sergio jocoso en voz muy baja—. Buena manera de entrar mañana en los diez años.

—Calla, capullo —contestó Antonio sonriendo—. Y deja de hablar si no quieres ir tú a la próxima.

Cuando salieron al recreo, eran ya las diez y media de la mañana y el escueto sol de otoño se obstinaba en salir en cuanto veía un hueco entre las nubes. El recreo hervía de bullicio infantil. Los cinco amigos se juntaron en una esquina del ruidoso patio.

—Martos, todavía se te ven las marcas de los dedos —dijo Ferni señalando su mejilla con el dedo.

—Y solo te ha dado una. El mes pasado a mí me dio dos —añadió Daniel Garrido—. ¿Te acuerdas? Se pasa un huevo. Es un hijoputa —dijo en voz extremadamente baja a pesar del bullicio del patio.

—El otro día hizo lo de las patillas, el muy cabrón. Me lo dijeron los de la otra clase.

—Ostras, eso sí que duele. A mí, el mes pasado me levantó de la patilla casi un palmo en el aire —dijo Ferdinand Cubillo.

—Eso es porque no pesas nada —dijo sonriendo Iñigo Altuna—. Y además tiene fácil solución, córtatelas al cero como yo.

—Pero eso no sirve de nada, en la otra clase lo hizo la semana pasada y, al ver que no tenía patillas, terminó levantándole de la oreja. Casi se queda con ella en la mano el muy bestia.

Aquel lo empujó en broma.

—Es normal —añadió Iñigo—. Os estaba oyendo hasta yo, que estoy en el otro lado de la clase. Os pasáis un huevo.

—El que se pasa es él —dijo Ferni de nuevo.

—Ya, ya, pero es que lo hacéis fatal. Al final os terminará separando de pupitre. Y te pondrá con algún gilipollas —dijo Iñigo—. Con alguno de esos idiotas que juegan al puto fútbol o, peor aún, con los finolis que juegan al baloncesto —añadió señalándolos con desprecio.

Sergio, Daniel, Antonio, Ferni e Iñigo siguieron en una esquina del patio mientras observaban a sus compañeros jugar al fútbol. El sol y los bocadillos de queso del almuerzo hicieron que olvidaran con rapidez el incidente con el profesor. Llegaron a sus pies en un par de ocasiones dos balones, que Ferni chutó de vuelta a sus dueños con displicencia.

—Qué pesados con el fútbol —dijo con desprecio mientras lo hacía. Uno de los ellos le replicó.

—Ay, qué raro, los especialitos —contestó con mayor retintín aún.

Las nubes se cerraron en el horizonte en el momento en el que la sirena de las once anunciaba la vuelta a las aulas. Tocaba clase de matemáticas y, después, de religión.

—Aprieta más —balbuceó Antonio.

La mujer aceleraba cada vez más la cadencia de sus movimientos, y sus jadeos se volvían más fuertes. Los pañuelos verdes que mantenían las manos del hombre fuertemente atadas al cabezal de madera de la cama se estiraron tensándose, y el sonido del roce de los pañuelos con el cabezal se eclipsó entre tantos ruidos.

Él movió la cabeza de un lado para otro pero sin una aparente razón. Su intento fingido de que la mujer retirara las manos de su cuello fue en vano. El peso de esta sobre su cuerpo no le dejaba mucho margen para intentarlo. Su boca se mantenía abierta, y un sudor de desesperación comenzó a recorrerle todo el cuerpo. La melena alborotada de ella le tapaba el rostro y había momentos en que llegaba a ocultarle la cara por completo dejando que parte de sus cabellos se le metieran en la boca.

Paz retiró una de las manos del cuello de Antonio y el aire entró rápidamente por su garganta y bajó con celeridad por su tráquea. Solo fue una tregua que duró unos segundos. Enseguida volvió a aprisionarlo con ambas manos: el clímax estaba tan cerca como la muerte.

Las piernas del hombre se movieron en un intento simulado e involuntario de descabargar a la mujer de su cintura. Las abrió desesperadamente y, apretando los pies con fuerza contra el lecho, la subió casi al aire en una intentona de que parara, sin que dejara de hacerlo. La mujer notó el miembro de su amante en su interior más duro y grande que nunca. Pero era más la atención a su vida, que flirteaba en el límite de su resistencia, la que le estaba enviando señales contradictorias de placer, dolor y asfixia. Los cerebros de ambos luchaban a partes iguales por el placer y por la supervivencia siendo engañados por los dos.

—Sigueeee —balbuceó el hombre con un hilo de voz.

Paz subió aún más la cadencia, al tiempo que aflojaba un poco la presión en el cuello del hombre durante unos segundos. Este notó que las manos de ella perdían fuerza, entregada de amor y violencia, y sintió una bocanada de aire fresco que ayudó a que su orgasmo fuese muy tenso, violento y sostenido. Y fue en ese instante cuando la mujer comenzó a correrse también, acompasando su éxtasis al de su compañero. Nada más terminar, Paz retiró la floja presión que a

esas alturas aún mantenía con las manos en el cuello de su compañero y se afanó en desatarle las manos de sus ataduras. El placer había vencido a la muerte. Se abrazaron y aguantaron así un buen rato respirando con profundidad. El hombre tosió varias veces y los incipientes síntomas cianóticos de su cara comenzaron a remitir.

Antonio se notó las muñecas enrojecidas y abrasadas por el roce y se las masajeó. Se besaron y se mordieron los labios. La mujer se apartó y se tumbó sobre un lado de la cama. El día era gris, nuboso, y la escasa claridad entraba de manera tímida por el ventanal del estudio del escultor, lo que dejaba entrever alguna marca de arañazos en la espalda de su torso masculino. Se tocó el cuello dolorido y desnudo y se perdió en el baño. Se oyó el agua correr.

La mujer se quedó tumbada en mitad de la cama con la vista puesta en dos enormes láminas litografiadas de Botero, y pensó en el magnetismo de la extraña belleza que irradiaban, pero ninguna de las dos fue capaz de retirar de su mente la imagen de su compañero al borde del placer y de la muerte casi al unísono.

Antonio salió del baño y se sentó en el borde de la cama.

—Ha sido bestial —dijo tocándose todavía el cuello y las muñecas.

La mujer lo miró desde uno de los bordes de la cama con seriedad mientras lo cogía de la mano.

—Solo lo hago por ti; y, cuando lo hago, nunca sé si estás sufriendo o disfrutando. Hoy me ha dado miedo. A mí no me gusta así.

—Bueno, para eso eres médico. Ya sabes cuándo soltar —contestó el hombre sonriendo con calma. Todavía respiraba más rápido de lo normal.

—Hay momentos en que no sé cómo sigo haciéndotelo. Lo hago por ti, pero cada vez estoy disfrutando menos porque no puedo estar a otra cosa que no sea controlarlo. Te repito que me da miedo.

—Igual es que te empieza a gustar.

—No lo creo —contestó la mujer.

Ella lo miró con aire ausente; luego, comenzó a vestirse sin mirarlo, muy despacio, apartando las sábanas que todavía la cubrían. Pareció como si la mujer estuviese murmurando lo que Antonio le acababa de decir.

—El placer que siento es algo fuera de lo común. Me traslado a algo tan sublime como la comunión entre la existencia y la muerte.

La mujer rio de manera fingida al oírlo y salió de golpe de la burbuja de pensamientos donde se encontraba.

—La frase te ha quedado bien para un epitafio, pero no deja de ser una chorrada —dijo Paz mientras se empezaba a atar los botones de la camisa—. El placer forma parte de la vida, en la muerte no lo hay. Detrás no hay nada. Cómo no puedes ver eso —añadió con parsimonia.

—Tú qué sabes, el placer es parecido a la evasión del mundo. Es la frontera entre la existencia y la muerte. Se puede hacer arte jugando con la muerte. Un asesinato también puede ser arte. El sexo, como nosotros lo hacemos, también tiene mucho de artístico. Una obra de arte puede ser un homicidio o un buen polvo.

—Sigues diciendo bobadas.

—La vida está sobrevalorada. Tiene que existir un estadio entre el placer y la muerte. Algo que solo unos pocos conocemos. Y toda actividad humana, sea lo que sea, si transmite, puede ser considerada dentro del arte. No todo son artes clásicas. Fíjate en la antigüedad. Dime tú a mí si algunos asesinatos del tiempo de los egipcios o de los romanos no eran verdaderas obras de arte.

—Sin vida no existe arte —replicó la mujer—. La vida es lo que te da placer y el acto primitivo por el que existe, el sexo, es eso, precisamente, alargar la vida en forma de otra persona que pueda seguir disfrutándola. Y es placentero por la misma razón. Es así de sencillo, no te compliques ni te engañes a ti mismo, Antonio. Lo que cuentas del arte en este contexto es absurdo.

—Sí, pero el sufrimiento de casi perderla a mí me da placer. Mucho. Es como saltar en paracaídas. Es muy parecido, demostrar que puedes caerte y sobrevivir. Yo lo hago desde una cama, pero en el fondo es lo mismo. Y en cambio, a uno de esos deportistas que se tiran desde un avión y caen al abismo no les dirías nada.

—No sé, igual sí. No te creas que son muy normales. Me estás liando. Yo solo soy médico, y en mi trabajo diario me afano por hacer que la gente se quede en este mundo de la manera más digna que se pueda. En el hospital no jugamos a estas cosas. Y te puedo decir que cada vez que conseguimos nuestro objetivo, el de sacar para delante a alguien que está al borde de la muerte, el tipo te da las gracias desde muy adentro. Una mirada de esas, después de sacarle de la UVI por hacer tu *currelo* de puta madre, eso sí que no se olvida. Eso para mí es placer en estado puro.

—Esos son gente vulgar —dijo en un tono de broma que terminó sonando serio.

La mujer lo miró con una mezcla de estupor y condescendencia.

—Cada día estás más anormal. ¿No te lo había dicho? Algunos artistas os creéis algo fuera de lo común. Sois una pandilla de *fashion*. Parece que vais perdonando la vida a los demás. Opináis y miráis a los que estamos alrededor vuestro por encima de...

—Igual es así —contestó Antonio cortando su frase con media sonrisa—. El común de los mortales no se pregunta esas cosas. El arte es algo muy complejo. Para eso estamos nosotros, los artistas —rio en la frontera entre la

seriedad y la mofa.

—Mira, yo trabajo con los pies en la tierra, muy cerquita de ella y muy lejos de las ensoñaciones filosóficas baratas que cuentas —le contestó su novia—; y, cada vez más, pienso que me falta un tornillo por estar contigo.

—Yo trabajo en el placer de hacer las esculturas para transmitir a los demás lo que significan las cosas que no ven. ¿Tú te crees que los demás harían eso? —añadió con desprecio, pero manteniendo un tono amable con un toque cínico.

—Hablabas antes de sobrevaloración. Me estás dando un ejemplo claro con lo que acabas de decir.

—Solo ves lo evidente, Paz. Hay cosas detrás de eso que pueden ser más interesantes. La muerte es una de ellas. El arte de poder jugar en su límite... lo hacemos cada vez que salimos de casa, cada segundo que estamos vivos. Cada vez que cogemos un coche. Cada vez que...

—Eso son chorradas metafísicas de poco valor que te servirán cuando vas a contarlas a la tele o en tus entrevistas —cortó Paz—. Ahí sí que estás en tu salsa, ahí, no esculpiendo. Todos te escuchan embobados esa verborrea que tienes cuando alguien te pregunta algo para la radio o la tele. Yo soy muy distinta. Trabajo con heridas que supuran, con gente que sangra y se muere de verdad sin haber jugado con la muerte, o peor aún, con personas que son conscientes de la cercanía de su última página. Que eso sí que es cabrón. Que se marchan llorando porque les acabas de decir que les quedan dos meses de vida. Eso es realidad de la buena, y lo que tú me cuentas son pajas mentales. Revertir una situación de enfermedad letal, eso sí da placer. Te aseguro que sí que lo da —insistió la mujer.

Antonio la miró con suficiencia.

—Me estás dando la razón.

La mujer negó con la cabeza poniendo los ojos en blanco.

—Eso me da placer también, que seas tan mundana, tan apegada a la tierra —agregó el escultor con media sonrisa.

—Mundana no, realista. Y si tanto placer te dan estas cosas, la próxima vez que te sientas mal, no vengas a urgencias. Experimenta con el dolor y el placer con cuarenta de fiebre, ya verás qué divertido.

—Venga, Paz, no te enfades, lo único que hago es lo que hacemos todos los artistas. Plantearnos las dudas e ir un paso más allá que la gente que nos rodea. Definir el arte es acotarlo a palabras y, por su propia definición, eso no se puede hacer.

—Muchas veces no te entiendo, Antonio —dijo la mujer con aire cansado—. Y cada vez que hablamos de esto me doy cuenta de que yo ya tengo casi cincuenta años y que creo que estamos muy lejos... acabo de ver que he

malgastado parte de mi vida contigo, y no estoy segura de que esto no se haya acabado.

—De eso ya hemos hablado. Yo quiero estar contigo. Con nadie más —respondió el hombre con adulación.

—Pues no descartes que sea la última vez que nos veamos —respondió la mujer.

—Hemos hablado hasta la saciedad de eso —insistió—. Venga. Si quieres adoptar un niño lo haces y yo te apoyo, pero no pretendas que vivamos todos juntos. Yo necesito mucho espacio. Mis esculturas son mis hijos.

—¿Y cuáles son los míos? —le espetó Paz de corrido.

El escultor no respondió. Sin dejar de mirarla bajó la cabeza en silencio. Paz terminó de vestirse. Él dirigió la mirada a la escultura que tenía a seis metros de distancia, en mitad de su estudio, tapada con una gran sábana blanca. La escultura parecía estar escuchando la conversación y entendiendo de lo que hablaban.

—Ya sabes que los niños no son mi fuerte.

—No, ya, tu fuerte es contar cosas absurdas y que te paguen por ello. Tiene mérito, no te creas —añadió Paz cogiendo el bolso y el fular y abrochándose el abrigo.

—Y hacer esculturas.

—Sí, claro, eso ya te lo he dicho muchas veces. Pero eres más habilidoso filosofando y vendiéndolas que haciéndolas. La moto debe ser buena, claro, pero es bastante más importante cómo se vende.

Antonio bajó la cabeza y volvió al tema.

—Nunca me he sentido cómodo con los niños. Y cuando crecen, la cosa empeora. No me gustan y punto.

—Siempre dices lo mismo —contestó Paz con mirada desafiante, sin saber muy bien a qué se refería. Hizo ademán de irse—. Pienso que no es más que otra de las muchas disculpas de tu enredado cerebro —añadió.

—Tú qué sabrás.

—Igual más de lo que te imaginas.

La mujer cogió las llaves del coche y se las tiró encima de la mesa.

—El coche está ahí abajo, dame las llaves del mío que me largo.

El escultor se acercó a una balda y le devolvió las llaves de su coche y, para evitar que se fuera así de serio, le dio un beso en la mejilla.

—Por cierto, son doscientos cincuenta y tantos euros —añadió Paz sacando de su bolso la factura del taller.

Antonio miró en el interior de su cartera y vio que no llevaba tanto dinero encima. Se acercó al cajón de una cómoda que tenía cerca de la cama y completó

la cantidad. Cuando se la dio, pareció que le pagaba a la mujer por sus servicios en la cama y se lo hizo saber con una sonrisa cínica.

—Eres un gilipollas. Sigo sin entender cómo estoy contigo —le contestó Paz de manera levemente cariñosa, negando con la cabeza y dándole un escueto beso en los labios con media sonrisa.

La mujer salió al rellano de la mansión de Antonio, situada en pleno comienzo del biotopo protegido del río Leitzaran, y notó el frescor de los árboles en el rostro y los tonos verde oscuro del colorido paisaje. Volvió a darle un beso pero, mientras se alejaba escaleras abajo, al ver los dos coches aparcados, se detuvo y le dijo:

—Por cierto, además de recogerte el coche del taller lo he pasado por el túnel de lavado. No parecía del color que era —añadió Paz—. Todos los artistas tenéis un punto guarro —agregó con sonrisa sarcástica.

Antonio levantó la mano y sonrió mientras veía como su novia se metía en su coche. Esta cerró la puerta y se perdió entre el camino escoltado por un paisaje frondoso. El coche relucía brillando entre el verde del entorno.

Alberto Parra hizo tintinear las llaves como aviso de que había llegado a casa. Siempre lo hacía cuando visitaba a sus padres.

Se acercó divertido a la habitación principal y asomó la cabeza por el quicio de la puerta como si fuera una marioneta. Vio a su madre delante del ordenador, y bromeó apareciendo varias veces como si estuviera en un teatro de títeres.

—Hola, *ama*.

La mujer dejó de escribir y se bajó las gafas de ver de cerca.

—No te esperaba —dijo mientras sonreía a su hijo—. Y a juzgar por la hora, no tengo nada preparado para comer.

—Sin problemas. Te he traído yo la comida. Ayer estuve cocinando y me sobró esto, y he pensado que, como sé que te gusta... —añadió levantando la bolsa de plástico.

A través de esta se podía intuir algo parecido a un táper, algo envuelto en papel de aluminio y una barra de pan.

—¿Ya es la hora de comer? Si estás aquí es que has cerrado ya la tienda. Pero ¿qué es?

—Es *skrei* con salsa de tomate. Salado por mí —añadió el joven—. Está increíble. Lo entierras diez minutos en sal y después lo desalas en agua fría durante treinta minutos. Queda fantástico. Y además, otra cosa... —dijo señalando el paquete envuelto en papel de aluminio con algo de misterio.

—¿Y?

—Tarta de limón de la que hacía en el restaurante.

—¿En serio? Me encanta.

La mujer se levantó y besó a su hijo.

—Eres un don detalles.

—Lo sé —respondió haciéndose el presumido. Su pose era muy graciosa. Y sus gestos hicieron reír a su madre.

—A Amaia también le gusta. Te he traído la mitad.

—Fenomenal, eres un encanto —respondió la madre repitiendo sus halagos—. Terminó de revisar el examen que estoy preparando y en diez minutos estoy contigo. Busca algo en el *frigo* para hacer un primero. No he podido hacer nada.

—Eso está hecho —añadió el joven—. Voy preparando la comida.

Alberto se perdió en la cocina de casa de sus padres, en la que tantas veces había trabajado en sus comienzos. Sus auténticos primeros pinitos los dio allí. Apoyado en especial por su madre y su abuelo Martín, allí asó, marinó, frío y también, de vez en cuando, quemó viandas y parte de sus ilusiones intentando formarse en lo que sería su primera profesión antes de dar el salto a la librería de su abuelo.

Se dispuso a cocinar un primer plato con lo que encontró en la nevera. Puso a calentar aquel bacalao tan especial que había traído y se dispuso a rallar un par de zanahorias para la ensalada de acompañamiento. Peló dos naranjas y cortó los gajos a sangre para dejar solo la pulpa en el plato. Unió todo con suavidad. Sus pensamientos se estaban mezclando de la misma manera. Aliñados con algo de vinagre.

Cuando preparaba algún plato, se sentía tan a gusto que se olvidaba de todo. Y de nuevo volvía el bucle de la duda: ¿habría hecho bien al abandonar la cocina cogiendo un año sabático? Luego estaba lo de sustituir la cocina por regentar la librería de su abuelo... pero es que después de escapar de milagro al último infarto era imposible que pudiera mantenerla por sí mismo. O la cerraba, o la alquilaba, o Alberto se hacía cargo de ella, o la vendía.

Françoise puso los platos y en apenas cinco minutos ambos estaban sentados a la mesa. Aún salía vapor de la cazuela de *skrei*, a pesar de haber dejado de hervir.

—¿El *aita* no viene a comer?

—No, no creo. Tu padre está con mucho trabajo. Tienen un caso enredado desde hace mucho tiempo.

—Ya lo sé —respondió el joven—. El otro día estuvo en la tienda y se llevó un libro relacionado con la hipnosis. No le digas que te lo he contado.

—Ya me lo dijo. Y eso que esas cosas no suele decirlas a nadie. Pero el caso del crítico gastronómico lo tiene muy obsesionado. Llevan mucho tiempo con él. Creo que más de un año.

—Tiene que ser jodido trabajar en resolver un caso así.

—Sí, tu padre tiene un mérito increíble. Es su trabajo, pero es admirable. Ojalá lo resuelva cuanto antes.

Comenzaron a probar la tarta de limón y su madre se deshizo en elogios.

—Esto tienes que hacerlo más a menudo. Tienes que patentarla. Nunca he visto en una tarta de limón una acidez tan equilibrada como la que consigues en esta.

Alberto sonrió complacido.

—Oye, y además, esto de tener cocinero particular los días que no me quedo en Irún a comer es maravilloso.

—No quiero perder la mano con la cocina.

—¿Qué tal en la tienda?

—Bien, estoy a gusto —sonrió—. Me permite, de vez en cuando, comer con la señora Françoise entre semana y eso es algo digno de elogio —añadió divertido—. Y además, como Amaia está trabajando en el restaurante, también es un consuelo para mí. Si no, tendría que comer solo. Y hacerlo de seguido es una cosa muy desagradable. La comida es para compartir alimentos y compañía de calidad, eso es fundamental. La comida es relación.

—Tienes razón, tener buena materia prima es la clave en ambos casos —respondió la madre irónicamente divertida.

Ambos rieron casi a la vez.

—Es como lo acabo de decir —dijo su madre cogiéndolo de la mano.

—¿Qué tal con Amaia?

—Superbien.

—Se te nota.

—Es una mujer increíble. Siempre dispuesta a hacer cosas. Qué te voy a contar que no sepas —añadió el joven—. Estoy un poco colgado de ella —admitió con algo de rubor—. Es mi moza desde hace ya un tiempo.

—Yo estoy muy de acuerdo. No es fácil, nada fácil —matizó—, encontrar una persona así.

—Y estamos maquinando algo desde hace unos meses.

—¿Qué?

—Es una sorpresa. Te lo contaré en la cena.

—¿Compraros un piso?

—Me remito a la frase anterior —respondió Alberto—. En la cena.

—Vamos a ver, ¿tú quieres ser repostero y no sabes lo que es un macarrón? —preguntó Sergio Fuertes con voz cansina.

El alumno notó cómo toda la clase lo miraba. El profesor se dio cuenta del parón de sus compañeros y reaccionó enseguida.

—¿Alguien os ha dicho que paréis de trabajar? —exclamó dirigiéndose al resto de la clase, que reanudó sus tareas sin apenas dejarle terminar la frase.

—¿Quién está vigilando el horno? —dijo con el mismo tono de voz, y avanzó hacia la zona central al ver la puerta del horno solitaria y con varios moldes en su interior.

Nadie contestó. Se limitaron a intentar localizar al responsable con la mirada. El alumno más joven salió de detrás del almacén con cara de sorpresa sosteniendo varios moldes más de bizcocho en la mano.

El profesor de repostería Sergio Fuertes respiró con profundidad acercándose a él.

—El que está en el horno no abandona su puerta bajo ningún concepto. ¿Cómo lo tengo que decir? ¿Entendido? —dijo señalando con fuerza la puerta abierta del horno mientras el alumno asentía con la cabeza, dejaba los moldes en una de las mesas de trabajo y comenzaba a apresurar su paso hasta situarse en la puerta del horno. A través de ella, transparente aunque con algún churrete de suciedad en un costado, se podía ver cómo los bizcochos se doraban y asomaban por la línea superior de los recipientes.

—Qué día llevamos —exclamó volviendo al alumno de los macarrones.

—No me dirás en serio que no has pasado nunca por una pastelería y has visto macarrones todos alineados de distintas tonalidades y en cajitas.

El alumno se encogió con aire de absoluta ignorancia.

—Y no me digas que son los que se comen con tomate y a la carbonara.

Se oyó alguna risa de los más cercanos, que hizo levantar la cabeza al profesor. Pero rápidamente volvió a la carga.

—¿Dónde tienes los apuntes de ayer?

—En casa —contestó en voz baja.

—¿Con quién estás en la pareja de trabajo?

—Con nadie. Estoy solo. Mi compañero está enfermo. Ayer ya no vino.

—Vale, ¿y hasta que ha pasado casi la mitad de la clase no me lo has dicho? Y acuérdate que dijimos que los grupos de trabajo pueden ser de hasta tres en caso de que alguien falle.

—Sí, lo sé, es que he llegado tarde.

Sergio levantó la vista e hizo ademán de poner los ojos en blanco, pero solo los cerró. Cuando los abrió, los veinte alumnos de su clase se afanaban en elaborar la receta de los macarrones, bizcochos y cremas pasteleras de primer curso de la FUD ajenos a su conversación.

—¿Has estado alguna vez en París? —preguntó el profesor.

El joven negó con la cabeza.

—Para mañana quiero que te metas en internet o donde te dé la gana y me leas todo lo referente a la receta de macarrones y a la pastelería Fauchon, que fueron unos de los primeros en popularizarla. ¿De acuerdo?

El joven asintió sin articular una sola palabra. Su cuerpo delgado y su mirada casi adolescente, salpicada en la mejilla de acné rebelde, le hicieron recordar a Sergio lo difícil que había sido admitir a aquel alumno. «Implicarle en una profesión así es complicado», pensó. La cocina es tan visceral que, como no te guste desde las tripas, las posibilidades de continuar en ella son remotas. El prototipo de alumno que abandonaría sus estudios de hostelería entre primero y segundo curso era un fiel reflejo del joven que tenía delante. «Pero para eso estás tú aquí —se reafirmó—. Para enseñarle lo reconfortante que puede ser y, en la medida de lo posible, motivarle.»

«Tú eres una persona que hace bien su trabajo, aunque no sabes motivar a nadie», pensó Sergio. Intentó retirar de su mente ese pensamiento.

—Hoy vamos a hacer la mezcla juntos, conmigo de pareja. Ten la receta —dijo volviéndose sobre su carpeta y pasándole un folio—. Esta es la básica —añadió—. Hay muchas maneras de hacerlo, mañana haremos la que tiene como base un merengue italiano. Pasado mañana haremos las variantes con otros frutos secos como los pistachos, e incluso tenemos una preparada sobre la base de pipa de girasol.

El alumno cogió la receta con las dos manos y comenzó a leer, pero en ese mismo momento Sergio se la quitó.

—Cambio de planes —le dijo volviéndose sobre sí mismo y cambiándole la receta—. Acabo de acordarme de que necesitamos también un par de litros de crema pastelera.

El joven lo miró con cara de ignorancia.

—Crema pastelera. Sabes hacerla, ¿verdad? —añadió mientras le enseñaba el papel.

—¿La que se baña en alginato? —preguntó con un desconocimiento

absoluto.

—¡Qué alginato ni qué hostias! El relleno de muchas tartas y pasteles. Lo más básico de la repostería —añadió alzando la voz—. Empieza a hacerla, venga.

El joven leyó con detenimiento. «Lo de siempre —pensó con atrevida incultura—, leche, huevos, nata, azúcar, vainilla, harina y canela.»

—Cuando acabes de leerla, te pones en marcha y me preguntas todo lo que necesites; y date prisa que no tenemos mucho tiempo. Tus compañeros van muy adelantados —dijo alzando la voz—. Venga, vamos, muévete —le conminó el profesor—, que parece que te ha dado un yuyu.

El alumno comenzó a pesar todos los ingredientes y a seleccionar los utensilios que debería manejar para su elaboración. El olor de los bizcochos inundaba toda la estancia haciendo que su agradable aroma levantara el ánimo.

Sergio miró el móvil para cerciorarse de que no había mensajes. Su antigua novia, Bea, seguía sin contestar a los mensajes que de vez en cuando le mandaba el repostero. Esa llamada o mensaje tan ansiados seguían sin llegar y, aunque ya hacía un tiempo que lo habían dejado, Sergio seguía insistiendo y a la vez sintiendo su ausencia como un duelo enquistado difícil de superar.

Bajó el móvil con cara muy seria. Ella nunca volvería a llamarlo. «Igual hasta ha cambiado de número para que la deje tranquila», pensó con la mirada ida y una melancolía tan fuerte como interior. Su cuerpo se quedó detenido a mucha distancia del aula de repostería del FUD donde se encontraba. Se la imaginó sacando pares de zapatos a desconocidos y aquella actitud sumisa a los pies de los clientes no le gustó nada.

A través de la ventana de la puerta del fondo del aula se asomó la cabeza de otro profesor que empezó a hacerle señas para que se acercara.

«¿Qué le pasará?», se preguntó en silencio volviendo de sus sombríos pensamientos mientras miraba de reojo a su alumno. Este le devolvió la mirada.

—Tú, ten todo preparado para cuando vuelva —le dijo alejándose por el fondo del aula. Abrió la puerta justo para pasar.

—Acabo de hablar con la directora y me ha dicho que vayas a verla a su despacho.

—Ahora no puedo. ¿Qué quiere?

—Ni idea, me la he encontrado en el pasillo y me ha dicho que, como tengo el aula al lado de la tuya, que te lo dijera —dijo alejándose—. Tenía cara de pocos amigos... bueno, eso como siempre —rio.

Sergio volvió al aula pensativo mientras observaba cómo su alumno despistado —con su chaquetilla limpia, su delantal con alguna mancha aislada y el trapo colgando desde la cinta del mismo— lo miraba con todas las

proporciones encima de la mesa.

—Vas a seguir con este —dijo señalándole a un compañero—. Yo tengo que irme un momento fuera. Enseguida vuelvo.

El alumno asintió.

Sergio recogió las notas en su carpeta y las guardó en el cajón de su pequeño despacho en la misma aula. Antes de salir, miró con seriedad al del horno. Desde la puerta, con un gesto, le dijo que no se moviera de su sitio.

Recorrió los pasillos vacíos del FUD. Observó las aulas de teoría llenas de alumnos. Subió a la zona de despachos de dirección y se asomó por una de las puertas. Hizo gestos con la mano señalando el despacho contiguo. La secretaria le dijo que pasara, que la directora estaba libre.

Se asomó y vio que la mujer estaba leyendo unos papeles sentada a su mesa. Su figura delgada y pequeña y su melena corta y trasnochada le daban un aspecto de madre superiora.

—Hola, Ane —dijo él desde el quicio.

—Hola, Sergio, pasa y cierra la puerta —le contestó ella con una sonrisa. Nada más hacerlo, su rictus de simpatía fingida cambió por completo—. Siéntate —continuó—, siéntate, por favor. Estoy muy preocupada —dijo la directora sin mayores preámbulos.

El profesor la miró desde su ignorancia sabia.

—He estado hablando hace un momento con tu compañero que da las clases de repostería compartidas contigo. Y me lo ha confirmado, ayer volvió a desaparecer producto de las cámaras. ¿Te acuerdas que lo comentamos hace unos meses?

Sergio asintió con la cabeza.

—Pues hemos confirmado lo que sospechábamos. Hemos visto que desde hace ya un tiempo está desapareciendo producto. Y no solo en repostería, también en cocina. Y no es poco. Tenemos un hijoputa entre nosotros. Los bombones y las tartas estaban contados. Y está claro que faltan bastantes.

Si Sergio hubiera tenido un polígrafo conectado a su brazo, el analista hubiera notado que su pulso se aceleraba, que la sudoración aparecía con suavidad en sus manos y que su presión arterial subía. Pero, por fortuna, nada de eso daba síntomas exteriores. Parpadeó varias veces y siguió escuchando.

—Creo que tenemos al responsable —añadió la directora del FUD.

Sergio callaba sin apoyarse en el respaldo de la butaca donde se encontraba. Simplemente, escuchaba con extrema atención, y su cara no expresaba ninguna preocupación.

—Sí, creo que sabemos quién es.

El profesor se apoyó en el respaldo intentando tranquilizarse.

—Creo que le tendríamos que tender una trampa para cogerlo con las manos en la masa.

Sergio miraba sin mover los labios.

—Te cuento —añadió la directora.

«Sé que a Iñigo no le gusta que trabaje, pero mi oficio de interiorista me fascina —pensaba Ruth mientras conducía su coche de vuelta a casa como un autómata—. Diseñar lo que no se ve de una casa es lo más íntimo que puedes hacer por ella. Es como diseñar la ropa interior de la gente, algo que solo enseñas a los más cercanos. Es apasionante. Tiene algo de sensual y de atrevido. El interior de las casas es un fiel reflejo de sus inquilinos. Y la gente te lo agradece. Es un trabajo inquietante. Hurgar en los espacios más privados y modificarlos y hacer que convivan con el entorno. Jugar con la luz y con los colores y también con las texturas. Como si fueras Dios diseñando la naturaleza, pero dentro de una casa. E Iñigo no entiende que a mí esto me aporte tanto como su compañía.»

Cuando Ruth llegó a la sidrería, miró la entrada y pasó de largo hasta su casa, que estaba a escasos metros de esta. Se veía animación, pero sin agobios. Para ser entre semana, el movimiento era más que aceptable.

Entró en la villa, dejó el coche en el garaje y subió por las escaleras interiores de la casa. Al llegar a la planta principal oyó la voz de su marido que hablaba por teléfono a un volumen bastante alto. Sin hacerle caso, subió hasta el dormitorio y dejó los dos paquetes pequeños que traía entre las manos. Uno, con los planos de su actual trabajo de interior en el impresionante comedor de más de cien metros cuadrados de una casa al borde del mar, en pleno paseo marítimo de Zarautz; y el otro, con una camisa de transparencias que había comprado por la tarde en la tienda de debajo del estudio. Miró los planos tirados sobre la cama y respiró al verlos terminados y, sobre todo, aprobados por el cliente. Ahora quedaba hacerlo, pero eso era el trabajo más fácil. Lo difícil era convencer al cliente de que lo que había dibujado en los planos y en los bocetos en 3D del ordenador dejaría su casa muy distinta de como la conocía. Con más luz y con más espacio. Y que, además, el juego con los colores haría que esta fuera más confortable. Además, la disposición de los escasos y prácticos muebles que había pensado cambiaría por completo el conjunto. Que pasaría de ser un sitio oscuro y gris a un lugar brillante lleno de vida y de fuerza con las olas del mar rompiendo a pocos metros de la barandilla de la terraza en la que acababa el salón.

Ruth pensó que tenía que recuperar a su marido en todos los sentidos.

Dudaba cómo hacerlo. La convivencia se había deteriorado y se habían distanciado. El trabajo en la sidrería de él y el suyo en el estudio de interiorista —que reconocía que la absorbía cada vez más— estaban siendo un obstáculo, pero ella seguía creyendo en él. Pero Ruth, que era una persona abierta, no estaba muy dispuesta a dejar que nadie ganara el dinero por ella. Y su marido era, cómo no, el prototipo de vasco que antes de dejar aflorar sus sentimientos es capaz de cualquier cosa. Eso no era una cosa que le gustara. Lo había pensado y reconocido para su interior: que sí, que la distancia entre los dos a día de hoy era un hecho y que la culpa estaba equitativamente repartida, pero ella se había convencido de que iba a poner su cincuenta por ciento del error encima de la mesa para solucionarlo. Lo primero sería echar un buen polvo a la menor ocasión que se presentara. «Eso ablanda mucho», sonrió para sí misma.

Se cambió de ropa y volvió a la cocina. Escuchó la conversación de su marido que, poco a poco, iba elevando el tono de voz con su interlocutor, pero no le dio importancia. Miró en el frigorífico y vio una cazuela llena de lo que intuyó que podía ser su comida preferida para cenar. Sopa de ajo. Cuando abrió la tapa, sonrió de medio lado. Casi gelificada por la acción del pan, aquella mezcla casi estática esperaba el reposo exacto de las casi doce horas que llevaba hecha. No lo dudó. Comenzó a calentarla a fuego suave añadiéndole primero un poco de agua muy caliente para darle el espesor exacto a la mezcla. Pensó que sería suficiente para que ella cenara, pero no para su marido. Destapó uno de los platos que había cubiertos con papel de aluminio y lo que vio la hizo de nuevo sonreír. Tortilla de patata, que a veces solía hacer la persona que se encargaba de la limpieza de la casa, que, de vez en cuando, si acababa pronto, se animaba a hacer sus pinitos en la cocina.

«Espero que sea con cebolla. Una mujer joven con el gusanillo de la cocina en su interior —pensó—. Siempre le digo que cocine cuando haya terminado de limpiar la casa, y creo que su motivación es esa, terminar lo antes posible para ponerse a cocinar. Y una vez me lo dijo —recordó Ruth—. “Nadie me dice nada cuando limpio la casa, pero cuando hago un plato rico todo son elogios.” Y tenía razón... “Terminará cocinando en la sidrería”, le había comentado su marido en alguna ocasión. Es una buena trabajadora. Y mi marido en el fondo es un pedazo de pan, un buenazo.

»A esta chica, cocinar le sale muy bien, y esta tortilla tiene un aspecto fenomenal —pensó—. Me gusta fría pero no demasiado, la voy a sacar y esperaré a que Iñigo termine de hablar por teléfono. Hace tiempo que no cenamos juntos. Espero que no se vuelva a la sidrería, no parece que haya mucha gente», pensó mirando por la ventana.

Preparó la mesa pensando que su marido acabaría enseguida. Algo en su

interior le dijo que igual no iba a ser así. El tono de voz de Iñigo al teléfono era cada vez más alto y era evidente que su enfado iba en aumento. Se acercó a la sala. Saludó a su marido con la mano. Este levantó la suya sin dejar el teléfono. Estaba de pie y recorría de un lado para otro la estancia. Hizo un ademán de espera que hizo que su mujer se mantuviera quieta bajo el quicio de la puerta.

En cuanto vio que este seguía, se retiró de nuevo a la cocina. El volumen de voz de Iñigo no hacía más que aumentar. Ella intuyó que no iba a ser buen momento para empezar a recuperar a su marido, pero no podía evitar oír las frases de Iñigo gritando e intuir perfectamente la contestación de su interlocutor.

—Es que eso me lo tenías que haber dicho antes. ¡Joder, eres la hostia! Solo avisarme —dijo Iñigo.

—Eso es una cosa que todo el mundo sabe.

—¿Qué coño dices? —contestó el sidrero—, eso no lo sabe nadie. Vosotros los periodistas sois la hostia —repitió—. El origen de la manzana solo os interesa a vosotros, y saberlo y divulgarlo solo me perjudica a mí y a los idiotas que empezarán a decir que la sidra ya no es como antes porque la puta manzana viene de fuera.

—Ya, a mí como crítico me interesa saber esas cosas.

—Sí, pero no largarlas en la primera ocasión que se presente, y menos sin consultar conmigo, que nos conocemos desde hace mucho tiempo. Aparte que no creo recordar que te lo haya dicho nunca. ¿Eso quién te lo ha contado? —preguntó Iñigo.

—Eso es de dominio público.

—Sí, una mierda, eso será ahora que lo has escrito. No esperaba esto de ti.

—Venga, que no es tan grave. Si es normal. No hay producción de manzana para todo y se tiene que traer de fuera, y decir que parte de la tuya viene de Rumania tampoco es para tanto.

—Ya, los críticos sois la hostia. Empezar el artículo con algo como «Las manzanas que no hablan euskera» es querer montar la bronca. Eso es querer vender y lo sabes perfectamente.

—Lo mismo que tú quieres vender tus productos, yo vendo información.

—Sí, pero no pensáis si eso puede perjudicar a nadie. Además, eso no es verdad. A veces hemos tenido que echar mano de la de fuera, pero ha sido puntual y cuando la cosecha de aquí ha sido escasa.

—Eso no es verdad, es una práctica habitual y eso me lo contó...

—¿Quién?

Desde el otro lado de la línea tardaron en responder.

—Tu amigo Ferni.

El silencio se hizo cortante mientras Ruth asistía como una espectadora

privilegiada al enfado de su marido.

—Pues estaba equivocado. Ferni decía muchas chorradas. Y eso se ha hecho en alguna ocasión, repito, pero no es una práctica habitual, para que te enteres. Y te lo vuelvo a decir, aunque fuera verdad, antes de escribirlo, tienes que consultármelo.

—Tampoco te nombro a ti en especial...

—Te crees que soy tonto. Tu piensas que no me entero de nada —dijo cogiendo el ordenador y leyendo en voz alta la noticia colgada en internet—. «La usan las principales sidrerías de la zona...» ¿Qué te crees que va a pensar la gente? Luego, yo, a dar explicaciones como un idiota a todo el que venga con la historia esta de los cojones.

—Estás exagerando.

—Tú eres muy poco profesional —le dijo Iñigo con absoluta seriedad bajando el tono—. Te fías de cualquiera y no contrastas nada. Vaya periodista de los cojones que estás hecho. Un gilipollas te da una información y tú la largas sin más.

—Ferni me lo dijo antes de morir. De casualidad, y de eso hace más de un año. Por mi parte, el extremo me lo ha confirmado bastante gente, y tampoco he ido a toda pastilla a contarlo. Ha pasado mucho tiempo. Solo que he visto que este era el momento de contarlo, pero sin querer hacer daño a nadie —se disculpó—. Y además, eso ocurre con muchos productos. Eso del kilómetro cero es una milonga para engañar a los más incautos.

—Acepto las disculpas, pero ya puedes ir quitando la noticia de internet.

Durante unos segundos, la conversación pareció haberse cortado, pero era el silencio de ambos lo que provocó esa sensación.

—Eso no lo voy a hacer —dijo el periodista con determinación.

—Los periodistas os creéis por encima del bien y del mal.

—Yo a Ferni le creía, y en ningún momento me has dicho que sea mentira.

—Ferni decía muchas cosas, demasiadas, y, como casi siempre, cuando estaba al lado de un *gin-tonic* bien cargado podía decir aún más.

Colgó el teléfono, dejando a su interlocutor con la palabra en la boca, y lo tiró encima del sofá. Su mujer pensó que no iba a ser el momento más oportuno para hacer las paces y comenzar a retomar su delicada situación.

—¿Quién era? —le preguntó conociendo de antemano la respuesta.

—El estúpido del artículo de las manzanas.

—No sé de qué hablas.

—Míralo tú misma, ha salido a la mañana —contestó señalando el portátil encima de la mesa—. Dice que las manzanas que utilizamos para hacer la sidra no son de aquí.

La mujer se acercó y leyó el escueto artículo. Cuando terminó, se dirigió a él con cierto relajo.

—No te lo tomes así, ni siquiera nos nombra. ¿Cómo se ha enterado de esto?

—Ha dicho que se lo dijo Ferni un mes antes de morir.

—Pues ya ha tardado en publicarlo.

—Dice que lo ha querido confirmar.

—A mí nunca me cayó bien el tal Ferni, a pesar de que vosotros siempre le defendíais. Mira lo que hacía cuando no estabais juntos. Largar lo que no debía.

Iñigo miraba con detenimiento, a través de los cristales, las luces encendidas de la sidrería.

—Ferni era de la cuadrilla y nos conocíamos desde que teníamos seis años. Los cinco éramos inseparables y nos defendíamos. En el colegio siempre andábamos juntos y, cuando nos hicimos mayores, más aún.

—Pues ya ves, a tus espaldas parece que no hacía lo mismo.

Iñigo miró desde lejos las luces de su sidrería a sabiendas de que esa información la conocía su amigo Ferni desde hacía bastante más tiempo.

Jon Ander bajó las escaleras desde el primer piso, donde se encontraba su despacho, para reunirse con la oficial Jaione. El joven ertzaina llevaba un portafolio en la mano.

Cuando se reunió con ella, esta apenas le informó escuetamente de sus avances, a los que ni siquiera llamó así. La reunión prevista con el subcomisario Vicente Parra en la sede de la propia Ertzaintza en el Antiguo, donde se encontraban, era inminente y no dio tiempo a más. Juntos avanzaron en silencio hasta llegar al despacho de su jefe.

La pareja llamó a la puerta y pasaron casi sin esperar respuesta. Parra estaba leyendo un libro de color verde que, desde lejos, no supieron identificar. A un lado de la mesa había otros que parecían iguales y del mismo color y tamaño que el que sostenía entre las manos. Cuando se acercaron, comprobaron que eran las guías gastronómicas de Forni. La más reciente estaba sobre las demás.

—Pasad, pasad.

Ambos tomaron asiento.

—¿Cómo ha ido? —preguntó en dirección a la mujer—. Traes una cara que no sabría adivinarlo.

—Pues bueno, yo creo que no mucho. Creí tener algo cuando dejé la casa de la mujer pero, después de pensarlo detenidamente, no sé si es mucho.

Vicente y Jon Ander escuchaban con atención a Jaione.

—Pero has logrado sacar algo en claro, ¿no? Me lo has contado antes —preguntó Jon Ander con algo de ansiedad.

—Vamos a ver. Hablé en unas circunstancias óptimas con la señora en cuestión. La tal Conchi. Una mujer muy amable y que tenía ganas de ayudar. Fue una sesión muy tranquila y el entorno fue el adecuado, que era una cosa que me preocupaba. Si no lograba esa atmósfera de relax, sabía que no saldría nada.

—Eso me pareció cuando vino aquí la primera vez, después del anuncio que pusimos en la prensa —interrumpió Vicente.

—Estuve hablando con ella con calma. Fue toda una sesión de relajación. Las dos solas en la zona de la casa en la que dijo sentirse más a gusto por una serie de circunstancias que me había explicado. Después de un rato, comenzó a recordar. Me dijo el modelo del coche y el primer número de la matrícula de lo

que ella creyó que fue el coche que se había cruzado delante del de Ferni.

Los dos hombres abrieron los ojos con cierta expresión de admiración.

—Eso está muy bien. Dame más detalles —la instó el subcomisario.

La mujer relató con pulcritud la reunión con Conchi en Errazkin y, tras casi media hora de discusiones, Vicente intentó poner orden entre los tres. Lo hizo con trazos ostensiblemente más pesimistas que cuando empezó la reunión.

—El detalle de que esta mujer viera un ocho en la matrícula del supuesto coche donde viajaban los presuntos asesinos de Ferni está cogido por los pelos. Creo que, por lo que nos has contado, ella ve ochos en muchos más sitios de en los que realmente los hay.

—El ocho es el número redondo por antonomasia —dijo Jon Ander—. El número perfecto; en muchas culturas, el número de la suerte. Dos círculos unidos. El símbolo del equilibrio. Dos serpientes enlazadas...

—Ya, ya, pero eso son chorradas —cortó Vicente, que se dirigió a la mujer—. Yo lo que necesito saber es si esa información que has conseguido de nuestra testigo puede tener una base sobre la que podamos empezar a trabajar. ¿Tú qué opinas?

—No lo sé. Lo dudo mucho. Al principio pensé que sí, pero ahora tal vez no tengamos nada

—Dime algo más, Jaione, después de un año haciendo el gilipollas con este caso, tenemos que hacer cualquier cosa antes de cruzarnos de brazos —añadió el jefe con cierto tono de enfado injustificado.

—La relación de esta mujer con el número ocho está demasiado sesgada. No sé qué decirte, todavía no he digerido la información que me ha dado. Ve el número ocho por más sitios de los deseados. Me lo ha contado así de claro.

—A lo mejor hay alguna relación que se nos ha pasado por alto —dijo Jon Ander—. Para esta mujer, el número que se considera de la suerte, el ocho... para ella no lo es. Es más, su simbología para ella es todo lo contrario, la fecha cuando su marido falleció, lo de su hija... Pero igual está más acertado de lo que pensamos. Lo ha relacionado con un coche blanco de la misma marca y modelo que el de su hija porque siempre está alerta y preparada para reconocerlo. En su subconsciente, Conchi intenta encontrarlo por todos los lados y eso, sin darse cuenta, le hace estar más atenta. Yo no lo veo mal.

Vicente y Jaione escucharon al oficial sin interrumpirlo.

—La marcha de casa de su hija —prosiguió el joven oficial— fue más traumática de lo normal. En este caso, fue dolorosa. Está claro, ella había enviudado hacía no mucho. Pienso que esta mujer ha desarrollado un sexto sentido para ver ese coche propiedad de su hija. Lo ve y lo identifica con mayor facilidad que cualquier otro. Igual habría que dar más importancia al modelo de

monovolumen, el Ford S-Max, que al número de la matrícula. Resumiendo, por lo que has contado, si en esa sesión que has hecho con ella has logrado que aflorara algo que estaba en el interior de la mujer, fenomenal. Pero igual no es más que el resumen de su sencilla vida, en la que todo había girado siempre en torno a su marido y a su hija. Entonces, como mecanismo de defensa, desarrolla una sensación extraña de verlos por todos los lados. Esto puede ser así de erróneo. Entonces, hubiera sucedido lo que hubiera sucedido, Conchi habría visto un coche de la marca del de su hija y algún número ocho colgado por cualquier sitio.

Jaione intervino después de afirmar con la cabeza.

—Esto puede ser una ensoñación de los problemas de esta mujer o tener su base de verdad y que lo que nos ha contado sea cierto. No podemos saberlo con certeza. Las sesiones de hipnosis o relajación para activar la memoria son así. Tenemos un margen muy estrecho para sacar algo en claro.

—Pues os voy a decir algo —dijo el jefe—. Vamos a suponer que el vehículo es un Ford S-Max matriculado en España cuyo número de matrícula empieza por ocho. Y blanco. Tenemos que averiguar quiénes son los dueños de esos coches. Hacer un listado e ir poco a poco descartando.

—Descartando... ¿en base a qué? —preguntó Jon Ander—, y otra cosa, a nivel de toda España tendremos un trabajo, digamos... entretenido.

—Primero haremos a nivel de Euskadi. Después realizaremos un primer análisis. Si vemos que no sacamos nada, iremos ampliando la zona hasta llegar a más provincias. La posibilidad de que un coche *viva* en el lugar donde se matriculó es grande, pero ni mucho menos excluyente. Puede haberse matriculado en Madrid o Barcelona o en cualquier otro sitio, incluido el extranjero.

Jon Ander se incorporó en su silla con cierta cara de optimismo.

—Coches de la marca Ford, monovolumen, S-Max, de color blanco y con número de matrícula que empiece por ocho... igual no hay tantos, ¿no?

Vicente y Jaione lo miraron con complacencia. Su jefe torció la cabeza.

—Puede haber muchos. Igual no tantos como para desanimarte.

Los dos oficiales lo miraron con media sonrisa.

—¿Preguntas? —dijo el subcomisario.

Sus subordinados negaron con la cabeza.

—El entorno de la víctima, ¿cómo lo llevamos?

—Aparte de las personas con las que se relacionaba por cuestiones de trabajo, a las que he entrevistado meticulosamente, no he encontrado nada digno de mención. Todos ellos coinciden en que Ferni se relacionaba sobre todo con la gente de su cuadrilla. Y con su mujer Leire, la de la zapatería en el barrio de

Gros; estaban divorciados, pero parece ser que seguían manteniendo una relación amistosa. Yo hablé con ella y me pareció que estaba muy apenada.

—Según tenía anotado Kai en sus cuadernos, todos tenían coartada la tarde del crimen. Por lo general, es más fácil tenerla si ocurre durante el día que si pasa de noche y vives solo. Entonces es más difícil —contestó Jaione.

—Bien, eso me parece muy bien, pero Arkaitz hizo mucho trabajo y, por desgracia, solo nos dejó informes. Habría que confirmarlo todo y verlo con nuestros propios ojos por si acaso se le escapó algo, por pequeño que sea.

Los dos asintieron ante la lógica de lo que su jefe estaba contando.

—Nosotros dos ya hemos empezado —dijo Vicente dirigiéndose a la mujer—. Estuvimos en casa del escultor Antonio José Martos.

—Tiene un pedazo de estudio en Andoain, a la entrada del valle del río Leitzarain, que es impresionante. Domina toda la curva de entrada y está rodeada de árboles imponentes —dijo Jon Ander.

—Soy de Andoain —dijo Jaione—. Me conozco el lugar como si fuera mi casa. Ese cauce fue mi lugar de juegos cuando era pequeña.

—Le preguntamos de nuevo por su quedada con él después de comer y volvió a negarlo. Un tipo amable pero muy esquivo. Con pinta de raro.

—Como casi todos los artistas —admitió Jon Ander.

—Por cierto, he decidido ir a ver a Virgilio, el cocinero ese de la crítica tan mala —dijo la mujer.

—Si quieres puedes hacerlo, pero ahí no hay nada —replicó el subcomisario.

—Solo tenemos lo que nos contó Kai.

—De acuerdo, vete si crees que puede haber algo.

El teléfono de la centralita sonó interrumpiendo la conversación. El subcomisario se incorporó levemente. Los dos oficiales prestaron atención al silencio del subcomisario intentando adivinar el origen de la llamada y averiguar qué le contaban desde el otro lado de la línea.

—De acuerdo, voy para allá. Están en bolsa de plástico, ¿verdad?

Esperó unos instantes en silencio y cortó la comunicación. Los oficiales intuyeron la importancia de la llamada.

—Os lo dije, la suerte en este caso empieza a cambiar. Bueno, solo es una suposición —añadió con prudencia y media sonrisa.

Los dos ertzainas lo miraron aún más expectantes.

—Han encontrado dos pistolas en el cauce del río Araxes. Ojalá que sean las que estamos buscando.

Su cara de sorpresa se unió a la siguiente pregunta.

—¿Teníamos agentes buscándolas? —preguntó Jon Ander.

Vicente hizo un gesto dando por terminada la reunión a la vez que se levantaba y cogía su eterna cazadora, casi un tres cuartos.

—En su momento, cuando ocurrió, sí, y muchos, incluso buzos.

—Entonces, ¿quién las ha encontrado? —preguntó la mujer.

—Dos críos. Espero que sean las que necesitamos.

El sacerdote besó la estola y se la puso al cuello. Estaba ya totalmente preparado para celebrar el funeral. Faltaban menos de cinco minutos para las siete y media, la hora de comienzo del acto religioso. El color verde esperanza de la casulla le hizo levantar el ánimo y también que aumentara su preocupación. Daniel pensó que el temor desaparecería junto con la vida de su madre, pero no lo había hecho. Aquello solo era el principio del final y él lo sabía.

Miró, desde la sacristía, hacia el interior del templo, preparado para comenzar la misa. Había bastante gente. Los bancos de la primera mitad estaban casi repletos. Pensó que, a pesar de ser la difunta la madre del diácono de la iglesia más antigua de San Sebastián, no era demasiada la gente que había acudido. Entre las primeras filas, pudo ver algún amigo. El anochecer de la parte vieja donostiarra se filtraba con timidez por las altas vidrieras de la iglesia de San Vicente. El bullicio exterior propio de los fines de semana estaba ausente. Miró con respeto hacia la pequeña urna de cerámica que contenía las cenizas de su madre. En uno de los laterales de la parte superior, una pequeña inscripción metálica, mandada tallar por él, sintetizaba la vida de su progenitora con pulcra exactitud.

El mar resumió tu vida y tu muerte.
 Reúnete con él en la paz eterna que en vida no te supo dar.
 Tu bondad y tu cariño se fundirán entre sus olas.
 María Teresa Izaguirre 1924-2020

La mirada de Daniel Garrido se humedeció. Pasó un paño limpio por el recipiente y este brilló con colores sobrios, mezcla de azules marinos muy oscuros con pequeñas trazas de negro parecidas a nubarrones tumultuosos. Se asemejaba a un mar agitado visto desde la escollera. Y volvió a animarse porque al fin su madre estaría con el llorado *aita* al que en tantas y tantas ocasiones echó en falta. Eso lo consoló, pero solo fue un instante porque la conversación de hace dos días con su médico y amigo Isaías no había tenido el mismo cariz.

La recordó como si hubiese sido hacía cinco minutos.

—¿Estefanía?

El sacerdote afirmó con la cabeza sin querer entender muy bien qué significaba eso, pero su sentido no podía ser más evidente.

—Padre Daniel, quiero que se confiese conmigo. —Sorprendentemente, el doctor Isaías había tratado de usted a Daniel—. Igual que yo lo he hecho con usted cientos de veces —dijo el doctor secándose las manos y dejando la toalla en la barra del baño.

El sacerdote respiró profundamente varias veces antes de hablar. El médico insistió con vehemencia.

—Daniel, quiero que me cuentes qué ha pasado aquí esta noche —insistió con extrema seriedad volviendo al tuteo.

La mirada del sacerdote era seria y muy profunda.

—¿Qué ha pasado con la joven? ¿No era de confianza? Si es la de siempre, ¿no? Tenemos que llamar a la policía.

Esa palabra hizo cambiar al sacerdote.

—No, no. Nada. De verdad. No ha pasado nada. Yo he ayudado a mi madre a descansar. Estefanía no se ha enterado de nada. Luego la llamaré y le diré que ella ha muerto. Aquí no hemos hecho más que ayudar a la vida a que siga su proceso. No veas donde no hay porque no vas a encontrar —replicó con extrema serenidad—. A veces la existencia necesita un pequeño empujón para mantenerla digna —repitió—. La hemos hecho tan amable que despreciamos la muerte; y, en este caso, para ella es el mejor sitio donde se puede estar cuando la situación se vuelve de esta manera.

A pesar de su dilatada carrera como profesional de la medicina, el doctor se estremeció por dentro. Lo hizo por la extrema frialdad con la que Daniel estaba contando la historia. Pero no había acabado.

—Ya no era persona. Lo he estado pensando durante mucho tiempo. No ha sido un arrebato, sino un acto muy sopesado. Mi madre no sabía quién era yo, ni nadie del entorno suyo, desde hacía más de un año. Yo para ella había muerto. Lo que he hecho tiene mucho de amor. Reconozco que al principio me asusté, y me reafirmo en pensar que he hecho lo que debía. Desde mi tristeza, cada minuto que pasa me encuentro mejor. La vida es para estar con los tuyos. Sé que es terrible lo que digo, pero debe ser así.

El sacerdote cogió aire para dar la explicación final.

—El cuerpo de mi madre era un estorbo ajeno a ella misma del que no sabía cómo deshacerse. Yo la he ayudado como tantas veces mi madre lo hizo conmigo. La *ama* estaba prisionera de su propio cuerpo. Solo la he liberado. Nada más.

El médico lo observó con asombro. Por primera vez, lo miró con respeto. Pero eso no hizo que se callara.

—Daniel, tú eres el emisario de Dios en la Tierra. Pero no eres Dios. No puedes decidir quién tiene que estar en este mundo y quién no.

Aquellas palabras se hicieron huecas en la mente del sacerdote en el improvisado confesionario, en mitad del pasillo de su casa, con el cuerpo asesinado de su madre en la habitación contigua. El sermón cambiado de tornas del doctor hacia el sacerdote se hacía tan denso como si lo estuviese dando el propio Daniel.

—Me dejas en un aprieto. ¿Te das cuenta, Daniel?

Él afirmó con la cabeza gacha.

El médico volvió a la mesa donde estaba rellenando el parte de defunción y vio el boli cruzado sobre la mesa. Lo cogió sin darse cuenta.

—Bufff, padre. Me dejas en muy mala posición —dijo tirando el bolígrafo sobre la mitad del parte—. Yo soy médico, lucho todos los días para revertir situaciones como estas. Soy cristiano y tú muchas veces me has ayudado, pero esto... no sé.

—Situaciones como esta no —dijo el sacerdote lacónicamente—. Aquí no había vuelta atrás. Lo sabes mejor que yo. Tú eres médico.

Isaías le mantuvo la mirada unos instantes mientras reflexionaba sobre lo que el sacerdote acababa de decir. Volvió a coger el boli y jugó con él con nerviosismo.

—Haz lo que tengas que hacer —dijo distante—. Acuérdate de que ella no era persona y de que lo que he hecho es correcto. Fue menos de un minuto —agregó con bastante más cercanía—. Nunca pensé que tú lo pudieras averiguar. Tenía llagas por toda la espalda de tanto estar tumbada. La última frase la dijo con la mirada hacia el suelo.

—Ya, ya, ya, pero eres un incauto, Daniel. ¿Te creías que a un médico se le puede pasar por alto esto? —dijo levantando la mano y señalando con el dedo hacia la habitación de su madre.

Ambos callaron durante un buen rato. Isaías se sentó en la silla y comenzó a rellenar el parte de defunción. El bolígrafo se movió al ralentí. Su letra de médico no hacía honor a ella. Era legible y bien caracterizada. De pura caligrafía. Cuando terminó de escribir, metió el parte en un sobre y se lo entregó al sacerdote.

—Vas a tener que vivir con esto —le dijo con voz adusta.

Pero el sacerdote contestó con premura y grandes dosis de tranquilidad. Pareció como si las siguientes frases las tuviera ensayadas.

—Lo hice con la vida de mi madre desde que mi padre desapareció en el mar, cuando yo era un crío. En todo momento he estado a su lado. Nunca la he dejado sola. Jamás. También seré feliz con su muerte a mis espaldas —contestó

con serenidad—. Sé que he hecho lo mejor para ella. Su cuerpo se había convertido en una cárcel injusta de sufrimiento para su alma. Y eso no lo podía permitir. Nunca. Yo solo la he liberado —repitió.

—Ahora descansa en paz de verdad.

—La paz esté con todos vosotros.

«Y con tu espíritu», se oyó contestar a los feligreses.

—Podéis ir en paz.

Los asistentes al funeral fueron desalojando el templo ordenadamente. La noche se había cerrado y no amenazaba lluvia. Las nubes encerraban un espíritu aún más densamente plomizo de lo que Daniel tenía el ánimo. Los corros de gente se detuvieron a la salida, en el pequeño pórtico de entrada, delante de la calle. Al final, la asistencia había sido bastante mayor de lo que Daniel hubiera pensado. «Eso me congratula», pensó Daniel mientras se despojaba de sus vestimentas. Una persona se asomó por la puerta de la sacristía interrumpiendo sus pensamientos.

—Estamos fuera. Te esperamos cuando acabes —dijo el repostero.

El sacerdote se dio la vuelta y contestó con una leve sonrisa.

—Sí, Sergio, voy en cinco minutos.

El profesor recorrió el pasillo de vuelta hasta llegar a la salida. Mientras lo hacía, se percató de la belleza del templo vacío. Su oscuridad le daba un mayor aire de solemnidad. Se oyeron las luces apagándose y casi tuvo que intuir la salida. Cuando llegó, se reunió con sus amigos. Antonio e Iñigo se cerraban los abrigos mientras fumaban distraídamente un cigarro.

—Ha dicho que ahora viene.

Todos asintieron sin decir palabra.

—Yo nunca he asistido a esto —dijo Iñigo.

—Yo tampoco —contestó Sergio.

—Yo sí —dijo con seriedad Antonio—. Y la verdad es que no sé por qué lo ha hecho. Me parece extraño en él. Sus razones tendrá. Pero lo entiendo, lo respeto y lo comparto. Considero que es la mejor manera de disponer de un cuerpo. Yo tengo dicho que conmigo hagan lo mismo —dijo mientras exhalaba el humo de su cigarro.

—Sí, cuando me llamó ayer y me dijo lo que había pasado y que no habría entierro y que nos veríamos directamente aquí, en el funeral, me extrañó también, porque yo ya había pensado en ir al mediodía al cementerio. Y me dijo que no, que prefería que lo acompañásemos al funeral porque ya la había incinerado. Me parece bien, y me sorprendió también —agregó el profesor.

—El rito de la incineración no es incompatible con el catolicismo —dijo con seriedad Antonio.

—Ya, ya —contestó Iñigo—, pero a mí también me ha sorprendido, no sé.

El sacerdote salió por fin al teatro de las condolencias, en mitad de la estrecha calle. Mientras tanto, las luces exteriores del templo se encendían, lo que hacía de su silueta la de un edificio con la magia que con el paso de los siglos contienen las viejas iglesias, mezcla de esperanza e inmovilismo, dando a sus paredes la calma que necesitan para albergar las historias y las penas de los fieles.

Comenzó a saludar a familiares a los que, aunque vivían cerca, no veía desde hacía tiempo. Los cruces de manos se unieron a los pésames, los abrazos y a alguna que otra lágrima escasamente hidratada. Todos hicieron referencia a la avanzada edad a la que había llegado y, desde el consuelo, hubo palabras de ánimo para el sacerdote.

Sus tres amigos lo vieron salir. Su figura alta y sus gafas gruesas, arropadas por un abrigo gris, dejaban ver la urna con las cenizas de su madre, que, tapada con un paño oscuro, él sujetaba con el brazo izquierdo. Esperaron pacientemente a que terminara de hablar con los familiares y amigos. Se alargó más de lo imaginado. Dio tiempo a que el sidrero y el escultor fumaran un cigarro más. Oyeron cómo despedía a los últimos. Cuando se acercó a ellos, ya solo quedaban dos personas más.

—Ellos también vendrán con nosotros —dijo el cura señalando a la pareja que había al lado—. Voy a saludarlos. Un segundo.

El sacerdote se acercó a la pareja, que llevaba un rato mirándolo.

—Buenas noches, Estefanía —dijo mientras le daba dos besos.

Cuando se dirigió al doctor, su mirada fue especial. Isaías lo abrazó sinceramente, y en su abrazo notó un perdón y una solidaridad que agradeció desde su interior.

—Gracias por haber venido —les dijo a los dos—. Nos acompañan tres amigos de toda la vida —dijo dirigiendo la mirada a las únicas tres personas que, a esas alturas, quedaban en el exterior.

Los reunió a todos y los presentó. Después, añadió una escueta frase.

—Serán diez minutos, lo haremos en mitad de la primera curva del Paseo Nuevo, os prometo no robaros mucho tiempo. Gracias a todos por acompañarme, de verdad.

Iñigo lo sujetó del brazo en señal de solidaridad y el sacerdote le sonrió con amabilidad.

La pequeña comitiva de seis personas avanzó por la plaza de Zuloaga hasta llegar al Paseo Nuevo. Era noche cerrada y el mar estaba en calma. Casi no

había brisa y el olor a mar era tan evidente que envolvía los sentimientos y las dudas. Las luces del faro del monte Igeldo empezaron a iluminar la superficie oscura y misteriosa de un mar casi negro con su cadencia de dos haces cortos y uno largo. Los escasos transeúntes con los que se cruzaron no reparaban en la simbología del pequeño ritual que estaba a punto de producirse en torno a las seis personas. En la esquina de la barandilla, donde el paseo se hace más ancho, se detuvieron.

—Aquí va a ser —dijo Daniel.

Sobre ellos, el mar rompía con extraña calma sin apenas hacer ruido. Desde allí, las rocas caían en línea recta sobre el agua desde una altura considerable. Un lugar donde las olas estallaban con mucha violencia cuando el mar estaba embravecido, pero hoy no lo estaba. Pareció como si el mar estuviera esperando los restos de la mujer.

Los cinco rodearon al sacerdote. Los fumadores echaron sus cigarros disimuladamente al suelo en una esquina. Sergio se sacudió la manga del abrigo de unos restos de ceniza que habían volado descontroladamente. El sacerdote retiró el paño, y la urna se mimetizó con la oscuridad del mar. Puso la mano en la tapa y fue a retirarla, pero se detuvo. Todos escucharon sus palabras.

—*Ama*, réunete con el mar y abraza muy fuerte al *aita*. Bendita seas.

Se acercó la urna a los labios y besó la tapa. La joven Estefanía sintió un escalofrío recorrerle toda la espalda cuando vio al sacerdote hacerlo. Pensó que ese gesto no se le olvidaría en la vida. El alma de la mujer revoloteó por su mente como una mariposa indecisa.

El sacerdote se apoyó en la barandilla y echó las cenizas al mar, que cayeron por el pequeño acantilado en forma de nube polvorienta. Algunas impregnaron las rocas, pero la mayoría llegaron mansamente a mezclarse sobre el agua. Las seis personas, desde la barandilla, miraron hacia abajo con curiosidad en absoluto silencio.

—*Agur amoñi* —dijo Estefanía con espontaneidad, rompiendo la solemnidad del momento, al tiempo que agitaba levemente la mano.

El sacerdote vio la inscripción en el lateral de la urna y la volvió a leer mentalmente. Antonio fue el primero en darse cuenta de ella.

—¿Puedo leerla? —preguntó.

—Claro.

Lo hizo en voz alta.

—Muy bonito —dijo el profesor tragando saliva. Estefanía sacó un pañuelo de su bolso y se retiró a un lado con los ojos cargados.

El sacerdote tapó la urna con el paño y todos comenzaron la vuelta por el tramo del Paseo Nuevo que desembocaba en el lugar de partida. Al llegar a la

altura de la plaza de Zuloaga, Antonio e Iñigo se despidieron. El médico fue a recoger su coche y Estefanía se perdió en la parte vieja.

—¿Qué vas a hacer? —preguntó Sergio.

—Nada. Me voy a casa, estoy muy cansado —contestó el sacerdote.

—¿Estás bien?

—Sí, solo es cansancio —insistió.

—Pues, en ese caso, yo también me voy —dijo el profesor.

Ambos se abrazaron.

—Mejor, yo también tengo trabajo mañana en el FUD. Pero, espera un segundo, se me ha olvidado decirte algo. Ayer me volvió a llamar la Ertzaintza.

El sacerdote lo miró con extrañeza.

—Me explicó que, desde que el ertzaina ese se murió en un accidente de tráfico, hay gente nueva investigando lo que le sucedió a Ferni. Y me dijo que querían cotejar datos conmigo. También me soltó la frase típica. «Es simple rutina.»

Daniel no dijo palabra.

—Estuve hablando con ellos un buen rato, y lo único que les dije fue lo mismo que le conté al otro policía. Que estamos muy preocupados.

Respiró una vez y se detuvo.

—Nosotros no le hemos hecho nada a Ferni, ¿verdad?

El sacerdote lo miró con condescendencia.

—Tenemos que estar muy unidos. La amistad es sagrada. Nunca le hubiéramos hecho nada a un amigo nuestro. Lo hemos hablado muchas veces. Nos conocemos desde hace mucho y siempre hemos sido muy fieles entre nosotros.

Sergio lo miró con respeto.

—Además, conmigo también han estado varias veces. La última, estuvieron un buen rato haciéndome preguntas. Es la policía y es su deber. Pero no te preocupes —añadió el sacerdote alejándose y levantando la mano para despedirse.

Sergio vio alejarse al sacerdote mientras este frotaba sutilmente y casi sin darse cuenta la inscripción de la urna. En el enorme rosetón de la iglesia de San Vicente, que daba a la plaza, apenas se distinguían los colores.

—Ahora déjame a mí.

Patxi le pasó los prismáticos a su hermano pequeño, pero con una advertencia.

—Solo un rato, ¿de acuerdo? Y cuélgatelos en bandolera para que no se te caigan y límpiate primero las manos, que has estado comiendo *chuches*.

—Dale cuartelillo a tu hermano. —Se oyó una voz grave desde el fondo de la habitación contigua.

Los dos hermanos vieron la figura de su padre asomarse por la puerta mientras este se echaba el pelo canoso para atrás.

—Os recuerdo que sois hermanos —dijo con voz ronca—, y tenéis que llevaros bien.

—*Aita*, es que, si no, Koldo me los mancha, como hizo el año pasado con las cañas de pescar.

—Vale, pero estaos tranquilos, que yo tengo que trabajar. Os turnáis a mirar y ya está. Estoy en la mesa del ordenador, que tengo trabajo que terminar, ¿vale? ¿No tenéis deberes para la *ikastola*?

—No —contestaron los dos hermanos al unísono.

—¿Seguro?

Los dos críos respondieron afirmativamente con la cabeza y poniendo cara angelical.

—Hoy hay gulas para cenar.

—A mí no me gustan —dijo el pequeño.

—Pues eres el único al que no le gustan las gulas, a todos los de mi clase les encantan —respondió con desprecio su hermano.

—Porque en tu clase sois todos unos enanos idiotas.

—Eso lo serás tú —respondió el otro, sacando la lengua.

—A ver, sobre todo, estaos tranquilos que yo tengo que trabajar —dijo el padre alejándose en dirección a su habitación—. En dos horas cenamos, ¿OK?

—Vale —respondió el mayor mientras el pequeño, de pie delante de la ventana, se empeñaba en mirar a través de los prismáticos. Se subió en una banqueta y miró con más atención, pero la visión desenfocada del aparato lo hizo desistir.

—Esto es una mierda —dijo con cuidado de que su padre no lo oyera—. No se ve nada —insistió—, está todo borroso.

Su hermano mayor se acercó con cara displicente.

—Eres bobo —dijo quitándole los prismáticos con brusquedad—. Vete girando la rueda que hay en la parte de arriba hasta que se ponga bien. Cada uno tenemos nuestra graduación. ¿No has oído al *aita*? Lo ha dicho antes. Dale a la ruedita, capullo.

El hermano mayor cogió los prismáticos y se los colgó al cuello. Comenzó a girar la rueda hasta enfocar. El prado de delante de la casa, con el río Araxes al fondo, brilló con intensidad a pesar de la escasa luz que, al atardecer, quedaba ya en el ambiente. La mirada del hermano pequeño se volvió expectante cuando su hermano le dijo que se veía de maravilla.

—Póntelos ahora —dijo con voz condescendiente de hermano mayor.

El pequeño se los colocó y se apoyó en una mesa pequeña, lo que hizo más estable la visión.

—Yo voy a ir girando la rueda hasta que me digas que se ve.

—Ahora está borroso.

Los dedos infantiles de su hermano fueron girando la rueda despacio.

—¡Ahora, ahora! ¡Para, para! ¡Qué bien se ve!

—¿Ves el río?

—¡Como si estuviera allí!, ¡qué pasada, tío! ¡Qué bien se ve! —repitió el pequeño—. Cuando vayamos a cazar con el *aita*, vamos a ver las palomas como dinosaurios —dijo riéndose, pero sin dejar de mirar el horizonte a través de la ventana de su habitación.

—¿Qué estás viendo? —le preguntó el mayor.

—Veo el puente y un coche parado con dos personas apoyadas en la barandilla. Igual se dan un beso —dijo riéndose.

El mayor intentó arrebatarse los prismáticos, pero el pequeño se resistió.

—Déjame —insistió el mayor—. Enseguida te los vuelvo a dar.

El pequeño accedió sin más quejas. El mayor se los puso de nuevo y giró la rueda para enfocar la realidad y adaptarla a sus ojos.

La pareja estaba delante del río.

—¿Qué están haciendo? ¿Se están dando un beso? —preguntó el pequeño con cierta risa nerviosa—. Déjame, ahora quiero yo.

—Cállate —le conminó el mayor.

—¿Qué hacen? —insistió su hermano.

El pequeño entornó los ojos para intentar adivinar, sin ayuda, lo que pasaba en el fondo del puente.

—Han tirado algo al río —dijo el mayor.

—¿No se están dando un beso?, pues vaya mierda.

—Calla idiota.

—¿Y qué han tirado?

—No sé. Dos cosas, casi a la vez.

—Pero ¿no sabes lo que han tirado?

—Que no... algo, no sé lo que es.

—¿Y ahora qué hacen? Se están marchando, ¿no? —preguntó el pequeño entornando de nuevo los ojos.

Su hermano, gracias a la visión que le proporcionaban los prismáticos, no perdía detalle de lo que hacía la pareja.

—Ahora sí, se están largando —dijo retransmitiendo sus movimientos—. Creo que se montan en el coche. Está tapado por los árboles, y no veo bien, pero creo que se van.

—¿Y?

—Ya se han ido, sí.

—Déjame ahora.

El mayor se quitó los prismáticos y se los ofreció a su hermano con cara pensativa. El pequeño giró la rueda para enfocar y volvió a mirar.

—¡Hala!, se ve la casa de la izquierda de puta madre. Si no tuviera cortinas, podríamos ver cómo se ponen en pelotas, qué pasada.

—Deja de hacer el idiota —le advirtió su hermano, que se fue hacia el televisor del fondo de la salita contigua. El pequeño dejó de mirar y lo siguió al verlo tan pensativo.

—¿Qué te pasa?

—Eran cosas grandes, lo que han tirado al río.

—¿Vamos a buscarlas?

—Ahora no. No hay mucha luz. El *aita* no nos iba a dejar salir y no hay luz suficiente para llegar allí. Y a lo mejor se las ha llevado la corriente.

—Salimos sin que nos vea el *aita*.

—¿No has oído que cuando lleguemos no habrá casi luz? ¿Qué parte no entiendes?

El pequeño calló sin dejar de mirar a su hermano mayor.

—Mañana, cuando salgamos de la *ikastola*.

—Yo tengo judo —protestó el menor.

—¿Quieres venir o no?

El pequeño asintió con la cabeza, pero no se calló.

—Igual es una mierda lo que han tirado, o basura.

La noche pasó, y duró para los dos el mismo suspiro que ambos dieron al dormirse.

Al día siguiente, llegaron casi corriendo de la escuela y fueron a buscar sus flamantes cañas de pescar entre las cosas del trastero. No tardaron en encontrarlas, envueltas en fundas de color granate claro; allí esperaban la próxima temporada de pesca sin muerte de la trucha, que practicaban con su padre.

—Nos llevamos la sacadera también. Y las gafas polarizadas, por si acaso no vemos lo suficiente. Y una bolsa de plástico del Eroski por si encontramos lo que buscamos.

El pequeño cogió nervioso la bolsa y se la puso bajo el brazo. Miró a su hermano, y lo hizo con admiración.

—Tenemos una hora antes de que vuelvan los *aitas* del trabajo —se dijeron.

Salieron de la casa tan deprisa como habían entrado. Fueron corriendo hasta el cauce del río. Cuando llegaron, bajaron al puente mirando la superficie en todas direcciones, pero el agua, a esa altura, hacía demasiado reflejo como para ver a través de ella. Dejaron sus cachivaches encima de una piedra.

—Quédate aquí. Desde la altura del puente se verá mejor —dijo el mayor. El pequeño observó a su hermano trepar por la empinada cuesta de vuelta a la carretera. Cuando llegó a la mitad del puente, miró a su hermano. Este lo interrogó con la cabeza. Él negó también con la cabeza. Al cabo de unos segundos, dio la voz de alarma.

—Más adelante, más —le dijo a su hermano en voz baja mientras, con la mano, le indicaba el lugar. El pequeño obedeció—. Quieto ahí, no te muevas, ¿me oyes? —El chaval abandonó el puente y se acercó a la orilla, a la altura a la que había ordenado a su hermano que se detuviera—. Es algo alargado y negro, creo. Extiende la sacadera. Con la caña igual no podemos. No está a mucha profundidad. —Nada más decirlo, se descalzó y, con ayuda de las gafas polarizadas, pudo ver con más precisión el fondo. La mancha negra era visible. Metió la sacadera y, después de varios intentos, cumplió su objetivo. Necesitó todas sus fuerzas infantiles para reflotar el objeto. Su hermano, también descalzo, lo ayudó sujetándolo por detrás. Dejó la pesca sobre las piedras de la orilla y se miraron con extremo nerviosismo.

—¡Ostras! Es una pistola —dijo el pequeño con los ojos muy abiertos—. ¿Será de verdad?

El mayor no contestó. Durante unos segundos solo se oyó el discurrir del río.

—Métela en la bolsa, rápido.

El pequeño retiró las hojas que se habían adherido al puño y al gatillo.

—¡Cómo pesa! —dijo mientras la guardaba.

El mayor no dejaba de mirar con las gafas la superficie del río.

—Vámonos a casa. Hay que decírselo al *aita*.

—Calla, coño —dijo el mayor mientras avanzaba hacia una zona menos profunda del río.

—Vámonos —insistió el pequeño con cara de gran preocupación.

Al terminar la frase fue cuando su hermano divisó la segunda pistola, al lado de un tronco, en una esquina de un pequeño salto de agua.

—Dame la sacadera —le gritó a su hermano. Este obedeció con rapidez.

—¿Qué pasa? ¿Hay otra?

—Me parece que sí —dijo introduciendo la red en el agua.

—¡Qué fuerte!

Al cabo de dos minutos, se reunieron en la zona donde habían dejado las cañas. Guardaron la segunda, de igual tamaño y color que la primera, en la misma bolsa. Miraron a su alrededor y no vieron a nadie.

—¿Miramos a ver si hay más? —preguntó el más pequeño con excitación.

—Lanzaron dos cosas. Lo vi claramente.

Koldo cogió de los hombros a su hermano pequeño con solemnidad.

—Me tienes que prometer que esto no se lo vas a contar a nadie. Vamos a guardar esto en el desván. No se lo vamos a contar a nadie —insistió. El pequeño asentía con la cabeza y con media sonrisa cómplice—. Será nuestro secreto —sentenció—. Nadie lo debe saber. Los *aitas* no pueden enterarse de esto. Serán nuestras pistolas.

Vicente Parra estaba en la habitación de los niños. Se inclinó hacia atrás en el respaldo de la silla y respiró mirando al padre en actitud muy seria. Este intervino.

—Yo las encontré en el desván ayer. No supe qué pensar, incluso llegué a imaginarme que serían de mi mujer. Solo vivimos cuatro en esta casa. Estos dos mocosos, su madre y yo. No sé, me quedé atónito. No había muchas opciones.

—No se preocupe —dijo con calma Vicente—. Ahora necesito otra cosa —dijo, dirigiéndose a los chavales. Se notaba que llevaban la congoja en el cuerpo al ver al policía hablar tan serio.

Los críos, que estaban sentados en el sofá, junto a su padre, muy formales, miraban al policía con una mezcla de respeto, admiración y miedo. Vicente, que no dejaba de mirar la libreta sin dejar de apuntar cosas con su inseparable lápiz, se acordó de su hijo. Y se acordó de lo rápido que había crecido. Y también de su compañero de trabajo.

«¿Dónde estás, Kai? Mi fiel compañero. Ya no me puedes ayudar. Aún

conservo en el teléfono el WhatsApp que me mandaste media hora antes de morir.» Su última comunicación, aquel escueto mensaje final con un tono de misteriosa frialdad «No te vayas q tengo q contarte una cosa. Kai.»

La siguiente vez que lo vio, fue al cabo de tres horas, en el depósito de cadáveres del Instituto Anatómico Forense de San Sebastián. Su amigo el forense lo dejó entrar. No parecía él. Tampoco sabía por qué quiso verlo. Ahora, esa imagen era la que guardaba de él, por encima de otras. Tenía la cara totalmente desfigurada. La bóveda craneal abierta por el lado derecho a causa de la violencia del impacto. La barbita que había empezado a dejarse no hacía ni dos meses no era cerrada, y parecía ajena a él. Estaba totalmente cubierta de sangre coagulada y negra. El torso, extrañamente hundido. «También del impacto», le recordó el forense cuando lo preguntó. «Cuando se salió de la carretera, iría a buena velocidad», le dijo el galeno después de taponarlo con una sábana. Un accidente mortal de necesidad. Kai, como le gustaba que lo llamasen, fue un buen ertzaina. Formar un equipo con él era garantía de que las cosas se harían y bien. Hormigueta, siempre atento a todos los detalles y muy profesional. Le gustaban los coches rápidos y la velocidad. «Igual ese sería su único defecto, pero... —pensó el inspector—. Qué mierda. Si supieras que ahora igual tengo las pistolas que mataron a Ferni, te hubieras alegrado mucho. Eras un entusiasta. Kai, ¿qué coño querías decirme aquel día? ¿Sería algo importante o sería una chorrada?»

Había pasado tanto tiempo absorto en sus pensamientos, y en un sitio tan inadecuado, que sintió muy de cerca los seis ojos que lo miraban interrogantes. Volvió al lugar donde estaba de manera elegante. Levantó la vista de la libreta y le dijo al padre.

—Está muy bien lo que me han contado sus hijos. Le agradezco la prontitud con la que se ha puesto en contacto con nuestra comisaría en Tolosa.

—Esto lo descubrí ayer en el desván mientras buscaba la caja de las moscas para la nueva temporada de pesca. Me asusté, por eso los he llamado a primera hora. No entiendo cómo estos mocosos pudieron hacer una cosa así. No comprendo cómo las ocultaron durante un año sin decirme nada.

Los dos chavales bajaron la cabeza sumisos.

—No se preocupe. Los críos son imprevisibles. Se lo agradezco de verdad —insistió Vicente.

—Ahora necesito algo más —dijo dirigiéndose al mayor.

Este lo miró con cierta congoja.

—Quiero que te acuerdes de las dos personas. Todos los detalles que puedas recordar. Es fundamental. Ya sé que ha pasado un año. Tienes que hacer un esfuerzo —dijo el subcomisario con la mejor de sus caras—. Tú tenías los

prismáticos en el momento en que tiraron las pistolas al río, ¿verdad?

El niño asintió con la cabeza.

—Pues venga, haz memoria —le conminó su padre—. Cuéntale lo que me contaste a mí.

Fue entonces cuando el chaval comenzó a hablar.

—Eran un señor y una señora.

—Eso ya nos lo has contado. ¿Cómo eran?

—El señor era alto y corpulento. Llevaba una cazadora negra.

—¿Y la señora?

—Ella era más baja.

—¿Cómo tenía el pelo?

—Creo que era rubia. No recuerdo bien.

El ertzaina respiró con calma ante los datos que le estaba proporcionando el chaval, e intentó no condicionar sus respuestas.

—¿Cómo vestía ella?

—Llevaba falda. Se le levantó un poco con el aire cuando se acercó al coche.

Su hermano pequeño dibujó una pequeña sonrisa, pero la mirada asesina de su padre hizo que la retirara rápidamente de su cara.

—¿Llegaste a ver el coche donde iban?

—No, lo tapaban los árboles.

Vicente siguió anotando.

—¿Ni siquiera el color?

—No.

—¿Qué edad calculas que podrían tener?

—¿El señor?

—Los dos.

—No sé, era un poco viejo.

—¿Un poco viejo como quién?

—¿Como yo? —preguntó el *aita*.

—Sí.

—Yo tengo cuarenta y cinco —contestó el padre con media sonrisa—; y ya me considera viejo —agregó en tono levemente distendido. Vicente lo miró en el mismo tono.

—¿Y la mujer?

—No sé.

—Bien. Quiero que me digas si hicieron algo extraño después de tirar las armas al río.

—Se dieron un beso.

El pequeño volvió a sonreír, pero las miradas estaban puestas en el mayor.
—Y se volvieron hacia el coche. No hicieron nada más.

El inspector miró de nuevo al padre y pensó que no quedaba mucho que rascar. El detalle del beso le llamó la atención. Cuando la reunión iba a terminar, el mayor volvió a hablar. Vicente acababa de levantarse.

—Su cazadora era muy bonita.

Los dos adultos lo miraron con extrañeza.

—¿Tenía algo de especial esa cazadora? Me has dicho que era negra, ¿tenía algo más que la hiciera distinta?

—Tenía el nombre de Yamaha en la espalda.

Vicente anotó en la libreta el dato.

—¿De qué color era el letrero?

—Blanco y azul y con la insignia de Yamaha encima.

El comisario escribió con cautela los datos porque le parecieron muy precisos. Demasiado. Se quedó pensativo un momento.

—Esta es la habitación donde estabais cuando los visteis, y esa la ventana, ¿verdad? —dijo señalando una de doble hoja que estaba al fondo.

—Sí —contestó el padre—, es su habitación de juegos.

Los dos niños asintieron.

—¿Me puedes enseñar los prismáticos que te regalaron? —preguntó Vicente al mayor.

Este salió disparado hasta uno de los cajones del armario principal y los trajo, con su funda negra, en una pequeña bandolera.

—¡Qué bonitos! —dijo mientras los abría.

Los dos críos miraron entusiasmados cómo el ertzaina los sacaba de su funda y retiraba las cuatro protecciones de las lentes y observaba las indicaciones. «Aumentos:10x40.»

—Tienen mucho alcance —comentó el padre.

—Vamos a ir a la ventana —le dijo al niño— y miraremos como cuando lo hiciste aquella vez. ¿Te parece?

Todos se acercaron a la ventana. El subcomisario miró a través de los prismáticos.

—Hay que mover la ruedecita del medio para ver bien —se oyó advertir al más pequeño.

El policía lo miró con una sonrisa.

—Gracias —le contestó mientras se percataba de su alcance.

Se podía ver con total claridad el puente. Como era mucha distancia, el temblor de sus brazos fue lo único que lo hizo dudar de la claridad de las imágenes, pero el niño mayor se lo aclaró como si se lo hubiera preguntado.

—Para ver mejor, a veces me apoyo en la mesita esta con los codos, y así no tiembla tanto.

Vicente no contestó. Siguió mirando e imaginando que la visión de su joven testigo podría ser más veraz de lo que él había supuesto hacía unos minutos. ¿Sería capaz de ver el letrero de una cazadora en la parte trasera? ¿Y que fuera ese letrero exactamente?, ¿el de una marca de motos?

En ese mismo momento, una persona atravesó el puente, y el subcomisario mantuvo su visión sobre ella. «Podría ser. Se le ve muy cerca y muy nítido», pensó. Los tres observaron con curiosidad cómo el policía miraba a través de los prismáticos. Lo hizo más rato del que hubieran imaginado.

Vicente se despidió de la familia, y los dos niños lo acompañaron hasta la puerta de casa; el subcomisario les ofreció la mano con mucho protocolo. Eso les gustó.

Tardó unos instantes en llegar a la altura del puente. Detuvo el vehículo y se acercó a la orilla. Se apoyó en la barandilla de piedra y observó el cauce enigmático del Araxes. Y también miró la casa a lo lejos y pensó que la distancia era considerable, pero también recordó la nitidez con la que se veía a través de los binoculares. Desde esa distancia era difícil darse cuenta de que había alguien en la ventana de juegos de los críos que podía estar observando la escena. Probablemente, las personas que arrojaron las pistolas no se imaginaron que estaban siendo observadas, y por eso tiraron con impunidad su carga al río. Los remansos de la orilla derecha daban acceso a él y pensó en bajar, pero no lo creyó necesario.

Los pequeños rápidos daban un nivel sonoro monótono y muy relajante. El lugar estaba a la salida de la población de Lizartza y el tráfico seguía siendo muy escaso. Por un momento, pensó que tenía a Bonnie y Clyde, como autores del asesinato. Intentó centrarse. «Tienes un pasito más —pensó el policía mirando el reflejo del agua—. Estoy más cerca de ti, Ferni. Pero, aún, demasiado lejos. Siento mucho el retraso.»

San Sebastián, domingo 31 de mayo de 1982

—¿Esta grabadora no tiene pausa?

—Claro que la tiene. Es aquí —señaló.

El niño retiró la funda negra, ligeramente ajada por los lados, y el botón de grabación no hizo nada.

—No funciona. Esto es una mierda, no va a salir.

—Que sí, joder. Es la mejor que tiene mi padre. Es este botón rojo de aquí.

—Pues no deja apretarse.

—Solo lo hace si tiene cinta, patoso; y déjame, que esto solo lo voy a usar yo... que, como te lo cargues, mi *aita* me mata —añadió Iñigo.

—¿Y no se enterará de que se lo has quitado? —preguntó Ferni.

—Está de viaje y hasta pasado mañana no vuelve; y la *ama* no se entera si falta. No oye música casi nunca.

—¿Has traído las pilas?

—Sí, doble carga.

—¿Cuánto durará una tanda? —preguntó Ferni.

—Si son nuevas, tenemos que tirar con ellas por lo menos dos horas. Es tiempo más que suficiente para una cinta.

—Pero ¿seguro que son nuevas?

—Que sí, que me han costado una pasta —contestó Iñigo.

Antonio miraba la conversación con aire de displicencia mientras observaba el aparato por todas las esquinas.

—Iñigo, ¿a qué hora les has dicho a los dos *gilis* que faltan? Son ya las diez de la noche pasadas.

—Yo me voy sin esperarles —amenazó Antonio.

—¡Ahí están!

Daniel y Sergio aparecieron a la carrera por la esquina de la calle Aldamar.

—Creíamos que no veníais.

—La *ama* me ha hecho más preguntas que si fuera la poli —dijo Sergio riendo.

—Se supone que todos estamos en tu casa, ¿no?

Todos miraron a Antonio esperando la aprobación del líder.

—Que sí, miedicas, que sí. Está todo controlado. Y si no lo estuviera, ¿qué?

—Pues que mi *ama* me castiga durante todo el mes sin salir —respondió Daniel.

—Venga, dejaos de chorradas, ya está hecho; y ahora, tenemos dos horas antes de volver a casa; o sea, que vamos a darnos prisa.

—Tienes una madre enrollada —dijo Ferni pasando la mano por el hombro a Antonio.

—Vamos a revisar las cosas —dijo Antonio.

Los cuatro lo miraron.

—Lo primero, las linternas.

—Yo no he traído, se me ha olvidado comprarle pilas —dijo Sergio mostrando una pila pequeña que se acababa de sacar del bolsillo.

—Joder, cuidado que lo hemos dicho esta mañana en el recreo —se enfadó Ferni—. Lo único que os he recordado, cojones.

—Las pilas del grabador de Iñigo no sirven.

—No, son muy grandes —contestó Antonio.

—Venga, Sergio irá conmigo —dijo Daniel.

—Tú te encargas de la grabadora —dijo Antonio a Iñigo—, pero en todo momento los cuatro miramos alrededor por si viene alguien, ¿entendido? Y, sobre todo, mucho silencio y nada de hacer ruidos. Todo tiene que salir bordado. No puede ser mañana. Tiene que ser hoy por narices.

—¿Y si nos encontramos a alguien? ¿Cuál es el plan?

—Pues depende quien sea. Si es una parejita follando, nos retiramos con discreción y... esperamos a que se vayan.

—Sí, con el frío que hace —apostilló Sergio—. Además, estamos en Euskadi. Aquí no se folla. Como máximo, pajillas.

—Nunca se sabe —sonrió Antonio.

—¿Y si es el guarda?

—Si pasa algo, salimos corriendo y que cada uno se busque la vida. El punto de reunión si pasa algo es este, donde estamos ahora; pero aquí, no en la entrada del cine, que siempre suele haber mucha gente —dijo señalando la esquina con la calle Aldamar, próxima al cine Miramar.

—¿Alguna pregunta?

—Nada de nada —dijo nervioso Sergio. Los demás negaron con la cabeza casi al unísono.

—Otra cosa. Cuando saltemos la verja, cuidado con las piedras que hay a la izquierda, que a veces resbalan y se caen al paseo —advirtió Antonio.

—Sí, que el otro día casi me tiras una en la cabeza. No me dio por poco — dijo Sergio.

—Hubiera venido bien, a ver si espabilas —respondió Iñigo.

Los cinco amigos se acercaron con paso ligero hasta la entrada del monte Urgull que había cerca del Paseo Nuevo. Escalaron por la verja, que estaba ya cerrada. Ayudaron a Iñigo, que llevaba la mochila. El camino estaba muy oscuro y las luces de la ciudad, que se veían ya desde cierta altura, no contribuían en absoluto a alumbrar la senda. El empedrado del camino cuesta arriba hacía que el andar no fuera cómodo.

—Solo enciendo yo la linterna hasta llegar al lugar. ¿De acuerdo? Los demás me seguís y así ahorramos pilas —dijo Antonio.

Todos asintieron y siguieron subiendo.

La fila de adolescentes recorrió la empinada cuesta que daba acceso a la zona oeste del monte. La oscuridad era total. El haz de luz de la linterna de Antonio hacía de guía mientras una extraña calma, rodeada de árboles tupidos por la primavera, escoltaba el camino. El silencio se apoderó de ellos. Se volvieron y encararon la cara norte del pequeño monte donde se encontraba el cementerio de los Ingleses. Antes de llegar, dejaron a un lado el emblemático Choritoque de los Teatinos y atravesaron un pequeño pasadizo, el del puesto de vigilancia del oficial de guardia, situado justo en la batería del mirador. La sensación de nerviosismo fue creciendo y sobrepasando la frontera del miedo. No hubo ni el más mínimo comentario hasta llegar al cementerio de los Ingleses. Cuando el cabecilla de la formación iluminó la verja de acceso, todos se pararon.

Iñigo y Ferni encendieron sus linternas y, por un momento, aquellas luces dieron lugar a un baile de focos de distintas intensidades que iluminaron todos los rincones del pequeño camposanto. Los juegos de sombras alumbraron indiscretamente lápidas, tumbas y verjas. Los árboles, que abundaban entre las tumbas, daban un toque aún más tétrico al conjunto. Sobre una roca rojiza, una representación de un castillo —con una inscripción rematada en su cima por una enorme águila con las alas abiertas—, presidía la zona. La figura había formado parte de un monumento que en 1913 se edificó en otro lugar. Y, debajo, el monumento a los soldados ingleses en torno a un cañón en un estado de conservación lamentable. Faltaban partes de las figuras. Los cuerpos mutilados de piedra hablaban por sí solos.

Antonio se acercó a una de las lápidas y la iluminó. Su inscripción le impresionó. Nunca antes, de día y con luz, preparando la sesión, se había percatado de su presencia.

Se le puso la carne de gallina.

Avanzó por el interior del lugar sorteando las losas de un laberinto cerrado de muerte y silencio, solamente roto por el murmullo muy tenue de los comentarios aislados de sus compañeros de expedición. Paró unos segundos para cerrarse el abrigo hasta arriba. No hacía frío, pero él lo sintió. Iluminó otra lápida.

DEDICATED TO THE MEMORY OF CORONEL
SIR RICHARD FLETCHER
WHO FELL AT THE SIEGE OF SAN SEBASTIAN
IN AUGUST 1813

—¡Está aquí! ¡Es esta!

La voz de Antonio se oyó más alto de lo que todos hubieran imaginado. Iñigo volvió la cabeza con rapidez. Los cinco se arremolinaron en torno a él. La lápida con la inscripción de piedra era clara:

DEDICATED TO THE MEMORY OF
WILLIAM L. M. TUPPER

—Aquí detrás está en castellano —avisó Daniel.

CORONEL DEL 6.º REGIMIENTO DE ESCOCESOS B.A.L. Y ANTES DEL RE N.º 25 DE
SMB QUIEN, A LA CABEZA DE SU CUERPO A LA TOMA DE AYETE, EL 5 DE
MARZO DE 1836, CAYÓ HERIDO MORTALMENTE A LOS 32 AÑOS DE EDAD

—Este es el Tupper. Venga, vamos a empezar. Este sitio me impresiona —dijo Sergio, preocupado.

—Qué guay —dijo Iñigo—. Tiene nombre de recipiente de cocina.

—Calla, idiota —respondió Ferni.

—No, no, no lo vamos a hacer aquí. Este tipo murió en la guerra por disparos o por metralla, yo qué sé. Este no nos interesa —dijo Antonio—. Este descansa en paz, fijo, murió porque era un soldado. No hay honor militar más alto que morir en el campo de batalla luchando por tu patria. Esto es una muerte lógica.

—¿Qué estás diciendo? —preguntó Iñigo—. Aquí es donde el otro día dijimos que lo haríamos.

—No —apoyó Ferni—. Aquí no.

Daniel, Iñigo y Sergio miraron a Ferni y Antonio y se iluminaron entre sí las caras con los haces de las linternas.

—El otro día leímos —dijo Antonio— que en el cementerio de los Ingleses también hay enterrados civiles.

—¿Qué dices?

—El otro día hablamos de venir a la tumba de Tupper —replicó con decisión Iñigo—. Y es esta. ¿Qué coño estamos buscando entonces?

Los demás asintieron con extrañeza.

—Estamos buscado la tumba de una niña y su madre. Lo leímos ayer en un libro de historia. Están enterradas aquí.

—¿Una niña?

—No jodas. Eso da muy mal rollo —dijo Daniel.

—Y su madre —añadió Ferni para apoyar las palabras de Antonio, que no dejó de mirar a los allí presentes mientras enfocaba la tumba del soldado caído en combate. Su cara de control de la situación lo hizo sentirse bien; y el hecho de ver a tres de sus amigos asustados le proporcionó un plus de anchura.

—Esto no me gusta una mierda —dijo Sergio—. ¿Por qué no nos lo has dicho antes? Yo me largo.

—El paseo hasta abajo está muy oscuro —argumentó con cierta malicia Antonio—. Pero si no estás cómodo, fuera, te largas y ya está —remató con decisión—. No lo hemos dicho antes porque tampoco variaba mucho las cosas y, además, esto... fue ayer cuando nos enteramos —mintió—. Insisto, si te quieres ir, venga, adiós.

La visión de irse solo fue una posibilidad que no contempló al ver la piña unida que los restantes integrantes del grupo formaron en torno a su líder. Al darse cuenta de la situación, el mismo Sergio tomó la iniciativa.

—Venga, pues si vamos a hacerlo, vamos a hacerlo ya. ¿Qué hacemos? ¿Dónde está la tumba de esas mujeres? ¿Cuál de ellas es? —preguntó Sergio.

—No lo sabemos —contestó Antonio.

—Lo leímos ayer en un libro, pero no decía cuál de ellas era exactamente —lo apoyó Ferni—. Tenemos que encontrarla. Igual es una de las que tiene verja —dijo señalando varias tumbas.

—Vamos a separarnos y a intentar encontrarlas. Esto es muy pequeño, no tardaremos mucho.

—¿Qué nombre buscamos? —preguntó Daniel.

Ferni sacó un papel escrito a mano y leyó en voz alta, grave y pausada lo que, en el escenario donde se encontraban, sonó como el comienzo de una película.

—«A la sagrada memoria de Sara, la adorada y querida esposa de Don Juan Callender, cirujano de S. M. Británica. Inspector general de los hospitales B.A.L. Falleció aquí en San Sebastián, el 31 de mayo de 1837. Asimismo...»

—¡Hostia! Hoy es 31 de mayo —dijo Sergio con grandes dosis de miedo en el rostro.

—Las casualidades no existen. Por qué narices crees que hemos venido precisamente hoy —replicó Antonio con autoridad.

Ferni quiso seguir leyendo, pero fue interrumpido por Iñigo con el morbo reflejado en la cara.

—¡Qué guapo, hemos venido a buscarla el mismo día que murió! Tiene que salir. Descarado que sí.

—¿Puedo seguir? —preguntó Ferni con cara seria.

Todos asintieron con la cabeza.

—«Asimismo, aquí yace María Matilde —dice la persona que ha escrito esto, que no se puede leer el apellido—, fallecida en Santander, el 19 de enero de 1836 a la edad de 22 meses.»

—¡Qué fuerte! Murió en la fecha más emblemática de esta ciudad. La víspera del día de San Sebastián —interrumpió de nuevo Sergio—. Igual fue por un empacho de angulas.

—¡Deja de decir chorradas! —le conminó Antonio.

—Esto no me gusta nada —insistió de nuevo Sergio—. Los niños muertos me dan muy mal rollo.

—Son muertos, como tú y como yo lo seremos en un futuro más o menos lejano. Y los muertos no hacen nada, los que lo hacen son los vivos —remató Ferni con decisión.

—Buscamos a Sara y María Matilde, hija y esposa de un cirujano que se llamó Juan Callender, ¿entendido? Nos hace falta un asesinato o algo fuera de lo común. La muerte de un soldado en la guerra es hasta cierto punto lógica. Buscamos algo contra natura. La muerte de un niño.

—Pero no sabes si la asesinaron —preguntó Daniel.

—No. Y eso es lo que vamos a preguntarle.

—¿A una niña de apenas dos años?

—Un espíritu sabe hablar desde que nace —argumentó Antonio.

Todos callaron cuando escucharon sus palabras. Él mismo rompió el silencio.

—Venga, vamos a darnos prisa. Nos separamos en grupos. Vosotros dos, juntos con una linterna —dijo Antonio señalando a Sergio y Daniel.

El pequeño espacio del cementerio de los Ingleses fue testigo de la búsqueda. Los amigos no pasaron más de cinco minutos escudriñando las paredes llenas de verdín de las tumbas, retirando ramas y pasando los pañuelos por las inscripciones de las lápidas. Pronto saltó la voz de alarma. Solo fue un silbido, dos sonidos cortos y muy agudos —el código que la cuadrilla tenía para

avisarse—. Ferni levantó la mano y apartó las ramas del todo. El corazón se les aceleró por momentos. Sergio temblaba con la linterna en la mano y Daniel se mantenía callado y bien sujeto al brazo de Iñigo.

—Joder, es verdad, es esta —dijo Antonio.

—Enfoca bien —le instó Daniel.

Ferni consiguió leer en voz alta. La inscripción estaba casi borrada y, en efecto, el apellido no se podía leer: Sara y María Matilde.

Pareció que los adolescentes se habían quedado paralizados. De nuevo, Antonio fue el que comenzó a actuar.

—Empecemos.

Los cuatro haces de luz de las linternas hicieron que el nombre de la niña brillase a pesar de la oscuridad. Por un instante, en aquel pequeño mundo de jóvenes curiosos no existía nada más fuera de aquella tumba. Los nombres de las dos mujeres se quedaron en la retina de todos. Tardaron varios segundos en reaccionar; pero, a pesar de ser uno de los que más miedo tenía, fue Iñigo el que lo hizo.

—Venga, pues ya está, vamos a poner la grabadora aquí en la base. Entre la verja y la base de la inscripción.

—Ilumina aquí —pidió Iñigo.

Iñigo sacó de la mochila el aparato y lo preparó con una cinta Ferro Super LH de Basf de sesenta minutos de duración. Cuando Ferni la vio, protestó.

—¿Solo de sesenta?, ¿no quedamos en traer una casete de noventa?

—No, está bien así.

—Será nueva, ¿verdad? —preguntó Antonio—. Para hacer psicofonías la cinta no puede ser usada.

Iñigo afirmó con la cabeza mientras mostraba el envoltorio y comenzaba a quitárselo. El ruido del plástico sonó más alto de lo que hubieran imaginado. Antonio, dándose la vuelta, iluminó el camino del paseo que accedía al camposanto. Aunque era casi impensable que hubiera alguien a esas horas, un día entre semana y con el acceso al monte Urgull cerrado. Por si acaso, volvió a mirar nervioso. Las sombras de los árboles lo volvieron a engañar aparentando formas fantasmagóricas donde no había más que una ligera brisa balanceando sutilmente las numerosas ramas de árboles, troncos retorcidos y espíritus eternamente dormidos. Pero también había mucho miedo. Nada de eso fue cortapisa para su acción. Respiró hondo mientras observaba cómo Iñigo tenía lista la pequeña grabadora de casete Iberia. Cerró la funda negra que la protegía e hizo un ademán con la mano de estar preparado. Los cuatro miraron a Antonio, lo alumbraron con las linternas y pidieron su gesto de aprobación.

—Espera —dijo Antonio mientras se acercaba el metro escaso que se había

separado.

—¿Qué pasa ahora? —preguntó Sergio.

—Tengo que decir unas palabras —dijo Antonio con autoridad.

—Déjame, las diré yo —contestó Ferni.

Antonio lo miró y accedió. Pero lo avisó:

—Recuerda las palabras exactas. Lo que nos interesa es la niña. Qué le pasó a la niña.

—Me las sé de memoria. Dale a grabar, Iñigo. —Antes de que Iñigo apretara el botón, Antonio lo detuvo con la mano unos instantes más.

—Recordad que después de esto no quiero oír ni media palabra —avisó.

Iñigo acercó el micrófono, conectado al aparato por un cable todavía algo enrollado, a Ferni y apretó el botón rojo de grabación a la vez que el del *play*. El silencio duró cinco segundos más. Los que tardaba en entrar la banda magnetofónica desde la parte blanca muda del comienzo de la cinta. Por si acaso, esperó un par de segundos más. La voz de Ferni sonó muy seria pero nada afectada.

—María Matilde, queremos saber si estás aquí. Somos tus amigos y queremos que nos cuentes cuál fue la razón de tu muerte. Confía en nosotros.

Ferni se emocionó al hablar a los muertos y hacerlo de manera tan natural. Todos los presentes tenían la carne de gallina por la emoción —hubiera sido posible percibirlo por encima de sus abrigos—. Iñigo dejó el aparato con suavidad en la base de la tumba, muy cerca de la inscripción. Orientó el micro hacia la tumba. Todos los haces de las linternas se volvieron hacia ese lugar. Los amigos se retiraron casi veinte metros, a la altura del paseo, y se sentaron en la gruesa barandilla de piedra. A lo lejos, se veía el monte Ulía, en la zona de Mompás, mientras las primeras luces de las casas de Sagüés, en el comienzo del barrio de Gros, se encendían. Pero, sobre todo, el majestuoso mar Cantábrico a sus pies, negro y salpicado de luces lejanas de barcos, no conseguía ni de lejos conjurar la oscuridad necesaria para la acción.

Nadie dijo una palabra mientras duró la grabación. Al cabo de una hora, se oyó el «clac» seco de la cinta, que se había acabado. Todos salieron disparados hacia el lugar. Iñigo recogió el aparato y retiró un par de hojas que se habían caído encima. Antonio fue el primero en hablar.

—Dame la cinta.

Iñigo obedeció sin rechistar.

—Ahora nos vamos, yo la oigo, y mañana os la paso.

Eran las once y media de la noche cuando abandonaron la necrópolis.

Antonio llegó a casa y su madre le recriminó la hora, pero él le dijo que al día siguiente tenía examen y que había estado en casa de un amigo estudiando.

Cogió yogur de vainilla del frigorífico; de los buenos, de los de leche recién ordeñada del caserío de su tía y hecho por su madre. Se encerró en su cuarto echando el pestillo. Entre cucharada y cucharada, se desnudó y se tumbó en la cama. Se puso los auriculares, metió la casete en su aparato de música y apretó al botón de inicio. La paró enseguida. La sacó y le retiró, con ayuda de la punta de una navajita, los dos plásticos diminutos del canto de la cinta para impedir que nadie pudiera grabar nada encima, ni involuntariamente ni adrede. Volvió a meterla en el aparato reproductor y apretó el *play*.

Escuchó las palabras de su amigo Ferni con extrema atención. El ruido monótono de después lo hizo volver a introducirse en la experiencia, pero ahora, entre mantas, estaba bastante más calentito. El frío llegó en el minuto treinta y uno. La voz de un niño llorando como en un susurro. Y se repitió dos veces más.

—Los críticos parece que están enfadados con el resto del mundo —espetó Virgilio desde la mesa del reservado de su restaurante.

Tenía el delantal algo sucio y el pelo alborotado. Jaione Egia acababa de sentarse. El cocinero habló de corrido sin casi pedírselo.

—Se creen por encima del bien y del mal: críticos, enteradillos, *fashion* y artistas y, desde hace poco, también los blogueros... se piensan que, en vez de escribir en una puta página entre millones en internet, lo hacen en la página central del *New York Times*. Estoy un poquito harto de toda esta historia.

—Le ruego que se calme y que cuide sus palabras —intervino la policía.

—Lo siento, pero ya se lo dije a su compañero. Yo no tuve nada que ver con la muerte de esa persona.

Jaione lo miró esperando más explicaciones, pero él volvió a su tema.

—Sí, les molesta que a la gente normal les gusten cosas normales porque ellos se consideran superiores. Que el restaurante esté lleno de gente, no les gusta.

La ertzaina pensó que no estaba diciendo nada más que tonterías, pero dejó que el cocinero se desahogara.

—Yo cambié, y eso a Ferni no le gustó nada. Yo no podía seguir dando cáscaras de manzana fermentadas con enzimas de cereal, porque aquello no llenaba el comedor.

Jaione sonrió por dentro al oír relatar el plato. Su rostro no cambió un ápice.

—Las guías de los mejores del mundo solo llenan el comedor de *frikis* ricos. Y esos no son muchos.

—Sí —respondió Jaione—, pero yo he venido para...

—Los críticos pretenden dogmatizar, educar, evangelizar gastronómicamente, y eso es una gilipollez —la interrumpió Virgilio recreándose en sus palabras—. Estoy hasta más arriba del moño de que me enseñen mi oficio —prosiguió señalándose la incipiente coronilla—. Además, ¿qué es eso de las puntuaciones? —dijo haciendo aspavientos con las manos—. ¡Es demencial! Hay guías que clasifican por centésimas de punto —añadió riendo forzadamente—. «¡Este año usted se merece un 17,29! ¡El año pasado alcanzó usted un 18,02! A ver si puede recuperarlos», te dicen condescendientes.

¿Nos hemos vuelto locos? ¿Desde cuándo el arte se puntúa? ¿Usted ha visto que los cuadros de Picasso tengan valoraciones? Bueno, sí —añadió con ironía—, en millones de euros, sí, ese es un buen calibre. El arte es libre y está por encima de estos bobos.

Jaione sonrió por dentro sin mover un milímetro la cara.

—Y no le digo lo de las listas. Peor aún. Eso ya es la guinda. Los treinta mejores, los cien mejores. Eso todavía es más sibilino. Un ascensor que solo te deja subir o bajar. ¡Bienvenido a la montaña rusa! Solo puede haber un ganador. En otras guías por lo menos puedes permanecer. En las putas listas es más peligroso aún. Todos los años, disgusto que te crío. He subido un puesto, he bajado dos. Es perverso. Un sinvivir. Más de uno se suicida. No me extraña. ¿Quién puede soportar esa presión? Dígame, ¿quién?

«Vaya verborrea que tiene este tipo —pensó la ertzaina—. Y cómo tiene interiorizado que la cocina es un arte.»

Intentó cortarlo, pero se le adelantaron. Sonó la puerta del reservado; se abrió y una camarera apareció por el quicio. Miró a ambos con una sonrisa.

—Lo siento. Virgilio, que si puedes venir a firmar un libro a una clienta. También quiere hacerse una foto contigo.

El cocinero salió disparado dejando a la ertzaina casi con la palabra en la boca y desapareció con un escueto «enseguida vuelvo».

La mirada de Jaione se volvió socarrona mientras lo vio alejarse en dirección a la entrada de su restaurante. Antes de desaparecer de su campo visual, el cocinero se peinó con la mano y se deshizo del delantal. Volvió en unos minutos, que a la ertzaina le parecieron demasiados.

—Lo siento —dijo nada más volver. Cerró la puerta del reservado y la miró con aire desafiante.

La ertzaina respiró durante unos segundos sin dejar de mirarlo.

—Yo tengo anotado aquí que usted era muy amigo de Ferdinand Cubillo.

Virgilio puso cara de incomodidad.

—Sí. Lo fui durante un tiempo... hasta que empecé a darme cuenta de que era su esclavo. Yo hice muchas cosas por él.

Jaione apuntó el dato sin levantar la vista de su cuaderno de notas.

—Pero eso se acabó. Se permitía juzgar mi trabajo y, muchas veces, hasta modificarlo. Que si debería tratar de otra manera la merluza. Que si los guisos tenían que tener tal especia, que si los helados debían estar más calientes. Se metió en la cocina y, en poco tiempo, la subida en sus clasificaciones fue inversamente proporcional a la asistencia de clientes al local. Yo estaba contento, pero no facturaba. Algunas guías no llenan locales, más bien los vacían. Recuerde esa famosa frase, «gran éxito de crítica y público». ¿Pero qué

pasa? ¿Por qué no van siempre juntas? ¿Qué sucede?, ¿que el público normal es marciano? ¡Los críticos son los que saben y el resto somos los gilipollas a los que hay que cristianizar! ¡Vamos, anda!

Jaione sonrió por dentro. Se mantuvo callada. El cocinero iba disparado.

—Eso se terminó. Yo di un giro a mi cocina, y eso él no lo entendió. Lo que escribí en la guía fue muy feo. Con todas las noches que compartimos. Yo lo llegué a creer mi amigo. Me ayudó como tal, y yo también a él. Pero eso ya no importa. Él está muerto. Yo no le hice nada. Se lo juro.

Jaione fue a protestar. Virgilio no la dejó. Sus palabras iban embaladas.

—Y le voy a decir otra cosa —añadió de corrido—. Algunos cocineros amigos íntimos de Ferni, de los incondicionales, se dedicaron a espolearle para que escribiera lo que escribí de mí. Eso no lo sé, pero me lo puedo imaginar. Hacerte amigo del crítico significa incitarle a muchas cosas. A poner a parir a compañeros tuyos, por ejemplo. Es como sembrar cizaña. Jalearse el mal ajeno, hacer leña de él... es un deporte nacional. Además, hacerte amigo del crítico te protege. Solo tienes que hacerle caso. Dejarte llevar. Invitarlo a comer. Hacerle la rosca. Pasarle la mano por la espalda. Estar a su servicio. Y este sabía cómo embaucar a todo el que le interesara. Se sentía a gusto. Eso lo sé con tanta certeza como que estoy aquí sentado con usted. Pero yo no le hice nada —insistió—, y le juro que se merecía un escarmiento.

—Yo no he dicho que usted le hiciera nada —respondió la ertzaina.

—Entonces, ¿por qué vienen de nuevo a molestarme? —añadió con acritud.

—Estamos investigando un crimen. Eso es todo.

—¿El testimonio de mi mujer no le parece suficiente? El día que mataron a este estúpido estaba en casa con mi mujer. Ella lo ha declarado varias veces.

Jaione lo miró con extrema seriedad.

—No me mire así —dijo bajando ostensiblemente el tono—. ¿Qué quería oír? No me apenó lo más mínimo la noticia. ¿Eso era lo que estaba esperando que dijera? Pues ya está, ya se lo he dicho. Y si quiere se lo repito —añadió el cocinero con una mezcla medida de enfado y respeto—: No me importa que este haya desaparecido.

La policía anotó en su pequeña agenda alguna frase.

—Un amigo que yo creí muy cercano pero que al final salió rana. Solo quería estar conmigo porque le interesaba. Una amistad que al final no fue más que un sueño. Me utilizó para lo que quiso y después me traicionó dejándome como quien tira un desperdicio al contenedor. Cuántas veces le organicé cenas con gente para sus movidas; en esta misma sala. Cuántas. Y no le cobré ni medio euro. Ni medio. Ingenuo de mí. No me atreví. No tenía que haberlo dejado, ¿no cree?

—No lo sé. Todo lo está diciendo usted —le dijo la policía desde la distancia y con una sonrisa forzada.

—Porque no se crea que es la primera persona que piensa eso —prosiguió Virgilio—. Es la comidilla del pueblo, aunque sea en broma. Pero ¡coño! —exclamó con vehemencia—, que desde hace un año se rumorea por todas las esquinas que yo me lo cargué de verdad. Espero que pillen, y pronto, al animal que hizo eso, porque la gracieta me está jodiendo bien —añadió en un tono muy duro.

—Estamos en ello —respondió la ertzaina.

—Pues estaría bien que se dieran prisa.

—¿Necesitas ayuda? —preguntó Françoise al ver a su hijo cortar perejil con el cebollero de manera casi frenética—. Lo digo por la velocidad.

—No, tranquila, esto del picar a este ritmo son reminiscencias de mi trabajo. Lo hacíamos así de deprisa, aunque no la tuviéramos. Tú siéntate por ahí —dijo Alberto, desde la barra americana, señalando el escueto sofá que presidía la pequeña sala.

—Te noto distante y algo triste —le dijo su madre—. ¿Pasa algo?

Alberto siguió picando la verdura sin contestar. Lo hizo cuando su madre repitió la misma pregunta.

—No. Solo estoy un poco cansado —contestó sin excesiva convicción.

Françoise se alejó brevemente de su hijo mascullando si no le pasaba algo, pero en unos segundos dejó de darle importancia. Se dirigió al ventanal que daba a la playa de la Zurriola. La mesa de delante tenía un mantel de papel grueso de color blanco con trazos en las esquinas, como si algún grafitero lo hubiera decorado. Dos copas por comensal junto con una cuchara y un tenedor eran lo único que había encima. En el centro, una rama de árbol recogida en la playa acogía tres pequeñas velas encendidas que daban un toque intimista. Su luz oscilante se reflejaba en el cristal, por el que entraba ya la noche vestida de negro de gala.

Françoise percibió algo muy agradable en el ambiente. Aquel pequeño apartamento, residencia momentánea de su hijo pequeño y de su novia, tenía algo, y no sabía muy bien qué. Observó con cierta melancolía el mar sin salir al balcón. La oscuridad, junto con la calma marina de los últimos días, hacía de la superficie un remanso de tranquilidad. Las luces aisladas y lejanas de los barcos se dejaban entrever en la punta de Mompás, a la espera de rodear el monte Ulía y meterse en el puerto de Pasajes. Probablemente esperaban a que la marea subiese.

—Cenaremos dentro —dijo su hijo levantando levemente la cabeza y la voz—. O qué, ¿prefieres fuera? Tú eres la friolera. He puesto la mesa cerca de la ventana para ver el mar por si no te atreves.

—Mejor dentro; no hace mucho frío, pero no está como para estar fuera y quieto toda la cena. Mejor deja la mesa donde está —respondió su madre

tocando el mantel.

El abuelo Martín asintió sentado en el sofá.

—Mejor dentro. Noto frío solo cada vez que abris la ventana.

—Pero lo que sí voy a hacer es ir un momento fuera —dijo Françoise pegando la cara al cristal del ventanal; y añadió—: Está preciosa. —Giró la manilla que abría el ventanal.

—Esa ventana —se oyó decir al abuelo. La mujer la cerró con rapidez tras ella.

Françoise sintió el olor a mar —a salitre— cuando se apoyó en la barandilla de cemento del balcón, y también notó la humedad que había sobre ella. «La fachada del edificio necesita una mano de pintura», pensó al ver un pequeño desconchado.

El tráfico del paseo era el habitual de un día de labor cuando la noche está ya entrada. Las luces del Kursaal brillaban como un cuadro cubista, pero no lograban confundirse con los cubos de piedra, bastante más pequeños, que formaban el espigón que protegía la playa de la Zurriola. Ni rastro de surfistas en la playa. La vista era tan privilegiada que por la izquierda se podía ver toda la avenida de Zurriola, y el cuarto piso de altura contribuía a poder ver con facilidad el primer puente que, con sus tonos verdes, daba paso al bulevar. Y como no habían salido del todo las hojas de los árboles, a pesar de estar a las puertas de la primavera, se podía ver también un trocito de la playa de la Concha. A la derecha, la zona de Sagüés y el comienzo del monte Ulía. Y al frente, la inmensidad del mar Cantábrico y la punta de Mompás en primer término, con su nueva pasarela de madera —estrenada no hacía ni seis meses—, que llevaba hasta la misma punta.

«Un lugar de ensueño —pensó Françoise—. Un sitio para soñar que eres una reina y que la ciudad está a tus pies.» Aspiró repetidamente el aire en calma del momento y cerró los ojos; pensó que su casa no tenía nada que ver con esta. No le importó. Las casas las hacen las personas que habitan en ellas y, si aciertas en tu elección, todo lo demás no es más que el papel decorado que envuelve el regalo. «Pero qué bonito es este envoltorio», sonrió para sí misma volviendo a abrir los ojos.

El sonido del cebollero sobre la tabla había cesado, y ahora se oía el ruido de las cazuelas sobre el fuego y el murmullo del agua hirviendo en una de ellas, apenas perceptible desde fuera. Miró un segundo hacia atrás y vio a su hijo tan concentrado en los fuegos que volvió a sus pensamientos y al escenario que tenía delante.

Pero también pensó, y no le gustó, que esa casa no era de su hijo, y que él y Amaia estaban allí de prestado; y eso destruyó parte de la magia del momento.

«La propiedad, la mierda de la propiedad —se repitió en silencio, apoyada en el balcón—. Pagar por vivir en un sitio así sin que sea tuyo —pensó la mujer— es una medida tan pasajera...» Los precios de los pisos de esa maldita ciudad eran los que eran, y el juego tenía las reglas de los ricos y no parecía que eso fuese a cambiar.

—Hola, Françoise.

Fue tal su manera de volver a la realidad, que Amaia se dio cuenta del respingo que dio la mujer y se disculpó enseguida.

—Lo siento, no quería asustarte.

—No te preocupes, estaba tan absorta admirando y disfrutando de las vistas que no te había oído llegar —respondió mientras la saludaba con dos besos.

—Tú estás cambiada... —le dijo nada más verla.

—Bueno, sí, algo —respondió la joven pasándose la mano por la cabeza.

—Sí, te has cortado el pelo —dijo dudando de su afirmación. «Pero hay algo más», pensó.

—Hace ya un mes que me lo corté, para el trabajo es más cómodo... ¿No ha venido Vicente?

—Acabo de hablar con él. Tenía que hacer unas cosas en Tolosa, pero me ha dicho que venía ya para aquí. Y eso ha sido hace media hora. Estará casi llegando.

—Yo me voy a quitar la ropa —dijo la joven—. Ponte cómoda. ¿Quieres unas zapatillas de casa? —preguntó al ver a Françoise con unos zapatos de tacón negros muy elegantes. Sin esperar la respuesta, conocía la contestación. Se dio cuenta de lo conjuntada que iba la madre de su novio. Mezclar ese pantalón negro ajustado con unas zapatillas de casa era poco menos que un insulto al buen gusto. Y la chaqueta de color fucsia oscuro, parecida a una americana, le daba un toque casi de modelo a la francesa. El colgante con motivos Toltecas —que caía sobre una camisa oscura abierta y sin botones en la parte superior—, eran su seña de identidad.

Françoise aguantó unos minutos más fuera y después cerró la balconada.

—Ya empezaba a tener frío —dijo cruzando los brazos.

—Esto ya está —dijo Alberto terminando de recoger—. Todo está listo. ¿Qué hora es? —dijo mirando su muñeca; se percató de que no llevaba puesto el reloj.

—Son las nueve y cuarto —respondió su madre.

—El *aita*...

—Está al llegar.

El telefonillo de la calle casi no dejó que terminara la frase. Sonó con decisión.

—Esa manera de llamar es del *aita*. Como si fuera un poli, seco y continuado —ironizó su hijo mientras abría.

—¿Qué tal por la ciudad de la luz, Françoise? —preguntó el abuelo Martín.

—Llegué ayer. Muy bien. Muchos recuerdos de Pierre. Me dijo que tiene ganas de verte. Está pintando un montón de cuadros. Dice que le relaja. Lo ha vuelto a retomar. Hacía muchos años que no lo hacía. Ah, y se ha echado novia otra vez. Y trabaja en arte también —dijo con admiración—. Lo pasamos muy bien. Estuvimos con los del museo y luego comimos juntas. ¡Soy francesa!, ¿qué quieres? La cocina es nuestra seña de identidad. —Se rio.

—Y la nuestra —intervino Alberto—, y la nuestra.

El subcomisario entró en la casa en el mismo momento en que Amaia salía de su habitación. Ella fue a la primera a la que saludó; después se dirigió a su mujer y, por último, a su hijo y a su padre.

—Creíamos que tocaba esperar —dijo Alberto.

—Calla —dijo su madre—. Son las nueve y veinte, y no estamos en horario europeo. Utilizaremos el nuestro para una cena de gala como parece ser esta —dijo mirando la minifalda y los zapatos que se había puesto Amaia. Luego se dirigió a su marido—: Es muy apropiado.

—He venido directamente desde Tolosa —contestó—. Si llego a pasar por casa para cambiarme, hubiera llegado más tarde —se disculpó.

—Qué dices, si vas muy bien —le dijo su mujer mientras le quitaba la cazadora.

—¿Ha pasado algo? —preguntó Françoise.

—Nada. Investigaciones rutinarias con el caso del crítico —dijo intentando restar importancia al asunto de las pistolas; pero era tan reciente que no lograba quitárselo de la cabeza. Ojalá durante la cena no se le notase la preocupación, pensó—. ¿Qué tenemos de cena? Y, sobre todo, ¿qué celebramos?

—Nada —dijo Alberto—. Todavía no habíamos inaugurado la casa con vosotros desde que estamos aquí. Y quedamos en hacer una cena cuando rescatamos al abuelo de la UVI.

—Sí, eso está bien —dijo el anciano—. Pero no sé, si yo ya no puedo comer cosas con sal, ¡con lo que me gusta el jamón!

—No te preocupes, *aitona*. Yo te controlaré lo que tiene sal.

Martín le sonrió sin soltar su bastón.

—Sentaos, quiero que probéis unas aceitunas rellenas.

—Bien. No te has vuelto loco para el aperitivo —sonrió su padre cogiéndolo del brazo.

—Re-lle-na-das por mí —contestó vocalizando cada sílaba con amabilidad.

—Eso cambia.

El abuelo cogió dos aceitunas y su nieto se lo recriminó.

—Eso sí tiene sal.

—No empieces —respondió—. Si solo he cogido una.

—Eres un mentiroso.

El abuelo guiñó un ojo a su nieto.

—No veas —intervino Françoise—, yo ya las he probado y están rellenas de un mojo a base de sardinas de lata que están: uhhmmm.

—Después tenemos tres entrantes, un pescado, una carne y postres. Podéis leer el menú, está debajo de la servilleta. Pero sentaos ya.

—Tenemos el menú hecho. ¡Qué categoría! —exclamó su madre.

Françoise abrió el medio folio lacrado por el centro, lo rompió y comenzó a leer el menú con admiración, sorpresa y en un tono de voz respetuoso: «Coral, manzana...»

El subcomisario y Françoise se miraron con absoluta complicidad.

—¿Pero qué celebramos? —volvió a preguntar el ertzaina intuyendo la respuesta.

—Lleva desde ayer preparando todo —dijo Amaia.

—¡Queréis escuchar a *ama*, si sois tan amables! —dijo Alberto con amabilidad; quería oír su menú.

Françoise leyó en alto, con parsimonia y vocalizando bastante. Incluso pensó que igual no terminaba de leerlo sin que la voz se le quebrase. No fue así. Intuyó que había llegado el momento que tantas veces había imaginado, pero nunca pensó que fuera tan delicado ni tan hermoso. Delante del mar, con casi toda su familia reunida. «Atrás han quedado las malas horas», pensó. Su interior se lo estaba diciendo a gritos.

Coral
Manzana sanguina
Nenúfares
Agridulce
Recomponiendo
San Blas de manzana
Kurut suave

—Dios mío, qué sugerente —dijo Françoise respirando hondo.

—Léelo en voz alta otra vez, que, yo, ya ni con gafas lo leo —pidió Martín.

Alberto sonrió. La dedicatoria final era casi más insinuante, y fue ella misma la que la leyó en voz baja pero audible mientras el resto lo hacía para sí mismo.

Un menú especial, para un día especial, rodeados de gente especial

—No pretenderás contarme que esto se hace simplemente para inaugurar un piso en el que lleváis viviendo ya unos cuantos años —insinuó Françoise—. No me considero tonta —atacó de frente.

Alberto y Amaia se miraron pero no dijeron nada. La madre de Alberto, al ver el silencio, no insistió más.

—Por nuestra parte, hemos traído algo muy especial también —dijo Françoise—: Un Magnum de Bodegas Sáenz de 2012.

A Vicente le dio un vuelco el corazón al oír el nombre de las famosas bodegas, acordándose de un caso de asesinato que tuvo hacía un tiempo.

—Fenomenal. Eso supera las expectativas que teníamos con el nuestro, o sea que dámelo para ver si está a temperatura —respondió Alberto.

—Está aquí —dijo Françoise acercándole una bolsa con la botella. Alberto tocó el exterior:

—Lo voy a meter veinte minutos en el frigo. Creo que le sobran un par de grados.

Su madre volvió a la carga.

—No te despistes. ¿Cuál es la verdadera razón por la que estamos aquí?

Alberto y Martín se cruzaron miradas cómplices. Amaia siguió vacilando con una sonrisa, recreándose en aquella situación, controlada y preparada por ella con antelación.

—Déjalo —dijo Vicente a Françoise. Él se había dado cuenta de que el juego lo controlaba la joven, y no había posibilidad alguna de participar en él a no ser que fuera como un mero espectador—. Cuando quiera decirlo, lo hará.

—Hazle caso al *aita* —dijo lacónicamente su hijo.

El primer plato fue una galleta muy retorcida de verduras y cúrcuma con forma de coral, acompañando a un caldo transparente de tomate. En medio, un trozo de bogavante asado jugoso y muy caliente.

El segundo, un trampantojo en torno a una naranja sanguina —pero elaborada con manzana y remolacha— que albergaba en su interior las últimas ostras de la temporada. El tamaño y la textura eran pura mordida marina.

Los nenúfares de capuchina del tercero flotaban vacilantes en un plato sopero con un ajo blanco muy estirado y cremoso que albergaba en el centro un trozo de verdel marinado.

En el cuarto plato, dos láminas de japuta recién horneada se acomodaban entre los ácidos punzantes de trozos de ruibarbo salteados con algo de azúcar en el punto anterior a que empezaran a deshacerse.

El plato más cromático fue el quinto: unas frutas en forma de guindilla, pequeños tomatitos y bellotas que, en realidad, eran orejones, ciruelas y gojis secos. El cordero asado y una salsa elaborada con sus propios huesos

contrastaban. El aroma de tomillo impregnaba la salsa humeante.

Las rosquillas de San Blas, convertidas en postre de manzana y atadas con una rama de lavanda, no eran más que bombones de manzana asada con sidra a las que se les había dado una forma que recordaba a aquellas. Las presentó sobre una enorme cantidad de anises estrellados. No había más que cogerlos con la mano y comerlos. El aroma del anís daba un matiz sensual.

El kurut fue el plato más complejo. Un yogur ahumado a medio secar sobre una sopa de almendras. Fue el que más le gustó a su madre.

—Un plato complejo, este último —dijo el subcomisario.

—Pues has limpiado hasta la última gota —acertó a decir Alberto.

—Ojo, no he dicho que no fuera bueno. Solo que no es para todo el mundo. Solo para entendidos —agregó el ertzaina.

—No sé cómo has dejado la cocina sabiendo elaborar estas hostias —dijo el abuelo.

Françoise sonrió mientras se limpiaba los labios con la servilleta.

—A mí me ha encantado —añadió Amaia sin dejar de observar que el Magnum, con apenas dos dedos de fondo, estaba pidiendo socorro.

Los bombones del final eran de chocolate con leche, *bitter* y bergamota. Hechos una semana antes. Por fuera parecían cantos rodados. La botella de *patxaran* casero acompañó la conversación, que discurrió entre París y sus museos, la vida del hermanastro de Alberto, algún detalle sin importancia del secreto trabajo de su padre, los avatares de la LIBRE RÍA, el menú y el trabajo de Amaia, en el que esta tenía pensado reducir su horario a media jornada.

El abuelo Martín, casi a escondidas, le birló la copa de *patxaran* a su nieto y le dio un trago. Cosa que no pasó desapercibida a Vicente.

—Aita, por favor.

—Lo único que puede hacerme es acortar esta prórroga que alguien me ha dado. Pasad un poquito de mí —añadió el anciano con media sonrisa.

Françoise, ajena a casi todo, seguía rumiando en su interior acerca de la razón de aquella cena.

—¿Vais a compraros un piso? —preguntó Françoise totalmente despistada. Tardó unas décimas de segundo en darse cuenta de su error—. Ya sé. Ja. ¿De verdad?

—Estoy muy cansada —dijo Amaia con cierta sonrisa.

Françoise se levantó de la silla y le dio dos besos y un abrazo a Amaia que, cuando la vio venir, se levantó con los ojos humedecidos.

—Ama, eres una bruja, una pitonisa —dijo Alberto riéndose; su madre no soltaba a Amaia—. ¿Cómo lo puedes saber?

Fue el ertzaina el que se levantó y dio dos besos a su hijo Alberto.

—Sabía que al pasar los treinta esto podía ocurrir. Enhorabuena —le dijo a Amaia con la mejor de sus sonrisas.

Las dos mujeres se secaron las lágrimas casi al mismo tiempo y volvieron a tomar asiento.

—¿Para cuándo?

—Estoy de cuatro semanas. Para finales de año, más o menos.

Martín miró de reojo a su nieto Alberto. Este le guiñó un ojo. El día anterior se lo había adelantado. Se levantó con la mirada puesta en su nieta política Amaia. Dentro llevaba a su bisnieto. «Ojalá lo llegue a conocer», pensó el anciano.

En el coche, Françoise y Vicente volvieron muy callados. Cada uno a su estilo, ambos habían asimilado que, pasando ciertas barreras de edad, eso podía suceder en cualquier momento. A Vicente, la idea de ser abuelo le sonó demasiado temprana para su edad.

La sensación de volver a casa solos en el coche sabiendo que ese mismo año se les otorgaría un cargo distinto del que hasta entonces ostentaban, hizo olvidar a Vicente, por unos minutos, lo ocurrido en el último año. La palabra «abuelo» lo dejaba con una contradictoria sensación de lógica y miedo que al policía no le gustaba nada.

La cara del Ferni en el periódico, y la de su compañero ertzaina, Arkaitz, el entrañable Kai, sobre la mesa del tanatorio con la cabeza destrozada, se le cruzaron al subcomisario, compensando, de manera dramática, la balanza de la nueva vida que estaba en camino.

—Lo único que estás haciendo es prolongar una situación que está finiquitada. ¿Qué te aporta él?

—No lo sé.

Leire y Bea se encontraban en la cafetería de la Zurriola terminando su café. Ambas estaban haciendo tiempo para entrar a trabajar. Habían compartido la comida en el popular comedor de la Zurri, cerca de su lugar de trabajo. La sobremesa había adquirido unos tintes densos que entre ambas intentaban diluir.

—Mira, el amor es algo muy difícil de definir y tiene que entrar con mucha fuerza —dijo Leire—. Tiene que ser un tornado al principio porque, con el paso del tiempo, se va diluyendo. Por eso mismo tiene que entrar con tanta fuerza. Para que haya inercia y aguante mucho tiempo. Si empieza desde la duda, no va a tener el suficiente empaque para cuando lleguen los niños o, simplemente, si la relación se alarga y hay que aguantar el día a día.

Bea sorbió de la taza de café con la mirada puesta en la cristalera. La voz de su jefa en la zapatería le sonaba distante, pero calaba en su interior como la arena mojada que tenía delante. El mar, en marea baja, parecía muy lejano a pesar de estar solo a cien metros de distancia.

—La teoría de que el amor puede crecer con el tiempo es bastante baladí. Se cae por su propio peso. Se puede mantener, no crecer. Casi siempre es así.

—A veces no —respondió Bea sin mirarla a la cara—. Sergio me lo dijo una vez.

Leire se mantuvo en silencio para no hacer llorar de nuevo a su empleada. Le pasó la mano por la espalda.

—Y, además, ya no sois niños, y él se está comportando como tal —dijo Leire con extrema suavidad para que no se molestara.

—Ayer estuve en el *gine* y me dijo que me fuera preparando para dejar de... Que igual me venía un poco adelantada y que la regla iría desapareciendo.

—Eso no es el fin del mundo. Tendrás algunos cambios, pero no sucede nada de nada. Verás. Luego te olvidas. No pasa nada.

Los ojos de Bea seguían fijados en la línea de la marea baja. Las olas tímidas del Cantábrico parecían no querer hacer ruido. Chispeaba. Era un día gris.

—Además, me dijiste que hace ya un tiempo que Sergio no te llama. Igual ya se ha olvidado de...

—Pero a mí me hubiera gustado tener algún niño.

Leire bajó la cabeza y apuró su taza de té, que estaba casi frío.

—Nunca es tarde para adoptar uno. Sabes que yo te podría ayudar económicamente —le dijo Leire volviendo a tocarle la espalda—. Si decides hacerlo, sabes que tienes mi apoyo para ir a donde sea a por él. A mí, los niños también me gustan. Fue una asignatura pendiente con Ferni —añadió sincerándose.

Bea respiró muy hondo y pensó en las palabras que su jefa le había dicho algunas veces. Llevaba muchos años con ella. Cuidaba de la zapatería como si fuera suya.

—Yo tuve un novio cuando estudiaba en Estados Unidos —dijo Leire—. Y pasó lo mismo. Era un sin fundamento. Hicimos bien en cortar. El amor, a veces, te engaña. Por el físico, por su habla, por sus maneras. Pero siempre hay que mirar lo que hay dentro. En muchas ocasiones está vacío. Después estuvo llamándome más de un año. Aquello era una relación que no tenía ningún sentido. Yo era una cría y él era tan rubio y guapo como tonto.

Bea la miraba en silencio; pero, al oír a su jefa decir aquello, esbozó una sonrisa. Pareció que sus palabras la reconfortaban.

—Con Ferni pasó lo mismo —dijo con palabras densas—. Cuando miré en su interior, al cabo de los años, vi que no tenía el fondo que yo esperaba. Lo que pasa es que desde su muerte eso parece haber cambiado. Solo recuerdo las cosas buenas de él. La muerte suaviza los recuerdos. Me hubiera gustado no divorciarme de él cuando pienso en cómo acabó.

Ahora fue Bea la que la miró con grandes dosis de empatía. Tenía el pelo corto y una mirada de ojos grandes que reflejaba solidariamente el entorno.

—Nunca hubiera pensado que, un par de veces al año, iría a ponerle flores al borde del río Araxes, donde fue asesinado. Nunca.

La zona de las *kupelas* estaba vacía. Hacía un frío muy especial. No intenso, pero sí húmedo, con aroma a manzana. El atardecer despedía esa especie de nostalgia de un día cerrado de nubes estáticas que se apaga.

Iñigo Altuna oyó un ruido que venía de la entrada de la enorme sala. Sus techos, de más de seis metros de altura, hacían que los sonidos reverberasen a lo largo de ella. Bajó los papeles que tenía en la mano casi a la vez que sus gafas de cerca. Esta vez oyó su nombre, débilmente pero con absoluta claridad.

—Iñigo.

—¡Estoy aquí! —dijo alzando la voz al tiempo que se acercaba a la puerta de entrada.

La figura estirada y algo desgarbada, con perilla escasa y amplias entradas frontales de su amigo Sergio Fuertes se dejó entrever al fondo del pasillo.

—Pasa, pasa, estoy terminando de anotar temperaturas. ¿Te apetece un trago? Esta última está de maravilla, en su grado de acidez exacto —dijo, casi de pasada, tocando la enorme barrica de acero de veinte mil litros. La humedad pegada a la superficie le dejó los dedos ligeramente mojados.

—No, gracias, acabo de tomarme un café.

—Enseguida estoy contigo —contestó Iñigo.

Ambos se reunieron en el comedor de la sidrería, en la mesa preferida de Iñigo, la más cercana al calor de las brasas. Se podían ver, muy cerca, las parrillas latentes de carbón casi extintas. La mesa de los frioleros, la llamaba el jefe. El fuego crepitaba de manera tan suave que parecía una caricia acogedora y amable. El cristal a través del que se podían ver los rescoldos se ponía a veces muy caliente.

—Te he traído la receta —dijo con seriedad el pastelero—. Es un primer boceto, tengo que trabajarla, igual en alguna proporción distinta pero... en esencia, es esto —añadió con seriedad—. A partir de ahí podemos variar lo que quieras. Lo he pensado mucho, espero que te guste. Es como me has pedido. Fácil y muy sabrosa. Seguro que le gustará a todo el mundo. Verás como tiene éxito.

Iñigo se puso las gafas y leyó con atención; y, aunque ya lo había oído antes, le gustó y le pareció muy sugerente.

—Manzana cuadrada. ¡Qué bueno! —exclamó con mirada de entusiasmo—. Pero esto, ¿no será muy difícil?

Sergio sonrió negando con la cabeza.

—El nombre me encanta —dijo con emoción antes de ponerse a leer la receta.

Al cabo de unos instantes, levantó la mirada y dijo:

—De aquí, lo único que se me escapa es el chocolate con leche. Lo demás es muy fácil; y todos los elementos, más autóctonos que el copón. Esta idea me encanta. Por lo menos en la teoría.

—Lo del chocolate es una tontería. Te daré el nombre de mi proveedor en el FUD. Su elaboración es muy sencilla. Lo demás, ya ves, manzana, azúcar, sidra y un toque de canela: muy sencillo; no debes preocuparte por su elaboración. Y para servir muy frío, como complemento ideal a las comilonas que dais en la sidrería.

—Guau, me encanta —repitió Iñigo.

—Pero esto, ¿no es muy moderno para una sidrería?

—No, no; esto, quiero que sea una seña de identidad, pero sin que modifique nada el entorno culinario. Se quedará durante muchísimo tiempo en el menú. Quiero que sea tan popular como la chuleta y la tortilla de bacalao. Eso no va a variar. No se puede cambiar. Esto es una sidrería y hablar de sidrería es hablar de tradiciones arraigadas. Es perfecto. Un postre de manzana en un entorno donde la manzana es la reina de la bebida. Una sidrería donde la tradición es la base. Y esto será el pequeño detalle. Todos sabemos que son estos detalles los que terminan marcando la diferencia. Hay que cuidarlos mucho.

—Bueno, bueno, que todavía no la has probado —sonrió su amigo.

—Será difícil que, con esos ingredientes, esté mala.

—En eso estoy de acuerdo. Además, será mi... nuestro pequeño homenaje a nuestro amigo Ferni.

Iñigo se acordó de la bronca del otro día con el periodista por lo del origen de las manzanas. Su amistad con Ferni pareció dulcificar el incidente. Tragó saliva y siguió escuchando.

—El concepto será muy sencillo —prosiguió Sergio—. Una manzana por comensal. Tiene el tamaño de una pelota de ping-pong... cuadrada.

—Es perfecto.

—Te he traído los moldes de silicona para hacerlo. Además, lo bueno que tiene es que puedes hacer producción cuando quieras porque este postre se congela. Se debe congelar obligatoriamente para su elaboración, lo que, de paso, nos facilita mucho su elaboración. Aparte que descongelado y preparado puede durar casi un mes.

—Por fortuna, eso no sucederá, tenlo por seguro —dijo Iñigo con cara de satisfacción—. Los clientes no nos faltan. —Sergio sonrió—. Esto es lo que buscaba —agregó—. No hay muchas sidrerías que se aventuren en el tema de los postres con cosas de aquí.

—Bueno, la canela, como cerca, es de la antigua Ceilán. —Sonrió.

—Ya, sí, pero ya me entiendes; no hay nada más vasco que el arroz con leche, y, sin canela, no se puede hacer.

—Sí, pues pregúntaselo a los asturianos y te dirán lo mismo de la sidra y el arroz con leche, pero de su tierra. —Ambos rieron al unísono—. Te he traído los moldes de silicona para que hagamos las pruebas —dijo enseñándole la bolsa de plástico. Lo extendió todo sobre la mesa. Las gomas rebotaron sobre la mesa de madera como si fueran neumáticos—. Cada placa de estas es de veinte cuadrados. Mira qué molde más cojonudo —dijo señalando su interior—. A pesar de ser de este material, las esquinas y las aristas están muy bien definidas y el cuadrado que hacen es exacto.

—Perfecto.

—Y no hace falta presentación. Solo ponerlas en un plato para todos y que la gente vaya cogiendo con la mano. Aunque quizá sea mejor un plato para cada comensal. No sé, esto hay que pensarlo. Verás como gusta —añadió el profesor.

—¿Cuándo empezamos?

—Si quieres, esta semana. En cuanto lo veas hacer, verás qué fácil es. ¿Quién lo va a hacer?

—Ya lo tengo pensado. Una chavala que nos ayuda a Ruth y a mí con la limpieza de la casa. Se va a llevar un alegrón... siempre me está pidiendo a ver si puede trabajar aquí.

—Fenomenal. Es clave que la gente que trabaja en esto se crea desde las tripas lo que está haciendo. No puede ser de otra manera. En este oficio, el entusiasmo por las cosas es más eficaz que los conocimientos.

—Eso sí que es verdad.

—Pues, cuando quieras —añadió—. ¿Mañana?

—¿Qué pasa, no curras?

El repostero hizo un gesto de fastidio. Iñigo lo interrogó con la mirada.

—Tienes cara de cansado, te ocurre algo. ¿Por qué no trabajas mañana?

Sergio bajó un poco la cabeza.

—Me han suspendido de empleo y sueldo durante dos semanas.

—¿Cómo?

—Instalaron cámaras de seguridad durante un fin de semana y me han pillado sacando género del FUD.

—Pero vamos a ver, ¿a qué te refieres?, ¿a las tartas y a los bombones que

sueles traer a las cenas? —preguntó el sidrero.

—Sí.

—Dijiste que los pagabas. Si hasta comentaste los precios.

—Sí, a veces. Pero hace ya un tiempo que los sacaba por la cara —contestó sin inmutarse—. No creía que se fueran a molestar, y menos que se dieran cuenta. Creo que se ha chivado el nuevo.

—¡Qué nuevo ni qué cojones!, ¡eres la hostia, no cambias! Siempre la estás liando. ¿Te das cuenta de que no eres un crío? Me da la impresión de que vives en tu mundo —le espetó Iñigo—. Toda la vida juntos y parece que las cosas no cambian en tu cabecita a pesar de que los años pasan —añadió dando un pequeño golpe en la mesa—. ¿Y solo lo has hecho esa vez?

—Tienen varias grabaciones; y las últimas, de los moldes estos. Les he dicho que los devolvería. La directora, la muy cabrona, me ha estado vacilando, que si vamos a preparar una trampa y más historias, cuando ya lo sabía todo.

—¿Estos moldes también los has mangado? —preguntó Iñigo levantando la voz enfadado.

—Además hay otra cosa. Nos ha llegado una circular interna para que la firmemos en la que nos prohíben expresamente hacer cursos o conferencias fuera del FUD. Trabajamos en exclusiva para ellos. Lo último. Pero no me he callado, no. Les he dicho que, si me doblan el sueldo enterito, perfecto. Si no, no pienso firmar nada. Esta directora ha perdido la cabeza. Es una prepotente.

—No me interesa lo que estás diciendo porque es una bobada —dijo Iñigo con vehemencia—. Por ahora, solo quiero que los vayas devolviendo.

—Hasta que vuelva no puedo. —Sonrió de manera absurda.

Iñigo resopló viendo que su amigo lo miraba con una cara que mezclaba extrañeza y felicidad.

—Y solo dos semanas. Pues has tenido suerte, te podían haber echado para siempre. No una semana o dos. Finiquito y a la calle.

Sergio pasó de estar abatido a tener la sensación de víctima, y comenzó a justificarse.

—Son unos exagerados. Eso ocurre siempre, y más a menudo de lo que se creen. En todos los restaurantes en los que he trabajado, si necesitas algo y no es muy aparatoso, te lo llevas y punto. La gente manga porque a veces no tienes tiempo ni para poder comprarlo. Metemos tantas horas que, si no te llevas cosas muy caras, como latas de caviar, el jefe hace la vista gorda. Esto es un código no escrito pero que reina en todos los restaurantes.

Iñigo lo miró sorprendido.

—¿Te das cuenta de que lo que estás diciendo es una sandez? ¿Qué código ni qué narices?

Sergio volvió a la carga.

—Sabes perfectamente de lo que estoy hablando. Yo he visto sacar hasta solomillos enteros de los restaurantes donde he trabajado. Y cuanto más grande es el establecimie...

—Ya, y eso se llama robar —cortó Iñigo—. Así de simple. Eso no quiere decir que sea práctica habitual en los restaurantes. Aquí, a veces, alguien se lleva algo, pero me lo dicen.

—Ves. Y lo que se llevan y no te dicen, no te enteras.

—Ya, pero si estás comportándote como un ladrón te tendrán que decir algo. No entiendo cómo te justificas. Gente que manga hay en todos los lados, pero condiciones que justifiquen tu acción solo las hay si tú te las inventas. Sabes de sobra que no son reales.

Sergio volvió a bajar la cabeza. Iñigo le alargó la mano y le tocó el hombro.

—Siempre has sido un poco cabeza hueca. Sigues siendo demasiado impulsivo. Tienes que prometerme que no volverá a pasar —dijo Iñigo ejerciendo de hermano mayor—. Los errores hay que afrontarlos.

Sergio lo miró con cara traviesa y el sidrero recordó que, a pesar de la perillita, la cara de niño de su amigo seguía siendo claramente visible. Se mantuvieron en silencio unos segundos.

—Me voy —dijo Sergio—. El servicio estará a punto de llegar y está entrando el coche de tu mujer, o sea que me voy a marchar —dijo el pastelero mirando por la ventana del fondo.

Iñigo se volvió con rapidez para ver a Ruth que, en la lejanía, entraba en casa con varias carpetas grandes entre sus brazos. Esa mirada, y su velocidad, extrañaron a Sergio.

—¿Qué tal con Ruth?

Iñigo resopló y tardó en contestar. Cuando lo hizo, el tono de su voz era apagado.

—Ya te conté lo de los detectives —respondió taxativamente.

Sergio afirmó con la cabeza y soltó un ligero monosílabo:

—Sí.

—Hace unos días me dieron los resultados.

El pastelero sonrió.

—Parece que hablas de los análisis médicos.

Iñigo le devolvió la sonrisa, pero fue forzada.

—¿Y?

—Nada. Después de seguirla durante un tiempo, me dijeron que lo único que hacía era currar. Que ellos no habían encontrado ningún supuesto amante. Y que los *e-mails* que les enseñé no coincidían con nada fuera del trabajo.

—¿Lees el correo de tu mujer? ¿Tienes las claves?

Iñigo afirmó con la cabeza

—Anda que tú también... eres un obsesivo. Y un liante —añadió Sergio—. En vez de hablar directamente con tu mujer, te dedicas a contratar detectives privados para que la sigan. Eres la hostia. Vaya obcecación que llevas encima. Déjate de historias y vete a por ella antes de que se entere de todo esto y se largue con otro; pero, esta vez, de verdad.

Iñigo siguió mirando el coche de su mujer aparcado a la puerta de su casa.

—A nadie nos gusta que nos recuerden las cosas que hacemos mal. Sobre todo si ya no tienen remedio —dijo Sergio con preocupación.

—Las cosas que se hicieron, o peor aún, que se dejaron de hacer en el pasado, no se pueden cambiar. Hay que vivir con ellas —respondió Iñigo.

La densidad de la ya de por sí viscosa conversación se hizo aún mayor.

—No hemos vuelto a hablar desde entonces.

—No sé de qué estás hablando —cortó Iñigo.

Sergio se sorprendió.

—De lo que tú ya sabes.

—No quiero hablar de nada —contestó haciendo ademán de levantarse—. Para mí, algunas cosas no han sucedido nunca porque, sencillamente, las he borrado de mi memoria. Hicimos un pacto y, aunque hayan pasado muchos años, sigo pensando lo mismo que entonces. Aquello sucedió y punto. Ya sé que fue un error, pero nada pudimos hacer entonces y nada podemos hacer ahora. Y espero que tú sigas pensando lo mismo.

Sergio lo miró con cara de sorpresa.

—Yo ya no me acuerdo de nada—afirmó Iñigo.

—Pues mejor. No vaya a ser que, al revolver la mierda, nos salpique después de tanto tiempo.

—Y, además, desde hace un año, somos uno menos para guardar el secreto.

—Ferni era un buen colega... —suspiró Sergio.

—De pequeño, igual de atontado que nosotros —escupió Iñigo—. Y, de mayor, creo que se había convertido en un hijoputa —dijo con rabia al volver a recordar el incidente de las manzanas.

Sergio lo miró a los ojos pero la expresión de Iñigo no cambió. El pastelero cogió su abrigo y se levantó de la mesa.

—Entonces, ¿mañana nos vemos?

Iñigo afirmó con la cabeza y observó como su amigo de la infancia se alejaba por la puerta de madera de la sidrería. Al fondo, el coche de su mujer, delante de la casa, estático, parecía un aliado de sus ausencias.

—Tengo del treinta ocho, sí, pero solo en color granate, casi rojo —dijo Bea enseñando el modelo con la mejor de sus sonrisas.

—Qué rabia —exclamó la clienta con desprecio. Acto seguido, se levantó y miró para ver si el tacón del zapato que se estaba probando era tan alto como parecía. El espejo, en la línea del suelo, le confirmó sus sospechas.

—Llevo casi dos años viniendo a esta tienda y nunca me llevo el que me gusta. Igual estoy gafada con este lugar —agregó con mala cara.

La clienta dejó el zapato que se acababa de probar en manos de la dependienta. Esta le volvió a sonreír, pero vio como la clienta le daba la espalda y se alejaba hacia la calle sin despedirse ni dar las gracias por los casi diez viajes que había tenido que hacer para buscarle los modelos que se había probado.

La dueña del local, Leire Urtubi, observaba la escena desde la caja. Por encima de sus gafas de leer, vio como su empleada recogía con desánimo. Bea volvió a poner en sus respectivas cajas los últimos ocho pares que la clienta le había hecho sacar para probarse. Los dos últimos los recogió su jefa, que se agachó para ayudarla. Su estrecha minifalda hizo que tuviera que maniobrar con cuidado.

—No soporto la mala educación —dijo Bea con rabia contenida.

—No le hagas caso. Es una estúpida —apoyó Leire—. Si vuelve a venir, la atiendo yo. La conozco y es una impresentable.

—Algunas se piensan que el trabajo de una dependienta en una tienda de zapatos es estar siempre a sus pies en todos los sentidos —agregó Bea con rabia. El comienzo de una lágrima se asomó por las esquinas de sus ojos.

Cuando recogieron, Leire se llevó a Bea a su despacho. Hizo una seña con la mano a sus otras dos empleadas para que atendieran también la caja. Nada más entrar en el despacho, Bea se sentó en una silla y rompió a llorar. Leire cerró la puerta con suavidad y le acercó un par de pañuelos de papel. Los cogió con desgana.

—Bea, tienes que calmarte.

—Algunas cosas me sacan de mis casillas —dijo la dependienta con voz entrecortada mientras se secaba los ojos. Respiró dos veces profundamente—. Y la prepotencia y el desprecio son dos de ellas.

—Tranquilízate, por favor. Esto es una tienda y estar cara al público es muy duro. Siempre con una sonrisa. Pero no sé por qué te lo cuento. Esta historia la sabes de sobra. Llevas unos cuantos años conmigo. Te conozco bien.

La mujer asintió con la cabeza.

—Pero también llevas una semana muy especial.

Leire le dedicó la mejor de sus sonrisas.

—¿Te crees que no lo he notado? ¿Qué te pasa? —añadió extendiéndole la mano.

—Nada. No es nada —dijo con voz dulce.

—No te preocupes si no quieres contármelo. No pasa nada —añadió su jefa. Bea se echó su larga melena hacia atrás y arrugó el pañuelo de papel.

—No me pasa nada —insistió.

—Como quieras —contestó la jefa, que dejó la frase en suspenso al percatarse de que su empleada no tardaría en hablar.

—Sergio me ha vuelto a llamar. Tengo la sensación de que le rompo el corazón cada vez que lo rechazo. No sé cómo decírselo.

Leire escuchó con atención y se acercó a su empleada. Le cogió la mano. Beatriz volvió a llorar. Tardó un buen rato en calmarse. Su jefa no dijo nada. Dejó que se desahogara.

—Son casi las doce y media. Será mejor que te vayas a casa y te eches una siesta.

—No, no, estoy bien. Me lavo la cara y vuelvo.

—Con esos ojos rojos no te voy a dejar —dijo la jefa con una sonrisa.

Bea contestó negando con la cabeza.

—Sergio me está llamando cada vez más —dijo Bea viendo la empatía que mostraba su jefa.

—¿Estás convencida de no querer volver a verlo más?

—Creo que sí, no lo sé. No lo sé.

La voz se le volvió a quebrar.

—Yo no puedo vivir con una persona celosa. Y Sergio lo es mucho. Pero creo que todavía le quiero.

—Los celos no son buenos. Tienes que ser fuerte y tomar una decisión. No volver a cogerle el teléfono, por ejemplo.

—Si ya la he tomado, pero él me sigue llamando. Y cuando lo hace, me imagino que lo estará pasando mal y le contesto. Me llegó a decir que mientras estábamos saliendo me había enrollado con Ferni, tu marido —dijo comenzando de nuevo a sollozar—. Eso nunca te lo había contado.

Leire le cogió la mano poniendo los ojos en blanco.

—Olvídalo. No te preocupes. Los celosos creen lo que quieren creer.

Insisto, vete a casa.

—No sé qué hacer —dijo Bea mirándola a la cara sin parpadear.

—Olvidalo —repitió Leire—. Una persona celosa no se cura con el tiempo. ¿Tú te ves con él después de unos años? ¿De verdad te ves así? Al principio, las cosas son muy dulces. Luego la rutina las va volviendo distintas. Pero tampoco eso es así —se contradijo—. Yo me divorcié de mi marido. Ahora, con su muerte, me he vuelto a enamorar de él.

Bea, mucho más calmada, la escuchaba.

—Las rupturas —prosiguió su jefa— son duras y a veces se alargan. Pero verás como, dentro de unos meses, las llamadas se acaban y cada cual toma su camino. Ten confianza.

—Yo estuve enamorada de Sergio. Al comienzo. Era muy dulce. No te puedes imaginar lo cariñoso que era.

—Ya, pero eso es el pasado. Tú no puedes estar con una persona con tantas dudas. Cuando te marchas con alguien es porque una fuerza interior tira de ti para estar con él. Es como un huracán violento. Fuera de su compañía no existe el mundo. Eso es enamorarte de alguien. ¿Tú estás sintiendo eso ahora? —le preguntó Leire agarrándola de la mano.

La mujer negó con la cabeza, pero tardó en hacerlo.

—Creo que no —apostilló.

Vicente prosiguió leyendo.

Un lugar de pura *gloria*, propiedad de sus padres, reconvertido en asador; pero denominarlo así sería injusto porque no solo es eso. Es bastante más.

Alrededor de la entrada principal existe un pequeño huerto con hierbas aromáticas, donde la lavanda y el tomillo rivalizan con la menta, el orégano y la salvia. El marco, incomparable. Una comunión entre naturaleza y piedra labrada antigua y medio *enterrada* en la entrada.

Kote Arana, un viejo conocido de estos lares, con estancias prolongadas en multitud de restaurantes, ejerce de dueño del lugar. Con cielo estrellado de la marca de neumáticos, por supuesto. No debe sorprendernos que por fin se haya decidido a instalarse aquí, en plena falda del monte Adarra, para ejercer a sus anchas, como nos confesaba el sábado pasado, y poder por fin desarrollar una culinaria propia que se prevé de una calidad fuera de serie.

Podemos decir que el primer encuentro —el restaurante lleva abierto dos meses escasos, y lo abrió en secreto—, *no* fue decepcionante. Deberá pulir detalles, pero la idea de abrirlo dando de comer solo a sus más allegados, sin querer decirlo a nadie más, creo que fue muy inteligente.

No *perdonen*, señores lectores, cojan el tren de la modernidad bien entendida y paséense por los entrantes, colocados en las paredes en forma de bola muy crujiente. Tendrán que levantarse a comer desde recipientes colgados en el techo. Deberán terminarse de comer los platos en un fuego al lado de la cocina. Después de todo, el sabor será un aliado. «Cocina buena» es el único concepto que podemos barajar. No me interesa de qué tipo es, si moderna, clásica o rápida. Puede ser cualquiera, pero a mí solo me interesa una: la buena. Venga de donde venga. Podemos tener todo el conocimiento al alcance de la man...

Toc, toc, toc. El subcomisario de la Ertzaintza Vicente Parra levantó la cabeza al oír golpes en la puerta y cerró la guía de restaurantes con aire pensativo.

—Adelante, adelante —dijo en voz alta.

Jugó distraídamente con el marcapáginas donde estaba leyendo, mientras Jaione y Jon Ander entraban en su despacho. Leyó la portada de color verde casi de reojo: *Gastronomanía 2019. Guía de restaurantes*. Ediciones Diseño. Ferdinand Cubillo.

Observó que sus oficiales traían una cara optimista y eso le gustó; pero, antes de hacer las preguntas, fueron ellos mismo los que comenzaron a hablar nada más tomar asiento.

—Todavía estás con la guía de Ferni. ¿No? —preguntó el oficial.

—Así es.

—A estas alturas, no creo que vayamos a encontrar nada que no sea un

buen restaurante para comer.

Vicente suspiró varias veces sin contestar.

—Busco pistas, pero sé que es un absurdo. Buscar en una guía una crítica mala que nos pueda ayudar a resolver un asesinato es tan evidente que se cae por sí solo —contestó el jefe, apoyándose en el respaldo de su silla pero sin dejar de mirar la portada—. La horrenda crítica al cocinero Virgilio no puede ser la clave. Es imposible.

—Tampoco es así —dijo la oficial Jaione—. Las pistas nunca se sabe de dónde pueden salir. Nos lo dices a menudo.

—Tienes razón, nunca lo puedes saber. Por eso lo estoy leyendo. Y como la guía es simplemente una recopilación de la lista de sus artículos de los sábados, lo único que estoy sacando en claro es que me estoy empezando a conocer restaurantes que no sabía ni que existían.

—A veces, buscando algún sitio para comer encontramos la respuesta. La persona que asesinó a Ferni es alguien del círculo en el que estamos trabajando. Estoy seguro —afirmó Jon Ander convencido—. ¿Quieres que empecemos a investigar en profundidad al tal Virgilio? —preguntó el oficial.

—No sé. Cuando hablé con él, su excusa era sólida. Pero pudo mentir. No lo sé. Su mujer como coartada es muy floja por mucho que él diga que es sólida. Si el familiar es cercano, no nos sirve como tal.

—Después de hablar con él ayer tengo la misma impresión —dijo Jaione—. Un individuo cortante que igual está mintiendo. No sé.

El silencio en que se sumieron fue más largo de lo debido. El subcomisario lo interrumpió.

—Venga, os veo muy animados. Animarme a mí también el día, porque me acaban de pasar el informe de balística y no me ha dado noticias relevantes —dijo señalando unos folios grapados que había a un lado de la mesa.

—Tenemos el tema del Ford blanco... hemos hecho una lista y la cosa no es tan larga como pensábamos. De ese color y con las mismas características, tenemos solo ciento sesenta y tres.

El subcomisario respiró hondo. Los oficiales pensaron que resoplaría, pero no fue así. Se mantuvo en silencio unos segundos. Después, tomó la palabra.

—Las armas que han encontrado los niños en el río son las que se utilizaron en el crimen. Lo hicieron a menos de veinticuatro horas después de que las tiraran. El fondo no era muy profundo en esa zona y los críos viven muy cerca y se conocen el cauce muy bien. Su padre es aficionado a la pesca, y ese tramo forma parte de su vida. Estoy rastreando el origen de las pistolas. Los números de serie están intactos y las huellas digitales en la empuñadura y a lo largo del cañón son muy visibles, pero todas pertenecen a los niños. Las tenían en su

poder desde hace un año. Contaron que las habían limpiado y tocado mil veces.

—¿Eso ya nos llevará a algún sitio? —preguntó Jon Ander.

—Probablemente, no. A no ser que fuera un arma sucia y se hubiera utilizado en otras ocasiones. Estoy comprobando eso.

—Será del mercado negro, así que será difícil, por no decir imposible, rastrear al dueño —añadió.

El subidón inicial dejó pasó a un momento de bajada. «Las pistolas están ahí y son las que utilizaron los culpables —pensó la mujer—, pero nada más.»

—Es más importante el dato que han dado los chavales relacionado con los atacantes —dijo el jefe—. Se trata de una pareja.

—¿Una pareja? —preguntó extrañado Jon Ander—. Joder, me dejas de un aire.

—Un hombre y una mujer. La descripción, la tenéis en el informe que he elaborado después de la conversación con los críos —agregó alargando varias fotocopias grapadas.

—Después os lo leéis y lo hablamos en la reunión de mañana.

Jaione pasó varias páginas con rapidez sin dejar de escuchar a Vicente.

—O sea, que es cierto, uno de los atacantes era una mujer. Es extraño.

—Pero posible.

—Espero que el dato de que su matrícula empieza por ocho también sea correcto.

—Eso esperamos todos —insistió el jefe.

—Es curioso el dato de la cazadora que llevaba él. No es habitual que una persona vaya con un letrero de una marca comercial a no ser que esté muy relacionado con el mundo del motor. Y menos, para cometer un crimen. Este tipo era un descerebrado —dijo Jon Ander.

—Eso es verdad.

—Ojo, porque eso tampoco es así. Prendas con marcas comerciales se venden a todo tipo de gente —discrepó Jaione.

—¡Llevaba una cazadora de Yamaha! —dijo Jon Ander leyendo uno de los folios.

Vicente asintió con la cabeza.

—¿Sería un motero?

—Podría ser. O no.

—Rastrear una cazadora así es imposible. Habrá muchas. Nos llevará tiempo... —dijo Jaione.

—Quizá.

—Eso en el caso de que la cazadora sea oficial y se venda en un distribuidor autorizado. Puede ser una imitación de las que se venden en los

mercadillos —dijo Jaione—, y entonces sería aún más difícil.

—¿Cuál es el distribuidor de Yamaha aquí en Donostia? —preguntó el subcomisario.

—El oficial está en el barrio de Egia. Yo a veces voy. Ahí me hacen el mantenimiento y las reparaciones de la moto.

Nada más decir esa frase, los tres ertzainas callaron unos segundos y, cada uno a su manera, se imaginó que la misma Jaione podría haberse cruzado en el camino del asesino de Ferni. E incluso conocerlo.

—Podría ser una persona que trabaja allí.

—Podría haberla comprado en otro sitio, podrían habérsela regalado, podría ser de imitación, podría ser que, en la distancia y con prismáticos, ni siquiera fuese esa la marca... podría ser tantas cosas —remató Jon Ander.

—Con los prismáticos se veía muy bien. Eran nuevos, se los acababan de regalar. El chaval me los dejó e hice la prueba. Se veía muy bien. Con nitidez.

Los dos oficiales miraron a su jefe con cara de interrogación, pero sin decir palabra alguna.

—Sí, no me miréis así. Los chavales tienen una imaginación más grande que un adulto. Es por naturaleza. Quise comprobar por mí mismo si lo que contaba el mayor de los niños podía ser fruto de su fabulación. Le pedí los prismáticos y estuve mirando con ellos la orilla del río. Y os puedo asegurar que se veía nítido y muy cerca. Eran unos críos muy majos. E intuyo que les cayó una buena bronca. Su padre estuvo allí en todo momento y se notaba que había habido enfado gordo. Eso es mi resumen —dijo el jefe—. ¿Has avanzado algo con los papeles del difunto Arkaitz? —preguntó dirigiéndose a la mujer.

Esta contestó con rapidez.

—Como te hemos dicho antes, tenemos el listado de vehículos blancos y hemos empezado a filtrar la información de los propietarios. Ahora que sabemos que fueron un hombre y una mujer, tenemos que ir más despacio a la hora de descartar. No te preocupes, es cuestión de tiempo. Creo que podremos sacar algo —añadió la mujer.

—No tenemos mucho. Llevamos un año de retraso.

—He terminado de leer toda la información que tenía Arkaitz con respecto al caso. Y no tengo nada que me llame la atención. Salvo una cosa.

Vicente y Jon Ander miraron a la policía.

—En uno de los múltiples informes que tenía Arkaitz —dijo mirando sus apuntes—, a mí me llamó la atención un detalle.

Vicente se apoyó en el respaldo sin dejar de mirarla.

—Igual es una chorrada —dijo rebuscando entre sus notas—. Aquí está —añadió cuando dejó de pasar hojas de su libreta—. En una entrevista con un tal

Iñigo...

—Era uno de la cuadrilla de amigos de la infancia de Ferni —interrumpió Jon Ander.

—Sí, el dueño de la sidrería —dijo el jefe.

—Eso es —confirmó la mujer—. Bueno, pues Kai le interrogó, según sus anotaciones, a la semana de aparecer el cadáver del crítico. Cuenta un montón de cosas, pero en un momento dice una frase que repite un par de folios más adelante.

Subrayó la frase con el lápiz que tenía en la mano.

—«Pensaba mucho en la muerte.» Palabras textuales escritas por nuestro compañero Kai en su informe; y que se le veía con el ánimo bajo.

Jon Ander miró a su jefe sin saber muy bien qué decir. Esa parte ya la había leído cuando su compañero y él estudiaban el caso. Y para él no era más que un comentario sin importancia.

—¿Qué piensas? —preguntó el jefe a Jaione.

—No sé. Simplemente me ha llamado la atención. No era una persona mayor. Su amigo lo dijo dos veces.

—Podría estar amenazado, y las depresiones son habituales en esas situaciones —dijo la psicóloga.

—Hubiera venido a la policía —respondió Jon Ander—. Además, amenazado estaba, eso está claro. Lo supiera él o no, ya lo creo que lo estaba. Es evidente que alguien se la tenía guardada por algo.

—Sí, claro, pero también pudo no haber acudido a nosotros porque sentía miedo de la persona que lo amenazaba y no quería denunciarla. Tal vez porque la conocía muy bien.

—Eso no lo tenemos que pasar por alto —dijo Vicente.

Los dos oficiales lo miraron con respeto.

—Hay que mirarlo todo desde el principio. Imaginaos que no lleva un año muerto —dijo el jefe con vehemencia—, que descubrimos el cadáver ayer y que no sabemos una mierda —dijo el jefe con ánimo—. Empezar de nuevo por el principio.

Jon Ander resopló por dentro sin cambiar un ápice su rostro.

—Imaginaos que en unos días tenemos que dar cuentas de qué es lo que ha pasado. No deis nada por supuesto. Traed lo básico a la reunión. Lo que tendríamos a los pocos días de haberlo hallado en la cuneta del río Araxes.

—Jaione, además —dijo Vicente—, quiero que me traigas un listado de treinta razones por las cuales ese hombre podía estar pensando en la muerte. Solo necesito una línea de explicación de cada una. Y ahora no me digas ni media. Anótalas y en la próxima reunión lo hablamos.

—Treinta —dijo entre dientes la psicóloga.

Nada más acabar de hablar, Vicente levantó la sesión. Los dos oficiales de la ertzaina abandonaron el despacho de su jefe. Él también comenzó a pensar en la muerte. Al fin y al cabo, tenía una edad parecida a la de Ferni:

«Cuanto más pasa el tiempo, más piensas en la muerte; pero, cada minuto que pasa, ese pensamiento se aleja más de la preocupación, porque piensas que has utilizado ese tiempo haciendo lo que te gusta y rodeado de gente a la que tú has elegido.

»El crítico igual conocía su amenaza, y esa era la razón de sus pensamientos. ¿Qué más da eso ahora? Igual tiene más importancia de la que le estamos dando. ¿Por qué Ferni estaría pensando en la muerte?»

Vicente se levantó muy pronto con una corazonada que lo mantuvo cavilando toda la mañana. Apenas habló con Françoise. Después de comer, se desplazó al depósito de automóviles donde se encontraba todavía el coche destrozado de su compañero Arkaitz.

Había dado orden expresa de mantenerlo allí hasta que él lo ordenara. La verdadera razón se le escapaba. Solo algo en su interior parecía conocerla y, por ahora, se negaba a dársela. Algo le estaba diciendo que debía mantenerlo allí. Siempre había confiado en su compañero Kai y todavía lo seguía haciendo.

Entró en el pabellón, saludó a un compañero y se fue directo hasta donde se encontraba el automóvil. Pidió a una de las personas que lo custodiaban que retirara la lona que lo cubría. Lo hizo con cuidado para que no se enganchara en ninguno de los salientes. La visión revelaba la violencia del impacto: un amasijo de hierros retorcidos sobre sí mismos.

Vicente dio la vuelta con mucha parsimonia. Se hacía difícil hasta reconocer el modelo del coche. Pero su interés se centró en la parte trasera del vehículo. El parachoques tenía una marca de pintura blanca. Rodeó con mucha atención el coche intentando visualizar todos los golpes que pudo darse el vehículo en su caída. Después de un rato, pidió a un compañero de la científica que tomara muestras de la pintura.

—Tendré que mirarlo con detenimiento —le informó este mientras raspaba la escasa pintura que quedaba—. Podría ser simplemente pintura de algún lugar donde se aparcó el coche. No sé. Lo guardo y lo analizo.

—En cuanto tengas algo, me dices —dijo el subcomisario alejándose.

Vicente regresó a su despacho y volvió a hacer una cosa que ya había hecho con anterioridad: buscar todo lo que hizo su compañero Kai el día de su muerte. Pero, sobre todo, averiguar qué le había llevado a dejar en su contestador aquel lacónico mensaje. No lo había dejado anotado en ningún lado.

Por primera vez desde que Arkaitz murió, pensó que su compañero no había muerto en un accidente, sino que podría haber sido asesinado.

El auditorio atendía en silencio al escultor Antonio José Martos. Aquella pausa, sin abrir la boca y con la mirada de pillo en los ojos, dio más énfasis a lo que iba a decir. Los alumnos de cocina, que abundaban en una esquina de la sala, no perdían detalle. El escultor, en silencio, exhibía, en una mano, un folio en blanco y, en la otra, un lápiz negro y amarillo.

La charla sobre creatividad había conseguido reunir en el Centro Cultural Koldo Mitxelena un número ingente de personas venidas de muchos rincones de la ciudad. La razón, unas jornadas sobre creatividad, innovación e investigación promovidas por la Universidad del País Vasco. El título de su conferencia era «Innovación, un proceso único».

Sergio, desde el fondo de la sala, recordó como había casi obligado a sus alumnos del FUD a asistir. Y sonrió para sí mismo al ver el discurso tan potente que tenía su íntimo amigo. Cómo llegaba al público. Cómo convencía de lo que estaba diciendo. Con una oratoria poderosa y sin fisuras. Creía desde dentro lo que contaba. Y sabía transmitirlo. Se notaba ostensiblemente. La gente se tragaba lo que decía.

Pero también recordó ese momento incómodo, antes de la charla, cuando se había disculpado con los alumnos del FUD por no haber podido asistir a las clases de esa semana; se había escudado en una inexistente gripe de la que, milagrosamente, se acababa de recuperar. Sergio parpadeó varias veces para volver a lo que allí estaba sucediendo.

—Por supuesto, en mi campo, la escultura, el proceso empieza de igual manera. Sobre la mesa de trabajo no hay gubias, ni martillos, solo estas dos herramientas —dijo volviendo a exhibir el lápiz y el papel—. Sobre ellas compongo todos los elementos que tengo en mi interior —dijo señalándose la cabeza—. Diseñar lo que quiero realizar. Es así de sencillo. Pero también es igual de difícil. También os diré una cosa muy importante: Todos somos capaces de hacerlo... Todos —repitió tras hacer una pausa.

»Por el mero hecho de tener un cerebro y unas manos. Y, en muchas ocasiones, incluso las manos pueden sobrar. Acordaos del físico más importante que ha dado el mundo. Su *físico* es el que es —añadió mordaz—. Sin embargo, unos pocos descubren cosas realmente distintas. Pero no os preocupéis. La

creatividad de andar por casa, como yo la llamo, es más accesible de lo que pensáis. E igual de reconfortante, ojo.

Los más jóvenes volvieron a sonreír.

—Solo es cuestión volitiva. Y el proceso se repite cuando lo que queremos es diseñar un edificio. O un coche, o un tornillo, o una mesa, o un ordenador. Cada proceso tendrá que atenerse a sus detalles concretos para conseguir su finalidad sin contratiempos. El coche deberá transportarnos con seguridad, el avión deberá no caerse, el plato será saludable para que no nos mate, el tornillo deberá sujetar y cumplir su función, pero todos, absolutamente todos, habrán salido de la punta de grafito de este instrumento —dijo señalando el lápiz y dejando sobre la mesa el folio en blanco.

»Porque, si me apuráis, es este, en esencia, el que es imprescindible —dijo señalando el lápiz—. Yo a veces diseño mis esculturas sobre un folio, pero otras dibujo con lápiz sobre la superficie rugosa de un tronco de madera e imagino por dónde debo desgastar para darle la forma que yo necesito. Y, para ello, lo que mueve esos hilos es simplemente mi imaginación, procesada por un instrumento que es mi cerebro que, a su vez, es el resultado de mi genética desarrollada sabiamente por un aprendizaje basado en la actividad y en la observación de todo lo que me rodea.

»Acabo de decir la palabra clave en creatividad —añadió dando una pausa de importancia a sus palabras. Tardó casi diez segundos en volver a hablar, durante los que no dejó de mirar provocadoramente al auditorio—. La observación. El comienzo de todo. El origen.

La palabra «observación», en negro sobre fondo blanco, presidió la pantalla principal durante unos segundos, en los que se hizo el silencio absoluto en la sala. Antonio aprovechó y bebió un sorbo de agua, carraspeó ligeramente y volvió a mirar a su público un instante, pero se mantuvo callado y, enseguida, volvió a prestar atención a la pantalla.

Durante cerca de un minuto, las luces se apagaron, y en la pantalla aparecieron a un ritmo frenético imágenes que duraban una décima de segundo. Era tal la velocidad que logró que el público estuviera a la vez atento y molesto. Antonio se mantuvo en silencio viendo cómo aquellas imágenes se sucedían una detrás de otra. Una música muy acorde con las imágenes inundaba los oídos de los allí presentes.

Cuando acabó aquel despliegue, las luces volvieron a iluminar la sala y el sonido cesó. Antonio se acercó a menos de medio metro de la primera fila de la sala para dar más vehemencia a lo que contaba. El movimiento de las manos reforzaba sus palabras.

—Las imágenes que habéis visto son una representación de lo que pasa

delante de vosotros en una hora. ¿Seríais capaces de recordarlas? No, ¿verdad? Había unos cuatro fotogramas distintos por segundo, y el vídeo duraba casi un minuto. Pero han sucedido, han existido en vuestro cerebro; y en cada una de esas imágenes podía haber habido una idea. Y la hemos visto pero no hemos sido capaces de retenerla. Este vídeo que habéis visto y, en algunos casos, solo intuido, es simplemente el simulacro caricaturesco de todos los estímulos que pasan por delante de vuestras narices y que son capaces de provocar en vuestro cerebro una reacción que dé origen a una creación. Algo parecido a lo que pudiera ser una enzima a nivel químico.

»Después vendrá la innovación en sí misma y, tras ella, el proceso de prueba y error. Y, por último, el de enseñarlo a los demás para poner en tela de juicio vuestra creación. Palabras como intuición, astucia, motivación, actitud, curiosidad, instinto, inercia, reflejos, decisión, riesgo, predisposición, intención, suerte, entorno, compromiso, voluntad, inspiración, ruptura, provocación... formarán parte de ese proceso tan maravilloso y, por ahora, exclusivo del ser humano como es el de descubrir conceptos nuevos. Es difícil, lo sé.

Hizo una pausa muy pronunciada para dar más énfasis a sus palabras. Los asistentes lo miraron con más atención.

—Siempre ha sido difícil. Ahora y en la antigüedad. No creáis que hace años era más sencillo. Siempre ha sido igual de difícil. Pero os puedo asegurar que se consigue.

El público seguía con atención las palabras del ponente.

—¿Y sabéis que se puede innovar en todo? En crear el bien y también el mal. En crear algo o en destruirlo. Absolutamente todo es susceptible de ser innovado. Un asesino o un ladrón innova, y un policía, mientras intenta pillarlo, también.

Al cabo de media hora más de charla, y después del turno de ruegos y preguntas, la ovación al escultor fue densa y sostenida. Nada más terminar el coloquio, los asistentes fueron abandonando el recinto ordenadamente. Algunos rezagados se quedaron para esperar a que Antonio saliera. Dos de ellos llevaban entre las manos el catálogo de su última exposición en Madrid. Él se los firmó bajo la atenta mirada de Sergio desde la puerta de acceso. Se dejó fotografiar en compañía de ambos en dos *selfies*. El escultor llegó hasta donde estaba su amigo mientras se ponía el abrigo.

Ambos se abrazaron sobriamente.

—Hola, amigo —le dijo Sergio al oído.

—*Merci* por traer a tus alumnos —agradeció Antonio.

—Sí, al final han sido casi veinte, los demás serán *fans* tuyos, los tienes a montones. Estaba lleno el auditorio, ¡qué bien! —exclamó el profe.

—Bueno, habría más de cien personas... y eso que el tema era complicado —dijo el escultor—. Da buenas vibraciones verlo casi lleno.

—Son casi las nueve de la noche, ¿te apetece echar un cacharro por ahí?

—Perfecto, ¿vamos a la parte vieja?

—Sí, después de tanto hablar ya me apetece unos pinchos. Pero no muchos, que hoy dormiré en el estudio. Mañana quiero empezar a trabajar prontito. Y si me quedo a dormir aquí, en Donostia, me cuesta mucho hacerlo.

—Un par de potes, venga —dijo Sergio mientras dejaban la iglesia del Buen Pastor a su derecha.

Ambos amigos enfilaron la concurrida calle Loyola. Cuando llegaron a los jardines de Alderdi Eder, la noche ya estaba asentada, y la bahía de la Concha se empeñaba en parecer tranquila, como si repudiara la bravura habitual del mar Cantábrico. Llevaba ya muchos días así. La calle Mayor dibujaba una recta perfecta con la otra iglesia, la basílica de Santa María, en el mismo corazón de la parte vieja. No estaba muy concurrida. Cuando llegaron a su fachada, bajaron por la calle 31 de agosto. El ritual de la peregrinación por los bares de la zona comenzó con ternura salada, la de un jamón y lomo embuchado en la Cepa. La grasa brilló con delicadeza sobre las lonchas. El sabor del oleico les inundó la boca entre crujientes trocitos de pan. Un n.º 12 Venta del Puerto fue el primer vino en acompañar la comida. Aitziber, la dueña, los saludó mientras les rellenaba las copas de vino.

—Innovar en esto es difícilmente superable —sonrió Sergio cogiendo una loncha mientras los amigos hablaban distendidamente de nimiedades.

Su peregrinaje gustativo los condujo a la siguiente estación de deleite. El bar Borda Berri, que se encontraba en la calle paralela; allí cayeron unos tomates rellenos de un atún muy trabajado sobre un aceite de perejil y coriandro. Y después, retomaron la estela de la calle anterior y, en el bar A Fuego Negro, les sirvieron un mejillón en vaso, muy cremoso, para tomar con cuchara. Los trocitos de piel de cerdo en la superficie le daban una magnífica textura crujiente a la melosidad del interior. La procesión laica acabó en la misma calle donde habían empezado, cerca de la iglesia de San Vicente, lo que les hizo pensar que Daniel pudiera estar todavía por allí. Anduvieron los escasos cien metros que los separaban de la parroquia de su amigo. Pero estaba cerrada. Ni siquiera había luz en la sacristía. Volvieron sobre sus pasos y, por primera vez, se sentaron; lo hicieron en una mesa libre en una esquina del bar La Viña. Dos trozos de su afamada tarta de queso acompañaron a dos oportos. La cremosidad de la tarta, al estar recién hecha y todavía caliente, hacía que la sensación fuera muy pronunciada.

Sergio levantó la copa y apreció el color del oporto. La bajó hasta la altura

del platillo.

—Esta tarta es una de las mejores que se dan en Donostia —dijo el pastelero.

—Yo no la había probado. Y esa opinión, viniendo de ti, es para tomarla en cuenta —sonrió—. Antes, si venías de pinchos, no había opción a terminar con algo dulce.

—Eso cambió hace mucho tiempo —contestó Sergio—. Mira —dijo señalando la parte más tostada del exterior—. Esto es pura memoria gastronómica de aquí, de nuestra tierra.

—Pues yo solo veo casi quemado —respondió el escultor.

—Pues eso es el truco de esta tarta. Recuerda a nuestros orígenes, a nuestra memoria gastronómica. ¿Recuerdas cómo se quemaba la leche con piedras candentes y se conseguía ese sabor tan característico para hacer la cuajada? Pues es lo mismo que pasa aquí. Lo demás hay que cuidarlo, claro. Buena leche de caserío, nata, azúcar, queso cremoso, algo de harina y huevos. Y un buen horno que consiga dejar ese borde que, sin llegar a quemarse, da ese sabor tan característico. Forma parte de las raíces culinarias del País Vasco. Ese leve toque amargo es el que da ese punto tan curioso.

Antonio encontró un hueco para filosofar.

—O sea, que esta tarta es, en resumen, situarse en el límite de la destrucción.

—Bueno, no sé —contestó dubitativo el pastelero—. Pero no creo, el quemado nos gusta —añadió con simplicidad.

— La muerte, en cambio, no gusta, pero acercarse a ella da mucho placer —dijo el escultor—. La excitación de sentirla cerca da placer. Está demostrado. Y cuanto más lejos estás del amparo que te da un arnés de seguridad sobre un precipicio o en una montaña rusa, cuantas menos defensas tienes ante una alimaña, el placer es mayor. Cuando ves la muerte muy cerca y te libras de ella por los pelos, es cuando de verdad disfrutas.

—Bueno, eso no sé —dijo sumiso Sergio.

—Sí, buscar lo prohibido, sea lo que sea, te genera endorfinas —remató Antonio—. Buscar el más allá de la vida provoca placer. Y buscar la muerte es desafiar a la vida, y la vida es obligatoria. Buscar su fin está prohibido. Nadie te lo permite.

Sergio apuró su copa y la dejó sobre la mesa, pero aquellas últimas palabras de su amigo habían encendido un botón en su interior. Por unos instantes, se sintió absorbido por lo que estaba contando su compañero el escultor. Su mente se trasladó lejos de allí mientras dejaba que Antonio reforzara sus particulares hipótesis. Aquello, en el fondo, no le gustaba porque lo hizo retrotraerse a su

juventud y, aunque lo vio borroso, sintió algo muy concreto: un escalofrío de memoria alterada. Trozos inconexos de actividad cerebral muy olvidados que se cortocircuitaban entre ellos sin dejar de dar la orden definida. Observaba, en silencio, a su amigo hablar, pero advirtió con asombro que no estaba oyendo lo que decía. Su figura hablando con la copa de oporto en la mano derecha movía los labios sin emitir sonidos.

Por unos instantes, había retrocedido muchos años. No estaba en el bar, se encontró en medio del bosque, parado, sin más arma que una linterna. El olor a tierra húmeda recién removida le hizo sentir miedo porque no podía huir. Estaba paralizado. Alrededor se movían personas que conocía bien pero era incapaz de reconocer. Su cuerpo le parecía ajeno. Estaba inmovilizado. Era un bosque y hacía frío y estaba muy oscuro. Una gruesa pared de piedra al fondo. Sus párpados se mantenían abiertos negándose a perderse un solo instante. No oía nada, solo el viento suave. El olor a tierra húmeda lo absorbía todo y los allí presentes se movían en un ambiente de nerviosismo controlado y seriedad viscosa. Había mucha bruma. También sangre. «¿Dónde estoy? ¿Dónde estoy?», repitió su mente, abducida por sus recuerdos, secuestrada por su imaginación y su verdad a partes iguales.

Antonio chascó los dedos delante de sus narices y Sergio volvió como si hubiera caído de un sexto piso sobre el capó de un coche. Abruptamente.

—¿Estás bien? —preguntó Antonio dejando la cuchara con el último trozo de tarta sobre la pequeña mesa.

—Sí. No sé. Sí —dudó con cara de haber regresado del más allá.

—¿Seguro?

—Sí, sí, estoy bien —dijo Sergio sin perder la cara de desubicación y cierto tono blanco en la tez—. ¿Estás terminando la escultura sobre Ferni? —dijo con increíble frialdad y seriedad.

Antonio se sorprendió de que dijera algo tan concreto después de haberlo visto con cara de ido hacía unos segundos.

—Sí, no le queda mucho, pero sí, unas semanas.

—¿Cómo va a ser?

—Estoy obligando a la madera a retorcerse sobre sí misma. A que ceda a su pasado. Creo que no voy a dar ni un solo corte.

—¿Vas a venderla?

—No sé. No me gusta vender las cosas con alma.

Nada más terminar la frase, las miradas de ambos se cruzaron con extrema seriedad.

—Perdón —interrumpió tajantemente el escultor—. Perdón.

—Ayer estuve hablando con la policía y me preguntó por ti. Después de

salir del restaurante Maskarada, Ferni iba a tu casa, ¿verdad? ¿A qué iba?

—¿Con quién estuviste hablando?

—Con una oficial que me llamó por teléfono; creo que dijo que se llamaba Jaione.

—Ya se lo dije a la Ertzaintza. Yo no sabía a qué venía a mi casa. Ni siquiera que venía.

—Yo creo que sí lo sé —contestó Sergio—. ¿Tienes la última guía de Ferni? ¿La de este año?

—Creo que sí. Siempre me la regalaba.

—Claro, igual iba a tu casa a regalártela.

—No —dijo Antonio—. Yo, la última guía, la tenía hace tiempo. Me la regaló él mismo. Venía a decirme otra cosa.

El helicóptero de la Ertzaintza se zarandeaba y corría bastante peligro cada vez que se acercaba a la pared rocosa. El piloto demostraba su destreza volando a unos diez metros de la superficie del agua y a menor distancia aún de las rocas de los salientes. Pero el mayor desafío era la cantidad ingente de gaviotas que revoloteaban por doquier. Algunas de ellas, asustadas por el ruido de las aspas de la aeronave, volaban erráticamente y pasaban a escasa distancia del aparato.

—¡Vamos a alejarnos! ¡Esto es muy peligroso! —gritó el piloto a uno de los ertzainas que viajaba con él—. ¡Hay demasiadas gaviotas! ¡Una sola de estas nos puede mandar al carajo!

El helicóptero se elevó un centenar de metros y la situación mejoró, pero la visión empeoró. Las gaviotas, al notar menos ruido, se arremolinaron de nuevo en torno a los dos bultos, casi en el borde del agua. El mar, después de más de una semana inusualmente tranquilo, había vuelto a su bravura característica. Las olas rompían en el acantilado con fuerza.

—¡Hostia, ahora con tanta puta gaviota no puedo ver una mierda! Puede que sean dos animales. No veo nada. Solo gaviotas —dijo el oficial Jon Ander en la parte posterior del aparato mientras sostenía unos prismáticos.

—¡Vamos a hacer una maniobra de acercamiento a ver si espantamos unas cuantas; y tú, estate atento para ver qué es eso exactamente! —dijo el piloto—. Pero date prisa, no puedo mantener mucho tiempo esta posición.

Jon Ander se agarró con una mano al cinturón de seguridad que cruzaba su cuerpo y vio, con temor, cómo el piloto volvía a acercarse a las rocas. El agua se agitaba con la fuerza del rotor y levantaba pequeñas gotas de agua que salpicaban la pared del acantilado. Las gaviotas se asustaron de verdad con el estrépito y empezaron a salir volando. El eco del ruido, que rebotaba en la pared, era ensordecedor a pesar de los auriculares que llevaba para poder comunicarse con el piloto.

Cogió los prismáticos con la mano derecha y miró hacia los dos bultos. Solo un par de gaviotas valientes desafiaban al helicóptero y seguían picoteando frenéticamente. No era necesario utilizar nada para verlo. El ertzaina soltó los prismáticos y sacó con rapidez una pequeña cámara de fotos. Disparó dos veces y la metió en el bolsillo de su cazadora. Lo que vio a continuación no dejaba

lugar a la duda. La forma de los dos cadáveres era fácilmente reconocible. Las manos y las piernas de dos personas se podían distinguir a simple vista.

El piloto avisó de que se tenía que alejar. Jon Ander asintió, pero le pidió que se mantuviera unos segundos sobre la zona; necesitaba tomar fotos más generales del lugar donde se encontraban los cuerpos para poder situarlos respecto al sendero que había en lo alto del acantilado. El helicóptero mantuvo su posición mientras Jon Ander sacaba las últimas fotos. Las gaviotas volvieron al festín. Sus gritos se parecían a la risa nerviosa e inquietante de las hienas hambrientas disfrutando del momento.

Mientras volvían a la base, el ertzaina puso en marcha el dispositivo de rescate: había confirmado las sospechas de los dos pescadores que habían dado la voz de alarma.

—Hay que darse prisa —le dijo a la oficial Jaione por el interfono del helicóptero—. En un día más solo habrá huesos.

Cuando cortó la comunicación, no pudo alejar de su mente la escena que acababa de presenciar, con las ratas del mar comiéndose con voracidad dos restos humanos. Se acordó de la película *Los pájaros*. Cerró los ojos mientras el paisaje majestuoso de la abrupta costa norte del monte Ulía pasaba por delante de él con la misma celeridad que sus pensamientos lo hacían por su cabeza.

No pasaron ni dos horas hasta que volvió al lugar por tierra, esta vez acompañado por los miembros de la unidad de rescate de la Ertzaintza y por su compañera, la oficial Jaione Egia. Las fotos del acantilado los guiaron correctamente hasta el sitio concreto. En el *parking* cercano al faro de la Plata se instalaron varias unidades de salvamento y rescate, y dos furgonetas para llevarse los cuerpos. El camino hasta el lugar exacto, dada su estrechez, no se podía hacer más que a pie.

—El sitio exacto es aquí —dijo Jon Ander.

Los agentes especialistas de la unidad de rescate valoraron la situación mientras se ataban los arneses al cuerpo y preparaban las cuerdas para hacer un largo rápel hasta la zona donde se encontraban los cadáveres.

—La caída desde aquí son casi cien metros —dijo uno de ellos asomándose desde el precipicio—. Ni siquiera se ve el fondo, hay un saliente que lo impide.

—Además, está claro dónde están —dijo un compañero suyo mientras se ajustaba los pies de gato con cordones de colores—. El túmulo de gaviotas nos indica el camino.

—Cuidado con esos bichos —previno la oficial.

—No te preocupes, llevamos salvas para asustarlas en caso de que se vuelvan agresivas.

—¿Cuántos vais a bajar?

—Cuatro, y valoraremos la situación; pero vamos a bajar ya con todo lo necesario para subirlos —añadió señalando dos camillas con multitud de sujeciones y dos enormes bolsas de plástico de color negro con una cremallera muy llamativa—. Si podemos hacerlo todo en un solo viaje, mejor —añadió.

El montaje de cuerdas era muy aparatoso. Cuando los policías empezaron a descender, llegó el juez y se le informó de la situación. La bajada era complicada, pero en diez minutos ya habían llegado al lugar. Las cuerdas quedaron tendidas a lo largo del recorrido y se aflojaron después de la tensión a la que habían sido sometidas en la bajada. Uno de los policías que habían descendido señaló varios sitios del saliente en los que le pareció que había manchas de sangre e informó de ello a los de arriba a través del comunicador.

Cuando los agentes de rescate llegaron al saliente que había al borde del mar, se detuvieron sin soltarse de las cuerdas. Había una enorme cantidad de gaviotas; era impresionante. Pareció como si a las aves no les importara su llegada. Apenas un par de los enormes pájaros volvieron la cabeza y miraron a los recién llegados con displicencia. Optaron por disparar un par de salvas. El ruido hizo remontar el vuelo a la mayoría, y algunas pasaron amenazadoramente cerca de los agentes. Se tuvieron que agachar con rapidez. Dispararon un par de salvas más para que las gaviotas más remolonas, que no dejaban de picotear los cadáveres, se retiraran. El hedor de los cadáveres y la sangre seca se mezclaba con el del salitre a escasos metros de donde se encontraban, en mitad del peligroso juego que suponía esquivar a los enormes pájaros. Casi todas las gaviotas se quedaron allí, volando en círculos sobre los cadáveres, esperando como buitres. Los ertzainas se acercaron con las camillas.

El hedor se intensificó con dureza. A uno de los cuerpos le faltaba un brazo, que estaba, casi completamente devorado por las aves, a unos metros de distancia. Todavía llevaba colgando trozos de lo que fue una camisa. Los restos de sangre alfombraban el lugar con una increíble frialdad. En aquel escenario, la belleza del lugar y el horror rivalizaban en un teatro de unos pocos metros cuadrados a escasos metros del mar. Había marea baja pero los policías pensaron que, cuando esta subiese, el mar volvería a cubrir los cadáveres.

—Vamos a darnos prisa —dijo uno de los especialistas mientras veía cómo las olas, demasiado cerca de ellos, rompían con fuerza.

Tardaron más de una hora en izarlos. En lo alto del acantilado, el resto de integrantes del equipo comenzó a retirar sus artilugios de escalada. Uno de los agentes devolvió la cámara de fotos a Jon Ander.

—He fotografiado todas las manchas de sangre que he visto y todo el entorno. Hay casi doscientas fotos. También todo lo que he visto en la subida. Había por lo menos seis sitios manchados en la caída. Eran salientes; habrán

rebotado mientras caían. También he recogido muestras para saber si se trata de la misma sangre que la de estos dos desgraciados. Está todo aquí —dijo señalando un pequeño maletín.

—Bien —contestó Jaione acercándose a sus compañeros.

—Lo de las gaviotas ha sido impresionante —relató el agente de escalada—. Nunca me había visto en una igual. En cada cadáver habría más de cincuenta, y estaban histéricas. Daban miedo y, cuando hemos disparado, no te creas que se han asustado mucho. Son unos bichos enormes y, cuando extienden las alas, ves la envergadura que tienen. Y si te pasa a un palmo de la cara, te está avisando de que no eres bien recibido. —Sonrió.

El agente que lo acompañaba se unió a la conversación. Repitió impresiones parecidas.

—Algunas me han pasado a esto de la cabeza. Cómo chillaban. El griterío era ensordecedor. Era un desconcierto. Algunas se llevaban trozos de carne del tamaño de una pelota de tenis. Si tardamos un día más, solo hubiéramos recogido piltrafas. Ha habido un momento cabrón. La bajada del acantilado es impresionante. Ya estoy acostumbrado a esto —añadió el agente—, pero lo de las gaviotas...

Jaione y Jon Ander vieron alejarse a sus compañeros. El juez, después de dar la orden de levantamiento, se alejó en compañía de otro agente.

—¿Qué les ha podido pasar? —preguntó Jon Ander.

Jaione se encogió de hombros.

—No hay ninguna protección —dijo ella señalando el sendero.

—Por lo menos llevarán ahí varios días. Igual cuatro o más.

—¿Habéis mirado si tenían alguna identificación? —preguntó la oficial.

—Nada de nada —respondió el agente.

Jaione se acercó a una de las bolsas y se agachó. Vio la inscripción colgando de la cremallera. No lo dudó y abrió la bolsa. El hedor que escapó por la abertura fue violento; la visión no fue mejor. Aquel olor nauseabundo se le metió en la garganta e hizo que apartara la cabeza unos instantes. Pero, pasados unos segundos, se agachó, junto al oficial Jon Ander, a mirar en su interior.

—Esos jirones, puede que sean de un chándal —dijo el oficial señalando uno de los tejidos desgarrados.

—Eso de más abajo... parecen los restos de un sujetador. Era una mujer —contestó la oficial.

El cuerpo tenía las cuencas de los ojos vacías y le faltaban muchos trozos de piel de la cara. Los huesos de los pómulos estaban limpios y se podían ver los dientes. Sus labios habían desaparecido. Uno de los brazos estaba sobre uno de los costados, y en la muñeca tenía los restos de una pulsera. Estaba muy

destrozada. El hueso se veía con claridad por los múltiples destrozos.

Jaione se puso unos guantes de látex y movió, intentando no alterar ninguna posible prueba que sirviera para identificarlos, alguna parte de ese cuerpo absolutamente desfigurado de lo que parecía una mujer. Buscaba sobre todo algún posible documento que ayudara a saber quién era. Pero en los jirones de ropa no había absolutamente nada. Cerró la cremallera y se levantó. Jon Ander se había acercado a la otra bolsa.

El espectáculo no fue menor. Un amasijo de huesos y carne difícilmente identificable. De nuevo, un hedor insoportable les hizo retirarse durante unos segundos. En una de las partes había hasta trozos de algas y pedazos de hierbas secas. Uno de los brazos estaba separado del cuerpo, y había sido picoteado hasta la extenuación por los *gourmets* alados. Los dos ertzainas respiraron con la cabeza ladeada. Los hedores del mar y de la sangre eran viscosos y muy penetrantes. A pesar de que el cuerpo sufría un principio de descomposición y había sido devorado en gran parte por las aves, ambos policías coincidieron en pensar que se trataba de un hombre. Intentaron identificarlo, pero en los restos del pantalón no había más que un pañuelo húmedo y dos papeles muy arrugados y hechos una pelota. Metieron todo eso en una bolsa de plástico. Observaron el único zapato que conservaba la víctima: era grueso y de color negro. No tocaron nada más. En algunas zonas, la piel y las vísceras habían desaparecido por completo. En las más blandas, los picos de las gaviotas habían realizado un trabajo eficaz. Pero Jon Ander se fijó en un detalle.

—Mira la mano —dijo señalando la que tenía más cerca—. Apenas la han picoteado las aves.

—Normal, tienen mucho hueso, y primero se comen lo blandito —respondió su compañera.

—Tiene la palma totalmente desgarrada.

Jaione se acercó y miró más de cerca. Se levantó, rodeó el cadáver y le miró la otra mano, que estaba separada del cuerpo.

—Esta también tiene el mismo tipo de herida —dijo la ertzaina.

—¿Qué te parece? —preguntó Jon Ander—. Como si se hubiese agarrado a algo. ¿No te parece?

—Podría ser, podría ser. Las líneas, creo que coinciden con el interior de los dedos —añadió Jaione.

—Intentó agarrarse a algo para no caerse, ¿no?

—Tal vez. ¿Te has fijado en el interior de los dedos? Sí, es verdad que las marcas coinciden —dijo la agente mirando más de cerca—. Están muy acentuadas. Los cortes son tremendos. Debió de sujetarse a algo antes de caer. Igual tropezó y se quedó medio colgando.

—¿Los dos tropezaron?

—Una parejita haciendo *footing* y... ¿se despeñan los dos? Extraño.

—Ella sí llevaba chándal y probablemente estaría corriendo, pero él llevaba zapatos normales. Con esos no se corre.

—Igual no se conocían de nada. Él iba paseando y vio que la mujer estaba cayéndose e intentó salvarla sujetándola.

Jaione miró la bolsa del cadáver mientras escuchaba a su compañero sopesando las hipótesis de lo sucedido e intentando que tuvieran lógica.

—Podría ser que estuviéramos ante un héroe que murió al intentar salvarla.

—O podría ser al revés: un caminante, el hombre, tropieza y se queda agarrado a algo. Y la mujer del chándal lo ve y se acerca e intenta sujetarlo; y, al final, él acaba arrastrando a la mujer y los dos caen barranco abajo.

—Igual eran pareja y tuvieron una discusión que acabó mal. Muy mal. Se empujaron uno a otro.

—Tiene que haber una relación entre los dos. Es evidente. Si se encontraron aquí por casualidad o si eran pareja, tuvo que haber un problema para que ambos se despeñaran por el mismo sitio y, por lo que parece, probablemente en un intervalo muy pequeño de tiempo entre los dos. A juzgar por lo que han dicho los de escalada, el sitio donde los han encontrado es el lugar por donde se cayeron. El rastro de sangre es inconfundible. La marea los ha movido muy poco. Llevamos una semana con el mar en calma.

Ambos ertzainas cerraron la segunda bolsa negra y se acercaron a la parte del precipicio más cercana al camino. Un pequeño rellano que se apartaba tres metros de la estrecha senda. La caída desde allí era necesariamente mortal.

—Estás viendo la respuesta —dijo Jon Ander señalando el borde exterior.

Su compañera se quitó las gafas de sol y miró hacia el borde. Varias ramas de zarzas sobresalían apenas un metro y medio más abajo. Estaban casi sacadas de sus raíces y varias de ellas tenían rastros negros a lo largo del tallo.

—¿Podría ser sangre? Casi las podemos coger. Están muy cerca.

—Quieto, quieto. Dos despeñados por hoy son suficientes.

Jaione se dio media vuelta y pidió a uno de sus compañeros de escalada que se acercara. Un agente se asomó y bajó, bien sujeto con el equipo de cordada, el metro y medio que los separaba de donde estaban las ramas.

—¡Corta las que están manchadas de negro! —le dijo Jaione al agente.

Cuando las trajo, las metieron en una bolsa de plástico.

—Casi seguro que es sangre —dijo Jon Ander—. Estos dos acabaron uno detrás de otro intentando ayudarse entre ellos.

Los ertzainas volvieron a mirar el acantilado y pensaron que con toda seguridad era eso. Sus compañeros se llevaron los cadáveres en dirección a las

furgonetas. Cuatro portadores por cada cadáver fueron desfilando el escaso kilómetro que había de sendero hasta el *parking* donde esperaban los coches y las furgonetas.

Cuando Jaione y Jon Ander llegaron al coche camuflado de la Ertaintza en el que habían llegado, apuntaron todos los detalles para después redactar el informe de lo ocurrido.

El faro de la Plata brillaba sobre el Cantábrico, azul y levemente encrespado. La brisa de salitre removía ideas e hipótesis mezclando en el interior de los dos oficiales el mismo mar de sospechas y conjeturas. Y en medio de todo, el hedor de la sangre, que se les había quedado tan impregnado en la ropa que ninguno de los dos podría deshacerse de él hasta que no se ducharan en casa.

—En cuanto identifiquemos los cadáveres, aclararemos este accidente. Alguien tiene que haberlos echado en falta.

—La autopsia nos ayudará a saber qué les ha pasado a estos dos.

—Espero —contestó Jaione—. Aunque, en principio, es evidente... creo.

Arrancaron el coche. Mientras se alejaban, Jaione miró por el retrovisor el *parking* con los últimos vehículos de sus compañeros, que recogían sus bártulos de escalada. Y entonces tuvo la idea.

—¡Para, para, para! —dijo Jaione atropelladamente.

Jon Ander frenó con brusquedad.

—¿Qué sucede?

Jaione salió con rapidez del coche sin decir palabra; dejó la puerta sin cerrar y se acercó corriendo hacia donde estaban sus compañeros. Mientras lo hacía sacó su libreta. Jon Ander la observaba desde el retrovisor exterior. Al cabo de dos minutos, la oficial le hizo señas a su compañero para que diese media vuelta y se acercara a donde ella estaba. Este maniobró con el coche y se acercó.

—¿Qué coño le pasa a esta ahora?

«Torrijas embebidas en jugo lácteo de mango. Producto bajo en calorías», leyó. El subcomisario Parra dejó el envase de cuatro unidades al leer la última frase con cara de decepción. Avanzó unos metros más adelante. «*Mousse* de chocolate con aroma de Tonka.» Vicente miró la fecha de caducidad dándole la vuelta al envase. «Vaya, qué avanzado, creo que es la primera vez que tengo entre las manos algo aromatizado con perfume de esta haba —pensó Vicente—. De postre vendrá ideal.» Dejó dos unidades sobre el carrito de la compra y avanzó por el lineal.

Paró en la zona de carnes. Escogió dos carrilleras de ternera envasadas al vacío que estaban en oferta. Las miró de cerca y vio que estaban bastante limpias. Entre las dos hacían un kilo pasado. Se las había enseñado a hacer su hijo Alberto hacía ya unos años y, desde entonces, había repetido la receta media docena de veces. Las metió en el carrito. El SUPER AMARA del mercado de San Martín estaba abarrotado de gente, y él se sintió bien en esa marea anónima de personas a las que no conocía. Pero se notó más a gusto al percatarse de que, como siempre, tampoco nadie reparaba en él.

Miró a su alrededor buscando cervezas. Cogió seis de tercio de litro de la marca Gross, una cerveza artesanal producida en la misma ciudad, con un punto muy logrado de leve amargor. Después cogió número para la charcutería. Quería llevarse un poco de paletilla de cerdo ibérico D.O. Dehesa de Extremadura, que estuviera bien veteadada de grasa y cortada muy fina, y algo de lomo embuchado. «La última vez estaba bastante mejor el lomo que la paletilla», recordó.

Subió por la escalera mecánica para abandonar el subsuelo. La figura del subcomisario parecía ajena a todo aquel barullo. Su estampa delgada, con su pelo —bastante cano y despoblado en la coronilla— y su cazadora sobre los hombros, pasaba desapercibida a todo el mundo. «Como debe ser», pensó el subcomisario, que volvió a sentirse anónimo entre la muchedumbre mientras la cinta lo trasladaba a la planta de calle. En una ciudad donde hacía décadas se instaló la *omertà* con su *ley del silencio*, lo más acertado para la supervivencia era que nadie supiera que eras policía.

Se acercó a un puesto de caseras y compró puerros muy jóvenes y unas magníficas *zizahoris*. «Estas no serán para mañana. Nos las comeremos hoy

mismo», pensó. Estaban muy amarillas y prietas de textura. Olían a bosque cerrado.

—Y algo de ese queso.

—Es muy curado, es del Roncal, me lo hace un pastor que es amigo mío. Tiene el caserío cerca de Urzainki. Nadie más en la plaza lo tiene. ¿Quiere probarlo? —le dijo la mujer ofreciéndole una lasca muy fina.

El subcomisario notó en la lengua el sabor graso y a la vez levemente picante de ese queso de oveja envejecido, sutilmente duro pero con una profundidad de sabor asombrosa. Afirmó con la cabeza. La casera le cortó un trozo cercano al cuarto de kilo. Antes de darle la cuenta, la mujer lo tentó con otro producto.

—Jefe, ¿no le apetecen unas pochas? Son las primeras de la temporada —añadió señalando una bolsita transparente ya preparada con las alubias frescas, un tomate pequeño y un par de guindillas frescas.

Vicente sonrió y a la vez dudó.

—Anímese, son solo trescientos gramos —dijo ofreciéndoselas en la mano—. Están tiernas y muy blancas. Las hacen con un poquito de chorizo —insistió—. Y no necesitan hacerse más de cuarenta minutos. Anímese. Si las hace ahora, para la hora de comer las tiene listas.

—Venga. —Fue lo único que contestó el ertzaina, que alargó la mano y las metió en su bolsa.

Cuando salió notó que el peso de la bolsa, entre una cosa y otra, era considerable. Se la cambió de mano varias veces hasta que llegó al aparcamiento de motos, en la calle Fuenterrabía, muy cerca del mercado. Dejó la carga en el gancho de su moto. Se puso los guantes y el casco y arrancó con un golpe de pedal. La pequeña *scooter* rugió con su característico sonido levemente agudo. Hacía ya casi seis años desde que su hijo había decidido prescindir de ella y se la había ofrecido; desde entonces, había aceptado el reto de empezar a ir en moto. A pesar de su antigüedad, su funcionamiento seguía siendo impecable. Ya no tenía batería, pero con el pedal de arranque era suficiente. Y para él, a pesar de la lluvia —instalada en la ciudad casi permanentemente—, trasladarse en moto por San Sebastián había sido un descubrimiento del que no quería prescindir. Desde entonces, usaba poco su viejo coche.

No pensó en nada durante el trayecto hasta su casa, en el barrio de Amara, muy cerca del campo de fútbol de Anoeta. Dejó que el viento acariciase la pantalla de su casco y sintió cómo la temperatura templada se colaba por los resquicios de su cazadora. El viento alborotó las hojas verdes de los puerros que asomaban por la parte superior de la bolsa y flameaban por la velocidad.

Aparcó en el garaje, próximo a su portal. Cuando estaba a punto de llegar,

saludó a dos vecinos que casi consecutivamente lo abandonaban. Fue entonces cuando pensó que ese saludo había sido demasiado escueto. Con la duda en la mente, pensó que todo el vecindario se había enterado de que era policía. Fue un palpito infundado. Enseguida se dio cuenta de que no tenía base lógica, pero su experiencia le había enseñado a confiar en sus hipótesis. «Además, por fortuna, no todo el mundo nos ve con malos ojos. ¿Y qué? Bien que nos llaman cuando hay un robo, o una violación o un asesinato. Entonces no hay problema. He pasado muchos años en la comisaría del Antiguo y he visto muchas cosas; algunas, terribles —recordó—. También es verdad que las cosas están más tranquilas desde hace ya unos años.»

Su pensamiento llegó al origen de su cavilación: su compañero fallecido. Arkaitz Urdampilleta. Kai. Su barbita de treintañero guapo se le apareció como tantas veces lo había hecho desde que había ocurrido el accidente. Nunca antes había vivido una muerte tan cercana de un compañero de la Ertzaintza. Era su subordinado y se llevaba muy bien con él.

Vicente y Arkaitz pensaban de una forma muy parecida en cuanto a la manera de actuar, pero se diferenciaban en una cosa. A su compañero no le importaba en absoluto que todo el mundo en su vecindario supiese en lo que trabajaba. Lo que era. Él era ertzaina y llevaba el cargo con orgullo, pero sin discreción. Por qué lo iba a ocultar, le oyó decir un día Vicente, hace ya un tiempo, en una conversación con su compañero Jon Ander.

—Porque vivimos donde vivimos, ¿no te das cuenta?

—Eso a mí me importa un pepino.

—Mira, Arkaitz, en mi vecindario no sabe nadie a qué me dedico y todos mis amigos tienen hecho un pacto de silencio conmigo. Aquí han pasado muchas cosas y, aunque ahora han cambiado, yo todavía no haría alardes —sentenció Jon Ander.

—Yo no hago exhibición de nada —contestó Arkaitz—. Solo que no lo oculto, que es muy diferente —matizó.

—Creo que te confundes, te respeto, pero creo que te equivocas —respondió su compañero.

Los dos oficiales se sostuvieron la mirada un instante.

—No todos, pero mucha gente ve a la policía con malos ojos —continuó Jon Ander—. ¡Por Dios! Pasa eso en muchos sitios... y ellos mismos son los que nos llaman si nos necesitan, eso sí. La sociedad es contradictoria. Despierta, Arkaitz. La policía no es el romanticismo de los cuentos de detectives, esto es la puta vida real, llena de mierda, hedor, envidias y de odio.

Vicente parpadeó dos veces para volver de sus pensamientos. Sacó las llaves de su casa y entró en ella. El piso estaba en silencio. Avanzó hasta la cocina y notó que el sonido de la música llenaba el ambiente. Provenía de la habitación donde trabajaba Françoise. Se escuchó la voz de su mujer.

—Estoy aquí.

El subcomisario dejó la bolsa encima de la mesa de la cocina y se acercó hasta la mesa donde la francesa estaba terminando de preparar la clase del lunes. La besó en los labios. Ella bajó las gafas de leer de cerca, dejó de escribir en el portátil y se apoyó en el respaldo de la silla.

—¿Qué has traído para comer? —preguntó mientras se desperezaba.

—Carrilleras.

—¡Qué bien! Pero eso para mañana, ¿no?

—Sí. Las haré hoy y nos las comeremos mañana.

—Y para ahora, ¿qué has traído?

—Voy a preparar unas setas salteadas, *zizahori*.

—Bien.

—Y de postre, un queso del Roncal. También he traído jamón y lomo —dijo alejándose.

—Cómo ha cambiado esto en unos años —dijo la mujer sonriendo.

Cuando llegó al dormitorio, Vicente observó una pequeña bolsa, de colores llamativos, en el lado izquierdo de la cama. Tenía el aspecto de ser un regalo. Salió con él hasta la cocina. En ese mismo momento apareció su mujer y lo pilló mirándolo por fuera. Al sentirse observado, Vicente se volvió.

—¿Qué es esto?

—Un regalo. Sácalo de la bolsa y lo sabrás. Pero no es para ti —sonrió.

Lo miró con recelo y curiosidad porque enseguida adivinó de qué se trataba.

—Lo tengo que envolver en papel bonito —dijo ella—. Lo he comprado hace una hora en la tienda de aquí al lado.

Claramente visibles desde la abertura de la bolsa, el policía vio dos patucos de color azul que tenían dos lacitos con forma de caramelo de colores a un lado. Vicente los sacó para verlos mejor.

—¿No son una *pocholada*? —dijo Françoise.

El subcomisario sonrió de medio lado y su mente comenzó a trabajar en otro sentido. Dejó atrás, por unos momentos, la lista de coches blancos que su ayudante, Jaione, le estaba preparando para averiguar de una vez por todas quién acribilló a balazos, al que, a estas alturas —después de haber estudiado tanto su vida—, era casi su propio amigo Ferni.

—¿Azules? Igual es que sabes algo que yo no.

—Solo lo intuyo, y no me suelo equivocar —contestó Françoise pletórica.

Solo el acento de la francesa era ya de por sí provocativo. Pero su peinado corto y su mirada, acompañada de sus gafas de varilla granate, le daban también un toque muy sensual.

—Además, me ha dicho la de la tienda que me los cambia de color si me equivoco.

—Seguro que aciertas. Será niño —contestó el subcomisario mientras observaba con curiosidad a su mujer. Tenía la misma sonrisa de felicidad que aquel lejano día en que le dijo que estaba embarazada de Alberto. Clavadita.

Con los patucos aún en la mano, la mente del subcomisario retrocedió muchos años. Se acordó de su único hijo, Alberto, y de que, entonces, ella había hecho igual: había comprado unos patucos azules sin saber si iba a acertar. Y recordó el susto que se llevó él porque, hasta entonces, Vicente solo se había relacionado con Pierre, el hijo del primer matrimonio de Françoise y, cuando lo conoció, aunque seguía siendo un niño, Pierre era mayor para llevar patucos.

Cuando su mujer le dijo que estaba embarazada de Alberto, se sintió mayor. Porque siendo niño, en las clases de ciencias, un profesor dijo una frase que se le quedó grabada para siempre: «El ciclo de todos los seres vivos es nacer, crecer, reproducirse y morir», y notaba que ya solo le quedaba la última fase por cumplir.

Volvió a mirar los patucos en silencio como si fueran el último gran invento de la humanidad.

—Pareces Hamlet pensativo ante la calavera —dijo su mujer acertadamente.

El policía afirmó con la cabeza sin articular palabra. No dejaba de mirarlos con detalle. La calavera o los patucos. El ciclo que se cierra.

Vicente nunca se había planteado tener hijos hasta que conoció a Françoise. E, incluso, al saber que la francesa ya tenía uno, pensó que no se lo pediría. Pero se equivocó desde el primer día. «Un hijo no es una persona. Es bastante más», le dijo Françoise casi desde el comienzo. Y decir eso nada más terminar de hacer el amor era una declaración de intenciones. «El vínculo de unión de la pareja más allá de las palabras. Lo que une y pega como el Loctite.» Y así se lo hizo saber. Con ella, todo era distinto.

Pero la sensación de ser abuelo, el otro día, en la cena en casa de su hijo delante del mar, le advirtió de que los días habían pasado con tal celeridad que pensó que lo habían hecho sin darse cuenta. No le gustó que su Alberto fuera a tener un hijo. El cargo de abuelo era como anticiparle una jubilación. Y él tenía todavía muchas ganas de seguir analizando historias ajenas llenas de interrogantes. Aunque a veces aquello le restase horas en compañía de Morfeo.

Pero a su mujer no le dio esa impresión. «Ella es tan distinta y positiva que ve todo con el prisma cóncavo que aumenta», pensó el subcomisario. Y el otro día le había dicho, después de hacer el amor apasionadamente —en la distancia corta, entre sus brazos, con la respiración aún jadeante a causa del fragor amable de las caricias, las penetraciones y los susurros y a escasos centímetros de su oído—, que la noticia le había encantado y que le había hecho recordar a su abuela, a la que apenas conoció pero de la que guardaba unos recuerdos maravillosos. Françoise recordaba cómo su abuela la acompañaba a la escuela allí, en Francia. Y cómo la agarraba fuertemente de la mano para que al cruzar la calle no se le escapase.

Un día, su abuela se enfadó mucho con ella porque no quería comerse una *ratatouille* que ella misma le había preparado. Y aquel recuerdo se le había quedado grabado. Sobre todo porque a ella, una *gourmet* declarada y con carné, le daba pena no haber tenido el tiempo suficiente para decirle que aquel plato estaba riquísimo y que cocinaba como los ángeles. Que, quizá porque era todavía una mocosa, no entendía la comida. No dio tiempo. Cuando ella murió, Françoise apenas había cumplido seis años, y su madre le dijo que la abuela se había ido al cielo y que tardaría un tiempo en volver. Pero que no se preocupara, que algún día se volvería a encontrar con ella.

En cambio, Vicente ni siquiera llegó a conocer a sus abuelos. Marimar y José fueron historias que su padre le contó poco; o, tal vez, él no supo poner el interés suficiente para saberlas. Solo conocía detalles que le había explicado su padre sobre las vicisitudes trágicas de sus abuelos en la guerra civil española. Cosas que recordaba ahora, de mayor, con mucho interés. Los quiebros a la muerte que realizaron sus abuelos se habían parecido, por desgracia, a los de tantos otros que fueron afortunados simplemente por el hecho de sobrevivir. «Igual ese último día del ciclo se está acercando», pensó Vicente bajando los patucos con una escueta sonrisa.

—Te noto muy pensativo. ¿Te asustan dos patucos? —dijo Françoise, que se acercó y se los quitó de la mano.

—No, solo me hacen pensar.

—Tu actividad preferida. Y qué dicen tus sesudas neuronas de echar un polvo de mediodía —añadió sujetándole el cuello y pasándole la lengua por la barba de dos días.

—Iba a hacer las carrilleras —contestó con media sonrisa.

—Que le den morcilla a la carne. Aquí vamos a hacer otro tipo de carne. Esta será a la brasa —añadió la mujer sujetándolo por la cintura.

—Puede que sea una muy buena idea —agregó mirando de reojo los patucos, objeto de sus cábalas.

Nada más cerrar los ojos, la lengua de Françoise le pasó con tanta fuerza por el cuello que lo hizo estremecerse. Lo hicieron en la cocina, apoyados sobre la robusta mesa de madera. De pie. Con los patucos, espectadores graciosos y estáticamente sugerentes de vida e ilusiones, en una esquina de la mesa, ajenos a los movimientos rítmicos de la pareja. Pero también presentes para constatar la realidad del tiempo que pasa implacable. Dos patucos para una reflexión tan inútil como densa. Tan evidentemente dulce. Con los caramelitos en un extremo. Con el bote de azúcar a unos centímetros de la bolsa de regalo. Azules y de lana. Muy pequeños. Una miniatura, representante fiel e inocente de la vida que empieza, entre los pies terrenales y los sueños de traer una nueva vida.

La llamada de teléfono estuvo a punto de interrumpir aquel momento tan dulce y simbólico que había tenido lugar en la cocina. Vicente volvió la cabeza y vio su móvil vibrando. Aquella vibración tenía una fuerza especial. La pantalla le indicó que quien llamaba era su amigo el doctor Álvaro Odriozola.

—¡Álvaro! —dijo con sorpresa.

—Hola, Vicente. ¿Estás liado?

—Hasta hace unos minutos sí, pero ahora ya he acabado —dijo arqueando las cejas en dirección a su mujer—. ¿No llamarás por lo que imagino?

—Sí.

Cuando cortó la comunicación, Françoise ya intuyó que su marido tendría que salir. Su expresión de sorpresa se mezclaba con una media sonrisa.

—Era Álvaro desde el hospital —le dijo con seriedad—. Hace tres días que la mujer de Arkaitz ha despertado del coma.

Un escueto beso fue su despedida. Françoise lo vio alejarse por el pasillo poniéndose su cazadora.

La sacristía estaba vacía. Daniel Garrido se encontraba en mitad de los pasillos centrales de la iglesia de San Vicente escuchando de refilón las explicaciones en inglés de un guía que acompañaba a una docena de extranjeros. A pesar del frío, alguno de ellos ya traía pantalón corto.

—*You are in the church of San Vicente, deacon and martyr of the fourth century, the oldest in the city of San Sebastián. The construction of the present church began in 1507. The former church, located in the same place could have been built in the twelfth century ...*

Las explicaciones lo estaban distrayendo, pero solo un poco. Su mente seguía metida en sus oraciones. Cuando terminó, se encaminó hacia la sacristía entre palabras extranjeras y algún sonido de cámara de fotos. Pensó que no había sido mala idea empezar a cobrar a los guiris que quisieran ver el templo. Era poco dinero, pero cada año iba creciendo. Ver la iglesia más antigua de San Sebastián era un *show*, como ir al cine pero con bastante más solera. «¿Por qué no íbamos a cobrar? Eso sin contar que hay que mantener este tinglado», pensó.

Cuando salió, era ya el atardecer y una contundente brisa salada entraba por la calle Aldamar. Se cerró el abrigo con intención de dar un vuelta por el Paseo Nuevo rodeando el monte Urgull. Un ritual que intentaba hacer todos los días. Por la tarde, tocaba catequesis con los niños, y le gustaba estar con ellos acompañando a uno de los novicios que daban las charlas preparatorias para la primera comunión.

No había hecho más que empezar a caminar cuando la figura de su amigo Sergio se acercó a lo lejos. Le levantó la mano y aceleró el paso hacia él.

—¿Qué haces a estas horas por aquí? —le preguntó extrañado.

—Acabo de salir del FUD. Hoy a la tarde no tengo clase —mintió.

—Voy a dar la vuelta por el mar —dijo señalando la plaza de Zuloaga—, ¿me acompañas?

—Sí, claro, es que además quería hablar contigo.

—Pues fenómeno. Abrígate, que vienes muy a cuerpo.

Los dos amigos tomaron juntos el paseo. El mar chocaba en algunas ocasiones contra el muro, y se podían ver en el suelo las zonas mojadas donde había roto; los dos amigos describían pequeñas elipsis para evitarlas y después

volvían a coger la línea del muro.

Pasaron el edificio de la Sociedad Fotográfica, a la altura de la batería del mirador, detrás del cual se encontraba el cementerio de los Ingleses. Al cabo de unos minutos, caminaban por el rellano ancho del paseo, con la barandilla de metal, justo delante del trocito de mar donde habían aventado las cenizas de la madre de Daniel hacía unos días. Las olas en aquella zona estaban saltando con fuerza, pero no lo suficiente como para llegar hasta ellos. El sacerdote se santiguó de manera casi imperceptible.

—Has dicho que querías decirme algo, pero todavía no has abierto la boca —dijo Daniel mirando a Sergio.

El profesor carraspeó varias veces antes de hablar.

—He estado hablando con Antonio.

—¿Y?

—Hemos hablado sobre Ferni. ¿Tú sabías que estaba enrollado con la mujer de...?

—Ferni tenía una novia en cada puerto y, en algunos en concreto, varias de ellas —interrumpió el cura.

—No me has dejado acabar.

—Dime.

—Con una empleada de la tienda de zapatos de su mujer.

—Sí. Una vez me lo contó Antonio, que se lo había dicho la propia Leire. Sospechaba que Ferni le ponía los cuernos con alguna de la tienda. Pero no debió de ser nada serio. Eso pasó hace unos años. Y nadie me lo confirmó. Para mí que era un bulo sacado por interés de alguien. Donostia es un pueblo. Hay más rumores de lo que sería deseable.

—Y, si fuera cierto... ¿eso lo sabía su mujer o solo era una sospecha?

—No lo sé, igual sí. Ferni era de los que salía a la caza siempre que podía. Y a pesar de ser amigos desde pequeños, yo se lo afeaba siempre que tenía ocasión. Soy sacerdote, interpreto las conductas y, si puedo y veo el momento, intento cambiarlas. No puedo hacer nada más que impartir perdón y pedir que no vuelva a suceder. Si alguien tiene que castigar, será Dios en la otra vida.

El sacerdote y Sergio se miraron un momento intentando interpretar cada uno los pensamientos del otro.

—¿Por qué te preocupa eso ahora?

—Joder —respondió Sergio—. Te recuerdo que alguien mató a nuestro amigo de la cuadrilla. Hay veces que en este asunto os veo a todos anestesiados... Porque pienso que igual fue Leire, su mujer, la que mató a Ferni.

El sacerdote dibujó una sonrisa torcida.

—No seas simple. —La expresión condescendiente del sacerdote no gustó a

Sergio—. ¿En qué te basas para decir eso? Unos cuernos no son motivo. Y menos aún, conociendo a Ferni. Creo que andas muy desencaminado.

—Las razones en la mente de un asesino son incomprensibles para una persona normal, me lo ha dicho Antonio. Un simple «me miraba mal» puede ser una razón de peso en una mente perturbada para hacerlo. «Me lo encontraba todos los días porque era mi vecino y me miraba mal.» Así de sencillo. Las razones del cerebro de un criminal son casi imposibles de comprender para una persona normal.

Sergio cogió aire y continuó.

—A mí, Ferni me ayudó mucho, y conmigo se desvivió para encontrarme el trabajo donde estoy ahora. Movié todos los hilos que pudo para hacerlo. Y fue muy solidario. Ferni creía mucho en el FUD. Lo dijo en su columna del periódico, que una universidad culinaria era una necesidad para esta ciudad. Estaba muy orgulloso cuando se inauguró, ¿te acuerdas?

Daniel lo miró de reojo. Casi habían llegado a la *Construcción Vacía* de Oteiza. Afirmó con la cabeza sin dejar de andar. Torcieron a la izquierda para enfilar el camino del Aquarium.

—Cuando me interrogaron, eso no lo sabía. Voy a hablar con la Ertzaintza y les voy a dar el detalle. Simplemente eso.

—Venga, no seas absurdo. ¿Qué les vas a contar? ¿Un simple bulo que no tiene base? A ver si no te van a enredar a ti y vas a terminar contando tonterías.

Ambos amigos, pensativos, prosiguieron la marcha. De pronto, Daniel se detuvo en seco y paró con un brazo a su amigo repostero. Fue a decir algo pero no se atrevió. Cuando se separaron, solo se dijeron un lacónico «*agur*».

Nada más despedirse, el sacerdote cogió su móvil y llamó. Antonio no tardó en contestar. Entró en materia enseguida.

—No sé por qué le cuentas nada a Sergio sabiendo cómo es. Lo único que haces es confundirle.

—Fue de refilón y era porque él lo estaba preguntando.

—Además, que, encima, no deja de ser un bulo del que nunca más se supo.

—Creo que lo que él quería saber de verdad era si la de la tienda no era la que entonces era su novia, Bea.

—Y, en caso de ser así, ¿qué importa eso ahora? —preguntó.

—Sergio es muy obsesivo, ya sabes. También rencoroso.

El sacerdote no contestó.

—Te diré una cosa —prosiguió Antonio—. Yo estoy empezando a preocuparme con lo de Ferni. La poli está encima y no sé de verdad lo que tienen, pero no quiero terminar en la cárcel.

—Ninguno de sus amigos le hemos hecho daño a Ferni, ¿verdad? —

preguntó el sacerdote.

El silencio tardó en romperse tanto que la comunicación parecía haberse cortado.

—Por si acaso, que Sergio deje caer a la poli que la Leire tiene algo que ver en el asunto no vendría mal. No nos vendría nada mal. Estoy seguro de que la zorra de la zapatera está diciendo algo contra nosotros. Me apuesto lo que quieras. Te recuerdo que no nos tragaba.

El sacerdote al otro extremo de la línea, calló. Pero solo fueron dos segundos.

—Sí, pues bien que lo disimulas. Te pidió una escultura y tú fuiste extremadamente colaborador desde el primer momento. ¿Se la has terminado?

—Me la encargó nada más morir Ferni. ¿Qué querías que hiciera? Sí. Casi la tengo acabada. Estoy deseando deshacerme de ella. No sé cómo pude decirle que sí se la haría.

Donostia-San Sebastián, viernes 4 de junio de 1982

La noche asomaba tiñendo con trazos muy anaranjados un atardecer que moría sobre la línea del horizonte. El fondo de aquel lienzo efímero dibujaba un azul muy oscuro y oceánico. Los pensamientos de Ferni tenían los mismos tonos, mezcla contradictoria de ardor y frialdad. Pero también de una belleza llamativa.

La figura adolescente desgarbada de Ferni cruzaba el puente del Kursaal con cierta excitación. Las olas de un mar con espuma chocaban contra la base del viaducto y dejaban una escasa huella húmeda en la acera. El viento era limpio y la circulación escasa. El día tocaría a su fin en apenas cuatro horas. Una jornada de estudio y recreo, de colegio y de ensayos con el coro. Como tantos y tantos días de rutina cansina. La llegada del verano siempre aumentaba la excitación al pensar en las jornadas venideras de playa y fiestas y, con algo de suerte, soleadas. Pero el termómetro, a pesar de que la primavera estaba ya muy avanzada, se obstinaba en contarle que la temperatura todavía estaba muy por debajo de lo que se esperaba en esos días. Ferni llevaba una pelliza de color canela oscuro con piel de borrego vuelta.

«Si no me la hubiera puesto, mi madre no me habría dejado salir a estudiar a casa de un amigo», recordó. Un libro de texto de literatura y otro de matemáticas lo obligaban a llevar la mano izquierda fuera del bolsillo, a una temperatura más baja de la deseable. Avanzó por las calles del barrio de Gros hasta llegar al portal. A través del cristal, vio que la portería estaba vacía y llamó al portero automático. La voz de su amigo no se hizo esperar; casi al unísono, se oyó el sonido metálico del gozne de la puerta cediendo. La pregunta, nada más abrir la puerta de la casa, era obligada.

—¿Está tu madre en casa?

—Que no, joder. No sé por qué tengo que repetirme las cosas varias veces. Te lo he contado por teléfono. Hoy tiene turno de noche y se acaba de ir a trabajar. Tenemos toda la noche para nosotros —replicó Antonio.

Los dos amigos recorrieron el pasillo hasta llegar a la habitación de Antonio. Un cuchitril pequeño, pero bien aprovechado con multitud de artilugios, lo que hacía de su habitación un lugar con cierto halo de misterio. De

las paredes colgaban pósteres de brujas en un *akelarre*, y la efigie de Edgar Allan Poe, en una lámina grande, reproducción de un daguerrotipo Thomson fechado en 1849, presidía su cama. A un lado, había dos libros tumbados —*El resplandor* y *Carrie*, ambos de Stephen King—, dos bocetos de una escultura y una calavera que él se empeñaba en decir que era de verdad. Al otro lado, una pila con varios elepés coronada por el primero de The Alan Parsons Project, *Tales of Mystery and Imagination*.

—Este cráneo no es de verdad —afirmó Ferni tocándolo.

—Que sí, joder —dijo Antonio con displicencia—. Te lo he dicho mil veces. Claro que el cráneo es auténtico. Mi padre es un pirado, lo traje de no sé dónde. Fue lo único divertido que hizo cuando no bebía.

—Pero ya no ha vuelto a aparecer, ¿verdad? —preguntó Ferni, mirando de soslayo y con temor hacia la puerta; no quería ni imaginarse que el borracho del padre de su amigo pudiera aparecer en cualquier momento.

—Si vuelve a aparecer, por Dios que lo mato —dijo Antonio, con rabia y decisión, sin el menor atisbo de duda—. Menudo hijoputa que es mi padre —añadió.

Ferni lo miró fijamente. Parecía que esperase que su mejor amigo explicara de nuevo la historia.

—Si vuelvo a tener que ver cómo le pega a mi madre y verle los moratones por todo el cuerpo, por Dios y por mis muertos, te juro que lo mato. Tengo un cuchillo preparado por si se acerca —añadió señalando un cajón cercano—. Así se lo dije la última vez que lo vi. Desde entonces, no ha vuelto a aparecer —agregó mirando al suelo con rabia—. Pero no me gusta hablar de eso ni que los demás lo sepan.

—Yo nunca se lo he dicho a nadie —respondió Ferni

Antonio asintió con la cabeza y soltó un «eso espero». Respiró después de su escueta frase mientras miraba con extrema seriedad a Ferni, que lo escuchaba con atención.

—¿Van a venir los demás?

—Daniel e Iñigo sí. Dani tenía ensayo con el coro, pero acaban ahora —dijo Antonio mirando el reloj de la entrada de su casa—. Iñigo estará en la manifestación proamnistía, en el bulevar. No se pierde una.

—¿Y Sergio?

—Yo qué sé. Ese siempre está que no sabe nada. Es un cagado. Me ha dicho que su madre estaba delante y que no podía hablar. Que luego me llamaría. Es un cobardica. El día que espabile... —Antonio cerró la puerta—. Venga, vamos al grano —añadió sacando el aparato reproductor de casete.

—¿Pero se ha oído?

—Claramente. El llanto de un niño o de una niña. Era ella. Seguro —añadió dando énfasis a sus palabras.

—Vamos a oírlas.

—Ahora no están tan claras —contestó Antonio—. Y además, vamos a esperar a los otros.

—¿Cómo que no están tan claras?

—Sí, he leído en un libro que las psicofonías a veces se deterioran con el tiempo si el magnetófono no es bueno. Y el nuestro no era de primera —dijo torciendo el morro.

—No digas chorradas —replicó Ferni—. Eso te lo estás inventando. Si grabas una cosa, se queda grabado y punto. ¿Qué me estás contando?

Antonio negó con la cabeza. Su silencio y su mirada fueron más fuertes que cualquier palabra. Ferni lo miró con una mezcla de temor y admiración cómplice.

—Que sí. Una cinta se puede borrar simplemente pasando un imán cerca. Si algún día consiguen eso de la tecnología digital, igual eso ya no pasa. Pero, por ahora, pasa; y te aseguro que es así —dijo señalando un pequeño montón de revistas de tecnología—. Eso también lo he leído. O sea, que cuantas menos veces la pasemos mejor. Esperamos a que lleguen los demás y las oímos porque, para convencerlos de lo que vamos a hacer, será mejor que estemos todos de acuerdo.

—¿Tienes preparado lo del sábado?

La expresión de Antonio cambió por completo.

—Lo vamos a hacer más tarde. Hasta noviembre, nada. Y además, he decidido el sitio. Es perfecto.

—¿Cómo?

—Sí, mira —dijo acercándose a uno de los cajones—. Está todo listo. Es un caserío y está unos kilómetros pasando Tolosa. Sucedió hace muchos años, pero creo que es el lugar adecuado para hacerlo. Es el lugar de un crimen. No un cementerio. Un camposanto es el lugar lógico donde están los muertos y nosotros no buscamos eso. Nos hemos equivocado desde el principio.

—Aquí, en el cementerio de los Ingleses, ha funcionado.

—Sí, pero no del todo. Buscamos un sitio donde haya habido sufrimiento y donde la muerte haya aparecido de manera violenta e injusta. Esta última palabra es la clave.

Ferni miraba absorto a su amigo Antonio.

—El sitio es un caserío a las afueras de Beizama. Está como a cuarenta kilómetros de aquí. Tardaríamos una hora en llegar y luego hay que andar hasta llegar allí. Creo que está en ruinas.

—¿De dónde has sacado esa información?

Antonio se levantó ufano y, con cierto aire de superioridad, señaló un libro.

—Porque leo, coño, porque leo. Mira —añadió tirándole un libro pequeño y de color marrón clarito a las manos.

—*El cabo de las tormentas*, de Pío Baroja —leyó.

—¿En un libro de Baroja se cuenta eso? ¿Estás de broma?

—Tu fuerte no es la *lite*.

—No te creas, sí que me gusta.

—Pues no lo parece. ¿No sabes quién es Pío Baroja?

—Claro que sí. Es un escritor. Uno de los de la generación del 98. Lo hemos dado hace poco.

—Bien, aprobado para el señor.

—¿Baroja habla de eso?, no jodas.

—Sí. Bueno, estos son cinco relatos cortos y uno de ellos está dedicado a lo que él llama *el crimen de Beizama*. Ocurrió en 1926. Un catorce de noviembre.

Ferni comprobó que, efectivamente, la página ciento cincuenta y cuatro del libro comenzaba así: «El crimen de Beizama...»

—Hostia, ¿vamos a ir justo ese día? —preguntó Ferni para confirmar su intuición.

—Exactamente. Vamos a esperar el tiempo que sea necesario para hacerlo.

—¿Y quién murió allí?

—Una madre y una hija —contestó lacónico Antonio.

—Hostia, igual que aquí, en el cementerio de los Ingleses.

—Exactamente. Pero en el que hicimos el otro día no hemos averiguado nada que diga que fueron asesinadas, allí se murieron simplemente, así que su muerte no tiene excesivo interés. Aquí no. En este sitio de Beizama, sí. Las mató alguien que a día de hoy sigue sin conocerse.

—O sea, que el asesino anda suelto.

—Bueno, calculando su edad, tendría que tener más de cien años. Mejor pensamos en sus hijos o sus nietos. —Antonio rio con descaro—. Y eso es lo que más me llama. Un crimen sin resolver. El asesino se salió con la suya. ¿Ves como el crimen perfecto sí existe? —añadió con fascinación—. Se fue de rositas —dijo acercándose mucho a su cara—. Lo que cuentan de que el crimen perfecto no existe son milongas de la policía para meter miedo a la gente.

—¡Qué fuerte! ¿Y en el libro no lo dice?

—Lo deja entrever, pero no lo asegura. Y además, en la hemeroteca ya he estado dos veces buscando periódicos de la época.

—¿Y?

—Tuvo un montón de repercusión, y todo se quedó en el aire. Se habló

durante un montón de años pero nada se aclaró del todo.

Ferni leía con atención el capítulo del libro de Baroja.

—Tenemos que hacerlo de noche. ¿Tú puedes manganarle el coche a tu padre? —dijo Antonio con convicción.

—¿Para ese día?

Antonio afirmó con la cabeza.

—Creo que sí —dijo Ferni—. El *aita* lo usa solo a las mañanas. Nunca a las tardes. Pero, con la cantidad de controles que hay ahora, si nos pillan, la liamos. Ninguno de nosotros tenemos la edad para tener carné de conducir. Y, con la cara de críos que tenemos, si se fijan en nosotros, nos paran seguro. Hay Guardia Civil haciendo controles por todos los lados, y también de los maderos. Además, dentro de nada, he oído que vamos a tener una policía más. La Ertzaintza, la van a llamar. Eso sí que lo he leído —añadió con retintín enseñando el periódico que estaba encima de la mesa. La condena a treinta años por la intentona de golpe de Estado encabezada por el coronel Antonio Tejero ocupaba la totalidad de la portada.

—Joder, qué bigotes.

—Sí, pues mira la que casi lía. Venga, al grano. ¿Qué me dices del coche?

—Bueno a ti te faltan unos meses, y, a mí, dos más para ser mayores de edad.

Antonio lo miró con firmeza.

—No me vengas con excusas. Además, es el único coche que tenemos. Lo has conducido más de una vez. Se lo hemos quitado a tu padre varias veces —dijo Antonio con convicción—. Pero si no te atreves, buscamos a otro que pueda venir.

—Ya, ya —dijo Ferni bajando la cabeza—. El día que me pille, va a ser de traca la que me va a montar.

El timbre del portero automático volvió a sonar.

Antonio esperó en la puerta a que el ascensor apareciera por el descansillo. Daniel e Iñigo salieron del ascensor como si los estuviera vomitando: casi a la carrera y con cara de haber venido corriendo.

—Calma, ¿qué os pasa? —preguntó el anfitrión.

—Nada. Yo he perdido el bus y este viene corriendo del Bule.

—Hostia —dijo Iñigo—. Me he puesto fino de tirar piedras a los maderos. Y mira lo que he pillado —dijo enseñando una pelota de goma—. Han disparado un huevo de estas.

—Un día te van a pillar, gilipollas. Venga, pasad.

Los tres fueron a la habitación donde se encontraba Ferni. Todos se saludaron.

—¿Estamos solos? —preguntó Iñigo.

—Sí —respondió Antonio—. Mi madre trabaja, ya os lo he dicho. Estaos tranquilos.

—¿Y Sergio?

—No sabemos si va a venir —respondió Ferni—. Es un cagado y un melindroso. Creo que ha puesto a su madre como excusa para no venir. Para mí que no se ha atrevido a decírselo y la utiliza como disculpa para no aparecer.

—Sí, pues yo no tengo mucho tiempo. A las diez y media como mucho tengo que estar en casa. ¡La *ama* me ha puesto una cara cuando le he dicho que veníamos a estudiar! —dijo Daniel.

—Venga, vamos a oírla —dijo Iñigo.

—No se oye tan bien como la primera vez —dijo Antonio—. Yo solo lo he oído dos veces. Esta será la tercera. Poned todos los oídos bien puestos —agregó Antonio dirigiéndose hacia el magnetófono. Los cuatro acercaron sus cabezas y escucharon en silencio.

No llevaban ni un minuto escuchando cuando un sonido agudo que, desde luego, no provenía de ultratumba los hizo sobresaltarse con brusquedad. Antonio paró la cinta y acudió al portero automático. Al cabo de cinco minutos apareció Sergio, casi jadeante, por el pasillo. Fue recibido por Ferni con una colleja y una frase:

—Siempre tarde, venga, siéntate.

—Déjame en paz, mierda. Mi madre casi no me deja venir —contestó apartando a su amigo.

Los cinco se reunieron en torno a la grabadora. Antonio la puso en marcha de nuevo. Al cabo de media hora, escucharon las psicofonías. Sonaron nítidas y parecidas a un llanto, pero demasiado bajas para poder apreciarlas con claridad. El comentario general de los adolescentes fue para discernir si era verdad que había algo.

—Yo creía que iban a ser más espectaculares —dijo Iñigo mientras su amigo paraba el aparato.

—Y lo serán —respondió con frialdad Antonio—. Estoy preparando otra para noviembre en otro sitio. En un lugar donde se ha producido un asesinato.

Todos, menos Ferni, volvieron la cabeza con extrema atención.

—¿Dónde?

Antonio explicó con detalle el plan que había ideado para dentro de unos meses.

—¿Eso es así? ¿Y cómo vamos a encontrar el caserío?

—Ahora estará en ruinas. Solo quedan unas paredes, ya me he informado bien. Pío Baroja tiene un libro, *El cabo de las tormentas*, donde relata el asunto.

Y además, tengo recortes fotocopiados de los periódicos de la época. Me lo he trabajado. Fue noticia de *La Voz de Guipúzcoa* con fecha... 16 de noviembre de 1926. Indica con precisión el lugar donde está y describe el propio caserío. Con dos pisos, la cocina y las habitaciones. Pero las noticias son de hace mucho tiempo. No sé cómo estará ahora. Supongo que peor, no sé. De todos modos, no lo dudéis, lo encontraremos seguro.

Todos atendían al relato de Antonio.

—Las mujeres asesinadas se llamaban Bibiana Ocariz, de sesenta y seis años, y su hija María Juana Odriozola, de veintisiete. Los periódicos de la época contaban muchas historias de la familia. Incluso que una de ellas, con una hermana, llegó a propinar una paliza a un vecino y a quitarle los pantalones porque el vecino había intentado atropellarla. Volver a casa sin pantalones, en aquella época, me imagino que no pasaría desapercibido —agregó el joven.

Todos se rieron casi al unísono.

—Por poco no es el número de la bestia —dijo Sergio con ingenuidad.

—Cogosagasti es el nombre que utiliza Pío Baroja para referirse al caserío donde se cometió el crimen. En los recortes de *La Voz de Guipúzcoa* de 1926 aparece como Corosagasti. Con «r» en vez de con «g». Y yo he encontrado un artículo donde lo confirma un periodista hace unos cuatro años y lo nombra como caserío Korosagasti. Sea como sea, los datos de la ubicación coinciden. Y en el libro de Pío Baroja se describe cómo a los supuestos autores los torturaron para que confesaran.

—Hostia, ¿los torturaron? —preguntó Sergio. Antonio asintió con la cabeza—. Qué horror.

Los cuatro amigos escuchaban con extrema atención el relato de Antonio. La palabra «tortura» dio un toque morboso al relato. Él prosiguió al ver a su público entregado, pero fue interrumpido.

—¿Y cuenta cómo fueron torturados? —preguntó Iñigo.

—Sí. Dicen que les metieron astillas entre las uñas y los dedos.

Todos se estremecieron al oírlo.

—Pero luego aquello no se sabe cómo acabó. Parece ser que todos los sospechosos fueron exculpados y lo negaron todo. Un rollo extraño. Al final, no culparon a nadie. ¿Veis?, es el sitio perfecto. Una madre y una hija asesinadas impunemente. Con los verdugos en libertad riéndose de su acción.

—Yo no sé si iré —advirtió Sergio.

—Ya estamos —dijo Ferni cortante—. Más sitio en el coche. No te preocupes. ¿Ya te das cuenta de que siempre estás dando la nota?

—Venga, calma. ¿Ya os he dicho que vamos a tener que retrasarlo? Os explico el porqué: esperaremos al aniversario de los asesinatos, son solo unos

meses.

—A mí me mola la idea —dijeron Iñigo y Daniel casi a la vez.

—Yo no sé si me voy a atrever —insistió Sergio.

—Calma —dijo Antonio—. Tenemos tiempo para decidir muchas cosas de aquí a noviembre. Iremos en el coche de Ferni. Es grande y cabemos todos bien. Incluso podríamos llevar a alguien más —añadió.

—Sí, hombre, que esto son psicofonías, no un guateque —exclamó Daniel; pero Antonio quiso decir la última palabra.

—Ya decidiré yo quién va y quién no.

Los cuatro escucharon en silencio la última frase. Nadie se atrevió a contradecirlo.

El doctor Álvaro Odriozola se levantó de su silla al ver al subcomisario Vicente Parra entrar por la puerta de su despacho. Ambos se dieron un efusivo abrazo.

—Hace unos años que no nos veíamos —dijo con una sonrisa—. Estás igual. Parece que por ti no pasa el tiempo.

—Es lo bueno de los que estamos casi calvos. No podemos perder más pelo. Sí, hace unos años que no nos veíamos; y hablar por teléfono, eso ya lo hemos hecho más a menudo.

—Sí, eso sí. Pero vernos, no, desde el caso aquel del bedel. Tu colaboración fue crucial para resolverlo —recordó Vicente sentándose enfrente de él.

—¿Qué tal Paula?

—Bien. Liada con sus clases. ¿Y Françoise?

—Pues ahora de novios. Hace ya un tiempo que Alberto, nuestro hijo, se fue de casa y vive con su novia. Que además nos hemos enterado hace poco que está embarazada.

—Vaya, enhorabuena.

Vicente torció el morro cariñosamente, y el médico se dio cuenta.

—¿Qué pasa?, ¿que lo de ser abuelo no lo llevas bien? —dijo medio riéndose.

—No muy bien, pero me estoy haciendo a la idea poco a poco. No queda más remedio. Estoy ya cerca de la jubilación —sonrió.

—No te veo jubilado —dijo el médico—. Con lo que te gusta tu profesión.

—Eso es verdad —contestó el ertzaina.

Las palabras que Vicente estaba cruzándose con su amigo eran automáticas, no salían de su cerebro conscientemente. A pesar del respeto y admiración que el subcomisario profesaba por el doctor, estaba deseoso de que acabaran los prolegómenos para que este empezara a contarle cosas. El doctor se dio cuenta.

—Vamos al grano, ¿verdad?

Vicente asintió con la cabeza, y fue él mismo el que comenzó a preguntar tras ponerse al borde de la silla.

—¿Se puede hablar con ella? Es lo más urgente que tengo entre manos y supongo que no será fácil. Si me has llamado...

El doctor respiró profundamente y su cara se volvió esquiva y cooperante al

mismo tiempo.

—Sí, claro que se puede hablar con ella. Está consciente y en un estado de aparente normalidad. El problema es saber en qué momento se puede hacer y, sobre todo, en qué términos.

—¿Sabe que Arkaitz ha muerto?

—Sí. Según me han contado, dice que lo sabe desde el primer momento. Es una cosa muy extraña. Te cuento.

El comisario interrumpió al doctor.

—¿Cuánto tiempo lleva despierta?

—Casi dos semanas. Está en manos de una psicóloga. Su estado es delicado, aunque está fuera de peligro. Los daños cerebrales, que en un principio se temía que fueran graves, no han tenido el alcance que se esperaba. Ya sabes, la medicina es un arte en el que nada puede asegurarse jamás al cien por cien. Los milagros ocurren, y este es un caso claro. En este momento, responde a toda la terapia con la que se está trabajando; no solo en referencia a su estado anímico, sino a una serie de fármacos que se le administran. Digamos que está, según me ha contado el neurólogo, en un estado en el que creemos que no se da cuenta muy bien de lo que ha sucedido. Aunque ella dice lo contrario. De hecho, las personas que la han atendido, no yo, ya sabes que mi especialidad es la nefrología, no se atreven a aseverar nada. La psicóloga que está atendiéndola me ha contado que la mujer se halla en un estado denominado de *vivencias encontradas*. Asume lo que ha sucedido, pero no muestra un duelo especial. Como si no fuera consciente de verdad de lo que ha pasado. Como si fuese un conocido lejano el que ha muerto y no su marido.

—¿Y será capaz de recordar cosas?

—El mundo de los comatosos es, en muchos casos, un misterio; y, por muchos estudios que se han hecho, no se logra un patrón de comportamiento al que poder atenerse. Cada caso es un mundo y, aunque, cuando están en coma, todos se comportan de manera relativamente parecida, lo que ocurre en su cerebro es distinto en cada caso y donde se nota de verdad la diferencia es al despertar. Desconozco hasta qué punto podrá hablar. Lo peor de todo será poder saber si esos recuerdos son verdad o fabulaciones de cuando se encontraba dormida. Una cosa es segura y, por desgracia, sus más allegados lo corroborarán: nunca volverá a ser como la persona que era antes. Esto sí que es un patrón innegable.

—¿Cuándo crees que se podrá hablar con ella?

—Miren, se llama, si mal no recuerdo... No lo sé.

Vicente asintió.

—Tiene un aspecto fuerte. Yo no la he visto, pero el neurólogo, que es muy

amigo mío, me lo ha comentado. Está siempre con ella una hermana suya. No se ha despegado de ella en ningún momento, ni siquiera cuando estaba en coma. Yo pienso que antes habría que hablar con este familiar para sopesar la situación. Debían de estar muy unidas y, en este caso, creo que será mejor hablar con ella antes de hacerlo con Miren.

Vicente se apoyó en el respaldo de su silla frente a su amigo Álvaro y se frotó las manos; un movimiento instintivo que podría convertirse en un tic.

—¿Qué piensas que puedes descubrir?

El ertzaina tardó en contestar.

—No lo sé. Arkaitz, su marido, era mi mano derecha. Le había encomendado el caso de Ferni. Y aunque era y, por desgracia, sigue siendo un caso endiablado, él estaba muy encima. Su desaparición ha sido un golpe muy duro para la investigación. Claro está que yo la dirijo y sabía con exactitud toda la evolución del caso... menos la del último día. No te puedo contar nada más que no sepas. Venía con su mujer de algún sitio o igual había aprovechado para recoger a su mujer... No lo sé, no lo sé —dijo Vicente pensativo—. No te puedo contar más.

—¿Sospechas que tenía información?

—Tampoco lo sé seguro —agregó el subcomisario echándose los pelos para atrás—. Pero me dejó un mensaje bastante misterioso veinte minutos antes de tener el accidente.

—Lleva mucho tiempo en coma. Más del que sería deseable para recordar nada. Los mecanismos de defensa de nuestro cerebro son muy complicados. Ayer estuve hojeando su parte médico, y cuando llegó a urgencias nadie apostaba por ella. El traumatismo craneoencefálico era grave... eso sin contar los huesos rotos: el cúbito, el radio, la tibia por dos sitios y tres costillas. Sobrevivió porque es muy fuerte. Y los daños cerebrales, esos, hasta que no despiertan, no sabes el alcance exacto.

—Destrozaron la mediana. El coche quedó irreconocible. Lo tenemos en el depósito de la comisaría y todavía no sé muy bien por qué.

—Yo no te puedo ayudar más. Te voy a pasar el contacto de su psicóloga. Ella hará de puente entre tú y su hermana, primero. Si habláis entre los tres, igual llegáis a un acuerdo para que puedas hablar con la paciente.

El ertzaina miró al doctor pensativo.

—De acuerdo, pero no estaré yo. Mandaré a una persona de mi confianza. Una oficial.

—No me parece mala idea. Entre tres mujeres puede haber más química. En realidad, es una chorrada. Yo siempre busco alguien que transmita, sea hombre o mujer. Igual en este caso concreto es más adecuado y te puede funcionar.

—Yo pienso igual; además, esta oficial es también psicóloga y está muy preparada, puede que lo haga mejor que yo —admitió el policía—. Lo intentaré mañana mismo.

—Habrás que andar con mucho tiento para que su hermana acceda —advirtió el doctor.

—Sí, creo que la oficial tendrá mucho cuidado.

Cuando Vicente salió del hospital, tenía sensaciones encontradas. Miró hacia las ventanas del edificio. Se podía observar cómo dentro de las habitaciones había gente matando el tiempo de espera. Alguna bata se asomaba a la calle de vez en cuando, como un preso en la cárcel deseando la libertad. Una escandalosa ambulancia que se dirigía a urgencias pasó junto a él como un relámpago. Esa visión hizo que retrocediera al día en el que encontraron el coche de Arkaitz en el fondo de un pequeño barranco. Respiró hondo y se alejó. El recorrido hasta su coche fue tan denso que pensó que el tiempo se había detenido.

«¿Qué estás buscando en Miren? ¿Qué te puede contar que no sepas? Un accidente. Suceden cientos al año —pensó el policía—. La mala suerte. Conducía muy rápido. Le gustaba la velocidad. Arkaitz, ¿qué querías contarme? Y, sobre todo, ¿era importante o era una chorrada?»

Cuando llegó al coche, se dio cuenta de que tenía el teléfono móvil desconectado. Apretó el botón, pero el dispositivo no reaccionó. Lo conectó al cargador del mechero. La pantalla tardó en encenderse. Cuando por fin lo hizo, vio que tenía tres llamadas perdidas. Las tres correspondían a la oficial Jaione Egia. La llamó enseguida. Sonaron tres tonos.

—No contestabas —dijo ella con un leve tono de reproche a su jefe.

—Estaba hablando con el doctor sobre la mujer de Arkaitz.

—¿Has hablado con ella?

—No, todavía no, de eso quiero hablarte. Pero tú, ¿qué querías para haberme llamado tres veces?

—Los cadáveres de los excursionistas, los que han aparecido muertos bajo el faro de la Plata...

—Sí, ¿qué pasa?

—Uno de ellos o los dos llegaron allí en un coche blanco.

—¿Y?

—Su matrícula empieza por ocho y es una ranchera grande.

—No es mucho.

—Igual sí.

—¿Dónde estás?

—En comisaría.

—Voy para allá.

—Hola, soy Leire.

—Ya sé por qué llamas —respondió Antonio—. Pero todavía no está lista del todo.

—¿Cuánto crees que pesará?

—Unos ocho kilos. Es alabastro pulido y todavía tengo que trabajar en ella. Igual menos. Tengo que rebajar algunas zonas.

—¿Podría verla?

—Hasta que no esté acabada, no.

—Le estoy preparando un pequeño pedestal para ponerla enfrente de la entrada de la zapatería —explicó la mujer—, y para terminar de hacérselo necesito...

—No te preocupes, ya te dije el otro día que aguantará sin problemas y el espacio que ocupa es el de un balón de baloncesto. Incluso un poco más pequeño. Y además, tiene una base muy estable.

—¿Cuánto crees que queda para que la acabes? —insistió ella.

—No mucho. No te preocupes, en cuanto la tenga, te aviso. Pero una cosa sí te puedo adelantar. Le he puesto título.

—¿Cuál?

—*Perfume de amistad*. La forma me ha generado sensación aromática profunda desde que empecé. Ella misma se ha puesto el nombre.

Se oyó un suspiro desde el otro lado de la línea telefónica.

—Muy bonito. —Se oyó claramente tragar saliva—. Llámame pronto —dijo la mujer.

Antonio cortó la comunicación y se dirigió al alabastro a medio tallar y lo acarició. Un pequeño trapo blanco tapaba el color discretamente rosáceo de la pieza. Desde la esquina, observó la otra escultura que estaba preparando casi al mismo tiempo. La enorme talla del árbol rivalizaba en tamaño. Notaba que ya quedaba poco para acabarla. Antonio seguía teniendo dudas sobre si debía titularla *Ferni*.

La iglesia de San Vicente estaba cerrada. La noche, cómplice de color, era oscura. Negro de luz y negro de propósito. La parte trasera de la nave mantenía un punto azabache en la oscuridad. Daniel conservaba la placidez aparente de saberse en su casa. Hacía un rato que se había levantado de uno de los bancos corridos de madera para arrodillarse. Tres bancos más atrás estaba la pila bautismal donde él mismo tuvo su primer contacto con la fe, siendo niño. Quizá por esa razón, ese era su sitio favorito de la iglesia. Los últimos bancos de la parte final del templo.

Mimetizado en su extrema quietud, parecía que sus rodillas no se resintieran de su posición. El silencio que había entre aquellos muros, en medio de tanta soledad, era hermético. El aire olía a rancio con un leve toque a incienso, y permanecía ajeno a los lejanos murmullos vacíos. Los rosetones principales apenas dejaban pasar, a través de sus vidrieras, la claridad casi inexistente de la noche. Unas bombillas huérfanas que lucían cansinamente en el exterior mantenían a duras penas aquel leve tono de claridad desvanecida. En el altar principal, también a oscuras, solo reinaba la silueta recortada del cristo crucificado. El retablo central también estaba oculto, pero se intuían las miradas mudas de las figuras talladas.

Daniel Garrido levantó la mirada hacia el Cristo y dejó que sus ojos observaran la figura de su Dios. Respiró con profundidad y su aliento se difuminó como si hubiera echado una gota de agua al océano. Tenía la cabeza apoyada, de manera natural, sobre sus manos entrelazadas en actitud de rezo. La temperatura, al abrigo de aquellos muros, se mantenía. Las figuras de la Virgen María y de otros santos lo observaban. Desde que su madre murió, le era más difícil mirarlos.

Fue después de cerrar los ojos durante unos largos segundos cuando, en la más absoluta soledad, comenzó a hablar sin mover los labios y sin variar un milímetro su postura penitente. Hacía ya muchos años que había dejado de usar sotana pero, esta vez, en su imaginación, la llevaba puesta. Y la casulla de celebración eucarística, también. De color verde esperanza. La reciente comida en la soledad de su casa le había hecho recordar los guisos de su madre y volver a su amado templo, donde habían sucedido los eventos más importantes de su

vida, incluida la despedida de sus padres. Aquella soledad lo acercaba más a Él, la compañía con la que se encontraba más a gusto. No había nadie más con el sacerdote.

—Creo que estás llegando al final del camino.

El sacerdote no se inmutó ante esas palabras.

—Tú sabes perfectamente por qué estoy aquí. Creo que durante estos años te he servido con devoción.

—Lo sé. Tu tregua está llegando a su fin. Te vengo reclamando desde hace ya un tiempo.

—Nunca pensé que esto acabara. Pero estoy contento de poder ir en tu compañía —murmuró el sacerdote entre dientes.

—Tu misión ha terminado. Tú paréntesis contigo mismo también. Debes pagar lo que me debes. Ese fue el trato.

—Lo sé. Pero ¿qué hay donde tu reinas?

—Armonía.

—Y eso es lo que quiero —respondió Daniel nada más oír esa palabra—. Quiero descansar y explicarte de verdad lo que pasó.

—Sé exactamente lo que pasó. Pero ahora debes darme algo más.

—También lo sé —respondió el sacerdote.

—Tu tiempo se ha acabado. Ahora debes venir en mi compañía y, sobre todo, pagar tu deuda.

—Fue mala suerte.

—Lo sé. Por eso te he permitido esta prórroga, de la que no eres del todo digno. Servirme ha sido tu expiación.

La absoluta soledad de Daniel se hizo más patente cuando levantó la vista y vio que las columnas del templo escoltaban sus densos pensamientos. La conversación prosiguió, pero esta vez abrió los ojos.

—Tengo miedo.

—No debes tenerlo. Sabré juzgarte.

—Mi Señor, tú sabes que he compensado todo el mal que generé.

—Eso no importa ahora. Te juzgaré con honestidad. Te espero desde hace tiempo. Has sabido estar con los que sufren y eso lo tendré muy en cuenta.

—Pero un solo acto de maldad no puede eclipsar miles de horas de dedicación a mis feligreses. ¡Ese fue el pacto! —El silencio del templo se rompió con las palabras casi en voz alta del sacerdote. Daniel bajó la cabeza y volvió a cerrar los ojos. La Voz sonó con autoridad, pero también con suavidad, en su interior.

—Me equivoqué. Igual has vivido demasiado bien.

—Tú nunca te equivocas —habló el sacerdote.

La conexión inalámbrica entre los dos mundos se quedó sin cobertura con las últimas palabras. Daniel se sentó en el banco. Dos lágrimas cayeron y compitieron partiendo de cada comisura de los párpados. La de la izquierda llegó primero al final de la cara.

Su final estaba escrito. La manera de llegar a él era una duda que él mismo debería despejar en un lapso corto de tiempo. En silencio y sin dar la más mínima explicación a nadie. Ya lo había decidido.

Se santiguó y se levantó. Pensaba terminar sus días como siempre había actuado: afrontando la vida con determinación, pragmatismo y ensoñaciones, y solucionando los problemas de una manera a veces poco ortodoxa. Siempre pensó que debía ser así. Aunque errase, siempre para adelante. De nada servía lamentarse.

Cuando llegó a la sacristía, se sentó delante de una pequeña mesa en una esquina de la habitación. Sacó un papel, un lápiz y un sobre. Comenzó a escribir. Solo fue capaz de poner la fecha, su nombre y su cargo «Yo, Daniel Garrido, sacerdote de la bendita iglesia de San Vicente...». Durante más de diez minutos, intentó extraer palabras de su mente para plasmarlas en el folio, pero no fue posible. Lo intentó cerrando los ojos, pero su cerebro era incapaz de dar una explicación lógica a lo que hizo.

Lo que iba a hacer, solo Dios lo sabía, y solo él sabría darle una explicación, pensó. Y nadie más debía saberlo, y menos por su boca. Él, el enviado de la verdad, de la razón y del buen juicio se encontraba preso de su pasado y de su presente. Respiró varias veces en profundidad. El bolígrafo permanecía inmóvil entre sus dedos. Ni siquiera un borrador. La fecha, su nombre y su cargo quedaron escritos, escuetamente, en aquel trozo de papel. Un folio lleno de interrogantes que contenía la parte blanca y elocuente de su vida. Las verdades absolutas: su nombre, la fecha y su cargo. El resto se lo guardó.

Había pasado tanto tiempo que remover todo aquello era absurdo. Dios lo llamaba y eso era lo único que importaba. Se levantó y se arrodilló sobre un pequeño reclinador. Rezó un avemaría que le recordó a su madre, se santiguó y apagó los dos fluorescentes que iluminaban la estancia.

El sacerdote cerró la sacristía y salió por la puerta lateral del templo. Sus muros le parecieron más altos que nunca. Y la piedra, más oscura y áspera. Cerró la verja con llave. Miró el vallado y pensó que escapaba voluntariamente de la prisión amable de sus eternos remordimientos, en la que se había mantenido desde aquel funesto día. Dio dos vueltas a la cerradura y se vio a sí mismo ejerciendo a la vez como carcelero y recluso, como guardián y presidiario, como centinela e interno.

La noche estaba muy oscura y el salitre del mar se colaba en las calles

desde la cercana plaza dedicada al pintor Zuloaga. Se había vestido de negro. Su color preferido. Su cazadora de piel lo protegía del frío ajeno de la noche. Se cruzó con uno de sus feligreses y lo saludó con una sonrisa forzada. Este hizo ademán de pararse, pero él siguió andando. Hacía ya un rato que no estaba en este mundo.

Su figura solitaria avanzó hacia el Paseo Nuevo. Cuando llegó, dobló por el pequeño edificio de la Sociedad Fotográfica de Guipúzcoa. Dejó que la brisa del mar y su sal le acariciaran con suavidad el rostro. Avanzó por el paseo, iluminado con farolas de tono azulado, hasta la rotonda donde había esparcido las cenizas de su anciana madre. Solo se cruzó con un grupo de tres personas que apuraban las últimas horas del día haciendo *footing*.

Se paró delante de la barandilla y ojeó el mar con fondo de espuma negra. El sonido de las olas rompiendo en la base de piedra era rítmico. No se distinguía la línea del horizonte. Agua y cielo en un mismo plano de oscuridad. Se agarró a la barandilla con las dos manos y notó el frío del metal; aquello lo impresionó. Fue como si el tacto de la muerte se hubiera apoderado de su cuerpo con antelación. Un escalofrío le recorrió el cuerpo de arriba abajo al notar el cambio de temperatura. Pensó en que aquello era una locura y soltó la barandilla. Sus manos reaccionaron al instante y recuperaron la temperatura que habían perdido en solo unos instantes. Pero la decisión estaba tomada.

Durante unos segundos, todos sus feligreses desfilaron por su cabeza. Benito, el padre que trabajaba de albañil y al que tuvo que ayudar cuando su hijo cayó en la droga. María Ángeles, a la que tuvo que confesar y ayudar cuando le contó que su marido le ponía los cuernos. Josema y Miren, a los que casó, después de muchas dudas, no hacía ni dos años. La señora Carmen, a la que ayudó cuando su marido murió de cáncer. Pero todas aquellas bondades le sonaron a agua pasada. Quizá porque la figura de otra persona asomó por los resquicios de su memoria.

Y no le gustó nada. A pesar de lo que sucedió, él había ayudado a miles de almas a ser mejores. Solo un alma se le había escapado. El balance había sido muy positivo. Intentó cargar la mochila de su imaginación con todo lo positivo y cerrarla. No lo consiguió. Olvidó un millón de cosas buenas porque una había salido mal.

Volvió a aferrarse al otro mundo a través de la barandilla fría. Apretó el tubo metálico de su última frontera y su temperatura gélida lo convenció aún más. Miró al mar negro y recordó a su padre, el pescador perdido en algún rincón entre agua y sal; una figura que ahora yacía mezclada con el polvo del cuerpo inerte de su madre entre las olas ajenas del mar errante. Y en la frase que Estefanía, la joven que la cuidaba, dijo —con la más dulce de las

espontaneidades— cuando sus cenizas volaron en dirección al mar: «*Agur, amoñi, agur.*»

Pensó que no tenía edad para morir. Pero ya lo había decidido y no había marcha atrás. Nadie le diría «*Agur, padre Daniel, agur*». Pensó que tal vez no se lo mereciera.

Miró de nuevo a ambos lados. El Paseo Nuevo ya era viejo para él y no fue capaz de vislumbrar nada más. Era el momento. El ruido y el olor a mar le parecieron muy cercanos al hedor. Con frialdad, pensó en qué hacer para que el agua no amortiguase la caída. Calculó con precisión.

Tardó menos de dos segundos en llegar a las rocas. Su cuerpo impactó con tal violencia contra ellas que la enorme mancha de sangre que dejó en una esquina del saliente tardó varias olas en desaparecer. Su cuerpo sin alma quedó flotando toda la noche a merced de las rocas, los embistes del Cantábrico y las mareas. Su último pensamiento fue para su madre. Fue justo que fuera así.

A la mañana siguiente, el cadáver del sacerdote apareció varado en la playa de Gros. Las olas cercanas al espigón lo mecían rítmicamente. Parecían querer jugar con él.

El coche avanzaba a velocidad moderada por las calles, pero sus ruedas estaban quietas. El conductor de la grúa de la Ertzaintza conducía con cuidado. El trayecto duró media hora. Lo descargó en una zona reservada de la comisaría bajando la plataforma hasta depositarlo con suavidad sobre el asfalto. Los oficiales Jon Ander y Jaione se acercaron a él con curiosidad y seriedad. Dieron varias vueltas a su alrededor sin saber muy bien qué buscaban. Tres agentes de la sección de policía científica de la policía autónoma vasca se acercaron a él con guantes en las manos.

—¿Estamos buscando algo en concreto? —preguntó unos de los agentes dirigiéndose a la mujer.

—No —contestó Jaione sin dejar de mirar la matrícula—. Quiero todo lo que podáis sacar. Los dos cadáveres carcomidos por las gaviotas podrían no ser un accidente. O sea, que intenta decirme todo lo que puedas del maldito coche —respondió la oficial con autoridad y la cara muy seria.

El agente asintió con la cabeza y comenzó a abrir las puertas del todoterreno.

—¿Qué te hace pensar que no es un accidente? —intervino Jon Ander.

—Nada. Solo es una suposición. No tenemos nada.

Anotó la matrícula del coche: 8825 HDN.

—El modelo coincide. Ford S-Max. ¿Podría ser el coche que buscamos? —preguntó Jon Ander.

No hubo respuesta. La voz del subcomisario hizo que los dos se volvieran. Este saludó con un escueto «*kaixo*». Requirió la presencia de uno de los agentes.

—Quiero muestras de la pintura de la parte delantera del vehículo.

Pasó por delante de él y fue en dirección al morro y se agachó. No dijo nada. Después se dirigió a sus compañeros. Vio como se afanaban en recoger huellas y otros restos de las alfombrillas, el maletero e incluso las ruedas.

—En la matrícula de Conchi había un ocho —recordó—. En esta hay dos —dijo dirigiéndose a sus oficiales. Pero Vicente comentó también el detalle de la pintura raspada del parachoques delantero.

Ambos oficiales asintieron con la cabeza.

—Quiero muestras de esta pintura —repitió.

—Ya lo has pedido —contestó Jon Ander mirando con cara de extrañeza a Jaione.

Vicente se acercó a la puerta del maletero.

—Aquí hay huellas —dijo a uno de los agentes, que se acercó y confirmó lo que había dicho su jefe.

Vicente dio varias vueltas y miró cada esquina del coche, pero sin dejar de sentir algo de escepticismo. Llevaba tanto tiempo con aquel caso del crítico gastronómico que la sensación de encontrar alguna pista desbordaba a veces su optimismo y era capaz de ver luces donde solo seguía habiendo sombras. Y estaba cansado de que esto sucediera. Este caso lo estaba volviendo más receloso aún de lo que ya era de por sí.

—¿Qué os hace pensar que este es el coche? ¿Lo teníamos en la lista? —preguntó el subcomisario.

Jaione afirmó y sacó varios folios grapados. Fue directa al segundo folio. Desde hacía cinco minutos, estaba señalado con un rotulador fosforito de un vivo amarillo verdoso.

—Todavía no habíamos llegado a él. Coinciden marca, color del coche y modelo, y su matrícula empieza por un ocho. Por ahora nada más.

—Por uno no, por dos —agregó Jon Ander.

—Está en la lista de los que estamos investigando. Solo digo eso —dijo la oficial mientras su compañero escuchaba sin decir palabra—. Ya sé que no significa nada —añadió.

Los tres callaron unos instantes, pero fue Jaione la que, durante unos segundos, voló con su imaginación lejos, muy lejos, hasta la habitación de Conchi en su pueblo de Errazkin; y se sintió muy bien recordando aquella sesión tan especial de pequeña relajación de ayuda al recuerdo, parecida a una hipnosis, que llevó a cabo allí no hacía mucho. Intentaba creer, por todos los medios, que aquel era el coche que habían estado buscando y que aquella mujer le había descrito con increíble precisión milimétrica. La suerte de este caso estaba cambiando, se estaba equilibrando, y algo le decía que esta iba a ser la buena. Un número que ayudara a resolver un crimen. Y tal vez su ayuda habría sido fundamental. Pero eso todavía estaba por demostrar.

—¿Tenemos el ADN de los excursionistas?

—Todavía no, igual en un par de horas.

—¿A qué nombre estaba registrado el coche?

—Al de una mujer...

Jaione miró los papeles y encontró los datos.

—Leila Gavashvili. Tenía un DNI de aquí, aunque su lugar de origen era Georgia. Todo esto en caso de que los dos cuerpos hallados en el mar tengan

relación con este vehículo, que eso está por comprobar.

—¿Y su lugar de residencia?

—Vivía, o vive, en un piso en las afueras de Orio. Tengo aquí la dirección —dijo señalando más papeles—. Tendremos que mirar. Solo es la dirección que aparece en la ficha del vehículo.

Vicente no dejaba de observar a los agentes buscando huellas, llevándose tierra de las alfombrillas, pelos y demás restos de los asientos delanteros y traseros. Todo se etiquetaba y se guardaba en una caja especial destinada a los laboratorios de la Ertzaintza. Pero antes, permanecía unos minutos sobre una mesa habilitada para ello.

—¿Se ha intentado contactar con algún familiar del propietario del vehículo? —preguntó Vicente.

—Sí, pero no lo hemos logrado porque todavía no tenemos ningún teléfono. Están en ello. Estamos rastreando esa identidad en todas las compañías telefónicas. En breve tendremos algo. Por ahora no hemos encontrado ningún teléfono asociado a Leila Gavashvili —concluyó la oficial.

Uno de los agentes se acercó con la documentación que había en el coche. Se la ofreció a la mujer y esta le hizo un gesto para que la dejara encima de una mesa larga preparada a tal efecto. En ella, se amontonaban un jersey, dos paquetes de tabaco, unas tijeras y un paquete de clínex. También las pequeñas ramas encontradas en el parachoques delantero, que estaban metidas en una bolsa de plástico transparente. La documentación era una carpeta pequeña. Jaione la abrió con la punta de un bolígrafo. El interior era transparente y se podían observar los datos sin sacarlos. El nombre coincidía. El apellido también.

—¿No hay ningún móvil ni tableta? —preguntó Jon Ander acercándose al coche mientras Vicente y Jaione observaban lo demás—. ¿O alguna cámara de fotos? —añadió.

Uno de los agentes negó con la cabeza.

—Resumiendo —dijo Jon Ander—. Tenemos una dirección. Dos cadáveres cuya identidad, por ahora, no podemos confirmar. Ni siquiera sabemos si este coche pertenece a uno de ellos porque no sabemos si la tal Leila es uno de los cuerpos. Hay que ir a su casa y mirar a ver si Leila está en casa o en el depósito de cadáveres y ver qué narices sucede. Hay que confirmar si este coche tiene relación con los cuerpos encontrados.

—¿Cómo andáis con las huellas? —preguntó Vicente.

—Hay muchas. Habrá que mirarlas con detenimiento. Nos llevará un tiempo —contestó uno de los policías que andaban por el interior del vehículo.

—No tenéis mucho —amenazó el subcomisario.

El agente asintió con cara de circunstancias.

—Vosotros habéis visto los cuerpos —dijo el subcomisario dirigiéndose a sus dos oficiales—. ¿Cómo se andará para pillar huellas?

—Estaban destrozados y las gaviotas los habían devorado. No sé si se podrán sacar huellas. Igual solo tenemos el ADN para intentar identificarlos —concluyó Jaione.

—Pues venga, en marcha —les dijo a ambos—. Os pilláis un coche y averiguáis qué sucede en su domicilio. Llevaos a alguien por si no hay nadie y hay que entrar. Y llamadme enseguida si hay novedades —les advirtió Vicente en voz un poco alta mientras se alejaba—. A cualquier hora, ¿entendido? —dijo parándose y dando media vuelta—. A cualquier hora —repitió mirándolos a los ojos.

Jaione y Jon Ander contemplaron en silencio la espalda de su jefe mientras se alejaba, cubierta por su inseparable cazadora tres cuartos oscura y ajada por el tiempo, las inclemencias meteorológicas, los casos por resolver y los resueltos.

El vehículo camuflado de la Ertzaintza salió de la comisaría conducido por Jaione. A su lado, Jon Ander revisaba algún papel. No hablaron mucho durante el trayecto. Tardaron menos de media hora en llegar a los apartamentos de Orio. Atravesaron el casco viejo de la población y aparcaron delante de ellos. La desembocadura del río Oria en el mar era azul de agua y gris de piedra. Miraron el piso desde fuera y se acercaron al portal. La orilla del mar respiraba salitre.

La sidrería estaba vacía. Solo la mujer de la limpieza pasaba la escoba por entre los bancos de madera. Se la podía ver a través de los cristales de la cocina.

—¿Has limpiado bien las manzanas?

—Sí. Con agua fría.

—Bueno, pues ahora sécalas bien con este trapo. Tienes que hacerlo así porque no las vamos a pelar.

La joven asintió sin perder detalle. El profesor se sintió bien al observar la atención extrema que ella prestaba a sus palabras. Sus niveles de interés eran superiores a los de muchos de sus alumnos del FUD que, encima, iban de sobrados.

—Tienes que intentar hacer el agujero recto, en la manzana. Mira —le dijo Sergio a Natalia con el descorazonador en la mano. El pastelero apretó con fuerza horadando la parte central de la manzana y extrayendo su interior en un solo movimiento—. Siempre tienes que atacar por el rabito de la manzana y así este se queda fuera en el mismo movimiento. Después, ese rabito lo tienes que guardar. Aunque no se come, sí nos servirá para hacer más creíble que el postre es una simple manzana.

La joven asintió cogiendo ella el instrumento. Natalia repitió la operación con todas las manzanas que tenía en la bolsa. Eran casi dos docenas. Sin pelarlas, las metió en una bandeja y las alineó como un ejército preparado para la batalla del sabor. Listo para inmolarsé. Rellenó, con ayuda de una cucharilla llena de azúcar, los agujeros que había dejado el instrumento con nombre de desgarrador Cupido hasta el borde. Se retiró hacia atrás y preguntó al profesor.

—¿Así?

Sergio afirmó con la cabeza y esbozó una leve sonrisa.

—Sí. Si se cae algo fuera, no importa.

—Estoy muy contenta de que Iñigo me deje participar en la cocina. Ordenar y limpiar su casa es más aburrido y poco gratificante. La cocina es algo mágico —dijo Natalia mientras observaba la enorme bandeja de horno.

El profesor se percató de la verdad de sus palabras en la sinceridad de sus ojos. Tenía una manera de mirar muy especial. Supuso que quizá fuera simplemente la mirada de alguien joven intentando encontrar su camino después

de haber mandado por la borda su época de estudios. En su juventud, la chica debió de pensar que el trabajo inmediato le reportaría lo que ella deseaba. Y ahora se habría dado cuenta de que eso había sido un error. Pero era joven. Todavía podía enmendar su error. Ya se lo había contado Iñigo, pero quiso conocerlo de primera mano.

—¿Qué edad tienes?

—¿Yo? Veinticuatro.

—¿Y nunca has estudiado cocina?

La mujer se sintió incómoda. No tardó en contestar con sinceridad.

—No quise estudiar nada. Quería tener dinero para ser independiente. Cuando cumplí dieciocho me puse a trabajar en un bar de camarera y me marché de casa. Y trabajé en varios bares hasta que una amiga me dijo que el jefe necesitaba alguien de limpieza. Yo solo quería dinero. Trabajaba de cualquier cosa. Pero ahora he ido descubriendo que la cocina me encanta y se lo llevo pidiendo al jefe desde hace más de un año. Ahora me da pena no haber estudiado algo relacionado con la cocina. Pero ya no hay vuelta atrás. Las meteduras de pata de cuando se tienen pocos años te pueden pasar factura durante toda la vida —dijo la mujer razonando con claridad y madurez—. Por eso tengo que aprovechar esta oportunidad que me da Iñigo. Puedo empezar haciendo este postre en la sidrería e igual más adelante podría ayudar en la parrilla, controlando la brasa. Eso sería muy importante. Igual algún día. Quién sabe.

Sergio sonrió, pero una de las frases de la joven se quedó rondando en su cabeza como un eco molesto que reverbera incómodamente.

—¿Y ahora?

—Venga, ábrete una botella de sidra.

—Igual mejor saco algo de alguna *kupela*.

—Sí, sí, claro, perdona. Me olvido de que estoy en una sidrería. Saca como medio vaso de sidra. O mejor casi hasta arriba.

La joven salió de la cocina y se perdió por el laberinto de barricas llenas de sidra. Al cabo de un par de minutos, volvió con el vaso casi lleno y las burbujas todavía bailando en la superficie. El color dorado del zumo era brillante y muy fresco. El aroma era nítido.

—Ahora tienes que mojar todos los agujeros de las manzanas con un poco de sidra. Con esa cantidad de sidra te tiene que llegar para esta bandeja. Apunta. Para una bandeja con veinticuatro manzanas, un vaso casi hasta arriba de sidra, ¿vale?

La mujer empezó mojando todos los agujeros rellenos de azúcar de las manzanas. Cuando acabó, había aún un poco de sidra en el fondo de la bandeja. Lo miró con preocupación.

—Eso no importa, ayudará a ralentizar la caramelización —dijo el profesor señalándolo—. Venga, al horno. ¿Está caliente?

—A ciento setenta grados. ¿Qué tiempo le pongo?

—Una hora justa.

El aroma del postre había inundado con contundencia la cocina al cabo de cinco minutos. La manzana impregnó el momento y su presencia se fue acentuando con el paso de los minutos. Cuando la alarma del horno sonó, el olor era muy agradable. A sidra caliente. El vapor acumulado en el interior hizo retroceder a la joven.

—Siempre mucho cuidado cuando abres un horno —dijo Sergio en voz alta—. Te lo he dicho antes. Y cuidado dónde lo dejas. Tienes que triturar todo y hacerlo ahora, en caliente, nada más sacarlo. Ayúdate con una espátula de goma para rebañar lo que se ha quedado pegado en los laterales. Eso es lo que más sabor tiene.

La Termomix tuvo que trabajar durante un par de minutos para reducir la fruta a un puré homogéneo y espeso. La joven fue cargando la máquina. Lo tuvo que hacer en dos veces. Los puntitos que se apreciaban eran los restos triturados de la piel.

—No es necesario colarlo. Esas motas no se notan y dan mucho sabor.

Y cuando tuvo todo el puré, lo pasó a una manga pastelera de boca ancha.

—Ahora rellena estos moldes cuadrados —dijo Sergio—. Hasta arriba.

La mujer lo hizo con precisión.

—¿Y ahora a congelar?

El profesor asintió con la cabeza. Cuando volvió, Natalia terminó de anotar cosas en su cuaderno.

—Acuérdate de esto cuando tengas que hacer muchas cantidades. Lo mejor es prepararlo de un día para otro. Ahora vamos a utilizar los que he traído yo congelados para que veas cómo se hace. ¿Tienes las brochetas?

La joven asintió mientras se las acercaba. Después fue al congelador y volvió con una pequeña muestra de los cubos congelados que Sergio ya había traído preparados.

—¿Tienes novio?

La joven le contestó afirmativamente con la cabeza y sintió un ligero rubor.

—¿Y lleváis mucho tiempo?

—Algo más de medio año.

Sergio pensó que era el mismo tiempo que él había estado saliendo con Bea, y dejó de pestañear durante un buen rato. La vio, como por una especie de mirilla, trabajando en la zapatería y atendiendo a Ferni. A sus pies. Después, volvió de sus pensamientos.

—¿Has fundido el chocolate?

—Sí.

—No lo habrás derretido al fuego, ¿verdad? —dijo el profesor mientras dejaba caer un hilo fluido de chocolate.

—No, eso ya me lo dijiste el otro día cuando hablamos por teléfono. Solo microondas y con suavidad y en periodos de tiempo cortos.

—Bien. Ahora pincha una brocheta en cada cubo de manzana congelado y báñalos con el chocolate de un solo movimiento. Así —dijo el pastelero agarrando el cubo cuadrado congelado por la brocheta y haciendo la primera muestra. La depositó con cuidado sobre el papel después de dejar escurrir el sobrante—. Que el chocolate no haga churretes —advirtió—. Queda muy feo.

Los ojos de la joven no perdían detalle.

—Al cabo de unos minutos, retira la brocheta y, lo más importante, el agujero que quede en medio lo utilizaremos para poner el rabito de la manzana que hemos guardado anteriormente. Ahora dejamos descongelar en el frigo durante dos horas. Y ya está. Manzana cuadrada. Con un sabor increíble y una textura melosa. En una sidrería. El reducto de la cocina tradicional da un giro increíble con este pequeño detalle —añadió como si fuera una conferencia.

La joven estaba tan ensimismada bañando las manzanas que apenas le hizo caso. Cuando terminó, las manzanas se alineaban sobre la bandeja forrada con papel sulfurizado. El ejército tosco del principio se había transformado en apuestos militares alineados con su uniforme de gala bien brillante. Fue retirando las brochetas y sustituyéndolas por los rabitos. Cuando terminó, se echó para atrás para ver su obra.

—Ahora sí —exclamó Natalia con luz en los ojos—. Manzana cuadrada. Qué guapo.

—Bueno, hasta dentro de dos horas el interior no se habrá descongelado —advirtió el profe.

—Sí, pero solo hay que esperar. El trabajo ya está hecho. Y tiene que estar buenísimo.

—Eso no lo dudes.

—Menú: Tortilla de bacalao, chuleta y manzana cuadrada hecha por mí, qué súper —exclamó la joven contagiándose a sí misma el entusiasmo.

El profesor la miró con el deleite de tener ante sí a una alumna aventajada.

—¿Tú crees que podría meterme en el FUD? —añadió con espontaneidad. Sergio resopló.

—Es una educación muy buena la que se da, pero muy cara. Es una universidad privada. El sueldo entero se te iría solo en estar allí. Aquello es solo para gente con tela. Hay otros sitios. La educación debería ser siempre pública.

—Sí, pero a mí me gustaría estudiar contigo.

—Insisto, hay muchos sitios donde se estudia tan bien como allí y no por ese dinero.

Ambos volvieron la cabeza cuando oyeron tintinear las llaves del jefe.

—Hola a los dos —dijo Iñigo entrando en la cocina y dejando dos bolsas sobre la mesa lateral. Por una de ellas asomaban algunos pimientos verdes.

—Mire lo que hemos hecho —dijo Natalia con los ojos brillantes.

Sergio miró con complacencia cómo su íntimo amigo se acercaba a ver las manzanas cuadradas alineadas sobre la bandeja. El brillo del chocolate se mantenía. En el ambiente se respiraban aromas: una mezcla de brasa y carbón con el olor de la sidra horneada sobre su propia materia prima. La manzana.

—Tienes aquí a una futura cocinera. —La joven sonrió exultante—. Tendrá todavía que aprender mucho, pero aquí tienes la semilla —añadió señalándola.

En ese mismo instante entró saludando un cocinero que se disponía a encender la brasa. Pero antes lanzó una exclamación despectiva sobre lo que había en la mesa.

—¿Vamos a empezar a dar mariconadas? Yo creía que de postre solo dábamos queso y nueces. Pensaba que trabajaba en una sidrería de las de siempre.

La joven se quedó descolocada al oírlo e intentó apoyarse en Sergio y en su jefe. Iñigo sonrió de manera socarrona pero no se calló.

—Y lo es. Venga, tú, vete a encender la parrilla. Nadie te ha pedido tu opinión.

Al ver la cara de sorpresa de la joven, el dueño de la sidrería intentó tranquilizarla.

—No te preocupes, Natalia, es el jefe de cocina. Es un cascarrabias. Pero luego se adapta. Y en el fondo es majó. A veces viene un poco atravesado, como hoy. Pero maneja la brasa como nadie.

La mujer no salía de su asombro.

—La cocina es así de cabrona, bienvenida —añadió Sergio con tranquilidad—. Además, si quieres meterte en este oficio, debes saber que todos los cocineros estamos locos.

—Sin excepción —agregó Iñigo.

La joven siguió mirando de reojo a su futuro compañero de trabajo y, por un momento, pensó si no sería mejor seguir limpiando la casa de su jefe en vez de meterse en la locura de una cocina. Pero solo fue un momento. Las filas de manzanas ordenadas milimétricamente reclamaban su atención con fuerza. Sabía lo que tenía que hacer con su vida. Enmendar aquel comienzo suyo con orejeras en las que no veía más que el dinero; y ese orgullo mal entendido que la llevó a

rechazar cualquier ayuda de su madre cuando apenas era mayor de edad. Ahora tenía la oportunidad de remediarlo.

Las palabras de su jefe la interrumpieron por completo.

—¿Puedo probar?

—Claro. Pero estas no, que el interior todavía se está descongelando. Trae las que están en el frigo, las que hemos hecho antes. Ya estarán listas.

La joven trajo cuatro manzanas. Iñigo rompió una de ellas. No hizo falta más que un golpe muy suave. El interior se desparramó con lentitud y con sugerente elegancia mientras desprendía aroma de manzana. Parecía como si el corazón de la manzana cuadrada tuviera vida. Los trozos de chocolate se mostraron en láminas finas. Iñigo cogió una porción con ayuda de una cuchara y saboreó la mezcla. Afirmó con la cabeza.

—Esto es lo que quería —añadió cuando tuvo la boca libre—. Una sidrería clásica que va a dar algo de postre tan concreto y tan nuestro como una manzana. Y además, cuadrada. Me parece genial. A Antonio le va a encantar —añadió con orgullo—. Siempre me dice que el sitio necesita detalles de innovación.

La joven y el profesor sonrieron. Desde el fondo, el jefe de cocina los miraba, pero no hizo ningún comentario.

—Desde mañana, te ocupas de tenerlo todo preparado. Quiero que hagas *stock* y, dentro de tres días, empezamos a darla. Ya tengo una persona de limpieza para la casa —le dijo a Natalia—. Vas a empezar una nueva andadura. Mañana le explicarás a la nueva cómo tiene que hacer la casa y, después, empiezas aquí.

La joven sonrió sin decir nada. Sus ojos denotaron una alegría contenida.

—Ahora recoge todo esto, que el servicio de la noche empezará enseguida.

Sergio e Iñigo salieron de la cocina y se sentaron en uno de los bancos.

—¿Te apetece un paseo por las barricadas? Quiero que pruebes una muy especial que abrimos ayer.

Sergio asintió sin demasiado entusiasmo. Cuando doblaron una esquina del comedor, tuvo la sensación de melancolía más fuerte desde el incidente en su trabajo. Iñigo abrió la *kupela* que estaba al fondo. El espiche salió con fuerza y ambos se echaron un culín de sidra. El tintineo cantarín del líquido chocando contra la pared del vaso era rítmico. Iñigo cerró la salida de la sidra y, aún con las burbujas en la superficie, cataron con gusto la mitad del culín. El resto, lo tiraron al suelo.

—Tiene una acidez algo agresiva. Necesita unos días más. Pero tiene un retrogusto increíble. Muy profundo.

—Para mí está bien. Quizá demasiado fría. Yo creo que vale. Además, si no queda bien, se la ofreces a los guiris. Se tragan cualquier cosa.

Sergio conservaba la misma expresión triste que su amigo había notado cuando llegó.

—Te veo bajo. ¿Te pasa algo?

—No.

—Ayer volviste al trabajo, ¿no?

—Sí. Pero hoy me he enterado de una cosa y he tenido una bronca con la directora.

—¿Otra bronca?

—Me ha bajado de categoría. He colaborado con el laboratorio de investigación desde que empezó el FUD. Ahora dice que prefiere que solo dé clases. Y, para colmo, me ha quitado de la lista de colaboradores del laboratorio, cuando sabe perfectamente que muchas de esas ideas fueron mías. Y no te creas que me ha dado opción alguna. Además, no estoy bien. Creo que mi vida se está desmoronando.

—Venga, no digas chorradas. Aquí estamos tus amigos.

—Sí, pero no puedo olvidar aquello.

—¿Qué cojones estás diciendo? —preguntó Iñigo.

—Vuelvo a estar mal —dijo Sergio cabizbajo.

—¿Te has tomado las pastillas? —Sergio lo miró, aunque su cabeza estaba bastante más lejos—. Sí, te pregunto si te has tomado las últimas pastillas que te recetaron.

—A veces me olvido —respondió Sergio con cierto desprecio—. Son una mierda, me dejan atontado.

—Ya, pero tienes que tomártelas.

—Ya sé —contestó bajando la cabeza.

—Venga, solo es un mal momento. Ya verás como lo del FUD se soluciona.

—No creo. Funcionan así. Ayer estuve con un amigo mío. El que tiene un restaurante cerca. Me ha dicho que van a cerrar. No pueden competir contra ellos. Y verás cuando empiecen a dar *catering*. Se lo comen todo.

—Ya, pero también dan trabajo y hay que saber aprovecharlo sin hacer el gilipollas como tú —dijo el sidrero con seriedad—. Y, además, la labor a favor de la gastronomía que están haciendo es muy valiosa.

—Eso a mí qué me importa.

El profesor seguía sin mirar a los ojos a su amigo. El crepitar de la brasa se podía oír desde donde estaban y, por un instante, Iñigo pensó que provenía del mismo interior de la cabeza de su amigo.

—Ayer llamé a Bea. Me volvió a mandar a paseo.

—Tienes que olvidarte de esa tía. Borra su puto número del móvil. Llevas

más de dos años con este asunto y eso no puede ser. Que le den a la tal Bea. Y, además, yo solo la vi un par de veces y me pareció una gilipollas.

—Hombre, gracias.

—Lo siento —contestó con rapidez Iñigo—. Pero razón tengo. Bea trabajaba en la tienda de zapatos de la mujer de Ferni y sé cómo es. A veces Ruth suele ir allí y es la más borde de todas las dependientas. Olvídala.

—Eso no es así y yo con ella estaba bien —respondió Sergio.

—Tampoco estuvisteis tanto tiempo saliendo.

—Seis meses.

—Funcionas de una manera más rara que el copón. Si te ha dicho que no quiere seguir contigo, adiós. No le des más vueltas a la cabeza. Es igual. El amor se puede sustituir, ¿todavía no te has enterado?

—Eso es fácil decirlo. Tú estás con Ruth, pero yo estoy solo. Empiezo a pensar que soy así —dijo bajando la cabeza—. No olvido fácilmente las cosas.

—Ya, pues, a veces, un poco de Alzheimer no viene mal —le contestó Iñigo con acritud.

—Y estoy convencido de que Ferni me la jugaba con ella.

—No digas chorradas. Eso eran imaginaciones tuyas.

—¿Imaginaciones?, una mierda. Se lo contó Leire a Antonio la vez que estuvo en su estudio para pedirle la escultura en honor a Ferni.

—Ya me lo contó, pero era solo una suposición. No lo sabía seguro. E insisto, ¿qué importa ahora?

Sergio se pasó la mano por la cabeza y se le alborotó el pelo. Se lo recolocó peinándolo con la misma mano.

Iñigo lo miró con atención e inquietud, y pensó que siempre había estado solo y que su actitud cada vez le preocupaba más.

—Y hay cosas que, según pasa el tiempo, van aflorando con más nitidez en vez de desaparecer —continuó el profesor.

—Venga, tranquilízate.

La sidrería comenzó a retomar la actividad para el servicio de la noche. Ya había un par de mesas ocupadas y el goteo de gente era constante. La conversación se estaba diluyendo entre reproches de amistad solidaria, pero su densidad se había espesado.

—Creo que me voy a marchar —dijo Sergio—. Cada vez estoy más convencido de que tengo que soltar lastre —añadió—. No puedo más; igual así consigo la tranquilidad.

—No te entiendo o no te quiero entender, ¿qué quieres decir?

La frase de Sergio se quedó detenida en el mismo resquicio de pensamiento en ambos, pero con significados diferentes. Fue Iñigo el que puso las cosas en su

sitio.

—No hagas ninguna tontería. Te lo advierto.

El telefonillo sonó dos veces y el eco extraño de aquel sonido rebotó en la pared de la estrecha calle. Jon Ander interrogó a su compañera con la mirada.

—Puede que no haya nadie —comentó Jaione. Esta se apartó hacia la mitad de la calle y miró la fachada por si pudiera ver algo en las ventanas del segundo piso, al que se dirigían—. No se ven luces encendidas. Puede que no haya nadie.

Cuando volvía a la puerta, se oyó un sonido confuso en el interfono. El ruido de la puerta desbloqueando el acceso los hizo mirarse. Ambos se adentraron en el portal.

—Me parece que la muerta puede estar más viva de lo que pensamos —se adelantó Jon Ander.

—No te precipites —contestó la oficial—. Y ojo con lo que decimos. Igual el cadáver que hemos encontrado junto con el hombre en el acantilado es otra persona. Igual es su amante y se ha ido con el coche de ella. Yo qué sé. Vamos a ver a quién nos encontramos aquí. Mucho ojo.

Jon Ander tocó su pistola por encima de la cazadora. Fue una reacción instintiva: cerciorarse de que estaba donde tenía que estar. Subieron en el ascensor y, cuando llegaron al rellano, vieron que una de las puertas estaba abierta. Apenas un palmo. Lo suficiente para que un haz de luz tenue iluminara el descansillo guiando como un faro a los dos ertzainas hacia esa puerta.

—Espera, no digas nada —añadió en voz baja Jaione.

Se acercaron al quicio de la puerta y, sin acceder a la vivienda, pudieron ver un pasillo iluminado.

—Pasa, pasa —dijo una voz de mujer.

Los dos policías se miraron pero no se movieron.

—Buscamos a Leila —dijo Jaione en voz alta a la sombra que se acercaba.

Por el fondo del pasillo apareció una mujer con cara de llevar despierta poco tiempo. Llevaba puesta una camisa abierta con un pantalón de chándal de color gris oscuro y, encima, una bata. Tenía el pelo alborotado y un cigarrillo medio encendido en una mano. En la otra, el mando de la tele, probablemente sin darse cuenta. Lo dejó en la cómoda mientras su rostro cambiaba de expresión.

—Somos ertzainas —dijo Jaione sin dar más detalles mientras su

compañero enseñaba la placa.

—¿Es usted Leila Gavashvili?

—No. No. ¿Qué pasa?, ¿qué sucede? —dijo la mujer con cara de sorpresa.

—Buscamos a la señora Leila. ¿Usted la conoce?

—Sí, fue compañera de este piso hasta hace un año y medio, más o menos. Seguimos siendo amigas, incluso tengo una copia de sus llaves.

—¿Sabe cuál es su domicilio actual?

—Sí, vive dos manzanas más adelante —dijo señalando a la izquierda mientras se ataba la bata, que llevaba desabrochada.

Jon Ander miró a Jaione con gesto adusto pero la ertzaina no se inmutó.

—¿Le ha pasado algo?

—Hemos encontrado su coche y queremos localizarla.

—Pues igual está en su casa.

—Ha dicho usted que tiene copia de las llaves de casa de la señora Leila, ¿verdad?

—Sí, se habrá dormido. Desde que anda con el gilipollas de su novio está muy desmadrada. Llevan ya más de año y medio juntos. Por eso dejó este piso. Todavía me llegan muchas cartas a su nombre. Mire aquí hay dos del banco —dijo señalando la cómoda.

—¿Puedo verlas? —dijo Jon Ander.

La mujer se las acercó y ambos policías leyeron el membrete. Se las devolvió una vez comprobado que, efectivamente, el nombre y el apellido coincidían.

—¿Usted nos podría acompañar a su casa? —preguntó Jon Ander.

La mujer hizo un gesto de extrañeza.

—Sí, claro, y de paso le llevo estas cartas. Hace un mes que no la veo. Ni siquiera me he cruzado con ella.

—Muy bien, gracias; llévese las llaves por si acaso.

La mujer insistió en preguntar si le había sucedido algo a su excompañera de piso. Jaione, al ver la actitud colaboradora de la mujer, le explicó que el coche llevaba varios días estacionado en la bocana del puerto de Pasajes junto al faro de la Plata, y que necesitaban localizarla. Omitió que sospechaban que uno de los dos cadáveres encontrados podría ser el de su amiga.

En el corto trayecto hasta el domicilio de Leila Gavashvili, las calles estrechas de Oriu se volvieron aún más cerradas y discretas, y arrojaron lo que la mujer les contaba sobre Leila.

—Es una persona muy maja. La conocí hace tres años. Pero, desde que empezó a salir con aquel estúpido, las cosas cambiaron. Dejó el piso y se fue a vivir con él, aquí —dijo señalando el piso a lo lejos—. Es un capullo. No sé qué

coño ha visto en él. Además, yo creo que la maltrata. Él es muy violento. Pero ella está colgada de él; es absurdo. No hace nada sin consultárselo. No me extrañaría que él la hubiese metido en algún follón —dijo con cara de preocupación—. El coche que dicen es un monovolumen blanco y grande, y me dijo que suele dejárselo a él. No tengo ni idea de a qué se dedica —añadió con desdén—. Un día me dijo que hacía *trabajitos*. Pero yo no me corté y se lo dije: «Has venido desde tan lejos, y te lías con un anormal que no te va a deparar nada bueno».

Los dos policías no dejaban de grabar todos los datos en la cabeza. La mujer tenía ganas de hablar, no había hecho falta preguntarle nada.

—¿Usted sabe cómo se llama su novio? —preguntó.

—Alex, creo.

—¿Y su apellido?

—No, eso no lo sé.

Cuando llegaron al portal, los tres se detuvieron. La mujer llamó al interfono, pero nadie contestó. Insistió dos veces más y también miró hacia el piso de la chica y no vio luz.

—No estarán —dijo la mujer llamando de nuevo al interfono—. Voy a entrar.

Las llaves tintinearón sobre la cerradura. La mujer abrió la puerta. Los dos policías la acompañaron hasta el segundo piso. Llamaron dos veces al timbre. Nadie contestó. Pasaron unos segundos. Sacó las llaves de nuevo y se dispuso a entrar. La ertzaina le habló.

—Usted tiene llaves y es su amiga y puede entrar, pero nosotros somos policías y no podemos. Necesitamos una orden de un juez, aunque usted nos deje pasar. Le ruego que entre y nos diga simplemente si hay alguien en casa. En caso negativo, nosotros después entraremos, pero con permiso del juez. Solo le voy a pedir que no toque nada. Absolutamente nada. Ni siquiera los interruptores de la luz.

—Tenga esta linterna —añadió Jon Ander.

La mujer asintió. Metió las llaves en la cerradura y abrió. Los dos policías esperaron en la puerta. Aquella figura menuda se perdió en el interior del pequeño apartamento. Se oyó cómo llamaba a su amiga un par de veces. La luz de la linterna encendida servía de referencia para saber dónde se encontraba. No tardó más de dos minutos en revisarlo. Volvió con expresión de incertidumbre.

—No hay nadie.

Los policías le pidieron las llaves con la promesa de devolvérselas. Los tres se despidieron en el portal.

Nada más alejarse, Jaione llamó desde el teléfono móvil.

—Jefe, necesito con urgencia una orden de registro del domicilio de la dueña del coche blanco. No era el piso que aparecía en los papeles del coche. Pero ya lo hemos localizado a través de una amiga.

—Bien —contestó Vicente—. No os mováis de allí. En cuanto consiga la orden, os la escaneo y te la envío por el móvil. Voy a hacerlo yo mismo. No sé quién estará de guardia hoy. Espero hacerlo en una hora. ¿Necesitáis cerrajero?

—No, nos han dejado unas llaves.

—Bien. —Vicente finalizó la comunicación sin despedirse. A veces era muy cortante pero sus oficiales no se molestaban por eso.

Ambos policías se acercaron a la bocana del río Oria, justo en su desembocadura. Se apoyaron en la barandilla que daba al final de la ría de Orio, a unos doscientos metros del portal. El mar rompía con mansedumbre a sus pies entre las enormes piedras que escoltaban la desembocadura. La mañana estaba limpia y la escollera recibía los embistes del mar con pétrea resignación. Las gaviotas revoloteaban en el fondo, delante del último tramo de la escollera. Había, por lo menos, dos docenas. Jon Ander se quedó mirándolas fijamente. Su mente viajó con rapidez hasta la escena de las gaviotas devorando los cadáveres del acantilado. Tal vez fueran los inquilinos de la casa a la que estaban esperando acceder. Pero él sabía que ese cúmulo de aves que veía ahora tenía un presagio más concreto y bastante menos dramático. Aves buscando la comida que echaban los barcos durante la pesca. Sobre todo, cuando limpiaban las tripas de la merluza en mar abierto nada más subirlas a bordo. A veces seguían a los barcos hasta el mismo puerto.

Cuando vio un barco entrando por la bocana, confirmó sus sospechas. Un pequeño buque de pesca hacía su aparición doblando el espigón de vuelta a casa. El número de pájaros comenzó a disminuir. Apenas un par de aves remolonas continuaban a su vera, pero incluso estas no tardaron en desaparecer. Cuando el barco pasó delante de ellos, pudieron observar a los tres pescadores que preparaban las cuerdas del amarre. A su lado, varias cajas de pescado con lo que podía ser la pesca del día.

La embarcación desapareció del ángulo visual de Jon Ander. Este miró los barcos recreativos alineados delante de él y respiró aquel aroma tan característico del mar, levemente salado, sobre todo cuando la marea estaba baja; una mezcla de algas, agua salada, salitre, humedad, espuma y brisa marina. «No hay nada como vivir delante del mar o, por lo menos, muy cerca y poder visitarlo todos los días», pensó. Pero su mente lo devolvió a su trabajo con una idea imaginativa, tal vez demasiado fantasiosa para un policía. Las tenía a menudo.

—El río Araxes es un afluente de este río, el Oria, ¿verdad?

Jaione lo miró distraídamente.

—Sí, creo que sí.

—Sí, sí que lo es. También el Leitzaran —añadió.

La mujer lo miró con interés.

—Bueno pues esto parece una premonición.

Su compañera lo miró con algo más de atención.

—¿Qué quieres decir?

—Pues muy sencillo. Si el asesinato se produjo en el Araxes y confirmamos que el coche que hemos encontrado en el faro de la Plata puede ser el mismo en el que circulaban los asesinos de Ferni, y estos vivían en este piso de aquí, de Orio, pues nada, que ya tenemos la solución. Es el curso normal de la naturaleza. Todo desemboca donde debe. En la solución. Todo fluye hacia eso. Los elementos nos llevan en esta dirección.

Jaione lo miró con complacencia y ambos oficiales sonrieron. La mujer pensó que su compañero era un salado. Un poco simple para algunas cosas, y muy ocurrente para otras. Era un buen compañero. Este insistió.

—¿Ves qué fácil? Solo hay que dejar que las cosas broten por sí mismas. Lo que comenzó en un río acaba en la desembocadura. Lógico. El agua que vio morir a Ferni en aquella regata pequeña que daba al Araxes es la misma que nos ha traído hasta su desembocadura.

—Te está quedando muy bonito —sonrió su compañera con cara de escepticismo.

El momento distendido se acabó de inmediato con el zumbido del móvil que la mujer llevaba en la mano. Casi como un autómeta, se lo puso en la oreja pensando que sería una llamada, pero el escueto de Vicente solo les había mandado el mensaje con la fotografía de la orden del juez. Ambos policías miraron la pantalla y ampliaron la imagen confirmando los datos de la dirección a donde se debían dirigir.

—Este jefe nuestro no dice nunca ni una palabra de más. Parece que tiene que pagar por ellas —añadió Jon Ander.

—Vamos —dijo la mujer guardando el teléfono en el bolsillo.

Tardaron un minuto en llegar a la casa. Abrieron con las llaves que les había dejado la amiga de Leila. Antes de entrar, ambos sacaron sus linternas. Pero el sol había cambiado de posición y la claridad era mayor que cuando la mujer había entrado en el piso, hacía un par de horas.

—Creo que no vamos a necesitar las linternas. —dijo Jaione.

Se pusieron unos guantes muy finos de látex.

—En cuanto hayamos entrado, daré la luz con este boli. A pesar de esto —dijo la policía señalando los guantes—, vamos a procurar tocar lo menos posible.

Jon Ander asintió con la cabeza. Ambos policías avanzaron por el pasillo que daba a la sala principal.

Jaione conectó la luz. La sala se iluminó. Dos sofás de cuero algo gastados presidían el salón. Un televisor mediano sobre un mueble bajo. Todo estaba en orden. Un armarito con una cómoda sostenía una foto de un hombre y una mujer abrazados y sonrientes. Estaba tomada en el puerto de Orio.

—¿Serán los dueños? —preguntó Jon Ander

No lo comentaron, pero ambos tuvieron la sensación de que se encontraban, por primera vez, ante los posibles asesinos de Ferni. Contemplaron la fotografía un rato más, en silencio. Él era corpulento y algo rubio y no parecía de aquí. Ella tampoco.

—Se lo preguntaremos a la amiga —contestó Jaione girando sobre sí misma para dirigirse a la cocina.

—Vamos a ver qué encontramos por aquí.

El espacio para cocinar era estrecho y muy pequeño. Encima de los fuegos había una cazuela tapada. La ertzaina abrió la tapa. Una bocanada de aire rancio y ácido escapó del recipiente.

—Buf, esto lleva varios días aquí —exclamó Jon Ander apartando la vista—. Creo que son lentejas, ¿no? Yo no me las comería.

La mujer asintió.

—Comida preparada desde hace casi una semana. Está fermentada. Mira en el frigorífico.

Jon Ander abrió el aparato. Dos filetes de contra en un plástico. Tenían un color verdoso y habían caducado el día anterior. Huevos en su cartón. Un tetrabrik de leche que estaba bien. Un limón enmohecido y algún puerro verde ya lacio.

—Hay algunas cosas caducadas, pero no huele mal.

Cuando se dio la vuelta, la mujer había abierto la ventana del patio y observaba la ropa tendida.

—Tiene pinta de llevar por lo menos una semana tendida. Tiene algo de polvo por encima —dijo acercándose a ella—. Vamos a las habitaciones. —No eran demasiado grandes y todo estaba ordenado. Dos camas individuales en la pequeña y una de matrimonio en la más grande.

—Mira en los armarios —gritó con suavidad la mujer a su compañero.

Entre blusas, camisas, medias y jerséis fueron pasando los minutos. De pronto, la voz profunda del hombre reclamó la presencia de Jaione con convicción.

—Jaione, deja todo y ven para aquí.

Tardó dos segundos en llegar al armario ropero en el que rebuscaba su

compañero. Este apartó con la mano enguantada un abrigo, lo que dejó a la vista una cazadora con un letrero lacónico. La carne de gallina fue leve, similar a un escalofrío, pero sostenida.

La prenda negra de la marca Dainese llevaba en la espalda un letrero en blanco con ribete en tonos azules de tamaño medio: YAMAHA. Sobre el nombre de la marca, el logotipo de los diapasones, que, en sus cabezas, sonó muy afinado.

—Llama a los compañeros de la científica —dijo la mujer—. Hay que registrarlo todo de arriba abajo.

Françoise miró hacia el río Leitzaran, que bajaba con fuerza por las últimas lluvias. Su orilla, jalonada de piedras con verdín, brillaba con amabilidad. Se oía el sonido de los pequeños rápidos. El momento era especialmente tranquilo, de paz absoluta, y sonaba rítmico.

La novia de su hijo Alberto, Amaia, se sentó junto a ella sobre una toalla de color oscuro. Se apoyó en su nuera para hacerlo. Su embarazo era bastante evidente. La hierba húmeda estaba muy verde. La joven pasó la mano sobre la superficie. Las gotitas del rocío matinal todavía no habían desaparecido.

Las dos mujeres se miraron con complicidad. La francesa abrió un táper con tortilla de patatas. La dejó sobre la tapa y cortó un triángulo. Se lo ofreció a Amaia sobre un trozo de pan que había tostado antes de salir de casa. La chica se apoyó sobre la mano izquierda mientras comenzaba a comer. Fue notando los puntos de cebolla y la melosidad de la patata. El contraste con el pan crujiente era muy agradable.

—Pocas cosas existen como la tortilla de patatas —dijo Amaia—. Y la que haces tú tiene un mérito añadido. Estar hecha por una francesa.

Las dos mujeres rieron abiertamente.

—No sabes lo feliz que me hace verte embarazada —dijo Françoise sujetándole la mano.

Amaia se ruborizó casi de inmediato. Su nuera era su guardiana desde que había empezado aquella aventura y se sentía en la gloria con ella.

—Yo también estoy feliz —acertó a decir la joven bajando la mirada al río con cierta timidez—. Nunca me hubiera podido imaginar que podía sentirme así de bien... a pesar de lo torpe que estoy.

El cauce bajaba con fuerza, y fue el ruido del agua juguetona lo que hizo levantarse a Amaia. Se sintió atraída por ella.

—El río Leitzaran es mágico —dijo acercándose a la orilla—. Sí que lo es.

Françoise observó su figura abultada de mujer a punto de parir y le pareció la mujer más bonita del mundo. Su silueta sobre el verde del entorno del río parecía formar parte de una postal.

Pero algo la hizo levantarse como un resorte.

Su nuera, al borde del río, resbaló sobre el musgo de una de las piedras y

cayó al río. Todo sucedió en décimas de segundo.

Françoise corrió con todas sus fuerzas hacia la orilla, pero solo alcanzó a ver cómo el cuerpo inerte y flotante de su nuera era arrastrado por la corriente. Comenzó a gritar y a correr detrás de él con la mayor rapidez de la que fue capaz sin dejar en ningún momento de pedir socorro. Sobresaltada, Françoise se levantó del sofá de su casa, donde estaba tumbada. Su corazón latía desbocado y cientos de pequeñas gotas de sudor le inundaban la frente. La televisión encendida emitía la reposición de la película *El rey del río*. El volumen, muy bajo, apenas dejaba oír los diálogos.

Miró la hora. Las seis y media de la tarde. Encima de la mesa, las fichas de los alumnos de un nuevo curso que se disponía a revisar; y, a su lado, la tarjeta de la clínica de donde acababa de venir. Respiró varias veces más y la tranquilidad le devolvió su pulso normal. Apartó la mitad de la manta que se había echado antes de comenzar aquella alborotada siesta. Resopló dos veces en un intento de tranquilizarse. «Qué cabrón y juguetón es el cerebro cuando dormimos.» La imagen del sueño que acababa de tener, en el que su futura nuera, embarazada de su nieto, caía accidentalmente al río, la hizo sentirse muy mal. No podía imaginarse cómo era capaz de tener una pesadilla semejante. Intentó olvidarla cuanto antes.

«Con la alegría que me dieron el otro día diciendo que estaba embarazada... —pensó con los ojos cerrados—. Creo que voy a cocinar algo. Es una buena manera de relajarse.» Miró el móvil y leyó el último mensaje de su marido.

No sé a qué hora llegaré. Hemos tenido avances en la investigación. No me esperes a cenar.

Françoise dejó el aparato encima de la mesa. Respiró varias veces antes de dejar atrás por completo aquella terrible ensoñación. «Justo ahora que acababa de venir de la primera ecografía», insistió. Hoy lo había visto por primera vez. Y era evidente que ver a su nieto la había alborotado. Nunca se hubiera imaginado que tanto.

—Qué pequeño que es —dijo Amaia tumbada en la camilla.

—Menor que una pelota de tenis —dijo la doctora que la atendía.

La joven notó como el gel dulcificaba el paso del sensor por su piel.

—Eso que se ve es el comienzo de las extremidades —añadió la ginecóloga señalando la zona izquierda de la pantalla.

Françoise cogió la mano de la futura madre de su nieto. La pantalla en color del monitor era nítida. Transcurrió un cuarto de hora más y salieron de la clínica.

Ya en la calle, Amaia agradeció a Françoise su presencia.

—Venga, si Alberto no podía venir, lo he hecho yo. Somos un equipo —replicó Françoise, siempre positiva.

—Te agradezco que lo hayas hecho —respondió Amaia.

—Ha sido un placer.

—Para mí que Alberto tenía miedo de verlo —bromeó la joven agitando la mano mientras se perdían calle arriba.

Françoise se quedó con esa frase, pero no la creyó. No la quiso creer. El día anterior su hijo le había pedido que acompañara a Amaia alegando que no podía dejar la tienda. «Tal vez Amaia tenga razón. A los hombres, a veces, les sucede eso. Hacen espantadas. Conozco a varios, con reacciones similares. Al principio les cuesta aceptarlo.» Alberto había cambiado la cocina por la librería para llevar una vida más relajada y sin tanto trabajo. Pero en la primera ocasión que había tenido para demostrarlo, su nuevo trabajo le había hecho ausentarse de la primera revisión del embarazo de Amaia, de ver por primera vez la imagen de su futuro hijo. Françoise se puso el delantal y comenzó a picar en juliana una cebolla y un pimiento verde. Cuando terminó de hacerlo, le añadió aceite y lo puso a pochar. Mientras veía cómo el fuego iba dorando el conjunto, peló un tomate y lo picó en trozos muy pequeños.

O sería una disculpa y lo que de verdad ocurría era que su hijo no estaba convencido de lo que estaba pasando. Igual era eso. Aquello no le gustó.

Añadió el tomate y dejó que se hiciera con la tapa puesta. Le pareció un buen símil de lo que estaba sucediendo. Algo bullía en su interior y la tapa le hacía de protección amable del vapor incómodo. «Pero no creo que sea así. El otro día preparó una cena increíble en su casa para celebrarlo. Se lo veía contento y feliz. Hizo un menú maravilloso.» Tal vez fuera solo eso. Rescatar la cocina era lo que hacía que su hijo conservara la sonrisa ante su futura paternidad. Recordó que Alberto había dicho que la cena era idea de ella. Pero la ejecución era de él. Y cuál de las dos era la razón de aquel estado anímico tan positivo —volver a cocinar o la llegada de la criatura—, eso, de verdad, no lo sabía.

Destapó la cazuela y el vapor comenzó a salir. Pronto se disolvió, como sus propios pensamientos, absorbido por el extractor.

Sacó del frigorífico los restos de un pollo asado y lo desmigó. El esqueleto vacío le pareció un ser famélico. Añadió la carne a la cazuela junto con los jugos gelificados de esta. Por último, agregó varias especias: comino, regaliz en polvo y cardamomo. El espesor del conjunto bullía en su cabeza y en la cazuela al

mismo ritmo. Apagó el fuego y dejó que el calor residual de la vitrocerámica terminara de hacer el guiso. Oyó, ya desde su habitación, cómo se iba reduciendo el guiso y cómo el chup chup iba haciéndose cada vez más tenue hasta desaparecer por completo.

Comenzó a trabajar en su ordenador. Su archivo de fotos relacionadas con el arte era grande y extremadamente bello. Oyó las llaves de la puerta. Y se extrañó, pero no tanto al mirar su reloj. Era casi la hora de la cena.

—Hola —dijo Vicente al verla sentada con las gafas levemente bajadas, hasta la mitad de la nariz. Ella se levantó y le dio un pequeño beso, pero conservando su característico semblante risueño.

—¿Cómo ha ido el día?

—Bueno, con novedades pero con cautela. Creo que hemos avanzado. La chavala que he elegido para apoyarnos está funcionando de maravilla.

—¿Chavala?

—Bueno, ya sabes, una oficial instructora. Es psicóloga y cinturón negro, segundo dan.

—Vaya combinación —exclamó Françoise—. *Mens sana in corpore sano*. —Sonrió—. Las mujeres, para algunas cosas, funcionamos bastante mejor que vosotros —añadió con ironía.

El subcomisario la miró con media sonrisa mientras se sentaba en una banqueta de la cocina. Apoyó los brazos en la mesa.

—Uuhhmmm, huele bien —dijo mirando la cazuela desde lejos—. ¿Qué es?

—Una especie de pisto. Parecido a una *ratatouille* —sonrió—. La cocina francesa y la española unidas y bendecidas por el toque mágico mexicano. Verduras con el pollo que sobró de ayer. Las pondremos sobre tortitas mexicanas calentitas. Le he añadido al final un poco de mole que tenía congelado. Pero muy poca cantidad. Pica lo justo. Ya está listo. ¿Quieres cenar ya? Has venido antes de lo que me habías dicho.

—Sí —contestó lacónico—. Iba a ir a la comisaría, pero he preferido dejarlo para mañana.

—¿Ha pasado algo? Me extraña que hayas dejado algo para mañana si lo podías haber hecho hoy.

—No. Nada —contestó sin entonación—. Creo que puede esperar. Porque me imagino lo que es. He ordenado a los dos oficiales que se vayan para casa también —añadió en tono cansino.

—Te veo bajo —le dijo Françoise acercándose a él con una mirada sonriente. Ella lo rodeó y se situó a sus espaldas. El policía se dejó hacer. Durante unos segundos, cerró los ojos mientras las manos de la francesa le

acariciaban los hombros con suavidad. El aroma del crimen que emanaba de su interior se mezcló con el del pisto. Ambos lo hicieron trasladarse lejos y, por unos instantes, no pensó en nada. Los dedos de su mujer acariciaban muy despacio su cuerpo. Casi sin parar, y con la punta del pie, la mujer se acercó un taburete y se sentó justo detrás de él. Muy cerca. Lo rodeó por la espalda y se fundió con él en un abrazo. En silencio, apoyó la cabeza en su espalda. El momento era romántico y sensual.

Cuando Vicente abrió los ojos, el pisto humeaba despacio con el fuego apagado y las manos de su mujer le masajearan el torso. Se sintió en la gloria. El silencio, roto por el hervor de los aromas, y el manoseo delicado de su mujer a su espalda lo lograban. Ella se acercó más todavía y él notó como su espalda se inundaba de la sensación del torso de su mujer tocándolo.

Volvió a cerrar los ojos. Ahora la tenía absolutamente pegada a su espalda. Notó su calor y sus dos pechos fundiéndose con él. Los dedos de Françoise se metían juguetones por entre los pliegues de su camisa sin desabrochar ningún botón. Vicente sintió como los dedos de su mujer recorrían su pecho con delicadeza. Parecían una sola persona. Pensó en poner fin a aquel instante, pero estaba tan a gusto que se quedó quieto para alargarlo. Ella lo besó en el cuello con extrema delicadeza. Una de las mejores armas de su mujer —su favorita— entró en acción: Vicente notó el aliento de ella cerca de la oreja, con aquella intuición de su perfume y de su melena corta. El aliento de su mujer.

—¿Quieres cenar? —le susurró la mujer—. ¿O prefieres hacer el amor?

—Estoy en la gloria —replicó el policía sin optar por ninguna.

Volvió la cabeza levemente, pero la mujer se escondió, juguetona, moviéndose hacia el otro lado. Notó su lengua en el cuello y se dejó hacer en la más absoluta sensación de estar levitando con su Françoise pegada a su espalda jugueteando con su cuello. Ella se detuvo cuando oyó a Vicente hablar.

—Creo que tenemos al asesino de Ferni.

La magia del momento se deshizo. La mujer se levantó y se situó delante de él. Su rostro de sorpresa se hizo patente; pidió más información con los ojos.

—No te puedo contar más.

—Tu tono de voz no se corresponde con lo que me acabas de decir —dijo la mujer—. ¿Por qué me lo cuentas con esa cara tristonza? Nunca te había visto así después de haber resuelto un crimen.

El subcomisario bajó la cabeza con resignación. La mujer insistió.

—No te puedo decir más, pero creo que hemos encontrado al asesino del crítico y, si son ciertas mis hipótesis, no va a poder contarnos nada porque está muerto. Igual el secreto de por qué lo hizo se lo ha llevado para siempre al otro mundo. Mañana llegarán las pruebas de ADN, y todo conduce hacia eso. Y,

además, no era uno, eran dos. Probablemente, su compinche también esté muerta. Por los datos que manejamos, era una engañada que se dejó llevar por él.

Françoise lo escuchaba en silencio hasta que oyó ese dato.

—¿Una pareja?

Vicente asintió.

—No puedo preguntar a un cadáver por qué lo hizo. Solo podré investigar su entorno e intentar averiguar cuáles fueron sus verdaderas razones. Esas que son tan incompresibles para el resto de los mortales. Las que hacen que alguien pare un coche a la carrera y acribille a balazos a una persona inocente.

—Igual no era tan inocente como parecía —soltó la mujer al hilo de la afirmación de su marido.

Aquella frase se quedó dando vueltas en la cabeza del subcomisario. Ambos se miraron.

—Deja de trabajar —le instó la mujer—, me es igual lo que ese hijo de puta hiciera. No tiene derecho a estar aquí. Esta es nuestra casa, no la comisaría. Apárcalo hasta mañana —le dijo, sabiendo que eso sería imposible—. O, por lo menos, date una tregua. Tal vez mañana lo veas todo más claro. Si has venido antes, significa que lo que sea puede esperar —razonó la mujer.

—Tienes razón, vamos a cenar algo —admitió su marido.

Françoise repartió su exquisito guiso especiado de pollo y verduras sobre las tortitas mexicanas. Matizó su textura con avellanas fritas y unas hojas de lechuga en trozos grandes para dar al conjunto la frescura necesaria.

—He estado con Amaia en el gine. He visto al futuro Parra.

—Ostras, es verdad, no me acordaba, ¿qué tal ha ido?

—Bueno, bien, está supercontenta. Es muy chiquitín. Pero muy bien, todo está en orden. La ecografía que hacen ahora en tres dimensiones tiene un detalle que parece que estás allí dentro.

—Fenomenal.

—Alberto no ha ido.

—Sí, eso me dijiste ayer, por eso te pidió a ti ir. Por no pedir que la madre de Amaia viniera desde Bilbao. Le apetecía que alguien la acompañara.

—¿No te parece extraño?

El subcomisario levantó la mirada y, con la boca llena, la miró. Aprovechó el tiempo que tardó en masticar para empezar a pensar en clave ajena. Cuando acabó, se limpió los labios con una servilleta de papel.

—¿Qué quieres decir?

—Nada, que me parece extraño.

—Tenía trabajo. Eso dijo, ¿no?

—Yo creo que, si de verdad hubiera querido, podría haber venido. Joder, es

su hijo, va a ser su hijo. Yo lo haría, aunque solo fuera por curiosidad.

—No te preocupes, ya tendrá tiempo de verlo hasta la saciedad —sonrió el hombre.

—El otro día en la cena se los veía felices, ¿no? —preguntó la mujer.

—Bueno, yo creo que sí. Estaba en su salsa, cocinando y organizando la cena. No sé, yo creo que sí. No te montes películas, Françoise. Creo que estás imaginando demasiado.

—No sé, a mí me parece extraño.

—A mí no. El otro día se los veía muy contentos a los dos —insistió el policía—. Igual le pasa como a mí —añadió con media sonrisa.

—¿Y a ti qué te pasa? ¿Que no encajas que la vida pasa a toda pastilla? Creía que el otro día me lo estabas diciendo de cachondeo. Sí, el día que te quedaste mirando los patucos como si te fueran a morder.

El ertzaina sonrió mientras apuraba su tortita.

La mujer rellenó con Juan de Juanes Vendimia Oro la copa de vino de su marido sin dejar de interrogarlo. Este bebió un sorbo con delicadeza.

—Pues sí, *amore*. Me gustó y no me gustó. Me alegré, sobre todo por ellos. Creo que estaban contentos cuando organizaron la cena, pero ahora, después de oírte, me dejas con la duda.

La mujer extendió la mano y jugueteó con los dedos de su marido. Este se la retiró intentando dar fuerza a sus hipótesis.

—Al principio da miedo. No sé. El cargo de abuelo nunca lo he ostentado —sonrió el policía—. Y tú no tienes aspecto de ser abuela. ¡Tienes una figura tan joven!

Françoise, agradecida por el cumplido, sonrió de una manera muy sensual al tiempo que lo miraba por encima de las gafas.

—¿Qué pasa? ¿No vas a querer hacer el amor con una abuela?

Vicente sonrió bajando la mirada por las palabras de su mujer.

—A lo mejor a Alberto le pasa lo mismo —dijo el policía cogiéndola de la mano con decisión—. Que le da vértigo la paternidad. Pero eso, al principio, pasa a menudo —añadió con cierta tranquilidad.

—Tiene ya una edad para no asustarse.

—Eso no lo puedes saber nunca. Yo cada vez me asusto más de ciertas cosas, cuando debería ser al revés.

—A mí me parece extraño.

—Pues ya sabes, no tienes más que preguntárselo.

—No, eso no —contestó Françoise.

El policía la miró esperando más explicaciones, que tardaron en llegar:

—Es que todo son dudas. Pretensiones ingenuas de que el tiempo se

detenga. Inventarse disculpas para hacer que las horas no pasen. Pero lo hacen, descuida que sí que lo hacen —añadió con extrema simpatía en los ojos.

Al subcomisario no le gustó lo que su mujer estaba diciendo, así que su expresión no fue cómplice de sus palabras. Los conceptos «ecografía», «bebé», «abuelo», «nieta», «nacimientos», «pañales» luchaban en su interior mientras Vicente intentaba en vano que esas expresiones no se instalaran en su vocabulario. Eso, por ahora, no iba a ser posible. «Es demasiado pronto. Necesito tiempo. No mucho, pero sí algo.» Respiró hondo. Mientras, Françoise lo miraba divertida, con su mirada inteligente y sensual. Sus tres rasgos más característicos. Ella era una mujer positiva, y aquello era lo que más le gustaba de la francesa. Lo vio desde el principio. Aunque, a veces, todavía recordaba los comienzos de su relación, bastante más duros de lo que se había imaginado, con su mujer anclada en el duelo por la muerte de su primer marido. Pero eso fue hacía ya mucho tiempo y la herida estaba bien cicatrizada. Sobre todo, porque ella supo suturarla con limpieza y precisión. O, por lo menos, eso parecía.

Él le devolvió la mirada intentando llenarla de ternura. Pensó que ella le enseñaría a hacerlo. Como tantas y tantas cosas que le había enseñado desde que estaban juntos. A saber vivir, a reponerse de las cosas que venían torcidas, a saber estar a su lado... Todo eso, con Vicente, a veces resultaba complicado.

Apuró el bocado y la copa de vino.

El teléfono sonó, en el interior de su cazadora, con una música que a su mujer le pareció desasosegante. Vicente contestó con monosílabos. Eran las nueve de la noche, pero el subcomisario tuvo que coger el coche con rapidez. La noche cerrada presagiaba cambios.

Françoise tuvo la sensación de revivir por enésima vez aquella situación. La de que su marido saliera casi corriendo de casa después de una llamada de teléfono. Y bastante más a menudo de lo deseado, casi de noche. Tuvo la sensación de haberse habituado a ella.

En el sistema manos libres del interior del vehículo se oyó la voz de Jon Ander.

—Lo tengo encima de la mesa y está manchado de arena, pero se ve claramente. El DNI de Daniel Garrido.

—Estoy llegando —dijo Vicente.

—Este era el cura de San Vicente, ¿no?

—Sí, y, sobre todo, era uno de los amigos de Ferni —dijo el subcomisario mientras esperaba delante de un semáforo.

—¿Quieres que avise también a Jaione?

—No, no, espera. No movilices a más gente. Vamos a ver si lo

confirmamos y mañana nos reunimos los tres y hablamos.

Vicente llegó al depósito. Jon Ander y él miraron el cadáver hinchado y medio tapado. El hedor de la sangre coagulada en la cabeza era penetrante. Su atuendo negro casaba macabramente con su situación. Aunque los policías no pudieran saberlo, aquella ropa estaba empapada de sueños y agua, de recuerdos y arena, de sacristía y niñez.

Los dos ertzainas miraron con estupor y seriedad. La voz del forense resonaba entre las paredes de aquel lugar frío y metálico como si fueran sonidos dolorosos, pero también con una cotidianeidad corpórea que contrastaba de manera lacerante con la situación.

—En un primer vistazo, lo único que puedo decir —dijo el forense— es que se ha encontrado en la playa. Lo han traído hace tres horas antes de que se echara la noche. Lo vieron dos niños a la tarde y avisaron a compañeros vuestros. Debía de estar oculto entre las rocas —añadió.

«Joder con los niños —pensó Vicente—. Parece que los críos nos están enseñando todo desde hace un tiempo. Todo lo descubren ellos.»

—Y murió no hace ni cuarenta y ocho horas —añadió el forense—. Luego os lo confirmo, pero no creo que ande lejos. Ah, y la documentación la tenía dentro del abrigo. Cerrada con la cremallera. Menos mal. Si la hubiera perdido, ibais a tener más trabajo.

Los dos policías se fijaron de manera ostensible en la parte más llamativa del cadáver. La cabeza.

—Tengo que abrirlo —dijo el forense señalando el cadáver—, pero el golpe que tiene en esta zona es mortal de necesidad. Tiene un hundimiento craneal que está fuera de toda duda. Eso también os lo confirmaré cuando lo abra.

Vicente y Jon Ander se mantuvieron en silencio dejando hablar al galeno.

—Probablemente se tiró al espigón o desde algún sitio cercano. O igual más lejos, vete a saber. Ya sabéis que los movimientos de las mareas son muy caprichosos.

Los policías se despidieron del forense y se marcharon.

—Tenemos que analizar bien esto. Igual es un suicidio, sí, pero también puede que alguien lo empujara —dijo el jefe.

Antonio José Martos se levantó muy pronto. Dio su habitual paseo por el biotopo donde se encontraba su casa. El río Leizarán bajaba con la mansedumbre que el valle le otorgaba. Sonoro, acuático y relajado. Verde y húmedo. Frío y seductor. Se volvió en el lugar de siempre y comenzó la caminata de vuelta hasta su estudio.

Nada más llegar, observó su casa en un pequeño alto. Subió por la empinada cuesta y se paró a contemplar la curva que el cauce dibujaba delante de la vivienda. Un ritual para empezar a trabajar en la obra que tenía entre manos: *Ferni*. Subió las escaleras y entró en el estudio girando las llaves. El tintineo despertó a la mujer.

—¿Sí?

—Soy yo.

Eran las ocho de la mañana. Paz levantó la cabeza y vio cómo su novio dejaba el abrigo en un lado de la enorme cama. Entornó los ojos. Su figura de recién levantada se intuía entre las sábanas y el edredón. El estudio empezaba a tener la luz necesaria para esculpir. Las imágenes de Botero en la pared del fondo se podían apreciar con nitidez. El cuerpo de la mujer, cubierto por una camiseta amplia, se revolvió perezoso sobre el lecho. Antonio miró a Paz con deseo. Con deseo de que se largase. Pero aquel día iba a ser especial.

—Vas a trabajar, ¿verdad? —preguntó la mujer sin saludar.

—Sí.

—Ahora me voy.

—No, no es necesario.

Paz lo miró sorprendida desde los pliegues de las sábanas.

—Hoy tengo sensaciones distintas, prefiero que me mires mientras trabajo. Hoy libras, no tienes guardia en el hospital, ¿verdad?

—Sí, hoy tengo libre.

—No te muevas y no me hables, pero estate ahí mirando.

La mujer se arrellanó en la cama después de una visita fugaz al baño. Subió algo la almohada. Cogió sus gafas de ver de cerca y su lectura de cabecera. Observó al escultor desde la cama por la línea del pequeño horizonte que dibujaba la parte superior de las páginas del libro.

La imagen de Antonio se silueteó gracias a la luz que entraba por el gran ventanal que presidía la estancia. La enorme escultura de madera de manzano, piedra y acero vio la luz después de que un movimiento brusco del escultor retirara las sábanas grandes y blancas que la cubrían. Hubo algo de sensualidad y violencia en ese movimiento. Y mucho erotismo.

La luz creó sombras pronunciadas sobre ella. Las piedras inundaban una base de tronco recio. Una segunda madera y algún trozo de acero completaban una obra de difícil ejecución. Retorcida sobre sí misma, la escultura tenía una esencia atormentada. Muy densa. Sus tres materiales rivalizaban sobre el lecho materno del manzano y restaban importancia al entorno. El escultor obligaba a la madera a admitir los demás componentes de manera violenta pero, a la vez, con plasticidad. Parecía una violación de la esencia de la madera. Sus entrañas eran trágicas. Los tres materiales se torturaban entre ellos en una pieza hermosa, dramática y cargada de una potente sensualidad.. Arraigada a la tierra. No había ninguna concesión a nada ni a nadie por parte de Antonio. Era su modo de entender el arte. Con una dramática carga escénica de tragedia.

La escultura todavía tenía varias sargentas sujetando y forzando posiciones. La piedra que había elegido Antonio para acompañar la madera era increíblemente lisa y pulida. A su lado, la escultura *Perfume de amistad* yacía pequeña en una esquina del estudio. Se fijó en ella, pero no tuvo ánimo para avanzar con ella.

El teléfono sonó varias veces, como una música repetitiva. Se acercó al aparato y dio paso a la llamada dejando la escultura a sus espaldas.

—Hola, sí.

Paz lo miró por el rabillo del ojo sin dejar en ningún momento de leer.

—Sí. Perfecto, pues no te preocupes. No, de verdad, sin problemas. Espera que vaya a coger la agenda.

La abrió con la mano que tenía desocupada. Escribió una fecha. Siguió escribiendo durante un momento después de colgar el teléfono. Después lo desconectó. Calentó café y le ofreció a Paz una taza azul grande.

—Me gusta más en la roja pequeña —dijo la mujer cogiéndola con cuidado.

—No sé qué he hecho con ella. Hace días que no la encuentro.

Paz lo miró y el escultor se sintió observado.

—¿La llamada? Sí, eran los de Tolosa. Para dar una clase especial a los chavales. Diseño de esculturas clásicas.

—Creo que te explotan —dijo la mujer con tono amable.

Antonio sonrió.

—¿Desde cuándo llevas con la escuela?

—Buf, ni me acuerdo; igual más de veinte años. Me siento bien con ellos.

—Ya, pero para algunas cosas eres de un altruista que alucino —replicó la mujer—. Porque sigues sin cobrar un duro. ¿Has calculado cuántas horas de trabajo les has regalado? —preguntó con suavidad.

—Sí, claro, muchísimas. No me pagan en dinero. Cobro en satisfacción por colaborar con una escuela con pocos recursos que se dedica a enseñar a los más desfavorecidos; y eso, a mí, me hace sentirme bien. Además, solo voy una tarde al mes. Y a los chavales les gusta y me lo agradecen. No veas cómo atienden a las clases más básicas: disfruto mostrándoles cómo trabajar la madera para que te enseñe lo más bello que lleva dentro. Son los olvidados de la sociedad. No son las personas que salen en los anuncios de la tele, no. Son gente que, muchas veces, tienen pasados de maltrato detrás. Sin padres. O, peor aún, con episodios de violencia que te dejarían boquiabierto. Incluso con películas aún más complicadas, con drogas de por medio.

»A veces, me traen trozos de madera para que les firme un autógrafo. Y estoy bastante más a gusto con ellos que con los actos oficiales. Con toda la gentuza de los bancos y los políticos que vienen a hacerse la foto conmigo. Alguna vez he utilizado la excusa de la escuela para no aparecer.

Se acercó a la cocina y se preparó un café.

—Llevamos muchos años juntos y hay veces que no te reconozco —dijo la mujer tendiéndole la mano.

—Pero esto ya lo sabías —sonrió.

—Sí, claro que lo sabía, y, aun y todo, me sigue sorprendiendo. Poca gente trabaja gratis para los demás como lo haces tú.

—Parecido a lo que haces tú en el hospital.

—Pero yo cobro.

—Poco para la labor que hacéis.

Ambos permanecieron un instante unidos por la mirada. Él se alejó.

—Esta es la escultura que le vas a regalar a Iñigo, ¿verdad?

Antonio la miró sorprendido.

—¿Cómo lo sabes?

—No lo sé, pero lo intuyo. Encajaría perfectamente en la entrada de la sidrería. Por tamaño, forma y esencia.

—Eres una bruja —dijo mirándola desde la distancia—. No se lo digas, es una sorpresa. A Iñigo le debo mucho. Fue un amigo muy importante. Y quería hacerle algo muy especial. A él le tengo dicho que le estoy preparando otra. Ya sé que a él le gusta esta, y eso que solo ha visto el comienzo.

—Y además la has titulado *Ferni*, ¿no?

El escultor asintió con la cabeza y se quedó mirando un buen rato hacia una esquina de la escultura en silencio. La mujer volvió a la lectura. Sus ojos

desaparecieron en el horizonte de la lectura. Oyó cómo Antonio acariciaba la madera y la piedra forzando las sargentas y cambiándolas de posición.

Durante la siguiente hora, el mundo se detuvo en el estudio, y las manos de Antonio aportaron dos detalles más, diminutos e imperceptibles, para la finalización de la escultura que estaba ya casi llegando a su fin. Calculó que, con una semana más de trabajo, aquella escultura, titulada *Ferni*, estaría acabada. Todo estaba llegando al final.

Pensó que no sabía muy bien por qué había dejado que su novia Paz estuviese presente. Lo que en principio imaginó como un experimento, tal vez estuviera transformando en esencia el valor de las cosas. Pero no creyó que a su edad eso fuese a cambiar. Él seguía esculpiendo igual, hubiera alguien o no. Se había dado cuenta de que no dependía de eso para crear. Volvió la cabeza y observó el cuerpo de ella entre las sábanas blancas. La mujer le sonrió en la distancia al sentirse observada. Continuó mirándola unos instantes y pensó que tal vez no fuera cierto lo que acababa de pensar; pero en esos momentos no le importó.

Desvió la mirada hacia la escultura que la exmujer de Ferni le había encargado. Era de un alabastro levemente rosa. Pequeña y muy conmovedora. Pensó en acercarse y retomarla después de casi dos meses sin intervenir en ella. Leire se la encargó al poco de morir Ferni. Le dijo que se la haría pero que no le pondría título. Hacía unos días que había cambiado de opinión.

Dejó una de las sargentas en una esquina de la mesa de trabajo y tapó la escultura con las sábanas. «Mañana seguiré», pensó. La mujer se dio cuenta e intervino.

—¿Has terminado?

—Sí. Me distraes —dijo en tono jocoso.

—Si no he movido un pelo —protestó.

—Eres demasiado atractiva para que yo pueda estar trabajando sin prestarte atención. Seguiré mañana. Los artistas no fichamos. Si un día no trabajamos, no pasa nada —sonrió.

Se acercó muy despacio hacia ella. Se sentó en el borde de la cama y le apartó el libro. Metió la mano por debajo de su camiseta y le empezó a acariciar los pechos. Paz se dejó hacer. Bajó la mano despacio y prosiguió con suma delicadeza. Ella abrió las piernas un poco para facilitar la tarea y cerró los ojos. La excitación subió de tono por momentos. Sus pezones respondieron poniéndose duros. Él siguió excitándola con un suave movimiento de vaivén. Pronto se volvió húmedo. Ella reaccionó e hizo un ademán de soltarle el pantalón para corresponder, pero él detuvo su mano.

—Aquí mando yo —le dijo apartándosela con una seriedad poco acorde

con el momento.

Ella lo miró sumisa y abrió aún más las piernas. Los dedos del escultor incrementaron el ritmo y la presión. Los jadeos de la mujer le hicieron volver la mirada hacia la escultura cubierta por las sábanas. Por unos instantes, ella no supo a cuál de las dos estaba tocando.

El ritmo fue en aumento y la mujer comenzó a arquearse de placer. El clímax se estaba acercando, y la excitación era tan fuerte que dudó de que el orgasmo fuese a ser tan placentero. Pero sí lo fue.

El éxtasis, intenso y contenido, duró bastante más de medio minuto. La mujer sujetó el brazo de su amante con la mano derecha ayudando a que ejerciera más presión sobre ella. Antonio, en un ejercicio de erotismo artístico delicado, sugerente y provocador, tenía la vista puesta en aquella escultura tan sensual, cubierta casi por completo por unas sábanas que solo dejaban ver algún resquicio de la obra.

Dos pequeñas gotas de sudor cayeron por la frente de la mujer. Paz lo miraba imaginándoselo desnudo, pero no era así. Él seguía vestido, con la mano subiendo ya a la altura del estómago de ella y con la vista clavada en la escultura. Parecía en trance. No se atrevió a sacarlo de él. Solo esperó dos largos minutos hasta que él mismo volvió la mirada hacia Paz. No dijo nada.

—Me hubiera gustado hacer el amor contigo. A veces, cuando estoy sola, me lo hago yo misma. Pero, cuando estoy contigo, me gusta sentirte dentro. Ha estado muy bien... por lo menos para mí —añadió con cautela.

Él tardó en contestar; no dejaba de mirar a la escultura.

—Yo también he tenido un orgasmo.

La mujer lo miró con una media sonrisa. No se atrevió a contradecirlo. Se fijó en que su mirada seguía posada en la escultura. Y se imaginó teniendo celos de ella. Pero no le dio importancia y echó mano de su pragmatismo de médico para pensar que esta nueva manera de relación era bastante mejor que algunas prácticas sexuales de su novio.

El zumbido de un teléfono móvil interrumpió la escena y provocó en ellos cierto desasosiego.

—Un día mandaré los móviles a tomar por culo —dijo Antonio levantándose con cierto enfado mientras se acercaba al aparato—. Tiene que ser el tuyo. El mío lo acabo de apagar. Y, si no, suele estar en silencio cuando trabajo o, por lo menos, cuando intento trabajar.

—Antes no estaba en silencio —protestó la mujer con cierta ironía.

Se lo tiró al borde de la cama. La mujer respondió. Después, se calló durante tres segundos.

—Estoy bien, sí. Sí, está conmigo, te lo paso.

Antonio la miró extrañado.

—Es Sergio —le dijo.

«No pensaba que tuviera mi teléfono», pensó la mujer. Pero no le dio importancia; habían coincidido varias veces y se conocían desde hacía mucho.

Eran las diez de la mañana. Cuando Antonio colgó, su cara no demostraba nada en especial. Se acercó a su mujer y le devolvió el teléfono.

—Han encontrado a Daniel muerto.

—¿Qué?, ¿a tu amigo el cura?

—Sí, en la playa. Tengo que llamar a Iñigo para que lo sepa.

La cara de sorpresa de Paz contrastaba con la aparente calma que demostraba Antonio. Para hablar, se retiró a la habitación de al lado. Después de más de diez minutos con su amigo al teléfono, sintió de nuevo que todo estaba llegando a su fin. Bajó la cabeza y lloró con amargura en privado. Durante los siguientes minutos, después de secarse las lágrimas, mantuvo la mirada perdida.

—¡Cómo narices se nos ha podido pasar esto por alto! ¡Estamos gilipollas! —gritó Vicente a sus dos ayudantes—. ¡Esto es un puto error de bulto! —bramó.

El despacho de Vicente se hacía más pequeño mientras el subcomisario mantenía en la mano el informe de la autopsia de Ferni, que llevaba pululando por los archivos de su caso un año y algunos días. Algunas esquinas incluso empezaban a estar gastadas.

Sus gritos eran más de rabia que de enfado. La culpa de un lapsus de ese calibre la tenían tanto él como sus oficiales. De nuevo, las piezas del puzle estaban delante de sus narices. Solo había que darles la vuelta para casarlas. La premisa de siempre.

—¡Es increíble! —El subcomisario volvió a la carga sin dejar de dar vueltas alrededor de la mesa.

Jon Ander pensó que nunca lo había visto tan nervioso como en esa ocasión. Jaione no había tenido tanto trato con él, pero pensaba una cosa parecida. Jon Ander, aprovechando un silencio tenso, se atrevió a hablar en un ejercicio muy claro de alto riesgo.

—No sé si saberlo hubiera cambiado las cosas.

Vicente se sentó con los papeles en la mano y lo miró. Ahora su rostro mostraba una rabia contenida. Solo aquella mirada hubiera sido suficiente para contestarle pero, aun así, habló. Y, curiosamente, lo hizo con calma.

—Sí, ha sido un fallo nuestro. Y gordo.

—Era lógico, jefe —intervino Jaione—. Cuando usted me comentó que dejara a un lado todo lo que se había investigado hasta ahora e imaginara treinta o cuarenta razones por las cuales una persona habla de la muerte con cierta obsesión, la respuesta estaba clara. Era verdad que podía haber muchas. Pero la más lógica de todas era claramente saber con certeza su cercanía. Y Ferni lo sabía.

Vicente y Jon Ander escucharon con atención a la mujer.

—Y no había que despistarse pensando que podía estar amenazado por los pistoleros. Había que ir a los orígenes —dijo Jaione señalando la autopsia—. Y ahí tenías la contestación —insistió.

—Ya, pero yo no me lo podía imaginar —agregó Jon Ander cabizbajo—.

Un hombre cae acribillado por una docena de disparos, más uno de gracia en la cabeza, y, la autopsia, la pasas un poco por encima. La causa de su muerte es tan evidente...

—Pues sí y no —interrumpió Jaione—. La autopsia, en este caso, te habla de la muerte incuestionable, pero también de cómo se sentía la víctima por dentro. Yo ayer lo vi claro. Y después de leer en la autopsia que el páncreas de Ferni tenía muy mal aspecto, me fui a hablar con su médico de cabecera. Y él me lo confirmó.

Los dos ertzainas miraron a la mujer.

—Ferni tenía un cáncer de páncreas inoperable. Le quedaban apenas tres meses de vida.

El despacho de Vicente se volvió muy frío.

—Ferni hablaba de la muerte, pero yo creo que igual no lo hacía pensando en alguien que le pudiera agredir. Se expresaba así porque sentía la enfermedad que le estaba venciendo.

De nuevo, la ausencia de palabras se hizo densa; fue la mujer la que volvió a hablar.

—De todas maneras, tampoco cambian mucho las cosas. ¿Qué significa esto? Yo creo que poco.

—Bueno, bueno, espera —dijo Vicente—. Significa casi seguro que los asesinos desconocían este extremo. Si no, es absurdo arriesgarse a hacerlo desaparecer cuando no tienes más que esperar a que la enfermedad se lo lleve. ¿No?

—Pero también significa algo más —agregó Jon Ander.

Los dos policías lo miraron esperando su hipótesis.

—Si partimos de la base de que Ferni estaba enfermo desde hacía...

—Un año antes de su asesinato, por lo que me dijo su médico —confirmó la mujer.

—Eso es, un año antes de caer acribillado a balazos le comunican la noticia de su enfermedad. Entonces, para estar bien consigo mismo, hace algo o cuenta algo que a alguien le molesta muchísimo. Y este, sin conocer el dato, decide asesinarlo como venganza. Digamos que se precipita. Ahí está la clave.

—Pero debe de ser algo muy gordo para que decida cepillárselo.

—Sí, sí, claro. Y lo hace, insisto, porque no sabe que está tan enfermo.

Los tres ertzainas se miraron en silencio.

—Es en ese momento cuando decide divorciarse, ¿no?

—Podría ser.

—Su mujer, Leire, no creo que tenga nada que ver. Hemos hablado bastantes veces con ella y no la veo en el ajo.

—No lo sé —respondió entre dientes el subcomisario.

—Su mujer no tenía póliza de seguro ni nada parecido. No la maltrataba, que sepamos. En fin, no creo que vaya por ahí la cosa. Llevaban un tiempo divorciados cuando lo mataron. Creo que estamos alejándonos del asunto. Vamos a centrarnos en lo que tenemos.

—Pero era un mujeriego —dijo Jon Ander—. Mucha gente nos lo ha dicho. Podría ser que prometiera algo especial a alguna mujer y que luego no lo cumpliera. No sé. Yo no lo descartaría del todo. Este tío era un faldas, y la segunda razón más habitual para matar, son los celos. Después del dinero, claro.

El subcomisario dejó los papeles sobre la mesa.

—Tú mismo. Si ves algún resquicio, métete a buscar. Yo tengo mis dudas de que el asunto vaya por ahí.

Jon Ander asintió con la cabeza.

—Venga, dadme más noticias, a ver si son mejores.

El oficial instructor le enseñó un informe, bastante extenso, del análisis médico.

—Hemos identificado el ADN de los cuerpos de los dos excursionistas del faro de la Plata. En efecto, son Alexis Lomidze y Leila Gavashvili, la propietaria del coche blanco tipo ranchera cuya matrícula empieza por ocho. Y además, algo más concluyente.

Vicente y Jaione lo miraron con atención.

—Me acaban de confirmar que el ADN del tal Alexis coincide con el encontrado en la saliva que había en el cuello de la camisa de Ferni. Luego ya tenemos el puzle completo —dijo con cierta ironía.

—Venga, no me vengas con bobadas —dijo el subcomisario.

—Asunto resuelto —insistió Jon Ander—. Tenemos a los asesinos de Ferni. Pero el propio Jon Ander sabía que ahí no acababa todo, y esperó con recelo la pregunta que, con toda lógica, le iba a hacer su jefe.

—¿Quiénes eran Leila y Alexis? —preguntó el subcomisario.

—Para mí que alguien contratado. La mujer no estaba fichada, pero él, sí. Siempre en el extranjero. Por robo, tres veces; extorsión, otras tres veces. Dos por chantaje y una más por asalto a mano armada. Había pasado, en total, cuatro años y medio en la cárcel. Todo esto lo ha comunicado Interpol. Llevaba aquí dos años sin hacer nada y no se le conocían trabajos remunerados. Parecía vivir del aire. Curiosamente, en la todopoderosa Interpol no tenían su perfil de ADN. Ya ves que en todos los sitios se cuecen habas —añadió Jon Ander.

La mujer sonrió ante la expresión de su compañero.

—¿Y la mujer?

—Trabajaba en una tienda de ropa. Su amiga, con la que vivía en el piso

anterior, nos lo ha comentado. Ayer volvimos a hablar con ella. Ha insistido en que era una persona muy amable y cordial. Hasta que conoció al tal Alexis. Nos ha contado que le tenía, palabras textuales, «comido el coco». Hacía con ella lo que quería. Más de una vez, le vio a su amiga algún moratón, y ella siempre se lo negaba alegando que «el sexo con él tenía algún daño colateral», cito palabras textuales —añadió la oficial mirando sus notas—. La mujer insistió en que hasta entonces fue una persona amable, pero era fácilmente manipulable.

—Las malas compañías te pueden pasar factura —añadió, de su propia cosecha, Jaione.

Vicente resopló con vehemencia e intentó ver las cosas con claridad. Pero era tal la espesura de la niebla que reinaba en su cerebro que no pudo más que mantenerse en silencio un buen rato.

—Estamos ante el peor escenario posible —agregó—. ¿Qué opináis? —preguntó a sus dos oficiales.

—Fue un asesinato por encargo.

—Opino lo mismo —añadió la mujer.

—En efecto, tenemos a los dos asesinos. Todo coincide. Empezando por el ADN encontrado en el cuerpo de Ferni. Después, tenemos las pistolas echadas al río y encontradas un día más tarde por los chavales, que declararon que habían visto a un hombre y a una mujer. Balística ha sido clara, los casquillos fueron disparados desde esas mismas pistolas. El coche blanco, con la matrícula que empezaba por un ocho, identificado por la señora de Errazkin... Todo encaja.

—Y la cazadora con la marca Yamaha en la espalda —agregó Jaione.

—En efecto, todo casa a la perfección. Nos ha costado, pero lo hemos conseguido. Tenemos a los asesinos. Todo apunta a que estos dos tipos actuaron por encargo. —Vicente miró a sus oficiales—: ¿Estamos de acuerdo? —preguntó con vehemencia.

Los dos afirmaron con la cabeza.

—Ahora queda por averiguar cuál fue el motivo por el que estos dos tipejos hicieran lo que hicieron. Es decir, quién los contrató. No creo que ellos tuvieran relación con la víctima. ¿Estáis de acuerdo?

Los dos policías asintieron. La mujer matizó.

—Yo no descartaría que Ferni hubiese tenido relación con esta pareja. No es una cosa que parezca posible pero no lo podemos rechazar como hipótesis.

—Puede que tengas razón, Jaione. En cualquier caso, no podemos descartarla de nuestra línea de trabajo. Igual nuestro crítico gastronómico les debía alguna cosa a estos dos.

Jon Ander y Jaione asintieron.

—¿Qué habéis averiguado en el piso?

—¡Buf! Nada en particular por ahora —dijo la mujer—. Muchos papeles. Nos los hemos traído. Hay que empezar a mirarlos con calma.

—Hay que intentar relacionarlos con alguien —insistió Vicente—. ¿Habéis mirado si había dinero en el piso?

—No hemos encontrado nada. A nombre de ella había una cuenta en el Banco Santander y, por ahora, no sabemos nada más. A nombre de él, por ahora, nada de nada.

—Empezaré con los papeles —dijo Jaione—. El piso lo tenemos precintado por si hay que volver —dijo con seriedad—. Hemos hablado con el dueño y nos ha contado que el piso estaba alquilado a nombre de la mujer, de Leila. Que sabía que estaba con un hombre pero que no lo conocía. Y que pagaba el alquiler puntualmente. Nunca se retrasó en los pagos. En fin, nada.

—Yo empezaré por la cazadora —agregó Jon Ander con cierto optimismo.

—¿Qué piensas encontrar? —preguntó el jefe.

—No sé, ayer la estuve viendo y me pareció una cazadora muy buena. No se vende en muchos sitios. Voy a echar un vistazo por si se compró por la zona. No hay muchas tiendas que estén vendiendo esto de la marca Dainese. Igual puedo averiguar algo.

—Bien, empieza por ahí —contestó Vicente—. Otra cosa. ¿Qué pensáis que les pudo ocurrir a estos dos? —preguntó el subcomisario a sus compañeros—. ¿Una pelea de novios? ¿Se suicidaron a la vez? ¿Una tercera persona los empujó barranco abajo?

Ninguno de ellos se atrevió a lanzar una hipótesis. Era demasiado pronto para hacerlo.

—Otra cosa —agregó Vicente—. ¿Tenéis el informe del cadáver del sacerdote?

—No, lo traerán al mediodía. No sabemos nada. Pero todo apunta a un suicidio.

—Vale, de acuerdo. Una cosa más —añadió el jefe dirigiéndose a Jaione—. He cambiado de opinión con respecto a la mujer de Kai. Yo mismo hablaré con el psicólogo en cuanto pueda y, a través de su hermana, igual puedo charlar con ella. Yo la conocía. Me ha dicho mi amigo, el doctor Odriozola, que la recuperación del coma ha sido increíble y que es mejor intentarlo con alguien que ya conozca. No te importa, ¿verdad?

Jaione respondió con la cabeza negando.

—¿Qué estás buscando con la mujer de Arkaitz? —preguntó Jaione.

—Tú ya lo sabes —dijo el subcomisario señalando a Jon Ander—: respuesta a un lacónico mensaje que me mandó Kai una hora antes de morir. Igual se lo comentó a ella. La acababa de recoger y tenía prisa para estar

conmigo. Estoy convencido de que era importante. Igual por eso venía tan rápido.

—¿Qué piensas del sacerdote? —pregunto Jon Ander.

—No lo sé.

—He averiguado que su madre murió hace muy poco. Podría ser una razón —dijo Jaione—. Hemos registrado su casa y no hay nada. Ni en la iglesia de San Vicente, tampoco. Bueno sí, en la sacristía había un DIN-A4 con su nombre y su cargo. Solo eso. Podría ser una nota de suicidio que no se atrevió a redactar.

—Era uno de los de la cuadrilla de Ferni.

—¿Crees que sabría algo?

—No lo sé —respondió el jefe—, pero cada vez estoy más convencido de que estos tienen algo, pero no consigo ver lo que es. Y, además, en principio, un sacerdote no se suicida. ¿No os parece?

—Eso nunca lo puedes llegar a saber con certeza —añadió Jaione.

Los tres ertzainas estuvieron un rato callados.

Vicente sintió desazón. El panorama estaba ensuciándose por momentos. Y eso que habían descubierto a los asesinos. Curiosamente, eso era precisamente lo que en ese momento más le preocupaba.

—Pero hay otra cosa que, indirectamente, me hace pensar que el sacerdote igual no se ha suicidado, sino que alguien lo ha empujado. Quiero que seáis vosotros los primeros en saberlo —remató Vicente.

Jaione y Jon Ander lo miraron con atención.

—Desde el laboratorio me acaban de decir que la pintura del parachoques delantero de estos dos pájaros es la misma que la de las muestras que recogí de la trasera del coche de Arkaitz.

La cara de ambos compañeros cambió por completo.

—Al bueno de Arkaitz lo sacaron de la carretera estos hijoputas. Lo que pueda hablar con su mujer en el hospital puede que sea más importante de lo que nos imaginamos. Por ahora, no vamos a hacer público este dato hasta no saber nada más. No quiero que haya alguna espantada. Pero necesito que estéis muy atentos a todo y extreméis vuestra seguridad personal porque puede que algún malnacido nos tenga en su punto de mira y no seamos conscientes de ello. Desde este mismo momento estamos buscando al asesino de Ferni, al de Kai y, tal vez, al del sacerdote. Podría ser que también al de Alexis y su pareja. Cabe la posibilidad de que alguien esté limpiando basura por alguna razón que todavía desconocemos. Os pido la máxima prudencia —prosiguió el jefe—. Extremad las precauciones en las acciones y visitas que vayáis a hacer. No quiero más muertos.

—¿Qué le ha pasado a Dani? —preguntó Iñigo con cierto desasosiego.

—No lo sé. Tengo la misma información que tú. La que ha salido en el periódico —contestó Antonio—. Lo han encontrado en la playa. Eso es todo. Que podría ser un suicidio, pero nadie lo confirma.

—Qué pasada. El cura era una buena persona. Colaboraba en todo lo que se le pedía. Siempre entregado a los demás. También me casó a mí. No pensé que pudiera terminar así.

—¿Qué hacemos?

—¿Hacer? Nada. Nosotros éramos su cuadrilla. Iremos al funeral y pondremos cara de tristeza, que no será difícil —dijo el escultor con un hilo de voz—. Era un buen amigo. El más fiel. Siempre nos apoyó.

—¿Por qué lo habrá hecho?

El silencio se pudo cortar con un cuchillo. Parecía que la línea telefónica se hubiera estropeado.

—Igual por lo de su madre. Era el único familiar que le quedaba.

—Igual sí. Vete tú a saber. Pero después estuvimos con él y se lo veía como liberado —añadió el sidrero.

—Nunca puedes llegar a saber lo que pasa por la mente de una persona que decide poner fin a su propia vida.

—Nos veremos en el funeral. Será en el mismo San Vicente, supongo.

—He estado hablando con Sergio —dijo Antonio—. Está muy nervioso. Si lo llamas para tranquilizarlo, no vendría mal. Me acaba de llamar. Le pillarás en su casa. Ya sabes lo delicado que es. A ti te suele hacer más caso que a mí. Y ahora, con lo de Daniel, está peor.

—Vale, de acuerdo.

La comunicación telefónica se cortó y ambos amigos se quedaron pensativos a cada extremo de la línea.

Iñigo vio acercarse a Ruth, su mujer, que lo abrazó por detrás.

—Estoy bastante mejor desde que hablamos. Eres una buena persona. Te quiero —le dijo al oído. Se había sentido tan bien al oír eso que prefirió demorar la llamada a Sergio. Tampoco quería volver a comentar la noticia de la muerte de su amigo Daniel.

Iñigo sintió como se habían arreglado las cosas con su mujer desde que decidió dejar a un lado las sospechas y los detectives y afrontar de frente el asunto con ella. Y todo gracias al consejo de su amigo Sergio, que lo instó a coger el toro por los «supuestos cuernos».

La relación había cambiado cuando ella le explicó que su vida era él, pero también su trabajo de interiorista. Que no podía sentirse celoso de su trabajo. «Eso nunca», le dijo con respeto. Y que en los correos electrónicos la gente se despide con besos y que eso no significa nada. Iñigo lo entendió. Llevaban un par de semanas haciendo el amor con una frecuencia inusitada.

Ruth, que se había acercado a él vestida con una falda muy corta, medias negras a juego y una chaqueta de color beige oscuro muy entallada, le dio un beso en los labios y desapareció con su gran portafolio bajo el brazo. Cuando la vio salir en su coche, la sidrería recibía la luz intensa de la mañana. Acababa de descubrir la belleza del interiorismo después de muchos años casado con ella.

Iñigo bajó la cabeza con el móvil en la mano. Recordó que tenía que llamar. El teléfono se activó y el número de Sergio salió en pantalla. Apretó a «llamar».

—¿Sergio? Acabo de hablar con Antonio.

—Ya sabes lo de Daniel. Era una persona maravillosa, un buen amigo. Siempre estaba a nuestro lado... ¿Por qué ha hecho esto? ¿Por qué? —La voz sonó apenas audible.

—No lo sé, no lo sé.

—¿Qué voy a hacer ahora? Todo a mi alrededor se está derrumbando.

—Venga, vamos. No empieces otra vez. ¿Quieres venir aquí y le echas una mano a Natalia? Hoy vamos a preparar la manzana cuadrada. ¿Estás trabajando?

—Sí, estoy aquí, en el FUD. Luego iré para allí.

La comunicación se cortó sin que se despidieran. Iñigo notó mucha desazón después de oír a su amigo tan desolado.

La cafetería del Hospital Universitario de San Sebastián estaba abarrotada. Se amontonaban en ella tiempos de espera, distracciones obligadas por el tiempo detenido de los acompañantes, sensaciones de esperanza, unas fundadas, otras baldías.

El doctor Álvaro Odriozola tomaba un café con leche en taza grande servido con algo de canela en la superficie. Su barba bicolor se manchaba cada vez que sorbía de ella. Se limpió el bigote y miró a su alrededor buscando a alguien en concreto. Su reloj marcaba la hora en punto. Enseguida apareció la figura de su amigo el subcomisario Vicente Parra. Se dieron un abrazo y un buen apretón de manos.

—¿Quieres tomar algo? Tenemos tiempo, hemos quedado con la psicóloga dentro de un cuarto de hora.

—Sí, venga, un cortado.

El camarero los atendió con la prisa de las horas punta. El azúcar moreno se quedó en la cestita. Vicente desenvolvió la chocolatina que acompañaba al café. La echó en la taza y esta desapareció en el pequeño torbellino. Removió el café con la cucharilla mientras estrujaba el papel. Hacía un tiempo que encontraba gracioso añadirle una chocolatina en vez de echarle azúcar porque, aparte de endulzar la mezcla, le daba un toque aromático que apreciaba. No servía cuando el café era de extrema calidad, pero para el del día a día iba bien. El sabor dulce del chocolate armonizaba de manera suave con el del café.

—¿No quieres nada más?

—No, no, he desayunado fuerte —dijo el policía.

—He preferido que vinieses tú —dijo Álvaro con seriedad entrando en materia sin más dilaciones—. Al principio pensaste en traer a tu compañera, una oficial, ¿verdad?

El subcomisario asintió con la cabeza.

—Pero después lo vi claro. El otro día que hablamos por teléfono. Yo no sabía que tú personalmente conocías a la mujer de Arkaitz. Me dijo la psicóloga que sería mejor intentarlo con alguien que ya conozca. Igual se siente más cómoda. El asunto no va a estar fácil.

—Me lo imagino. Bueno, yo la conocía de un par de ocasiones en que

coincidimos en algún sitio. Nada más.

—Sí, pero igual es suficiente para que lo hagas tú en vez de otra persona. Su hermana está enterada y también le ha parecido bien. Ha consentido que vayas a verla. Eso es importante porque el neurólogo que la atiende tenía sus dudas. De hecho, dejó que fuera la hermana la que decidiera. Fue ella la que accedió.

—Ya sé que es un poco complicado lo que estoy haciendo. Pero quiero intentarlo. Kai y yo nos llevábamos muy bien.

—Mira, por ahí viene la psicóloga —interrumpió el doctor.

Las presentaciones se alargaron cinco minutos. Cuando acabaron de repasar los detalles de la entrevista, los tres salieron de la cafetería y se encaminaron por los pasillos del hospital hasta uno de los extremos del edificio. Allí, Álvaro tomó rumbo diferente.

—Nos vemos —dijo el doctor alejándose hacia su despacho.

La psicóloga y el ertzaina se dirigieron hacia el ala del hospital donde se encontraba la sección de neurología. Cuando llegaron a la habitación de la mujer de Arkaitz, la psicóloga lo detuvo sujetándolo del brazo.

—Procure no cansarla demasiado. Todavía está recuperándose. Los comatosos son personas que, sobre todo, cambian. Nunca vuelven a ser los de antes. Con infinidad de matices, por supuesto. No sé lo que quiere conseguir, pero actúe con mimo —le sugirió—. Yo también he permitido esta entrevista porque Álvaro me ha hablado muy bien de usted. No me decepcione.

Aquello le sonó al policía como una seria advertencia.

—Lo haré —le contestó—, no se preocupe.

—Su hermana se encuentra también en la habitación. He estado hablando con ella hace una hora y es una persona muy abierta y comprensiva. Está siendo un gran apoyo para su recuperación. Me ha sugerido que ella preferiría estar durante la entrevista. También es muy celosa de Miren. No le importa, ¿verdad?

Vicente tardó en contestar, lo que hizo que la psicóloga lo mirase inquisitiva. No encontraba ningún impedimento a que la hermana de la mujer estuviera presente.

—No, no importa.

—Bien, yo les presento y les dejo. Procure no alargarse.

La puerta de la habitación individual donde se encontraba la enferma se abrió. La hermana, que estaba de pie mirando por la ventana, se acercó y saludó al subcomisario. Miren estaba sentada en un butacón. Llevaba puesto un camión largo y, encima, una chaqueta de punto cerrada hasta arriba. Las zapatillas eran azules.

Miren hizo ademán de levantarse para saludar al subcomisario, pero su

hermana la detuvo con el brazo. Vicente se acercó y fue entonces cuando la vio más de cerca y apreció lo delgada que estaba. Parecía haber envejecido mucho. El recuerdo que Vicente tenía de ella como una mujer joven y risueña se deshizo ante aquella imagen. La besó pensando que el túnel del tiempo había sido especialmente cruel con ella. La cogió de la mano. La notó fría y huesuda. Se sentó en una silla a su lado.

—Bueno, yo me voy a ir —dijo la psicóloga con una sonrisa—. Miren, te dejo en buena compañía —le dijo en voz alta.

Esta asintió con una sonrisa ausente. La hermana se situó junto a ella, en el lado contrario.

—Está usted sentado en el lado bueno. Pero se está recuperando de la lesión del oído izquierdo, o sea que, si le habla un poco más alto, mejor.

A Vicente no le gustó tener que alzar la voz.

—¿Qué tal te encuentras? —preguntó intentando romper el hielo.

Miren no contestó, pero le cogió más fuerte la mano. La hermana notó el detalle y permaneció a la expectativa.

—Bien. Ahora estoy bien. Me cuidan muy bien. Igual nos vamos a casa mañana.

La hermana puso los ojos en blanco sin que ella lo viera, pero a Vicente el detalle no se le pasó por alto.

—Seguro que sí —la animó Vicente notando que, efectivamente, apretaba su mano con decisión.

El subcomisario sintió que la conversación no iba a ser fácil y, sobre todo, que no sabía muy bien cómo iba a desarrollarse y si iba a tener la oportunidad de preguntarle lo que él quería saber.

—Kai era una persona maravillosa —dijo Miren lacónicamente—. Has venido a preguntarme cosas de él, ¿verdad? —le dijo con una increíble lógica al tiempo que volvía la cabeza para mirarlo a los ojos—. Erais buenos amigos, aparte de policías. ¿Verdad?

Vicente asintió. Ahora ella estaba cerca, y los surcos de su cara le recordaron el calvario que atravesaba aquella mujer; tuvo que tragar saliva para continuar. Y, sobre todo, para convencerse de que estaba haciendo lo correcto. Pensó incluso que hubiera sido mejor que Jaione estuviera allí. Pero no era así, y tenía que seguir adelante con la decisión que había tomado con su amigo Álvaro. Contra todo pronóstico, ella allanó el camino comenzando a hablar.

—Recuerdo un día tomando un vino en la parte vieja, ¿te acuerdas? —dijo Miren dirigiéndose al policía.

—Sí, claro. No hace mucho.

—Me cuesta mantener la noción de lo que es hoy y mañana —dijo con

suavidad.

—No te preocupes, eso lo irás recuperando. Eso nos ha dicho el neurólogo —añadió la hermana.

La mujer bajó la cabeza, y las miradas de todos se cruzaron indecisas. La hermana la cogió con fuerza de la mano.

—¿Estás bien? —le preguntó.

—Sí —dijo volviendo a levantarla—. A veces se me va un poco la cabeza. Como si me mareara.

—¿Quieres volver a la cama?

—No, no, ya se me ha pasado.

Cada uno de sus acompañantes la sujetaba por una mano. Para sorpresa del ertzaina, ella volvió a facilitar el camino. Habló con fluidez.

—Me acuerdo mucho del momento del accidente. Antes no, pero ahora cada vez más.

Vicente aprovechó el hueco para entrar de lleno en sus pesquisas.

—¿Te acuerdas de lo que hablaste con él cuándo ibais en el coche?

La hermana miró sin decir nada. La respuesta fue inmediata.

—Sí, iba leyendo la guía. Le dije que lo dejara. Me dijo que tenía que llamar a alguien y que tenía que ir a la comisaría. Pero no dejaba la guía en paz.

—¿Qué guía? —le preguntó su hermana.

—Dame un poco de agua... —le dijo Miren, y ella se levantó y volvió con un vaso medio lleno. No soltó el recipiente mientras Miren bebía. Bebió dos sorbos. Cuando terminó, le secó los labios con una servilleta de papel. Su cara estaba más relajada. Con una pequeña sonrisa, volvió la mirada hacia Vicente.

—Creo que quería llamarte a ti —le dijo con seriedad.

El policía creyó advertir un reproche en su mirada pero no lo pudo asegurar.

—¿Te dijo de dónde venía o qué había hecho durante la mañana? —preguntó el ertzaina.

Miren negó con la cabeza. Vicente intentó volver a preguntárselo. Ella misma lo interrumpió.

—Erais buenos amigos —dijo repetitivamente volviendo a cogerlo de la mano.

—Sí. Él era un buen policía.

—Veo el agua muy cerca del río —dijo con la mirada perdida—. Tenía la guía entre las manos. Y cambiaba un papel de sitio. Le dije que lo dejara. Discutimos un segundo, es lo único que recuerdo. Después, nada.

El policía pensó que tal vez eso fuera todo lo que podría sacarle y no sabía si volver a preguntar, pero ella misma lo sacó de dudas.

—Había venido a buscarme. A veces lo solía hacer. Me quería mucho —

dijo con una frialdad rayana en lo ajeno—. Era la persona de mi vida. No sé si podré vivir sin Kai. Era tan guapo. Le gustaba correr, pensaba que el coche era una prolongación suya. A veces le decía que yo volvería en autobús del trabajo, pero él sacaba el coche y venía a buscarme porque le gustaba conducir. La velocidad era su punto débil. No podía imaginar que eso lo llevaría al final... al final... al final, noté un golpe seco antes de la curva.

Vicente la dejaba hablar. No podía hacer otra cosa. Creyó que ya le había sacado todo el jugo a la conversación y se sintió un poco culpable por haberlo intentado. Pero se estaba equivocando.

—Me dijo que la guía era importante, no sé muy bien para qué.

—¿Qué guía? A ver, ¿qué estás diciendo? —La hermana ayudó sin darse cuenta al ertzaina.

Vicente la miró y le hizo un gesto con la mano para que esperara. El policía sí estaba entendiendo lo que estaba diciendo.

—No sé, era un libro verde —agregó Miren.

—¿No te dijo nada más del libro? —preguntó la hermana.

—No.

—Luego la muerte —dijo lacónicamente—. Algo nos embistió por detrás.

La hermana miró al policía e intentó cortar la conversación. No le había gustado lo último que Miren había dicho. Pero tardó el tiempo suficiente para que siguiera hablando.

—Sí —dijo Miren—. En cursiva.

Vicente la miró sin saber de qué hablaba.

—Sí, en cursiva —repitió obsesivamente—. Hacía mal tiempo. Como siempre, la carretera estaba mojada. Un día gris como los nuestros. Tengo que ponerme fuerte para cuando Kai vuelva. Un golpe nos echó fuera.

Vicente y la hermana de Miren cruzaron sus miradas. La chica se levantó. Miren se tumbó sobre el respaldo de la butaca.

—No sé por qué digo eso. Mi marido está muerto. Tengo que hacerme a la idea. Solo estoy muy cansada —dijo levantando la mano a la espera de que su hermana la ayudara a levantarse. Esta la cogió de un brazo y Vicente del otro. Volvió a notar lo delgada que estaba y lo poco que debía pesar. Él se retiró una vez que dejaron a Miren sentada en el borde de la cama. Su hermana la ayudó cogiéndola de los pies y haciéndola girar para tumbarla en la cama; luego la arropó. Vicente se acercó a ella y se despidió cogiéndola de la mano.

—La próxima vez que nos veamos será en tu casa —le dijo con la mejor de sus expresiones en la cara.

—No tengo apetito —dijo evasiva.

—Pues ahora viene la comida, y ya sabes lo que hay que hacer. Comer todo

para ponerse fuerte —contestó la hermana con desparpajo—. Le acompaño —dijo la hermana—. Ahora vengo —dijo señalando a Miren.

Una vez fuera de la habitación, Vicente y la hermana de Miren hablaron cinco minutos. En mitad del pasillo y en voz baja.

—A veces dice cosas sin sentido, pero me ha dicho el neurólogo que en algunos casos es normal. ¿Sabe a qué se refiere con lo del golpe? Nunca antes se lo había oído.

—El coche está irreconocible. No creo que eso tenga importancia.

La hermana asintió sin darle mayor trascendencia.

—Ojalá se recupere del todo pronto — deseó Vicente—. Han sido muy amables —dijo despidiéndose de ella—. De verdad, le agradezco su apoyo.

El ertzaina le estrechó la mano y se alejó lentamente por el pasillo. La figura menuda de la hermana de Miren lo observaba mientras se alejaba y él intuyó su mirada. Caminó pensativo por los pasillos del hospital sin poder sacarse de la cabeza lo que había oído y se sintió bien. Notó la presencia de su amigo y compañero Kai y cómo lo estaba ayudando. Y eso hizo que él, un pragmático con carné, se sintiera raro y que, sobre todo, dudara de sí mismo. ¿Estaría Kai ayudándolo desde el más allá?

«Tendrás que ayudarme un poco más, Kai. ¿Qué coño quieres decir con la guía? ¿Qué cojones sucede en el libro verde? Sigo sin enterarme», resopló el subcomisario para sus adentros. Pero, además, tuvo un pensamiento que nunca antes había tenido: «Kai, voy a averiguar quién fue el desgraciado que te sacó de la carretera», pensó con rabia.

Cuando llegó a su anticuado coche, anotó en su cuaderno algo de lo que estaba convencido desde el principio. La clave estaba en la guía verde. La del año pasado. La última que escribió Ferni. También anotó la palabra que se le había quedado clavada, a pesar de que Miren la hubiera dicho solo un par de veces, tras su conversación con ella: «Cursiva».

Jaione había ido a comer a casa. Cuando llegó, aparcó la moto en el pequeño jardín cerrado de delante de su caserío; no la metió en el garaje. Intentó poner la mejor de sus caras a pesar de las noticias sobre el posible asesinato de su compañero Kai.

Oyó las notas de un piano y sabía con precisión de dónde venían. La ventana de dos hojas de la habitación del segundo piso estaba entreabierta. Cuando llegó a la puerta, un leve aroma le indicó que su marido, aparte de aporrear las teclas con pasión, había estado guisando. Se acercó a la cocina y destapó la cazuela, que todavía humeaba: «Bien, puerros con patatas; pero esto también tiene bacalao.» Las escaleras del interior del caserío se inundaron de frescura cuando vio bajar a su marido con el bebé en brazos.

—No creía que fueras a venir —dijo él desde la distancia.

Ella dejó la cazuela a un lado y se acercó a él quitándose la cazadora con refuerzos. Le dio un beso en los labios mientras cogía al niño en sus brazos.

—Desde que nació el niño, vienes a comer siempre que puedes. Antes no hacías eso conmigo —dijo socarrón mientras los rodeaba a ambos con sus brazos—. Si tuviéramos dos, igual venías aún más. Deberíamos retomar la idea de aumentar la familia —le dijo casi al oído.

—Eres la hostia —le dijo Jaione con un hilo de voz también al oído—. Lo que peleé yo al principio para tener a esta maravilla —dijo señalando al bebé—, y ahora, por lo que veo, estás tú más colgado que yo. Te está encantando. ¿Quieres otro juguete más? Te vuelvo a recordar lo reticente que estabas al principio. No te atrevas a negarlo.

—Lo sé, lo sé. Pero es que noto que interpreto mejor el piano desde que he sido padre —añadió Pello con cara de pilluelo—. Los años te hacen ver las cosas de manera distinta. Nunca me imaginé que los niños me hicieran tanta ilusión. Venga, no te hagas de rogar —le dijo cogiendo al niño y dejándolo en el suelo con suavidad—. Prométeme que lo pensarás.

—Te juro que lo pensaré. —Lo repitió dos veces. Se lo dijo al oído, con tono serio—. Dame tiempo. Tendrías que colaborar —añadió cambiando el tono radicalmente.

—Eso no me va a costar mucho.

—No hablaba de eso —respondió en el mismo tono irónico. Ambos se quedaron abrazados sin moverse.

Comenzaron a comer con la trona del niño a su lado.

—Este crío come como una lima —sonrió la mujer.

Comieron deprisa el primer plato pero, aun así, tuvieron tiempo de disfrutar de la *porrusalda* ilustrada con bacalao.

—De segundo tenemos un guiso de rabo de buey. Nos lo ha pasado tu hermana. Yo no llego a tanto. Eso de tener una cuñada cocinillas pared con pared es una ventaja —dijo el pianista.

En menos de media hora habían dado cuenta de ambos platos.

—Qué bueno estaba todo. Mi hermana consigue que la carne esté blandita, melosa y con un sabor increíble —exclamó la mujer—, pero yo no quiero más. Luego tengo que trabajar.

—De postre hay arroz con leche. Lo he hecho esta mañana con la receta de este libro que me ha pasado tu hermana —dijo señalando un libro grueso y blanco que había sobre la encimera de la cocina—. Se titula *Recetas sencillas para novatos y cocinillas*. Me he puesto a hacerlo nada más irte, y tiene sorpresa —añadió casi riendo.

—¿Sorpresa?

—Me he confundido y, en vez de echarle canela en polvo, le he echado pimentón. Los dos botes eran tan parecidos... —dijo Pello dirigiéndose hacia la alacena.

Jaione sonrió de medio lado primero y abiertamente después.

—¿Dulce o picante?

—Dulce —añadió el hombre con los dos envases en la mano.

—Bien, podía haber sido peor. Pero, por lo que veo, el color rojizo en la superficie mejora bastante el tono respecto al marrón pálido de la canela.

Los dos rieron. El bebé se contagió y rio sin saber por qué. El hombre retiró los platos de carne y acercó los tazones del postre. Ella comenzó a probar.

—¿Sabes que no está nada mal?

—No molesta, es verdad —dijo el pianista—. Le va fenómeno. Dale al niño a ver qué dice. Este come de todo.

Desde la trona, el pequeño miró cómo su madre le acercaba esa extraña combinación. La cucharilla, con una pequeñísima porción, se acercó a su boca. Él la abrió sin dudarle. Masticó. Los padres esperaron con detenimiento la reacción del crío. Este se relamió y dijo por primera vez la palabra «más».

Jaione y Pello rieron abiertamente.

—Te lo dije —añadió el pianista—. Los chavales son el público más exigente y tienen el paladar virgen. Si le gusta a él, es que está bueno. Los niños

son la clave. Es así. En la música es lo mismo.

—Sí, los críos son la monda. Me encanta que este sinvergüenza coma de todo —añadió la policía sonriéndole.

La tarde se vistió de sobremesa.

—Tengo que irme —dijo Jaione.

La ertzaina se despidió de su marido y de su hijo con sendos besos y bajó las escaleras mientras se ataba la chupa para la moto.

Jon Ander y Jaione subieron las escaleras del concesionario oficial de Yamaha. Los dos ertzainas comenzaron a escudriñar la ropa. Los pasillos estaban abarrotados de prendas de todo tipo. Principalmente, ropa para ir en moto con refuerzos en todas las articulaciones. Pero también había ropa de calle con un toque deportivo. Zapatos, botas, camisetas, gorras, pantalones y zamarras de todos los tamaños y colores.

Jaione miró distraídamente una fila de cazadoras hasta encontrar una con un letrero en la espalda. Fue entonces cuando empezó a fijarse con detenimiento en el resto. Jon Ander andaba por otro pasillo, a su lado, haciendo lo propio.

—Mira esto, no es caro —le dijo el oficial enseñándole una cazadora de agua.

—Tengo una igual —replicó Jaione—. Pero vamos a lo que vamos. —Su compañero se alejó un poco por entre las estanterías.

—¿Les puedo ayudar? —preguntó un vendedor—. Mi nombre es Esteban. ¿Buscan algo en concreto?

Jaione se dio media vuelta. Conocía al empleado de vista. Lo saludó.

—Sí, estamos buscando una cazadora. Con el nombre de Yamaha en la espalda, como esta —dijo señalando una de ellas.

—Esa acaba de llegar, es de la nueva temporada. Tienen un precio muy contenido para la calidad del producto. Tienen protecciones de un material muy resistente en los codos y los hombros y son desmontables para lavar. Además, si se le quitan las protecciones, se puede usar como prenda de calle. También es una evolución sobre el D-Dry que lo hace más eficaz que el Gore-Tex.

Jon Ander se acercó por detrás y se unió a la conversación.

—Estamos buscando una en concreto —dijo mientras le enseñaba una fotografía—. Una como estas —añadió mientras le enseñaba dos fotos en su teléfono móvil. Se podían ver el anverso y el reverso de una prenda negra con el letrero de la marca y su logotipo.

—Sí —dijo mirándolas—. Pero esta ya no la tenemos. Esta es de la temporada pasada. Cambian cada año algún detalle. Y cada dos, el modelo de

base. Esta es de hace un año, más o menos. El modelo es de la de hace dos años, pero le cambiaron el ribete lateral en la espalda para hacerla más entallada. Se ve aquí en la espalda. ¿Ve? —dijo señalándola—. La que corresponde a esta es esa que tiene en las manos. Ha llegado hace apenas una semana.

—Ya, ¿y no tienen ninguna a la venta?

—No, no. Además, es que se vendieron bien. Entiéndame, bien dentro de lo que se puede vender una cazadora tan llamativa. Solemos traer media docena por temporada; según qué modelo, menos. Algunas se traen por encargo. De las otras se venden más, claro.

—¿Usted se podría acordar de a quién se las vendió?

—¿Cómo?

—Mire, somos oficiales de la Ertzaintza de aquí, de la comisaría del Antiguo. —La mujer habló con extrema seriedad. Le enseñó su placa—. Estamos buscando a algún posible cliente suyo que se llevara este modelo exacto de cazadora. Tienen ustedes cámaras de seguridad. Las acabo de ver en la recepción. Incluso están orientadas a la calle. Antes de continuar, quiero decirle que lo que aquí se hable es extremadamente confidencial.

—Sí, sí, claro.

—El propietario del negocio no es usted, ¿verdad?

—No, no. Pero sí el que está al mando de las ventas. El jefe está ahora mismo en la oficina.

—¿Cuánto tiempo guardan las grabaciones?

—Seis meses exactos. Después se destruyen —contestó Esteban.

—Usted vendió estas cazadoras, ¿no? Tendrán las fichas de las ventas —agregó Jon Ander.

—Sí, claro. Por supuesto. Pero solo de las que se pagaron con tarjeta de crédito. De las que se compraron al contado, no. Sí les diré, si les ayuda, que esta prenda solo se vende en los concesionarios oficiales de la marca, pero tanto en tienda como por internet. Además, también hay falsificaciones. Son imitaciones tan bien hechas que a través de una foto es imposible saber si es buena o no.

—Todo eso lo vamos a obviar. Solo tenemos su memoria en caso de que esta prenda de la foto se haya vendido aquí.

—¿Usted recuerda a quién se la vendió?

—¿Me está hablando de los dos últimos años? —añadió Esteban.

—No sabría asegurárselo. Por lo menos un año y algo.

El comercial resopló y se pasó la mano por la calva.

—Mire, cuando vendemos una moto es más difícil olvidarse del cliente. Cada uno tiene su historia y es fácil acordarse. A veces piden financiación. Y además, lo tienes un poco controlado porque le haces los papeles del vehículo, te

da su DNI, etcétera. Además, luego vienen a las revisiones... en fin, que mantienes cierto trato. Pero una persona que viene y se compra un pantalón o una cazadora y se larga, a lo mejor no la vuelves a ver en toda tu vida.

Jaione pensó en decirle que sí conocían al dueño de la prenda pero que necesitaban algo más. Algún detalle que pudiera ayudarlos a conocer algo más de su vida. Y, sobre todo, con quién se relacionaba.

—Aquí viene mucha gente —añadió el encargado de ventas—. Ya le he dicho que de estas solemos traer seis por temporada. Y, a veces, ni se venden. Sí es verdad que de estas trajimos menos. La mitad, tres o cuatro. Son tan llamativas que se venden a gente joven por lo general.

—¿Tres? Igual no es tan difícil —añadió Jon Ander.

El empleado se quedó pensativo.

—Una se la llevó un cliente habitual para su hijo, de regalo de cumpleaños. Y otra, creo que se la llevó una mujer para un regalo también. Pero tampoco se lo puedo asegurar. Y además, esto fue hace unos seis meses, creo...

—No, no, tiene que ser por lo menos un año —recalcó Jon Ander.

El hombre no era capaz de recordar nada más. Finalmente, Jaione concluyó la conversación.

—Mire, le vamos a dejar un número de teléfono por si recuerda a algún cliente más. Igual después podría acordarse. O, a lo mejor, un compañero suyo.

—Recuerda el modelo, ¿verdad?

—Sí.

Los dos oficiales se despidieron y se alejaron del concesionario con el gesto serio. Casi al llegar a la comisaría, el móvil de Jaione sonó. Miró la pantalla mientras Jon Ander la observaba de reojo sin dejar de conducir.

—¿Sí?

—Soy Esteban, del concesionario de Automoto. He estado hablando hace unos minutos con usted.

La oficial puso el manos libres para que su compañero pudiera oír la conversación. Ambos se miraron con expectación.

—Acabo de hablar con un compañero de ventas y él me ha hecho recordar un detalle que igual es importante. No lo sé, igual es una tontería. Yo no me había acordado, pero en cuanto se han ido se lo he comentado y me ha hecho recordar.

Vicente Parra se levantó de la cama sudando y con el corazón muy acelerado. La oscuridad en la habitación era absoluta. Tardó unos segundos en coger el resuello. Su mente trabajaba a mucha velocidad. Miró a Françoise y la vio durmiendo plácidamente. Tapada con las sábanas hasta arriba. Con mucho cuidado, para no hacer ruido, palpó la pequeña mesilla de noche y cogió el reloj. Las cinco y cinco de la madrugada. Su cabeza también se calmó. Pero la palabra que le había hecho despertar prosiguió clavada en su mente por encima de cualquier otra cosa: «cursiva».

Fue en ese momento cuando lo vio claro. La mujer de Kai, en el hospital, le había dado la pista. «Vamos, Vicente —se dijo a sí mismo—. No me seas tan lento. ¿Qué pasa?, ¿que te estás haciendo viejo? Reacciona de una vez. Los abuelos son capaces de hacer bastantes más cosas de las que piensas —se dijo con sarcasmo—. Vamos, levántate. La solución a todo está en tu casa. No tienes que salir de ella. Kai había encontrado algo y su mujer ha tenido la suficiente memoria para acordarse de ello. Haz un esfuerzo, aunque sea por tu amigo y compañero Kai.»

«Cursiva.»

Vicente se levantó despacio y salió de la habitación. Al pasar por la cocina, el resplandor del patio de algún madrugador como él lo ayudó a circular por el pasillo sin encender la luz. La sala de estar estaba a la suficiente distancia del dormitorio como para encender la luz sin molestar a su mujer. La claridad aún no entraba por las ventanas. Se asomó por una de ellas y observó que no circulaban vehículos por la calle, a pesar de que la avenida de Madrid era una arteria importante de la ciudad.

Se sentó con su herramienta preferida, su libreta, en el sofá. Se puso el lápiz en la oreja y abrió la guía con mucha calma: *Guía de restaurantes 2019*, Ferdinand Cubillo. Su lomo verde con matices turquesa le hizo sentir un pequeño escalofrío. «Las piezas del puzle están de nuevo ante ti. Solo hace falta darles la vuelta. Kai llevaba una de estas guías y estaba eufórico segundos antes de tener el accidente.» Abrió la guía, pero esta vez lo hizo más deprisa. Al cabo de cinco minutos, comenzó a apuntar cosas.

La primera palabra que anotó era «fue». Después, «Dios». Pasó varias

páginas y apuntó «alma». Casi tres páginas más adelante, escribió la palabra «tenga». Después, tres casi seguidas en un mismo párrafo y relativamente cerca: «Gloria», «está», «en». Tuvo que pasar casi veinte páginas más para llegar a la siguiente: «perdone». «Qué curiosa, esta última palabra —pensó el policía—. En sí, la palabra en cursiva es “perdonen”, pero está en cursiva solo “perdone”, la n final está en grafía normal. Esto no es casualidad. Aquí hay algo.» Prosiguió leyendo con buena dosis de optimismo. Después llegó a otras dos palabras casi seguidas: «un», «enterrada».

Había pasado casi media hora desde que había empezado a resolver uno de los puzzles más complicados de su vida. Respiró al notar que tenía algo muy gordo entre sus manos. Siguió buscando. Leyendo en diagonal. Era un experto en hacerlo y su mente estaba vibrando de emoción sin estar seguro de a dónde le llevaría eso.

Tardó casi treinta páginas más en encontrar la siguiente: «accidente». Después vinieron «en», «su». Unas cuantas páginas más adelante, la palabra «en» de nuevo. Vicente siguió subrayando con el lápiz en el libro y, a la vez, anotándolas en su agenda. Estaba llegando al final de la última guía que escribió el crítico, y se dio cuenta de que lo que tenía entre manos iba a ser complicado de resolver, pero respiró y prosiguió. Casi al final de la guía aparecieron dos palabras más en páginas casi seguidas: «nos», «la». Casi en los agradecimientos, encontró una «y».

Cuando terminó, habían pasado más de dos horas y la luz del sol entraba dulcemente por el balcón. Oyó a su mujer acercarse. Llevaba un camisón blanco y el pelo corto despeinado. Lo besó.

—Qué pronto te has levantado —le dijo en voz baja—. ¿Cuánto tiempo llevas aquí?

—Poco —mintió el policía—. Quería revisar unas cosas.

—Me voy a la ducha y me piro a currar —dijo la francesa.

Françoise se alejó mientras su marido seguía con la mirada la silueta de su cuerpo estilizado hasta que desapareció por la puerta. Después, se oyó el sonido del agua en la ducha. Pensó en acompañarla, pero la guía verde de Ferni, acomodada entre las piernas, lo reclamaba. Parpadeó y resumió lo que de repente sintió como un exiguo hallazgo. Jugueteeó con el lápiz. Leyó todas las palabras seguidas: «perdone», «alma», «Gloria», «fue», «y», «Dios», «nos», «accidente», «un», «tenga», «está», «en», «en», «su», «en», «la», «enterrada».

«Esto no significa una mierda —pensó el policía mientras miraba las palabras—. Esto es un galimatías.» Respiró varias veces y miró la hora. Recogió todo y bajó mientras pensaba que casi ni se había despedido de su mujer, absorto como estaba en aquel acertijo. Cogió el coche y se dirigió a la comisaría del

Antiguo. El día estaba claro y la temperatura era agradable. Condujo sin dejar de pensar en lo que había encontrado y, según se acercaba a su puesto de trabajo, pensó en convocar a Jaione y a Jon Ander. Aprovechó un semáforo para hacerlo y, como siempre, fue muy escueto:

A las nueve y media en mi despacho. Urge. Vicente.

Apretó el botón de «enviar» justo en el momento en el que se puso en verde. Tiró el móvil en el asiento del copiloto y aceleró con nerviosismo. «Ya están las piezas del puzle dadas la vuelta —pensó—. Casarlas es cuestión de tiempo.»

Aquel día, el color negro de la fachada de la comisaría de la Ertzaintza del barrio del Antiguo, el Barco, brillaba con la luz de las primeras horas de la mañana. Subió a su despacho después de aparcar el coche. Encendió el ordenador como un autómatas y comprobó su teléfono. Sus dos colaboradores habían confirmado la cita, pero ninguno de los dos había aparecido. Abrió aquel libro ajado. Su color verde le pareció más celeste que marino. Cogió su agenda y volvió a mirar las palabras que había anotado. Tuvo que interrumpir su lectura.

—*Egun on*, jefe —dijo Jon Ander al abrir la puerta.

—*Aurrera* —contestó Vicente.

La puerta se quedó abierta. Jaione apareció con su coleta muy estirada sobre su cabeza y un jersey jaspeado.

—*Aupa* —dijo cerrando la puerta. Vicente mantuvo su estilo y fue al grano.

—He encontrado esto en la guía de Ferni —dijo con cierta cara de satisfacción mientras le daba a Jon Ander la guía abierta por una de las páginas y, a la mujer, su agenda con las palabras anotadas.

—¿Qué es esto?

—Palabras escritas en cursiva en la guía. He encontrado diecisiete.

—¿Y qué significa? —preguntó Jon Ander mirando ahora la agenda con cierta incredulidad.

—Creo que Kai había descubierto algo en estas palabras y que, cuando tuvo el accidente, cuando lo asesinaron, venía a contármelo. Ayer su mujer me lo contó en el hospital. Me dijo que se acordaba de la palabra «cursiva» y de que venía leyendo la última guía que Ferni editó.

Jon Ander miró las palabras señaladas en el libro. Después se intercambió con su compañera la agenda. Ambos mostraron cierto recelo.

—Quiero que miréis todas las combinaciones posibles para hacer de las palabras algo lógico.

—Son unas cuantas —dijo la oficial mirando la agenda de su jefe—. Pero

igual no sale nada.

—Seguro que sí —dijo Jon Ander con cierto optimismo.

—¿Tú crees que esto nos puede llevar a descubrir algo sobre el asesinato del crítico? —preguntó la mujer mirando a sus compañeros con cierta frialdad.

—Hay que ponerse a ello y ver qué se puede hacer —dijo con extrema seriedad Vicente.

Los oficiales asintieron.

—Y lo quiero para ya —dijo el subcomisario con cierta euforia—. Dejad todo lo que estéis haciendo. Para el mediodía, como muy tarde, quiero tener algo. Yo también voy a intentarlo.

—¿No quieres saber lo que tenemos nosotros? —preguntó la mujer con cierto retintín.

Vicente levantó la cabeza con media sonrisa dibujada en la cara.

—Venga, soltadlo —dijo con cierta expectación—. Creía que no teníais nada.

—Estuvimos hablando con el distribuidor de Yamaha. Reconoció la prenda pero no se acordaba de a quién se la había vendido. Y, cuando ya nos íbamos, nos llamó por teléfono y nos comentó que otro empleado del concesionario sí se acordaba, y además nos dio una descripción del cliente. Tuvimos que volver al cabo de un rato para hablar con el otro dependiente —reveló Jaione.

El subcomisario escuchaba con atención las explicaciones de los oficiales.

—No hay que olvidar —prosiguió Jon Ander— que esa prenda pudo haberse comprado en otro establecimiento, pero el vendedor nos aseguró que era una cazadora auténtica y que no se vende en cualquier sitio. Solo en establecimientos autorizados.

—Y sí es verdad que no es el único —dijo la mujer—. Pudo haberla comprado en otro sitio, pero también es verdad que no en muchos.

—¿Cómo es así que se acuerda de una venta de hace más de un año?

—No lo sé, pero dijo que se acordaba por detalles. Porque era una prenda un poco especial y solo trajeron tres unidades. Reconoció a Alexis cuando le enseñamos la foto —dijo Jaione—. Insistió en que fuera le estaba esperando un coche con una persona en su interior.

—¿Qué quería decir?

—No sé, supongo que sería alguien de su entorno. No sé. Nada nuevo. Dijo que se acordaba por eso.

—Ya, pero eso no es mucho —dijo el jefe cortando la frase.

—Sí, bueno, solo hay que saber quién era esa otra persona —dijo Jon Ander con sencillez.

—Igual era algún conocido del barrio, o un antiguo vecino o vete tú a saber.

—Igual era la persona que lo acompañó en el acantilado —dijo Jaione.
Los dos hombres la miraron fijamente.

—Dijo que venía en un coche muy particular.

—¿Solo por ese instante se acuerda de todo? —preguntó el subcomisario.

—Por ese y por otro detalle más. Lo esperaba en la puerta del concesionario en un Audi de dos puertas, color gris, con una raya lateral roja muy fina. Eso fue lo que le llamó la atención. Un coche un poco atípico, de aspecto muy deportivo. Además, nos reconoció que, a pesar de estar trabajando en un concesionario de motos, le gustaban bastante más los coches.

—No me digas que vamos a tener que preguntarle a este también la matrícula del tipo que lo acompañaba —preguntó irónico el subcomisario.

Jaione sonrió.

—No te creas que no se lo preguntamos —contestó devolviéndole la ironía—. Pero no supo ni por asomo decirnos nada más.

—Bien, es un detalle a tener en cuenta. Un coche deportivo. Podría ser un Audi TT.

—No fue capaz de asegurarlo, pero creía que igual sí que lo era —sentenció la oficial.

—¿Cámaras de seguridad del establecimiento?

—De hace tanto tiempo, nada de nada —respondió.

—Bueno, tenemos algo. Habrá que seguir por ese lado. Pero ahora centraos en las palabras que os he dado. Nos reunimos aquí de nuevo en dos horas, ¿de acuerdo?

Los dos oficiales salieron deprisa.

La mañana pasó a mucha velocidad. Sin detenerse en los minutos. Cuando llegó de vuelta, Jaione no estaba muy contenta con el resultado. Se podía apreciar en su cara. Pero el rostro de Jon Ander era muy diferente. Estaba exultante.

—Creo que tengo algo —dijo a sus compañeros.

Alberto Parra miró el reloj con cara de preocupación. En esa esquina no se podía aparcar. Tenía los intermitentes encendidos. Pensó que tal vez se hubiera equivocado de hora y su madre no salía de trabajar a las dos del mediodía como creía. Y hacía ya cinco minutos que había pasado esa hora.

Volvió a mirar hacia la puerta de la escuela de diseño Kunsthal, en pleno centro de Irún. Miró por el retrovisor para asegurarse de que no estorbaba a nadie y decidió esperar un poco más. No hizo falta. Su madre salió acompañada de un alumno. Estuvieron hablando un minuto escaso, parados en la acera. Después se despidieron. Sus gafas de sol le daban un aspecto muy interesante. Y su hijo lo notó. Su vestido ceñido, con una chaqueta por los hombros a juego, resaltaba su estilizada figura. El bolso que llevaba en bandolera tenía un cierre muy pequeño en forma de cabeza olmeca. Cuando empezó a andar, se dio media vuelta al oír un claxon, pero no vio a su hijo. La bocina volvió a sonar pero, esta vez, Françoise no se dio por aludida. El joven tuvo que bajar la ventanilla.

—¡*Ama!* —gritó a través del coche.

La francesa se acercó despacio con cara de sorpresa. Se quitó las gafas y metió la mano por la ventanilla del copiloto. Su hijo se la cogió con rapidez.

—¿Qué haces por aquí? —preguntó la mujer—. ¿Pasa algo?

—No, no, que he cerrado la tienda y me he venido a buscarte, a ver si querías comer conmigo. ¿Has acabado ya las clases?

—Sí, había terminado y me iba para casa. Tenía pensado coger el tren para volver.

—Venga, te llevo —dijo Alberto—. Yo abro la LIBRE RÍA a las cuatro. Comemos juntos. Te invito.

La mujer sonrió y entró en el coche. Alberto arrancó y se dirigió hacia el paseo de Colón para coger la carretera en dirección a San Sebastián. Tardaron veinticinco minutos en llegar al Ambigú, el restaurante de la calle Aldamar.

—Estas arepas están muy ricas —dijo Françoise relamiéndose.

—Sí, las hace Luis, un buen amigo mío. Es de Venezuela. La masa la hace él mismo. Fíjate que es sencilla. Buen aguacate y el pollo desmigado con esta especie de mayonesa amostazada que le da cremosidad. Lo mejor es que te las hace al momento y, con lo calentitas que están... uhhmmm. Mira cómo crujen

por fuera.

La francesa sonrió al ver el entusiasmo con el que su hijo hablaba de la comida y pensó que no sabía del todo por qué, sintiendo tan adentro la cocina, se había quedado con la LIBRE RÍA de su abuelo Martín. Y se acordó, entre bocado y bocado de arepa, de cuando estuvo de jefe de cocina en aquel restaurante con estrella Michelin. Lo dejó para irse a vender libros. Qué vueltas da la vida. La francesa apuró su cerveza Gross y se secó los labios con cuidado.

—Queda menos de una hora para que abras la LIBRE RÍA. No pensarás que tu problema, el que sea, lo vamos a solucionar en menos de cinco minutos.

Alberto la miró con media sonrisa.

—¡Qué bruja eres!

—Lamia, si no te importa. Pero tampoco es necesario ser un lince para saber que te pasa algo. Venga, desembucha.

El rictus de Alberto cambió de manera radical. No había escapatoria. La sonrisa que había intentado mantener todo el rato era forzada y, eso, su madre lo sabía desde que lo había visto.

—No sé por dónde empezar —dijo con extrema seriedad.

Nacho, la persona que servía las mesas, interrumpió el momento.

—¿Algo de postre, Alberto y compañía? —preguntó con cortesía.

—Soy un desastre. No te la he presentado. Es mi madre, Françoise.

—Encantado —dijo con extrema amabilidad—. Un placer conocerte. ¿Y qué me decís de ese postre? Luis acaba de terminar de hornear un *brownie* y está calentito.

—De acuerdo —dijo Alberto.

—Yo nada, le picaré algo a mi hijo —dijo la mujer.

El camarero se alejó y dejó de nuevo a madre e hijo en la confidencialidad de aquel rincón del alargado restaurante. Su madre no le dio tregua.

—Me estás empezando a preocupar. ¿Qué sucede?

Alberto se tapó la boca con la mano y la servilleta. Habló casi sin volumen.

—Creo que me voy a separar de Amaia.

A pesar de lo débil que sonó su voz, su madre, percibió aquellas palabras como gritos. No respondió.

—No creo que esté preparado para lo que viene.

Françoise no supo por dónde empezar y decidió hacerlo por el principio. Alberto conocía bien aquel rictus suyo de seriedad. Y sabía a la perfección que no se iba a callar. Tímidamente, esperaba que su madre lo ayudara en algo para lo que solo él tenía solución. Su tono fue conciliador.

—Ya, pero ahora tienes una responsabilidad con tu novia. El hijo también es tuyo.

Sus miradas se cruzaron.

—Lo sé. Pero tengo miedo y creo que lo mejor es separarnos.

Françoise se revolvió inquieta y sacó de sus entrañas toda esa fuerza de la que tantas veces hacía gala. Replicó con seriedad y en voz baja pero sin amilanarse.

—Hijo, me estás dando la comida —dijo con serenidad—. Estás haciendo una auténtica espantada. No podía imaginar que fuera tu estilo. —Después, echó mano de su pragmatismo—. ¿Eso es todo? Lo digo por ver cómo enfoco el asunto —añadió con cara muy seria.

La expresión de su hijo Alberto era de frialdad absoluta. Pero solo era una máscara. Pura fachada. Su madre alargó el brazo y se la quitó.

—No sé qué hacer —dijo Alberto nada más notar el tacto de los dedos de su madre sobre la mano. Su expresión era de pura confusión. Al borde de las lágrimas.

—Pase lo que pase, yo voy a estar a tu lado. Eso que te quede bien clarito, por si tenías alguna duda. Me has dado una desagradable sorpresa. Hace unas semanas, cuando tuvimos la cena en tu casa, se os veía contentos. Creo. No me hubiera imaginado algo así. Y la última vez que comimos juntos me dijiste que estabas muy colgado de tu novia.

El joven solo asintió con la cabeza.

Cuando el camarero vino con el chocolate, la madre se apartó para que este pudiera dejar el plato e intentó poner su mejor cara, pero no lo consiguió. El camarero dejó el *brownie* en medio. El pastel humeaba y el brillo del interior lo hacía más jugoso. El aroma del cacao se fundió con el de la confusión. Las dos cucharillas se quedaron apoyadas en el borde del plato, inertes, como dos espadas dispuestas a un combate perdido de antemano.

—Ella estaba empeñada en hacer la cena y a mí me pasa que, cuando cocino, me olvido de los problemas.

—El otro día, cuando no quisiste acompañarla a la ecografía... porque no quisiste, ¿no? —preguntó su madre.

Alberto afirmó con la cabeza.

—Me dio miedo —contestó lacónicamente.

—Te conozco como si te hubiera parido... dos veces. —Françoise fingió una sonrisa y volvió a coger a su hijo de la mano.

—Amaia sabe todo esto. ¿Verdad?

El joven negó con la cabeza.

—Me has dicho que no había más noticias malas y me acabas de dar la peor —añadió la madre apoyándose en el respaldo de la silla y soltándole la mano.

Resopló mirando hacia otro lado.

El humo que salía del pastel se iba dissipando. La mujer tomó su cuchara y comió un pedazo pequeño sin saber lo que estaba haciendo. El dulzor le invadió la boca, y cerró los ojos intentando que aquella agradable sensación le quitase el regusto amargo que la comida le estaba dejando. Pero no pudo. Alberto arañó un pedazo sin ánimo. El borde del pastel estaba crujiente y su sabor profundo y meloso contrastaba de vez en cuando con algún trocito de pistacho verde.

La mujer atacó de frente.

—Creo que lo primero es decírselo a Amaia. No sé. Si estás seguro, por lo menos.

—No estoy seguro de nada.

Alberto miraba el pastel evitando los ojos de su madre.

—De todo lo que vas a hacer, sea lo que sea, esto es lo más importante —añadió—. Y el único grandísimo error que estás cometiendo. Ocultárselo a Amaia. Solo ahí es donde yo te puedo aconsejar. El resto, es tu vida y tu decisión. Tienes treinta y tantos años y tienes que afrontar tus actos. Yo te apoyaré. Siempre. Pero no puedo decidir por ti. Ojalá sepas decidir sabiamente —finalizó Françoise.

El joven no conseguía mirarla a los ojos, y solo lo hizo cuando su madre lo cogió de las dos manos.

—Insisto que también soy tu madre y lo seré hasta el final. Siempre me tendrás de tu parte. Pase lo que pase, incluso si eres injusto —añadió con un hilo de voz quebradiza—. Y creo que lo estás siendo.

Ahora fue ella la que bajó la cabeza y, soltando las manos de su hijo, sacó del bolso un pañuelo. Durante unos eternos segundos, las lágrimas asomaron en su cara tímidamente. Pero sus pensamientos no fueron tan discretos. Se apelotonaron de manera descontrolada y le gritaron que no se hiciera ilusiones de ser abuela. Le pareció que se estaban riendo de ella. Todo lo que había imaginado ese último mes se hacía añicos. Y entonces aparecieron su primer hijo y, sobre todo, su primer marido, que le hizo estremecerse por dentro. Y también su Vicente, a un lado. Por unos instantes, era como si Amaia fuese a abortar y su nieto pasase a mejor vida sin ni siquiera haber nacido, y aquello la superaba. La vida de su hijo, al que creía conocer tan bien, se estaba desmoronando.

«¡Qué mal!», pensó Françoise secándose las mejillas. Y se acordó también de la pesadilla que había tenido, en la que su nuera, en un desgraciado movimiento, se precipitaba en el río y perecía. Aquello había pasado a ser una auténtica premonición. Se estremeció al pensar que era bastante más real de lo que hubiera podido imaginar.

—Qué mala suerte —dijo la mujer entre dientes.

En medio de la sensación de tristeza, sacó sus arrestos de mujer integral y

volvió a la carga contra su hijo.

—Esto se lo tendrías que contar sin falta a Amaia —le sugirió con el mejor de sus tonos.

—No sé cómo hacerlo. Estuve hablando con un amigo cocinero de hace mucho tiempo... Tuve buena amistad con él.

—¿Y?

—Él me dijo que, si no lo tenía claro, que no siguiera con ella.

—Vaya amistades que tienes. ¿Lo conozco?

Alberto negó con la cabeza.

—Perdona, Alberto, sé que no es de mi incumbencia...

Se retrajo con amabilidad volviendo a cogerle la mano. Quiso atacar con más fuerza y también le cogió la otra. Entre ambos, el *brownie* casi frío, que empezaba a perder el dulzor entre tanta amargura, luchaba por sentirse querido. No lo estaba consiguiendo. Fue perdiendo temperatura como quien se va dejando morir. Françoise resopló varias veces. Lo hizo en el más absoluto silencio. Como si masticase sus pensamientos.

—Cómo te parece a tu abuelo Martín —dijo con espontaneidad.

Alberto sonrió en un intento de buscar en aquella historia algo de solidaridad. Su madre no le dio opción.

—Es un cabra loca, pero siempre sabe bandearse —añadió jugando con un trozo del pobre *brownie*.

—Ayer estuve hablando con él.

Françoise levantó la mirada.

—¿Se lo has contado?

Alberto afirmó con la cabeza.

Alberto respondió afirmando con la cabeza a la pregunta de Martín.

—Buf. Qué sorpresa más... inquietante —dijo su abuelo—. Muchas veces me has contado que Amaia es para ti tu vida. Muchísimas.

Alberto asintió desde la butaca de la casa de su abuelo. Este se acercó con el bastón y se sentó en una silla muy cerca de él.

—Eso es una chorrada, Alberto. Miedo escénico, se llama. A los artistas les pasa. Y tú lo eres. De eso estoy seguro. Pero nada más —contestó quitando hierro al asunto—. ¿No tienes nada más importante que contarme a parte de esta gilipollez?

—Abuelo, joder, que te estoy contando que igual me separo.

—Chorradas. Eso se te pasará en un par de días. Te lo garantizo. Y además, no me des disgustos que no creo que me quede mucho de prórroga desde mi

último infarto.

A pesar del tono, el abuelo se acercó a su nieto y lo cogió de la mano en un claro intento de cambiar su táctica, porque aquella no estaba funcionando.

—¿Cuántas veces hemos hablado del paracaidismo? —dijo el anciano con la mejor de sus sonrisas.

—¿Qué?

—Sí, las veces que te he contado que me hubiera gustado tirarme y que ya a mi edad no lo voy a poder hacer.

Alberto lo miró y su abuelo, de nuevo, lo desconcertó yendo un paso más adelante.

—Tú te preparas para tirarte en paracaídas. Asistes a los cursillos teóricos. Te compras un buen paracaídas y ropa adecuada. Te subes al avión decidido y nervioso. El avión despegas y tu corazón late muy deprisa. La aeronave pillas altura, más de tres mil metros, y, de repente, se abre la puerta y el viento te zarandea violentamente. El vacío te espera.

Alberto escuchaba con atención la verborrea de su abuelo. En escasos segundos había conseguido que se montara con él en aquel avión imaginario.

—Notas el aire muy frío de la altitud y, por la puerta, ves el vacío amenazante. Y el monitor te dice: «¡Salta! ¡Ya! ¡Vamos! ¡No lo pienses!» Por tu cabeza pasa toda la teoría que has aprendido de lo que hay que hacer cuando saltas: la postura de los brazos, cuándo debes tirar de la anilla. Todo. Pero tú sigues aferrado al asidero del avión. El monitor te grita más fuerte: «¡Salta, cabrón, salta!» Y tú te agarras con miedo y con más fuerza a la seguridad del avión.

»En un momento dado, el piloto mira hacia atrás preocupado por el tiempo que estás tardando y le hace un gesto al monitor con la mano. Este te distrae con alguna chorrada y, en un gesto rápido, te empuja por la puerta al vacío. Y, ojo, él se tira a continuación por si hay problemas.

Alberto estaba sonriendo a estas alturas del relato.

—Joder, abuelo, eres un pelicularo.

—No creo que eso te sorprenda.

—¿Y sabes cómo acaba esto?

Alberto lo miró con atención.

—Con el monitor y el alumno juntos en tierra abrazándose. Y riéndose abiertamente. ¿Y sabes qué le dice el alumno al monitor? ¿Sabes?

El joven torció el morro de manera simpática.

—Le da las gracias por el empujón.

El joven bajó la cabeza.

—Yo te lo estoy dando ahora. Verás cómo no te arrepientes. Y además, a

mí me haría ilusión un bisnieto. Nunca hubiera imaginado que llegaría tan lejos. Te recuerdo que los monitores siempre saltan contigo. Por si los necesitas. Así mismo es la vida. Yo seguro que no estaré, pero habrá mucha gente cercana para echarte esa mano. Siempre es así.

Alberto se quedó callado un rato, pensativo.

—Venga, atontado, verás cómo te lo pasas de puta madre. Es como los actores. Miedo escénico —repitió—. Nada más. Se cura con un pequeño empujón.

Françoise sonrió levemente al oír la historia.

—El abuelo es el más sabio de todos nosotros —dijo con cariño—. ¿Qué vamos a hacer? —dijo la madre implicándose al utilizar el plural.

—No sé —dijo bajando la mirada.

—Pues tienes que decidirlo a la voz de «ya». Creo que Amaia se merece que se lo digas cuanto antes. Hoy mismo —insistió la madre—. Tiene que saber lo que estás pensando. Saber si va a estar sola cuando el niño nazca —dijo vocalizando.

Alberto asintió con la cabeza agachada.

—Aquí no tienes más que tomar una decisión —dijo la madre—. Pero me temo que eso es asunto tuyo en exclusiva. No te puedo ayudar. —La madre volvió a respirar con profundidad—. Las situaciones se resuelven afrontándolas —constató. Su lado receloso salió a flote con una pregunta lacónica—: ¿Te estás viendo con otra?

Alberto levantó la cabeza y esbozó una sonrisa muy franca.

—No, no. No es eso.

—¿Seguro?

Su hijo esbozó una sonrisa.

—Te equivocas, *ama*. No hay nadie más. Eso no se lo haría nunca a Amaia.

—Entonces la cosa no está del todo perdida.

Alberto agachó de nuevo la cabeza.

—Amaia está esperando un hijo tuyo y todavía no sabes si vas a estar a su lado cuando nazca y eso tiene que saberlo. Cuando tú decidas hacerlo, pero no tardes mucho.

Las lágrimas de Françoise volvieron a aflorar en aquella montaña rusa en la que se había convertido la comida con su hijo. Luego pensó que se lo tendría que contar al cuadrado de su marido y le resultó, no tedioso, pero sí muy triste. Vicente era una persona muy especial y, a su manera, sensible. No iba a encajar nada bien la noticia. Su hijo era bastante voluble. Eso lo sabía con exactitud.

Dejó la cocina, con un puesto de prestigio, y se puso a vender libros. Un oficio de dudoso futuro. Pero ella sabía que su hijo era, ante todo, una buena persona y de ello estaba convencida. A veces la vida necesita de alguien que le dé un empujón. Solo eso.

Parecido a cuando estás en un avión y te lanzas en paracaídas, pensó recordando las palabras sabias del abuelo Martín. En ocasiones, un buen empujón es necesario. Al llegar a tierra, todos te lo agradecen y te recuerdan lo bien que se lo han pasado volando. Esto era lo mismo, se convenció la francesa.

«Hijo —pensó la madre—, cómo te complicas la vida. —Enseguida se percató de lo injusto de sus pensamientos—. Ciertas actuaciones son imprevisibles y conocen poco a la razón. Salen desde las tripas y, algunas veces, son imparables. No puedes recriminar el desamor, la incertidumbre y la duda a nadie. Simplemente, existen y, si a veces el impulso te juega una mala pasada, no es culpa más que de su propio origen», concluyó.

No se puede culpar a nadie de que en un momento determinado pierda la cabeza o no sepa afrontar una situación. Nunca. La última palabra se quedó en forma de eco en su interior.

—Tú tendrás que decidir. Estás coartando la libertad de tu novia —insistió. Alberto asintió.

—Y estar de pardilla en una situación así, es injustificable. Eso, como mujer, te puedo decir que es muy injusto —remató—. Mucho.

Alberto miró el pastel, tan inexpresivo como él mismo.

—Tendrás que trabajar... —dijo la madre señalando el reloj de su muñeca.

—Sí...

Cuando salieron a la calle, el sol hizo que Françoise pensara que tendría que ponerse las gafas oscuras, pero estaba tan absorta en sus pensamientos que no lo hizo. Su hijo se ofreció a llevarla.

—Prefiero caminar —dijo la francesa—. Ven aquí —añadió con ímpetu.

El abrazo de despedida fue sincero. Como si fueran dos amantes. Al final, le susurró al oído una frase que ya le había dicho antes.

—Soy tu madre y siempre estaré a tu lado. Recuérdalo. Siempre. Llámame. Gracias por contármelo. Sé que no ha sido fácil. De verdad, Alberto, *merci*. Ojalá encuentres tu camino —le dijo mientras se le iba quebrando la voz—. Perdona si en algún momento he sido dura... Y, en la duda, afronta la situación. Es la mejor manera de resolverla. En este caso, no te arrepentirás. Tu abuelo tiene mucha razón. Estate seguro.

Alberto contestó con media sonrisa. La mujer dio media vuelta y comenzó a alejarse. La luz era intensa en la calle Aldamar. Abrió el bolso y, sin parar de andar, se puso las gafas de sol. Eran un perfecto parapeto para sus lágrimas.

—Esto no tiene sentido —murmuró el subcomisario.

Jaione lo miró con reticencia porque ella tampoco estaba convencida de lo que acababa de leer.

—A mí no me gusta —dijo Jon Ander—. Escuchad esta otra versión.

—Gloria está enterrada en alma. Fue un accidente. Dios la tenga y nos perdone.

Sus compañeros lo miraron con escepticismo.

—Sobran algunas palabras, lo sé —dijo él mismo torciendo el gesto—. ¿Y por qué dice que está enterrada en alma? No tiene sentido.

—¿Quién podría ser la tal Gloria?

—Ni idea.

—¿Podría ser alguien relacionado con el círculo de Ferni?

—Que nosotros sepamos, nada de nada. Lo he revisado antes y no me sale nada. Ni amistades, ni mujeres de sus amigos. Insisto, que tengamos en nuestros archivos.

—La tal Gloria, según tu frase, podría estar enterrada en otro sitio. Igual es una metáfora sobre su alma —añadió Vicente—. Está enterrada en alma pero, en cuerpo, en otro sitio, no sé.

—A mí no me cuadra porque sobran palabras —añadió Jon Ander—. Igual es que no las hemos encontrado todas.

—Tal vez tendríamos que hablar con alguien más para que nos dé alguna pista de cómo casar este galimatías.

Jaione afirmó mientras Jon Ander seguía mirando sus apuntes sin prestar atención a la conversación de sus compañeros. Vicente insistió pero Jon Ander, sin parar de leer, le hizo un gesto de espera. Movía las palabras escritas en su cuaderno con una rapidez pasmosa. Pasados unos diez segundos, el jefe lo reclamó de nuevo, no solo de cuerpo, sino también de mente.

—Lo tengo.

Vicente y Jaione miraron con expectación a su delgado compañero. En su cerebro parecía bullir una hipótesis.

—No es nada de Gloria —dijo sin levantar la cabeza—. Podría no hablar de alguien que se llamase así. Pero está incompleto —añadió haciendo un gesto de

fastidio—. Mirad —dijo levantando el papel.

—«Alma está enterrada. Fue un accidente. Dios nos perdone y la tenga en su Gloria.»

Vicente fue el primero en mirarlo. Después Jaione.

—Sobran dos «en» —añadió Jon Ander con enfado—. Y esas no consigo casarlas.

Vicente notó que estaban a las puertas de la resolución, pero sentía que no eran capaces de abrir el pomo.

—Tendría que haber más palabras en cursiva en el texto; por una razón —arguyó Jaione—. La idea esta de casar la frase es correcto, pero sobran dos palabras. La misma repetida dos veces. «En» y «en». Entonces podría ser perfecto si existe la posibilidad de que se nos hayan colado dos palabras en cursiva en el texto. Faltarían dos palabras. Y dos palabras importantes. «En» es una preposición que indica lugar —razonó la mujer.

—Pero también puede indicar tiempo, modo y más cosas —añadió Vicente.

—De acuerdo. Vamos a suponer que indica lugar. La frase quedaría perfecta.

—«Alma está enterrada en “x lugar”, en “x lugar”. Fue un accidente. Dios nos perdone y la tenga en su Gloria.»

—Es la frase de un arrepentido. Indica un accidente que ocurrió en algún momento. Y que no se denunció. Ostras —dijo Jon Ander—. Tiene que haber dos palabras más por narices. Y tienen que ser dos nombres propios.

Los tres policías callaron unos instantes ante la aplastante lógica de su hipótesis. Y Vicente se quedó con la palabra de su oficial clavada en su mente: arrepentido.

—Pero esto es una guía de restaurantes de Euskadi. Joder, hay tropecientos nombres y otras tantas direcciones.

—La solución es sencilla. Volver a barrer todo el texto en busca de las dos palabras que faltan.

—Que puede que falten —matizó Jaione.

—Sí, claro —remató Vicente—. Todas las hipótesis de trabajo son válidas hasta que se demuestra que no lo son. Y con la que vamos a trabajar ahora es con la de leernos de nuevo la puta guía.

Cogió el libro verde con la mano y miró el número de páginas.

—Cuatrocientas cincuenta páginas. Yo leeré hasta la número ciento cincuenta. Tú, Jaione, hasta la trescientos y tú, Jon Ander, hasta el final. ¿De acuerdo?

Jon Ander afirmó con la cabeza e hizo ademán de levantarse. El subcomisario lo detuvo.

—Todos tenemos una guía. Lo vamos a hacer aquí mismo. Leed rápido, pero sin dejar pasar detalle.

Los tres ertzainas se sumieron en la lectura. Vicente rectificó.

—No se trata de leer el texto —advirtió el policía—. Solo de descubrir un gazapo. Una palabra en cursiva que debería estar escrita en grafía normal.

Llevaban no más de cuarenta minutos en ello cuando Jon Ander paró la lectura del resto.

—Tengo una —dijo—. En la página trescientos noventa y dos: «Korosagasti».

No tardó en decir la segunda ni tres minutos más. Y lo hizo con una sonrisa ostensible: «Beizama».

Los tres policías miraron el texto mientras el joven ertzaina lo leía en voz alta.

—«Alma está enterrada en Beizama, en Korosagasti. Fue un accidente. Dios nos perdone y la tenga en su Gloria.»

—Podría ser al revés que sea la tal Gloria la que esté enterrada y que Dios la tenga en su alma.

—No me suena bien eso de que la tenga en su alma —dijo Jaione—, aunque no deberíamos descartar nada. No sabemos nada de una tal Gloria —afirmó.

—Tampoco de una tal Alma.

—Por si acaso, vamos a terminar de leer las páginas que quedan por si hubiese alguna palabra más —dijo el jefe.

Tardaron una hora más en hacerlo, Vicente y Jaione no obtuvieron más resultados. Pero miraron a Jon Ander, que aún les dio una última sorpresa.

—Hay una más. La acabo de ver: «no». La frase quedaría así: «Alma está enterrada en Beizama, en Korosagasti. No fue un accidente. Dios nos perdone y la tenga en su Gloria.» Eso cambia una buena parte del sentido de la frase —afirmó el propio oficial—. Eso en caso de que el último «no» encaje ahí y no en otro sitio de la frase.

Vicente notó que sus dos ayudantes estaban satisfechos, pero les rebajó los ánimos con una pregunta.

—¿Qué o quién puede ser la tal Alma?

Vicente Parra miró en el buzón antes de coger el ascensor. Publicidad y dos cartas del banco con los movimientos del mes. Las abrió distraídamente mientras subía. Leyó el correo, pero su pensamiento bullía con la frase que habían descubierto en la guía de Ferni.

«Puede tratarse de la ocultación de un cadáver. Vaya mente más enrevesada —pensó—. Ocultar un mensaje en su propia guía, la que él sabía, por su enfermedad, que sería la última. Dejar su legado de verdad. Oculto, pero ahí estaba. ¿Para tranquilizar su conciencia? Podría ser. Estar bien con Dios antes de ir a su encuentro. Qué sibilina puede ser la mente de algunas personas. Igual alguien sabía este asunto de la frase escondida pero no el asunto de su enfermedad. Eso se llama precipitación. Si no, no lo hubieran asesinado a tiros. Y tenemos la fortuna de que, si simplemente se hubiera muerto de su enfermedad, no estaríamos aquí investigando la aparición de un supuesto segundo cadáver. De una tal Alma de la que desconocemos todo: edad, profesión... ¿Quién era Alma? Igual era un hombre. ¿Cómo murió? Y, sobre todo, ¿por qué?. La puta razón de un asesino. Casi siempre las mismas.

»Todo esto en caso de que en Beizama haya alguien enterrado. Que eso todavía está por ver. No vaya a ser que allí no hubiera nadie y toda esta pista se desvanezca como nos pasa tan a menudo en las investigaciones. Espero salir de dudas cuanto antes. Si podemos, pasado mañana tendremos preparado el operativo de búsqueda de... algo incierto. Ojalá que se transforme en algo tangible», concluyó.

Respiró mientras avanzaba por el descansillo. Llegó a la puerta de casa. Tenía las llaves en la mano y las hizo tintinear como queriendo anunciar su llegada. Y, en ese instante, pensó en Françoise, y el momento se le hizo dulce. Se sintió cansado después de más de un año pensando en un crítico gastronómico que le había hecho dudar hasta de sí mismo. Que colateralmente le había costado la vida de su apreciado Kai. Y tantas y tantas horas de sueño robadas a un policía íntegro como él. Y, de nuevo, vio la imagen del crítico en su mente como si viviera ya en ella. Como si fuera un huésped molesto de su casa que gorronea su tiempo, su espacio y sus pensamientos. La puerta se abrió. Cuando cerró, oyó el grifo del cuarto de baño.

—Hola —dijo en alto.

Françoise respondió desde el baño.

Vicente avanzó despacio por el pasillo hasta la cocina. Llegó hasta su habitación y dejó la cazadora encima de la cama de matrimonio. Volvió a la cocina y, ya con las zapatillas de casa, notó el bienestar que le proporcionaban aquel piso pequeño pero bien distribuido y, sobre todo, su mujer. Sintió una especie de empatía con el lugar que le daba la tranquilidad deseada. Dejó el correo en la encimera. Sin mirar la publicidad, la rompió. Se acercó al cubo de la basura y lo levantó apretando la palanca con el pie. Nunca pensó que ese gesto le fuera a deparar una sorpresa. Oyó cómo cerraba su mujer la puerta del baño y se acercaba.

—¿Qué ha pasado? —preguntó el policía.

—Nada —contestó cortante la mujer. Le dio un pequeño beso en la mejilla y se sentó a la mesa de la cocina dejándose caer como un fardo—. ¿A qué te refieres?

El subcomisario sintió algo desagradable e intuyó algo grave.

—¿Por qué está la bolsa con los patucos en la basura? ¿Qué ha pasado? —insistió—. ¿Ha perdido al bebé?

—Ah, eso... No, no. No creo, vamos —contestó la mujer.

—¿Entonces?

Françoise se sentó en la esquina izquierda de la mesa e hizo que su marido se sentara enfrente.

Durante los cinco minutos siguientes, el ertzaina debió de coger la mano de su mujer media docena de veces mientras esta se explayaba contándole el relato de lo sucedido con su hijo. Vicente se echó para atrás. Françoise se secó las lágrimas, que volvieron a asomarle por la cara.

—Ya ves, Vicente. La educación de los hijos no termina nunca. Ya pueden tener la edad que tengan, que siempre están dispuestos a pifiarla. Pero ahora no puedes darle unos azotes, y te juro que se los merece.

—Vamos, Françoise, no te lo tomes así, y no seas injusta —dijo cogiéndola con fuerza de la mano.

—Cómo quieres que me lo tome —dijo mientras la voz se le quebraba—. Un nieto era una cosa que me hacía mucha ilusión. En casa no han visto más que respeto mutuo. Eso es exactamente lo que este hijo nuestro ha mamado aquí. Respeto. Y ahora tiene a su novia sin conocer la verdad. Embarazada. No sabe si estará a su lado cuando nazca el niño. Igual es culpa nuestra y pasamos por alto decirle alguna cosa en un tono bastante más alto del que se lo dijimos —añadió mirando al techo.

—Tú eres especialista en ver el lado bueno de las cosas y, ahora, no lo estás

haciendo —dijo el policía.

—Ahora no lo estoy viendo por ningún lado —respondió la francesa tapándose la cara con las manos.

—Te diré yo cuál es. Nuestro hijo Alberto es una buena persona. Estoy seguro de que lo es. Verás como todo se soluciona. Ten confianza —añadió el policía.

La mujer lo miró entre los dedos. Sabía que lo que decía era verdad.

—Tenemos un hijo que es un cabeza de chorlito —añadió.

Vicente no supo qué responder e intentó hacerla sonreír y por unos instantes lo consiguió.

—¿Qué quieres? Es un cocinero reconvertido en librero; muy normal no es.

Françoise le agradeció el humor. Las lágrimas y un atisbo de risa se mezclaron y se atropellaron a la vez en la boca de la mujer.

—No podemos hacer nada. Solo esperar. No depende de nosotros —añadió el policía—. Tampoco podemos reprocharle mucho.

—¡Que todavía no le haya dicho nada a ella, sí! Eso sí —interrumpió ella con una seriedad serena—. Si él piensa que no está preparado para ser padre o lo que sea, eso no podemos reprochárselo, no. Pero lo primero... ¡vaya que sí podemos echárselo en cara!

—Venga, estate tranquila. Todavía no sabemos qué va a pasar y tú ya has supuesto muchas cosas.

—Si es que yo ya he visto a mi nieto. Igual ha sido la única vez que lo veo —dijo mirando al techo.

—Hay que esperar —insistió Vicente—. Estás muy nerviosa. Hacía tiempo que no te veía así.

—Es que si ve que va a estar sola, igual decide abortar —dijo lacónicamente—. Eso es lo que más temo. Sin contar que, aunque lo tuviera, el niño nacería con fines de semana alternos. Qué mal.

—No seas trágica. Podría ser muchas cosas. Vamos, Françoise, te voy a preparar la cena.

—No tengo apetito.

—Verás como picas algo. Espera unos minutos.

El policía preparó una ensalada de tomate y la aderezó con sal y pimienta y algo de azúcar *glas*, como su hijo Alberto le había dicho en alguna ocasión. El aceite de oliva virgen extra Sierra Mágina Dominus se encargó de dar brillo y sabor al conjunto. Después, hizo una tortilla de queso idiazábal. Primero echó el queso a la sartén y, cuando estaba dorado, agregó los huevos batidos con una cucharada de nata líquida. Un truco para mejorar su jugosidad que también le había prestado su hijo.

Estuvieron serios durante casi toda la cena. Pero la seriedad fue disipándose. Al final, terminaron: ella, delante de un libro y él, delante del ordenador leyendo las últimas noticias en los periódicos digitales.

Se metieron en la cama a medianoche e intentaron pensar en otra cosa. Françoise se agarró a su marido como una lapa. Estaba seria, pero Vicente le había transmitido la calma que en ese momento necesitaba. Empezó a dormirse pensando en estar con su alma y en la gloria. En parecidos términos que el propio policía: «Al fin y al cabo, por qué preocuparse por una cosa que no puedes controlar», pensó.

A pesar de haber dado varias vueltas sobre el colchón, la mujer se durmió bastante antes que Vicente. Cuando este notó que ella estaba en manos del dios del sueño, retiró con sumo cuidado el brazo de ella de su cintura y, haciendo el menor ruido posible, se levantó de la cama.

Abrió la puerta de la habitación sigilosamente. Llegó a la cocina y encendió la pequeña luz del extractor. La claridad era escasa pero suficiente. Abrió el armario bajo y hurgó en el cubo de la basura. Rescató la bolsa con los patucos y la limpió con una servilleta de papel. Dentro del envase de plástico, los piececitos de lana azul habían permanecido impolutos. Se dirigió con ellos a la habitación de los invitados y los guardó escondidos en la parte superior del armario. Cerró la puertecita.

Llegó de nuevo a la cama y se deslizó entre las sábanas sin despertarla. Su mujer tenía la respiración propia del sueño profundo. «Françoise no serviría de policía —pensó—. A veces es impulsiva. Los patucos son la prueba de un hecho —sonrió—. No puedes desechar pruebas, aunque sean sentimentales. Menos aún, en arrebatos de enfado. Los piececitos azules se guardan por decreto. Entre otras cosas porque, aunque no pinte bien, todavía no tenemos ni idea de cómo va a terminar esto.» Durante unos instantes, se convenció de la certeza de una frase que le había dicho a su mujer y que él se había repetido esa noche porque era una gran verdad: «Nuestro hijo es una buena persona.»

Recordó también que, cuando había vuelto por el pasillo oscuro, hacía unos minutos, se había sentido bien por haber apostado por su nieto, cosa que al principio no hizo. Se vio como un abuelo feliz. A pesar de la incertidumbre del momento, él estaba convencido de que ganaría esa apuesta por su nieto.

Sin despertarse, Françoise se dio la vuelta en la cama y volvió a agarrarlo por la cintura. Fue un movimiento de pura necesidad. Vicente pensó que su mujer debía de estar soñando con besar a su nieto. Él, ahora, también. La noche se volvió azabache.

Jon Ander tenía una orden en la mano. Llevaban varios días esperándola. Acababa de llegar por el correo interno de la comisaría. Se la llevó de prisa a su superior, el subcomisario Vicente Parra. La leyeron juntos. Su jefe hizo que se sentara.

—Estoy esperando a Jaione —le dijo con parsimonia sin dejar de leer.

—La autorización es perfecta, nos dan de plazo una semana. Bien. ¿Has hablado con la científica?

—Lo acabo de hacer ahora —contestó con rapidez—. Podríamos tener todo el efectivo preparado para dentro de dos horas.

—Vale.

—De hecho, acaba de salir un equipo de la científica para acordonar la zona que hay que rastrear.

—¿Has hablado con los amigos de Ferni?

—Con Antonio José Martos y con el profesor del FUD, Sergio. Los dos por teléfono. El primero negó que conociera a una persona que se llamara Alma. Por si acaso, también les pregunté si conocían a alguien con el nombre de Gloria. Tampoco. Ambos me dijeron lo mismo, pero el repostero bastante más nervioso. Jaione se iba a encargar del sidrero y de la mujer de Ferni.

—Sí, Jaione me ha llamado, que está llegando.

Nada más terminar sus palabras, la mujer apareció en el despacho. Se sentó con rapidez y pidió disculpas por el retraso.

—He estado hablando con Iñigo Altuna. Que, por cierto, me ha costado un montón que se ponga al teléfono. Me ha dicho que no conoce a ninguna persona que se llame Alma. Se ha hecho el loco; bastante distante pero correcto. Ha negado conocer a nadie con ese nombre. Tampoco con el nombre de Gloria. Por otra parte, he estado mirando los archivos de desaparecidos y no sale nada con ese nombre. Por lo menos, ninguna constancia desde que la Ertzaintza está en funcionamiento.

—¿Y la mujer de Ferni?

—Me ha dicho lo mismo. Que no conoce a ninguna Alma ni a ninguna Gloria. También he hablado con Virgilio, el cocinero, y me ha contestado muy seco y nervioso, que no conoce a nadie con ese nombre. Este tipo no me gusta

nada.

Todos asintieron con cierta reticencia, pero sin darle importancia.

—Alma no es un nombre muy habitual —dijo Vicente—. Alma es la parte espiritual e inmortal de una persona.

—Inmortal... —repitió el jefe pensativo.

—¿Qué piensas? —preguntó el oficial.

—Ferni intentó estar bien consigo mismo al contar lo que supuestamente sucedió con la tal Alma.

—De ser cierta la teoría que hemos hilvanado, eso quiere decir que, según la frase que hemos descifrado, Ferni mató y enterró a alguien. A una tal Alma. Y al encontrarse a las puertas de la muerte, decidió soltar lastre.

—Nuestro asesinato ha pasado también a ser asesino —dijo Jon Ander ocurrentemente.

—No vayáis tan rápido. Solo tenemos una frase en un libro. Nada más. Y eso en caso de que signifique algo. La mañana trascurrió muy deprisa. La llamada de sus compañeros diciendo que ya estaban trabajando en la zona les hizo acelerar el paso. Dos horas después, el coche con los tres policías se puso en marcha en dirección a Tolosa. Después, abandonaron la autovía torciendo a la derecha para adentrarse por la carretera que va en dirección a Azpeitia y que lleva hasta Beizama.

El teléfono de Vicente sonó mientras Jaione trazaba las curvas al volante con delicadeza de motorista. El coche se inclinaba en la mente de la oficial. En la parte trasera del automóvil, Jon Ander no hacía comentarios.

—¿Quién es?

Hubo una pausa muy pronunciada.

—No, no. No mováis una piedra hasta que yo llegue. Estoy allí en diez minutos.

La desviación de la carretera era a la izquierda y el coche se metió por un camino sin asfaltar. Traqueteó durante cinco largos minutos hasta llegar a un recodo. Un coche patrulla de la Ertzaintza cortaba el acceso al lugar y les dio el alto. Jaione se identificó ante el agente. Pasaron y aparcaron el coche junto a la furgoneta de los de la científica. Descendieron del coche. Dos coches más de la Ertzaintza estaban en el lugar.

Aquello era mágico. Parte de un rebaño de ovejas pastaba en la lejanía en un prado verde. Árboles altos y una frondosa vegetación escoltaban el camino. El color verde lo inundaba todo. Las piedras alfombraban alguna zona del terreno. Pero, del rastro de un caserío, había bien poco. Solo alguna piedra más alta que otra que hacía intuir que allí, hacía tiempo, había habido una construcción.

De entre las personas que estaban trabajando en la zona, una se acercó. Era un viejo conocido de Vicente. Un ertzaina experto en rastreos con *georradar*.

—Vicente, buenas tardes.

—Hola, Ismael.

Presentó a sus acompañantes. Estos se separaron unos segundos para observar el entorno. Enseguida volvieron.

—Nunca hubiera podido pensar que estuviera haciendo esto aquí —dijo con cierta inquietud.

—¿Por qué dices eso? —preguntó Vicente.

—Pues porque estamos buscando algo en el mítico caserío de Cogosagasti.

Vicente asintió con media sonrisa.

—Este lugar es un sitio increíble. El de un asesinato sin resolver. Pero ahora no estamos buscando eso, ¿no?

—No.

—A la gente de Beizama no le gusta recordar ese suceso. Es una historia incómoda, y por aquí evitan hablar de ello. Y cuando hayan visto que estamos aquí, todo serán conjeturas. «Remover la mierda», pensarán.

—Sí, pero lo que intento buscar es bastante más reciente que todo eso. Estamos buscando otro cadáver y, antes de empezar a excavar, tú me tienes que decir si hay posibilidades de encontrar algo ahí.

—Está complicado. Del caserío solo quedan ruinas. Ni siquiera eso. Ya ves —dijo señalando el lugar—. Si no lo sabes, no podrías imaginar que ahí había una casa. Alguna piedra dispersa y poco más. Me ha dicho un compañero nuestro que es de por aquí que hasta hace unos años alguna pared todavía se mantenía en alto. Pero, después de las lluvias de hace dos años, se cayó y, de pie, ya no queda prácticamente nada.

—Me es igual, rastrea todo lo que era el perímetro. Te cuento: busco un cadáver que alguien pudo enterrar aquí. ¿Hace cuánto tiempo? No sé. Por lo menos hace dos años o tres. Igual más. O menos. Vete a saber. Podría ser una mujer. No descarto nada, también podría ser un hombre.

—Es en relación con el caso del crítico, ¿verdad? —dijo Ismael.

Vicente no contestó, pero su mirada fue suficiente para asentir.

—Me va a llevar un tiempo. En superficies que no son lisas y con muchos obstáculos, vamos bastante más lentos. Son, supongo, las propias piedras de las paredes del caserío y algunas habrá que moverlas. No podemos pasar el carrito —dijo señalando al *georradar*, que tenía forma de cochecito de niños—. Hay que pasar el aparato a mano, y eso ralentiza mucho. Los compañeros están cortando la vegetación para poder meternos en el centro de la casa. —Señaló al medio de lo que fue el caserón—. Esto nos puede llevar varios días.

—Procura ir bien y rápido —contestó el subcomisario tajante—. Llevo más de un año de retraso.

Ismael se alejó con sus aparatos.

Jaione estaba sacando fotos al entorno. Hubo un momento en que la belleza del lugar la trasladó fuera de allí. Aquel era un sitio con historia en un entorno mágico y lleno de vegetación: Beizama. Las faldas del monte Illaun hacían del escarpado valle un lugar muy sugerente y bello.

Trascurrieron tres horas, y el crepúsculo comenzó a asomar tímidamente por la línea del cielo. Pareció estar esperando el momento. Ismael se acercó a los tres policías.

—Echad un vistazo a esto —dijo con exactitud. La pantalla del aparato se accionó. Por unos momentos, Vicente pensó que era la ecografía de su futuro nieto y creyó estar ante una situación similar. Ante algo improbable. Y eso lo distrajo, pero fue solo un instante. La voz profunda del experto en *georradares* lo hizo volver con rapidez.

—Hay algo entre dos piedras. Está a muy poca profundidad. El aparato me está dando alrededor de cuarenta centímetros. Igual, ni siquiera eso. Tendremos que quitar esta piedra que ves aquí para poder acceder. No me atrevo a decir qué es. Bien podrían ser huesos. No te puedo decir más.

—Antes de mover nada, fotografiadlo todo —advirtió el subcomisario.

Cinco ertzainas retiraron con suavidad las piedras y despejaron la zona para poder excavar. La unidad electrógena se puso en marcha iluminando el lugar. Esa luz llegaba justo cuando la oscuridad comenzaba a invadir completamente el lugar. A pesar de eso, los *flashes* llegaban continuamente de distintos ángulos. Vicente, Jaione y Jon Ander miraban la escena con detenimiento.

Ismael paró la excavación. La escasa profundidad del enterramiento había dado sus frutos. Todos se acercaron a la zona.

—Sí, son huesos, y aquí hay restos de un vestido o una falda.

El antropólogo forense de la ertzaina dio su opinión.

—Tendré que verlo con más detenimiento pero, a primera vista, esto tiene bastante edad. No es de hace un año ni dos. Por lo menos, veinte o más. Eso te lo diré pronto; igual, mañana mismo. Desde hace un año tenemos un nuevo sistema para analizar huesos que es capaz de decirnos cosas inimaginables.

Vicente asintió con la cabeza. El subcomisario recordó a sus agentes que recogieran con sumo cuidado todo lo que pudiera haber alrededor de los restos. El antropólogo forense reafirmó sus palabras.

—Quiero la máxima pulcritud en la recogida de muestras. Trozos de ropa y cualquier cosa que os parezca que pudiera pertenecer a la víctima.

Los agentes siguieron excavando y el cuerpo apareció increíblemente bien

conservado.

—Es una mujer. No muy alta —dijo el antropólogo a Vicente—. Fíjate en el hueso de la cadera. El cráneo, creo que puede contarnos muchas cosas —dijo acercándose a los restos.

—¿A qué hora puedo estar contigo mañana? —preguntó Vicente dándose la vuelta.

—A la tarde creo que podré decirte algo —contestó el antropólogo forense.

La noche oscura hacía de aquel recinto un espectáculo teatral y macabro. La potente luz de los focos de la policía iluminaba la escena como un escenario de muerte. Vicente se acercó a Ismael, que recogía el *georradar*.

—Gracias por todo —le dijo en voz baja.

—Es la hostia —contestó—. La muerte ocurre en todos los lugares del mundo. Sin excepción. Por eso me choca más encontrarla aquí. Es difícil imaginarla en un lugar tan increíblemente bello como Beizama —dijo mirando la oscuridad de las montañas que lo rodeaban.

El valle agitó sus árboles con una ligera brisa. Pareció agradecer el piropo.

San Sebastián, sábado 13 de noviembre de 1982

Ferni abrió con mucha cautela el armarito de su casa donde se encontraban las llaves del coche de su padre. Estas tintinearón con más intensidad de la que él hubiera deseado. Al cabo de unos instantes, apareció por la sala. Al fondo, su padre leía un libro. Le hizo levantar la mirada con sus palabras.

—*Aita*, vendré tarde. Voy a estudiar a casa de Antonio.

—¿Un sábado?

—Bueno, sí, después saldremos a dar una vuelta.

—Vale. Tu madre y yo nos vamos por ahí con unos amigos. Vendremos sobre las doce o la una. Mañana trabajo.

«Hostia —pensó el joven—. Di algo.»

—Y... ¿con quién vais?

—Con los de siempre.

«Joder, ¿quiénes son lo de siempre? —pensó Ferni temeroso—. Hostia, necesitará el coche.»

—¿Y a qué restaurante vais?

—Hacía tiempo que no te veía tan preocupado por las actividades de tus padres. Normalmente, no nos haces ni caso —contestó su padre evasivo.

Al ver a su hijo parado, el padre se sintió más obligado a dar explicaciones.

—No lo sé. Iremos al cine y luego a tomar algo... por ahí. No creo que salgamos de la parte vieja. Aunque igual estos quieren ir a una sidrería. A la nueva de Astigarraga. No sé.

El joven miró a su padre muy intranquilo.

—Vale, yo me voy en unos minutos —dijo dirigiéndose a su habitación.

El adolescente respiró con mucha desazón, pero intentó que no se le notara. Decidió llamar antes de decidirse. «Hay que anular la cita. No puedo llevarme el coche. Las sidrerías están a más de diez kilómetros de aquí. Necesitará el buga, seguro», pensó dándose media vuelta.

Marcó un número de teléfono desde el supletorio que estaba en la otra habitación. Oyó de lejos a su madre, que andaba atareada en la cocina. Sonaron

tres tonos y el joven se impacientó aún más. Colgó y esperó unos segundos. «¿Dónde hostias están estos?» Volvió a llamar con extremo sigilo. El tono sonó repetitivo. «Hostia, descuelga el puto teléfono, por favor», pensó Ferni.

La línea se conectó después de seis tonos.

—¿Antonio?

—No, ¿quién eres? —contestó una voz femenina.

«Mierda», pensó el joven.

—Ah, hola, soy Ferni.

—Hombre, ¿qué tal? —dijo la madre de Antonio—. Ha salido hace cinco minutos. Yo también me voy ahora. ¿No habéis quedado?

—Sí, sí, ahora lo veré, he quedado con él. Era una tontería que quería adelantarle. Gracias.

La comunicación se cortó sin más explicaciones y dejó solo al joven de nuevo ante la situación.

La decisión estaba en sus manos.

Ferni tenía las llaves del coche en el bolsillo. Las sacó y las miró. Abrió el armarito y dudó si devolverlas. Un sudor frío le recorría la frente a pesar del fresquito que reinaba en los albores del otoño. Se quedó quieto con ellas en la mano. Dudaba: «Como aparezca sin el coche, mis amigos me matan. Como mi padre descubra que se lo he mangado, me mata.»

Se oyó el ruido de un estornudo de su madre desde la cocina. También el sutil susurro de una página del libro que su padre estaba leyendo al pasarla. Su corazón latía desbocado. Miró la hora. Quedaban cinco minutos para las siete y media. «Ostras, llego tarde.» Tragó saliva, recogió en un rápido ademán su cazadora y salió por la puerta diciendo un sonoro «*agur*». Se oyó la voz de la madre decir lo de siempre.

—¡No vengas tarde!

Cerró la puerta con una sensación de euforia. Notó las llaves del coche en el bolsillo del pantalón. La decisión estaba tomada. Una decisión de la que se arrepentiría durante toda su vida.

Sin deshacerse de aquella sensación, bajó las escaleras. De dos en dos. Incluso llegó a saltar el último tramo de tres en tres. En la calle, se quitó la cazadora y la sostuvo en el brazo. Se acercó a paso muy ligero hasta el garaje. Bajó las escaleras del *parking* y se adentró en su interior. Giró en espiral hasta llegar a la tercera planta. Por fin vio el coche granate de su padre al lado de la columna central. El Seat 1430 estaba brillante y muy limpio. Recordó que su padre lo cuidaba hasta extremos insospechados. Por dentro, estaba igual de pulcro. Se acercó a la puerta del conductor y sacó las llaves. Dudó en abrir la puerta, pero solo fue un instante. La suerte ya estaba echada. A lo largo de la

noche, no volvería a hacerlo. El motor rugió cuando el chaval dio al arranque. Salió del garaje y enfiló la calle Bermingham. Llegó hasta Sagüés y avanzó por la avenida del Kursaal hasta acercarse al estacionamiento delante del mar, al lado del solar abandonado del antiguo Gran Casino Kursaal. Justo delante del mar. El muro de piedra delante de la escollera hacía que las olas rompieran con fuerza. Cuando aparcó, se percató, gracias al reloj del coche, de que llegaba bastante más tarde de lo que imaginaba.

Las nubes densas hacían que la luz disminuyera de manera ostensible. Al fondo, vio cuatro figuras que, en la distancia, creyó reconocer como las de sus cuatro amigos. Cuando se acercó más al grupo, se dio cuenta de que no eran cuatro sino cinco. Hasta que no llegó junto a ellos no reconoció a la quinta persona. Todos se acercaron al coche con cierta prisa.

—Joder, el Antonio se ha traído a la *gilipichi* de Alma —murmuró bajando la ventanilla del coche—. No la soporto. Cuidado que le dije que no quería mujeres. Se la ha enrollado y ahora la lleva a todas partes, el muy idiota. —La sensación de desazón de ver a su antigua novia en compañía de otro era grande, pero más que estuviese en compañía de su mejor amigo.

Los cinco rodearon el automóvil y abrieron la puerta de al lado del conductor y las dos traseras. La amortiguación del Seat se resintió con el peso de los pasajeros. Los cuatro de atrás se apretujaron. Se notaba tensión en el ambiente y mucho nerviosismo.

—Venga, tío, que llegas supertarde, hostia —dijo Antonio sentándose en el asiento del copiloto.

—Tío, que vamos seis en el coche y como nos vean los maderos nos paran —protestó Ferni—. Y, además, mi padre puede que quiera usar el coche. No lo sé seguro.

Antonio lo miró con cara muy seria.

—¿No habías dicho que hoy no lo iba a usar?

—Ya, pero me ha dicho que igual sí lo usaba. Que a lo mejor iban a una sidrería. No sé si devolverlo al garaje —volvió a dudar Ferni.

—Venga, no digas chorradas. Si vemos algún control, alguno de vosotros baja la cabeza y se esconde —dijo Antonio mirando a los de atrás. Sergio, Daniel, Iñigo y Alma asintieron con cara de complicidad.

—Venga, muévete, que no queda mucha luz y antes de que anochezca del todo tenemos que estar allí. ¡Venga, tira!

—No sé por qué dices eso. Hoy es trece, y hasta las doce de la noche no será el día catorce, que es cuando tenemos que hacerlas.

—Lo sé. Pero hay que encontrar el sitio y prepararlo todo. Nos llevará un tiempo. A las doce tenemos que empezar —dijo Antonio.

—Joder, vaya buga que tiene tu padre —dijo Iñigo—. Tiene hasta cinturones de seguridad.

—¿Seguro que estaremos de vuelta para la una como muy tarde? Que yo, mañana, tengo examen —protestó la joven.

—Seguro —contestó Antonio.

—Tú eres la única que es mayor de edad. Y en ese instituto no hacéis otra cosa que exámenes.

—Recién cumplidos —matizó la joven.

—Y además estás pensando en irte a vivir fuera, ¿no?

—En ello estoy —sonrió Alma.

—Vale, vale. Venga, a lo que estamos.

Antonio interrogó a los allí presentes.

—¿Llevamos todo? Magnetófono, pilas, linternas...

Ferni se sintió mejor al ver el ambiente y sentir que controlaba el coche. Pero las decisiones no las tomaba él.

El asfalto los llevó por la variante hasta Lasarte y después pasaron por Andoain hasta llegar a Tolosa. Allí mismo cogieron el cruce en dirección a Beizama. Después de varias curvas, la carretera cambió y la frondosidad de los árboles y los tonos de color verde oscuro se hicieron patentes. Increíblemente manifiestos.

Dos *jeeps* de la Guardia Civil estaban parados en una esquina en lo que parecía un control de carreteras. Entre hayas y robles, controlaban el acceso a aquella carretera. A Ferni se le aceleró el pulso y Antonio gritó de manera suave, pero con mucha decisión:

—¡Agáchate, Alma, agáchate!

La más pequeña del grupo obedeció y su cabecita desapareció con presteza de la línea de visión de los guardias civiles. Los seis contuvieron la respiración cuando pasaron delante de ellos. Enseguida se percataron de que estaban recogiendo las señales de detención. Solo uno de los guardias civiles se fijó en ellos, pero no vio nada sospechoso. Por el retrovisor, Ferni vio cómo seguían a lo suyo sin reparar en los jóvenes.

—Hostia. Casi me da un infarto. Llegamos a pasar cinco minutos antes y nos paran —dijo Daniel con la voz temblorosa. Sergio se mantenía en silencio y su cara reflejaba mucho nerviosismo.

—Nada, no pasa nada —dijo Antonio, zarandeando a su asustado amigo, mientras miraba para atrás—. No hemos levantado sospechas. —Rio con descaro—. Tranquilo.

El coche avanzó hasta un pequeño alto donde la carretera se hacía más estrecha. Justo ese era el punto donde debían torcer. La desviación era una

carretera sin asfaltar con muchos baches.

—Mañana tendremos que llevarlo a limpiar —dijo Ferni al ver los charcos en el camino.

El coche se movía con oscilaciones marcadas. Sacudía a sus ocupantes haciéndolos bailar a su ritmo.

—Es apenas un kilómetro más adelante —dijo Antonio señalando la carretera—. Hay un pequeño recodo para dejar el coche sobre la hierba. Después, tendremos que andar como unos diez minutos.

Los cuatro faros delanteros del vehículo iluminaban la escena crepuscular con intensidad y proyectaban sombras sugerentes y fantasmagóricas sobre los árboles. El recorrido se les hizo muy corto.

—Es aquí, es aquí —dijo Antonio.

—No me gusta la bruma que se está echando.

—Con las linternas no tendremos problemas —respondió Sergio con cierto nerviosismo.

Cuando llegaron a la explanada, el coche se detuvo con suavidad. Ferni lo metió con habilidad casi hasta la base de un pino muy grueso. El freno de mano sonó como un pistoletazo de salida. Los seis observaron un camino aún más estrecho a uno de los lados.

—Es por aquí. Que no se nos olvide nada.

Sergio, Daniel, Ferni, Iñigo, Alma y Antonio se adentraron por el camino de apenas metro y medio de anchura. Los árboles estrechaban aún más el camino. Iñigo encendió la linterna. Los cinco jóvenes lo seguían a poca distancia. Solo el sonido de los árboles mecidos por una suave brisa rompía el silencio. Recorrieron el sendero durante varios minutos. Fue Sergio el primero que protestó.

—¿Estás seguro de que es por aquí?

Todos se pararon.

—Sí, es más adelante. Yo vine hace un mes y es más adelante —contestó Antonio.

Los seis siguieron avanzando. La oscuridad era absoluta y sus compañeros fueron, poco a poco, encendiendo alguna linterna más. Los haces de luz volvieron a jugar a las sombras con el entorno brumoso. El vuelo de la falda de la joven parecía un abanico errante. Iba en medio, y la fila de chicos parecía escoltarla.

La comparsa, en medio del bosque oscuro, avanzaba en fila india hacia el ritual que los esperaba. La figura de las dos mujeres asesinadas los acompañaba permanentemente.

—Es aquí —dijo Antonio parando a Ferni, que venía justo detrás. Todos se

detuvieron. Los haces de luz se dirigieron hacia el lado izquierdo del camino.

—Ahí solo hay piedras —dijo Daniel.

Antonio apartó varias ramas saliéndose del sendero. Su silueta se perdió unos instantes.

—Aquí, aquí.

Sus cinco acompañantes, saliéndose también del camino, se adentraron unos veinte metros hacia el interior de la espesura. Apartaron parte de la maleza. Todos callaron ante aquella visión.

—¡Pero si está en ruinas! —dijo Ferni desilusionado.

—Está abandonado desde hace mucho, ¿qué querías? Ya lo dije, joder. Esto es ahora lo que queda del caserío Cogosagasti. Recuerda que el crimen fue hace más de sesenta años. Y después de eso, se abandonó.

La estructura de un enorme caserío se alzaba rodeada e invadida por zarzas y ramas. No había techo. Las paredes, de más de un metro de espesor, se mantenían sujetando un cielo abierto que un día muy lejano albergó la morada de sus dueños. En algunas zonas ni siquiera eso se mantenía en pie. En otras se podían observar hasta los huecos de las ventanas. Lugares de cortinas muertas. Agujeros en la piedra imposibles de cerrar. El tiempo había corroído la casa, pero sus ruinas se empeñaban en no desaparecer. Quizá para dar testimonio de aquellas vidas arrebatadas sin culpables. Todo estaba invadido por la vegetación y eso dificultaba el acceso. El lugar rezumaba misterio y olvido. Fuerza y desánimo. Humedad e impunidad. La bruma cubría parte del terreno.

—Venga, manos a la obra —dijo Antonio—. Lo haremos en esa esquina.

Todos asintieron. Se acercaron a la base de una de las paredes, donde ellos calcularon que podía estar la cocina. Apartaron ramas y se situaron en lo que debió de ser la entrada a la estancia.

Daniel, Alma y Ferni se ocuparon de sacar el magnetófono y se dispusieron para la grabación. Las luces de las linternas se entrecruzaron indecisas. El nerviosismo de los chavales era patente.

—Yo voy a echar un vistazo subiendo por aquí —dijo Antonio al tiempo que iluminaba una de las paredes—. Igual podemos hacer una segunda psicofonía desde más arriba, a la altura de alguna habitación... supongo —añadió señalando con su linterna. La pared destruida componía una empinada cuesta hasta lo que fue el quicio de una ventana, a la altura de lo que pudo ser el segundo piso. Sergio, Iñigo, Antonio y Ferni subieron haciendo equilibrios por el filo de la pared. No había margen de error en aquel muro improvisado como cuesta. Alguna piedra estaba suelta. El paso del tiempo y la lluvia eran destructivos. Demasiado como para soportar el peso de los cuatro.

Todo pasó en décimas de segundo.

Cayó desde una altura de más de dos metros y pesaría más de cinco kilos. El sonido fue muy seco. La piedra manchada de sangre quedó a un metro de Alma.

—¡Eh, cuidado! ¿Qué hacéis?

Daniel iluminó el cuerpo de la joven, que yacía en el suelo. Tenía la cabeza abierta y no se movía.

—¡Hostia!

—¡Bajad, bajad! —gritó Daniel en estado de *shock*.

Dani iluminaba la cabeza de la joven como si estuviese en trance. Se oyó bajar a toda prisa a los cuatro jóvenes que se habían encaramado a las ruinas de la pared. Lo hicieron a trompicones. Alguna piedra pequeña se desprendió también. Al llegar a su altura, se detuvieron.

—¡Hostia! —exclamó Sergio—. ¿Qué hemos hecho? ¡Está muerta!

Iñigo se acercó al cuerpo inerte de la joven y lo miró de cerca. El cráneo estaba hundido por completo. La herida había originado una inmensa mancha de sangre. Los cinco jóvenes se quedaron mudos, pero solo por unos segundos.

—¡Dios mío! La hemos matado —exclamó Sergio medio apoyado en una de las paredes.

—¡Hay que llamar a la policía! —dijo Daniel—. O a una ambulancia.

—Está muerta, ¿no te das cuenta? —exclamó Ferni—. Muerta, joder. ¿Qué ha pasado?

—No sé, vosotros andabais por arriba justo en ese momento y no sé, una piedra. No sé, se ha caído —agregó, presa del pánico—. No sé, joder. ¿Qué hacemos, hostia?

Ninguno de los allí presentes se movía.

—¡Joder! Vámonos, no se puede hacer nada —instó Sergio tartamudeando y extremadamente sobresaltado.

—¿Cómo?, ¿irnos? ¿Te has vuelto loco? ¡Habrás que avisar a alguien! ¡No sé! ¡Habrás que hacer algo! —dijo Iñigo fuera de sí.

Daniel se puso a llorar al lado del cadáver de la joven.

—¡Somos unos gilipollas! —exclamó entre sollozos—. ¿Qué hacemos ahora? Está muerta, está muerta.

—¡Te dije que no trajeses a nadie más! ¡Te lo dije! —gritó Iñigo presa también del pánico.

—¡Cállate, hostia! —gritó Antonio.

—Nos vamos —dijo Ferni temblando ostensiblemente.

—Sí, vámonos de una puta vez —dijo Iñigo.

—¿Y la vamos a dejar aquí? ¡Estáis locos! —exclamó Sergio—. Vamos a llamar a la policía.

—Hay que llamar a la policía o a la Guardia Civil. Les contaremos lo que ha pasado —insistió Daniel—. Ha sido un accidente. Joder, qué horror —dijo bajando la voz.

—No vamos a llamar a nadie. ¿Qué les vas a explicar? —intervino Antonio con serenidad—. ¿Que había cinco jóvenes con una chica y que, por casualidad, ha habido un accidente y ha sido precisamente la chica la que está herida? No nos creerán.

—Muerta —matizó Daniel con los ojos muy abiertos, ajeno a las últimas palabras de su amigo.

—Pero tenemos que informar a alguien de esto.

—¿En qué mundo creéis que vivís? ¿Estáis locos o qué? Yo no voy a pasarme treinta años en la cárcel. Eso te lo aseguro.

—Diremos que fue un accidente —dijo Sergio casi gritando—. Ha sido un accidente. Lo entenderán porque es la verdad, ¿no?

—Sí, claro, y eso en manos de alguien como un poli te puede hacer decir lo que le dé la gana. Lo he leído mil veces. Yo no voy a hablar delante de un policía, te lo aseguro. Nos torturarán —añadió Antonio con cara de miedo—. Yo propongo dejarla aquí y marcharnos. Ya no se puede hacer nada. La verdad no siempre es lo que más interesa. Y, además, nosotros no vamos a mentir a nadie. Solo vamos a callarnos —concluyó Antonio con voz profunda.

Los cinco jóvenes se movían como un ballet desacompañado de movimientos nerviosos en cuyo centro estaba el cuerpo inerte de Alma tendido cabeza abajo.

—¿Pero estáis mal de la cabeza? ¿Cómo vamos a dejarla aquí? Joder con las putas psicofonías —se lamentó Daniel.

Todos miraron a Iñigo, que llevaba un rato sin hablar.

—Vamos a enterrarla y nos vamos. Nunca más volveremos a hablar de esto con nadie. ¿Entendido? Yo tampoco quiero que me torturen y pasarme la vida en la cárcel.

—¿Habéis perdido la cabeza? —gritó Daniel, todavía con lágrimas en los ojos.

Se oían también los sollozos de Sergio sentado en la tierra, en un rincón. Antonio se acercó y lo levantó con una mano. Varias arcadas les subieron por la garganta.

—Sergio, céntrate, respira y deja de llorar.

—¿Cómo hacemos el agujero? —preguntó Iñigo con pragmatismo.

Aquellas palabras retumbaron en el bosque. La sentencia estaba dictada.

—Mi *aita* tiene una pala en el coche de cuando va a la huerta a ayudar a un amigo suyo. Es pequeña. Siempre está en el maletero —dijo Ferni—. Voy a

traerla.

—¡Estáis locos! —exclamó Daniel apoyándose en Sergio, que seguía como en trance. Comenzó a llorar y sacó un pañuelo con el que se tapó la cara. Después, iluminó el cráneo hundido de la joven y le tapó la cara ensangrentada con el mismo pañuelo. Este se tiñó de rojo vivo casi al instante. El olor de la sangre le pareció terrorífico.

Ferni y Antonio se fueron al coche y volvieron a la carrera. La pala era pequeña, pero el suelo estaba blando y húmedo. Se turnaron para cavar y no tardaron más de una hora en hacer desaparecer a Alma de la faz de la tierra. La enterraron entre muros de pasado y presente, entre cuentos de verdad y mentira.

Abandonaron el lugar. Sergio y Daniel todavía lloraban. Cuando llegaron al vehículo, todos estaban en estado de *shock*. Antonio habló:

—Escuchadme bien. No volveremos a hablar de esto nunca más. ¿Entendido? Nunca jamás —dijo haciendo hincapié en sus palabras—. Ha sido un accidente, pero eso, delante de un juez y con abogados de por medio, igual nos hacían decir cosas distintas, y yo no quiero ir a la cárcel. Escuchadme bien: yo no quiero ir a la cárcel —repitió vocalizando—. Y acordaos de que, si alguno habla, nos cogerán a todos y después yo podría decir muchas cosas de vosotros —amenazó—. Incluso decir que no fue un accidente y más cosas. O sea, que vamos a estarnos calladitos por nuestro propio interés. Todos. Sabemos perfectamente que fue un accidente. Y por eso mismo vamos a estar en silencio y tranquilos. No somos culpables de lo que ha pasado —remató Antonio—. Lo hemos visto todos. Ha sido un accidente —insistió.

—Habrá una denuncia de desaparición.

—Ella era mayor de edad y siempre estaba diciendo que se quería ir de casa. Y, con su tía, se llevaba a matar. Además, los polis están muy ocupados —dijo con extrema frialdad.

—Pero tú estabas saliendo con ella.

—Eso no lo sabía nadie y, además, lo habíamos dejado —contestó Antonio cortante.

Sergio, Iñigo, Daniel y Ferni lo miraron sin apenas parpadear.

—¿De acuerdo?

Todos asintieron sin decir palabra.

Se encendieron los faros del coche y el motor rugió. Las luces de posición traseras del Seat se balancearon de manera rítmica entre la ligera bruma. Llegaron a Tolosa y enfilaron la autovía en dirección a San Sebastián. Al llegar, todos se bajaron en silencio y desaparecieron.

Ferni aparcó el coche en el garaje y miró la hora. Las dos de la madrugada. Sergio y Daniel estuvieron en vela casi toda la noche. Iñigo y Antonio

permanerieron en casa de este último, en el salón de su casa. Estaban inquietos y, para distraerse, leyeron sin interés la portada del periódico. *El Diario Vasco* de hacía apenas mes y medio. La portada les interesó. En una esquina, y en letra que llamaba la atención, la noticia de la nueva policía, la Ertzaintza, ocupaba mucho espacio. Pensaron que esos eran demasiado nuevos para ocuparse de nada. Pero el titular más grande les llamó aún más la atención.

En torno a las once de la mañana del pasado martes 14 de septiembre, la banda terrorista ETA asesinó a tiros, en una emboscada en la cercana localidad de Oyarzun, a los policías nacionales Jesús Ordóñez Pérez, Juan Seronero Sacristán y Alfonso López Fernández. El también policía nacional Antonio Cedillo Toscano resultó gravemente herido mientras intentaba repeler la agresión. Un camionero lo encontró arrastrándose en la carretera, malherido y sangrando abundantemente. El agente le suplicó ayuda. Este lo subió a la furgoneta para llevarlo al hospital más cercano. Cuando apenas llevaban recorrido un kilómetro, de camino a un centro sanitario, varios de los terroristas, que habían huido después del atentado, cortaron el paso al vehículo y, tras intimidar al conductor, entraron en la furgoneta y, al encontrarlo, no dudaron en rematar de un tiro en la nuca al agente herido.

Iñigo y Antonio asimilaron los hechos con naturalidad y cerraron el periódico. Después de leer la violenta noticia sintieron una extraña sensación de tranquilidad extrema. «Tampoco es tan grave lo que hemos hecho», pensaron. «Y, además, es verdad lo que decía Antonio —pensó Iñigo—. Estos polis están demasiado ocupados.»

En el estudio del escultor Antonio José Martos reinaba la escultura titulada *Ferni*, de enormes dimensiones. La mirada atenta del escultor, entre maderas retorcidas, metal y piedra, se refugiaba en su finalización. Temía acabarla.

Apretó las últimas sargentas sin convicción. Sintió que estaba equivocado. No quiso tocar nada más. Aquello había llegado a su fin. Empezó a soltarlas y, al cabo de unos minutos, se dio cuenta de la realidad. La escultura estaba lista. Se apartó unos metros para atrás y fue entonces cuando se sintió bien. La luz del amanecer reflejaba la figura de aquel tronco de manzano retorcido sobre sí mismo, herido de piedra inerte, lacerado de metal frío y fundido. Aquel árbol hacía tiempo que había dejado la libertad estática y prisionera de la tierra que lo retenía para pasar a ser propiedad de la mente del escultor.

Sobó la madera en algunas zonas pulidas y en otras donde la corteza todavía asomaba esquiva. Rodeó la escultura y hubo un momento que esta se quedó al trasluz. Su silueta dio más dramatismo a la composición. El blanco y negro sobre el ventanal hicieron que solo los contornos asomaran sin dejar ver el interior. Aquella era la posición en la que debía observarse, pensó Antonio. El volumen, desde esa perspectiva, se podía apreciar más liviano a pesar de que pesaba casi una tonelada.

Era una escultura muy de aquí. Fuerte y brutal. Potente y sincera. A veces, desgarradora. De mucho sentimiento. Desde algunos ángulos, dramática. De pocas palabras. Estática de vacío y plena de contenido. Madera, piedra y metal obligados a fusionarse entre sí.

Se sentó en la distancia de la cama deshecha del fondo del estudio y, al verla desde lejos, sintió que era más hija suya que nunca. Aquel vástago inerte que había parido después de un embarazo de casi un año lo había sumido en el desconcierto. Por un momento se sintió derrotado. El sol asomó con timidez por las montañas altas del valle y arremetió con sus tempranos rayos sobre la escultura. Antonio se deleitó y dejó que estos calentasen sus curvas, sus formas y su interior. Admitió que aquellas sombras duras resaltaban aún más la obra con sus reflejos sobre los ángulos y las curvas. «Alguien ha hecho desaparecer a mi amigo Ferni —pensó el escultor—, y esta obra es la fiel imagen de una reencarnación. Y esta no morirá.» A un lado, estaban las sábanas blancas que la

habían cubierto, inertes y hechas un enorme ovillo.

Todo el estudio pareció mirar lo que ahora era el centro de la atención. La escultura *Ferni*. Sus ojos eran solo para ella. Al fondo, la escultura *Perfume de amistad* estaba tapada. Antonio la miró de reojo sin atreverse a enfrentarse a ella.

El sonido de un coche lo hizo despertar de su pequeño trance. Se levantó de la cama y miró desde la ventana del fondo que daba al lugar de estacionamiento. Vio el coche de su amigo Iñigo. Pensó que venía solo, pero se equivocaba. Se apresuró a tapar la escultura y dejó que el timbre sonara. Abrió con suma delicadeza.

—Hola, Iñigo... Sergio.

Los tres amigos se dieron un abrazo con cierta seriedad. Sergio se sentó en una silla, al lado de la mesa de trabajo.

—¿Qué tal va la escultura? —dijo Iñigo señalando el túmulo cubierto por las sábanas—. Y, sobre todo, ¿cuándo me vas a hacer la de la entrada de la sidrería?

Antonio lo miró con cierta condescendencia.

—Era una sorpresa. Será esta. Te la puedes llevar cuando quieras. Está terminada.

—¿La que has titulado *Ferni*?

El escultor afirmó con la cabeza. Su amigo se acercó y miró levantando un poco las sábanas.

—Quítalas, quítalas —le dijo en la distancia mientras se acercaba a la mesa. La expresión del sidrero no se hizo esperar.

—Impresionante. Qué maravilla —dijo alejándose un poco. La rodeó y, con extrema curiosidad, se acercó a observar los detalles—. Es una preciosidad —repitió—. Qué fuerza tiene —dijo alejándose un poco—. Voy a tener que preparar unos cuantos billetes... —dijo con ironía.

—No siempre comercio con mis hijos. Ella representa a nuestro amigo. Lo hemos devuelto a la vida.

Iñigo lo miró en la distancia y se acercó a la mesa.

—Yo también hago regalos —dijo sonriendo.

Sergio miraba la escultura con cierto desasosiego.

—Ya no queda nada más —dijo entre dientes. Iñigo abrazó a Antonio con sinceridad.

El silencio se rompió después de un momento.

—Hoy me ha llamado la Ertzaintza —dijo Sergio sin dejar de mirarlos.

Antonio e Iñigo lo miraron, a su vez, con preocupación.

—¿Otra vez?

—Me han hecho un montón de preguntas. Creo que saben lo de Alma.

—A ver, ¿qué estás diciendo? ¿Qué saben? —preguntó Iñigo frunciendo el ceño.

Antonio lo cogió del brazo intentando suavizar el tono de su pregunta:

—¿Te han hablado de Alma?

—No —respondió Sergio—. Pero intuyo que lo saben.

—En muchos años no hemos hablado de ella. Vamos a dejarlo así. No quiero volver a oír su nombre. ¿Entiendes lo que te digo?

El profesor se dio la vuelta sobre sí mismo y con expresión de abatimiento.

Durante las dos semanas siguientes, Sergio estuvo viviendo en casa de Iñigo a petición de este y por sugerencia de Antonio. El profesor se dejó llevar y, en su compañía, se sintió mejor. Después volvió a su casa. Su amistad y su estancia allí lo habían tranquilizado lo suficiente.

El camión soltó los anclajes y los operarios terminaron de instalar la escultura en su ubicación definitiva. Invirtieron más de tres horas en trasladarla, y otras tres más en dejarla en la entrada de la sidrería. Tardaron más tiempo de lo que habían calculado. La escultura debía estar colgando del techo a medio metro del suelo. Y para ello, habían tenido que reforzar la estructura de la entrada de la sidrería.

Antonio dirigió personalmente los trabajos con el gesto muy serio. Iñigo estuvo todo el rato presente ayudando a los operarios y los electricistas a instalarla. Un poco antes de terminar el trabajo, se acercó a su casa para cambiarse de ropa. Una hora más tarde vendrían dos periódicos y una televisión que se habían enterado de la noticia —a pesar de no haberlo dicho a casi nadie— para sacar la inauguración en la sección de cultura de sus respectivos medios. Iñigo salía de casa cuando apareció Sergio. Aparcó cerca de la entrada y se unió a los elogios al verla colgada.

Terminaron de instalar las luces, que resaltaban la obra desde todos sus rincones; era ya el atardecer. La escultura quedó protegida por un gran espacio acordonado. El propio Antonio se acercó a una de las paredes de piedra más cercanas a la obra y colocó la placa que daría título a la obra. La palabra «Ferni» fue escrita con mayúsculas. Después, un escueto 1964-2019.

Iñigo se acordó del incidente de las manzanas y ahora, pasado el tiempo, le pareció menos importante. Nadie le había hecho el más mínimo comentario. Ver una escultura de su amigo en la entrada de su sidrería le había hecho reconciliarse con él.

Los periodistas se empeñaron en fotografiar la escultura desde todos los puntos imaginables. Antonio tuvo que dar varias entrevistas. Se creó una improvisada rueda de prensa.

—Dudé mucho antes de titular la obra como la he titulado. Barajé dos títulos, pero al final opté por este. La otra opción, *Amistad*, bien podría haber sido factible. Pero quería personalizarla más. Nuestra amistad fue férrea y mantenida en el tiempo. La escultura es una metáfora sobre ese vínculo. El más fuerte después del familiar y, en muchos casos, bastante más profundo que este. Tú eliges tus amistades, cosa que no ocurre con la familia.

—¿Por qué estos materiales? —preguntó uno de los periodistas.

—No podían ser otros. Es una escultura de tierra, con raíces, una manera de entroncar la amistad como vínculo. La madera es la base, los metales y la piedra representan las heridas que hacen que el tronco se retuerza pero que no lo consiguen.

El periodista apuntó algún dato más sin dejar de grabar con su teléfono móvil cerca del escultor. No hacía falta preguntarle. Su locuacidad era bien conocida.

—Yo la veo como una escultura dramática y a la vez violenta. También tiene algo de suavidad. Muy arraigada y potente. No tiene esquinas, como la verdadera amistad. Y el hecho de que la madera sea de un frutal es la base de que el arte también puede ser interiorizable. —Cerró los ojos durante unos instantes y prosiguió—. Pero la obra es también una metáfora sobre la crítica. Su volumen habla de su necesidad, y su peso invoca su dureza. Al estar suspendida, denota fragilidad extrema. Como si rebuscara espacios inexistentes. Solo los que le otorgo yo como creador.

Cuando terminaron los *flashes*, el escultor dio por finalizada la parte más engorrosa de su trabajo: atender a los medios informativos. Respiró hondo.

Iñigo, Sergio y Antonio cenaron juntos, pero no en la sidrería, sino en casa del sidrero. Le gustó que desde la ventana se pudiera observar la entrada a la sidrería y que las luces que iluminaban la escultura dieran ese toque tan poderoso al acceso a su casa.

—Desde ayer estamos dando la manzana cuadrada —dijo el sidrero—. Ahora estoy más tranquilo. Está gustando mucho. —El profesor sonrió agradecido—. Mi obra y la de Sergio, también en honor a nuestro amigo Ferni.

Antonio miró con media sonrisa a su amigo de la infancia y lo cogió con una mano. Con la otra, hizo lo propio con el profesor. Un gesto que sorprendió a ambos pero que ellos mismos agradecieron.

—Va por ti también, Daniel, sabemos que nos estarás viendo. Te llevaremos siempre en el corazón —agregó Iñigo.

El anochecer reinaba pleno de oscuridad. Las luces de la entrada que iluminaban a *Ferni* brillaban más allá.

El día estaba gris y la cima del monte Igeldo hacía un rato que había ocultado la luz del sol. Alberto Parra acababa de cerrar la LIBRE RÍA y había decidido no ir a casa todavía. Le dejó un mensaje escueto a su novia Amaia.

En una hora estaré en casa

Había pasado unos días desde su conversación con su madre, y su cabeza estaba más revuelta que nunca. Estaba cansado y con la mente en dos lugares al mismo tiempo. Se acercó a la playa de la Concha, a la altura de los relojes, en mitad de la playa. La marea estaba muy baja. Apenas había actividad. Las olas eran escasas y pequeñas. Bajó la rampa izquierda de acceso. Se descalzó dos metros antes de llegar. Se arremangó los pantalones un palmo.

Notó el frío de la arena, y eso fue lo que necesitó para sentir la soledad con la que estaba jugando y esta, como una compañera incómoda, lo custodió hasta la zona de arena húmeda, que intensificó con dureza el frío que estaba sintiendo. Avanzó un poco más hasta llegar al agua. Estaba más fría aún, pero lo agradeció porque en ese mismo instante su cabeza comenzó a funcionar. Sus dos lados empezaron a discutir internamente en voz alta. Pareció, por un momento, como si Alberto mismo no existiera:

«Eres un mierda que no se atreve a tomar una decisión valiente. Como la de tener un hijo con la persona de la que estás enamorado.» «Sí, es verdad que lo soy. Y estoy muy confundido.» «Hasta dejarla embarazada estabas seguro. ¿Qué te pasa ahora?» «No lo sé.» «Parece que a ningún hombre de esta familia le está haciendo ilusión el que está por llegar. El otro día, a tu padre tampoco pareció que le hiciera ilusión ser abuelo.» «No lo sé», volvió a repetirse.

Alberto cerró los ojos intentando sentir solo el frescor del agua que llegaba a sus pies con mansedumbre. En el interior de su cabeza la marejada era bien distinta.

«Tomar decisiones crea ansiedad. ¿No lo sabías? Las equivocaciones forman parte del juego. ¿No te acuerdas lo que te costó decidir dejar la cocina y hacerte cargo de la librería?»

El diálogo consigo mismo había dejado de serlo. Un monólogo se había instalado en su mente. Nunca pensó que la imagen bien nítida de su abuelo

Martín en la conversación que mantuvieron hacía unos días, viniera en su rescate. Recordó los días de parque con él, los de librería, las tardes de lluvia cuando venía a buscarlo al colegio. Las conversaciones con él cuando ya se hizo mayor... Sí, su abuelo le había dado el otro día el consejo que necesitaba para seguir adelante. Le aseguró que, aunque ahora no lo viese nítido, en un tiempo corto, muy corto, sí que lo haría.

Por otra parte, la densa conversación con su madre el día que comieron a solas en el restaurante de su amigo, le había hecho pensar mucho. Desde entonces, la suerte estaba echada. Solo necesitaba, además, aquel pequeño empujón para saltar del avión con paracaídas del que Martín le había aconsejado; y se lo estaba dando ahora, en la playa más emblemática de Donostia, con una soledad de anochecer y un frío acorde a su angustia. Sintiendo cómo el mar dejaba su poso de verdad en su mente y en sus pies sobre millones de granos de arena ajena.

Sintió el teléfono en su bolsillo vibrar, interrumpiendo aquel momento de detenimiento con impunidad. Miró la pantalla. El amigo que le había aconsejado abandonar a su novia lo reclamaba desde el otro lado de la línea. Al principio, pensó simplemente en no contestar, pero la idea que le atravesó la mente fue más radical. En un movimiento que no sopesó ni un instante, lanzó el móvil al mar con fuerza sin apretar ningún botón. La pantalla chapoteó a casi veinte metros de distancia y desapareció alumbrando tímidamente durante unos instantes la superficie del mar en mitad del crepúsculo.

«Acabas de tirar la agenda con los números de teléfono de tus amigos, la de los proveedores, la de conocidos de la infancia», se dijo a sí mismo. Su lado pragmático vino a apoyarlo. «Tengo una copia de todo en el ordenador. Rescataré con un nuevo número todos menos el que me acaba de llamar —pensó con media sonrisa—. Igual hasta no vuelvo a tener móvil. Como antes, el que quiera localizarme que lo haga cuando esté en casa.

»Me gusta lo impulsivo que eres a veces. Estate seguro de que el abuelo Martín aplaudirá tu reacción», se dijo a sí mismo.

Respiró al sentirse liberado de lo que lo había atenazado durante los últimos días. Se dio media vuelta y enfiló la escalera de vuelta. La decisión estaba tomada. No había sido fácil pero ya no había vuelta de hoja ni marcha atrás. Pensó en mandarle un mensaje a su novia Amaia diciéndole que en diez minutos estaría en casa. Sonrió irónicamente al palpar su bolsillo vacío.

«Verás como un niño va a ser más divertido de lo que piensas», imaginó que le diría su abuelo al oído. Y el propio Alberto añadió, con toda lógica: «Será el primer paso que yo pueda, algún día, tener un nieto. El ciclo debe seguir».

«Seguro que llegarás a ver lo divertido que puede ser», oyó hablar en su

interior a su abuelo Martín.

Habían pasado unos meses desde que encontraron el cadáver de una mujer muy joven en Beizama. «Demasiado tiempo», murmuró el subcomisario. La muerte de su padre Martín lo había descolocado durante muchas semanas. Recordó el entierro y sus últimas palabras, dedicadas a la pena que le daba que, por muy poco, no iba a conocer a su bisnieto. Murió rodeado de los suyos. Como debe ser. Vicente respiró hondo ante la última imagen de su padre. Volvió la mirada sobre los datos que tenía sobre la mesa.

El análisis de los huesos encontrados había sido extremadamente complejo, lento y muy laborioso. Sin dato alguno que cotejar, la labor había sido complicada hasta poder sacar alguna conclusión. No habían avanzado mucho. Pero eso, justo ese día, había cambiado.

El informe final acababa de llegar y estaba sobre la mesa. Pesaba. El subcomisario Vicente Parra se encontraba solo. Jaione tenía fiesta y Jon Ander andaba buscando todavía a alguien que pudiera tener un coche parecido a un Audi deportivo para poder determinar quién estaba con el asesino de Ferni cuando compró la cazadora con el nombre de la marca de motos en la espalda. Eso ahora había pasado atrás en el orden de preferencias.

El informe era preciso. Y su lectura había sido concluyente y sorprendente. Vicente, después de leerlo con meticulosidad, lo metió en el cajón de la mesa de su despacho y cogió las llaves de su coche. Desde que había salido de casa, en el barrio de Amara, había tenido la sensación de que aquel iba a ser un día muy especial. Pensó en llamar a Jon Ander pero enseguida desistió. Tenía prisa. El caso se había convertido en algo personal. Avanzó por la carretera en dirección a Andoain. Se desvió en la entrada al biotopo del río Leizarán. Intuía que iba a descubrir al verdadero Ferni.

En la casa del escultor, en la entrada del valle, había una luz encendida. Dejó el coche en el inicio de la cuesta que daba acceso al enorme caserón. Llamó a la puerta dos veces, pero nadie contestó. Se repitió a sí mismo que ese día estaba actuando por impulsos. Nada habitual en él. En vez de llamarlo, había aparecido sin más en su casa. El silencio era absoluto. «No está aquí —pensó el policía con un gesto de fastidio—. Pero hay luz.»

Antonio llegó por detrás de él y Vicente no lo vio acercarse.

Venía de dar su vuelta matutina por el río. Bastante más tarde de lo que acostumbraba. Lo saludó con cordialidad. Él dio un pequeño respingo.

—No le había oído llegar. Pensé que estaba, he visto luz —dijo el subcomisario.

—Sí, creo que me la he olvidado encendida —dijo mientras sacaba las llaves y abría la puerta.

—¿Puedo pasar?

—Sí, claro.

El espacio se veía más diáfano que la última vez que estuvo allí y se lo hizo notar a su dueño a sabiendas, por las noticias, de la ausencia de la escultura.

—Ah, sí. Falta la escultura de un amigo. Se la llevó hace unas semanas.

—Ya lo vi en los periódicos —contestó el ertzaina—. Es la de su amigo el sidrero.

—Sí, ocupaba mucho espacio —contestó distraídamente—. ¿Qué le trae por aquí? —dijo de manera displicente.

—Quiero que me cuente la verdad —dijo el policía lacónicamente atacando de frente.

—No sé de qué está hablando y, si se refiere a lo de mi amigo Ferni, creo que se equivoca de hombre.

—No estoy para bromas —dijo en tono extremadamente serio el policía.

—Yo tampoco —contestó Antonio en el mismo tono—. Y me está tocando los cojones. Lleva más de un año entero de visitas y empiezo a cansarme. ¿Qué coño quiere? —añadió acercándose con presteza a una distancia que a Vicente le pareció de una proximidad preocupante.

El policía dio medio paso para atrás de manera instintiva, pero apenas se notó.

—Ferni era mi amigo y se iba a morir —dijo con indiferencia—. Sí, yo sabía que venía a mi casa después de comer en aquel restaurante de Lekunberri, pero yo no tengo nada que ver con su muerte. Me llamó desde allí mismo para decirme que estaba muy enfermo y que, si tenía un momento, venía a contármelo. Eso usted igual no lo sabía, y no se lo conté porque era una cosa confidencial que a usted no le interesaba. Le dije que claro que sí. Era mi mejor amigo. Cuando vi que pasaba el tiempo y no llegaba, me preocupé y le llamé. Ya nadie contestó.

—Sí, eso ya lo sabíamos. Quedó registrado en su móvil. Pero no deja de ser una coartada más, usted sabía que nunca llegaría a su casa. Lo que me está contando no me lo creo porque yo tengo más cosas.

—No sé nada más. No entiende que era mi amigo y la amistad para mí es una cosa sagrada.

—¿Y Alma no era su amiga? ¿Por qué no me cuenta cosas de ella?

El escultor se sintió totalmente desubicado y tardó en responder; cuando lo hizo, el tono evasivo fue aún mayor.

—No sé de qué está hablando.

—De algo que pasó hace ya unos años. Le voy a refrescar la memoria. —El subcomisario sacó un papel de su cazadora y leyó—: «Alma está enterrada en Beizama, en Korosagasti. No fue un accidente. Dios la tenga en su Gloria.»

Antonio respiró en profundidad y siguió negando.

—No sé nada de lo que está diciendo.

—Vamos, Antonio, no me lo ponga más difícil. Esto estaba escrito en clave en la última guía de Ferni y usted lo sabía y se enfadó mucho cuando descubrió que aquello iba a ver la luz. Lo que usted no sabía es que a Ferni no le quedaba mucho tiempo de vida. Y por eso se adelantó, se precipitó. Pero vamos a empezar por el principio. Hábleme de la tal Alma.

—No tengo nada que decir. Y la historieta que acaba de contar le irá bien si necesita un guion para una película. Nada más. Le repito que no sé de qué coño está hablando. Y, si sigue insistiendo, me voy a callar y a llamar a mi abogado.

—No pienso irme de aquí hasta que no me lo cuente y recuerde que puedo llegar a detenerlo ahora mismo —añadió con energía acercándose a su rostro.

—¿Y de qué me va a acusar? Usted no tiene nada.

—Más de lo que se imagina.

Vicente habló con tanta convicción que hizo dudar al escultor.

Los segundos posteriores se hicieron eternos. Antonio titubeó, pero la enorme distancia que los separaba de aquellos hechos le dio cierta tranquilidad.

—Fue un accidente —dijo lacónicamente—. Y además, eso pasó hace mucho tiempo.

—Lo sé. Los huesos que hemos encontrado datan de 1982 según el estudio forense. Y deben de pertenecer a la tal Alma.

La palabra huesos resonó en su cabeza violentamente. «Estos cabrones la han encontrado», pensó manteniendo el silencio más tiempo del deseado.

—Vamos, Antonio. Empecemos por el principio. ¿Qué paso allí?

El silencio se prolongó; pero la palabra «prescrito» apareció para ayudar al escultor a soltar la lengua.

—En aquel momento éramos unos críos y no supimos solucionarlo de otra manera. Fueron unos años muy extraños. Mamábamos violencia por todos lados. Es que es verdad que fue un accidente. Además, nadie preguntó por ella. A nadie le importó que muriera.

—¿Cómo puede saber eso? Todos tenemos a alguien.

—Sus padres habían muerto. Vivía con una tía con la que se llevaba a

matar.

Vicente sintió una frialdad y un desprecio en sus palabras típicas de un asesino para el cual el sufrimiento de los demás no existe. Antonio se sentó en el gran sofá del fondo, junto a la cama.

—Nunca pensé que alguien se enteraría de aquello. Pero yo no maté a Ferni —repitió con obsesión.

El policía se acercó. Antonio volvió a preguntar.

—En cualquier caso, no sé por qué me cuenta esto a mí. ¿Por qué me relaciona a mí con esto?

—Usted me ha dicho que eran muy amigos. Inseparables, me ha dicho en más de una ocasión.

—Yo no sabía que hubiera puesto un mensaje en la guía, como usted afirma.

—Sí, sí lo sabía —dijo el policía subiendo el tono—. Y por eso lo mandó matar a través de esos matones chapuceros. ¡Por eso, joder! —le dijo medio gritando—. Y además, cuando vio que Kai había conseguido la clave, lo mandó matar también. Ya ve, lo sé todo.

—Está diciendo cosas sin sentido. Yo no he matado a ningún ertzaina y tampoco a Ferni —insistió.

—Sí, claro que sí, pero usted en aquel momento no sabía que Ferni estuviera tan enfermo. Su amigo no se había sincerado con usted lo suficiente. La amistad le falló.

La imagen de Antonio se volvió risueña.

—Usted está fabulando un montón. No tiene ninguna prueba de nada. Lo que dice es una sarta de tonterías.

—Le voy a decir una cosa. Si estoy aquí es porque estoy convencido de algunas cosas. También le soy sincero. Desconozco otras que usted me va a contar. ¿Quién era Alma?

—Olvídelo. Han pasado treinta y ocho años de aquello.

—¿Quién era Alma? —repitió vocalizando.

Antonio suspiró sin convencimiento.

—Alma era una amiga. Le cayó una piedra accidentalmente y no supimos reaccionar. No fue algo ejemplar, pero ocurrió como se lo estoy contando —dijo con acritud—. De todas maneras, aquello pasó hace tanto tiempo que lo tengo olvidado.

—Una amiga... ¿solo una amiga? Venga, ¿me ve usted cara de estúpido? Le voy a dar mi versión —afirmó el *poli*.

La mirada de Antonio desprendía cada vez más nerviosismo.

—Yo creo que no fue así.

—Puede creer lo que quiera —contestó el escultor.

—Yo creo que usted organizó una extraña excursión para asesinar a aquella joven.

—No diga sandeces. ¿De dónde saca eso? Éramos críos. Íbamos a hacer putas psicofonías. Estaban muy de moda entonces.

—Me lo acaban de contar... —argumentó el policía.

—¿Quién?

Antonio pensó en una persona muy concreta, pero no se atrevió a decir nada esperando a que el policía lo dijera. El ertzaina se mantuvo callado.

—Sí, Sergio es una persona muy locuaz.

—Sergio no sabe nada. No pudo ver nada. Iba el primero de la fila en la pared del caserío.

El policía notó el ovillo y tiro de él.

—Exactamente —contestó aprovechando la situación—. Usted iba el último subiendo por la pared del caserío. Y su amigo Iñigo y Ferni en medio, a su lado. Estaba todo preparado. Me lo acaba de relatar su amigo. Usted, Antonio, la mató porque tenía una razón muy poderosa para hacerlo.

Antonio lo miró con extrañeza.

—Hemos encontrado su ADN entre los huesos de ella. Por eso hemos tardado tanto. Alma estaba embarazada de usted. Era su novia o lo fue en algún momento.

Antonio abrió los ojos, pero al subcomisario le pareció teatro.

—Yo no sabía que estaba embarazada. No soy un monstruo. —Vicente lo miró con extrema seriedad—. También fue novia de Ferni —añadió casi de corrido—. Igual se ha confundido de ADN —contestó con ironía.

—Vamos, Antonio, dígame entonces... ¿quién de los dos la mató? —dijo Vicente Parra dándole la oportunidad de repartir las culpas.

Antonio tardó en contestar y lo hizo, evasivamente, mientras volvía a sentarse.

—Y además, usted no tiene mi ADN. —Fue lo único que se le ocurrió decir al escultor.

—Llevo muchas entrevistas con usted en esta casa y no soy tonto; y, sobre todo, no pierdo el tiempo. Tengo muestras de su huella genética desde hace mucho tiempo. Desde que empecé a sospechar de usted. Y eso fue casi desde el principio.

El escultor no supo qué contestar. Sus ojos se entornaron. Solo acertó a decir que aquello que había hecho era ilegal.

—¿Y qué?

Vicente lo miró con cierta calma. Eso era lo que quería oír.

—¿Me va a procesar por un detalle que no prueba nada y por un delito que probablemente ha prescrito? No sea absurdo. Fue un accidente. Había piedras sueltas por todos lados.

—Tiene usted razón. Por desgracia, es así. Ha prescrito. Eso no me preocupa tanto como el crimen de su amigo el crítico. Demostraré que usted mandó matar a Ferni y después a Kai y, más tarde, a los propios mercenarios. No se preocupe que lo haré. El asunto de Alma es cierto que ha prescrito, pero pesará en su conciencia aún más cuando sepa que no solo usted sabe lo que pasó en el caserío aquel maldito año. Pero esté seguro de que lo procesaré por el asesinato de todos los demás. Estos no han prescrito. De esto último puede estar seguro que será así.

Antonio bajó la cabeza.

—No supimos de cuál de los dos estaba embarazada Alma. Nunca lo supimos —se sinceró el escultor—. Ella decidió que iba a tener el crío y yo, eso, no lo podía admitir. Y Ferni tampoco. Teníamos toda la vida por delante.

—Hijoputa —soltó el policía—. Ella también tenía toda la vida por delante.

—Yo no maté a Ferni —repitió—. Era mi amigo.

—No se preocupe ahora de eso —dijo con ironía el subcomisario—. Demostraré cómo lo hizo. Le juro que lo averiguaré. Aunque me vaya la vida en ello —remató con mucho énfasis.

Vicente sintió un soplo de ánimo al ver que reconocía los hechos pasados, pero una rabia intensa al no poder hacer justicia con el asesino de una joven, de una niña. Durante unos instantes, sintió un profundo malestar por no tener pruebas para poder detenerlo por el asesinato del crítico.

—Cada uno apechugamos con nuestros hechos como podemos.

—¿Lo dice por el sacerdote?

—Él ya no podrá contarnos nada. Su salida fue digna. Era una persona buena que, desde entonces, se dio a los demás de manera absoluta; pero vio que su final debía ser ese. Él sí que no tuvo nada que ver en lo de Alma.

—Pero ahora, lo que me interesa es el asunto de Ferni. Y tenga por seguro que descubriré cómo lo hizo —interrumpió el ertzaina—. Será cuestión de tiempo, y le aseguro que no será mucho.

—Está usted perdiendo el tiempo. Yo soy fiel a mis amigos. Nunca mandaré asesinar a nadie, pero menos a uno de los nuestros. La amistad es sagrada.

—Ya. Parece que la vida de los demás no tanto.

El policía asumió que tenía ante él la solución a todos los enredos de este último año pero que todavía le faltaba la guinda del pastel para poder acabarlo. ¿Cómo había matado Antonio a su amigo Ferni?, pensó. El ertzaina se fue del

lugar dando un portazo. El escultor miró desde la cama y el ruido resonó como un reproche.

Las palabras cruzadas que acababa de tener con el escultor se le quedaron en la cabeza sin saber si eran verdad. Puede que Ferni también anduviera con la tal Alma, pero el ADN del feto era el de Antonio. Tal vez fuera cierto que ninguno de los dos sabía entonces de quién era él bebé. Tal vez ni siquiera ella misma lo supiera. El feto encontrado entre sus restos no fue fácil de identificar y era muy pequeño. Fue un triunfo de las últimas tecnologías. Los de la científica estaban convencidos de que no sería posible. Tardaron en conseguirlo. Un cúmulo de casualidades hizo que se preservase protegido por los tejidos de la ropa.

Supuso también que tal vez ambos supieran todo y que había habido una disputa entre ellos. Quién de los dos levantó la piedra para deshacerse de la incómoda Alma y de su bebé en aquella pared era una verdad que posiblemente nunca se supiera. Y lo peor de todo era que había prescrito. La sociedad había recompensado con sus leyes un acto execrable. «Si lo oculta hasta día de hoy y no se ha muerto de remordimientos, tiene la bendición de los jueces para vivir con tranquilidad y sin deber nada a la sociedad», pensó el subcomisario.

Cuando volvió por la carretera que bordeaba el cauce del Leizarán, sintió que la hora de comer había pasado. Él seguía sin tener hambre.

Vicente se detuvo en la salida de Andoain y enfiló la carretera de vuelta sumergido en la conversación que acababa de tener con Antonio. Aceleró con la sensación de haber encontrado el final del camino pero, a la vez, con la decepción de que este desembocaba en un lugar de total impunidad. Eso no le gustó nada.

Hubiese pasado lo que hubiese pasado en aquel caserío, los hechos habían prescrito. Y, además, eso no aclaraba en absoluto el crimen de Ferni. Estaba convencido de que el asesinato de Alma había sido como lo había relatado el escultor, pero con un pequeño detalle diferente. Él contó que fue un accidente. El policía no lo creía. Estaba claro que todo tenía relación. No terminaba de verlo. Alguno de los presentes aquella fatídica noche se había vengado del crítico por haber sacado en la guía aquella información. Oculta y bastante rebuscada, casi indescifrable, pero información. Un ajuste de cuentas al haber visto la muerte llamando a la puerta. Tampoco tenía excesiva lógica. Aquel accidente, o aquel crimen, había prescrito. A no ser que el que lo cometió lo desconociera. A nadie le importaba la vida de la tal Alma salvo a los autores del crimen y a sus parientes, en caso de que los tuviera. Y, en aquel momento, el círculo se cerraba en torno a tres personas: Sergio, Antonio e Iñigo. Pero también pudo ser Daniel.

«¿Cómo puede prescribir un crimen por el simple hecho de haber pasado un cierto número de años? —se preguntó—. Qué impunidad.» Aquella palabra se le había quedado clavada. Una expresión prohibida por decreto en la mente de un policía: impune.

Vicente prosiguió por la carretera hasta llegar a la entrada de San Sebastián por el barrio del Antiguo, donde se encontraba la comisaría. El teléfono sonó. El subcomisario miró de reojo el aparato y, al ver el origen de la llamada en la pantalla, decidió detenerse cerca de la rotonda. Cuando intentó aceptar la llamada, esta se había cortado. Se percató de que tenía dos más del mismo número. Pulso «llamar» y esperó.

—Hola, Jon Ander. ¿Qué pasa?

—Jefe. Tengo algo.

—Dime.

—He estado indagando el asunto del Audi.

—¿Y?

—¿Se acuerda de que ninguno de los sospechosos tenía un coche así?

—Sí.

—Pues no es verdad.

El subcomisario contuvo la respiración esperando oír un nombre, pero todos se le apelotonaron en su mente desordenadamente. Podía ser la primera vez que podían relacionar a los asesinos a sueldo con alguno de los sospechosos.

—Lo vendió hace un año. El coche que tiene ahora Leire es distinto. El que tenía hace un año era un Audi deportivo. Tengo los datos aquí delante. Desconozco si será ese exactamente, pero el modelo parece coincidir.

—Buen trabajo —le dijo a su oficial—. Igual es valioso lo que acabas de decirme.

—Espero que sí —respondió con modestia.

—Bien, mañana a primera hora nos reunimos los tres en mi despacho y decidimos qué hacer. Hoy Jaione tiene fiesta.

—De acuerdo —dijo Jon Ander; cortó la llamada.

Pensó que su jefe estaba cambiando. Hacía un tiempo, los habría convocado de inmediato, tuvieran o no fiesta. Su jefe era así, obsesivo con su trabajo; de una manera que rayaba en lo enfermizo. Ahora se había vuelto más calmado; era igual de insistente pero se tomaba las cosas de otro modo.

Cuando el subcomisario llegó a su despacho, lo hizo en silencio. Se sentó y se dejó caer sobre la mesa de trabajo; pero aquello solo duró unos minutos llenos de pensamientos contradictorios. La mujer de Ferni no podía ser. ¿Por qué? «Esto no puede esperar a mañana», se dijo a sí mismo mientras salía de su despacho. Se cruzó con algunos de sus colegas, a los que saludó distraídamente. Volvió a coger el coche, y esta vez tuvo claro que, por la hora que era, Leire estaría terminando de trabajar. Aceleró para llegar cuanto antes.

La zona peatonal de la calle Zabaleta estaba vacía, pero en la tienda se veía actividad. Aparcó con cautela a una distancia prudencial y esperó a que ella saliera. No tardaron en apagarse las luces y observó como varias de sus empleadas iban abandonando el local. Leire fue la última en salir. Vestía un abrigo largo de color oscuro con florecitas muy discretas en la parte de abajo. Llevaba el bolso en bandolera, cruzado y abierto. Cuando la persiana de su establecimiento bajó por completo, lo giró sobre el hombro para meter las llaves en él y lo cerró. Miró para los dos lados y se percató de la presencia del vehículo, pero no pareció darse cuenta de quién había dentro.

Vicente hizo ademán de salir y abordarla. Algo en su interior lo contuvo al ver empezar a caminar a la mujer. Recordó lo hablado con Jon Ander y pensó en esperar a tener también la opinión de Jaione. Pero no pudo. Vio que la mujer no

se dirigía a su casa. Torció en dirección opuesta, hacia la calle Usandizaga, y desapareció de su campo visual.

El subcomisario, extrañado, arrancó el coche y comenzó a circular muy despacio. Cuando llegó al cruce de calles, buscó dónde se encontraba la mujer. Desde la ventanilla lateral, pudo observar como Leire sacaba unas llaves y accedía a un coche aparcado en mitad de la calle. Se detuvo a unos cincuenta metros. Esperó unos segundos en el mismo lugar. El coche no tardó en arrancar.

—No va a su casa —dijo entre dientes.

El coche de ella, de color azul celeste muy tenue, aceleró con suavidad y se perdió calle arriba.

Nada más desaparecer de su vista, Vicente decidió seguirla con un sentimiento encontrado. «¿Qué estás haciendo? —se dijo a sí mismo cuando aceleró y comenzó a seguirla—. Tienes poca cosa pero, si esta tía se relacionaba con el asesino de Ferni, podría ser perfectamente ella la responsable. Hostia, los celos con su empleada en la tienda de zapatos. No puede ser algo tan simple», razonó.

La cita del día siguiente con sus oficiales para evaluar la situación se fue al garete. No se reconocía a sí mismo. Algo en su interior tiraba de él para seguir a Leire. El recuerdo de su amigo y compañero de trabajo, Kai, se cruzó en su pensamiento mientras seguía a una respetable distancia al coche azul. «Amigo Kai, estoy cerca, lo intuyo —pensó mientras conducía en dirección al alto de Miracruz—. Lo noto.»

Cuando llegaron, el coche azul giró por la rotonda y comenzó la bajada. «Ese movimiento contradictorio solo puede significar que se dirige a la subida hacia el monte Ulía —se dijo a sí mismo el policía—. O que te ha pillado y te quiere despistar», añadió su lado más negativo. La primera opción prevaleció. El coche azul puso el intermitente derecho y comenzó a subir al monte Ulía. Vicente lo seguía a distancia.

Hubo un momento en que perdió de vista el vehículo pero, en cuanto él también comenzó a subir por aquella angosta carretera, lo recuperó. El atardecer se manifestaba en su esplendor y los árboles que jalonaban el camino y que juntaban sus copas provocaban la impresión de circular por un túnel.

Al cabo de unos minutos, un resplandor tenue de miles de luces iba preparando e iluminando el escenario. Parpadeaban queriendo hacerse reinas de la noche. La visión desde lo alto de la ciudad de San Sebastián era imponente. Vicente seguía a Leire con prudencia. Pero, después de una curva, desapareció.

—Mierda, la he perdido —dijo el subcomisario en voz alta.

Aminoró la marcha hasta casi pararse en un recodo. Miró con rapidez en todas direcciones. Tuvo suerte. La figura menuda de Leire apareció a lo lejos

bajando del coche y dirigiéndose hacia la entrada de una pequeña villa cercana y discreta en un recodo del camino. En la distancia, observó como abría. Pareció que cerraba la puerta y desapareció. «Esta no es su casa y no ha llamado a la puerta. Ha abierto ella misma. ¿Habrá cambiado de casa? —se preguntó el inspector con cierta preocupación—. Pues sí, habrá cambiado de casa. ¿Qué pasa, no puede hacerlo o qué? Ya está, espera a la reunión de mañana y entre los tres decidís lo que hacer. Olvidalo ya.»

Pero algo lo impulsó a bajarse del coche y observar la pequeña villa, parecida a un adosado, en la que se había introducido Leire. Un jardín rodeaba el edificio. Detrás de él, la ciudad de San Sebastián comenzaba a prepararse para la noche. El atardecer estaba siendo muy rojizo y la línea del horizonte se dibujaba entre algo de bruma.

Se ató la cazadora y cerró el coche. Se acercó a la entrada y respiró hondo. Empujó la puerta y esta cedió. Pensó que se la había dejado abierta. Sintió el latir vivo del teléfono móvil dando la entrada a un mensaje. En el mismo quicio de la puerta lo leyó:

Un primo directo de Leire es el dueño de la imprenta desde donde Ferni imprimía su guía. Mañana nos vemos jefe. Esto promete. Sigo mirando cosas. Jon Ander.

Vicente pensó que el mensaje no tenía especial importancia. Guardó el móvil en su bolsillo y terminó de atravesar la entrada que daba acceso al coqueto y cuidado jardín que rodeaba la casa. Un pequeño magnolio en el centro, que parecía proteger la fachada, le daba un aspecto aún más curioso y recogido.

A Vicente no le importó saber que estaba actuando de manera ilegal. Acababa de entrar en una propiedad privada, sí, pero el afán por comenzar a hablar con Leire se imponía a sus habituales y abundantes dosis de sensatez.

Alzó la vista y pudo observar cómo la hiedra había escalado por el lado izquierdo de la fachada de color blanco, que tenía algunas zonas de humedad apenas visibles. El jardín se extendía a la trasera de la casa. El seto que la circundaba era tupido e íntimo.

Se acercó a la puerta e hizo sonar el timbre, pero no oyó nada. Miró a su alrededor y vio las farolas que escoltaban el corto camino de piedra que llevaba hasta la puerta. Eran cuatro. Dos a cada lado. Pensó que el timbre no funcionaba y decidió llamarla por su nombre. Cortó su aspiración de aire al ver que la puerta de entrada a la casa también estaba simplemente entornada, no cerrada. Respiró hondo y la empujó.

—Leire, ¿estás aquí?

Solo hubo silencio.

—Leire, soy Vicente Parra, de la Ertzaintza.

El recibidor, inundado por una enorme alfombra marrón, tenía los techos altos y las luces encendidas. Una escalera circular muy ancha a la izquierda daba acceso al piso superior. Presidía la estancia el retrato de una joven, hecho al óleo. Las ventanas daban al jardín. Al fondo, se podía intuir lo que debía de ser el salón. A la derecha, a través de una puerta medio entornada, se veía la cocina, con los fuegos en medio.

—Leire —repitió por tercera vez.

«¿Qué coño estás haciendo? —se dijo a sí mismo—. ¿Pero dónde se ha metido esta? Esto es una propiedad privada. Sal de aquí inmediatamente.» Pero Vicente hacía caso omiso a sus propias advertencias.

El policía se acercó al cuadro por curiosidad. Era un óleo de una joven con la melena enredada entre sus manos que miraba al pintor con aire nostálgico. Era muy llamativo y tenía una pequeña inscripción. Cuando la leyó, no dio crédito. Pero fue la primera vez que empezó a atar de verdad cabos desde que encontraron el cadáver de Ferni a las orilla del río Araxes:

Alma, de tu Leire.

La voz de esta última atravesó, aguda pero a la vez delicada, el salón. El subcomisario, dando un respingo con brusquedad, volvió la cabeza hacia la escalera.

—Creía que no iba a llegar nunca. No es usted muy bueno haciendo seguimientos —dijo con ironía—. Casi tengo que pararme para que no se despistara.

Al subcomisario no le gustó su tono, ni su pausada presencia desde lo alto de la escalera. Y, menos aún, la situación en la que se encontraba. Se volvió un poco sobre sí mismo y miró de nuevo el cuadro con el rabillo del ojo.

—Sí, era mi hermana. Y le puedo asegurar que no merecía un final así —dijo lacónicamente.

Vicente se disculpó por su presencia, pero la mujer no le hizo ningún caso. El policía pensó que tendría que sacarle información. Enseguida vio que ella venía a darle explicaciones sin que nadie se las pidiese.

—Estos hijos de puta la mataron en un caserío abandonado.

—Lo sé, lo sé —respondió el policía intentando que la mujer se explayara.

—Tardé más de treinta y ocho años en averiguarlo. Alma era, además de mi hermana pequeña, mi mejor amiga. Yo estaba estudiando en Estados Unidos y, cuando volví, estuve muchos años buscándola. En aquel tiempo no había móviles y los correos por carta eran lentos y tediosos. Un día dejó de mandarme

cartas.

Vicente no parpadeó durante un buen rato.

—Esta era la casa de mi tía. Otra bruja que se empeñó en decir que se había ido con algún estúpido a vivir su vida; y, durante muchos años, la creí. Pero, cuando mi tía murió, me convencí de que lo que me había contado no podía ser así. Conmigo se hubiera comunicado. Sabía mi dirección. Una escueta denuncia de desaparición no era suficiente para una persona que acababa de cumplir la mayoría de edad. Mi tía sabía que eso era así pero nunca se había llevado bien con ella. Apenas movió un dedo por encontrarla. Solo la denuncia. Y para una mayor de edad y en aquellos años, era muy poco.

Vicente, al ver los derroteros que estaba tomando la situación, esperó. Ella comenzó a bajar la escalera con extrema lentitud.

—Mi marido era un hijoputa. Me casé con él porque sospechaba que ellos habían sido los responsables de la desaparición de Alma. Una amiga de otro colegio me confirmó que andaba a veces con ellos. También la propia Alma me lo había llegado a insinuar sin contármelo del todo. Fue fácil. Poco más me supo decir. He hecho justicia. Ni más ni menos. Y, por omisión, tendría que haber hecho lo mismo al resto. Alguno, como el sacerdote, acabaron por averiguar que la carga, después de vivir tantos años con ella, pesaba muchos más kilos de los que imaginó. Y que, tarde o temprano, su propia conciencia le pasaría factura. Cada uno apechuga con sus males como puede.

La frase le resultó familiar. Vicente no dejaba de abrir los ojos con una perplejidad apenas disimulada. Y estaba tan pasmado, que conminó a la mujer a callar y a contar todo en la comisaría; pero ella, de nuevo, lo interrumpió con sequedad.

—¿Lo entiende ahora? —le preguntó la mujer detenida sobre el último escalón de la escalera.

Vicente no podía creer lo que estaba escuchando. No podía imaginarse que la mujer se hubiera casado con Ferni solo por conseguir la información que necesitaba. Era demasiado rocambolesco. Pero ella se lo aclaró. Y también lo enfatizó.

—Durante unos cuantos años tuve que soportar sus babas y su repugnante presencia. Sus borracheras y sus torpes escarceos. Sus disculpas de niño. No podía imaginarse lo ridículas que eran y lo poco que me importaban. Me considero muy buena actriz y sé cómo saber estar. Por fortuna, no fue mucho. No paraba en casa y se follaba a todo lo que tuviera faldas. Volvía a casa bien servido. Tuve que convivir con él hasta conseguir algo que tenía escondido. Muy escondido. Algo lo hizo cambiar...

Vicente pensó en la enfermedad del crítico, atando el último cabo suelto.

De nuevo, la precipitación. Leire no conocía su enfermedad. La frialdad de la mujer le pareció, al principio, inverosímil; pero, a medida que ella se explayaba, su verdad iba haciéndose tangible.

—Luego vino el divorcio. Fue fácil. Y al muy cabrón le sentó mal. Se sorprendió. Para algunas cosas era idiota, ni se lo imaginó. La justicia por fin se ha cumplido. Su merecido llegó. Tarde, pero llegó. En mi cerebro no existe la prescripción de un delito. Le aseguro que es así. Fue justicia, de la buena, impartida con ecuanimidad.

Respiró dos veces en silencio.

—¿Por qué el tiempo es un atenuante de un asesinato? ¿Sabría usted decirme por qué?

Vicente no supo qué responder desde el centro de la habitación y comenzó a sentirse extremadamente intranquilo. La mujer le estaba dando miedo. Y más cuando recordó que su arma reglamentaria se había quedado en el coche. «Un fallo de principiante», se recriminó cuando palpó con disimulo la parte derecha de su cintura.

—Ferni no puso en su guía nada en cursiva. Fui yo. Tener un familiar en la imprenta me lo permitió. Ensuciar a todos los amigos del asesino de mi hermana iba a ser la parte más divertida del plan. Tenía encargados más trabajos para Alexis. Pero este y su novia resultaron unos chapuceros. Antonio va a ser el siguiente. Primero dejaré que me termine la escultura que le pedí. Los escultores muertos se cotizan bastante mejor. Le aseguro que daré cuenta de él también. Eso no lo dude.

Vicente intervino.

—¿Por qué Antonio?

—Él es el de las ideas, el innovador. Se disputaron a Alma. Entre los dos, lo calcularon. Ferni se alió con Antonio para hacerlo, justo en el último momento. Pero la idea fue de Antonio. El relato que una noche me hizo mi ex fue muy exacto. Lo tengo grabado en mi mente. Cada palabra. Cada expresión. Pareció descansar después de hacerlo. Sus amigos no fueron más que comparsas. Ninguno de los dos sabía quién era el padre de mi futuro sobrino o sobrina. Ese que nunca vio la luz del día. Y supongo que a Alma le gustaría haberlo tenido. Le gustaban mucho los críos.

Leire pareció hundida, pero fue un espejismo.

—Y al sin sangre de Sergio, con lo de su antigua novia, lo tengo loco. Y también me encargaré de Iñigo. Todos pagarán. Todos estaban en el caserío aquella noche. Lo sé con certeza. Y nadie fue capaz de decir nada. Hicieron una piña entre ellos. Yo me he encargado de todo.

Vicente se acordó del último mensaje de Jon Ander confirmando el dato de

la imprenta. El subcomisario sintió un frío extremo en la sala al ver acercarse a la mujer hasta él. Vicente introdujo la mano en el bolsillo y agarró entre los dedos la única referencia que tenía como defensa. El pequeño localizador de emergencia conectado a la comisaría.

No vio la pistola en la mano de Leire hasta el último momento. Una igual a la que encontraron en el cauce del río.

—Pero usted se ha cruzado en medio cuando el trabajo está a medio hacer. Antonio es el siguiente y también tiene preparado su merecido. Ya lo tengo todo listo. No debería haberme seguido. Se ha entrometido demasiado. Su amigo el policía jovencito era más avisado que usted. No dejaba de meter sus narices y no podía permitirlo. Estaba a punto de descubrirlo todo. Antes me tenía que encargar de Antonio y los demás. Lo siento por su mujer. No sabía que a veces viajaba con Kai. Alexis y Leila eran un poco chapuceros, sí, pero muy, muy efectivos. Gracias por haber encontrado los restos de Alma. Pensé en hacerlo yo misma, pero no me atreví.

Vicente sintió miedo. Por primera vez en su carrera había cometido un error. Su temor se acentuó cuando escuchó la siguiente frase:

—Nada de esto que le estoy diciendo va a ser gratis —dijo la mujer apuntándole al pecho—. Nadie sabe que usted está aquí. Nadie sabe que esta casa tiene relación conmigo. Sigue a nombre de mi tía. Está usted en mitad de la nada. Pero no se preocupe —añadió—. Me encargaré de deshacerme de su cadáver y de su coche con dignidad —añadió de corrido.

—Vamos, baje esa...

El estallido sonó de manera brutal. El fogonazo del disparo resplandeció como un *flash*.

El cuerpo del subcomisario retrocedió un metro y cayó con extraña lentitud sobre la enorme alfombra. En la caída, creyó haber apretado el dispositivo, pero no lo supo con certeza. El dolor en el pecho fue muy intenso. La única visión que mantuvo en su caída fue la del cuadro de Alma que presidía el salón. Su cabeza golpeó con violenta suavidad sobre la mullida alfombra. Su cuerpo quedó boca abajo y su cabeza torcida sobre el pelo de la alfombra. En unos instantes, con los ojos y la boca abierta, empezó a ver cómo la mancha roja de sangre de la alfombra empezaba a empaparla extendiéndose alrededor de su cuerpo.

Intuyó que aquello podía ser el final.

Con la mirada perdida, el último hilo de esperanza que atravesó su cabeza fue recordar a su padre Martín, a su hijo Alberto y, sobre todo, a Françoise. Todavía tuvo tiempo de ver cómo la mujer se acercaba a su cuerpo. Sus zapatos de tacón bajo de color azul oscuro casi negro se quedaron a escasos centímetros de su cabeza; fue entonces cuando la imagen de los patucos azules de su futuro

nieto, sostenidos tras la sonrisa de Françoise, se hicieron patentes en su confundida mente. Y le dio rabia no haber sido más cauteloso. Y más pena aún imaginar que tal vez nunca llegaría a conocer a su nieto. Después, todo se hizo borroso.

Un túnel negro recorrió su cuerpo como un escalofrío. El dolor le invadió el pecho con extrema virulencia. La penumbra lo cubrió todo. Se convenció, antes de perder el conocimiento, de que sus compañeros no tardarían en llegar; pero para él, tal vez, fuera tarde.

La sangre siguió avanzando por la alfombra.

Françoise salió atropelladamente de su casa. Tuvo que volver a toda prisa antes de llegar a la calle al recordar que había olvidado el teléfono móvil encima de la mesa de la cocina. Cuando lo recogió, volvió a salir al descansillo, pero ni siquiera se paró a cerrar con llave la puerta. Simplemente la entornó de un portazo que retumbó en el hueco de la escalera y en su cabeza con la misma intensidad. Intentó calmar su nerviosismo. Aquel portazo no se correspondía con su personalidad.

Bajó las escaleras sin esperar al ascensor. En plena avenida de Madrid, se montó en un taxi.

—Al hospital, por favor, rápido.

Respiró en silencio e intentó tranquilizarse. Una nube soplaba sobre su mente despierta. Cuando el coche arrancó, supo que una nueva vida se estaba abriendo ante ella y se notaba nerviosa y, al mismo tiempo, contenta. En la parte de atrás del vehículo, se arregló un poco el pelo con la mano y se dio manteca de cacao en los labios de manera casi instintiva. Notó el olor de la grasa y sintió un momento de tranquilidad. Cerró los ojos. Recordó la conversación con su hijo el mes anterior: había resuelto la situación con su novia Amaia. Sin mover los labios, se relamió rememorando aquella agradable situación. También tuvo que oír el «Ya te lo dije» de su marido Vicente recordándole que su hijo Alberto sabría enmendar la situación. Olvidar el pensamiento de abandonar su paternidad y centrarse en su novia y en el bebé que venía.

Françoise se sintió satisfecha de todas las personas que habían rodeado su vida hasta ahora. Sabía que mucho de la personalidad de la gente que se había cruzado con ella era fruto de su propia fuerza y de su capacidad para el respeto. Eso la hizo sentirse poderosa.

Tardó poco en llegar. El coche pasó de largo por la puerta de urgencias y dejó a la mujer delante de la puerta principal. Atravesó a paso ligero los pasillos del hospital siguiendo la línea marcada en el suelo, que debía llevarla hasta la sección de maternidad. Cuando llegó a la salita de espera, buscó con la mirada a su hijo Alberto, pero no lo encontró. Fue a preguntar a una enfermera. No fue necesario. Alberto estaba en la estancia contigua. La había visto llegar. Se acercó con mucha suavidad por detrás. Su madre se dio la vuelta.

—¿Qué? —le dijo a bocajarro.

—Todo ha ido bien. Ha pesado tres kilos y medio. ¿Quieres verlo?

—¿Tú qué crees? —contestó Françoise mientras le daba un beso y un abrazo.

Tras el cristal de la sala de maternidad había varias enfermeras. Cuando le acercaron a la criatura, no lo hizo ninguna de ellas. Fue la comadrona la que cogió al bebé, envuelto en una mantita azul. Un pequeño escalofrío recorrió su cuerpo al darse cuenta de que lo que tanto había soñado por fin estaba delante de sus ojos. Sonrió con una felicidad que traspasó su mirada. Dejó la imagen de su nieto por unos segundos y miró la cara de la mujer que sujetaba al niño. También sonreía.

La cascada de imágenes futuras con su nieto jugando por el parque se amontonó en la mente feliz de la recién estrenada abuela; a pesar de ello, permaneció callada. Se olvidó por unos instantes del lugar donde se encontraba. El bebé apenas se movía. Su pelo negro era fino y su mirada de ojos durmientes y párpados cerrados permanecía ajena a todo lo que lo rodeaba. Sus diminutas manos asomaban con timidez por uno de los extremos de la mantita.

Cuando abandonaron la sala, fueron a la habitación unos instantes. Amaia estaba agotada y pronto la dejaron para que descansara, a la espera de que le trajeran al niño. Alberto acompañó a su madre hasta el pasillo de salida.

—¿Qué tal estás?

—Feliz, *ama*. Muy contento. Creo que he hecho lo correcto.

Françoise solo le dio un beso a su hijo.

—Estate seguro de que sí. Te confieso que yo llegué a dudar de ti, pero ni tu padre ni tu abuelo lo hicieron. ¿Tenéis decidido el nombre?

—Sí.

—¿Y?

—Quiero que se llame como el abuelo, y a Amaia no le parece mal. Le he dicho que es un homenaje a una persona muy especial para mí y ha accedido.

—Fenomenal. Otro Martín en la familia, su espíritu no morirá... me parece bien. Muy bien.

Françoise lo agarró de los hombros y se puso de puntillas para darle un beso.

—Me has hecho muy feliz. *Merci* de corazón.

—Yo también lo estoy —contestó el joven.

La mujer se alejó por el pasillo con la sensación de flotar de felicidad.

Salió y se ató el abrigo porque sintió algo de frío. Pensó que ese día no podía ser mejor. Bajar andando la colina de los hospitales era una idea formidable, pero no de noche, así que cogió un taxi y se sentó en el asiento

mucho más tranquila que a la ida. En el trayecto, pensó en la llamada que su marido le había hecho hacía más de tres horas y miró su teléfono móvil. Se entretuvo en mandarle un mensaje. Lo llenó de caritas sonrientes y un lacónico «ha llegado nuestro nieto». Lo acompañó con más caritas sonrientes. Puso el móvil de nuevo en el bolso. «Ya volverá a llamar», pensó.

Durante el trayecto, no dejó de pensar en su nieto. Pensó que había sido muy precipitado tirar a la basura los patucos azules y que mañana mismo iba a ir a comprar otros. Su móvil vibró en su bolso casi delante del portal. Miró la pantalla pensando que sería su marido Vicente. O tal vez su hijo Alberto diciendo que se le había olvidado algo. No hubiera podido imaginarse que la llamada proviniera del mismo lugar que había acabado de abandonar. La identidad oculta le dio un mal presagio. Abrió la línea.

—Sí, dígame.

Una voz amable preguntó con un matiz de seriedad:

—Le hablo desde urgencias del Hospital Universitario de San Sebastián.

¿Es usted Françoise Clavert?

—Sí, ¿qué sucede?

Agradecimientos

Alba Serrano
Juan Vera
Antonia Kerrigan
Kany Peñalba
Juanmi Gutiérrez
Ana Gutiérrez
Jesús Alonso
Lola Campos
Marta Selvas
Anna Soldevila
Aurelio Erdozain
Aitor Imaz
Alba Fité
Julián Armendariz
José Antonio Márquez
Almudena Cacho

La aportación de estas personas es crucial. Leen el manuscrito original con la sana intención de destriparlo y, de esta manera, hacerlo mejor. Mil gracias.

Sabor crítico
Xabier Gutiérrez

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito del editor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal)

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita reproducir algún fragmento de esta obra.

Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47

© Xabier Gutiérrez, 2017

© Editorial Planeta, S. A. (2017)
Ediciones Destino es un sello de Editorial Planeta, S.A.
Diagonal, 662-664. 08034 Barcelona
www.edestino.es
www.planetadelibros.com

© de la imagen de la cubierta, Eleanor Caputo / Trevillion Images

Primera edición en libro electrónico (epub): octubre de 2017

ISBN: 978-84-233-5303-3 (epub)

Conversión a libro electrónico: Newcomlab, S. L. L.
www.newcomlab.com

Table of Contents

Sinopsis
Dedicatoria
Cita
Capítulo 0
Capítulo 1
Capítulo 2
Capítulo 3
Capítulo 4
Capítulo 5
Capítulo 6
Capítulo 7
Capítulo 8
Capítulo 9
Capítulo 10
Capítulo 11
Capítulo 12
Capítulo 13
Capítulo 14
Capítulo 15
Capítulo 16
Capítulo 17
Capítulo 18
Capítulo 19
Capítulo 20
Capítulo 21
Capítulo 22
Capítulo 23
Capítulo 24
Capítulo 25
Capítulo 26
Capítulo 27
Capítulo 28
Capítulo 29
Capítulo 30
Capítulo 31

[Capítulo 32](#)

[Capítulo 33](#)

[Capítulo 34](#)

[Capítulo 35](#)

[Capítulo 36](#)

[Capítulo 37](#)

[Capítulo 38](#)

[Capítulo 39](#)

[Capítulo 40](#)

[Capítulo 41](#)

[Capítulo 42](#)

[Capítulo 43](#)

[Capítulo 44](#)

[Capítulo 45](#)

[Capítulo 46](#)

[Capítulo 47](#)

[Capítulo 48](#)

[Capítulo 49](#)

[Capítulo 50](#)

[Capítulo 51](#)

[Capítulo 52](#)

[Capítulo 53](#)

[Capítulo 54](#)

[Capítulo 55](#)

[Capítulo 56](#)

[Capítulo 57](#)

[Capítulo 58](#)

[Capítulo 59](#)

[Capítulo 60](#)

[Capítulo 61](#)

[Capítulo 62](#)

[Capítulo 63](#)

[Capítulo 64](#)

[Capítulo 65](#)

[Agradecimientos](#)

[Créditos](#)